ANT
XIX
1915
R-134685

EDICIONES POPULARES ILUSTRADAS

DE

MANINI HERMANOS, EDITORES.

EL BARBERO DE SEVILLA

POR

D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

TOMO II.

MADRID:
IMPRENTA DE MANINI HERMANOS,
calle de la Palma Baja, 61, bajo.

1862.

Es propiedad de Manini hermanos.

SEGUNDA PARTE.

QUERUBIN.

CAPÍTULO I.

Cómo habia pasado la luna de miel y empezado la de hiel.

Habia trascurrido mas de un año desde los últimos sucesos que hemos referido.

Tras lo dulce viene siempre lo amargo, así como tras la luz del dia las tinieblas de la noche y tras la juventud la vejez, porque fuera de Dios no hay nada inmutable ni eterno.

Esto es muy vulgar; pero como yo soy aficionado á lo que suele llamarse vulgar, porque es donde he encontrado lo verdadero y lo sublime, no puedo dejar de entregarme á las vulgaridades cuando escribo.

Nada hay mas vulgar que los refranes, y por eso, en apoyo de lo muy sabido que acabo de decir, de que tras lo bueno viene

siempre lo malo, ó lo que es lo mismo, que las alternativas y los contrastes son la vida, porque la condicion esencial de esta es nacer y morir y la vida y la muerte, el ser y no ser, el olvido y la esperanza, en apoyo de esto, repito, citaré el refran que dice: «No hay mal ni bien que cien años dure.»

Y deduciendo de este refran su inmediata consecuencia, tendremos que es tan loco el que en brazos de sus dulces ilusiones se duerme creyendo que ha de durarle toda la vida la felicidad que ha logrado, como el que se quita la existencia creyendo que su mal no ha de remediarse.

Cuando la razon se debilita se estravía la imaginacion, y entonces es cuando lo que se llaman ilusiones y desesperacion producen la locura. Á la una y á las otras las rechaza la razon.

Sin duda ni Rosa ni el conde habian pensado en nada de esto; pero el tiempo se encargó de demostrárselo.

No sospecharon siquiera que tras la luna de miel habia de aparecer la de hiel, y á despecho de la razon, ó lo que es lo mismo, locos ambos, creyeron ciegamente que la dicha que tanto habian deseado no acabaria sino con la existencia.

Rosa lo creyó así porque la vida ideal que se habia pintado no tenia ninguno de los escollos, ninguno de los azares de la vida real. Como desconocia completamente el mundo, y eran buenos sus instintos, no podia figurarse que la sociedad fuese lo que es.

Por la razon contraria se engañó tambien el conde: los placeres le habian hastiado, nada le inspiraban las mujeres que se dejaban vencer con facilidad, y en su cansancio, al encontrar la virtud y la inocencia, creyó que su felicidad no tendria término y que nada mas desearia.

Si no por completo, con poca diferencia hubieran visto ambos realizadas sus ilusiones á no haberse abandonado á la suerte; pero

nada quisieron sacrificar, no se ocuparon mas que de las dulzuras de su amor, y cuando este, de arrebatada pasion se convirtió en cariño, aunque tierno y profundo, sin reconocerse á sí mismo ninguno de los dos, echaron de ver cada cual en el otro la mudanza.

La vida práctica no respondió á las esperanzas de Rosa, que se empeñaba en no abandonar las erróneas teorías de mundo que habia concebido con toda la buena fé de su inocencia.

El conde empezó á echar algo de menos: la virtud y la candidez no eran bastante para hacerlo feliz, y aun amenazaban fastidiarle: necesitaba contrariedades, luchas para que su espíritu, acostumbrado á la agitacion, no languideciera.

El aislamiento en que habia vivido Rosa, la exagerada escrupulosidad con que se la habia educado, el escesivo rigor de que habia sido objeto, empezaron á dar sus resultados.

El carácter del conde no acababa de amoldarse á la nueva vida.

Si Rosa se hubiera educado con mas libertad y hubiera podido con el trato conocer al conde, tal vez, á pesar de su amor, no le hubiera dado su mano.

Hay un refran que dice: «Condicion y figura hasta la sepultura.»

Almaviva no habia dejado de ser desconfiado y caviloso, y poco tiempo despues de casado empezó á tener celos.

¿De qué?

Ni él mismo lo sabia; pero pensaba que una mujer, por muy virtuosa que fuese, podia tener una hora de locura y faltar á sus deberes.

No se equivocaba; pero como nada habia observado que debiera infundirle sospechas, sus celos eran un desatino, una locu-

ra, y se atormentaba tan neciamente como el que se aflige porque es posible que se nuble, haya una tormenta y lo mate un rayo.

Para evitar la imaginaria desgracia, ideó el conde sacar de Sevilla á su mujer con el pretesto de pasar en el campo una temporada, sin que nadie interrumpiese la dulcísima vida de sus amorosas satisfacciones.

Nada habia mas conforme con los deseos, con los gustos de Rosa, enamorada de su marido y que no comprendia que en el mundo hubiera otra cosa de que ocuparse seriamente mas que el amor.

El proyecto se realizó.

Empero ambos se habian equivocado, se habian engañado á sí mismos.

Pasaron las apacibles noches de un estío, contemplándose al resplandor de la luna, despues de haberse contemplado todo el dia á la sombra de los bosques.

Tambien pasaron un invierno, contemplándose al amor de la lumbre ó á la luz de un sol consolador.

Pájaros, fuentes, arroyos y flores, eran todo su encanto, todo cuanto necesitaban.

Pero cuando llegó otra primavera y los rosales empezaron á llenarse de capullos, y las acacias á florecer, y el espacio á poblarse de golondrinas, no encontraron en la naturaleza los encantos que el año anterior ni tenian cuanto necesitaban.

El conde habia empezado á aficionarse á la caza, y mientras recorria con incansable ardor bosques y prados, la condesa solia coger flores para deshojarlas distraidamente, ó sentarse á la orilla de un arroyuelo, inclinar la cabeza sobre el pecho, cerrar los ojos y quedar inmóvil como si se hubiese dormido al dulce murmurio de las aguas.

Ambos se observaban cuidadosamente y sufrian; pero sin quejarse.

—No me ama como antes,—decia Rosa muchas veces.

—Está pensativa, se distrae fácilmente,—decia el conde.—¿Qué la preocupa? Para semejante variacion debe haber una causa grave.

—Parece,—pensaba Rosa,—que sus caricias son forzadas, como impuestas por el deber.

—Antes,—decia el conde,—á mis caricias respondia con suspiros tiernos, y ahora con suspiros tristes, lo cual acongoja y es bastante para entibiar la mas ardiente pasion.

—¿Por qué se separa de mí tan á menudo? ¿Será la caza un pretesto para evitarse la molestia de verme ó ver á otra mujer?

—¿Por qué desde hace algunos meses le duele la cabeza á todas horas? ¿Será el dolor un pretesto para disculpar su tristeza?

—Ayer, al salir, estaba yo á la ventana y Soledad en la puerta, y la última mirada fué para mi doncella.

—Ayer entré con Querubin y la primera mirada fué para mi paje.

Así se atormentaban noche y dia, dando lugar á que su situacion comenzase á ser violenta.

Para esto habia otras causas que sospechará el lector y aclararemos antes de tomar el hilo de los sucesos que vamos á referir.

Principiaremos por decir cómo habian quedado los personajes de esta historia, pues es indispensable conocer su situacion.

Don Bartolo, como se dice vulgarmente, habia hecho de tripas corazon al consentir el casamiento de su pupila. Lo que tuvo que violentarse, lo que sufrió al ver que á un tiempo perdia novia y dote, es indecible; pero no se atrevió á oponerse al saber que el galan era el conde de Almaviva, cuyas riquezas y poder eran

sobrados medios, no solo para conseguir cuanto quisiese, sino para hacer sentir al doctor el peso de su enojo. La lucha no era igual, y el pobre tutor, ante su enemigo gigante, tuvo que ceder y fingir un contento que no sentia, para sacar de su misma desgracia el mejor partido que pudiese.

Por de pronto consiguió que el conde aceptase sus servicios como médico y le señalase una paga de doscientos ducados al año, cantidad fabulosa en aquel tiempo en que el mas afamado Hipócrates de provincia no recibia por cada visita mas de media peseta, ó una en casos raros, cuando tenia la fortuna de ser llamado por personas muy principales. Además, la clientela de don Bartolo se aumentó apenas se supo en la ciudad que era el médico de cabecera del opulento conde de Almaviva, y comenzó á tener una reputacion de sabio que iba convirtiéndose en dinero prodigiosamente. Esto es muy natural, visto y sabido: entonces como ahora, el mejor médico era el que lograba introducirse en los palacios; el mejor pintor el que retrataba á los magnates y á las mujeres de moda; el mejor literato el que se alababa mas á sí mismo: en esto no hay variacion; todas las épocas son iguales: la fama, los aplausos y el dinero son para los charlatanes y atrevidos; para el hombre sabio y modesto no hay mas que desden, todo lo mas compasion y hambre. En el tesoro de santas doctrinas de nuestra religion, hay escrita la siguiente consoladora promesa: «Bien aventurados los pobres, porque de ellos será el reino de los cielos.» Pero en el código social se lee esta otra sentencia: «Bien aventurados los charlatanes y audaces, porque de ellos es el reino del mundo.»

El sacristan no fué menos afortunado: el conde lo miraba con la lástima que se mira á un pobre diablo, y aun solia divertirle: así que, le perdonó todas sus intrigas, que bien habia pagado con sustos, y le permitió la entrada en su casa como maestro de Rosa,

aumentando la mezquina retribucion que antes le daba el médico. No faltaba un solo dia don Basilio á dar la leccion á la señora condesa, leccion que rara vez esta tomaba, y cuando los esposos dejaron la ciudad, iba tambien dos dias cada semana, pronunciando cada vez un discurso sobre la pena que le causaba el no poder abandonar diariamente la sacristía para hacer el viaje. En esto no mentia; le costaba andar tres leguas para ir y volver; pero en cambio saciaba su voraz apetito, comiendo hasta mas no poder, y vaciaba un par de botellas de esquisito vino.

No habia abandonado el buen organista sus pretensiones de casamiento con la señora Anastasia, pretensiones que apoyaba el doctor para librarse de esta, porque temia que Fígaro no cumpliese su palabra; pero el ama de gobierno, cuyo amoroso afan tampoco se habia entibiado, se mantenia firme en su propósito, decidida á sostener los derechos que le daba la obligacion firmada por el barbero.

Este habia cerrado su tienda y abandonado á sus parroquianos: el conde lo admitió á su servicio, como ayuda de cámara, aunque con la intencion de proporcionarle un buen empleo, pues ya empezaba á desarrollarse en aquella época la aficion ó manía de depender del Estado, y la mayor fortuna era alcanzar un empleo.

Sin embargo, el cumplimiento de esta promesa y la del casamiento de Soledad fueron dilatándose, primero porque el conde no se ocupaba mas que de su amor y era inmejorable el servicio de Fígaro, y despues por otra razon que daremos á conocer.

Ya iba perdiendo Fígaro la paciencia, y no le quedaba mucha á Soledad; pero no faltaban escusas al conde, y pasó un año sin que se realizasen las esperanzas de los amantes.

Ya supondrán nuestros lectores que los cuatrocientos ducados de la señora Anastasia los habia gastado alegremente el maniroto

barbero, y que estaba, por consiguiente, imposibilitado para hacer la devolucion que habia de dejarle en libertad de casarse con otra. Esta circunstancia, aunque la calló, la adivinó fácilmente el conde, y cuando ya no tuvo escusas que dar, pensó aprovecharse de ella para seguir estorbando el casamiento, reservándose, si así le convenia, allanar la dificultad, pagando él la deuda.

Fígaro estaba tranquilo porque confiaba en que la generosidad y gratitud del conde lo sacarian del apuro, y decia:

—El conde pagará los cuatrocientos ducados, siquiera porque así paga mi desinterés: no puede haber olvidado que un dia puso á mi disposicion dos cajones llenos de oro y no tomé una sola moneda.

Empero no sospechaba Fígaro, á pesar de su astucia, que el conde queria hacer valer, ó mejor dicho, esplotar su proteccion, aprovechando las circunstancias.

No sucedia lo mismo á Soledad: esta conocia las intenciones de su señor y se esplicaba fácilmente lo que sucedia; pero se veia obligada á callar para evitar un escándalo, y estaba resuelta á luchar sin ayuda de nadie hasta agotar sus recursos.

Despues y con estrañeza de todos, menos del conde y Soledad, las visitas de don Basilio fueron mas frecuentes, hasta llegar á hacerse cuotidianas y mas largas que nunca.

¿Encerraba algun misterio esta conducta del organista?

Al fin se acostumbraron á verlo ir y venir, y creyeron que lo hacia por comer mucho y beber mas.

De la señora Alfonsa poco tenemos que decir. Rosa se la habia llevado consigo, no para que la sirviese, sino para no esponerla á la miseria. La sensible jóven no guardaba odio contra ninguno de los que la habian atormentado, imitándola el conde en tan generoso proceder.

La pobre vieja no habia vuelto á representar ningun papel: suspiraba y se quejaba de su desdicha, buscando ocasiones en que presentarse delante del sacristan para lanzarle tiernas y espresivas miradas; pero este se mostraba indiferente y desdeñoso.

Solo nos resta hablar de Querubin, llamado á representar el papel mas importante en este drama.

El desgraciado huérfano sufria horriblemente, porque su espíritu sostenia una espantosa lucha desde el momento fatal en que por primera vez vió á Rosa. No habia exagerado al decir que la tormenta de su alma era mayor y mas terrible que la que resonaba sobre su cabeza aquella noche.

Una de esas pasiones que, como el rayo, abrasan instantáneamente sin que nada pueda contener sus efectos, habia encendido el corazon del hermoso jóven, y por eso lo vimos quedar inmóvil y mudo al fijar su mirada en Rosa, y luego, mientras los demas se entregaban á la alegría de su dicha, ocultarse en un rincon, pensar en su desdicha, y desesperado clavarse las uñas en el pecho como si quisiera arrancarse el corazon.

Desde entonces la infeliz criatura habia intentado en vano apagar la llama voraz de su pasion, que no podia ser mas criminal porque era la mayor de todas las ofensas que podia hacer al hombre generoso á quien tanto debia, al hombre en quien habia encontrado la proteccion desinteresada y los consuelos de un amigo, de un hermano, de un padre. Indignábase contra sí mismo, se echaba en cara su ingratitud como si hubiera sido dueño de evitar que su pecho se encendiera, y en tanto que su conciencia lo acusaba, su amor crecia mas y mas.

Situacion mas dolorosa, lucha mas cruel no puede imaginarse.

¿Y cómo remediarla

Dejarse llevar de los impulsos de su pasion era cometer la accion mas villana, mas ruin; y cumplir su deber era sentenciarse á morir desesperado.

¡Pobre niño!.

No le habian engañado sus presentimientos.

Estaba condenado á sufrir: era una víctima de la fatalidad.

Por espacio de un año tuvo aquella criatura valor para luchar; pero al fin comenzaron á agotarse sus fuerzas y á triunfar la pasion.

—No la ofenderé mas que con los ojos y el pensamiento,— dijo;—pero ignorará que la amo, no sabrá lo que sufro.

Y sin pensar que aumentaba su tormento en vez de calmarlo, siguió á todas partes á su señora sin que esta lo advirtiese ó diera muestras de advertirlo.

Si Rosa se sentaba junto á un arroyo para entregarse, como hemos dicho, á sus meditaciones, por entre el ramaje del bosquecillo mas cercano se veian escapar dos rayos luminosos.

Eran despedidos por los ojos del paje, que luego iba á besar la piedra donde Rosa habia estado sentada, á recoger las hojas de las flores que ella habia hecho pedazos en su distraccion, y á contemplar una por una las huellas que sus piés habian dejado en la menuda arena.

No tocaba Rosa un mueble que no besase luego Querubin; no aspiraba ella el aroma de una flor que él no cortase y guardase como un tesoro.

Era su primer amor, su amor único, y en él se concentraron todos sus sentimientos, porque su alma estaba vírgen, porque no habia tenido padres ni hermanos á quien amar.

Las almas tiernas se subliman con la desgracia y los sufrimientos.

Por eso amaba Querubin á Rosa con tanta intensidad.

Sus recuerdos eran dolorosos, negras sus esperanzas y tristísimo su presente, porque la horfandad es el mas triste de todos los infortunios.

Esto es una verdad, que no solo la dicta la razon y aun casi pudiera probarla la ciencia, sino que la esperiencia la ha demostrado.

Yo, que aunque jóven, me he visto en todas las situaciones por que puede atravesar el pobre y el rico, el desgraciado y el afortunado, y que he penetrado en el seno de todas las clases sociales, he tenido ocasion de observar á muchos infelices, víctimas de la mas espantosa miseria, y los he visto alguna vez sonreir con la espansion de una verdadera alegría, he visto en sus ojos, siquiera por un instante y en circunstancias dadas, brillar un destello vivísimo que no podian empañar las nubes de sus dolores y sufrimientos; pero nunca, en ninguna ocasion, en ninguna circunstancia he visto la misma sonrisa, el mismo luminoso rayo de pura alegría en esos huérfanos abandonados por la horrible impiedad ó miserable cobardía de sus padres y criados por la caridad en los establecimientos de beneficencia. Uno de estos, entre otros muchos desgraciados, seria reconocido al instante por un fisiólogo con solo ver sus pupilas dilatadas, los ángulos de su boca y la depresion de sus sienes. Los he visto sonreirse alguna vez; pero siempre, á través de su sonrisa he adivinado la tristeza, una amargura de que quizás ellos mismos no sabian darse razon.

Querubin era uno de esos séres: no lo habian abandonado sus padres; pero él no los habia conocido y debia su existencia á la caridad.

Con tanto afan como á Rosa observaba el pobre niño al conde, y hubo momentos en que su conciencia empezó á tranquilizarse, lo cual era añadir fuego á su pasion.

Necesitaba Querubin convencerse á sí propio de que no obraba mal; necesitaba santificar su amor, ó por lo menos que la razon lo sancionara, y por eso observaba con tanto afan, y nada, ni la circunstancia mas insignificante pasaba desapercibida para él.

Dia y noche estaba en acecho; espiaba, no solo al conde, sino á todos los habitantes de la casa, y escuchaba todas las conversaciones.

Querubin era un enemigo temible, y con su ingenio, su astucia, su travesura y temerario valor, podia ser el espíritu malo, tentador y perturbador de la santa paz de aquella familia, cuyas esperanzas de felicidad iban desvaneciéndose.

Querubin era tanto mas temible, cuanto que se habia conquistado el cariño de todos y nadie desconfiaba de él.

Sus distracciones, el retraimiento que se observaba en él algunos dias, sus contrastes de loca alegría y profunda tristeza no daban que sospechar porque todos estaban acostumbrados á ver en él tales alternativas que se tenian por estravagancias propias de su singular carácter.

Uno de los dias que el conde salió muy temprano á cazar, dijo Querubin:

—Su amor se entibia: no es digno de la esposa que tiene.

Otro dia en que el conde, al volver de la caza, encontró á Soledad en una galería y le dijo al pasar algunas palabras benévolas mientras sonreia, dijo el paje:

—¿Será posible?... ¡Oh!... No debo creerlo.

Y cuando el sacristan amenudeó sus visitas, respirando fuertemente el mancebo como si hubiese logrado escapar de una mano que le oprimiera la garganta, exclamó:

—¡Ah!... ¡Está justificada por él mi falta!... ¡De nada podria acusarme sin acusarse él!...

1912-1916

Siguió observando, y cuando ya sus sospechas no dieron lugar á dudas, se hizo las siguientes reflexiones:

—Si yo declarase mi amor á la condesa y ella me correspondiese, seria criminal, primero por haber olvidado los deberes que á todo hombre impone la religion y la sociedad y no haber respetado los derechos sagrados de un esposo; segundo, porque cometia una traicion cobarde, y tercero, porque pagaba con negra ingratitud los beneficios del hombre á quien todo lo debo. ¿Es esto lo que el conde podria echarme en cara? Pues bien, él, dejándose llevar de una pasion ó un capricho, ha puesto los ojos en Soledad y la persigue, olvidando sus deberes y sin respetar los derechos de Fígaro, cometiendo una traicion villana y pagando con negra ingratitud al hombre á quien tan lealmente lo ha servido, á quien debe una dicha que en otro tiempo hubiera comprado con la existencia. ¿Qué diferencia hay entre su proceder y el mio? Ninguna. ¿Qué puede echarme en cara que yo no pueda echarle tambien á él? Nada... ¡Oh!... Si hay, él es doblemente criminal, porque para conseguir sus deseos, abusa de su posicion y de los medios que están á su alcance, amenaza para obligar y nada arriesga, mientras que yo no puedo abusar de nada, porque mi posicion con respecto á la condesa me hace mas débil; no puedo amenazar, sino ser amenazado, y arriesgo mucho, lo arriesgo todo, hasta la vida. ¿Quién es mas criminal? El conde, porque herirá impunemente, sabiendo que no pueden herirlo, y yo heriré esponiéndome á que me hieran. ¿Merece alguna consideracion el hombre que hace con su virtuosa mujer lo que él hace? Ninguna. No respeta los derechos de los otros y no puede, por consiguiente, pedir que se respeten los suyos.

El razonamiento no podia ser mas absurdo.

Querubin creia sancionada su falta con la ajena; pero hay

que tener presente el estado de su imaginacion exaltada, trastornada por su fatal pasion.

Á no ser así, jamás hubiera pensado que su estravío era perdonable y hasta justificable porque otro hombre habia tenido igual debilidad.

Tras estas reflexiones, que acabaron de dicidirle á lanzarse por el camino de su perdicion, el desdichado niño se hizo esta pregunta:

—¿Me ama la condesa?

Difícil era la solucion del enigma.

Tales contradicciones, cosas tan estrañas habia observado el paje en la conducta de Rosa, que dudó.

Nosotros no nos atreveríamos tampoco á responder negativamente.

Si en vez del conde, otro cualquiera de su misma edad hubiera acertado á galantear á Rosa, habria obtenido el mismo triunfo sin contar con el apoyo de otra belleza que sus pocos años.

Rosa habia visto muy pocos hombres mas que el maestro de música y su tutor, viejos, ridículos, y aun puede decirse asquerosos, considerados eróticamente. El segundo de estos la perseguia, ofreciéndole un amor repugnante y pidiéndole un amor imposible, y la jóven, horrorizada, no anheló mas que verse libre de su prision y de las caricias del viejo, y el primer hombre que se le presentó, parecióle la mas sublime concepcion de la belleza, porque no podia compararlo sino con el panzudo médico. La hermosura del conde era completa; pero como, y volvemos á los refranes, sobre gustos nada hay escrito, tal vez comparado este con Querubin, á cuya belleza cuadraba tan bien su nombre, hubiera vencido este ó cualquiera otro.

Rosa se enamoró, pues, como puede enamorarse una mujer

que se encuentre donde no haya mas que un hombre; pero como al fin se enamoró y era virtuosa y abrigaba los mas nobles sentimientos, su amor no se habria entibiado, jamás se habria debilitado su virtud si su esposo hubiera pensado que tenia el deber de educarla nuevamente, de guiarla, porque desconocia el mundo, para evitar que se pusiese al borde del abismo á donde podian conducirla sus inespertos pasos.

La belleza, casi ideal, de Querubin habia llamado la atencion de Rosa.

Los primeros dias lo contemplaba con admiracion, como se contempla una estátua.

Despues, cuando supo las desgracias del pobre mancebo y conoció su raro talento, lo miró con ternura; pero creyó de buena fé que la emocion que sentia no era mas que un impulso generoso de compasion.

Desde entonces Rosa se acordaba del paje cuando no lo veia, y al verlo sonreia y se estremecia ligeramente.

Sentia hácia Querubin el mas vivo interés; pero no sospechó siquiera que pudiese ser amor, porque no comprendia que las pasiones pudieran desarrollarse tan lenta y dulcemente, ni mucho menos qne una mujer casada, enamorada de su marido y virtuosa, pudiera enamorarse de otro.

Esto era para la jóven un absurdo, un imposible, como imposible y absurdo le habia parecido que con el tiempo se templaran los primeros arrebatos de la pasion.

Siguió, pues, pensando en el paje mas de lo que debiera, mucho mas de lo que le convenia, y como nada temia, nada trató de evitar.

Pasaron así dias y meses.

Tocó á su fin la luna de miel.

Rosa se apercibió entonces de que las miradas de Querubin espresaban algo mas que un cariño sincero y gratitud, y quiso adivinar lo que significaban.

Á esto no le dió mas importancia que la de una curiosidad mas ó menos viva.

Nada adivinó.

Luego pensó en que, cuando paseaba, encontraba al mancebo con mucha frecuencia.

Al fin observó que la seguia constantemente, ya con pasos, ya con miradas; pero no se le ocurrió decir mas que,

—¿Me espiará por órden de Fadrique?

Y esta sospecha la consultó con Soledad.

—Cualquiera,—respondió esta sin comprender el daño que hacia,—cualquiera diria que el travieso paje está enamorado...

—¡Enamorado!—exclamó Rosa, cuyo rostro se tiñó de púrpura.—¿De quién?

—De vos.

—¡De mí!...

—Tales cosas hace,—repuso la sirviente, que por estar ocupada en arreglar el tocador no advirtió el efecto producido por sus palabras,—tales cosas hace que...

—Deliras, Soledad.

—No lo aseguro, digo que parece por lo que hace...

—¿Pero qué has visto?

—Que os sigue como vuestra sombra...

—Casualidad.

—Y un dia que me llamásteis y yo por acudir pronto dejé sobre una silla una cofia vuestra que llevaba para que la lavasen, me encontré al volver al mancebo, estrujando la cofia y besándola como un loco.

—¡Soledad!...

—Creí que era una de sus estravagancias,—repuso inocentemente la doncella;—pero tenia los ojos desencajados y su cara parecia la de un difunto.

—¡Ah!...

—No exagero, señorita. ¿Veis lo hermoso que es? Pues estaba horrible... casi daba miedo mirarlo.

Hasta aquel dia no se convenció Rosa de dos cosas: de que el paje la amaba ciegamente, y de que era posible que ella amara al paje.

En la segunda se equivocaba, intentaba engañarse á sí misma, porque el peligro no era la posibilidad de amor, sino el amor que ya sentia.

Empero Rosa no queria reconocer la verdad, porque no queria acusarse ante su conciencia.

Entonces su pasion, halagada con la del paje, creció por momentos.

La pobre Rosa empezó á luchar con todas las fuerzas de su virtud.

—¿Es posible,—se preguntó,—que yo ame á un tiempo á mi esposo y á ese niño? ¿Es que no amo á mi esposo?

Era que á las caricias de Rosa respondia el conde con miradas recelosas, con indicaciones de sospechas, con muestras de dudas, y sus caricias eran mas bien una pregunta como la del que desconfia y dice: «¿Es verdad ese amor?»

Esto no podia satisfacer el corazon de la jóven. Además, nadie la habia sacado del error en que estaba, creyendo que el febril entusiasmo de los primeros dias del amor no se acabaria, ó lo que es lo mismo, que todos los meses y todos los años serian iguales al primer mes, á la primera semana de matrimonio.

La luna de miel era en su concepto una frase sin aplicacion mas que para los que no amaban de veras.

No es estraño: no tuvo otro maestro que su alma rica de sentimientos de ternura y de ilusiones.

Por eso cuando tocó la realidad le pareció haber caido en un abismo.

Como encontró lo que no esperaba, lo que no creia que pudiera suceder mientras la amase su marido, dudó del amor de este y sufrió con todo el tormento y la amargura del desengaño y los celos.

¿Quién debia responder de esta desgracia?

Los que habian educado á Rosa.

Detenidas observaciones nos han convencido de que hay muchos padres que no debieran serlo, por mas que amen á sus hijos y se sacrifiquen por ellos.

Tambien nos hemos convencído de que hay muchos, muchísimos maridos que debieran haber hecho voto de castidad y permanecer solteros.

Hay muchas mujeres que debieran ser felices y son muy desgraciadas porque han recibido de la esperiencia duras lecciones que debieran haberle dado sus padres, porque el tiempo les ha arrancado ilusiones profundamente arraigadas en el alma, lo cual pudo evitarse no dejándolas crecer.

Con cuidar de la virtud de sus hijas creen los padres que lo han hecho todo, sin pensar en que es menester hacerles comprender lo que es la vida práctica, tan diferente de la teórica que se forjan en su mente, cada cual á medida de su capricho, de sus gustos, de sus inclinaciones, como si la sociedad hubiera de subordinarse á ellas en vez de ser ellas las que tienen que sujetarse *precisamente* á las prácticas de la sociedad.

Es posible que nuestra pluma arranque algunas ilusiones; pero habremos hecho un bien.

El resultado, pues, mas natural de los recelos del conde fué la nueva pasion de Rosa.

Las distracciones de esta, su tristeza contínua, dieron por resultado el desvío del conde, porque los hombres exigen de las mujeres algo mas que cariño y fidelidad.

La melancolía de Rosa era un repulsivo, y el conde sintió la necesidad de ver sonrisas.

Eran distintas las causas; pero iguales los efectos.

Ambos se quejaban de lo mismo, dándose á la vez igual motivo de queja.

Así se esplica cómo la alegría de Soledad pudo tentar al conde, y cómo las muestras de constancia y pasion intensa de Querubin encendieron el corazon de Rosa.

Don Basilio, intrigante como siempre, se habia convertido en instrumento del amoroso capricho de Almaviva.

Soledad, á la vez que se defendia, se habia declarado protectora de la condesa y del paje, no para ayudarles en sus amorosos deseos, sino para evitar que se comprometiesen, cometiendo alguna imprudencia.

Fígaro, entre tanto, observaba, preguntaba á Soledad y esperaba á ver claro en la estraña conducta de sus señores, para obrar segun su conciencia y su conveniencia; pero aun no habia podido mas que sospechar la pasion de Querubin y Rosa y el aburrimiento del conde.

En tal situacion se encontraban los personajes de esta peregrina historia cuando empezó la luna de hiel, que debia terminar en luna de horrores.

El buen doctor hacia dos meses que recetaba antiespasmódi-

cos para combatir las dolencias, que calificaba de nerviosas, de su antigua pupila, aunque mientras estampaba en el papel el *recipe* decia para sí:

—El mal está en otra parte: su marido la mira con frialdad y á la vez la atormenta con celos... Dios castiga y no á palos... Bien dice el refran, en el pecado va siempre la penitencia..... ¡Oh!... El conde se ha encargado de vengarme.

CAPÍTULO II.

De cómo Fígaro y Soledad convinieron en que no debian tener mas paciencia.

La casa de campo que ocupaban los condes de Almaviva era una magnífica posesion á legua y media de la ciudad y situada en la falda de una pintoresca colina. Nada faltaba allí de cuanto puede hacer agradable la vida del campo; la naturaleza y el arte parecian haber rivalizado para hacer de aquel lugar un paraiso. Los bosques de olivares, encinas y naranjos alternaban con las verdes praderas, los jardines y las frondosas alamedas de entrelazado ramaje, y el ruido de mil arroyos, fuentes y cascadas se confundia con el armonioso y grato del canto de las aves. Si aquí se admiraba el arte entre kioscos, laberintos, estátuas y fuentes, allí encantaba la naturaleza entre peñas y chaparros: mientras que la mariposa con silencioso vuelo saltaba de flor en flor, buscando una cuyos colores compitiesen con los de sus alas, agitaba ruidosamente las suyas la perdiz sobre un precipicio, y en tanto que, á

impulsos del viento, se doblaban y crujian las gruesas ramas de las encinas y olivos y oscilaba el dorado fruto de los naranjos, la azucena y el lirio se mecian dulcemente sobre su débil tallo y sacudia su florida copa la acacia.

Entre flores, árboles, fuentes y arroyos, sobre una alfombra de menuda yerva, levantábase un espacioso edificio de dos cuerpos, terminado por una azotea con balaustrada de mármol blanco. Dábale entrada un ancho vestíbulo, y coronando el balcon principal é interrumpiendo la cornisa y balaustrada de la azotea, se veia la esfera de hierro dorada de un reloj cuya campana interrumpia cada media hora el silencio de aquel lugar encantador. El interior del edificio, dividido en muchas y cómodas habitaciones amuebladas con estraordinario lujo, nada dejaba que desear, y aun era demasiado para Rosa, acostumbrada á vivir en la humilde casa en que la conocimos.

Por ahora nos basta con la ligera idea que hemos dado de la morada de los jóvenes esposos; mas adelante, segun lo requieran los sucesos que hemos de referir, entraremos en detalles que ahora cansarian al lector.

Ya vimos cómo habia pasado la luna de miel y empezado la de hiel.

De esta iban cuatro meses, y el de abril, con sus brisas, sus flores y sus aromas habia mediado.

Eran las ocho de la mañana.

Soledad, pensativa y algo triste, como pocas veces se la veia, limpiaba una habitacion de forma octógona, adornada con el mas esquisito gusto, que servia de tocador á Rosa. La traviesa doncella estaba tan bonita como siempre, y aun algo mas, porque la regalada vida que pasaba le habia dado, no solo mas fuerzas y alegría, sino mas frescura. Ya no llevaba la humilde y grosera ropa con

que la conocimos; vestia con el lujo y esmero de la doncella y favorita de una gran señora, lo cual contribuia sin duda á aumentar su belleza, pues entre estopa y lana, por mas que otra cosa nos esforcemos en probar, se oscurecen los encantos de la mas encantadora mujer. No hay fealdad repugnante en un palacio, entre oro, seda y encajes, ni hay belleza arrebatadora entre miseria y harapos.

De vez en cuando interrumpia Soledad su faena, se contraia ligeramente su rostro y meditaba, acabando por decir, como término de sus reflexiones:

—Cada dia se pone peor este enredo, y al fin, si Dios no lo remedia, tendré que tirar de la manta y que se descubra todo, porque antes que hacer una ofensa á mi señora prefiero darle un disgusto. ¿Quién habia de sospecharlo? ¡Tienen unas rarezas estos usías!... Es verdad que ella tampoco se queda atrás, y á no ser por lo que es, le pagaria en la misma moneda

Así pasó la doncella mas de un cuarto de hora.

La cortina de una de las puertas se levantó y asomó la cabeza de Fígaro, que entró pocos momentos despues sin hacer el mas leve ruido.

No se advertia en el barbero mudanza alguna, pues se habia negado á cambiar su traje por el que usaban los demas criados del conde, jurando que antes saldria de la casa que empolvarse el pelo ni ponerse *faldas* que no le dejarian andar y sombrero de tres picos que se le escaparia de la cabeza. Sus ojos tenian el mismo brillo, la misma espresion de alegría y mirada picaresca que siempre, y su gracia era la misma.

De su llegada no se apercibió Soledad, que estaba en uno de sus momentos de distraccion, con los brazos cruzados y de espaldas á la puerta, lo cual dió ocasion al barbero para llegar hasta

ella y dejarle en una mejilla un recuerdo mas de su atrevimiento.

Soledad dejó escapar un grito y se volvió asustada porque temió que fuese el conde; pero al ver á Fígaro se tranquilizó, aunque procuró fingir desagrado y dijo:

—¡Traidor!

—¿Te enfadas?—preguntó el barbero, mirando con ardientes ojos á la doncella.

—Muchas veces te he dicho...

—Ahora has tenido tú la culpa; creí que me habias sentido y esperabas...

—¡Fígaro!...

—¿No te agrada lo que con tanto cariño te doy?

—No.

—Pues devuelvémelo y en paz.

—Si tuvieras vergüenza...

—Vas volviéndote hipócrita, Soledad.

—Tendré que dejarte por loco,—replicó esta, comenzando de nuevo á limpiar;—pero que sea la última vez...

—Sí, debe ser la última vez que te enfades.

—¿Qué quieres, Fígaro?

—Verte.

—Ya me has visto: déjame trabajar...

—Tenemos que hablar mucho, Soledad.

—¡Mucho!

—Sí, guarda tu mal humor, si es verdadero el que muestras, y escúchame.

—¿Que si es verdadero?... ¡Oh!... No tengo motivo para estar contenta.

—¿Qué sucede?

—¿Te parece poco lo que ha sucedido?

—Si te refieres á lo que nos interesa tanto...

—¿No es bastante?

—Demasiado, Soledad,—repuso Fígaro, dejándose caer en un blando divan.

—Pues bien,—dijo la doncella, soltando el plumero y sentándose tambien:—es preciso hacer algo, porque así...

—No nos conviene estar.

—Orden,—replicó el barbero, despues de meditar algunos instantes.—Ante todo, díme si entiendes lo que pasa.

—Lo que entiendo,—respondió Soledad, que no queria tocar ciertas cuestiones mientras no llegase el último apuro,—lo que entiendo es que el tiempo pasa, que hace un año y cuatro meses que se casó doña Rosa, y esta es la bendita hora de Dios que nosotros...

—Entiendo.

—Y como no quiero esperar otro año...

—¿Pero has adivinado la razon por qué el señor conde va dilatando nuestro casamiento?

—Ya te lo ha dicho.

—Escusas que nada significan: algo mas debe haber.

—Ni lo sé ni quiero saberlo, pues lo que me importa...

—Es eso precisamente, el motivo.

—Yo me lo esplico fácilmente.

—¿Cómo?

—Todos los hombres sois egoistas, y como el señor conde sabe que no ha de encontrar quien lo sirva como tú...

—No puede ser eso, porque ya le he dicho que renuncio al empleo que me tiene prometido, que seguiremos en la casa y lo serviré mejor que ahora.

—Desconfiará de esa promesa.

—Nunca le he faltado á ninguna.

—Entonces... no sé... un capricho... ¡Los tienen tan raros estos señores!—dijo Soledad con una intencion que no pudo comprender el barbero.

—¡Oh!—murmuró este con aire de duda.—No sé por qué... sospecho...

—¿Qué sospechas?—preguntó vivamente la doncella.

—Que hay algun misterio en la estraña conducta del conde.

—¿Pero qué clase de misterio puede haber?

—No lo adivino.

—Eres muy caviloso, Fígaro.

—Soledad, si he de hablarte con franqueza, te diré que...

—Acaba.

—Que creo que sabes algo y me lo ocultas.

Soledad dejó escapar una carcajada que procuró hacer franca y burlona; pero palideció ligeramente.

—Me rio,—dijo,—porque no quiero enfadarme.

—¡Oh!...

—¿Con que tambien desconfias de mí?

—No; pero advierto en tu cara un no sé qué...

—Bien dice el refran, todo se pega menos lo bonito.

—No te comprendo.

—Quiero decir que te vas volviendo como el conde, que sin mas fundamento que ese no sé qué de la cara, tiene celos...

—Y no se equivoca.

—Fígaro...

—Mejor que yo lo sabes tú: ese endiablado paje...

—¡Pobre criatura!

—Así empezó doña Rosa, teniendo lástima de él.

—¿Y temes que yo tambien me enamore?

—Lo que temo es que nos dé muchos disgustos.

—Doña Rosa se morirá antes que faltar á sus deberes.

—Torres mas altas las he visto yo caer,—replicó Fígaro, encogiéndose de hombros.

—Tienes malos pensamientos, mala lengua y...

—Las mujeres tienen un cuarto de hora fatal, que si hay quien acierte á aprovecharlo...

—Calla, Fígaro.

—Bastante hemos hablado de esto.

—Ten lástima de doña Rosa...

—Y de Querubin, porque si toca al honor del conde... ¡Vive el cielo!...

Y la frente de Fígaro se contrajo y de sus ojos se escapó una mirada sombría.

—No pongas ese gesto,—dijo Soledad, estremeciéndose.—Nada hay que temer porque muy pronto se irá el paje: ya sabes que el señor conde ha pedido para esa pobre criatura un empleo de alférez, y como el rey no le negará la gracia...

—Eso me tranquiliza: en buen hora se aleje de aquí y olvide á doña Rosa...

—Dejemos eso, Fígaro.

—Es verdad, olvidamos lo que mas nos importa.

—¿Qué piensas hacer?

—Aconséjame, Soledad.

—Que nos casemos.

—Pero el conde...

—¿Y hemos de estar sujetos á su capricho?... ¡Pues no faltaba mas!

—He pensado hablarle por última vez, y si no decide clara y terminantemente..

—¿Qué harás?—preguntó afanosamente la doncella.

—Me despediré.

—Yo tambien.

—Y en cuanto se vaya Querubin...

—Antes no; pero entonces...

—Volveré á mi barbería y...

—Dios nos ayudará.

—Creo que no podrá el conde acusarme de ingrato, porque pedirme que renuncie á la mujer á quien amo...

—Es un sacrificio que no puede hacerse, y él lo sabe por esperiencia. Además, eres libre para casarte cuando quieras, y si bien se mira, tú has hecho mas por el conde que él por tí.

—Tendré que vencer un inconveniente...

—¿La señora Anastasia?

—Sí.

—El diablo te tentó para que tomases aquel pícaro dinero...

—Fué una locura; pero ya...

—¿No ha de recompensar el conde tus servicios?

—Pero no con cuatrocientos ducados.

—Es imposible que te deje en el compromiso...

—Primeramente, no quiero que sepa que he gastado un dinero que no es mio; y luego, si me voy de la casa...

—Aguardaremos á reunir esa cantidad, trabajando los dos.

—No basta, Soledad, no basta,—replicó el barbero, apretando los puños:—la pícara vieja se contiene ahora por respeto al señor conde; pero cuando no la detenga ninguna consideracion, acudirá á la justicia...

—¿Y cómo han de casarte mientras tú digas que no?

—No me casarán; pero...

—¿Qué?

—Me encerrarán en la cárcel...

—¿Y tampoco te dejarian casar conmigo?

—Tampoco.

—¿Es justo que yo pague tus culpas?

—No siempre paga solo el criminal.

—¡Buena justicia!

—Te juro, Soledad, que es la primera vez en mi vida que me he visto tan apurado.

—Y yo desesperada; pero como me apuren mucho la paciencia...

—¿Qué has de hacer?

—Lo ignoro; pero ya me conoces y...

—¡Oh!... ¡Y no puedo aclarar el misterio!...

—No hay ninguno: es que los señores se olvidan fácilmente de los favores que reciben, porque creen que todos los pobres están obligados á servirlos.

—Sí hay misterio, Soledad, y lo que estraño es que tú, tan astuta como eres, no hayas averiguado nada.

—¿Y tú?

—Estoy avergonzado de mi torpeza.

—Entonces...

—Salga el sol por Antequera.

—¿Te decides á hablar clarito al señor?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo: quiero casarme y salir de esta casa, porque no me gusta lo que sucede.

—¿Qué te importa?

—Todos acabaremos mal.

—Exageras, Fígaro.

—¡Oh!... Tengo buen olfato y la tormenta me da en la nariz. No sabré esplicarme, porque no he podido averiguar todo lo que pasa; pero es la verdad que son de mal agüero las idas y venidas del sacristan y sus conferencias con el conde; el aburrimiento de este, que ya está cansado de matrimonio, como lo prueba el que se le van los ojos tras cualquiera mujer, y los amores de doña Rosa y el paje, que acabarán por decirse lo que ahora callan. Por consiguiente, como nosotros podemos ser felices, no quiero meterme en enredos, y lo que deseo es que nos echen la bendicion, tomar lo que quieran darnos por nuestros servicios, y...

—¿Salir de aquí antes que el paje?

—¡Vive el cielo!... Tienes razon: no debo abandonar al conde cuando le amenaza un peligro de que yo tal vez podré salvarlo, ó al menos vengarlo; pero despues...

—Soy de tu opinion.

—Y en cuanto á la señora Anastasia, veremos cómo salir del apuro.

—Por tí,—dijo Soledad, desplegando una encantadora sonrisa,—á todo estoy dispuesta.

Oyóse el sonido de una campanilla y la doncella exclamó:

—¡Ah!... Me llama doña Rosa... Véte, Fígaro, y... ¡Otra traicion!...

El barbero salió de la estancia por una puerta y Soledad por otra, diciendo:

—¡Cuánto me quiere!... ¡Y cuánto lo quiero!... Que venga con recaditos el sacrismoche..... Donde está mi Fígaro... ¡Bah!... ¡Estos usías creen que todo se lo merecen!... ¡Ja, ja, ja!...

Entre tanto Fígaro se dirigia al aposento del conde, diciendo para sí:

—Algo me oculta Soledad, se lo he conocido en la cara... ¿Qué

puede ser? ¿Qué le importa al conde que yo me case ó me quede soltero?... ¡Oh!..... Pues tomo con empeño el asunto y... Veremos: hoy he de quedar dentro ó fuera: basta un plazo de diez y seis meses. Aun no me he olvidado de que soy Fígaro, y les probaré que no valgo menos que antes.

Indudablemente, si el barbero se mostraba decidido á no esperar, el conde se veria apurado, porque ya no tenia escusas que dar para dilatar el plazo del casamiento.

CAPÍTULO III.

De cómo Fígaro no dejó escusa al conde.

El conde acababa de vestirse y pensaba cómo pasar aquel dia sin fastidiarse como otros muchos, cuando Fígaro entró en el aposento con la libertad propia de su carácter y la que le habia dado su amo, pues desde que este se casó, no solo prohibió al barbero que le diese tratamiento, sino que lo autorizó para que á todas horas y en cualquier parte se llegase á él y le hablase de cuanto quisiera.

—Perdonadme, señor,—dijo Fígaro,—si vengo á molestaros tan de mañana y con asunto que no es para vos urgente.

—Sabes ya,—respondió el conde con dulzura,—que tienes licencia para hablarme cuando te plazca y que me es agradable tu conversacion.

—Gracias, señor conde.

—Te escucho, pues, y para probarte que de buena gana y despacio, me siento.

Hízolo así Almaviva, recostóse en un sillon, y añadió con el mismo acento cariñoso:

—¿Qué quieres, Fígaro?

—Señor, ya han pasado diez y seis meses desde que os casásteis.

—Los llevo bien contados,—respondió Almaviva, cuya frente se contrajo ligeramente y por un segundo:—el matrimonio es la época de mas importancia en la vida del hombre y no puede olvidarse el dia en que principia.

—Sobre todo,—dijo Fígaro para sí,—cuando uno se arrepiente de haberse casado.

Pero añadió en voz alta:

—Sobre todo cuando uno es feliz y está cada dia mas contento de haberse casado.

—Es verdad.

—¿Os acordais, señor conde, de aquella impaciencia que tanto os atormentaba á todas horas cuando teníamos que luchar con el viejo tutor?...

—¡Ah!—exclamó el conde, exhalando un suspiro.—¡Qué dias aquellos!

—Supongo que no los echais de menos...

—No; pero... los recuerdo con... ternura, porque eran la aurora de una felicidad que... no pude comprender y... fueron mis últimas locuras...

—¿El casaros?—preguntó Fígaro con un atrevimiento que solo él hubiera tenido.

—¡Oh!... No, no... Locuras llamo á las burlas, intrigas y travesuras con que atormentamos al pobre viejo... ¿Con que decias que?...

—Digo, señor,—repuso el barbero, mirando atentamente al

conde,—que puesto que ya sabeis lo que sufre el que está enamorado y espera...

—Sí, sí,—interrumpió Almaviva, cuyo semblante cambió repentinamente.

Y volviendo el rostro hácia una ventana que tenia cerca, miró como distraido al campo.

—Por consiguiente,—repuso Fígaro, fingiendo no haber advertido la mudanza del conde,—no estrañareis que yo, enamorado ahora como vos antes de casaros, sufra porque espero...

—No lo estraño y... me alegro, porque ese sufrimiento es el mayor goce del amor...

—Sin embargo, señor conde, lo mismo que vos hicísteis, hago yo, renuncio á ese goce.

—Nunca se aprecia lo que se tiene,—replicó Almaviva, sonriendo levemente y con una intencion poco disimulada.

—Esa es la condicion de la criatura, así como la de los tontos es no desear nada.

—Te esplicas como siempre, Fígaro.

—No sé si con bastante claridad, señor.

—Con mucha.

—De manera que...

—Sufres como yo sufrí, los dias te se hacen siglos...

—Eso es.

—Todo tiene fin.

—La misma idea se me ha ocurrido.

—Por eso la esperanza viene á consolarnos siempre y así tenemos fuerzas para sufrir.

—Y á mí,—dijo el barbero, que comprendió que el conde intentaba dilatar la conversacion hasta tener un pretesto para interrumpirla sin resolver la cuestion y ganar así tiempo,—y á mí

me consuela mas que á otros, porque mis esperanzas son siempre hijas de firmes propósitos que hago y cumplo cuando llega la ocasion.

—¿Crees que á todos no les sucede lo mismo?

—Pero el que no se atreve á hacer lo que se propone...

—Hace un segundo propósito y tiene una segunda esperanza.

—Eso no es para mí.

—Piénsalo bien y...

—Un ejemplo, señor: yo me propuse casarme...

—¿Cuando yo me casara?

—No, señor.

—Entonces...

—Algun tiempo despues, un año ó año y medio, porque era lo que me convenia.

—Estaba yo equivocado,—dijo el conde, á quien empezaba á desagradar que la habilidad de Fígaro no le permitiese estraviar la cuestion;—pero entonces no comprendo cómo hace un año que quieres realizar tu proyectada boda.

—No han sido mas que preparativos, y lo prueba el que nunca he dicho resueltamente me caso, sino quiero casarme.

—¿Y ahora lo dices?—preguntó Almaviva, fijando una penetrante mirada en el barbero.

—Ahora,—respondió tranquilamente este,—os pido licencia.

—Nunca te la he negado, y por consiguiente, si eso es lo que querias, concedido lo tienes ya.

—No es eso todo.

El conde volvió á mirar hácia la ventana y nada respondió.

—Malo va esto,—dijo Fígaro para sí:—le desagrada el asunto; pero estoy decidido á todo.

Y luego, observando atentamente el rostro del conde, añadió:

—Tambien queria, señor, que fijáseis el dia de mi casamiento.

—¿Pues no sabes que depende del empleo que han de darte?

—Es que... sobre ese punto he variado de opinion.

—No te comprendo, Fígaro.

—Que no quiero empleo ninguno mas que ser vuestro criado ó volver á mi barbería.

—¡Fígaro!—exclamó el conde sorprendido.

—Lo he pensado bien y estoy seguro de que la nueva vida no me agradaria.

—Pero...

—Es cosa resuelta, señor,—replicó el barbero con tono que no dejara duda al conde.

La frente de este se nubló.

—Esos cambios,—dijo,—son estraños.

—Señor, á decir verdad, la idea del empleo nunca me ha entusiasmado.

—¿Por qué te mostrastes dispuesto á aceptarlo?

—Porque érais vos quien me lo ofrecia.

—¿Por qué me lo has recordado muchas veces si no lo deseabas?

—Porque de él dependia mi casamiento, y pedir el empleo era pedir la mano de Soledad.

—Debieras haberte esplicado antes...

—Como antes no he pensado en casarme...

—¡Oh!... Es estraña tu conducta.

—No veo en ella nada que pueda estrañar. Mi casamiento era cosa convenida y muy deseada por mí, y nada mas natural que algun dia resuelva casarme, porque ha de ser alguno, y tanta estrañeza deberia causar dentro de un año como hoy, y la misma pudo causar hace un mes.

—Pero tan repentinamente...

—¡Repentinamente despues de cerca de año y medio!... Si eso se llama repentino...

—No muestra Soledad tanta prisa como tú.

—Señor, las mujeres ocultan siempre por decoro esos deseos.

—No digo que á mí me los manifestase.

—Pues lo que es á mí me pregunta diez veces cada dia cuándo nos casamos, y se pone de mal humor con cada una de mis vagas respuestas. Ya veis, pues, que ella lo desea tanto como yo, que yo lo deseo mucho, y como vos, no solamente no os oponeis, sino que para ello me teneis ofrecida vuestra proteccion sin que yo os la pida....

—Comprendo, —interrumpió el conde, á quien la lógica de Fígaro desagradaba mucho.

—Cuando vos pretendíais á la señora condesa y yo tenia la honra de ayudaros, os dije que amaba á Soledad y vos me contestásteis: «Trabaja con ardor para que yo logre mis deseos, y verás realizados los tuyos.»

—¡Oh!—dijo el conde para sí.—Me recuerda mis promesas.

—Esto,—prosiguió Fígaro,—era muy natural, porque como vos estábais tambien enamorado, comprendíais mi afan, y ahora que estais casado y sois feliz, tan feliz que no parece sino que Dios ha querido que en este mundo empeceis á disfrutar de la gloria prometida á los buenos, supongo que desearéis tambien para mí la misma felicidad, puesto que me honrais con un cariño que no merezco.

El conde habia palidecido: las palabras de felicidad del barbero eran un sarcasmo; pero el aburrido esposo tenia que aceptarlas como espresion de cariño, so pena de descubrir los mas recónditos secretos de su alma.

¿Qué hacer en tal situacion?

El conde no tenia escusa para rechazar la pretension de Fígaro; pero como tampoco le convenia acceder á ella sin asegurar el éxito de las suyas, intentó encontrar un pretesto para dilatar al menos el asunto.

Empero fué en vano, y se convenció de que no habia mas que negar ó conceder terminantemente.

Ocurrióle entonces la sospecha de si Soledad habria descubierto lo que tanto importaba ocultar, y para averiguarlo preguntó:

—¿Y qué piensas hacer cuando te cases?

—Ser un buen marido,—respondió sencillamente el barbero.

—Eso lo supongo.

—Vos me dais el ejemplo...

La frente del conde se contrajo mas de lo que estaba.

—No quiero hablar de eso,—replicó:—te pregunto respecto al sistema de vida que piensas adoptar.

—No os comprendo, señor.

—Torpe estás hoy.

—Perdonadme.

—¿Qué harás despues de casado? ¿Cómo vivirás? ¿Me entiendes ahora?

—Haré lo mismo que ahora, si me lo permitís.

—¿Continuarás á mi servicio?

—Será mi mayor gusto.

El conde se tranquilizó.

—¿Es decir,—repuso,—que no pensabas volver á tu antigua vida de barbero?

—Á menos que me despidiéseis, lo cual sentiria mucho...

—No, no,—replicó vivamente el conde.

—¿Estais satisfecho?

—Sí.

—De manera,—repuso el barbero,—que puedo esperar que os digneis...

—¿Qué?

—Fijar el dia de mi casamiento, que será lo mismo que anunciarme desde cuándo seré feliz completamente.

Almaviva meditó algunos instantes.

—Bien,—dijo al fin,—señalaré el dia; pero no en este momento, porque quiero ponerme de acuerdo con la condesa.

—Es muy justo.

—Luego... mañana quedará resuelto.

—Gracias, señor.

—Puedes dar la nueva á Soledad.

—Ahora mismo,—respondió alegremente Fígaro.

—Y díle que si sabe agradecer mis beneficios, os haré tantos que...

—Señor, respondo de la gratitud de Soledad,—replicó de buena fé el barbero, sin comprender la maligna intencion de las palabras del conde.

—Respondiendo tú,—dijo este, gozoso por la venganza que tomaba de los anteriores sarcasmos de Fígaro,—respondiendo tú estoy tranquilo, porque mis esperanzas se realizarán.

—¿Quién lo duda?

—Sabes que te quiero, y tu dicha será la mia.

—Así como es mia la vuestra.

El barbero fingia mas contento del que verdaderamente sentia. Es verdad que habia conseguido lo que deseaba; pero habia conocido que el conde habia otorgado de mala voluntad, y esto le afirmaba mas en su creencia de que habia algun misterio que le im-

portaba descubrir. Así que, despidiéndose del conde, salió de la habitacion, diciendo para sí:

—No me equivoco: aquí hay gato encerrado, y ¡vive Dios! que he de descubrirlo. Le ha costado mucho trabajo decir que sí... ¿Qué le importa que me case?

—¡Oh!—murmuraba entre tanto el conde.—Me ha atormentado, y no sin malicia, porque nada de inocente tiene este tunante. Bien, ya está satisfecho, cree haber conseguido lo que queria; pero no ha contado con la señora Anastasia, que es mi áncora de salvacion. Se casarán, pero no sin ciertas condiciones que ha de otorgar Soledad: de otra manera, que busque cuatrocientos ducados ó renuncie á su boda. Son las nueve y cuarto,—añadió mirando su reloj;—don Basilio no tardará... ¡Oh!... Veremos quién gana la partida.

CAPÍTULO IV.

Se prepara la intriga contra Fígaro.

Cuando el reloj anunciaba las diez, asomó por una calle de rosales y acacias la negra y estraña figura del sacristan que, á favor de sus larguísimas piernas, avanzaba rápidamente hácia la casa. De vez en cuando se quitaba el sombrero para servirse de él como de un abanico, y se limpiaba el sudor que corria por su escuálido rostro.

En nada habia cambiado el maestro de música: estaba tan feo y sucio como la última vez que lo vimos y llevaba la misma ropa, pues aunque habian aumentado sus recursos, era igual su miseria porque no habia dejado el vicio de jugar.

Al llegar cerca de la casa pasó junto á él una muchacha que apenas tendria diez y seis años, esbelta, de hechicero rostro, que debia ser blanco, pero que habia tostado el sol, y cuyos ojos grandes y verdes como esmeraldas, despedian, á través de sus largas pestañas negras, rayos que brotaban sin duda de un alma

ardiente. Por su vestido se conocia que era una campesina de aquellos alrededores, tal vez la hija de algun mozo de labranza.

El sacristan la miró maliciosamente, sonrió, y sin pararse le dijo:

—Guárdete Dios, Francisca, la hermosa hija del honrado Francisco: cuida de la herencia de tu padre.

—No entiendo á vuestra merced,—respondió la muchacha, que tampoco se detuvo.

—Te pregunto si has visto hoy á su señoría.

—No,—contestó Francisca, bajando los ojos.

—Pero sí habrás visto á Querubin.

—Tampoco,—repuso la jóven, poniéndose colorada como una amapola.

—¡Ay, Francisca!...

—El cielo lo guie y déjeme en paz...

—Guarda la herencia de tu padre,—repuso don Basilio, soltando una carcajada irónica.

Y entró en la casa mientras la jóven desaparecia en un bosque de naranjos.

—Tú tambien,—murmuraba el organista mientras subia la escalera,—tú tambien, paloma torcaz, caerás en las garras del milano por mas que te escondas en tu nido. No es tan fácil que la hija de Triana se vea presa en las redes que la tienden; pero tambien haremos lo posible para que no se escape.

Luego preguntó por sus señorías, le dijeron que lo aguardaba el conde, y entró en el aposento de este despues de dejar su empolvada capa y sombrero.

—Os esperaba con impaciencia,—le dijo Almaviva.—Sentaos, descansad y escuchadme.

—Sí, vengo cansado porque hace mucho calor, y como he

andado deprisa... ¡Ah!... ¡Dichosos los que tienen una mula de paso, siquiera un jumento!...

—¿Y por qué no lo teneis?

—¡Eso me preguntais, señor conde!—exclamó el organista, haciendo un gesto doloroso.—¿Acaso ignorais la escasez de mis recursos?

—Vuestra es la culpa.

—¡Mia!

—Sí, porque teneis la fortuna delante y bien cerca y no acertais á ponerle la mano encima.

—¡Oh!...

—Sabeis lo que os tengo prometido...

—Pero á condicion...

—Por supuesto.

—¡Ay! señor conde, voy perdiendo la esperanza.

—¿Qué habeis hecho, don Basilio? Nada. ¿De qué os sirve vuestro ingenio y ese don especial para la intriga de que tanto os envaneceis?

—Señor...

—Cinco meses ó mas hace que os encargásteis del negocio y...

—Ya os dije, señor, y no me equivoqué, que esa mujer, tan despreocupada, tan loca y tan deshonesta como parece, es una virtud con mas espinas que un erizo, y por cualquier lado que se la toca...

—Es una mujer como todas, frágil.

—Ya sabe el bribon de Fígaro lo que ha buscado.

—Pues bien, sea lo que quiera, es preciso salir de esta situacion. ¿Sabeis lo que pasa?

—Me poneis en gran cuidado,—dijo el sacristan, abriendo estremadamente los ojos.

—En mas estoy yo: no podemos perder un solo dia, ni una hora; es menester que hoy mismo, ¿lo entendeis? hoy sepa yo á qué atenerme.

—¡Hoy!...

—Sí.

—Esplicaos, señor.

—Fígaro no quiere esperar mas y está decidido á casarse con mi licencia ó sin ella.

—Teneis la escusa del empleo...

—No lo quiere.

—¡Ah!...

—Y me ha comprometido de manera que he tenido que prometerle que mañana fijaré el dia de su boda.

—¡Mañana!—exclamó el sacristan con toda la fuerza de sus pulmones.

—Bajad la voz...

—Señor conde, es imposible: por de pronto, no sé si hoy tendré ocasion de hablar despacio con Soledad, porque cuando no está á su lado el barbero, está el maldito paje.

—Yo quitaré ambos estorbos.

—Y si la ocupa la señora condesa...

—Tambien haré que no la ocupe, os proporcionaré ocasion en que podais hablarle despacio y sin temor de que os interrumpan.

—Bien.

—Y os revelaré un secreto que puede serviros de mucho, que es un arma terrible y nuestra única defensa.

—Sí, sí, dadme armas y... yo venceré, os probaré lo que valgo, y que así como en otro tiempo fuí vuestro enemigo mas terrible, ahora soy vuestra ayuda mas poderosa.

—No ignorais las pretensiones amorosas de la señora Anastasia...

—Pretensiones que sostiene fundada en una obligacion que dice tenerle firmada el barbero, lo cual dudo.

—Pues es verdad.

—¡Fígaro ha sido tan torpe!

—No direis lo mismo cuando sepais que al firmar ese documento recibió en oro cuatrocientos ducados...

—¡Los ahorros de la señora Anastasia!

—Sí.

—¡Y yo que aun seguia pretendiendo su mano porque creia!...

—No tiene un real.

—¡En buenas manos puso la infeliz su dinero!... ¡Oh!...

—Por eso Fígaro se obligó á casarse con ella ó á devolverle el dinero en el término de un año.

—¿Y ha cumplido el plazo?

—Cumplió hace cinco ó seis meses; de manera que, para evitar que Fígaro se case, no hay mas que decirle á la señora Anastasia que haga valer su derecho, porque peligra su boda y su dote.

—¿Qué adelantaremos? Con devolverle los cuatrocientos ducados...

—Sois muy torpe.

—¿Pues no decís?...

—¿Pensais que Fígaro es hombre para tener dinero y no gastarlo?

—¡Ah!... Comprendo.

—Tened entendido que Fígaro no me ha dicho que haya gastado el dinero, ni me lo dirá, y por consiguiente no me he visto comprometido á ofrecerle ayuda para salir del apuro.

—¡Bravísimo!—exclamó entusiasmado el organista.—Pondré á Soledad en la misma alternativa que vos me pusísteis aquella noche, enseñándome la bolsa y la pistola.

—Eso es.

—Entre casarse y no casarse...

—Cederá.

—¿Qué habrá que una mujer no sacrifique por lograr un marido?

—Vereis como el erizo...

—Hará lo que el de la castaña.

—Sin embargo de que el golpe está bien preparado, si para descargarlo no teneis habilidad...

—Descuidad, señor conde.

—Bien, ahora saldré á pasear á caballo, mandaré á Fígaro y á Querubin que me acompañen, y encargaré á Soledad que secretamente haga ella misma un ramo de flores que quiero presentarle á mi esposa...

—¡Gran idea!

—¿Comprendeis?

—Mientras hace el ramo...

—Perfectamente.

—Llamadme torpe,—repuso don Basilio con vanidad.

—Ahora os llamaré vanidoso.

—Mucho lo estaré cuando vaya y venga en una mula de paso.

—Os regalaré una torda que no tiene igual.

—Señor conde, disponed de mí, pedidme la existencia...

—Lo que os pido es...

—Contad con ello.

—Yo hablaré á Soledad; pero en mi posicion no puedo hacerlo sin la seguridad de que ella accederá.

—Ciertamente.

—¿Necesitais mas esplicaciones?

—No.

—Pues voy á ordenar que preparen los caballos.

—¿Hácia dónde pensais dirigiros?

—Probablemente hácia el encinar...

—Bien hecho.

—¿Por qué?

—Porque me parece que la hechicera Francisca ha comprendido...

—¡Ah!—exclamó el conde.—¿Cómo lo sabeis?

—Se lo he conocido en la cara.

—¿Cuándo la habeis visto?

—Al llegar la encontré, y de paso le dije algunas palabras.

—No es tan inocente como parece.

—Tiene quien le abra los ojos...

—¿Sospechais de Querubin?

—Le pregunté por él y...

—¿Qué respondió?

—Se puso colorada como un tomate.

—Ese niño...

—Señor, permitidme que os diga que teneis al paje demasiado cariño, y que... no os conviene que siga á vuestro lado.

—Empieza á molestarme con su atrevimiento.

—Presumo que ha de daros mucho que hacer.

—No será mucho, porque el rey no tardará en conceder la gracia que le tengo pedida.

—Entre tanto...

—Descuidad.

—Pues con vuestro permiso,—repuso el sacristan, levan-

tándose, —voy á pedir una poca agua, porque tengo la boca seca...

—Decid que os den de almorzar.

—Gracias, señor conde, gracias por vuestra generosidad.

Salió don Basilio, y el conde llamó para dar las órdenes convenientes segun habia pensado.

CAPÍTULO V.

De cómo la condesa confesó á Soledad lo que no se habia atrevido á confesarse á sí misma.

Un cuarto de hora despues, el conde, Fígaro y Querubin montaban á caballo.

Rosa los miraba desde una ventana, y Soledad asomaba la cabeza por cima de un hombro de su señora.

Al partir los ginetes volvieron la cabeza hácia la casa.

La mirada del conde se fijó un segundo en su esposa y fué á buscar el gracioso rostro de la doncella.

Esto no pudo advertirlo el barbero, porque se ocupaba en contemplar á su prometida.

Una mirada ardiente y atrevida se escapó de los azules ojos del hermoso paje, encontrándose con otra no menos ardiente, pero vacilante y tímida, de la condesa.

Los hijares del negro potro que montaba Querubin, sintieron los efectos de la contraccion muscular producida en este por la violenta sensacion que habia esperimentado.

Cuando se perdieron de vista, Rosa se dejó caer en un sillon, ocultó el rostro entre las manos, exhaló un suspiro y quedó inmóvil.

Soledad guardó silencio y contempló con cariñosa ternura á su señora.

Así pasaron algunos instantes.

—¿Estais mala?—dijo al fin la doncella.

—No,—respondió la condesa, descubriéndose el rostro é intentando sonreir.

—Parece que sufrís...

—No, no.

—Estais pálida... ¡Ay, señorita!... No sois feliz; yo lo sé porque os observo noche y dia con todo el afan de mi cariño.

—Ya sabes,—replicó Rosa con languidez,—que no tengo motivos para ser feliz.

—Lo sé porque lo veo; pero no porque vos me hayais confiado el secreto de vuestros pesares...

—¿Necesito confiarte lo que pasa en tu presencia? ¿Es para nadie un secreto la indiferencia de mi esposo y los infundados recelos que abriga y con que me atormenta? He recibido muchos desengaños, se han desvanecido todas mis ilusiones y he tocado una realidad horrible. Sabes que me casé enamorada y con una fé ciega en el amor del conde...

—Amor que era verdadero, porque de otro modo no se hubiera casado con vos.

—Es cierto, no pudo moverle el interés.

—Y luego os ha dado muchas pruebas de su ardiente cariño.

—Pero hace mucho tiempo que su cariño ardiente se trocó en fria indiferencia, y así como antes á todas horas me buscaba, á todas horas lo veia á mi lado, despues esquivó mi compañía,

huyó de mí y en vano mis ojos lo buscan, porque no lo encuentro, no lo veo sino muy rara vez.

—Así como el mucho cariño le hace ver fantasmas al señor conde y tiene celos sin saber de qué, á vos os sucede lo mismo, y lo que es natural lo encontrais estraño y os atormenta. Perdonad que os diga que es una locura pedir que despues de un año de matrimonio se ame con el mismo ardor que el primer dia. Pero no es eso lo único que os atormenta y...

—Soledad, —interrumpió la condesa, cuya frente se puso como el carmin.

—No es la primera vez que os mostrais reservada conmigo, y no sé con qué fin cuando debeis comprender que yo he de adivinar...

—Es que hay cosas que si se ignoran no deben averiguarse, y si se adivinan es preciso callarlas.

—Perdonadme...

—No te reconvengo, —dijo Rosa con acento cariñoso; —me has dado hartas pruebas de amor y lealtad para que yo me ofenda por lo que es otra prueba, no de curiosidad, sino de interés. He querido decirte que aun á mí misma me espanta la idea...

—¡Desdichada pasion! —dijo Soledad arrebatadamente.

—¡Oh! —exclamó la condesa, oprimiéndose el pecho á la vez que palidecia su rostro. —No puedo ocultártelo, Soledad, no debo negártelo; eres la depositaria de todos mis secretos, y no ha sido la desconfianza, sino la vergüenza lo que me ha detenido para confiarte el de mi tormento. Yo he nacido para sufrir, mi vida ha de ser un contínuo y horrible padecer... ¡Cuántas veces he pedido á Dios que acabe mi triste existencia!...

—¡Señorita!...

Brillaron como dos luciérnagas los ojos de Rosa, su tersa frente

se contrajo y prosiguió con acento de mayor exaltacion cada vez:

—Ese niño, con su silencio, con sus miradas que revelan una pasion cuya intensidad espanta, un tormento que solo al mio puede compararse, ha encendido mi corazon. Cuando por primera vez fijé mi atencion en esa desgraciada criatura, admiré su belleza; despues me interesaron sus desdichas, y... ¡pobre de mí!... creyendo que era solo generosa compasion y admiracion lo que sentia, no comprendí que lo amaba sino muy tarde para dominar mi pasion. Dios que me escucha lo sabe; desde entonces he luchado con todas las fuerzas de mi virtud, con toda la energía de mis deberes, con la rabia de la desesperacion; pero en vano; la lucha, cuanto mas tenaz y dolorosa, ha encendido mas mi pecho como si avivara su llama el soplo con que intentaba estinguirla, como si cada esfuerzo de mi voluntad fuese una nueva centella lanzada por el enemigo á quien intentaba combatir. ¡Oh! he sufrido mucho, Soledad, he sufrido mucho.

—¡Dios mio!—murmuró temblando la doncella.

—Compadéceme...

—¡Ah!... ¿Qué va á suceder?

—Viéndolo estás, mi tormento es una agonía lenta que acabará con mi triste vida...

—Pero...

—Sabré morir antes que faltar á mis deberes,—replicó vivamente Rosa.—Espiraré sin exhalar una queja contra la horrible fatalidad que me persigue...

—¡Morir!...

—Un amor sin esperanza es la muerte,—replicó la condesa.

Y en sus labios vagó por un segundo una sonrisa tan amarga que hizo estremecer á Soledad.

—No hableis de eso, señorita...

—Mas sufro callando: los pesares se alivian cuando se depositan en un pecho amigo y que sabe guardarlos. ¡Cuánto debe padecer con su silencio ese pobre niño! ¡Cómo le desgarrará el alma la lucha de su pasion y sus deberes! Tal vez su tormento es mayor que el mio, porque él debe sufrir el de los celos, que yo no he conocido sino cuando he creado fantasmas, mientras que él está viendo en brazos de otro á la mujer á quien adora. Y nadie lo compadece, nadie mas que yo adivina y comprende sus dolores.

—Es verdad, señorita, ese niño es desgraciado y tiene el don de hacerse querer; pero su mal, lo mismo que el vuestro, tendrá fin muy pronto.

—Imposible, —dijo Rosa, moviendo lentamente la cabeza.

—El señor Querubin no debe permanecer mucho tiempo en casa, y cuando dejeis de verlo...

—Tendré un dolor mas.

—El tiempo y la ausencia...

—Suelen matar cuando se ama.

—¡Oh!... Exagerais...

—Muchas veces he pensado hablar al conde para recomendarle que abreviase cuanto le fuese posible la colocacion del paje en el ejército, segun le tiene prometido; pero me ha faltado el valor para pedir yo misma esa separacion eterna y horrible... ¡Ah!... ¡Perdonadme, Dios mio!—exclamó la desdichada condesa, elevando al cielo una mirada suplicante y cruzando sus manos temblorosas.—¡Mi frente está pura... pero mi pensamiento es criminal!... ¡Oh!... ¿Soy responsable de que á mi pesar no se aparte de mi mente el recuerdo de ese niño, de verlo en mis ensueños y estremecerme al encontrar la mia su ardiente mirada? Mi voluntad se opone, lucho y estoy resuelta á morir; pero todo es en vano para apagar el fuego de mi pasion.

—Pues bien, señorita, es preciso hacer un esfuerzo y acabar de una vez; que se vaya el paje y...

—¡Con él mi vida!

—De todas maneras el señor conde empieza á mirarlo con disgusto...

—¡Con disgusto!—repitió sorprendida Rosa.

—¿No lo habeis conocido?

—No...

—Hace algunos dias...

—Pero...

—Temo que el bribon de don Basilio...

—¡Ah!...

—Ya conoceis sus mañas.

—¿Crees que sospeche?...

—Es dudoso.

—¡Soledad!—exclamó la condesa, fijando en la sirviénte una mirada de espanto.

—No os asusteis: el pícaro sacrismoche no se atreveria á nombraros.

—Es capaz de perder á esa infeliz criatura.

—Como ahora es el favorito del señor conde, le estorban los demas, y habrá inventado cualquiera mentira para que el pobre niño no le haga sombra, lo mismo que de buena gana haria con Fígaro si pudiera.

—¿Pero qué puede inventar?

—Difícil es adivinarlo: acordaos de aquella historia de la doncella deshonrada...

—Don Basilio está dispuesto para todo lo malo, y debo guardarme de él.

—Es prudente hacerlo así.

—Y aunque supongo que ni él ni nadie puede haber conocido el fatal amor de Querubin...

—No lo asegureis.

—¡Dios mio!... Tus palabras me espantan...

—Perdonadme si os digo cosas que os atormenten; pero es preciso que esteis prevenida, porque si llegara el caso de tener que defendernos...

—Soledad,—interrumpió vivamente Rosa, cuya agitacion crecia por instantes,—cuando tú me hablas así...

—Tranquilizaos.

—Díme cuanto sepas..... ¡oh!..... díme si alguien ha sospechado...

—Pueden sospechar.

—¡Ah!... ¿Pero qué han visto?

—Ven las miradas del señor Querubin...

—Las miradas...

—Lo que por ellas habeis comprendido vos, puede comprenderlo otro.

—Esplícate, Soledad...

—Hasta ahora no creo que nadie haya adivinado vuestro amor mas que...

—¿Quién?—preguntó afanosamente la condesa.

Y sus negros ojos, relucientes como ascuas, fijaron en Soledad una mirada de mortal angustia.

—Una persona,—dijo la doncella,—de quien nada debeis temer...

—Pero esa persona...

—Es Fígaro.

Rosa dejó escapar un grito desgarrador y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Dios mio!—exclamó.—¡Qué vergüenza!...

—Señorita, si no os sosegais no podremos hablar. Lo que menos importa es que Fígaro haya conocido el amor del paje; pero debemos guardarnos de que otro lo conozca.

—Soledad, es preciso que se vaya Querubin, que cuanto antes se aleje de esta casa donde solo su perdicion le espera, su perdicion con la mia. Dices que mi esposo empieza á mirarlo con disgusto, y no seria estraño que...

—No, no.

—Conoces el carácter del conde.

—Los maridos sospechan de todo menos de lo que deben sospechar; todo lo observan y no ven lo que les importa: es cualidad de todos, y lo mismo le sucederá á Fígaro cuando se case, á pesar de su astucia.

—Pero don Basilio...

—Es otra cosa: no me fio de él, y como ahora se pasa los dias enteros aquí, puede observar algo.

—No comprendo por qué le dispensa mi esposo esa confianza...

—Yo tampoco,—replicó Soledad, enrojeciendo.

—De cualquier modo estoy perdida... estamos perdidos... Esa infeliz criatura...

—Debe irse.

—Sí, sí.

—Recordadle al señor conde...

—¡He de pedirle yo misma que me arranque el alma!...

—Que os salve.

—¡Y mientras yo sufro y me resigno á morir antes que faltar á mis deberes, tal vez mi esposo!...

—¿Teneis celos?

—Ya no me ama y...

—Cavilaciones.

—No conseguirás tranquilizarme.

—¿Qué habeis visto que pueda infundiros temores?

—Nada mas que su desvío.

Soledad miró á su señora por algunos instantes como si dudara hablar, y al fin dijo:

—Si no os habeis de enfadar...

—¡Ah!—interrumpió la condesa con amargura.—Te comprendo, vas á recordarme mi egoismo...

—No...

—Mi proceder injusto porque acuso á mi esposo de la misma falta que yo estoy cometiendo... ¡Oh!... Pero yo no olvidaré mis deberes...

—¿Y por qué ha de olvidarlos el señor conde?

—¡Oh!...

—Vos tambien lo tratais con frialdad...

—¿Qué he de hacer? Me ha dado el ejemplo...

—Ó vos á él,—se atrevió á decir Soledad.

—El tiempo nos sacará de dudas...

—Cuidado que yo nada aseguro...

—Entre tanto, sufro, peligra mi honra, corre un grave riesgo ese pobre niño...

—Ya sabeis el remedio...

—¡No volver á verlo!—murmuró la condesa con acento que parecia arrancado del alma.

—¿Y qué adelantais con tenerlo á vuestro lado? Atormentaros mas...

—Tal vez; pero cuando se aleje no tendré un solo instante dulce. No, Soledad, no faltaré á mis deberes; antes me quitaré yo misma la vida; jamás sabrá esa infeliz criatura que correspon-

do á su fatal pasion; pero en cambio de mi firmeza, del doloroso sacrificio que mi corazon hace á la honra de mi esposo, quiero ver alguna vez á Querubin, leer en sus ojos el amor que me profesa, adivinar sus sufrimientos y sufrir con él en silencio las amarguras de nuestra desdicha.

—Acabareis por perderos.

—Acabaré por morir; pero tendré el consuelo de verlo al espirar...

—Eso, señorita, es echar leña al fuego...

—No sé lo que es.

—Y si ahora teneis fuerzas para resistir á vuestra pasion, llegará un dia en que se os acaben.

—Entonces moriré.

—Entonces perdereis el juicio, y en un mal cuarto de hora...

—¡Oh!...

—Además hay otro peligro...

—Ya lo sé,—dijo tristemente la condesa.

—Puede el organista sospechar...

—¡Dios mio!...

—Ya sabeis que hay un refran que dice que el amor y el dinero no pueden estar ocultos.

—¡Horrible situacion!...

—Y como el señor Querubin os mira mas de lo que conviene, y el sacristan no tiene un pelo de tonto cuando se trata de hacer daño...

—Calla, Soledad,—interrumpió vivamente Rosa;—tus temores me espantan.

—Me los infunde la prudencia...

—Basta.

—Haced el último esfuerzo y...

—Bien, que se vaya Querubin; pero no tengo valor para pedirlo...

—¿Lo tendreis para sufrir una acusacion?

La condesa hizo un gesto doloroso, volvió á ocultar el rostro entre las manos y quedó silenciosa.

Mucho sufria en aquellos instantes: palpitaba su corazon como si fuera á saltarle del pecho, y la fiebre abrasaba su cabeza.

La infeliz no era dueña de sus pensamientos; su voluntad era impotente para dominar su pasion, y la idea de separarse de Querubin le atormentaba tanto como el temor de qué se empañase su honra con la murmuracion.

Era muy dudoso el resultado de aquella lucha, por mas que el deber y la prudencia levantasen la voz contra el estravío de aquel amor fatal.

Trascurrieron algunos minutos.

—¿Nada resolveis?—preguntó al fin la doncella.

—¿Cómo he de remediar mi mal?

—Ya lo sabeis.

—Aumentar mi tormento para evitar un peligro...

—Poner á salvo vuestro honor, que es antes que todo.

—Me has hecho tales revelaciones, tal espanto me han infundido tus temores, que han turbado mi espíritu y no acierto á darme cuenta de lo que me pasa.

—Si os ofuscais...

—Necesito meditar.

—Os dejo, pues, tranquila y entre tanto voy á cumplir una órden reservada del señor conde...

—¿Una órden reservada?

—Sí, señora.

—Esplícate.

—Me ha prohibido...

—Acaba.

—Pero guardad el secreto.

—Bien, bien.

—Mientras acusais al señor conde de indiferente para con vos...

—¿Qué ha hecho?

—Mandarme que haga un ramo de las mejores flores que encuentre para ofrecéroslo él mismo.

Rosa inclinó la cabeza y quedó pensativa.

—¿Qué os parece?—repuso Soledad.

—Dios quiera,—respondió la condesa,—que ese sea el primer paso dado en un nuevo camino.

—¿Por qué no?

—Su ternura haria tal vez lo que no puede mi deseo; quizás podria curar aun la herida abierta en mi corazon, primero por su desvío y luego... ¡Ah!... No pierdas un instante.

La sirviente salió con lentos pasos, y algo triste y pensativa contra su costumbre.

—Ya es tarde,—decia para sí.—Hago cuanto puedo; pero de nada sirve; nadie la cura. Sospecho con qué fin me ha mandado el señor conde hacer el ramo; si no me equivoco... ¡Oh!... Al fin tendré que echar por medio, porque estoy jugando nada menos que un marido... Por allí viene,—añadió, mirando al sacristan, que asomaba por el estremo de una galería.—Veremos.

Entre tanto, Rosa meditaba y se atormentaba.

¿Qué debia hacer?

No lo sabia, no era posible que se decidiese á tomar una determinacion; las circunstancias debian hacerlo todo.

Primero intentó hacer un esfuerzo para influir cuanto pudiese

en la pronta separacion de Querubin; pero le faltó el valor, comprendió que cuando llegase el momento le seria imposible.

Luego quiso tranquilizarse, desvanecer los temores que le habia infundido Soledad; pero el recuerdo de don Basilio se presentó en su mente como un fantasma amenazador.

No era, pues, posible otra cosa mas que abandonarse á la casualidad.

En último caso podia contar con Soledad y Fígaro para que la sacasen de cualquier apuro.

Largo rato pasó la enamorada condesa revolviendo en su imaginacion acalorada cuantas ideas podian atormentarla y halagar su pasion.

Su pálido rostro cambió de espresion cien veces; se dilató ó contrajo segun las emociones que agitaban su espíritu, y tan pronto se levantaban al cielo sus negros y rasgados ojos con espresion suplicante y dolorosa, como brillaban con el fuego de su amor criminal.

—¡Oh!—exclamó al fin, oprimiéndose el pecho con ambas manos.—Limpia quedará la honra de mi esposo, triunfante saldrá á los ojos del mundo mi virtud; pero á mis ojos y á mi pensamiento no puedo negarles el consuelo de mirar y pensar.

Levantóse, volvió á asomarse á la ventana y su mirada vagó á lo lejos.

—Sí,—murmuró,—son ellos...

Y sonrió dulcemente al ver una blanca nube de polvo que se levantaba y avanzaba tras un olivar.

—¿Se acordará de mí?—repuso.—¡Ah!... Sin duda él tambien vuelve hácia aquí la cabeza y sonrie al descubrir el lugar donde sabe que estoy...

No pudo Rosa proseguir.

Su hechicero rostro, radiante como nunca de belleza, se tiñó de púrpura.

Su corazon palpitó con violencia.

Sus manos temblaron.

Sus labios se entreabrieron y dejaron escapar un suspiro profundo.

La nube de polvo se perdió tras un montecillo.

Rosa se separó de la ventana y se dejó caer lánguidamente en un divan, quedando inmóvil.

Se habian dilatado las negras y relucientes pupilas de sus ojos, que fueron cerrándose lentamente.

Al fin pareció quedarse dormida.

En toda la casa y sus alrededores reinó el mayor silencio, interrumpido solamente por el gorgeo de los pájaros que se mecian en las ramas de los árboles.

CAPÍTULO VI.

Ataque y defensa.

El organista se habia ocupado en almorzar bien, apurando una botella de vino de Borgoña, con el fin de tener, como él decia, inspiracion para dar feliz término á la intriga que habia de sacarlo de pobre.

El momento habia llegado y no podia ser mas oportuno.

Fígaro y Querubin, que eran los únicos temibles para don Basilio, estaban lejos y no podian presentarse como otras veces, en el momento mas crítico, tal vez decisivo, á interrumpir con su presencia la interesante cuestion de que se trataba.

Soledad no debia sorprenderse: habia sospechado que las flores no eran mas que un pretesto, y que el conde queria solamente dar ocasion al organista para que se esplicase minuciosa y tranquilamente; sin embargo no esperaba el rudo golpe de que le amenazasen con la señora Anastasia; creia que solo tendria que rehusar ofertas y desatender ruegos, y estaba decidida á hacer com-

prender de una vez y para siempre que no accederia á las pretensiones del conde.

Pensando en esto y fingiendo no haber visto al sacristan, encaminóse la doncella por una calle de árboles hácia la parte mas frondosa del estenso jardin que rodeaba una gran parte del edificio, parándose al fin y empezando á cortar algunas flores.

Pocos momentos despues el organista apareció como por casualidad, y dejándose caer en un banco de piedra que habia cerca de la sirviente, hizo uno de sus estraños gestos, estiró los brazos y exclamó:

—¡Bendita sea la Providencia!

—¿Habeis almorzado bien?—le preguntó burlonamente Soledad.

—Sí, y por eso alabo á Dios y le doy gracias, así como tambien porque me ha traido á tu lado, es decir, al lado de la morena mas bonita que ha nacido en esta tierra celestial.

—¿Vais á galantearme?

—No; pero tu belleza, lo encantador de este lugar...

—¡Lástima que no se encuentre aquí la señora Alfonsa!—replicó la sirviente, soltando una burlona carcajada.

—¡Vade retro!...

—¡Os ama tanto!...

—¡Horror!

—Al menos deberia escucharos la señora Anastasia para que supiese con cuánta facilidad llamais bonita á la primera mujer que encontrais.

—Soledad,—dijo el organista, levantándose y acercándose á la doncella,—me acusas porque ignoras ciertas cosas muy graves...

—No quiero saberlas.

—Debo olvidar á la señora Anastasia...

—Pero no su dote.

—¡Su dote!—murmuró tristemente don Basilio, pensando en los cuatrocientos ducados que habia gastado alegremente el barbero.—Ya hablaremos de eso, Soledad; ahora no me recuerdes desgracias.

—Eso es, dejadme, que no tengo tiempo para escuchar vuestras simplezas.

—¡Dejarte ahora que encuentro una ocasion tan buena para que tratemos despacio de un asunto que tanto nos importa!...

—Ningun asunto tengo con vos.

—Escúchame, Soledad...

—Sois muy pesado.

—No tienes que interrumpir tu florida tarea para oirme: tú coges flores mientras yo hablo, y así, cuando esté el ramo hecho, nuestra conferencia estará tambien concluida.

—¿Venís con la música de siempre?

—¡Ay, mujeres, mujeres, y cuán frívolas os crió naturaleza!

—No os entiendo.

—¡Música llamas á lo que es tan sério, grave, importante y trascendental!

—Os habeis empeñado en hacerme reventar de risa,—dijo la burlona doncella, volviendo á soltar la carcajada.

—Soledad, hablemos seriamente.

—Ya os tengo dicho que no quiero conversacion con vos.

—Bien,—replicó el sacristan con aire de importancia,—no me escuches, peor para tí. Tengo en mis manos tu fortuna.

—De vos no quiero ni la salud.

—Pero sí tu casamiento, que depende de una palabra mia.

—Don Basilio,—dijo la sirviente, suspendiendo su faena y

clavando en el sacristan una mirada amenazadora,—todo va bien mientras no se toque ese punto, porque entonces pierdo los estribos y soy capaz de cualquiera cosa.

—¡Oh!... Ya me escuchas...

—¿Pensais armar algun enredo como el de marras cuando don Bartolo queria casarse con mi señorita? Pues ya debíais estar escarmentado, porque si entonces escapásteis con el pellejo, fué por milagro de Dios.

—No se trata de ningun enredo, la cosa es bien clara, como tú misma verás, y en cuanto á escarmientos, si bien se mira, al fin salí ganando y no debo estar descontento de aquella intriga. Además, ahora tengo de mi parte al mas fuerte, que me protegerá porque trabajo para él, y una palabra suya es bastante para confundir á todos mis enemigos.

—Si habeis creido que voy á tener miedo, os equivocais, porque todo lo malo que puede sucederme es que me despidan, y como gracias á Dios sé donde tengo la mano derecha y puedo ir por todas partes con mi cara descubierta, no me faltará donde ganar lo que aquí gano.

—Pero tu casamiento...

—Me casaré porque nadie puede estorbármelo ¿lo entendeis?

—¿Estás segura de que no hay nadie que pueda estorbarlo?

Soledad se acordó de la señora Anastasia y palideció ligeramente.

—Cuando digo,—replicó,—que estais armando algun enredo de los vuestros, no me equivoco.

—Cálmate, Soledad, y hablemos de lo que importa, porque si á decirnos desvergüenzas vamos...

—Ya sé que me ganareis.

—Escúchame.

—Os escucho por la última vez.

—Eso quiero, y es preciso que ahora quedemos dentro ó fuera.

—Os advierto que vais á gastar la saliva en balde.

—Quizás varíes de opinion despues que me esplique,—repuso el sacristan, sonriendo con aire de triunfo.

—Acabemos.

La doncella dejó las flores que habia cortado, se apoyó en el tronco de una acacia y esperó, no muy tranquila, las esplicaciones de don Basilio.

Este arqueó las cejas, estiró los brazos, miró á su alrededor y dijo:

—Ya sabes que el señor conde está locamente enamorado de tí.

—Mejor haria en amar á su mujer.

—Es verdad; pero las pasiones no están bajo el dominio de la voluntad, y cuando se inflaman son como el rio que se desborda y cuya corriente hay que dejar libre hasta que las aguas menguan y vuelven á su cauce. El señor conde ha hecho todos los esfuerzos imaginables para dominar su pasion; pero ha sido en vano, la ha sentido crecer cuanto mas ha querido reprimirla, y al fin...

—Todo eso es música celestial.

—¿Volvemos á la música?

—El señor conde tiene un capricho, nada mas que un capricho y quiere satisfacerlo, porque estos señorones tienen la voluntad vírgen, y creen además que una mujer pobre debe considerarse muy honrada, entregándoles la honra.

—¡Muchacha!—exclamó sorprendido el organista.—¿Quién te ha enseñado esas cosas? No diria mas un filósofo moderno.

—Yo no entiendo de filosofías; pero sé donde me aprieta el zapato.

—En fin, esas consideraciones á nada conducen: lo cierto es que el señor conde está loco por tí y puedes hacer tu fortuna.

—Ya me lo habeis dicho muchas veces.

—Y tú no me has contestado ninguna.

—Será que no habeis querido entenderme.

—Has dado mil escusas, te se han ocurrido mil inconvenientes absurdos...

—He dicho claramente que no, y vuelvo á decirlo.

—Soledad...

—Perdeis el tiempo.

—Oye y...

—Decidle al señor conde que me deje en paz; que si me ama yo no lo amo, y que si no deja de pensar en mí me iré de la casa. ¿No tiene bastante con una mujer?

—Sí, pero esa has de ser tú.

—¿Por qué se casó con otra?

—Si él hubiera tenido ocasion de conocer á doña Rosa y á tí, de seguro á estas horas serias condesa de Almaviva.

—¡Yo condesa!—exclamó Soledad, riendo estrepitosamente.

Y se miró de arriba abajo como para convencerse de si seria posible hacer de una mujer de su porte una señora.

—Y aun puedes serlo,—replicó el sacristan,—si no en el nombre, en la esencia, en el fondo, en...

—Señor rapa-velas,—interrumpió la sirviente,—debeis conocerme.

—Demasiado, señora fregona.

—¿Y no sabeis que yo no consiento que nadie se burle de mí?

—Es que...

—Poco á poco.

—Escúchame y te convencerás.

—Lo tomaré á broma.

—El señor conde está dispuesto á hacer por tí cuanto hay que hacer, de manera...

—¿Y á casarme con Fígaro?

—Tambien.

—Entonces no comprendo su amor.

—Es que si correspondes al señor conde, te casarás y Fígaro será nombrado correo de gabinete...

—Entiendo; pero no me conviene.

—Piénsalo bien.

—Lo tengo pensado.

—Se allanarán todos los inconvenientes...

—Hay uno que no puede allanarse.

—¿Cuál?—preguntó don Basilio, que empezaba á concebir esperanzas.

—¿No lo adivinais?

—No...

—Mi falta de voluntad.

—¡Oh!...

—Dejadme hacer el ramo, que ya hemos concluido.

—Soledad...

—Basta,—replicó ásperamente la doncella.

Y volvió la espalda al organista, bajándose para tomar las flores.

—Es presiso,—dijo para sí don Basilio,—dar el golpe grande.

Y luego añadió en voz alta:

—Falta lo mas interesante.

No respondió Soledad, y el organista volvió á decirse:

—Esta lógica es la peor: el silencio ó el no quiero porque no, son trincheras inespugnables.

Y repuso:

—Queda por hablar lo de tu casamiento.

La sirviente se estremeció.

—Ya sabes que Fígaro recibió de la señora Anastasia...

—¡Ah!—exclamó la doncella, dejando caer las flores.—¿Qué vais á decirme?

—Que como Fígaro recibió...

—¿Y qué os importa?

—Á mí nada; pero á tí mucho.

—La señora Anastasia callará.

—Mal que le pese, así habrá de hacerlo cuando le den cuatrocientos ducados; pero como no pueden dárselos...

—¿Es decir que me amenazais?...

—Te amenaza la señora Anastasia.

—Le arrancaré la lengua...

—Así le darias la razon.

—Esto es una intriga infame,—replicó acaloradamente Soledad.

—Es la consecuencia natural del proceder de Fígaro, el resultado de un contrato solemne...

—¡Y no puedo hacer una que suene!...

—Vuelvo á recomendarte la calma.

—¡Que esto me pase, á mí que la sangre me hierve en las venas!... ¡Oh!...

—Sosiégate, Soledad: enfadándote no conseguirás mas que perder el juicio y hacer disparates que te coloquen en peor situacion.

—¡Que me sosiegue cuando se trata de dejarme sin marido!

—Al contrario.

—¡Ay, si Fígaro supiera esto!—dijo Soledad, rechinando los

dientes y clavando una chispeante y amenazadora mirada en el organista.

Este palideció como un cadáver y se estremeció convulsivamente.

—¡Ah!—exclamó con espanto.—Nada le digas, porque si en un momento de arrebato hace cualquier locura, la pagaria con creces y tú serias la responsable de su desgracia. Si quieres bien á Fígaro, ocúltale todo esto.

—Mejor quiero verlo en una cárcel, en galeras, que... Mas vale callar.

—Todo eso no es nada.

—¿Con que es decir que mientras el pobre Fígaro se rompia la crisma por esos caminos de Dios, el señor conde se divertiria á sus anchas hasta que se cansara de mí como se ha cansado de su mujer?... ¡Oh!... Quitaos de delante, porque no sé cómo me contengo, y aunque soy una mujer...

—¿Te has vuelto loca?—interrumpió don Basilio, retrocediendo un paso con algun temor de que Soledad pasara á vias de hecho.

—Puede ser,—respondió la doncella, limpiándose el sudor que corria por su frente.—¡Quitarme el novio!..... Quien tal intente debe confesarse antes.

—Estamos embrollando el asunto,—repuso el organista, que tenia por buena señal el que la sirviente se acalorase tanto al tratar de aquella cuestion.

—En último resultado...

—Peligra tu casamiento si no accedes á los deseos del señor conde.

—¿Y por qué peligra?

—Porque Fígaro no tiene cuatrocientos ducados.

—Os equivocais.

—Lo sabes mejor que yo.

—Pues bien,—dijo Soledad, queriendo á su vez tomar la ofensiva,—contra siete vicios hay siete virtudes.

—No te comprendo.

—Á vos os protege el señor conde y á mí la señora condesa.

—¿Y qué ha de hacer por tí, siendo estraña al asunto?

—Se lo contaré todo.

—¡Soledad!

—Por consiguiente, el señor conde es quien debe tener miedo, y no yo.

—¿Tendrás valor?...

—Para todo.

—¡Qué horror!...

—Ahora,—replicó la doncella con altivez,—me toca poner condiciones y amenazar.

—¡Desunir un matrimonio!...

—Antes que ese matrimonio es el mio.

—¡Oh!...

—Dios me manda querer al prójimo como á mí; pero no mas, y por consiguiente, entre la felicidad de los otros y la mia...

—Hé ahí la mujer,—dijo con grave y sentencioso tono el organista,—la mujer no es mas que vanidad y egoismo.

—Podeis defender á los hombres, precisamente cuando estais tratando de sus maldades.

—Eso no es del caso: se trata de doña Rosa, de tí, de tu casamiento...

—Pues bien, se acabaron las consideraciones: mi señora sabrá lo que pasa...

—Te aborrecerá desde que sepa que eres su rival, porque su orgullo se sentirá herido.

—Eso sucederia si yo correspondiese al señor conde.

—¿Y qué adelantarás? Nada: marido y mujer tendrán un disgusto; siquiera por decoro te despedirá la condesa, y al cabo de algunos dias harán ellos las paces y nadie mas que tú perderá.

Soledad guardó silencio y meditó.

—Piénsalo bien,—añadió el sacristan,—te conviene guardar el secreto. No basta que doña Rosa esté convencida de tu inocencia y tenga una fé ciega en tu lealtad; al fin su marido te mira con amoroso interés, y no está bien que permanezcas en la casa.

Pensó la sirviente que no iba descaminado el organista, y se convenció de que su situacion era muy peligrosa; pero como no estaba dispuesta á ceder, intentó ganar tiempo para meditar despacio y buscar el medio de salir del apuro.

—¡Oh!—exclamó.—Esto es una infamia.

—Esto es una cosa muy natural.

—Obligarme á perder la honra ó el casamiento...

—No es obligarte á nada, es darte á elegir.

—Me haceis proposiciones que no me convienen...

—Estás fuera del paso con no aceptarlas.

—Sí, pero entonces me amenazais...

—Con nada,—replicó indiferentemente el sacristan.—Es muy justo que si nada haces tú por el señor conde, nada haga el señor conde por tí. ¿Quieres casarte? Licencia tienes; pero si intenta estorbártelo la señora Anastasia, entiéndete con ella.

—Eso es ponerme entre la espada y la pared.

—No.

—Entre la señora Anastasia y el señor conde.

—Eso sí.

—El uno me pide la honra y la otra el novio.

—El uno pide amor y la otra dinero...

—Y como yo quiero y debo conservar mi honor y mi novio, como no quiero dar ese amor ni tengo el dinero que piden...

—Pues algo ha de ser.

—Haré la del desesperado; echaré por medio y sálvese el que pueda. Todos perderemos; pero mal de muchos...

—Consuelo de tontos.

—Eso es.

—Pero como tú no eres tonta...

—Estoy desesperada, y si no hago una tontería haré una locura.

—En resúmen...

—Decidle al señor conde que no piense en mí, porque nada conseguirá.

—Y en cuanto á tu casamiento...

—¡Oh!

—¿Estás decidida?...

—Lo pensaré y mañana...

—Has de responderme ahora.

—¡Eso mas!

—Es preciso.

—Ahora no.

—Ya sabrás que Fígaro ha pedido al señor conde...

—Que fije el dia de nuestra boda.

—Y para contestarle...

—Entiendo.

—Por consiguiente, lo mas que te doy de término para que te decidas es una hora.

—Don Basilio,—replicó Soledad en el colmo de la ira,—eso

LAMINA 11.—¡Detente, hija de Satanás!

es ya mucho abusar. ¿Quién sois vos ni el señor conde para obligarme de esa manera? Hemos concluido: dejadme y no os acerqueis mas á mí.

—Soledad...

—Basta.

—Piensa que...

—Estoy resuelta á todo.

—Acuérdate de la señora Anastasia.

—No y cien veces no,—replicó enérgicamente Soledad.

—¡Oh!—murmuró don Basilio, que empezaba á temer que por adelantar se perdiese todo.—Te arrebatas fácilmente...

—Dejadme os digo ó yo me iré.

—¿Y el ramo?

—Se quedará sin hacer y todo el mundo sabrá el motivo.

—¡Un escándalo!

—Vos tendreis la culpa.

—Soledad, nada hay de lo dicho: empecemos de nuevo la conversacion...

—¿No os vais?—interrumpió la doncella, disponiéndose á alejarse.

—Pero...

—Quedaos con Dios.

—Aguarda...

Soledad empezó á andar rápidamente hácia la casa.

—¡Oh!—exclamó el organista, haciendo un gesto horrible.—Es capaz de hacer una locura... No me fio de las mujeres.

Y de dos brincos alcanzó á la doncella y la detuvo, asiéndola por el vestido.

—¡Detente, hija de Satanás!—gritó.

—Soltadme ó alboroto á voces...

—Yo me iré.

—Bien.

—Pero una palabra...

—Ninguna.

—Tu negativa costará la vida al señor conde...

—Que lo entierren.

—Y su sombra...

—Nadie hace sombra en la sepultura.

—¡Mujer sin corazon!...

—Me sobra para abofetearos.

—¡Adios!—exclamó el organista, estendiendo los brazos y abriendo desmesuradamente los ojos.—Pronto te arrepentirás de tu loco proceder; pero será tarde y tendrás que sufrir la pena que mereces.

Á largos pasos se alejó el sacristan, renegando de la firmeza de Soledad, que de un golpe desvanecia todas sus esperanzas de hacer fortuna, no dejándole mas consuelo que el de la venganza.

Entre tanto la doncella, sin acordarse de las flores, se dejaba caer en un banco y decia:

—No hay remedio; tengo que descubrírselo todo á Fígaro y quizás á mi señora, porque si hemos de salvarnos ha de ser poniéndonos de acuerdo para defendernos. ¿Y qué sucederá? ¡Oh!... Esta es la primera vez en mi vida que me veo apurada.

CAPÍTULO VII.

Donde se verá que el organista no habia perdido nada de su habilidad para la intriga.

Dos horas despues el conde, Fígaro y Querubin regresaban de su paseo.

Al subir la escalera encontraron á Soledad.

El conde la miró intencionadamente; pero ella volvió la espalda y miró á Fígaro, haciendo un ligero gesto, cuyo significado comprendió el barbero.

Despues encontraron al sacristan, cuyo rostro contraido revelaba su disgusto.

—Venid,—le dijo Almaviva.

Y al llegar al estremo de una galería, don Basilio siguió al conde, Fígaro volvió atrás para encontrar á la doncella, y Querubin se paró, quedando solo.

El hermoso niño meditó algunos segundos y dijo para sí:

—¿Cuál de las dos conversaciones puede interesarme mas? Adivino las dos... Veremos si me equivoco.

Y con silenciosos pasos siguió el mismo camino que habian tomado el conde y el sacristan.

Bien hubiera querido el paje escuchar á la vez ambos diálogos, porque presumia que debian ser interesantes; pero no pudiendo hacerlo así, prefirió escuchar á los que no habian de confiarle el secreto de sus intrigas.

El conde entró en su aposento, sentóse, fijó una mirada escudriñadora en el organista y dijo:

—Teneis que darme malas noticias, lo adivino en vuestra cara.

—Señor,—balbuceó el sacristan, haciendo gestos y mirando á todos lados menos al conde,—las mujeres... son incomprensibles... pero...

—Don Basilio,—interrumpió Almaviva con mal humor,—dejaos de rodeos y decidme lisa y llanamente el resultado de vuestras gestiones.

—El resultado... ha sido...

—¿Malo?

—Empieza á disgustarme.

—¡Empieza!... ¿Pues qué no ha quedado resuelto?

—Aun falta...

—Os dije que queria saber hoy mismo la última resolucion de esa mujer.

—Por desgracia, su última resolucion, si hemos de creer lo que dice...

—¿Acabareis?

—Se niega á corresponderos.

—¡Oh!...

—No puede cometer mayor torpeza.

—La vuestra no ha podido tampoco ser mayor.

Don Basilio palideció y no acertó á decir una palabra.

—Buen papel,—añadió el conde con acento de reconvencion,—me habeis hecho representar, esponiéndome á que una mujer de esa clase me desprecie y dándole ocasion para que se envanezca y me mire con desden.

—Señor,—respondió el turbado organista,—la culpa no es mia...

—¿De quién sino vuestra que me ha hecho concebir esperanzas? Me dijísteis cien veces que solo faltaba halagar el amor propio de Soledad, diciéndole que era yo quien la amaba, pues aunque lo comprendia demasiado, al fin era mujer, vanidosa y queria rendirse triunfando. Os autoricé para que lo hiciéseis así, y se resistió nuevamente; pero acallásteis mis temores, diciéndome que era una resistencia débil, de pura fórmula. En tal situacion, he aguardado un dia y otro dia, hasta que llegado este, en que las circunstancias exigian una resolucion, salimos con que todas las esperanzas se fundaban en disparatados cálculos vuestros. ¿Quién es, pues, el responsable?

—La causa del mal es la precipitacion: lo que hoy se ha hecho en media hora debiera haberse hecho en una semana.

—Escusa nécia.

—Además,—repuso don Basilio, algo repuesto de su turbacion,—no os he dado tan seguras esperanzas ni he perdido completamente las que tenia.

—¡Que no las habeis perdido!...

—No, señor.

—Entonces...

—Como no habeis querido escuchar mis esplicaciones...

—No os comprendo.

—Si me permitís...

—Sí, sí, aclarad ese misterio, decid cómo ha de entenderse esa negativa.

Aunque don Basilio habia perdido la esperanza, le convenia alimentar la del conde, que tan provechosa le era, y para conseguirlo pensó dar al asunto una faz que no tenia, por medio de un giro hábil que diera lugar á lisonjeras deducciones.

—Señor conde,—dijo despues de estirar los brazos y arquear las cejas,—he hecho profundos estudios sobre la mujer y la conozco.

—Pero sin duda,—replicó Almaviva con ironía,—Soledad es una escepcion y os ha engañado.

—Así lo ha creido ella, porque yo he fingido que tomaba seriamente sus palabras.

—Sin embargo, nada habeis conseguido.

—¡Oh!...

—Se niega...

—Y mostrando tanto enojo que os hubiera infundido miedo, como quiso infundírmelo á mí.

—¡Miedo!

—Sí, me amenazó con revelárselo todo á la señora condesa.

—¡Don Basilio!—exclamó el conde, palideciendo.

—Tranquilizaos, la tormenta está conjurada.

—No me tranquilizo.

—Ahora quien teme es Soledad.

—Tampoco entiendo...

—Ese golpe prueba mi habilidad, señor conde: soy enemigo de alabarme, pero estad seguro de que confiado á otro el asunto, hubiera producido disgustos muy sérios.

—Esa muchacha...

—Es muy atrevida.

—Tal creo.

—Pero tiene su parte flaca como todos, y con habilidad se consigue cuanto se quiera.

—¿Y vos,—replicó Almaviva,—no le amenazásteis con la señora Anastasia?

—Por supuesto.

—¿Y ella?...

—¡Oh!... La situacion cambió.

—Bien, pero ello es que nada habeis conseguido á pesar de todo eso.

—Sí he conseguido.

—Una negativa terminante.

—Despues de lo cual, y á consecuencia de algunas palabras mias, me rogó que la dejase tiempo para pensar.

—¡Ah!

—¿Qué significa eso?—preguntó el sacristan con aire de orgullo.

—Una promesa disimulada.

—Pues bien, esa promesa he sabido arrancarla despues de las amenazas y la negativa.

—He sido injusto,—dijo el conde con dulzura:—reconozco vuestro talento.

—Gracias, señor conde: no ha sido mi talento, sino mi deseo de serviros.

—Ahora estoy completamente tranquilo; con vuestra esplicacion veo que no es asunto perdido...

—Pero sí trastornado por vuestra culpa.

—¡Por mi culpa!... Me llevais de sorpresa en sorpresa.

—Os aguarda la mas desagradable.

—Esplicaos.

—¿Era justo pedir mas que esa promesa disimulada de que hemos hablado?

—No.

—Sin embargo, vos habeis querido mucho mas, puesto que me dijísteis que era preciso, absolutamente preciso que hoy quedara resuelta la cuestion.

—Sabeis lo que ha sucedido con Fígaro...

—Lo sé; pero mas que por eso, por obedeceros, exigí mas, y como el que mucho abarca poco aprieta...

—¿Qué sucedió?

—Al imponer á Soledad la condicion precisa de que habia de responderme en el acto, sintió herido su amor propio y me dijo: «Eso me ofende.»

—¡Oh!...

—Tenia razon: quitar la libertad de meditar su resolucion á quien es libre de negar ó conceder, es exigencia muy dura, loca.

—¿Y qué hicísteis?—preguntó afanosamente el conde.

—Nada.

—¡Don Basilio!

—Nada pude hacer mas que avergonzarme.

—¿Y abandonásteis el campo?

—Lo abandonó Soledad, dejándome con la palabra en la boca y el dolor en el alma.

—Es preciso remediar el mal.

—Pero el remedio nos costará la pérdida de algunos dias y algo mas.

Almaviva dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó pensativo.

—Señor,—añadió el organista,—á todo el que trata como intermediario se le deja en libertad de modificar las instrucciones

que lleva, siempre que así lo exijan imprevistas circunstancias; pero vuestra órden fué terminante, he tenido que obedecer...

—Estaba cansado de tanto esperar.

—Un dia mas despues de tantos, no era nada, y nos hubiera dado el triunfo.

—Pues bien, esperaré un dia y aun algunos mas: habladle nuevamente...

—No soy de vuestra opinion.

—¿He de renunciar á satisfacer mi capricho?

—¡Renunciar cuando tenemos seguro el triunfo!... No.

—¿Entonces?...

—Antes de hablarle otra vez á Soledad es preciso que se convenza de que estamos dispuestos á castigar su rebeldía. ¡Oh! Las mujeres necesitan, en ciertas ocasiones mucha blandura, y en otras la mas estremada dureza. Las conozco bien, señor: ya os he dicho que he gastado muchos años en estudiar esa mitad del género humano.

—Bien, bien, —replicó Almaviva, levantándose y paseando por la habitacion: —haced lo que os plazca, pero que yo alcance lo que deseo, y pronto.

—No quedareis descontento de mí.

—Ya sabeis el compromiso en que me ha puesto Fígaro.

—Eso se arregla fácilmente.

—¡Oh!...

—Concededle lo que pide, fijando un plazo cualquiera, y mientras este se cumple triunfaremos con ayuda de la señora Anastasia.

—¿Pensais verla?

—Hoy mismo si no llego muy tarde á Sevilla, porque como ya calienta demasiado el sol y he de hacer el viaje á pié, no me

atrevo á salir de aquí temprano. Preciso es tambien mirar por la vida: si me da un tabardillo...

—No lo dejeis por eso: os he prometido regalaros la mula torda...

—Señor...

—Decid que os la ensillen y no perdais un momento.

—¡Gracias, señor conde!—exclamó el sacristan, estendiendo los brazos.—Sois el mas grande, el mas generoso, el mas espléndido, el...

—Basta de cumplimientos y vamos á lo que interesa.

—Pero mi profunda gratitud...

—¿Qué pensais decir á la señora Anastasia?

—Lo que convenga segun el humor que tenga; pero probablemente vendrá á esplorar vuestro ánimo, y vos debeis entonces aparentar que dudais entre proteger á Fígaro ó abandonarlo á su suerte.

—Así lo haré.

—Por supuesto, con mucho disimulo...

—Comprendo.

—Entonces empezará á temer Soledad, y ella misma buscará ocasion de reanudar los interrumpidos tratos.

—Bien, don Basilio, me parece muy bien,—dijo Almaviva despues de meditar algunos instantes.—Trabajad con fé, que nada perdereis.

—Voy á tomar un bocado, porque almorcé deprisa y he hablado mucho, y en seguida partiré.

—Sí, sí.

—Ved, señor conde, si algo mas teneis que mandarme.

—Que tengais buen acierto.

Don Basilio volvió á dar las gracias al conde, hizo una pro-

funda reverencia y salió del aposento con ánimo de engullirse un buen trozo de carne y vaciar otra botella, y envanecido de su talento y habilidad.

El conde permaneció solo largo rato, sin acordarse de que se acercaba la hora de comer y tenia que lavarse y vestirse y sin pensar que aun no habia visto á su esposa.

Sacólo de su distraccion un hermoso ramo de flores que habia sobre una mesa y era el mismo que habia hecho Soledad.

—¡Ah!—exclamó.—Me olvido de Rosa...

CAPÍTULO VIII.

Cómo tomó el barbero la honra y proteccion que le dipensaba el conde.

Fígaro alcanzó en la escalera á Soledad; pero esta no se detuvo, sino que siguió, metiéndose por un pasillo y atravesando rápidamente algunas solitarias habitaciones.

—Motivo tendrá para hacer esto,—dijo el barbero para sí.

Y siguió á la doncella, escitado por la mas viva curiosidad.

Ambos se pararon en un solitario y desamueblado aposento, que no recibia mas luz que la que entraba por una ventanilla abierta á seis ó siete piés del suelo, y se contemplaron por un segundo, la una con temor y el otro con impaciente curiosidad.

—¿Qué sucede?—preguntó el barbero.

—Fígaro,—dijo en voz baja la sirviente,—júrame que á nadie descubrirás el secreto que voy á confiarte, y que ningun uso harás de él mas que el preciso para nuestra defensa.

—¡Soledad!—exclamó el barbero sorprendido y mirando con estrañeza á la sirviente.

—No grites...

—Pero...

—Si nos oyen estamos perdidos,—repuso Soledad, acercándose á la puerta y cerciorándose de que nadie los espiaba.

—Tus palabras me asustarian si yo fuera hombre que me asustase.

—Yo no tengo miedo,—replicó la doncella, apretando los puños;—pero estoy para reventar de coraje.

—¿Acabarás de decir lo que pasa?

—Te he pedido que jures...

—¿Otra vez?

—Sí, Fígaro.

—¿Desde cuándo necesitas que yo jure para tener confianza en mí?

—Es que...

—¿Has cometido algun delito?

—De buena gana, sacando al bribon del sacristan la lengua y las entrañas.

—¡Al sacristan!... ¡Vive el cielo!... ¿Pues qué te ha hecho ese tunante?

—¡Oh!...

—Soledad, esplícate de una vez, que me estás apurando la paciencia.

—Habla mas bajo...

—Bien, hablaré mas bajo, callaré... pero esplícate.

Soledad, ahogada por la ira, tuvo que callar algunos instantes para tomar aliento, y luego dijo:

—Fígaro, hace mucho tiempo que estoy ocultándote una cosa...

—Has hecho mal.

—Tal vez, porque al fin tengo que decírtelo; pero he callado por evitarte disgustos.

—No me sorprendes: ya sabes que hace tambien mucho tiempo tengo la manía de que me ocultas algo.

—No te equivocabas.

—Entonces supongo que se trata de los misteriosos inconvenientes de nuestro casamiento.

—Sí.

—¡Y nada me has dicho!

—Ya comprenderás...

—Sepamos, sin rodeos...

—Pues bien, el señor conde...

—No quiere que nos casemos, lo he conocido, y esta mañana ha mostrado claramente su disgusto cuando le hablé de nuestra boda.

—¡Ya lo creo!—dijo con amargura la sirviente.

—¿En qué consiste eso? ¿Qué le importa que tú seas mi mujer ni yo tu marido? Tú lo sabes.

—Por mi desgracia.

—Debe ser de mucha importancia el motivo, porque el conde me quiere de veras y desea mi felicidad, como lo ha probado con su empeño en proporcionarme un empleo que me saque de mi pobre y humilde condicion.

—¿Sabes el empleo que te prepara?

—No.

—Correo de gabinete.

—¡Correo de gabinete!—repitió el barbero sorprendido.—Debes estar equivocada, eso es demasiado para mí.

—No lo dudes... ¡Como te quiere tanto!...

—Eso es una prueba.

—Fígaro, nunca te he tenido por tonto, pero ahora...

—¿Qué quieres decir?

—Nada,—repuso con amargura Soledad,—que te quiere mucho el señor conde y por eso te da un empleo que te tenga la mayor parte del año fuera de casa...

—Soledad...

—Porque así, mientras tú corres á caballo por esos caminos...

—¡Soledad!...—volvió á decir Fígaro, palideciendo.

—Tu ocupacion no te permitirá cuidar de mí,—repuso la doncella con creciente malicia é ironía;—pero no tengas pena por eso, el señor conde, con su solicitud paternal, hará lo que debe hacer un verdadero protector y nada faltará á tu mujer, llenará el vacío que dejes...

—¡Oh!—exclamó el barbero con voz reconcentrada.

Y su frente se contrajo y brillaron como dos ascuas sus ojos.

—Y como yo me he negado á ser tan feliz, se retarda nuestro casamiento para dar lugar á convencerme.

Fígaro se pasó las manos por la frente, hizo un esfuerzo para dominar el primer arrebato de su ira, y repuso:

—Soledad, eso es imposible; tu imaginacion ardiente te ha hecho ver fantasmas, y poco reflexiva, como todas las mujeres, has dado á las acciones del señor conde un valor que no tenian: él es de genio alegre, y alguna vez, como prueba de distincion por lo que nos debe, te habrá dado alguna broma, creyendo halagarte, pero no con intencion de enamorarte...

—¡Bromas!...

—¿Qué otra cosa puede ser?

—No he visto mas fantasmas que el pícaro sacristan, encargado de decirme muy claramente lo que el señor conde desea.

El barbero cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó silencioso.

—Todo iba bien,—prosiguió la doncella,—mientras se contentaban con pedir y yo no tenia que hacer mas que negar; pero hoy me han amenazado muy seriamente, diciéndome: «¿Quieres casarte? Otorga lo que te se pide, ó no te casarás porque tu novio no tiene cuatrocientos ducados para librarse de la señora Anastasia, ni el señor conde se los dará.»

—Bien,—dijo Fígaro con una calma y un acento de amargura que hicieron temblar á Soledad;—el plan es ingenioso. Todos los inconvenientes del matrimonio para mí, y las ventajas para el señor conde de Almaviva. ¡Oh!... Veo que no ha perdido sus antiguas mañas, que su nueva vida no ha hecho mas que distraerle unos cuantos meses; pero yo tampoco he perdido mi habilidad, ni al dejar las navajas dejé de ser el barbero Fígaro. Esto quiere decir que el señor conde se empeña en que yo no deje mis antiguas travesuras: pues bien, le daré gusto y le probaré que todo lo que me ha visto hacer es nada para lo que puedo.

—Cuidado, Fígaro...

—¿Temes que me arrebate y haga una locura? Tranquilízate, Soledad; ya sabes que yo no pierdo la calma nunca. Me vengaré, eso sí; pero no como se venga un cualquiera, sino como yo acostumbro y me conviene. Además, no siento odio contra el conde, porque estoy convencido de que no está enamorado de tí.

—¿Pues qué quiere decir lo que hace?

—Un capricho que pasaria apenas satisfecho; pero eso no es amor.

—¿Y por qué no ha de estar enamorado?—replicó Soledad, que sintió picado su amor propio de mujer.—¿Soy tan despreciable?

—No es eso; pero...

—¿Es porque soy una pobre? Pues muchas señoras quisieran...

—Soledad, pierdes la cabeza. El conde está enamorado de su mujer.

—Lo prueba.

—Á pesar de lo que ves, la ama sin saberlo él mismo, así como tampoco acierta la causa de su fastidio. Pero esto no importa: ello es que amor ó capricho, para mí seria el mismo resultado, que es lo que quiero evitar, pero de manera que para siempre se conjure el peligro.

—¿Y nuestro casamiento?

—Á eso voy: lo uno traerá lo otro: si quiero luchar no es para triunfar á medias.

—¡Ah!... Empiezo á tranquilizarme.

—Cuéntame todo lo que ha sucedido,—dijo el barbero, apoyándose en la pared para escuchar con algun descanso.

Soledad volvió á asomarse á la puerta, y segura de que nadie se acercaba allí, empezó su relato sin olvidar la mas insignificante circunstancia.

Fígaro permaneció inmóvil como una estátua.

Su viva imaginacion iba analizando y comparando, haciendo deducciones y apreciaciones á medida que la doncella esponia los hechos y los comentaba á su modo y con su gracia particular.

Aunque Soledad era habladora, como tenia la facilidad de espresar sus ideas con pocas palabras, no tardó muchos minutos en referir todo lo sucedido, concluyendo con algunas amenazas y anatemas contra el sacristan y el ama de gobierno, que era para ella el enemigo mas temible, así como en otro tiempo habia sido el mas despreciable.

El barbero continuó silencioso y meditabundo, y al fin, levantando la cabeza, dijo:

—Soledad, has cometido una torpeza y es preciso enmendarla.

—¿Una torpeza?—preguntó sorprendida la sirviente.

—Sí,—repuso el barbero,—porque no has debido quitar al conde la esperanza.

—¡Fígaro!

—Si hemos de vencer no ha de ser con la fuerza, sino con la astucia.

—Tienes razon.

—He formado mi plan y no nos conviene romper hasta poder dar el golpe en seguro. ¿Qué has adelantado? Nada. Mañana tendrás aquí á la señora Anastasia, que si ve que el conde no está resuelto á defenderme, cobrará alientos y querrá hacer valer el recibo de los cuatrocientos ducados.

—Pero como don Basilio me pidió una respuesta definitiva hoy mismo, sin avenirse á esperar, como le propuse, tuve que renunciar á mi deseo de ganar tiempo para hablarte.

—¿Y de qué te servia tu ingenio? ¿Es posible que no hayas sabido engañar al organista?

—Reconozco mi torpeza; pero no pude contenerme, la sangre se me subió á la cabeza...

—Calma, Soledad.

—No suelo perderla; pero el sacristan es tan desvergonzado, tan atrevido...

—Ya pagará lo que debe.

—Así se lo dije; pero como hasta ahora no ha sufrido mas que sustos, se rie de las amenazas.

—No importa: cuando conozca su torpeza será tarde. Lo mis-

mo el organista que el señor conde caerán en el lazo que les tenderemos.

—Pero aun no me has esplicado tu plan.

—Te lo esplicaré; pero no ahora, porque no nos conviene detenernos aquí mucho rato: pueden echarnos de menos y al instante comprenderian que estamos conferenciando.

—¡Oh!—exclamó Soledad, cuyos negros ojos brillaron alegremente.—¡Nos vengaremos del sacristan!

—Tal vez necesitaremos del travieso Querubin.

—Creo que sospecha cuanto pasa.

—De seguro, porque nada se escapa á su penetracion. Por eso me ha dicho muchas veces: «Mucho ojo, señor Fígaro, que á los hombres de mundo se les engaña mas fácilmente. No basta mirar, es preciso ver.» Y aunque yo comprendia que sus palabras encerraban mucha intencion, no pensé nunca que tuvieran relacion con el señor conde. ¡Oh! Bien decia el astuto niño, no basta mirar, es preciso ver, y yo miraba y no veia.

—Esa criatura...

—Vale mucho.

—Demasiado.

—¿Y si nos compromete?

—¿Por qué?

—Es muy atrevido y quizás intentará sacar un doble partido de la intriga.

—Comprendo,—replicó Fígaro;—pero nada temas. Querubin no necesita de nosotros para hacer una diablura en lo que toca á su desdichado amor; lo que para eso le hace falta es convencerse de una cosa que duda aun y que no ha conocido á pesar de su astucia, y es que la señora condesa está tambien enamorada de él.

—No hablemos de eso, Fígaro: tiemblo solo con pensar lo que puede suceder.

—Eso es asunto separado y en el que nuestro deber nos manda evitar lo que de seguro costaria la vida á ese pobre niño.

—¿Aun te ocuparias en vengar al señor conde?

—¿Por qué no? Ya sabes que soy noble de corazon.

—Sí, pero...

—El conde no está acostumbrado á contrariarse, y le perdono que se haya dejado llevar de un capricho, hijo del aburrimiento en que le ha hecho caer la falta de tino, de mundo de su esposa; pero estoy seguro de que si alguien le hubiera advertido lo que él no ha pensado, que iba á cometer una ruindad, un abuso, que iba á empequeñecerse, habria desistido de su intento y aun se habria avergonzado, como se avergonzará el dia en que yo le presente un espejo donde vea la parte ridícula y torpe de su proceder. Además, me ha protegido desinteresadamente, he comido su pan, y yo podré ser travieso, intrigante, ladron y quién sabe si asesino, porque puedo tener un mal cuarto de hora; pero ingrato, jamás, porque no he nacido para eso: haré mal á cualquiera, mucho mal; pero ni el mas leve daño á quien me haya hecho bien. Esto no quiere decir que yo mire con indiferencia el peligro que me amenaza ni que tenga al señor conde por inocente; pero sí estoy seguro de que no ha dado á su conducta la importancia que tiene, y por eso lo perdono.

—Me alegro que seas generoso, Fígaro. Yo tambien creo que el señor conde no es malo.

—Le sucede lo mismo que á mí: yo tomé los cuatrocientos ducados de la señora Anastasia sin mas intencion que burlarme de ella, y hasta mucho tiempo despues, y eso porque tú me lo advertistes, no comprendí que habia cometido un delito; pero ya

era tarde, los habia gastado y he tenido que contentarme con hacer propósito firme de devolverle su dinero, y así lo cumpliré tarde ó temprano.

—¿Y qué hacemos en cuanto á doña Rosa?

—Ya te lo diré: probablemente tendrá que ayudarnos...

—Pero...

—Habrá que decirle lo que pasa.

—¡Oh!...

—Será preciso.

—No enredemos de tal manera el asunto que nos sea imposible desenredarlo.

—Descuida.

—Hasta conocer tu plan...

—Véte, que pronto quedará tu curiosidad satisfecha,—replicó el barbero, que habia recobrado su habitual calma y alegría.—Ahora piensa solamente en lo mucho que te quiero y...

—Fígaro,—interrumpió la doncella, retrocediendo porque conoció la intencion de su amante,—déjame salir...

—Libre tienes el paso,—repuso Fígaro, separándose, aunque sin desistir de su propósito de despedir á la doncella, segun costumbre, con el amago siquiera de un beso.

Ella se puso de un brinco fuera del aposento, y él quedó riendo á carcajadas.

Pasado aquel arrebato de alegría, Fígaro volvió á pensar en su situacion y dijo para sí:

—Bien: debo estar agradecido á la fortuna. Nací y me abandonaron mis padres; despues se apoderaron de mí unos gitanos; luego me ví espuesto á morir de hambre, y al fin, como una gran conquista llegué á ser barbero. Me he encontrado en todas las situaciones apuradas que puede verse un hombre; he luchado sin

cesar, y cuando creia que iba á descansar y á ser feliz, me encuentro que por término á todos mis afanes me ofrece la caprichosa fortuna el mayor descalabro que puede sufrir un hombre. Ya que no la de la gloria, hubiera yo aceptado gustoso la corona del martirio; pero la que me ofrece el señor conde de Almaviva como premio, no: antes me cortaria la cabeza. ¡Tienen raros caprichos estos señores! ¿Qué diria mi señor don Fadrique si sospechara las intenciones de su paje? Habria que oirlo hablar de su honra, de su ilustre nombre; llamar á Querubin infame, traidor, villano, ruin, miserable y mal nacido y pedir venganza y sangre como el único ingrediente que limpia el honor manchado, creyendo que no habia nada mas justo que retorcer el pescuezo al pobre muchacho. ¡Flaqueza humana! ¿Creerá el señor conde merecer la misma pena por igual delito? Á su juicio, lo que es en Querubin un crímen, no seria en él mas que una calaverada disculpable á su edad y que todo lo mas deberia castigarse con algunas reconvenciones, ya que se considerase poco un consejo. Pues bien, yo no pido sangre ni quiero castigarlo mas que con el ridículo, haciéndole sufrir por algunos momentos el tormento que me preparaba. Mi plan es bueno aunque presenta muchas dificultades; pero todas las venceré.

Salió el barbero de la habitacion y distraidamente se dirigió á la puerta principal del edificio, encontrando allí al paje, que hacia señas con una mano como si despidiese á alguien.

—¿Á quién despedís tan cariñosamente?—le preguntó Fígaro.

—¡Ah!—exclamó alegremente Querubin.—Llegais á tiempo para ver una cosa que os interesa. Mirad, mirad... allí...

—¿Qué es aquello?

—¿No lo conoceis?

—Es el sacristan...

—Sí.

—Va á caballo...

—Va en una mula, la torda, la mejor que habia en la caballeriza...

—Ciertamente.

—Se la ha regalado el señor conde.

—¿Qué decís?—preguntó sorprendido el barbero.

—¿No comprendeis cómo puede haber sucedido eso?

Fígaro meditó algunos instantes y luego dijo:

—Sí, lo comprendo.

—¿Y qué os parece?

—Bien, lo mismo que á vos.

—Ya veis como os interesaba...

—Tanto como á vos, señor Querubin.

—Puede ser.

—Así es.

—¿Y sabeis,—repuso maliciosamente el paje,—á cambio de qué ha dado esa hermosa mula el señor conde?

—Sí,—respondió el barbero, sonriendo tambien:—á cambio de música, que es lo que puede dar el organista.

—¿Estais seguro?

—Puedo probarlo.

—¿Cómo?

—Con cuatro palabras.

—Decidlas, señor Fígaro, que habeis picado mi curiosidad de niño.

—Ahora no.

—¿Cuándo?

—Cuando me convideis á beber.

—Os convido á cenar.

—Despues que se acueste el señor conde.

—Os esperaré.

—No faltaré.

Querubin apretó la diestra del barbero y se alejó hácia el jardin.

Fígaro se dirigió á la escalera y empezó á subir, cantando alegremente.

Se habian entendido y ya necesitaban hablar muy poco aquella noche para quedar acordes en cuanto debian hacer.

Ambos debian trabajar con ardor, porque, si bien en diverso sentido, el conde era para ambos un rival.

Los dejaremos, y trasladándonos á Sevilla, iremos en busca del doctor y la señora Anastasia, á quienes tenemos abandonados desde los últimos sucesos de la primera parte de esta historia.

CAPÍTULO IX.

Don Basilio empieza á soplar la tea de la discordia.

Hasta que don Basilio entró en Sevilla no se le ocurrió la idea de que la ventaja de tener una mula le proporcionaba el inconveniente de mantenerla.

—¿Y cómo,—se preguntó,—no teniendo para llenar mi estómago, he de llenar el de esta bestia que se tragará fanegas de cebada así como puedo yo engullirme libras de bizcochos? ¡Oh! Preciso es que me ingenie y busque un medio de salir de este apuro.

Meditó, trazó mil planes; pero ninguno bueno, hasta que le ocurrió la feliz idea de llevar el cuadrúpedo á la casa del conde, que permanecia abierta y al cuidado de algunos criados.

Hízolo así: ninguna dificultad le pusieron porque nada dijo del regalo, y fuera ya de este apuro, sin perder un instante se encaminó á casa de don Bartolo.

Este habia comido ya y salido para hacer sus visitas, de ma-

nera que el ama de gobierno estaba sola y recibió al sacristan con muestras de desagrado, porque temió que fuese á hablarle de sus amorosas pretensiones.

—¡Válgame Dios!—exclamó don Basilio al entrar y ver el torcido gesto de la señora Anastasia.

—¿Ya empezais con vuestros lamentos?—dijo esta.—Pues mirad que no estoy para fiestas.

—Señora Anastasia...

—Don Bartolo ha salido.

—No pregunto por él,—replicó el organista, empezando á subir la escalera.

—Creí que lo buscábais...

—No, y me alegro que esté fuera de casa.

—Pues yo lo siento.

—No sabeis lo que decís.

—En fin, ¿qué quereis?

—Dejadme descansar algunos momentos, que vengo de la quinta del señor conde, donde se preparan algunas novedades, y el calor, el polvo...

—¿Novedades decís?—interrumpió la señora Anastasia, cambiando de tono.

—Sí, novedades ó sean acontecimientos nuevos.

—Sentaos... ¿Quereis agua fresca con azúcar?—preguntó el ama de gobierno, que queria contentar al organista para que refiriese cuanto sucedia en casa del conde.

—No me vendrá mal.

Corrió la señora Anastasia, saliendo del aposento y volviendo á los pocos instantes con un gran vaso de agua azucarada.

—Gracias,—dijo el organista, sonriendo.—Esto seria el refresco mas saludable con unas gotas de aguardiente.

—¿Por qué no me lo habeis pedido?

—Dejadlo...

—Voy por él...

—No... Ya lo bebo así...

El ama de gobierno llevó una botella con aguardiente; pero don Basilio habia apurado ya el agua.

—¿Por qué no habeis esperado un momento?

—Os dije que no os incomodáseis; pero ya que lo habeis traido, por no desairar vuestra fineza, lo probaré y en el estómago se mezclará.

El organista echó en el vaso una buena porcion de aguardiente y lo bebió mientras el ama de gobierno decia para sí:

—¡Borrachon!..... ¿Creerá que no lo conozco? Bien caras se hace pagar las noticias.

Relamióse don Basilio, alabó las escelencias del alcohol y luego dijo:

—Esto me ha regenerado, me ha devuelto las perdidas fuerzas, me ha dado tales alientos, me ha...

—Sí, sí, entiendo,—interrumpió la señora Anastasia con impaciencia,—hace calor, y como habeis andado mucho...

—Eso es, el calor, porque en cuanto á andar, como he venido en piés ajenos, gracias á la generosidad del señor conde, que...

—¿Os ha prestado algun caballo?

—¡Oh!—exclamó el sacristan, cuyos ojuelos brillaron.—Me ha regalado la mejor mula de paso que habia en su caballeriza.

—¿Qué decís?

—Una mula torda, corpulenta, robusta, fuerte, que anda como el viento y tiene un paso tan bueno que puede llevarse un vaso de agua en la mano.

—¡Os ha regalado una mula!—dijo en estremo sorprendida el ama de gobierno.

—No lo estrañeis, porque estoy en gran predicamento con el señor conde; y la mula es nada, absolutamente nada para lo que me tiene prometido. ¡Ah! Llegó el dia de mi felicidad; el dia en que se vean recompensados mis trabajos; el dia en que se premie mi mérito artístico. He estado mucho tiempo oscurecido, despreciado, porque he tenido la desgracia de no encontrar quien comprenda lo que valgo; pero el señor conde, que tiene mucho talento y mucha instruccion, que es amantísimo del arte musical y lo ha estudiado profundamente, ha podido apreciarme y ha visto con dolor que un hombre de mi genio se pierde, olvidado para el arte y mal recompensado por el mundo. En fin, señora Anastasia, estoy muy cerca de ser rico, ó mejor dicho, empiezo á ser rico, me espera un gran papel en la sociedad, voy á brillar como brillan los grandes hombres, y no tardaré en cambiar esta raida sotana por una casaca de terciopelo bordada de seda, este sombrero mugriento por otro de picos con galones de oro. Ya veis, como que el señor conde ha pedido al rey que me nombre su maestro de música, primer organista y director de orquesta de la real capilla; y tras este nombramiento no habrá cortesano rico que no me ofrezca á manos llenas el oro por tener la honra de que á sus hijos los enseñe el mismo maestro de su majestad. Entonces, como hombre de cierta posicion, me veré obligado á casarme y..... ¡Qué feliz será mi mujer!—exclamó don Basilio con todo el lleno de su voz grave y hueca y lanzando una espresiva mirada al ama de gobierno, que lo contemplaba con gesto de estrañeza y sin acertar á replicarle.—Mi mujer recibirá por todas partes obsequios, será mirada con envidia por las demas, y como partícipe de mi gloria, su nombre tendrá un lugar preferente en la historia del arte. Riqueza, hono-

res, ostentacion, gloria, inmortalidad... ¡Hé ahí lo que estaba reservado para vos!

—Ya pareció aquello,—dijo la señora Anastasia, como si despertase de un sueño profundo, y avergonzándose de su candidez en haber escuchado al organista.

—Claro es,—repuso este,—que habia de venir á parar á vos.

—No se os ha quitado el vicio de mentir, y sobre todo, de hacer castillos en el aire.

—¡Castillos en el aire!..... ¿Acaso la mula no es una cosa positiva, real, palpable, tangente? En casa del señor conde la he dejado para que coma...

—Será verdad lo de la mula...

—Ella responde de mis palabras.

—Pero todo lo demas...

—¿No es tambien muy cierto que os amo?

—¿Y para decírmelo,—replicó el ama de gobierno,—teníais necesidad de inventar ese cúmulo de patrañas? ¿Qué tiene que ver la mula conmigo?

—Habia de empezar por algo, y además, he querido que sepais que el hombre que os ofreció su corazon y su mano, no era un cualquiera y tenia un porvenir de riquezas y gloria que podia envanecer á la mas encopetada dama.

—Don Basilio,—replicó el ama de gobierno con aspereza,—ya os he dicho cien veces que mi corazon era de otro...

—Que lo merece,—dijo con ironía el sacristan.

—Todos son iguales, y por consiguiente...

—Un hombre que os desprecia...

—¿Eran esas,—interrumpió la señora Anastasia,—las noticias que teníais que darme? Pues sabed que no me importa que el señor conde os regale cuantas mulas tiene...

—¡Todas lo mismo!—murmuró el organista, haciendo un gesto de compasion.—No hay mujer que no sea frívola, que profundice... ¡Ah!...

—¿Ya empezais con latines?

—¡Si supiérais lo que significa el regalo de la mula!...

—Ni quiero saberlo.

—¡Oh!...

—Me anunciábais novedades y...

—Me habeis recibido tan ásperamente, que no me atrevo...

—¿Háse visto cosa igual?—replicó el ama de gobierno, dejándose llevar de uno de sus frecuentes arrebatos de ira.—Decid que todo ha sido un pretesto para sacarme el aguardiente. ¡Si lo hubiera visto don Bartolo, que suspira y se pone amarillo cuando tomo un sorbo los dias de vigilia!... ¡Si hubiera visto que os lo bebíais como agua!... ¡Oh!... ¡Y yo que os conozco y me he dejado engañar!..... Pero en fin, los hijos de los hombres de bien, perdiendo se enseñan, y otra vez...

—Señora Anastasia...

—¿Por qué no os ha dado aguardiente el señor conde?

—Ya me da mas de lo que le pido: siempre que voy tengo á mi disposicion, en compañía de buenas magras, botellas de Jerez, Málaga, Manzanilla, Valdepeñas, Borgoña, Oporto, Burdeos...

—Al diablo que entienda esa algarabía. ¿Pensais aturdirme para que se me olvide la que me habeis jugado?

—Esos son juicios temerarios.

—Don Basilio, no os desvergonceis,—gritó fuera de sí el ama de gobierno.

Y poniéndose de pié, colocó las manos en las caderas y se contoneó con aire de amenaza.

—Sosegaos,—dijo el sacristan,—que...

—Basta, basta.

—¿No quereis saber?...

—¿Otra mentira?

—¿Es posible, señora Anastasia, que me trateis así?

—¿Y es posible que yo no me vea libre de vuestras persecuciones?

—Pero no os enfadeis...

—Estoy ya cansada.

—Me voy, pues, y otro dia hablaremos de las novedades que se preparan en casa del señor conde...

—Está visto, os habeis propuesto quemarme la sangre y lo conseguireis.

—Paciencia.

—Mucha necesito para aguantaros.

—Si me hubiéseis dejado concluir...

—No puedo hacer otra cosa,—dijo el ama de gobierno, sentándose y procurando aparecer mas tranquila.—Aquí me teneis: ya os escucho.

—Permitidme que antes muestre la pena que me han causado vuestras duras palabras.

—¿Acaso os he dicho algo que pueda ofenderos?

—Me habeis llamado vicioso... borracho.

—¡Yo!...

—Y embustero...

—Eso no es del caso, don Basilio.

—Pase y olvidado quede, que de vos todo lo sufro.

—Como sabeis que no tengo mala intencion, porque aunque esté mal que yo lo diga, mi corazon...

—¡Vuestro corazon!... Es de otro y...

—¿Volveis á las andadas?

—Porque me duele mucho que hayais puesto vuestro cariño en un ingrato.

—No es malo Fígaro; pero esa bachillerilla de Soledad le tiene vuelto el juicio.

—Tan vuelto que no lo dejará escapar.

—Eso, don Basilio,—replicó el ama de gobierno con acento que revelaba la seguridad que tenia de triunfar,—eso será lo que tase un sastre.

—Será lo que quiera el atrevido barbero, como ha sucedido hasta ahora.

—Porque no he querido dar un escándalo sin necesidad; pero si Fígaro intentara casarse...

—¿Qué haríais?

—Estorbarlo, porque puedo.

—¿Y si el señor conde?...

—Por respeto á él he callado; pero en un caso como ese...

—No creo que se opondria á la justicia y la razon; sin embargo...

—En fin, lo que no está para suceder...

—¿Quién sabe?

—¡Don Basilio!—exclamó la señora Anastasia, fijando en el organista una mirada penetrante.—¡Don Basilio!...

—Tranquilizaos.

—Pero...

—Si me prometeis ser prudente...

—¡Oh!... ¡Algo sucede!...

—Os arrebatais con una facilidad...

—Esplicaos, porque...

—Cuidado que lo que puedo deciros no es cosa tan cierta...

—¿Pero qué es?—replicó afanosamente la señora Anastasia.

—Repito que nada sabreis sin prometer antes mucha prudencia...

—Sí, la tendré; pero acabad.

—¿Pueden escucharnos?—preguntó el organista, bajando la voz.

—¿Quién quereis que nos escuche si no hay en la casa nadie mas que nosotros?

—Acordaos de cuando hasta los pensamientos adivinaban.

—Ya no hay duendes como entonces.

—Por si acaso...

—¡Oh!... Me estais atormentando.

—Calma.

—¡Calma cuando se trata de mi casamiento y de... cuatrocientos ducados!

—Ya sé que cometísteis la torpeza de poner vuestros ahorros en manos del bribon de Fígaro, y que este los ha gastado en regalar á Soledad.

—Todo lo creo, todo... ¡El dinero que he ganado á costa de tanto sacrificio!

—Defended ahora al barbero.

—¡Ah!... No sé lo que me pasa,—repuso el ama de gobierno, limpiándose el sudor que corria por su frente.

—Pero teneis un documento que vale mucho.

—Para armar un pleito y que coman los pícaros golillas, y entre escribanos y alguaciles se traguen los cuatrocientos ducados.

—Para poner á la sombra al que os engañó tan villanamente.

—Dios me tenga de su mano, don Basilio, porque sinó haré una que suene.

—Mas se adelanta con la astucia que con la fuerza; por consiguiente...

—Pero aun no me habeis dicho...

—Á eso voy.

La señora Anastasia parecia que estaba sentada sobre alfileres, segun se movia sin cesar, impaciente, iracunda, sofocada y aturdida.

Don Basilio pensaba que podia hacer un doble negocio, y calculó, formó su plan y se decidió, segun su costumbre, á intrigar de manera que ganase, fuese cual fuese el resultado.

—Hablad, hablad,—dijo el ama de gobierno.

—Como os veo tan agitada...

—Porque con vuestra calma me haceis perder la paciencia.

—Pues bien, sabed que entre la gente de la quinta corren rumores...

—¿No proseguís?—dijo la señora Anastasia, viendo que el sacristan se interrumpia.

—Os poneis tan colorada que temo os dé una congestion cerebral.

—Es que tengo calor.

—Cuidado, señora Anastasia...

—Acabad con mil regiones de diablos que carguen con vos.

—¡Jesus, María y José!—exclamó don Basilio, santiguándose.

—Estais insufrible.

—Vuelvo á mi cuento.

—Decíais que entre la gente de la quinta corria el rumor...

—Eso es, el rumor, nada mas que el rumor de que Fígaro...

—¡Ay!—exclamó la señora Anastasia, exhalando un profundo suspiro y oprimiéndose el pecho con ambas manos.

—¿Os poneis mala?

—No... proseguid...

—Es que...

—Aun no me conoceis, don Basilio: tengo valor para todo...

—Lo sé; pero hay momentos...

—Pronunciad esa palabra horrible que parece quemaros los labios.

—Es verdad, palabra horrible, fatal... palabra candente que abrasará mis labios y caerá sobre vuestro corazon como plomo derretido, como lava hirviente...

—Pronunciadla... ¡Oh!... Pronunciadla...

—Fígaro se casa...

—¡Ay, rebribonazo!—gritó el ama de gobierno fuera de sí.

—¡Señora Anastasia!

—Mal hombre, ladron, mas ladron que Gestas, que no contento con robarme el corazon quiere tambien robarme el caudal...

—Es una infamia que no tiene perdon.

—¡Oh!... Pero lo veremos: he de ponerlo en un presidio ó me ha de dar mis cuatrocientos ducados.

—¡Vuestros cuatrocientos ducados!

—Sí.

—¿Dónde están? ¿No os he dicho que se han gastado en galas y dulces para aquella muchachuela, hechura de Satanás?

—Pagará con su cuerpo.

—Señora Anastasia,—repuso el organista con pausado tono,—sosegaos y escuchadme.

—¡Que me sosiegue!... ¡Oh!... Mañana, hoy mismo iré á la quinta...

—¡Locura!

—Prestadme vuestra mula, don Basilio.

—¡Mi mula para que vayais á casaros con otro!

—¡Oh!...

—Eso seria...

—No mas que un favor.

—Ofensivo...

—Tengo el infierno en el cuerpo.

—Ya se conoce.

—Me iré á pié...

—Señora Anastasia, sosegaos os digo, y escuchadme, que os conviene.

El ama de gobierno estaba medio ahogada de coraje, y calló porque apenas podia respirar.

—Dispuesto estoy,—repuso el organista,—á prestaros mi poderosa y leal ayuda; pero todo sacrificio exige recompensa; en todo contrato se estipulan condiciones...

—Entiendo.

—No es un vil interés el que me guia, como os probaré.

—Sepamos.

—Ya os he dicho que mi influencia con el señor conde crece como la espuma.

—Si no es mentira...

—La mula torda es una prueba.

—¿Y qué?

—Como es posible que el señor conde quiera favorecer á Figaro...

—Seria una infamia.

—Sí, pero ello es posible.

—Bien.

—Os conviene contrarestar la influencia del barbero con la mia.

—Francamente,—replicó la señora Anastasia,—no sé si debo fiarme de vos.

—¡Eso mas!...

—Recuerdo que engañásteis á don Bartolo cuando el casamiento de su pupila.

—Yo fuí el engañado; no quereis convenceros...

—Sea como quiera, acepto vuestra ayuda; pero habeis hablado de condiciones...

—Es natural.

—Esplicaos mas claramente.

—Vos sabeis lo que vais ganando, y justo es que yo tambien lo sepa.

—¿Cuánto quereis?

—¡Cuánto quiero!—repuso el organista con amargura.—¿No os he dicho que no me mueve el vil interés? Escuchadme con toda vuestra atencion, porque el caso lo merece.

—Hace una hora que os escucho.

—Si Fígaro,—repuso el sacristan,—no os devuelve los cuatrocientos ducados...

—Tendrá que casarse conmigo.

—Eso es.

—¿Y vos?

—En ese caso renuncio á todo.

—La recompensa...

—Ninguna por vuestra parte. Lloraré mi desventura y me contentaré con lo que me tiene ofrecido la generosidad del señor conde.

—¿Y no volvereis á requerirme de amores?

—Jamás.

—Convenidos.

—No tendreis queja de mí.

—¿Y si Fígaro me devuelve los cuatrocientos ducados y se casa con Soledad?

—Entonces vos...

—¿Os daré?...

—Vuestra mano de esposa.

—¡Oh!...

—¿No os conviene?

El ama de gobierno meditó, y convencida de que si no conseguia casarse con el barbero no se casaria con nadie, se decidió á aceptar las condiciones impuestas por el organista, que al fin le daban la seguridad de no morir soltera, lo cual la horrorizaba.

—Bien,—dijo,—estamos conformes.

—¡Ah!

—Pero tambien es condicion precisa que don Bartolo apruebe nuestro casamiento.

—Sí, sí.

—Porque si él quiere unir su suerte á la mia es antes que vos.

—Le asiste mejor derecho,—dijo don Basilio, sonriendo maliciosamente.

—No hay nada mas justo.

—Mucho tiempo hace que aprobó nuestra boda, ya lo sabeis.

—Todo está dicho.

—Ahora pongámonos de acuerdo en lo que se ha de hacer.

—Yo iré á la quinta.

—¿Os lo permitirá don Bartolo?

—Si se opone...

—Decidle que la señora condesa está algo mala y que lo espera...

—Eso es, y yo lo acompañaré.

—Cuando llegueis me encontrareis allí, y tal vez pueda daros alguna noticia.

—Averiguad cuanto podais.

—Lo que mas nos importa es saber el ánimo del conde con respecto á Fígaro.

—Eso es.

—Porque hace algun tiempo que parece como que lo trata con alguna frialdad...

—Entonces mi triunfo...

—Será completo de todas maneras.

—Pues bien, mañana, cuando lleguemos á la quinta, obraré segun me indiqueis.

—Perfectamente.

La señora Anastasia se tranquilizó.

—Ahora,—dijo,—dejadme.

—Con sentimiento,—repuso el organista, exhalando un suspiro;—pero...

—No olvideis lo tratado.

—Ya sé que he de renunciar á vos, que no he de deciros una palabra de lo que siento, que he de ahogar mi pasion...

—Don Basilio...

—Pero ese sacrificio horrendo será, segun lo estipulado, cuando esteis casada con Fígaro.

—Y entre tanto...

—Permitidme el desahogo de algunas palabras.

—Es tarde, don Basilio; hace una hora que vinísteis, y si los vecinos os han visto entrar...

—¿Qué importa?

—De todo se saca partido para murmurar.

—Adios, mi encanto y mi tormento, mi gloria y mi condenacion, mi...

—Hasta mañana —interrumpió el ama de gobierno, levantándose.

El sacristan exhaló un profundo suspiro y salió de la habitacion, entonando en voz baja un aire tristísimo que parecia un lamento prolongado.

Media hora despues llegó el doctor.

En nada habia cambiado su aspecto; ni una línea habia disminuido su enorme barriga; nada habia perdido la ridícula gravedad de su amoratado rostro.

—¿Han traido algun recado?—preguntó al entrar.

—Sí.

—¿De quién?

—De tu antigua pupila; pero no es cosa urgente, para mañana.

—Tengo una consulta.

—Te esperan, y por consiguiente iremos.

—¿Que iremos?—repitió sorprendido don Bartolo.

—Sí, mi presencia es allí necesaria. El tunante de Fígaro...

—Comprendo... Has perdido el juicio, Anastasia.

—Lo que quieras; pero don Basilio...

—Otro bribon.

—Que no me deja á sol ni á sombra.

—Fácil te es librarte de su persecucion.

—¿Cómo?

—Casándote con él.

—¿Y por qué no te casas tú conmigo para librarte de mis justas reclamaciones?

—Anastasia,—replicó el doctor, que á toda costa queria conjurar la tormenta,—mañana iremos á la quinta. ¿Deseas otra cosa?

—No.

—Déjame, pues, solo.

CAPÍTULO X.

Vaticinios de una rosa.

La mañana siguiente, lo mismo que la anterior, estaba el cielo puro, la atmósfera serena, y el sol, que empezaba á coronar las montañas y los árboles, esparcia sus primeras luces, haciendo brillar las gotas de rocío sobre las pintadas hojas de las flores y sobre la verde yerva. El gorgeo de los pájaros, que saltaban bulliciosamente de rama en rama, se oia por todas partes como respondiendo al murmurio de los arroyos y las fuentes, y el balido de las ovejas y el ladrido de los perros resonaba en los valles y montañas.

Escepto algunos trabajadores que habian dejado el lecho y se preparaban á comenzar sus faenas, los demas habitantes de la quinta dormian profundamente, ó parecia que durmiesen, segun el silencio que reinaba en el interior del edificio.

Sin embargo, no estaban todos entregados al reposo: Rosa habia despertado con los primeros resplandores del alba, despues de

una noche de casi completo insomnio, durante la cual habia sufrido mucho. Habia visto en sueños, como otras muchas veces, al paje, hermoso como nunca, tendiendo hácia ella los brazos en ademan suplicante y dejando ver en sus azules ojos el fuego de la intensa pasion que en su pecho ardia. La desgarradora lucha entre su amor y su deber agitó el alma de Rosa con las mas violentas emociones, y cuando el carnal sentimiento iba á triunfar de la virtud, despertó y sus negros ojos, húmedos y relucientes, quedaron fijos, entreabriéndose su boca para exhalar un grito de sorpresa y miedo, que se ahogó en su garganta.

Por entre las cortinas del lecho y á favor de la opaca luz que se esparcia por la estancia, vió, ó creyó ver Rosa medio levantado el tapiz que cubria la puerta y destacarse, como del fondo de un lejano cuadro, la interesante figura de Querubin en la misma postura que se le habia aparecido durante el sueño. El hermoso niño estaba inmóvil, y sus ojos, relumbrantes como dos carbunclos, parecian enviar abrasadores destellos á la infeliz jóven, que no acertaba á moverse y dudaba si era aquella una vision producida por la agitacion y trastorno del ensueño que acababa de tener, ó si no habia despertado aun.

El rostro del paje iba contrayéndose lentamente, mostrando la graduacion de las sensaciones que debian agitar su espíritu, atormentándolo, quizás horriblemente.

Al cabo de algunos segundos, aquel rostro encantador estaba completamente desfigurado, y pocos momentos despues, perdiendo toda su belleza, no revelando mas que un sentimiento, estaba tan descompuesto que hubiera sido imposible reconocerlo.

El fuego de sus ojos adquirió mayor brillo, mayor intensidad.

Las manos, que tenia cruzadas, y los brazos estendidos, temblaron convulsivamente, y parecian apretarse la una á la otra con

la nerviosa fuerza del que intenta romper las ligaduras que le sujetan á una máquina de tormento.

Nuevamente quiso Rosa gritar; pero no pudo.

Volvió á dudar si estaba despierta ó si antes habia estado dormida y habia sido una realidad lo que tuvo por fantástica creacion.

Para convencerse se llevó las manos á los ojos, y frotándoselos fuertemente, levantó la cabeza y volvió á mirar.

Empero, fantasma ó realidad, la figura de Querubin habia desaparecido.

El tapiz cubria perfectamente la puerta.

El silencio era profundo, interrumpido solamente por su agitada respiracion.

¿Era posible que el paje se hubiera atrevido á penetrar en aquel lugar tan respetable? ¿Y cómo, si á tal grado de estravío lo habia llevado su pasion, habia retrocedido cuando nadie ni nada le estorbaba el paso?

Rosa se hizo estas preguntas; pero no acertó á contestarse.

Estaba despierta, no habia duda; pero no se atrevia á asegurar si antes habia estado dormida.

No sabia, pues, si lo que tuvo por ensueño fué realidad, ó lo que realidad parecia fué continuacion del ensueño.

En el estado de agitacion y exaltacion mental en que al despertar estaba, bien pudo producirse la vision aquella; pero habia durado mucho tiempo para que fuera una pura aberracion de sus ojos.

Rosa tuvo miedo.

Miedo del hombre á quien tanto amaba, miedo de sí misma, de su debilidad.

¿Hubiera podido resistir las súplicas del paje en aquellos momentos de verdadero estravío?

Tal vez no.

Su virtud y la honra de su esposo dependian de un instante fatal.

El amor de Rosa habia llegado á tal grado de intensidad, que solo en momentos dados le hubiera sido imposible luchar ventajosamente contra la inspiracion de Satanás.

Aunque atormentada por el miedo, no se atrevió á poner la mano en el cordon de la campanilla.

¿Qué hubiera sido del infeliz Querubin si habia ido efectivamente al dormitorio de la condesa y lo sorprendian en la huida los criados?

Esta idea detuvo la mano de Rosa, que se propuso aguardar despierta á que llegase el dia.

Empero al cabo de media hora, dominada por el quebranto consiguiente á lo que habia sufrido, se cerraron sus ojos contra su voluntad, lo mismo que antes habian estado abiertos casi toda la noche cuando deseaba dormir.

Corto fué su sueño.

Apenas sus fuerzas habian empezado á reponerse, despertó.

El crepúsculo esparcia sus resplandores.

El primer rayo de luz que se deslizó por entre las rendijas de la ventana, empezó á aliviar á Rosa, fué como una mirada de consuelo del Omnipotente.

Á través de sus largas pestañas se escapó una mirada de inmensa ternura y gratitud.

—¡Gracias, Dios mio!—murmuró.—¡Gracias porque me habeis dado un dia mas de virtud!

Su pecho estaba oprimido.

Necesitaba respirar el aire libre y ver nuevos objetos que borrasen de su imaginacion el recuerdo de la atormentadora pesadilla,

que produjesen en su espíritu sensaciones opuestas á las que la habian agitado con la estraña aparicion.

Sin llamar á su doncella se levantó, vistióse, y abriendo la ventana se asomó para saludar al nuevo dia.

El ambiente fresco y puro de la mañana mitigó el ardor de su frente, y su pecho se dilató, dejando escapar un profundo suspiro.

Algunos minutos permaneció allí, contemplando el bellísimo cuadro de la naturaleza, aspirando el aroma de las flores, y escuchando los trinos del jilguero y el susurro de las aguas.

Á nadie vió, y sin embargo, entre un bosquecillo de rosales habia un hombre recostado en el suelo y que por su inmovilidad parecia dormido.

Era Querubin.

Sus azules ojos, rivales del trasparente azul del horizonte, estaban fijos en la ventana del dormitorio de la condesa, y cuando esta se asomó brillaron aquellos como dos ascuas, y un ligero temblor convulsivo recorrió todos los miembros del enamorado niño.

Estaba su rostro pálido y sus labios secos.

—¿Por qué,—dijo Rosa,—no he de disfrutar de esta hermosa mañana, libre de miradas curiosas que espíen las mias, y dar á mis suspiros tan libre curso como á mis pensamientos, sin temor de que los recoja nadie para convertirlos en instrumento contra mi honra? Ahora puedo sin peligro recorrer esas praderas y esos bosques, llorando ó riendo segun me plazca, hablando á los pájaros y á las flores, que me escucharán sin interrumpir mis discursos con palabras importunas, y sin miedo si acaso de mis labios se escapa un nombre que puede ser una revelacion.

Dejó Rosa el dormitorio y sin encontrar á nadie atravesó aposentos y corredores, bajó escaleras y salió al fin de la casa por uno

de los dos ó tres postigos que tenia y que estaba mas cercano á la parte mas frondosa del jardin.

El ruido de la puerta llamó la atencion del paje, que volviendo la cabeza, estuvo á punto de lanzar un grito de sorpresa y alegría al ver á la condesa salir con todo el descuido de la seguridad errónea en que estaba de que no la observaba nadie.

Ella siguió una calle de árboles, á cuyos lados se estendian praderas cuajadas de flores.

Y él, aunque á buena distancia, tomó el mismo camino.

No sospechaba Rosa el peligro en que estaba por su descuido.

No pensó Querubin el peligro en que á Rosa ponia con su imprudencia.

Con desiguales pasos, deteniéndose algunas veces para contemplar las flores y otras para meditar y suspirar, se alejó de la casa la condesa.

El paje, deteniéndose cuando Rosa se detenia, recogiendo los suspiros de ella y suspirando él, siguió tambien silenciosamente.

Bien pronto se encontraron en un sitio desde donde la espesura les impedia ver la casa.

La condesa se paró junto á un rosal, lo contempló algunos instantes, cortó una rosa que acababa de abrir, y en cuyos aromáticos pétalos brillaban aun las cristalinas gotas del rocío, y la acercó á sus labios ardientes, besándola con ternura.

La flor empezó á marchitarse como si aquel beso y el calor febril de las manos hubieran abrasado sus hojas.

Exhaló un suspiro la enamorada jóven y siguió andando lentamente; pero tan absorta en sus pensamientos que no advirtió que á los pocos pasos la rosa se escapó de sus dedos y quedó sobre la mullida yerba.

Lo que no vió la condesa lo vió el paje, cuyos azules ojos se iluminaron con una centella de alegría.

Pocos segundos despues, con la frescura de la yerba habia recobrado la rosa su frescura y se encontraba en manos de Querubin, cuyos dedos, heridos por las espinas, se tiñeron con algunas gotas de sangre.

En aquel momento echó la condesa de menos la flor y pensaba que alguien la deshojaria sin compasion y que nadie podria volverla á su primera forma y lozanía.

Querubin besó con frenesí la rosa.

—¡Se llama como ella!—murmuró.

Pero se contrajo su frente al ver la sangre que teñia sus dedos y se acordó de algunas palabras que, con tono de indiferencia, le habia dicho el barbero la noche anterior.

¿Habia vaticinado la rosa alguna historia triste, alguno de esos horribles episodios de la vida humana?

Tal vez.

Querubin, aspirando con avidez el suave aroma de la flor y entregado á sus tristes y amorosas ideas, siguió andando con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Al mismo tiempo la condesa, con intento de buscar la rosa que habia perdido, inclinó tambien la cabeza, y volviéndose, siguió por el camino que habia llevado sin apartar la mirada del suelo y no menos que el paje embebida en sus tristes ideas.

Ella no pudo, pues, apercibirse de la presencia de él, ni él vió que ella habia retrocedido.

Debian encontrarse porque adelantaban en sentido opuesto y sobre una misma línea.

Si el conde, como hacia muchas mañanas, hubiera salido á cazar ó á pasearse y visto cómo se encontraban ambas *rosas*, se-

guramente habria deducido de ellas lo que la una ocultaba y la otra habia vaticinado.

Lo que hemos anunciado sucedió.

Rosa y Querubin se encontraron.

Y al tocar el ropaje de ella con las manos de él, este se quedó inmóvil y turbado y aquella retrocedió, exhalando un grito.

Las hojas de la rosa se esparcieron sobre la yerba, no quedando en manos del paje mas que el espinoso tronco.

Rosa quedó con la mirada fija en Querubin y sin acordarse del papel que le tocaba representar para no descubrir su importante secreto.

Querubin, apenas repuesto de su turbacion, se inclinó respetuosamente y dijo despues de algunos segundos:

—Perdonad... no os habia visto, señora condesa...

Este nombre recordó á Rosa su posicion peligrosa, sus deberes, todo cuanto no debia nunca olvidar en tales momentos, y esforzándose desplegó una leve sonrisa y dijo con voz no muy serena:

—¡Ah!... No os habia visto... creí que estaba sola y... la sorpresa...

—Yo no esperaba encontraros, porque como no acostumbrais á salir tan temprano...

—Y vos íbais sin duda tan distraido...

—Sí,—repuso el paje, revolviendo entre sus dedos el tronco de la flor,—me habia distraido contemplando una rosa que me deparó la casualidad...

—Yo miraba al suelo, buscando una rosa que he perdido sin sentir...

—La manga de vuestro vestido la ha deshojado...

—¿Qué teneis en los dedos?—preguntó Rosa con tono de mal fingida indiferencia.

—Nada...

—Es sangre...

—Las espinas de esa flor... ¡Ah!—repuso el paje con intencion marcada y sonriendo amargamente.—Tengo la desgracia de herirme siempre que toco una rosa.

—Entonces,—replicó la condesa, procurando tambien sonreir,—debeis huir de ellas.

—Pues son mi encanto...

—Y vuestro martirio.

—Por eso tal vez me gustan mas; por eso... las amo sobre todas las flores,—dijo arrebatadamente Querubin.—¿Que me importan las heridas ni la sangre si aspiro su aroma embriagador? Contemplando una rosa soy feliz, me olvido de todo, hasta de mis pesares y desgracias y nada mas ambiciono en el mundo.

—¡Estraño amor!...

—Amor desdichado, debiérais decir; mal pagado amor, porque, ya lo veis, al besar cariñosamente sus hojas me clavan sus espinas.

—Vos la deshojais... Mirad...

—Vos habeis sido y...

—La casualidad.

—¡La fatalidad!

Rosa se estremeció; palideció y turbada, no acertando á responder, volvió á uno y otro lado la cabeza y dijo:

—Estoy cansada...

—Sentaos... aquí...

Efectivamente, la condesa se dejó caer en un banco de piedra y quedó muda é inmóvil, sin atreverse á mirar al paje.

Este la contempló largo rato sin pronunciar tampoco una palabra.

¡Con cuánta violencia palpitaban sus corazones!

¡Cómo en sus ojos se pintaba su intenso amor y en sus semblantes sus dolorosos sufrimientos!

La situacion era difícil, en estremo peligrosa.

—Muy temprano,—dijo al fin la condesa,—debeis haber salido, y aun estoy por creer que quizás de noche habeis venido en busca de las flores que tanto amais.

El rostro de Querubin se tiñó de púrpura y clavó en Rosa una penetrante y escudriñadora mirada.

—¡Oh!—dijo para sí.—Comprendo la intencion de esas palabras... ¿Me habrá visto?

Y luego añadió en voz alta:

—Señora, cuentan que hay quien dormido deja la cama y anda mientras sueña como si estuviese despierto. Esto, segun dicen, es una enfermedad, y yo no sé si la padezco.

—Pero vos...

—Podré alguna vez levantarme soñando y salir en busca de rosas...

—Líbreos Dios de que tal os suceda.

—¿Por qué, señora?

—Porque si despierto os clavais las espinas, dormido...

—Gracias por vuestra solicitud.

—Quiero vuestro bien.

—Sin embargo, el que sueña no sabe lo que hace, es como el loco y no puede ni debe responder de sus acciones.

La condesa se estremeció y enrojeció á su vez, diciendo para sí:

—No me engañaron mis ojos... ¡Era él!... ¡Dios mio!...

—La pasada noche,—añadió el paje,—he dormido poco; pero he soñado mucho...

—¿Soñais despierto?

—Por mi desgracia.

—¡Estraña cosa!

—Ya sabeis que tengo fama de ser en todo raro.

—Por lo menos á mí me sorprendeis siempre que os hablo.

—¡Que os sorprendo!...

—Sí, cuando espero encontraros triste os veo alegre...

—¿Y hoy tambien?...

—Me ha sucedido lo mismo. En una mañana tan serena, recorriendo estos sitios tan bellos, entre las flores que tanto os gustan...

—Soy feliz.

—No lo pareceis.

—Cuando libremente recorro estos sitios, contemplo el sol y el puro cielo, escucho el murmurio de los arroyos y el lánguido arrullo de las tórtolas, aspiro el ambiente fresco y consolador y el aroma de las rosas, exhala mi pecho un suspiro y mis ojos dejan escapar una lágrima, entonces soy feliz. Y cuando,—añadió Querubin, adelantándose hácia Rosa, dominado, loco por un arrebato de su pasion,—cuando despues de haber contemplado el sol y el cielo, haber escuchado á las aves y las fuentes, aspirado el céfiro y el perfume de las flores, suspirado y llorado, siento crujir la arena, y al palpitar con violencia mi corazon descubren mis ojos...

—¡Ah!—gritó la condesa sin poder disimular su turbacion y temblando convulsivamente.

—Y mis ojos anhelantes descubren entre lirios y azucenas...

—¡Querubin!...

Empero este prosiguió con creciente arrebato y en ademan de caer de hinojos:

—¡Ah!... Cuando mis ojos ven, gentil, fresca, lozana, de belleza tan celestial como si hubiera nacido en el Paraiso, como si allí su cáliz hubiera recogido su aroma, á la...

—El señor conde os llama,—gritó una voz clara y vibrante detrás del estraviado mancebo.

Este se volvió sorprendido, vió á Soledad que salia de entre la espesura, y su frente se contrajo, apretó los puños y quedó inmóvil.

Un grito se ahogó en la garganta de Rosa, que no acertó á moverse ni hablar.

—Corred, señor Querubin,—dijo la doncella:—os llama el señor conde.

El paje lanzó una ardiente mirada á la infeliz Rosa y se alejó lentamente.

Soledad tenia demasiado entendimiento para no comprender la embarazosa situacion de su señora, y que hablarle entonces de lo que acababa de suceder hubiera sido atormentarla horriblemente. Así que, como si nada hubiera observado ni sospechado, y afectando una serenidad y alegría que estaba muy lejos de sentir, dijo:

—¿Quereis que me quede, señorita? Porque si no me necesitais aprovecharé este rato para limpiar vuestro aposento.

Y sin esperar respuesta se alejó, corriendo y cantando.

¿Qué podemos decir de Rosa?

Largo rato permaneció sin atreverse á levantar la cabeza, sin saber esplicarse lo que sentia ni lo que acababa de suceder, y espantada con la sola idea del peligro que le habia amenazado y que tan oportuna y felizmente evitó Soledad con su llegada.

Entre tanto la traviesa sirviente se detenia á la puerta de la casa para escuchar á un lacayo que le decia:

—Cuidado, hermosa Soledad, que hay duendes.

—¿Dónde?

—En casa. ¿No los habeis visto?

—No.

—Pues anoche, cuando todos dormian, lo ví yo.

—Pero ¿qué vísteis?—preguntó la doncella sorprendida. Si no os esplicais...

—No lo sé,—respondió maliciosamente el lacayo;—ello es que yo tuve necesidad de bajar, y á la escasa claridad que entraba por los vidrios de la galería principal, ví á lo lejos un bulto que atravesó sin hacer ningun ruido.

—¿Hácia dónde iba?

—Hácia vuestras habitaciones.

La ardiente imaginacion de Soledad comprendió en un segundo lo que aquello significaba; pero disimulando, replicó sin detenerse:

—¿Y á eso llamais duendes?

—¿Qué podia ser, corriendo y sin hacer ruido?

—Otra persona que, como vos, hubiera tenido necesidad de salir y fuera descalza.

—Es verdad; pero...

—Á esa persona podian disgustarle las miradas de los curiosos y huir.

—¿Y por qué iba á oscuras?

—Pudo ser por dos razones: no tendria con qué encender luz ó no podria detenerse á ello.

—Estais muy enterada... Comprendo y siento no haber adivinado entonces quién era el duende.

—Pues guardaos de que Fígaro sepa que tras los duendes andais...

—Basta, hermosa Soledad: vivid tranquila, corred sin ruido, con luz ó sin ella y decid al señor Fígaro que soy su amigo mejor y deseo servirle.

El lacayo quedó muy satisfecho con las esplicaciones de Soledad, y esta se fué en busca del barbero.

CAPÍTULO XI.

Siguen las intrigas.

Soledad no perdió un instante en participar á Fígaro cuanto ocurria, sin omitir lo que la casualidad le habia descubierto al hablar con el lacayo.

—Bien,—dijo el barbero;—el asunto es menester ya mirarlo seriamente, porque si el atrevido niño ha empezado, no se detendrá hasta concluir, y en cuanto á doña Rosa, le sucederá lo que á todas las mujeres, si ha comenzado á escuchar acabará por conceder, porque la que abre los oidos no cierra el corazon.

—Buena opinion tienes de nosotras,—le replicó Soledad.

—Es que os conozco.

—Sin embargo...

—Soledad, otra vez defenderás á tu sexo: ahora no es conveniente que perdamos el tiempo en discutir ese punto.

—Callo.

—Repito que la condesa acabará por perderse, y que por

consiguiente es preciso evitarlo para que yo no me vea en el compromiso de matar al paje.

—¿Aun insistes en tu propósito de venganza si llegara el caso?

—Sí, Soledad, insisto en castigar á los que atenten contra la honra del conde.

—¿Y qué harás para evitar la desgracia?

—Hablaré á Querubin, le haré comprender que estoy resuelto á todo, y además vigilaré noche y dia.

—Así es menester hacerlo.

—Tú me ayudarás...

—Estoy tan interesada como tú, y ya ves que no me descuido. Lo que es hoy, si no llego tan á tiempo y corto al paje la palabra...

—Eso te prueba que mis temores no son infundados.

—En los ojos, en el gesto conocí á doña Rosa que estaba enteramente aturdida y que no hubiera acertado á resistir.

—Pues bien, si no andamos con mucho cuidado, en uno de esos momentos se lleva el diablo el asunto.

—Como que el niño sabe esplicarse mejor que el hombre mas esperimentado.

—¡Ya lo creo!

—¿Pues qué me dices de haberse atrevido á ir al dormitorio de la señora?

—No lo hará otra vez.

—Tienes razon, Fígaro; esto va muy de veras. Se conoce que ese diablo de Querubin se ha echado el alma á la espalda y le importa lo mismo vivir que morir.

—Gran parte de culpa tiene el conde, que con su conducta le ha dado al paje alientos, le ha hecho perder todos los escrúpulos. ¡Oh!... Querubin, que sabe cuanto pasa contigo y con otras,

habrá dicho: «¿Qué consideraciones debo guardar á un marido que anda tras las mujeres de los demas y olvida la suya?»

—Alguna razon tiene.

—Se equivoca, porque no ha llegado á comprender que el conde está enamorado de su esposa.

—¡Oh!...

—Ciegamente enamorado, te lo aseguro; el mal está en que ella no ha tenido habilidad para distraerlo, y él se ha cansado de tanto amor, simple amor sin otros atractivos, y busca lo que no encontrará. Pero sea como quiera, esto no es del caso; lo que importa ahora es evitar una desgracia horrible hasta que el paje se vaya y nos deje descansar.

—¡Pobre doña Rosa! No estraño que se haya enamorado de Querubin...

—Ni yo estraño que él se haya enamorado de ella.

—Es que el paje es tan hermoso, tan...

—Y doña Rosa un puro hechizo, y...

—¿Te gusta?—preguntó con amargura Soledad.

—Tanto como á tí Querubin.

—¡Ay, Fígaro!...

—Soledad, despacha lo que tienes que hacer.

—¿Qué te importa?

—Don Basilio no tardará y es preciso que te encuentre al paso y como por casualidad.

—Y que no faltará tampoco el talegote de la señora Anastasia.

—Así lo asegura Querubin.

—Y así lo creo.

—Mucha prudencia, si viene.

—¿Y si me provoca?

—No le hagas caso.

—Ya sabes que no tengo genio para callar...

—Pues es preciso.

—Y si me andan tentando la ropa...

—Ya cobrarás ciento por uno.

—Haré cuanto pueda. ¡Oh!... Que se ria de mí, y se relama y saboree...

—Soledad...

—Es una deshonra para quien, como yo, ha nacido y se ha criado en Triana.

—Mayor será luego tu triunfo y su tormento.

—Esa esperanza es la que ahora me hace callar y fingir.

—Nada tengo que advertirte: ya sabes lo tratado: deja en duda al sacristan, y dale á entender muy disimuladamente que no estás satisfecha de mi conducta y que mas que por amor te casas por conveniencia.

—Y tú...

—Seguiré aparentando ignorancia y torpeza, lo cual no estrañarán, puesto que harto torpe he sido hasta ahora, y entre tanto Querubin desempeñará su encargo de escuchar las conversaciones del conde y don Basilio.

—Bien: y en cuanto á doña Rosa...

—Alguien viene...

—El conde...

—Enfádate...

—No quiero sufrirte mas,—dijo Soledad, levantando la voz y fingiendo coraje.

—Mira, Soledad,—replicó Fígaro con tono de amenaza,—que si me apuras la paciencia no ha de valerte la bula de Meco, y...

—¿Quién eres para amenazarme?

—¿Te rebelas? Pues...

—¿Qué significa esto?—preguntó el conde, llegando y deteniéndose.

Soledad y Fígaro aparentaron sorprenderse y turbarse.

—¿Qué pasa?—añadió Almaviva.

—Señor conde,—dijo la doncella,—Fígaro se va poniendo inaguantable.

—Señor,—dijo el barbero,—tengo sérios motivos de queja...

—Me trata mal y...

—Soledad no es la que era, señor.

—Ya no es el Fígaro de antes...

—Todo le disgusta...

—De todo se queja...

—Se ha vuelto orgullosa...

—Es muy altivo.

—¿Quién tiene razon? Os quejais de lo mismo...

—Señor conde, Fígaro me amenaza...

—Señor, me ha perdido el respeto...

—¡Amenazar á una débil mujer!...

—Ya lo veis, señor, empieza á ser marido... ¡Oh!..... Pues como yo empiece á ser mujer...

—¿Lo estais oyendo, señor conde? Eso quiere decir mucho; eso significa...

—Soledad tiene razon: tú le has amenazado antes.

—Es claro que tengo razon.

—¡Oh!...

—Olvidad lo pasado y haya paz..... ¿Se ha levantado la señora condesa?

—Muy temprano, y salió á pasear.

—¿Ha vuelto?

—Creo que sí... no, no, señor.

—Pues avísame cuando esté en su aposento, y tú, Fígaro, busca á Querubin y dile que hoy tambien saldremos á caballo.

—¿He de acompañaros?

—Sí.

—¿Despues de almorzar?

—Por supuesto.

El conde, Fígaro y Soledad salieron por distintas puertas.

—Bien,—iba diciendo Almaviva para sí;—riñen, él hiere el amor propio de ella y... Creo que Fígaro trabaja en mi favor mas que el sacristan..... ¡Qué torpes son los enamorados, sobre todo cuando son maridos ó están en víspera de serlo! Por eso el amante se encuentra siempre la mitad del trabajo hecho por el marido, y es que este, en vez de evitar, precipita... Gracias á mi esperiencia como amante, no incurriré en ciertas torpezas como marido.

Alguien debió en aquel momento haber recordado al conde aquello de que, *el que á hierro mata á hierro muere*, y que estaba muy cerca de pagar como marido lo que habia hecho como amante.

Con cuanta ligereza le fué posible arregló Soledad el aposento de su señora y luego se asomó á una ventana y esperó con la mirada fija en el camino que daba frente á la puerta principal del edificio.

Pasó un cuarto de hora.

—Hoy deberia venir mas temprano,—dijo la doncella,—y sin embargo... ¡Ah!...

Se colocó una mano sobre los ojos á modo de visera, y examinando un bulto movible que á lo lejos se veia, añadió:

—Es él... sí...

Efectivamente, el sacristan, caballero en la mula torda, se acercaba á buen paso.

Dejó la ventana Soledad, tomó un canastillo y salió corriendo de la casa, alejándose por el mismo camino que se acercaba el organista.

Pocos minutos despues se encontraron.

Don Basilio detuvo su mula.

Soledad se paró.

Miróla atentamente el sacristan, desplegó una leve, pero maliciosa sonrisa, y echando pié á tierra dijo:

—Permite, Soledad, que te ofrezca mis respetos á pesar de la mala acogida que ayer distes á mis palabras de leal cariño.

—Buenos dias.

—Dios te los dé tan buenos como yo te los deseo. No temas que mi boca se abra hoy para hablarte de lo que ayer te disgustó tanto: el asunto quedó concluido, y nada tenemos que hablar sobre él; pero te ruego que no me mires con rencor, porque yo no hice mas que obedecer una órden, proponerte una cosa que creí te convenia y recibir tu respuesta.

—No parece,—replicó Soledad,—sino que buscais los peores momentos para hablarme, y ayer lo mismo que hoy, esperásteis á que yo estuviera de peor humor.

—¿En qué te he desagradado?

—Nada teneis que ver con mis disgustos.

—Me tranquilizo.

—¡Oh!—exclamó Soledad como si la ahogara el coraje.—Buenos sois todos los hombres.

—¡Soledad!...

—No me desdigo.

—Pero...

—Yo me entiendo.

—Presumo...

—No quiero que presumais nada, y si lo adivinais, callad porque... En fin, voy por fresas, porque la señora no las come sino cuando yo las cojo.

—Si yo me atreviera...

—¿Vais á decirme que el señor conde está enamorado de mí?

—De eso no te hablaré sin tu licencia.

—Nunca me la habeis pedido.

—Pero ayer llegó á tal punto tu enojo, me despedistes de tal manera...

—¿Se hace con nadie lo que hicísteis vos conmigo?

—¡Yó!—exclamó el sacristan con voz tan grave y sonora, que espantada la mula dió un respingo.

—Ni aunque yo fuera la mujer mas despreciable del mundo...

—Pero...

—Ni á una esclava se le trata así.

—¡Oh!...

—Para eso puede el señor conde comprar una negra.

—Esplícate, porque no acierto en qué pude ofenderte.

—¿Estoy obligada á corresponder al señor conde?

—No.

—Entonces me ofendísteis, diciéndome que habia de contestar en aquel momento...

—Veo que no distes á mis palabras el valor que tenian.

—Soy muy torpe,—replicó irónicamente la doncella.

—No; pero tomastes por despotismo, por arbitrariedad, por abuso lo que era amoroso afan. El hombre que está enamorado como el señor conde, no tiene paciencia para esperar, porque los minutos le parecen dias, los dias años y los años eternidades.

—Lástima será que enferme de tanto amor el pobrecito.

—Te juro, Soledad...

—No jureis, porque de todos modos no tengo intencion de corresponder al señor conde.

—Es que...

—Si os digo esto es para que veais que me ofendí con razon; pero no tengais esperanza, porque estoy resuelta...

—Medita, piensa, calcula...

—Lo tengo bien pensado.

—Fígaro no merece tanta fidelidad.

—Demasiado lo sé; pero al fin...

—No sabrá corresponderte ni agradecer tu sacrificio.

—Tendré paciencia.

—Convéncete de que Fígaro es...

—No digais nada que le ofenda.

—Digo lo mismo que tú.

—Cuando me acaloro se me va la lengua; pero no por eso he de consentir...

—Soledad, dejemos esa disputa y vamos á lo que importa.

—¿Otra vez á lo mismo?

—Sí, hablemos despacio...

—Tengo prisa.

—Pues que sea despues.

—Trabajo perdido: ya os he dicho que nada conseguireis.

—Sin embargo, escúchame...

—Dejadme, don Basilio, porque si me ven hablaros tanto iran á Fígaro con el soplo, y como tiene ese genio tan arrebatado es capaz de hacer una locura.

—Tienes razon,—dijo el organista, cuyo rostro palideció de miedo.

Y miró á todos lados como para convencerse de que nadie los observaba.

—Idos, pues.

—¿Pero nos veremos luego?

—¿Para qué? Repito que nada conseguireis.

—No importa, hablaremos...

—No.

—Otórgame ese favor que no te compromete.

—Adios...

—Tengo que decirte que la señora Anastasia vendrá hoy...

—Ese es otro cantar.

—¿Hablaremos?

—Despues que Fígaro salga.

—¡Dios te bendiga!

Soledad se alejó riendo y cantando con su argentina voz la siguiente copla:

Un sacristan me quiere
Y yo lo quiero,
Porque no ha de faltarme
Repiqueteo.
Y al din, din, din
De su alegre esquilon
Podré dormir.

—¡Ay!—exclamó el organista, exhalando un suspiro.—¡Si te volvieras campana de mi campanario!... ¡Oh!... Si yo fuera conde de Almaviva haria lo mismo que él... ¡Vive el cielo!... ¡No puedo trabajar por cuenta mia!... ¡Triste papel el que hago cuando bajo esta triste sotana hay un corazon mas alegre que el

esquilon de mi parroquia, cuando soy todo fuego!... Paciencia y cúmplase mi sino: para mí no han nacido mas que las mujeres feas y viejas, á pesar de que yo he nacido para enamorarme de todas las jóvenes y bonitas.

Siguió adelante don Basilio, llegó á la casa, entregó la mula á un criado, y sin detenerse subió á ver al conde, muy gozoso por el giro que tomaba el asunto que habia de sacarle de pobre.

—Creo,—dijo Almaviva apenas vió al sacristan,—que hoy sereis mas afortunado y podreis darme buenas noticias cuando vuelva de paseo.

—¿Y por qué, señor conde, presumís que ha de suceder así? ¿Acaso en veinticuatro horas puede haber tal cambio?

—En veinticuatro horas puede suceder lo que en un año no sucede.

—Es verdad, señor; en menos tiempo me encontré dueño de una mula, pasé de peon á caballero, empezó á cambiar mi posicion, ó mejor dicho, cambió completamente puesto que en lugar de apoyarme sobre mis flacas piernas me apoyé sobre las cuatro robustas patas de la torda.

—Pues bien, no desaprovecheis hoy la ocasion que se presenta y esplotad las circunstancias especiales que influyen en Soledad.

—No hay cuidado,—repuso el organista, sonriendo.

—Fígaro ha cometido la torpeza de amenazar á su novia...

—¡Oh!...

—Y á no ser por mí tal vez hubiera puesto en práctica su amenaza.

—Permitidme,—dijo el sacristan en el colmo de su orgullo,—qne me envanezca.

—¿Por qué?

—Por mi acierto... ¡Ah!... He puesto el dedo en la llaga...

—Esplicaos.

—¡Cómo conozco á las mujeres! ¡Con cuánta facilidad adivino en su rostro lo que sienten!...

—Pero...

—Acabo de hablar con Soledad...

—¡Y nada me decíais!

—No me habeis dado tiempo para ello, y por no interrumpiros...

—Para darme buenas noticias no temais interrumpirme.

—Sabed, pues, que me ha dado una cita...

—¡Ah!—exclamó alegremente el conde.

—Y que si bien sigue negando, piensa escucharme...

—Eso equivale á un triunfo.

—Lo es y grande, completo.

—Referídmelo todo... Sentaos y así hablareis con mas calma.

—Nuestra entrevista ha sido corta, señor, y poco puedo deciros.

—Pero ello es que se muestra mas complaciente.

—Le hablé de Fígaro...

—Muy bien.

—Y comprendí al instante que abrigaba un vivísimo deseo de venganza.

—Que es preciso no dejar que se entibie.

—Al contrario, se aumentará, porque me ha ocurrido la idea de tender al barbero un lazo...

—Cuidado con el barbero, que no es hombre á quien se engaña fácilmente.

—Caerá en la red, os lo aseguro, y Soledad entonces deseará mas que ahora tomar la revancha.

—Consiga yo mi deseo, y poco me importa que la impulse uno ú otro motivo.

—¿Sabeis por qué riñeron?

—Puede decirse que por nada.

—Soledad tiene celos...

—¡Oh, fortuna!

—Y como es muy vanidosa...

—Sí, sí, capaz será de todo por castigar á Fígaro con la pena del Talion.

—Lo que os tengo dicho, señor: la mujer no es mas que vanidad y pura ligereza.

—Pura belleza, direis,—replicó el conde alegremente.

—En cuanto á eso...

—¿No os gustan las mujeres?

—¡Oh!—exclamó don Basilio, cuyos ojuelos relumbraron.—¡Que si me gustan!... Ya me veis flaco y pobre... Pues así estoy por ellas, y sin haber conseguido que una sola me quiera sinceramente, solo por amor á mi persona ó á mi talento. Por eso, señor, he hecho tan profundos estudios sobre las mujeres, aunque sin sacar en limpio mas que el bolsillo.

—Creo, don Basilio,—repuso el conde, sonriendo,—que podemos contar por segura la victoria.

—¿Quién lo duda?

—Vuestro talento, vuestra esperiencia...

—Mi deseo de serviros...

—Y el estímulo de la recompensa.

—Y el de vengar las ofensas que tengo recibidas del barbero, causa de mi ruina, los sustos que me ha hecho pasar, las burlas...

—Pero sentaos...

—Gracias, señor.

—Sabeis que os trato como á un amigo...

—Sé lo mucho que me honrais,—repuso el organista;—pero no conviene que prolonguemos nuestras conferencias, porque puede sospecharse algo.

—¿Qué me importa?

—Además, deseo tomar un bocado...

—¡Teneis razon!...

—Soledad me hace hablar tanto, que el estómago se me debilita...

—Que os den de almorzar.

—¿Saldreis hoy á caballo?

—Ya he dado la órden.

—Llevaos á Fígaro...

—Se entiende.

—Y á ese demonio de Querubin...

—Tambien.

—Entonces, con vuestro permiso...

—¡Ah!..... Me olvidaba preguntaros por la señora Anastasia...

—Y yo olvidaba deciros que está dispuesta á todo.

—¿Vendrá?

—Antes de una hora la tendreis aquí con el doctor.

—Bien.

—Mucha reserva y...

—Ahora no conviene alentarla.

—Es preciso que se vuelva á Sevilla sin atreverse á dar paso alguno...

—Así lo hará.

—¿Quereis algo mas?

—Nada.

—Voy, pues, á almorzar...

—Buen apetito.

—No lo hay malo.

Don Basilio se fué y pocos momentos despues salió tambien el conde con intento de ver á su esposa.

CAPÍTULO XII.

Lo que puede suceder por olvidar el sombrero.

Cuando llegó la hora de pasear, segun habia dispuesto el conde, no se encontró á Querubin en toda la casa, ni nadie dió razon de él mas que un solo criado que dijo lo habia visto salir hacia media hora y encaminarse hácia el lado del molino.

Esta respuesta hizo sonreir maliciosamente á don Basilio y arrugar la frente al conde, mientras que Fígaro sentia un vivo placer.

—¡Oh!—exclamó Almaviva.—¿Así cumple mis órdenes ese rapaz?

—Señor,—replicó el barbero,—no ha habido desobediencia, porque no ha recibido vuestra órden: como no lo encontré...

—Pero si estuviera aquí, cumpliendo su deber, en vez de ir á pasearse...

—Es muy jóven,—dijo el sacristan,—y nada tiene de estraño que cometa esas leves faltas. Perdonadlo, porque á su edad hay poca reflexion.

—Es jóven en años; pero viejo en malicia.

—Sin embargo...

—Lo perdono por esta vez... Á caballo, Fígaro.

El conde y Fígaro cabalgaron, alejándose rápidamente hácia donde decian que habia ido Querubin.

Este hacia efectivamente mas de media hora que habia salido, y puede decirse que no sabia á dónde iba. Despues de la escena que habia tenido lugar en el jardin, el desdichado niño, trastornado, casi loco, habia vagado maquinalmente de uno á otro lado, impulsado por la desesperacion, se habia encerrado en su aposento, abatido por el dolor, y sin encontrar en ninguna parte alivio ni reposo, habia vuelto á salir para respirar el aire libre, porque se sentia medio ahogado, y quiso buscar por medio del cansancio del cuerpo el descanso del espíritu.

Una vez en el campo habia corrido sin fija direccion, gritado como un loco y maldecido su estrella como un desesperado, y dudando siempre si habia sido una fortuna ó una desgracia la aparicion de Soledad en el momento en que, sin poder dominar el arrebato de su pasion, olvidándose de todo iba á decir lo que tanto habia callado. Ya no dudaba del amor de Rosa: lo habia escuchado y comprendido y habia demostrado que las fuerzas le faltaron para obedecer al grito de sus sagrados deberes, rechazando las primeras indicaciones de Querubin.

La mujer que escucha y calla, consiente y acaba por ceder á los ruegos de amor.

Esto lo sabia perfectamente el paje, que si no tenia esperiencia, estaba dotado de un raro entendimiento.

El convencimiento de ser amado por la condesa encendió mas y mas el pecho de Querubin, y cuando su conciencia se levantaba del fondo del alma para acusarlo de ingrato y traidor, el po-

bre niño se preguntaba si le era dado apagar su pasion aun cuando para ello tuviera que imponerse el mayor de los sacrificios.

Una de las veces que esto pensaba encontrábase parado á la sombra de unos copudos olivos y cerca de una casita, blanca como una paloma, en la cual habia establecido un molino aceitero, cuyo encargado servia de guarda tambien, especialmente en la época en que no habia aceituna que moler.

Desde que el paje estaba allí no se habia quitado de una de las ventanas de la casita una jóven, á quien podrán reconocer nuestros lectores cuando sepan que era la misma á quien el sacristan habia encontrado pocos dias antes al llegar de Sevilla y le habia dado algunas bromas, llamándole Francisca, hija de Francisco.

La muchacha tenia la mirada fija en Querubin y habia tosido algunas veces como para llamarle la atencion; pero él, absorto en sus tristes pensamientos, no solo no habia reparado en ella, sino que tampoco sabia en qué sitio se encontraba.

Al fin el dolorido mancebo levantó la cabeza, y mirando por casualidad hácia el molino, vió á Francisca, cuyos hermosos ojos, estremadamente abiertos, brillaban como dos carbunclos, y cuya boca entreabierta anunciaba una sonrisa.

—¡Ah!—exclamó Querubin.—Tal vez Dios, apiadado de mí, me pone delante lo que en vano busco. ¿Quién sabe si esa hermosa criatura acabaria por enamorarme con su belleza y su inocencia?

Y sin comprender que no conseguiria mas que hacer una víctima, se acercó precipitadamente á la ventana y dijo á la jóven:

—Una hora hace, hechicera Francisca, que me tienes allí esperando verte y que la luz de tus ojos disipara las sombras que entristecen mi alma.

—¡Una hora!—murmuró Francisca, cuyo rostro se cubrió de púrpura.

—¿Lo dudas?

—¡Ay, señor Querubin!—replicó alegremente y con acento de candidez la muchacha.—Lo que es ahora no podreis defenderos si os digo que mentís.

—¿Cómo?

—Hace una hora que estoy aquí, esperando que me mireis para daros los buenos dias...

—Me estorbaba el tronco de aquel olivo y sin duda por eso no te ví.

—¿Y por qué á mí no me estorbaba para veros?

—Eso se esplica fácilmente: y sobre todo, estoy de muy mal humor.

—¿Qué os sucede?

—Te lo diré; pero no para que te rias.

—¡Yo!...

—¿Y tu padre?

—Anda por el olivar.

—¿Cazando?

—Tal vez.

—Mejor haria,—dijo para sí el paje,—en guardar del gavilan la paloma que en casa tiene. Pero en fin, todos cazaremos...

—¿En qué pensais?

—En entrar.

—Abriré la puerta...

—No es menester,—dijo Querubin, saltando ligeramente á la ventana.

—Que vais á lastimaros...

—Ya estoy dentro,—repuso el paje.

Y cogiendo una de las manos de Francisca, la besó sin darle tiempo á retirarla.

—¡Señor Querubin!

—¿Te hago daño?

—Parece que lo habeis tomado por costumbre...

—Lo mismo que tú el enfadarte.

—Es que...

—Siéntate á mi lado, Francisca, y escúchame, porque tengo que decirte cosas de mucha importancia.

—Si empezais con esas cosas...

—Para agradarte, —repuso el mancebo, —acabaré de otra manera. Siéntate, pues.

Francisca, al parecer turbada, se sentó en una de las tres ó cuatro toscas sillas que habia en el humilde aposento.

Querubin se colocó á su lado, arrojó el sombrero sobre una mesa, y con la exaltacion, no de su pasion, porque no estaba enamorado de la jóven molinera, sino de su coraje, de su despecho, exclamó:

—¡Ah!... Me estás atormentando...

—¡Señor Querubin!...

—Por Dios te ruego que no me digas señor, sino Querubin á secas.

—Como yo soy una pobre...

—Me haré molinero si así he de conseguir que me trates con mas franqueza, con mas cariño, con...

—¡Ah!...

—¿Te asusto?

—Hablais hoy de una manera...

—¿Como si estuviera loco?

—No; pero...

—Pues sí, estoy loco, desesperado, te lo juro por mi nombre y por...

—Callad.

—¡Que calle cuando tanto tengo que decirte!

—¿Pero qué os sucede?

—Que te amo...

—¡Ah!...

—Te adoro...

—Estais..... burlándoos,—replicó la jóven, cuya turbacion crecia.

—Tú eres la que te burlas de mi pasion, de mis tormentos, de mi horrible desventura...

—¡Desventurado vos!

—Sí, el hombre mas desdichado que hay sobre la tierra.

—Cuando tanto os quiere el señor conde...

—Pues yo lo aborrezco.

—¿Qué decís?

—Lo que oyes.

—¿Pues qué os ha hecho su señoría?

—Su señoría te mira mas de lo conveniente, mas de lo que yo quisiera, mas de lo que debes permitir.

—¿Y qué daño os hace con mirarme?

—Es que sus miradas tienen mucha intencion, y su intencion es perversa.

—¡Dios mio!

—Y cada vez que te mira se me enciende la sangre, rabio de celos...

—Pues no hace mas que vos, y por consiguiente...

—¿Te parece poco?

—Tiene la misma pícara manía de vos, mirarme y...

—¿Qué mas?

—Nada...

—Es que yo tambien te beso las manos.

—Y al señor conde le ha dado por besarme...

—Acaba...

—La frente...

—¡Vive el cielo!—exclamó el paje, apretando los puños.

—¡Ah!...

—¡Eso mas!...

—Me asustais...

—Francisca, salgamos de una vez de esta situacion.

—Pero como no entiendo una palabra de lo que decís...

—¿No me entiendes?

—No...

—¡Si otro te lo dijese!...

—Hoy venís...

—Decidido á que me quites ó me des la vida.

—¡Bah!...

—Te amo, Francisca, ya te lo he dicho.

—Es verdad.

—¿Entiendes lo que eso significa?

—Sí.

—Entonces...

—Me engañais.

—¡Oh!...

—¿Cómo habeis de querer á una pobre como yo?

—¿Qué tiene que ver el amor con el dinero?

—No es solo el dinero, sino...

—¿La clase?

—Eso es.

—Tú, siendo molinera, puedes ser, como eres, mas hermosa que la condesa.

—¡Oh!

—Y yo, que no miro la piedra del molino, sino tu cara, puedo enamorarme de tí.

—Pero...

—La duda me mata: dime si me quieres...

—¿Para qué?

—Para amarnos, para ser felices, tan felices...

—Y cuando os volvais á Sevilla...

—Vendré á verte.

—Allí que hay...

—Donde tú no estás no hay nada.

—Dicen que allí las mujeres...

—Me parecen horribles, acordándome de tí.

—Pero como me olvidareis...

—¡Olvidarte!

—¿Qué ha de suceder?

—¡Olvidar cuando se ama como yo!...

—Sí, porque no solamente os ireis á Sevilla, sino que tambien vais á ser soldado...

—Alferez.

—Eso es, así dicen...

—Y luego capitan.

—¡Oh!...

—Y tú serás capitana.

—Cuando digo que os burlais, —replicó Francisca, sonriendo.

—¿Por qué?

—¡Yo capitana!...

—Sí; porque una capitana se hace de una mujer.

—Pero un capitan no quiere por mujer á la hija de un pobre molinero... del guarda de un molino, que es menos todavía.

—Lo que yo quiero es una mujer bonita, y lo mismo me importa que se haya criado entre aceitunas que entre confites.

—Eso es broma.

—Tan cierto es, que si quieres nos casaremos.

—¡Oh!...

—Aunque no podrá ser hasta dentro de tres ó cuatro meses.

—¡Cuatro meses!—repitió la jóven, que estaba ya enteramente aturdida.

—¿Te parece largo el plazo?

—No, porque como soy jóven...

—Podremos adelantar la boda...

—Tengo mucha paciencia y...

—Entonces...

—Es decir, que... para san Juan...

—Has ajustado bien la cuenta.

Francisca, colorada como una amapola, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó pensativa.

—Espero tu respuesta,—dijo Querubin, mirándola fijamente.

—¿Pues no os he contestado?

—No.

—Os he dicho...

—¿Que me amas?

—Ya lo sabeis...

—¡Ah!...

—Pero dejadme...

—Estoy loco de alegría...

—Por todo os volveis loco y...

—Es que tanta dicha...

—Yo os quiero mas cuerdo.

—Seré todo lo que quieras,—replicó el paje;—pero ámame como yo á tí.

—Y mas aun.

—Pero cuidado con el conde.

—¿Otra vez?

—Sus miradas...

—¿Puedo prohibirle que me mire?

—Pero puedes evitar que te bese.

—¡Oh!... No lo hará otra vez, porque le diré que sois mi novio...

—No hagas semejante cosa.

—¿Por qué?

—Tendria celos.

—¡Un hombre casado!...

—Pues casado y todo te ama.

—¡Dios mio!

—Se vengaria, echándome de casa.

—Callaré.

—Y no me nombrarian alferez, ni llegaria por consiguiente á ser capitan. Nos amaremos; pero lo ignorará todo el mundo hasta san Juan.

—Eso es... ¡Ah!—gritó Francisca, levantándose y corriendo á la ventana al oir pisadas de caballos.—¡El señor conde!...

—¡Vive Dios!...

—Véte...

—No quiero encontrarlo...

—Entrará y...

—Me esconderé.

Querubin se levantó y de un brinco se metió en el dormitorio de Francisca, cuya puertecilla estaba cubierta con una cortina de tosco lienzo.

El conde, acompañado de Fígaro, acababa de llegar á la puerta de la casa, y mientras se apeaba del caballo, cuyas bridas tomó el barbero, gritó:

—Francisca, Francisca.

—Señor,—respondió la muchacha, temblando y pálida como la cera.

Y abrió la puerta.

—¿Y tu padre?—le preguntó Almaviva entrando.

—Ha salido...

—¿Qué te sucede?

—Nada...

—Tiemblas...

—Es que... he corrido... para abrir...

—Estás turbada...

—No... señor...

—¿Quién ha venido?

—Nadie.

—Me engañas.

—Señor...

—Di la verdad,—replicó el conde, clavando una penetrante mirada en la jóven.

—Nadie...

—No es verdad.

—Aseguro... á vuestra señoría...

—Estás agitada, no aciertas á hablar.

—Como... habeis llegado... tan de repente...

—Siempre llego así. ¿Envio nunca un correo que me anuncie?

—Pues...

—Algo debe haberte sucedido; esa palidez, ese temblor...

Francisca no supo qué decir.

—¿No me respondes?

—Vamos, sosiégate, que no pienso enfadarme; al contrario,—repuso el conde, intentando coger las manos de la muchacha.

Esta retrocedió y entonces reparó en el sombrero de Querubin, que habia olvidado, lo cual aumentó su turbacion.

—¿Huyes de mí?

—No, señor...

—Nunca te he visto como hoy.

—Es que,—repuso Francisca, dando un paso hácia la mesa con intencion de ponerse delante del sombrero,—no sé...

Empero su evolucion la perdió, porque volviéndose hácia el mismo lado el conde, vió el sombrero y lo conoció al instante.

Una exclamacion de rabia estuvo á punto de escaparse de los labios de Almaviva; pero se contuvo, y disimulando dijo:

—Francisca, todo te lo perdono si me dices la verdad; pero si mientes...

—¡Oh!...

—Ten en cuenta que nada me es mas fácil que averiguar lo que te ha sucedido.

—Nada, señor.

—Y si alguien ha estado aquí y me lo ocultas, probarás que obras con malicia.

—He dicho... la verdad...

—¿No ha estado aquí mi paje?

—¿El paje de?...

—Mi paje, Querubin.

—No, señor...

—Mientes.

—¡Ah!...

—Lo he visto...

—Pero...

—Estás provocando mi enojo...

—Sí... sí... es verdad...

—¿Vino?

—Llegó á la puerta...

—Entró.

—Un momento... No me acordaba...

—Pronto lo habias olvidado.

—Sí...

—No le sucederá lo mismo á él.

—Tal vez...

—Tiene buena memoria... Por eso se acuerda del camino que conduce aquí, aunque, como tú, suele olvidarse de sus deberes...

—¡Ah, señor!...

—Y abandona la casa sin mi licencia como si no fuera un criado...

—Eso... lo ignoro...

—Pero no ignorarás dónde se encuentra ahora, porque te habrá dicho á dónde va...

—No me lo ha dicho, señor.

—Lo habrás visto irse, y lo mismo es para el caso.

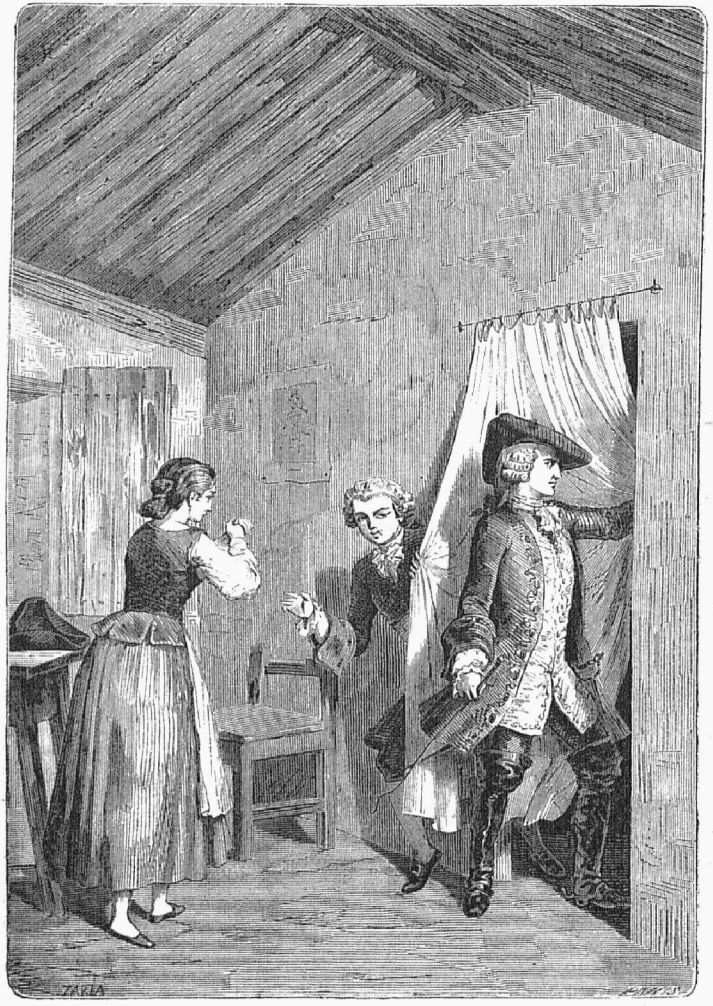
—Tampoco.

—¿Dónde está Querubin?

—No lo sé.

—¿Otra mentira?

—Señor...



LAMINA 12.—¡Salid, vive el cielo!..... Una luz.....

—Verás como yo lo encuentro,—repuso el conde, sonriendo con amargura.

Y acercándose á la alcoba, levantó la cortina y añadió:

—Salid, señor Leon Querubin de Astorga y Meneses.

Francisca dejó escapar un grito de espanto y quedó inmóvil.

Querubin comprendió lo que habia sucedido, porque se acordó del sombrero.

¿Qué iba á ser de la infeliz muchacha?

—¡Oh!—dijo para sí el paje.—Mi sombrero en la mesa, yo aquí y ella pálida, agitada... ¿Quién creeria en la honra de esa pobre criatura?... ¡Por el infierno!... Preciso es salvarla.

—Salid pronto,—volvió á decir el conde, viendo que el mancebo no se presentaba ni respondia.

Y como tampoco le contestaron, con acento que bien claramente demostraba su enojo, añadió:

—¿Teneis la ridícula pretension de engañarme? ¡Oh!... Es en vano que os oculteis, señor libertino, porque aquí está vuestro sombrero... ¡Por quien soy!... ¿No salís?... Entraré á sacaros de una oreja, miserable rapaz..... ¡Pronto!..... ¡Voto al mismo Satanás!...

La alcoba estaba enteramente oscura, porque no tenia ninguna ventana.

El conde, fuera de sí, con la mano izquierda levantó la cortina hácia el interior de la alcoba, de manera que vino á quedar sobre su cabeza al adelantar el primer paso, y estendiendo el otro brazo, gritó:

—¡Salid, vive el cielo!... Una luz...

En aquel momento la cortina se levantó hácia afuera por el otro lado, y Querubin, encogido, silencioso y sonriendo con aire de triunfo salió de la alcoba.

Poco faltó para que exhalase otro grito Francisca; pero el paje le impuso silencio con un gesto, y antes que Almaviva retrocediese, atravesó velozmente la estancia y salió de la casita, diciendo al paso á Fígaro:

—No me habeis visto.

El barbero, que habia oido las voces y movido por la curiosidad se habia acercado á la puerta, enterándose de todo, respondió con una señal afirmativa de cabeza, como indicando que comprendia el juego.

—¡Una luz!... ¡Pronto!—repitió el conde, volviendo atrás y clavando en Francisca una terrible mirada.

—Voy al instante..... Perdone vuestra señoría..... Al momento...

La jóven entró precipitadamente en otro aposento, volviendo á poco con un candil encendido.

La pesquisa no dió ningun resultado.

El conde no encontró en la alcoba mas que la cama, y avergonzado del papel ridículo que acababa de hacer, no dijo mas que,

—¿Cómo está en la mesa ese sombrero?

—Lo traia en la mano el señor Querubin... se quejaba de calor... ahí lo echó al entrar... y como es tan aturdido...

Almaviva salió sin atreverse á mirar á Francisca; montó á caballo y partió como una centella.

CAPÍTULO XIII.

Lo que puede hacer un marido en favor de su rival.

Á Rosa le habia sucedido lo mismo que á Querubin; despues de la escena del jardin, habia quedado su espíritu en tal estado de dolorosa agitacion que en ninguna parte ni con nada encontraba alivio.

Creyó que sola, dando á sus lágrimas libre curso se calmaria su tormento, y para que nadie la interrumpiese pretestó un fuerte dolor de cabeza y ordenó que la dejasen para dormir un rato por si el sueño aliviaba su fingido mal.

El conde habia respetado los deseos de su esposa, y como ya hemos visto, salió á pasear.

Rosa se convenció de que ni la soledad ni el llanto eran eficaz remedio para su mal, y como el paje, pensó si le seria posible entibiar, ya que no estinguir la pasion fatal que la atormentaba, haciendo todos los esfuerzos imaginables para amar como en otro tiempo á su marido.

—¿Por qué,—dijo,—no he de conseguirlo? Sufriré sus frios desdenes, y tal vez mi constancia en mostrarme con él cariñosa haga renacer su antigua ternura, cuyo trueque en desvío fué la causa de que ocupara mi pensamiento el desdichado Querubin.

Habia visto tan de cerca el peligro aquella mañana y le horrorizaba tanto la idea de verse otra vez en él, que se decidió á poner en práctica su plan y mandó que le avisasen cuando volviera su esposo, para salirle al encuentro como hacia en tiempo mas feliz.

Rosa se equivocaba lo mismo que el paje.

Solo cambiando la situacion hubieran podido mitigarse sus sufrimientos: tal vez la ausencia habria remediado el daño; pero esto no lo consideraban ellos un remedio, sino un nuevo mal, la última y mas horrible desgracia.

Rosa se dirigió, pues, al aposento del conde apenas le avisaron que este acababa de llegar, y no advirtió que el paje lo seguia desde lejos, sin duda con intencion de escuchar el diálogo que iba á entablarse entre los esposos.

El travieso mancebo se aparecia en todas partes tan oportunamente, era tan sagaz y disimulado, que para él no habia ningun secreto y podia, por consiguiente, burlarse de todos sin que nadie pudiera acusarlo.

Apenas se habia dejado caer el conde en un sillon, mas que cansado, atormentado por el terrible golpe que habia sufrido su amor propio, se presentó la condesa, y esforzándose cuanto pudo para sonreir, se acercó á su esposo y le dijo:

—Fadrique, buenos dias. Te esperaba con afan, porque como hoy no te habia visto...

—Buenos dias, condesa,—respondió friamente Almaviva.

—¿Estás malo?—repuso la jóven con acento cariñoso.

—No,—dijo el conde con la misma indiferencia y variando de posicion.

—Parece...

—Cansado y...

—Algo te ha sucedido..... No me lo ocultes, Fadrique, porque lo dice tu semblante,—repuso Rosa, sentándose.—Estás pálido y...

—Desengaños... Pero en fin, no es nada particular, porque esto se encuentra todos los dias y en todas partes.

—Bien, pero...

—Una ingratitud. ¿Es cosa rara entre los hombres?

—No, por desgracia.

—Ese niño que me debe todo lo que es y lo que será...

—¿De quién hablas?—preguntó Rosa, estremeciéndose.

—De mi paje, de Querubin...

—¡Ah!...

—No te intereses por él, no me pidas su perdon porque será en vano: son ya muchas sus locuras y mi indulgencia no ha hecho mas que alentarle.

—Es un niño...

—Pero un niño capaz de hacer mas que un hombre, un niño que nada respeta, que tiene malos instintos...

—¡Fadrique!

—No te sorprenda lo que digo. Es malo, perverso el que con la mayor sangre fria lleva la deshonra y el llanto al seno de una familia honrada y pobre, pero que es feliz con su pobreza y sus virtudes.

—¿Y Querubin?...

—Ha intentado hacerlo... ó lo ha hecho. ¿Quién sabe?—replicó el conde con amargura.—El tiempo lo dirá.

—Parece imposible...

—Sin embargo, es cierto.

—Advierte que Querubin tiene muchos enemigos envidiosos...

—Hablo de lo que yo he visto: nadie me ha engañado.

—¿Y ese crímen?...

—Consiste en abusar de la inocencia, candidez y aun falta de entendimiento de una pobre niña que no tiene en el mundo mas que su virtud y el cariño de su infeliz padre.

Rosa palideció.

—¡Oh!... Eso es horrible...

—¿Puede eso calificarse de travesura de niño?

—¿Y quién es la jóven, objeto de ese atentado?

—La hija de Francisco el molinero...

—¡Francisca!...

—Sí.

—¡Ah!—murmuró la condesa, que apenas podia hablar.

—Esa honrada familia depende de mí, habita en mi misma casa y tiene derecho á mi proteccion porque me sirve lealmente.

—¿Quién lo duda?

—Pues bien, yo que tengo el deber de mirar por su honra como ellos por mis intereses, no consentiré que se cometa semejante abuso, si es que ya no se ha cometido.

—¿Pero cómo has averiguado?...

—Hace algun tiempo que yo tenia sospechas, y hoy llegué al molino, encontré sola á la muchacha, y como advirtiese en ella una inequívoca turbacion, quise averiguar lo que sucedia.

—¿Y qué hicistes?—preguntó afanosamente Rosa.

—Le pregunté si habia visto á Querubin y me respondió negativamente; pero una mirada me probó la mentira, pues sobre la mesa estaba el sombrero de mi paje.

—¡Ah!—exclamó la condesa, horriblemente atormentada por los celos.

—Supuse entonces que el miserable debia estar escondido en la habitacion inmediata; entré en ella, lo llamé en tanto que Francisca, mas turbada cada momento, apenas podia sostenerse de pié; pero sin duda el seductor habia huido al sentir las pisadas de nuestros caballos, que hacian bastante ruido porque iban al trote, y me encontré burlado y haciendo el mas ridículo papel delante de la muchacha.

—Preciso es,—dijo Rosa, arrebatada por la ira de los celos,—preciso es que el paje salga de casa al momento..... hoy mismo...

—Te aseguro, Rosa, que si no temiera la murmuracion, que me acusaria de cruel, Querubin dormiria en Sevilla esta noche.

—¿Puede ser mas justa la causa de tu enojo?

—Pero no puede darse á conocer esa causa, porque seria poner en duda la honra de Francisca, que quizás se conserve todavía sin mancha, y su infeliz padre, que no tiene otra hija ni otra afeccion, que no tiene otra riqueza, se moriria de pesar.

—¿Y cómo has de evitar que suceda esa desgracia?

—Buscaré algun medio...

—Es bastante atrevido Querubin para desobedecerte si le prohibes ir al molino; y si lo vigilan...

—Vale bastante para burlarse de sus vigilantes.

—Entonces...

—Recomendaré á Francisco que cuide de su hija, indicándole el peligro que le amenaza, y al libertino rapaz le haré comprender que es la última falta que le perdono.

—La mitad de mi vida,—dijo Rosa para sí,—daria yo porque ese miserable niño me escuchase ahora.

Y acercándose al conde, le dijo con acento cariñoso:

—Fadrique, ese rapazuelo no merece la pena de que te incomodes; su ingratitud le hace acreedor á tu desprecio. No lo tengas á tu servicio, que un criado desleal es un enemigo temible, y si hoy atenta contra la honra y la felicidad de esa pobre familia, mañana atentará contra la tuya con cualquiera traicion.

Rosa habia conseguido lo que queria, se habia vengado de la manera mas cruel; sus palabras habian desgarrado el alma del desdichado niño, que seguia oculto tras el tapiz de la puerta, escuchando la conversacion de los esposos.

Momentos hubo en que la luz huyó de los ojos del paje, y su sangre, en fuego convertida, afluyó toda á su cabeza, produciéndole el mas completo trastorno. Solo un espíritu tan fuerte como el de aquella criatura hubiera podido resistir tan rudas y dolorosas emociones. Sin poder apenas respirar, dominado por un vértigo de celos y de rabiosa ira, oprimióse el pecho y las sienes con toda la fuerza de su desesperacion y su dolor, y dudó algunos momentos entre alejarse de allí ó entrar en el gabinete para echar en cara al conde toda la fealdad de su ruin hipocresía y anonadar á Rosa con una terrible acusacion. Empero detúvole, no el temor de perder la vida, que le era odiosa en aquellos momentos y siempre indiferente, sino su fatal pasion, que lo contuvo con fuerza mas poderosa que la de su orgullo y sus celos para arrastrarlo á la venganza.

La condesa siguió hablando á su esposo con mas ternura cada vez, fingiendo un cariño que estaba muy lejos de sentir.

El paje no pudo ya contenerse, y para no alejarse de allí ni promover un escándalo que hubiera perdido para siempre á Rosa, pensó interrumpir la conversacion que tan horriblemente le atormentaba.

Hizo un sobrehumano esfuerzo para aparecer algo tranquilo, limpió el sudor que bañaba su pálido y desfigurado rostro, y como si llegase en aquel momento, movió la cortina y dijo:

—Señor conde...

—¿Quién es?

—Yo, señor,—repuso Querubin, entrando en el gabinete.

—¿Qué quereis?—le preguntó con aspereza Almaviva.

—Me han dicho que me llamábais...

—Sí; pero no debiérais haberos atrevido á presentaros delante de mí. ¡Oh!... Bien probais vuestra audacia.

Querubin hizo un gesto de sorpresa y miró alternativamente al conde y á Rosa; pero esta, volviendo desdeñosamente el rostro al opuesto lado, permaneció silenciosa.

—Señor,—dijo el paje, esforzándose mas y mas para que su semblante no revelara lo que sentia,—ignoro en qué he faltado, y por consiguiente he venido tranquilo y sin esperar el duro recibimiento que me haceis.

—¡Ignorais vuestra falta!... ¿Quereis que os diga cuál es?

—Lo deseo, señor, por si algun error...

—¿Mio?

—¿Quién sabe?

—Os aseguro que no me equivoco ahora.

—Entonces habré pecado inocentemente.

—¿Nada os dice vuestra conciencia?

—Nada, señor conde,—respondió el mancebo, desplegando una leve, pero amarga sonrisa.

—¡Oh!...

—Mi conciencia duerme tranquila...

—Ya se conoce que duerme, y que su sueño debe ser harto pesado.

—Pluguiera al cielo, señor, que nunca me hubiera aconsejado mi conciencia ó que yo hubiera desoido sus consejos. ¡Ah!..... ¡Cuántas amarguras, cuántos espantosos tormentos me hubiera evitado!

—Mucho os sublimais para quien sois,—dijo el conde con acento de desprecio.

—Señor conde, el alma del pobre es como la del rico, la del noble como la del plebeyo, un soplo del Omnipotente, y como hija suya puede siempre sublimarse, ya more en el cuerpo de un señor como en el de un esclavo.

—Esas filosóficas lecciones...

—No hago mas que esplicar mi conducta.

—Bien, bien...

—Soy vuestro criado, lo sé; pero en tanto que la mancha de un crímen no selle mi frente, no me avergüenzo de mi posicion, me considero grande como hombre aunqne sea muy pequeño como miembro de la sociedad.

—Mucho habeis aprendido á tan corta edad.

—Señor...

—Y si eso solamente hubiérais estudiado...

—Algo mas sé.

—Fingir una virtud que no teneis, unos sentimientos que desconoceis, una nobleza de alma que no abrigais...

—¡Oh!—murmuró el desdichado niño, apretando los puños hasta clavarse las uñas y hacer saltar la sangre.

—Sí, estais fingiendo, porque mientras hablais de conciencia y de virtudes tendeis un lazo infame á la honra de una niña inocente sin respetar su debilidad ni su candidez, sin que despierte vuestra dormida conciencia al pensar que vais á abrir en el corazon de un padre la mas dolorosa herida.

—¡Oh!—exclamó arrebatadamente Querubin.—Quien tal haya dicho es un ruin impostor.

Rosa fijó en el paje una mirada escudriñadora.

—¿Y quien lo haya visto?—repuso el conde con ironía.

—Ciego estaba y lo imaginó, ó la envidia turbó sus ojos, haciéndole ver lo que no existia.

—Ni estaba ciego ni envidiaba nada.

—Entonces... miente el villano,—replicó enérgicamente el paje.

—¡Oh!... Pensad lo que decís.

—Dicho está, señor...

—¡Tanta audacia!...

—¿Quién es esa mujer, cuya honra he querido manchar?

—¿Dónde habeis estado?

—En el olivar...

—¿Á quién habeis visto?

—Á la hija del molinero...

—Eso es, con ella estábais cuando sentísteis las pisadas de nuestros caballos, y como vuestra intencion no era buena, huísteis para que yo no os encontrase allí.

—¡Huir!

—Y con tal precipitacion, que os olvidásteis ó no tuvísteis tiempo para recoger vuestro sombrero.

—¡Ah!—exclamó Querubin, dando á su rostro una espresion casi burlona.—Si no me contuviera el respeto que os debo...

—¿Qué haríais, atrevido rapaz?—interrumpió el conde, poniéndose de pié con ademan amenazador.

—Reirme... pero no lo hago.

—¡Oh!...

—¿Merece mi sombrero los honores de una discusion séria?

—Señor Querubin...

—Señor conde, yo llevaba en la mano el sombrero; llegué al molino, entré y lo eché sobre la mesa al dar los buenos dias á Francisca y preguntarle por su padre. Ella me respondió y salí sin detenerme, olvidando la prenda que dejaba y que no eché de menos en largo rato, porque iba distraido, como sabeis que me sucede con frecuencia.

La esplicacion era sencilla y estaba conforme con la que habia dado la muchacha.

Rosa, aunque poco, se tranquilizó; pero siguió fingiendo la misma indiferencia, abrió el relumbrante abanico que llevaba y se puso á mirarlo como si se distrajese contando las lentejuelas con que estaba bordado.

—¿Qué tiene esto de particular?—añadió el paje.—Entrar en el molino no es un crímen ni cosa que deba llamar la atencion de nadie, y el olvido del sombrero nada prueba mas que..... un olvido...

—Basta, pues.

—¿Sabeis ó habeis visto algo mas?

—Basta os digo, porque no necesito vuestras esplicaciones para juzgar.

—Señor, me tranquilizo con la esperanza de que cuando mediteis...

—Tranquilizaos si teneis intencion de obedecerme.

—Siempre he cumplido vuestras órdenes...

—Os prohibo volver al molino...

—No volveré.

—Y hablar con Francisca...

—Huiré de ella.

—Así alcanzareis tal vez mi perdon...

—¿No me habeis perdonado aun?

—No.

Querubin, con intento de averiguar el efecto que sus esplicaciones habian producido en Rosa, volvióse hácia ella y le dijo con tono suplicante:

—Señora condesa, dignaos interceder en mi favor...

—Respetad,—contestó Rosa, levantándose y sin mirar al paje,—respetad las órdenes de vuestro señor.

Y dirigiéndose hácia la puerta á la vez que miraba á su esposo con cariñosa ternura, añadió:

—Fadrique, voy á tocar tus composiciones favoritas... ¿Quieres oirme?... Te espero en el salon azul...

Querubin sintió palpitar su corazon como si fuera á romperse en mil pedazos.

Rosa desplegó una dulce sonrisa y abrió y cerró el abanico con inimitable gracia.

Empero el conde, volviendo á sentarse, dijo friamente y sin mirar á su esposa:

—Gracias, condesa... Estoy... cansado...

Entonces sonrió el paje.

La condesa palideció de ira y salió del gabinete, apretando con tal fuerza el abanico, que lo hizo pedazos.

—Dejadme,—dijo Almaviva á Querubin.

Este salió, corriendo como un loco á su aposento, y dejándose caer en la cama, se oprimió fuertemente las sienes y quedó inmóvil.

No podia sospechar el conde toda la importancia de aquella escena ni el tristísimo papel que habia hecho, sirviendo alternativamente de instrumento de venganza de su mujer y su paje.

¿Cuáles serian las consecuencias de lo que acababa de suceder?

Probablemente las peores.

Rosa, herida por el conde en la parte mas sensible de su amor propio, no hubiera vacilado en aquellos momentos en vengarse á costa de su honra.

Querubin, no menos herido con los ultrajes que acababa de recibir del conde, tampoco hubiera titubeado entonces para vengarse sin que lo atajaran consideraciones de nobleza ni gratitud.

Afortunadamente, aunque sin conciencia de lo que hacian, huyeron el uno del otro y no tuvieron la ocasion de verse y hablarse en momentos tan peligrosos.

Sin embargo, el conde estaba cada vez mas convencido de que era un marido modelo; pero ocupándose mas que de todo de la cuestion del paje, decia:

—No me conviene en casa este muchacho, porque si da en perseguir á todas las mujeres bonitas, no sé lo que va á quedarme para distraerme en este desierto. No hay bastante caza para tantos cazadores, sobre todo siendo estos tan listos como el travieso rapaz. Afortunadamente, con respecto á Soledad me dejará tranquilo, si no por respeto á mí, porque ignora mis pretensiones, por miedo á Fígaro.

CAPÍTULO XIV.

Fígaro empieza á tomar una parte activa en el asunto de los amores de Rosa y Querubin.

Cuando terminaba la anterior escena, don Bartolo y la señora Anastasia llegaban á la puerta del edificio, cubiertos de polvo y con rostros que demostraban su disgusto.

Cabalgaba el doctor en una mula parda, respingona y asustadiza, que cada cinco minutos ponia en peligro la vida de su ginete, y el ama de gobierno iba acomodada entre unas jamugas y sobre la albarda de un jumento sucio que se arrodillaba cada cien pasos.

El dueño de las bestias, que eran alquiladas, sostenia que si la mula se espantaba de cualquier bulto era porque estaba demasiado bien mantenida y tenia sobra de fuerzas, y que el tropezar y arrodillarse el jumento no era debilidad, sino retozo efecto de sus pocos años, pues aun era pollino.

—¡Gracias á Dios!—exclamó don Bartolo, apeándose y limpiándose el sudor que bañaba su amoratado rostro.—Creí no llegar vivo... ¡Maldito animal!

—¡Ay!—dijo la señora Anastasia cuando se vió en el suelo.—Estoy molida... Ese condenado borrico me ha tirado dos veces, y si no he caido ciento ha sido por milagro de Dios.

No sin razon se quejaban: tres horas de camino en tan malas cabalgaduras, con mucho polvo y no menos calor, era bastante para estropear á dos viejos.

El sacristan, que esperaba afanosamente, salió á la puerta y saludó á los recien llegados.

—Subid,—les dijo:—ya temia que no viniéseis, porque á la hora que es...

—Qué quereis,—respondió el doctor,—esos alquiladores son unos tunantes, no nos llevaron las caballerías hasta las nueve de la mañana, y además, como la señora Anastasia se empeñó en venir, hemos tenido que traer un paso de tortuga...

—Me empeñé en venir porque me convenia,—replicó el ama de gobierno, abanicándose.—¿Lo entendeis? Pues bien...

—Anastasia...

—Es que...

—No empeceis; mirad que estais en casa ajena...

—Eso es, me echais la culpa de todo y no quereis que responda.

—No quiero que alboroteis.

—Don Bartolo, cuidado con lo que decís...

—Vamos, subid,—interrumpió el sacristan.

El doctor hizo un gesto de resignacion y empezó á subir, mientras que el ama de gobierno, quedándose atrás, preguntó en voz baja al organista:

—¿Qué hay?

—Hablaremos en Sevilla,—respondió el sacristan con misterioso tono.—Por hoy no es prudente que deis ningun paso...

—¿Pero qué sucede?

—Callad... nos observan...

—¿He perdido el viaje?

—Al contrario.

—No os entiendo.

—Ya me entendereis y me dareis las gracias, porque nunca ha estado vuestro asunto en tan buen estado.

El ama de gobierno miró con desconfianza al sacristan y repuso:

—Á enredo me huele cuanto decís, don Basilio, porque...

—¡Señora Anastasia!

—Veremos.

Callaron y á los pocos momentos se encontraron en las habitaciones del conde.

Fígaro les salió al encuentro.

—¡Mi querido don Bartolo!—exclamó.

—Sí,—replicó el médico,—querido como un dolor de muelas.

—En nada habeis variado, sois mi perpétuo acusador...

—Y tú el hablador embustero de siempre.

—Señor Fígaro,—dijo el ama de gobierno, poniéndose delante del barbero,—buenos dias... Ya que vos no me los dais...

—No os habia visto, perdonad... Me alegro de encontraros tan gorda...

—Nunca me he parecido al bacalao.

—Por eso os conservais tan fresca...

—Entiendo... ¡Ay!...

—Nadie diria la edad que teneis.

—¿Soy acaso alguna vieja?... ¡Bah!...

—Vamos, vamos,—interrumpió don Bartolo.—¿Y el señor conde?

—En su cámara; pero no podeis verlo.

—¿Por que?

—Porque no quiere recibir á nadie, le duele la cabeza...

—Pero á mí...

—Tampoco.

—Lo curaré.

—Se cura con el silencio.

—¡Fígaro!...

—No griteis, que á su señoría le duele la cabeza.

—¿Te atreverias á estorbarme el paso?

—No será menester, porque vos no os atrevereis á pasar sin licencia del señor conde.

—Señor Fígaro,—dijo el sacristan, que hasta entonces no habia tomado parte en la cuestion,—la prohibicion no puede rezar con el señor don Bartolo.

—¿Quereis convenceros?

—Sí.

—Le pasaré recado...

—No me fio de tí...

—Á propósito... Aquí teneis un criado que entrará,—dijo el barbero, deteniendo á un sirviente que acertó á pasar por allí en aquel momento.—Antonio, decid á su señoría que don Bartolo y la señora Anastasia acaban de llegar y desean verlo.

El criado obedeció.

—Ahora verás, intrigante...

—Os veré volver la espalda.

—Si tal sucediera...

—Tendríais paciencia, señor doctor, porque el señor conde os paga para...

—¡Fígaro!...

—Silencio... aquí está Antonio.

—Su señoría,—dijo este al médico,—no puede recibiros ahora. Tal vez mas tarde...

—¡Oh!...

—Le duele la cabeza.

—Vamos,—replicó la señora Anastasia;—veremos á doña Rosa...

—Sí, sí,—repuso el doctor.

Y acompañados del sacristan se alejaron mientras Fígaro sonreia burlonamente.

Cuando llegaron á la antecámara de la condesa, Soledad les salió gravemente al encuentro.

La señora Anastasia hizo un gesto horrible, y el doctor clavó en la doncella una mirada amenazadora.

—¿Á dónde vais?—preguntó Soledad con desdeñoso tono.

—¿Qué os importa, entrometida?—replicó el ama de gobierno.

—Vamos á ver á Rosita.

—¿Rosita?—repitió la sirviente como queriendo recordar algo.—Aquí no hay ninguna Rosa..... Sin duda os habeis equivocado.

Y haciendo una reverencia que era una despedida, se dejó caer lánguidamente en un divan.

—¿Puede sufrirse esto?—gritó fuera de sí la señora Anastasia.—¡Miren la señora estropajo qué tono se da!

—No levanteis la voz, buena mujer,—repuso Soledad tranquilamente.

Y se recostó con el aire de una gran señora en un momento de fastidio.

—¡Me llama buena mujer!...

—¿Es alguna ofensa?

—Buen demonio que te lleve,—replicó el ama de gobierno, levantando el abanico con amenazador ademan.—Pues como se me suba la sangre á la cabeza...

—Señora Anastasia,—interrumpió don Bartolo,—no os alteréis, que yo haré comprender á esa insolente el respeto que se me debe.

—Retiraos y...

—Quiero ver á la condesa...

—¡Ah!—exclamó la sirviente con fingida sorpresa y desplegando una ligera sonrisa.—Si os hubiérais esplicado así desde el principio...

—¿Te burlas?

—¿Con que deseais ver á la señora condesa de Almaviva?

—Sí.

—No recibe.

—¿Qué dices?

—Que la señora condesa no recibe, porque le duele la cabeza... ó porque no quiere.

—Esa órden no me comprende.

—Á todo el mundo.

—Soy su médico...

—No os necesita.

—Me ha mandado llamar...

—Ahora os manda volveros.

—Soledad, avisa á la condesa y...

—Por complaceros haré que le pasen recado,—repuso la doncella.

Y levantando lánguidamente un brazo, tiró del cordon de la campanilla.

Otra criada se presentó.

—¿Quién llama?—preguntó.

—María,—dijo Soledad,—entra y di á la señora condesa que ha llegado su médico... y tambien la criada de este...

María obedeció mientras la señora Anastasia, ciega de ira, exclamó:

—¡Oh!... ¡Y me llama criada!...

—Perdonad si os he equivocado... ¿No sois la criada del doctor?

—Desvergonzada fregona, ¿te has figurado que eres la condesa?

—¡Anastasia!—dijo el doctor.—Sosiégate, ya llevará su merecido esa muchacha.

—Es verdad: no pasará mucho tiempo sin que la vea á mis piés, implorando mi clemencia.

—*Pax vobis*,—dijo el sacristan con grave acento.—Cada uno quedará en su lugar. Ahora deponed vuestro enojo, olvidad vuestros antiguos rencores.

María salió del aposento de Rosa.

—La señora condesa,—dijo,—no puede recibiros ahora. Si no teneis prisa y quereis esperar hasta la hora de comer, tal vez entonces...

—¡Tal vez!—repitió el doctor.

—Podeis,—repuso la sirviente,—entretener el tiempo en pasear por el jardin...

—Hemos paseado bastante.

—Sinó, volved mañana.

—¡Otro viaje!

—Así me lo ha dicho la señora condesa... Haced lo que gusteis.

—¡La señora condesa!—repitió el ama de gobierno con burlona ironía.—¿Quién habia de decirle?...

—¡Maldita lengua!—interrumpió don Bartolo.—Vamos al jardin...

—Estoy molida...

—Allí nos sentaremos,—repuso el doctor, dirigiéndose á la puerta con don Basilio.

—Tendreis que sostenerme,—dijo la señora Anastasia, apoyándose en el brazo del médico.

—¡Anastasia!

—¿Os incomodo?

—¿Qué dirán?

—Que sois galante.

—Pueden formar juicios...

—No importa.

—¡Oh!....

—Vamos,—replicó el ama de gobierno, abanicándose con toda su fuerza.—¡Uf!... Estoy ardiendo.

El organista exhaló un suspiro y dijo:

—Yo tambien.

Los dejaremos pasear, riñendo y haciendo comentarios sobre lo que acababa de sucederles, y volveremos al aposento de Querubin, á quien dejamos en su lecho.

Así permaneció el doncel largo rato, sin dar señales de vida mas que por el ruido de su agitada y desigual respiracion, y tal vez hubiera permanecido algunas horas á no abrirse la puerta y entrar el barbero.

—¿Qué teneis?—preguntó.

El paje se sentó en la cama, y por él respondió su pálido rostro, su contraida frente y su sombría mirada.

—¡Vive Dios!—exclamó Fígaro.—¿Qué os ha sucedido?... ¡Oh!... Lo sospecho...

—Si sospechais,—interrumpió Querubin con reconcentrada voz,—que odio la existencia, no os habeis equivocado.

—Quisiera,—repuso el barbero, sentándose,—que me escucháseis con alguna calma, con esa calma inalterable que habeis mostrado tantas veces y que me ha probado que valeis mucho.

—Mi calma es siempre el anuncio de la tempestad, la calma de las olas, que descansan para levantarse luego en montañas que todo lo arrollan.

—Pues haced que esa calma dure un poco mas; dejad que la nave llegue al puerto, y cuando no haya peligro de que perezcan inocentes, levántense las olas y muestren su grandeza y su poder.

—Ya es imposible.

—Preciso será, sin embargo, que me escucheis, y luego...

—¡Siempre luego!

—Tengo que daros un consejo muy provechoso, y si no quereis tomarlo, haré lo que debo sin que me remuerda la conciencia, porque ya estareis advertido.

—Ya es tarde.

—¡Tarde!—exclamó Fígaro, cuya frente se anubló.

Y fijando en Querubin una mirada ansiosa y penetrante, añadió:

—Esa palabra puede significar muchas cosas...

—Contrarias.

—Por eso es preciso que os espliqueis.

—La situacion ha cambiado...

—¡Oh!...

—Son enteramente distintas las circunstancias...

—¡Señor Querubin!

—Vuelvo á deciros que es tarde,—repuso el mancebo, desplegando una amarga sonrisa.

—¡Por el infierno!...

—¿No me pedíais calma?

—Esa calma... es horrible...

—Como toda calma que anuncia la tormenta, ya os lo he dicho.

—Pero...

—Dadme el ejemplo y sosegaos.

—Sacadme de dudas.

—¿Para qué?

—Porque si he llegado tarde para evitar vuestra perdicion, mi consejo...

—De nada servirá.

—¡Oh!—exclamó Fígaro, cuyos ojos brillaron como dos luces.—¡Esplicaos!...

—Ya no puedo retroceder... ¡Es tarde!...

—¡Desdichado niño!...

—Muy desdichado...

—¿Qué habeis hecho?

—Preguntadme qué me han hecho y os responderé...

—¿Y la condesa?

Querubin se encogió de hombros y sonrió.

—¡Oh!...

—Calma, señor Fígaro, calma...

—¿Qué ha sucedido?... ¡Por Satanás!...

—¿No os lo ha dicho Soledad?

—Lo del jardin...

—Eso es.

—¿Y luego?

—Ya lo sabeis, he estado en el molino y...

—Sí, sí... pero... despues... ¡Oh!... Esa sonrisa...

—Por alguna parte ha de salir el veneno.

—¿Habeis visto á la condesa?

—Sí.

—¡Oh!...

—Estaba con su marido... Tranquilizaos.

—Por fin acabásteis,—repuso el barbero, respirando como si le hubiesen quitado un peso enorme.

—Ahora empiezo.

—Señor Querubin, decid de una vez...

—De una vez os digo que se han roto los lazos que me sujetaban.

—No os comprendo.

—Que ya no tengo deudas de gratitud que pagar; que ya no estoy obligado á ser generoso ni noble...

—¿Á dónde vais á parar?

—Señor Fígaro, el que me da pan con hiel no puede pedirme gratitud; el que me ataca cuando estoy desarmado me da derecho á acometerle por la espalda; el que me hiere en el alma y dice que por ser mi amigo no me hiere en el cuerpo, es mi mayor enemigo; el que me acusa por las mismas faltas que él comete, me enseña á ser hipócrita. ¿Qué diríais del ladron que al ir á robar encontrase el robo hecho por otro y pidiese el castigo del crímen, no movido por un sentimiento de virtud, sino por la envidia y el despecho?

—Señor Querubin...

—El que me ultraja no debe esperar de mí mas que ultrajes...

—Pero aun no habeis dicho...

—Que estoy herido en el alma por el hombre que se llama

Calma le habia pedido el barbero y calma tenia; pero era la calma de la desesperacion, de la locura.

—¿Qué estais diciendo?—preguntó Fígaro cada vez mas alarmado.

—Ya lo sabeis,—respondió el paje, cuyos ojos adquirieron mayor brillo, y con acento que revelaba un repentino arrebato,—amo á la condesa con un ardor que á mí mismo me espanta; ella me ama lo mismo, no lo dudo, y puesto que ya se rompieron todos los lazos y solo el temor de la muerte con que me amenazais es lo que se opone á mi amor...

—¡Desdichado!...

—Sí, daré la vida y ciento que tuviera, y aun me pareceria muy poco, por ver satisfecha mi pasion.

—¡Oh!...

—¿Qué me importa morir si he cumplido mi deseo? ¿Quiero para otra cosa la vida? Sin el amor de la condesa, el mundo es para mí un infierno, un tormento la existencia, y la muerte un descanso tan dulce, una felicidad tan completa que á nada puede compararse.

—¡Por quien soy! que habeis perdido la razon...

—Loco llama el mundo al que lo desprecia...

—Loco es quien piensa como vos.

—Pues bien, dejadme entonces porque ya sabeis que la medicina no conoce remedio para la locura.

—¿Es posible que sea ingrato quien tiene un alma como la vuestra?

—¡Ingrato!... ¿Qué debo al conde? Un pedazo de pan que me alarga por compasion ó... por vanidad...

—Le debeis la vida...

—Dos veces se la he salvado: la cuenta está, pues, pagada.

Si no hubiera desmentido el cariño que yo creí que me tenia...

—¿Lo dudais?

—Débil era cuando ha desaparecido por causa tan mezquina.

—En último resultado...

—Señor Fígaro, pedidme cuanto se os antoje; pero no que deje de amar á la condesa...

—Amadla; pero respetad al conde.

—¡Ah!... No diríais eso si conociéseis, á la vez que la intensidad de mi pasion, la profundidad de la herida que ese hombre acaba de abrir en mi alma. El conde de Almaviva no es ya mas que mi rival; ningun lazo nos une, los ha roto su orgullo, su ruindad, su hipocresía...

—Callad...

—¿Temeis que me escuchen?

—Temo escucharos...

—Hemos concluido.

—Aun he de haceros una advertencia.

—Os escucho.

—Anoche, cuando todos dormian...

—¡Ah!...

—Tranquilizaos... voy á referiros lo que se cuenta entre los criados...

—¡Señor Fígaro!—exclamó el paje con voz ahogada.

—Aseguran que hay duendes...

—Basta... basta...

—Supongo, señor Querubin, que al crímen no querreis añadir el escándalo, porque entonces la víctima de vuestras imprudencias seria la mujer á quien tanto amais...

—¡Oh!...

—Remediado está el mal por ahora, gracias á Soledad; pero otro dia...

—No hablemos de eso.

—Por última vez os diré, que puesto que estais decidido á seguir por la senda de vuestra perdicion...

—¿Qué pensais hacer?

—Seré un vigilante de la honra del conde, y noche y dia, cuando intenteis poner el pié en el borde del precipicio á donde quereis arrojaros, me encontrareis delante.

—Ya sé que en lo que á mi amor atañe tengo en vos un enemigo.

—Sí.

—Si no me ayudais, al menos tengo que agradeceros la franqueza.

—Y en cuanto á mi casamiento...

—¡Oh!... Contad conmigo: se trata de contrariar al conde...

—De corregirlo, de hacerle un bien, como he querido hacerlo á vos...

—Y me lo habeis hecho, porque ahora estoy mas tranquilo... casi estoy alegre... ¡Ah!...

El paje se puso en el suelo de un brinco, arregló sus cabellos y su traje, y repuso:

—¿Á dónde vais ahora?

—Á ver á Soledad.

—Y yo... voy á tocar el piano...

—¡Á tocar!...

—¿Qué os sorprende?

—Nada en vos.

—Es verdad, dicen que soy estravagante, incomprensible,—replicó Querubin.

Y salió del aposento, dejando á Fígaro aturdido.

—¿Qué debo pensar de todo esto?—se preguntó el barbero despues de algunos instantes.—¿Es este desdichado un niño envejecido por los sufrimientos, ó trastornado por su pasion? Probablemente ambas cosas.

Querubin hizo lo que decia.

Atravesó algunas habitaciones, entró en una sala pintada de azul y amueblada con riqueza y gusto, y se sentó delante de un piano.

—¡Oh!—murmuró mientras abria el instrumento y como si le dirigiese la palabra.—Si los hombres supieran hablarme como tú, me comprenderian, porque yo, con el lenguaje del alma les diria lo que siento.

Los dedos del paje se deslizaron con pasmosa velocidad sobre el teclado, y la mas grata armonía interrumpió el silencio de aquella estancia.

Ya hemos dicho que Querubin habia sido educado con esmero y gozaba en casa del conde una libertad, ciertos privilegios que no hubieran podido permitirse á ningun criado y que lo colocaban en una categoría media, no tan elevada como la de un individuo de la familia ni tan baja como la de sirviente. No era paje mas que en el nombre, porque en llamarlo así se envanecia su señor.

Fué dilatándose el rostro de Querubin; cambió en dulce la mirada de sus azules ojos, y al fin vagó en sus labios una sonrisa que no era ciertamente la que con razon habia asustado á Fígaro algunos minutos antes.

La armonía era cada vez mas suave y grata.

Parecia que, como habia dicho el mancebo, las metálicas cuerdas hablaban un idioma celestial, el idioma del alma.

La cortina de una de las puertas se levantó y Rosa, con la

mirada fija en el suelo, entró en la estancia, dirigiéndose á otra puerta como si solamente atravesara por casualidad el aposento.

—No lo miraré,—decia para sí.

—No volveré la cabeza,—pensó el paje.

Empero cuando tras este estuvo Rosa, sin pensar en un indiscreto espejo que habia sobre el piano, volvió la cabeza y su mirada fué sorprendida por Querubin, que fijó la suya en el espejo para ver sin volverse.

La condesa se estremeció; tiñóse de púrpura su tersa frente, y apresurando el paso, salió del aposento mientras decia para sí:

—¡No puedo dejar de amarlo!... ¡Dios mio!...

Querubin no acertó á mover los dedos; su rostro enrojeció tambien, y mientras decia,

—¡La adoro!... ¡No habrá poder que me detenga!...

Se levantó, dirigiéndose precipitadamente hácia la puerta por donde Rosa habia salido.

Pero á los tres ó cuatro pasos que dió, una mano, dura como el hierro, cayó sobre uno de sus hombros.

—¡Ah!—exclamó el pobre niño con acento de reconcentrada ira.

Y volviéndose con airado rostro y amenazante ademan, encontróse con el barbero, que le dijo tranquilamente:

—¿Dejais de tocar cuando yo vengo? Ya sabeis que soy muy aficionado á la música y aun tengo algo de músico...

—¡Señor Fígaro!...

—Si no quereis, dejadlo... Voy por mi guitarra.

Fígaro salió.

El desdichado paje se dejó caer en una silla como herido por un golpe mortal.

—¡Oh!—murmuró.—Empieza á cumplir su palabra. Lo en-

cuentro delante del primer paso que doy... ¿Por qué no ha sido el conde quien me ha sorprendido? Me hubiera matado y tendria que agradecerle al menos este beneficio.

Entre tanto iba diciendo el barbero:

—Ese muchacho va á darnos mucho que hacer. Si así continúa, no pasarán muchos dias sin que el conde sospeche lo que pasa.

CAPÍTULO XV.

De cómo el conde se convenció de que debia sospechar sin saber de qué.

Cansados de pasear, reñir y discutir, don Bartolo, la señora Anastasia y el organista se preguntaron lo que debian hacer, pues no habian de pasar el dia en el jardin sin ver á los condes ni volverse á Sevilla.

El ama de gobierno era la mas interesada en salir de dudas, por lo cual apuraba al organista para que buscase el medio de dejar en claro la situacion, cumpliendo así con lo que le tocaba hacer como aliado, segun lo convenido el dia anterior.

—Corre mal aire,—dijo don Basilio,—y no me parece que el momento es oportuno.

—Pero ¿qué sucede?—preguntó con impaciencia el ama de gobierno.

—Es para referido muy despacio.

—Nos sobra el tiempo, y por consiguiente...

—Tened paciencia hasta mañana, siquiera hasta la noche y

quedareis satisfecha,—repuso el sacristan, que queria ganar tiempo para inventar alguna mentira.

—Al menos aconsejadnos, lo cual hareis con acierto, puesto que estais en antecedentes.

—Pues bien, estaos aquí, iré á ver al señor conde, y segun lo encuentre obrareis.

—Pero el señor conde no permitirá que lo veais, porque...

—Os equivocais, para mí no se cierran las puertas de su cámara; y si quereis convenceros del favor que gozo, acompañadme y vereis cómo Fígaro me deja entrar.

—Mejor es que esperemos aquí,—dijo don Bartolo.

—Pero no tardeis, porque si hemos de volvernos hoy á Sevilla...

—Sobra tiempo.

—Para vos que teneis una mula de paso...

—Sin el estorbo de una mujer,—añadió el médico.

—¿Estais oyendo, don Basilio? ¿Estais oyendo esos insultos?

—*Pax vobis.*

—Y tan boba como soy,—replicó la señora Anastasia.—Si yo no me pasara de buena...

—Esperadme,—interrumpió el sacristan.

Y se dirigió á la casa mientras el doctor y el ama de gobierno seguian riñendo.

No encontró dificultad don Basilio para entrar en el aposento del conde, y este, aunque de muy mal humor todavía, no dejó de preguntar á aquel si habia adelantado algo con Soledad.

—Señor,—respondió el organista, que no habia conseguido hablar con la doncella,—creo que muy poco ó nada nos queda que hacer: la muchacha no ha dicho terminantemente que sí, pero tampoco se ha negado.

—Estamos, pues, como antes.

—No, señor, y casi me atrevo á asegurar que solo espera para rendirse un golpe que halague su amor propio y que hasta cierto punto la obligue, para tener así una escusa con que responder á su conciencia. Las mujeres son así: no quieren confesar sus debilidades, no quieren dejarlas ver; jamás ceden sino de manera que puedan culpar al atrevimiento del hombre ó á las circunstancias que la pusieron en la alternativa de callar ó dar un escándalo. Tal es su sistema, señor.

—Veo, don Basilio, que sois el enemigo mas cruel de las mujeres.

—Es que las conozco, señor; lo que os digo es el resultado de profundos estudios..... Sin embargo, me gustan, y este es el castigo que Dios ha dado á los hombres, que nos inclinemos á lo mismo que reconocemos como malo, como nuestra perdicion; si las mujeres no existieran, estaríamos como en una balsa de aceite. Ya sabeis que Adan perdió el Paraiso por una mujer; que por otra se perdió Troya; que una de las guerras mas sangrientas que tuvieron los romanos fué por las mujeres, las pícaras sabinas, y que...

—No pongo en duda vuestros profundos conocimientos,—interrumpió el conde;—pero no tengo completa confianza en vuestras esperanzas...

—Señor conde...

—En fin, decidme qué clase de golpe es ese.

—Tal vez no os parezca bien; pero...

—Esplicaos.

—Creo que deberíais vos mismo...

—¿Hablar á Soledad?

—Sí, señor.

—¡Oh!...

—Seria de grande efecto...

—¡Esponerme á un desaire!...

—Segun el momento en que lo hiciérais; todo en este mundo depende de la oportunidad.

El conde meditó algunos instantes y dijo:

—No me atrevo...

—¿Por qué, señor?

—Aunque bien pensado...

—Por supuesto,—se apresuró á decir el organista,—que si no acertais con la oportunidad, no respondo.

—Por eso no me decido ahora.

—Reflexionad...

—Eso quiero hacer.

—Pasemos á otro punto.

—Os escucho; pero sed breve.

—¿Qué hacemos con la señora Anastasia?

—No conviene darle alientos.

—Soy de vuestra opinion.

—Además, no estoy de humor para esas cosas, y quisiera evitar esplicaciones...

—No las tendreis; pero recibidla.

—Bien.

—Se os conoce en el rostro que estais disgustado...

—Y mucho.

—¿Os sentís indispuesto? Ya sabeis que tambien está ahí don Bartolo...

—No es falta de salud, es sobra de coraje.

—¡Oh!...

—¿No sabeis lo que me ha sucedido?

—Ni una palabra, señor.

—Ese niño...

—¿Querubin?

—Sí.

—Os tengo dicho que es una víbora.

—No os equivocais.

—¡Oh! Si no es un secreto...

—Para vos no,—repuso el conde;—os diré lo que ha hecho y juzgareis.

Almaviva, aunque con vergüenza de confesar su derrota, refirió lo sucedido en el molino.

—Bien,—dijo el sacristan para sí;—me he salvado; ya tengo una escusa para acallar á la señora Anastasia.

Y luego prorrumpió en exclamaciones é improperios contra Querubin, haciendo gestos y ahuecando la voz, concluyendo por decir:

—¡Horror, horror! Pero no me sorprende; ya sabeis que yo tenia sospechas...

—Es verdad.

—¿Y qué pensais hacer con ese muchacho?

—Trataré de corregirlo...

—Será en vano.

—Así lo creo; pero no podrán echarme en cara que me he dejado llevar de un arrebato de cólera y he sido escesivamente rigoroso.

—¡Cuánta generosidad!

—Al fin está bajo mi amparo.

—Se puede criar una culebra; pero dejar que lo ahogue á uno...

—No estoy dispuesto á tolerarle otra.

—Entonces pronto os vereis obligado á castigarlo, porque él no tardará en faltar nuevamente.

Don Basilio hizo algunas observaciones mas para convencer al conde de que no debia tener mas tiempo en su casa al paje, y luego fué en busca de don Bartolo y la señora Anastasia, que empezaban á impacientarse.

—Vuestra tardanza,—dijo el ama de gobierno,—prueba...

—Que he visto al señor conde.

—Ó que os han hecho esperar y al fin...

—Señora Anastasia,—interrumpió ásperamente el doctor,—no disputeis, que perdemos un tiempo precioso.

—Pues me coseré la boca...

—Don Basilio, esplicaos y no escucheis á esta mujer, porque si la dejais hablar...

—No me equivoqué,—dijo el organista;—asuntos muy graves tienen de mal humor al señor conde, y no debe hablársele una palabra de...

—Entiendo,—replicó el ama de gobierno.

—Pero me ha dicho que tendrá mucho gusto en veros y hablaros...

—¡Pues no faltaba mas!... Como que si antes no nos ha recibido ha sido por las intrigas de ese bribon. ¡Cerrar la puerta al médico!... No era posible.

—Lo mismo que doña Rosa.

—Tambien es culpa de la bachillerilla de Soledad.

—No estrañeis encontrar al conde de mal aspecto, porque ya os he dicho que ha tenido disgustos graves, muy graves.

—Bien, vamos á verlo para emprender cuanto antes la marcha.

—¿Nos acompañareis, don Basilio?

—Sí, mientras visitais á los condes tomaré un bocado, haré que ensillen y nos iremos reunidos.

—Yo tambien estoy desmayada; pero de esta casa no quiero ni la salud.

La visita fué corta.

El conde no estaba para hablar mucho, y despidió á don Bartolo con pretesto de que viera pronto á Rosa, que se quejaba de la cabeza, y como Rosa no se encontraba en estado de hablar mas que el conde, ni siquiera tanto, despidió tambien á su antiguo tutor, diciéndole que necesitaba reposo.

Un cuarto de hora despues, el doctor, caballero en la mula espantadiza, el sacristan orgulloso en su ligera torda y la señora Anastasia acomodada entre las jamugas y sobre el ancho albardon del jumento, se alejaban de la quinta mientras los contemplaba Fígaro y otros criados, que reian á mas no poder de la ridícula facha de los viajeros.

La hora de comer habia llegado, y sacando Rosa fuerzas de flaqueza, y procurando el conde olvidar lo que de tan mal humor lo tenia, dispusiéronse á sentarse á la mesa con muy poco apetito, aunque con propósito de disimular cuanto les fuese posible el motivo de su disgusto.

Desde que habia principiado el mes de abril, en que el calor empezaba á incomodar bastante, se comia en una habitacion del piso bajo, cuyas paredes y techo estaban pintadas al fresco, representando muy diversos y caprichosos asuntos entre flores y frutas imitadas con sorprendente maestría. La luz penetraba misteriosamente en aquel aposento por tres grandes ventanas con rejas, cubiertas en toda su estension de enredaderas, rosales y jazmines, y por dos puertas que daban á un cenador, separado de un patio por un cancel de celosía pintado de verde y junto al cual

habia muchos tiestos con flores de todas clases. El aire llegaba allí embalsamado; trinaban los jilgueros entre el ramaje de las acacias que sombreaban aquella parte del edificio, y como un arrullo tierno, dulce y amoroso, se oia el murmurio de un arroyo que corria por entre los troncos de los rosales y jazmines y del saltador que al elevarse y caer, formando blanca espuma, esparcia en el patio una lluvia de menudos y líquidos diamantes.

Nada, pues, mas delicioso que aquel lugar, donde nada hubiera echado de menos el mas exigente sibarita.

Allí las horas de la comida se resbalaban sin sentir entre aromas y dulces armonías.

Escusado es decir que el mueblaje era riquísimo y del mas delicado gusto, así como abundantes y bien condimentados los manjares que allí se consumian.

El servicio de la comida se desempeñaba por varios criados con tanto esmero y tan ceremoniosamente como correspondia á la elevada clase y riquezas del conde, cuya familia era considerada como una de las primeras de España.

Querubin, vestido con el mayor esmero, asistia á la comida sin mas obligacion que la de escanciar los vinos y el agua en la copa del conde. No pudiera este haber buscado mas propio Ganímedes por todos conceptos, y con razon se envanecia de tener destinado á tal servicio á una criatura de belleza tan admirable. Mas de un amigo le habia envidiado el escanciador y habia intentado procurarse otro que siquiera se le pareciese; pero no lo habia conseguido porque era imposible encontrar otro que á su hermosura reuniese talento, educacion y tuviese maneras tan distinguidas, sin contar que, para que nada le faltase, tuviese por nombre uno tan dulce, tan poético, tan puramente celestial como el de Querubin.

Como este, Soledad tenia la obligacion de servir á su señora el agua y los vinos sin hacer otra cosa, mientras que Fígaro iba de un lado para otro, inspeccionando á los demas criados y diciendo algun chiste para responder al conde ó la condesa que, en prueba de una distincion nunca dispensada á ningun sirviente, le dirigian la palabra durante la comida.

Esta empezó con el mayor silencio.

El ruido de los platos y pasos de la servidumbre era el único que interrumpia el que allí llegaba del canto de los pájaros y la cristalina corriente.

Querubin, inmóvil como una estátua, tenia la mirada fija en Rosa, y tanto le distraia su contemplacion, que muchas veces tuvo el conde que repetir sus órdenes para que llenase la copa, lo cual nunca habia sucedido, pues al paje le bastaba un gesto, una leve indicacion para comprender lo que su señor queria y obedecer al punto.

La condesa, sentada frente á su esposo, y por consiguiente frente al paje, no se atrevia á levantar los ojos, porque cuando lo hacia encontraba los azules, brillantes y espresivos de Querubin, y se sentia turbada.

El conde solia lanzar al descuido ardientes miradas á Soledad, y esta y Fígaro las cruzaban maliciosas, comunicándose con ellas sus observaciones.

—Estás triste,—dijo al fin el conde á su esposa.

—No,—respondió esta distraidamente.

—Callas... comes poco...

—Ya sabes,—repuso la condesa, que no sabia qué decir,—que me duele la cabeza...

—Sí... pero...

—Tú callas tambien.

—Tu silencio me desanima y... Vino, Querubin... ¿No me oyes?

El paje se estremeció como si lo despertasen, tomó una de las botellas que habia en un aparador, y llenó la copa.

—¿Qué haces?—dijo ásperamente Almaviva al ver el color de topacio del vino.

—Perdonad,—respondió el mancebo,—equivoqué la botella... es Jerez...

Y se apresuró á quitar la copa, sustituyéndola con otra, que llenó de vino de Burdeos.

El cambio de vinos cortó la conversacion de los dos esposos, que en su turbacion no pensaron en reanudarla.

Á los pocos minutos volvió Querubin á su contemplacion, olvidándose del peligro en que se ponia de cometer otra torpeza.

El conde siguió mirando á Soledad.

Rosa empezó á levantar los ojos con mas frecuencia y menos miedo que antes.

El silencio fué profundo.

La escena parecia un banquete de sonámbulos servido por autómatas.

Alentada la condesa por la indiferencia y distraccion del conde, miró á Querubin mas de lo que aconsejaba la prudencia.

Se hubiera creido que ambos estaban embriagados por el embalsamado ambiente que allí se respiraba.

—Agua,—dijo distraidamente Rosa.

Y luego quedó inmóvil, con la copa en la mano sin dejarla ni beber.

—Borgoña,—murmuró el conde sin saber lo que decia.

Y levantó la copa mientras Querubin la llenaba instintivamente sin apartar su mirada de la condesa.

Soledad se estremeció.

Fígaro arrugó el entrecejo.

Temian algo desagradable, y no sin razon.

El paje siguió echando vino, se llenó la copa, derramóse y el líquido fué á caer en la mano del conde.

—¡Ah!—exclamó este.

Y como si Rosa y Querubin despertasen asustados de un profundo sueño, estremeciéronse convulsivamente y exhalaron un grito.

Al paje se le escapó de la mano la botella, que cayó sobre la copa.

La condesa abrió la mano y su copa cayó sobre la mesa.

Las tres vasijas se hicieron mil pedazos, vertiéndose el líquido que contenian.

Aunque Almaviva y su esposa se levantaron, retirándose de la mesa, no se libraron de que se manchasen sus vestidos.

Los criados acudieron presurosamente á quitar los manteles y recoger los pedazos de cristal.

Querubin quedó como petrificado y sin atreverse á mirar á su señor, mientras que Rosa, turbada y confusa, temblaba sin acertar á hablar ni á moverse.

—¡Oh!—gritó el conde con acento de ira reconcentrada, y clavando en su paje una mirada terrible.—¿Con tan poco cuidado, con tal desprecio me servís que no mirais lo que haceis?

—Señor,—balbuceó el pobre paje,—perdonadme... una distraccion...

—Un criado no se distrae...

—Ha sido... la primera vez...

—¿No vísteis que estaba la copa llena?

—Sentí un mareo... y la vista se me turbó... y por eso...

LAMINA 13. — Al paje se le escapó de la mano la botella, que cayó sobre la copa.

—Un mareo... ¡Cosa estraña!... ¿Pero dónde teníais la mirada, dónde el pensamiento?

—Perdónalo,—dijo la condesa, queriendo evitar esplicaciones;—otra vez... tendrá cuidado...

—¡Que lo perdone!... Y tú tambien...

—Me asusté y... se me cayó la copa...

—¡Oh!...

—Señor conde,—dijo el barbero,—estais todo manchado y...

—Otra ropa... al instante...

El conde y Rosa, seguidos de Fígaro y Soledad, dejaron el comedor.

Así terminó la comida que tan silenciosamente habia empezado.

El mareo no fué para el conde escusa que le dejara satisfecho; pensó que la distraccion de Querubin debia reconocer una causa que mereciese la pena de averiguarse; pero ¿cómo? Era muy difícil adivinar.

—¿Qué opinas de lo que acaba de suceder?—preguntó Almaviva al barbero mientras se desnudaba.

—Señor,—respondió Fígaro con sencillez,—opino que esta ropa no podrá serviros mas, porque la mancha del vino...

—No me importa eso.

—Entiendo; os referís á Querubin...

—Eso es.

—Nada tiene de estraño lo que ha pasado: el paje se distrae fácilmente, y tengo para mí que es una enfermedad...

—Otra cosa debe ser, y estraño que se escape á tu astucia.

—¿La habeis adivinado?

—Eso quiero.

—Pues yo me lo esplico...

—¿Cómo?

—Desde que le reñísteis esta mañana anda cabizbajo y triste...

—Veo que no conoces á Querubin.

—Demasiado.

—No se acobarda por tan poco.

—Sin embargo, la amenaza de despedida...

—Se rie de ella.

—Pues á mí llegó muy apurado, diciéndome que estaba perdido...

—Puro fingimiento.

—Su rostro...

—No seria miedo, sino coraje lo que sentia.

—Tal vez; pero...

—No me satisface tu esplicacion.

Fígaro se encogió de hombros y calló.

Entre tanto Rosa, en su aposento con Soledad, exclamaba con ahogada voz:

—¡Dios mio!... ¿Qué va á ser de mí?

Y de sus negros ojos brotó amargo llanto.

—Ya lo veis, —dijo Soledad, —no hay salvacion posible si permanece en casa el paje.

—¡Perderlo para siempre!...

—Ó perderos vos. ¿Qué elegís?

—¡Horrible alternativa!

—Lo que acaba de suceder no puede tomarlo el señor conde como una cosa casual y sin importancia.

—¿Acaso la distraccion de un sirviente?...

—Ha sido muy rara distraccion.

—¡Oh!...

—Y gracias que el señor conde no os miraba...

—No aumentes mi tormento, Soledad.

—Quiero haceros comprender el peligro que correis, porque vos no lo habeis conocido en vuestra ceguedad.

—Son exagerados tus temores. ¿Cómo ha de sospechar mi esposo cuando hace dos horas le aconsejaba yo con insistencia que despidiera á Querubin?

—¿Y si algun mal intencionado?...

—Es que nadie ha llegado á adivinar...

—Preciso es decíroslo para vuestro bien...

—¡Soledad!—exclamó Rosa con muestras de espanto.—¿Qué pasa?

—Antes de romperse la copa ya se cruzaban entre algunos criados miradas maliciosas...

—¡Dios mio!...

—Y como todos nos inclinamos á pensar mal...

—Calla... ¡Oh!...

—Además,—repuso la doncella, que queria infundir miedo á Rosa, como el único medio de salvarla,—hoy os habeis convencido de que no teneis bastante valor para rechazar al paje...

—¡Ah!... No me recuerdes aquellos momentos... Mi razon se habia trastornado... ¡Si supieras cuánto sufrí!—exclamó Rosa, oprimiéndose el pecho.—La mirada de Querubin me alucinó; sus palabras parecian llegar á mi corazon y herirle... no sé si dolorosamente, porque á la vez que me parecia soñar dulcemente, me sentí poseida de espanto... Quise huir y me faltaron las fuerzas; intenté recordar sus deberes á Querubin y no encontré palabras... ¡Qué situacion tan dolorosa, tan horrible!... Tú me salvastes...

—Pero como yo no llegaré siempre á tiempo, mas tarde ó mas temprano...

—No, no.

—¿Estais segura?

—Querubin se irá... es preciso...

—Pero que no sea despues que el señor conde haya sospechado...

—Sacrificaré mi amor, mi vida...

—Salvareis vuestra honra...

—¡Y entre tanto,—repuso con amargura Rosa,—mi esposo!...

—¿Volveis á vuestros celos?

—No, Soledad; pero he pensado que el enojo del conde, el interés que muestra por esa muchacha del molino...

—Bien puede ser; pero eso no tiene ninguna importancia... Son locuras de su edad y... como estais así... tambien...

—¡Locuras de su edad!... ¿Qué diria el mundo de mí en igual caso?

—Pero vos... sois mujer...

—Es verdad, soy lo que han querido los hombres que seamos todas, esclavas sin ningun derecho y muchos deberes...

—Así está el mundo, y como no hemos de remediarlo, tiempo perdido es el que gastemos en quejarnos. Lo que nos interesa es evitar...

—¡Oh!—murmuró Rosa, dejándose caer en un sofá.—Evitar... no sé... Déjame, Soledad; necesito descanso.

La doncella salió del gabinete, haciendo un gesto que queria decir:

—Malo va esto.

CAPÍTULO XVI.

El conde tiene una prueba de que habia razon para sospechar algo.

El dia pasó sin que Rosa y el conde volvieran á verse.

Ella pretestó su dolor de cabeza para no salir de su aposento, y él su disgusto para no hablar con nadie.

Cerró la noche, trascurrieron las horas y el profundo silencio que reinaba en la casa no era por nada interrumpido.

Rosa se habia acostado; pero no dormia.

Soledad se habia desvelado.

El conde leia ó aparentaba leer, despues de haber dado órden de que se retirasen todos los criados, pues él se desnudaria y acostaria cuando quisiese.

Fígaro se paseaba en su dormitorio y meditaba.

Querubin estaba tambien levantado, y escusado es decir que pensaba en la condesa.

Los demas habitantes de la casa dormian profundamente.

Dieron las doce.

Fígaro interrumpió su paseo, escuchó, y despues de algunos instantes dijo:

—Parece que ya duermen todos, y por consiguiente, si ha de hacer alguna locura ese pobre niño, lo cual es muy probable, será á esta hora. Creo firmemente, como él mismo me aseguró esta mañana, que no guardará ya ningunas consideraciones, y que está dispuesto á todo. Así lo ha probado, y como es atrevido y tenaz, seguirá como ha principiado, sin miedo al peligro que le amenaza y sin desalentarse porque se presente un nuevo obstáculo al acabar de vencer otro. Además, ya no tiene duda de que la condesa le corresponde y que escuchará sus amorosos ruegos, lo cual debe alentarle. ¡Oh! La situacion va siendo cada dia peor; la comedia va convirtiéndose en tragedia y temo que el desenlace sea sangriento y no se haga esperar muchos dias. ¿Y mi casamiento? Entre tanto se dilata: hoy no me ha dicho nada el conde ni yo he querido preguntarle, porque no estaba de humor para ello; pero no sucederá mañana así; la culpa de su enojo no es mia, y por consiguiente, mal que le pese le recordaré su promesa, me contestará y así podré fijar seguramente el dia de mi venganza. Posible es que la burla que le preparo le disguste mas de lo que es menester; pero que tenga paciencia y reflexione, caso que sospeche de mí, que es bien poco para quien está ofendido como yo, y que él no se contentaria con hacer lo mismo en mi lugar. En fin, veremos; lo que mas importa ahora es evitar que ese muchacho haga una que puede costarle muy cara.

El barbero escuchó otra vez, y como nada oyese, salió del aposento sin tomar la luz, y á tientas y sin que sus pasos produjesen el mas leve ruido, se dirigió al dormitorio de Querubin.

Este no se habia acostado aun, porque se escapaban algunos destellos de luz por las rendijas de la puerta.

—Bien,—dijo Fígaro para sí;—no he llegado tarde... Estoy tranquilo y creo que mi precaucion es acertada: está levantado; sin duda aguarda á que duerman todos... Á mi puesto, que no tardará en presentarse.

Y alejándose de allí, con el mismo tino y el mismo silencio, llegó á su dormitorio, apagó la luz, cerró la puerta y se encaminó hácia las habitaciones que ocupaban la condesa y Soledad, que dormia cerca de su señora por lo que á esta pudiera ocurrirle.

En aquel momento cerró el conde el libro en que leia; se pasó las manos por la frente, restregóse los ojos y se recostó en el respaldo del sillon, diciendo:

—Creo que don Basilio tiene razon: las mujeres no son mas que vanidad y mentira, y si el llegar á conocerlas nos parece tan difícil ó imposible, es porque nos empeñamos en buscar en ellas lo que no existe, y aun muchas veces cree encontrarlo nuestro afan, forjándonos ilusiones que son causa luego de amargos desengaños. En medio de sus ridiculeces no le falta entendimiento al sacristan, y lo prueba el que ahora lucha con ventaja con Soledad, se burla de Fígaro y engaña á Querubin, que son las tres personas mas temibles que me rodean. Debo, pues, tomar su consejo: un golpe decisivo, que halague el amor propio de la doncella y la ponga en situacion que le permita hacerse la víctima, pudiendo dar así mas importancia á sus favores y teniendo escusas con que responder á su ilusoria conciencia. El momento no puede ser mas oportuno; ahora no podrá negarse á escucharme, y como nadie ha de interrumpirnos, tendré sobrado tiempo para pintarle mi pasion, es decir, una pasion, porque yo no la siento, y al fin, convencida, ó mas bien envanecida, corresponderá á mi amor fingido con amor, mentido tambien, pero bastante para satisfacer mi capricho. ¡Oh!... Resuelto estoy: no he de esperar mas tiempo,

ni tanto he debido aguardar, tratándose de una mujer como esa. ¿Quién que me conozca creeria que he tenido tanta paciencia? Á mí mismo me parece imposible.

Levantóse el conde, dió algunos paseos por la habitacion mientras meditaba, y parándose luego, sonrió y dijo:

—Vamos: así olvidaré los disgustos de hoy. Mal pago á Fígaro; pero en cambio lo haré correo de gabinete, cosa que ni siquiera soñando ha podido esperar, y aseguraré su porvenir, lo cual vale mucho: por consiguiente mi conciencia está tranquila: no hago mas que tomar lo que compro á bien subido precio. Sobre todo, la culpa no es mia: yo propongo y Soledad acepta porque le conviene. Á los hombres nos toca pedir y á las mujeres negar. Que un hombre solicite, nada tiene de estraño; pero ¿por qué ellas acceden? En esta ocasion soy fiel á mis principios y nada puede echárseme en cara: siempre he sido de opinion que la mujer es la única criminal, la única responsable. ¿Qué ha de hacer un hombre cuando ve una mujer bonita? Decirle que la quiere, sin que de esto resultara ningun mal si ella cumpliera con los deberes que le impone su decoro y la virtud.

¿Hubiera pensado el conde lo mismo á saber que el paje amaba á la condesa? ¿Absolveria de toda culpa á Querubin si llegaba este á conseguir sus deseos?

Entonces no hubiera sido fiel á lo que él llamaba sus antiguos principios.

Tranquilizado con semejantes reflexiones, animado con la esperanza de ver muy pronto satisfechos sus deseos, y olvidándose de cuanto aquel aciago dia le habia puesto de tan mal humor, salió el infiel marido de su aposento, no sin haber escuchado antes y convencídose de que todos reposaban.

No debia ser la primera vez que á oscuras andaba el conde por

galerías y aposentos, segun podia colegirse de su buen tino para evitar los obstáculos que deberian entorpecer su marcha y la exactitud con que calculaba las distancias cuando tenia que volver á uno ú otro lado ó se acercaba á una puerta por donde debia entrar ó salir.

Un ligero roce, apenas perceptible, era el único ruido que hacia.

Al atravesar algun corredor esclarecido, aunque débilmente, por los resplandores de la luna, podia vérsele con el cuerpo inclinado hácia adelante y los brazos estendidos avanzar lentamente como un fantasma.

Sus ojos relucian como los de un gato en medio de la oscuridad.

Cuanto mas se acercaba al punto de su partida mas desigual y violentamente palpitaba su corazon.

Su agitacion crecia gradualmente á medida que avanzaba.

Sus pupilas se iluminaban con mas vivo fuego.

No estaba el conde enamorado de Soledad; pero su capricho, porque no era otra cosa, habia llegado á encender su pecho hasta el punto de atormentarle.

El conde era vehemente en todas sus inclinaciones, en todos sus deseos; pero se cansaba pronto de lo que habia escitado mas su afan.

No era la constancia su cualidad mas relevante, y esto se comprende con solo conocer su vida de soltero y la facilidad con que todo lo habia conseguido apenas lo habia deseado.

Rosa era la única mujer que hubiera podido fijar los sentimientos de Almaviva, mantener viva la llama de su amor.

Empero no lo habia conseguido sino á medias y sin que de ello se apercibiera ninguno de los dos.

Faltaba á Rosa esperiencia para hacerse apreciar en lo que merecia.

No sabia cómo hacer uso de los medios poderosos que le habia dado la naturaleza.

Un diamante sin labrar vale mucho; pero se le ve en el suelo y no se le recoge.

¿De qué serviria un arma á quien desconociese completamente su uso?

Engañando hacen algunas mujeres la felicidad de los hombres.

Amando sinceramente consiguen otras lo mismo.

Y por los mismos medios obtienen opuestos resultados otras muchas.

¿En qué consiste esto?

Pudiéramos esplicarlo; pero no lo hacemos por razones de conveniencia que se adivinan fácilmente.

Haríamos un daño trascendental á las mujeres que no acertaran á comprendernos.

En gracia de evitar el mal renunciamos, pues, al bien que haríamos á las que nos entendiesen.

Sin embargo, advertiremos que siempre el engaño y la mentira dan, tarde ó temprano, sus amargos frutos.

La felicidad solo se alcanza con la virtud.

No coge trigo el que siembra zizaña.

Pero es muy cierto que, aunque se pierda una cosecha, trigo coge al fin el que trigo ha sembrado una y otra vez.

Llegó el conde á la primera de las habitaciones de la condesa, y desde la cual se pasaba al dormitorio de esta y al de Soledad por una misma puerta.

Detúvose algunos instantes porque se sentia fatigado.

Escuchó y nada oyó.

El leve ruido de su respiracion agitada era el único que interrumpia el profundo silencio que reinaba allí.

—El amor,—dijo para sí,—tiene mejores goces entre temores y sustos. No tengo miedo, porque nadie puede sorprenderme; pero me entusiasma y hace gozar la idea de la sorpresa que voy á causar á Soledad; aviva mi deseo la lucha de súplicas y negativas que hemos de emprender, y mi amor propio quedará mas satisfecho con el triunfo despues de las amenazas y la hipócrita resistencia que tendrá que vencer mi atrevimiento.

Los ojos del conde brillaron mas que nunca, y su respiracion, mas agitada, se oyó clara y distintamente.

En su imaginacion se habia representado Soledad con toda su encantadora viveza, con toda su provocativa gracia.

Y sin mas que la idea, el conde se sintió tan arrebatado como don Bartolo el dia que mirando por la gatera habia hecho las observaciones filosófico-artísticas que recordará el lector.

Fígaro, que con el oido atento aguardaba inmóvil como el gato que acecha al raton junto á la madriguera, oyó el levísimo ruido de la respiracion desigual y agitada del conde, y creyó que era Querubin.

—No me equivoqué,—pensó.—Á tiempo he venido para evitar el mal. Si llego á detenerme algunos minutos se me adelanta. Duro chasco le espera cuando en vez del objeto de su loca pasion se encuentre conmigo.

Una buena accion produce siempre un bien para el que la ejecuta.

Fígaro habia sido generoso.

Habia ido á velar por la honra del conde, á pesar de los motivos de queja que de este tenia, y al obrar tan noblemente habia encontrado la recompensa, salvando su propia honra.

El conde avanzó con el mismo cuidado que antes y el mismo silencio.

Dió un paso, luego otro...

Al dar el tercero y sonreir porque su pensamiento vió á Soledad mas hechicera que nunca, se sintió fuertemente asido por un brazo.

Un grito de sorpresa, de espanto y de rabia iba á salir de su boca; pero lo contuvo, haciendo un sobrehumano esfuerzo.

Una estátua no hubiera quedado mas inmóvil que él.

Hasta la respiracion le faltó por algunos instantes.

¿Quién podia haberle sorprendido tan brusca é inesperadamente?

¿Era un ladron?

No, porque mas bien se hubiera ocultado.

Era un hombre y nada mas podia adivinar el infeliz marido.

Un hombre en las habitaciones de su esposa, á oscuras, á aquellas horas...

Preciso era aclarar el misterio.

La sospecha no podia ser mas horrible, y el tormento que sintió el conde no lo calmaba la idea de que en todo caso la falta de que podria acusar á su esposa no seria sino la misma que él iba á cometer.

Lo único que despues de algunos segundos le tranquilizó, aunque poco, fué el pensar que aquel era camino para el dormitorio de la doncella lo mismo que para el de Rosa.

Pero de cualquier manera, el hombre que lo habia sorprendido era un rival.

Entonces no se acordó de sus antiguos principios.

El rival no era el hombre que, como cosa natural y aceptable, iba á pedir para que le concediesen ó negasen.

Era un rival, un traidor, un infame, un ladron de honra, que si conseguia su intento era responsable tanto ó mas que la mujer, porque la habia alucinado, habia abusado de su debilidad, le habia dado ocasion de cometer una falta que ella jamás hubiera cometido á no darle la ocasion para ello y trastornar por algunos minutos su razon.

¿Y cómo pedia esplicaciones sin comprometerse?

¿Cómo hablar siquiera sin ser conocido y quedar en la mas difícil y ridícula posicion?

El lance era apurado.

Como el conde no era cobarde y tenia además el valor de su autoridad, se repuso bien pronto de su aturdimiento, y aunque atormentado por los celos, pudo pensar en lo que le convenia hacer.

No queria darse á conocer, pero sí conocer al hombre que lo habia sorprendido y las intenciones con que estaba allí.

Para conseguir esto se propuso callar y escuchar lo que le dijesen.

Su curiosidad quedó satisfecha á los pocos instantes.

—Volveos,—dijo Fígaro en voz baja,—y no intenteis otra vez semejante locura.

El conde conoció al barbero.

—Os prometí,—añadió este,—saliros al encuentro á cualquier hora y en cualquier sitio, siempre que olvidáseis vuestros deberes, y cumplo mi promesa, ya lo veis.

—¿Qué significa esto?—se preguntó el conde.—Me equivoca con otro, y segun se esplica, es asunto añejo muy tratado ya, y que tal vez me toca muy de cerca. ¿Pero quién es él? ¿Quién es ella? ¿Á qué locura se refiere? ¿De qué deberes olvidados habla?... ¡Oh!...

Calló el conde y no se movió, fingiendo como que estaba decidido á no retirarse.

—¿No me oís?—repuso Fígaro, apretando y sacudiendo el brazo del conde hasta hacerle bastante daño.—¿No sentís mi mano? Si es que vuestra falta de razon os lleva hasta el punto de intentar resistiros, pensad que nuestra lucha produciria el escándalo y nada conseguiríais mas que agravar vuestra situacion. Ya me conoceis y no debeis dudar un solo instante que cumpliré mi propósito. Nadie os quiere como yo; pero ¡vive el cielo! que si no me escuchais os trataré como á mi mayor enemigo.

—¡Y no lo nombra!—dijo para sí el conde.—¿Quién debia venir aquí y para qué?... ¡Oh!... Veremos; no me moveré, y al fin dirá cómo se llama.

El barbero esperó la respuesta ó la resolucion del que creia ser el paje; pero viendo que no hablaba ni se movia, dijo:

—Bien, mientras no deis un paso mas me estaré quieto: será cuestion de paciencia, que tengo mucha, y la luz del dia vendrá en mi auxilio y... se burlará de vos; pero si intentais moveros, con mas fuerza que os aprieto el brazo os apretaré la garganta, y si esto no fuese bastante, que lo seria, gritaré y acudirá cuanta gente hay en la casa.

Dijo esto Fígaro con tal acento de firme resolucion, que no dudó el conde que lo cumpliria. Sin embargo, quiso probar nuevamente y permaneció inmóvil.

El barbero no pronunció una palabra mas; pero tampoco soltó el brazo.

Así permanecieron algunos minutos.

Almaviva se movió como si fuese á andar.

Fígaro levantó el brazo que tenia libre, llevó la mano al pecho del conde y la subió como para buscar la garganta.

Empero el conde retrocedió un paso, convencido de que su acometedor obraria sin hablar.

Trascurrieron algunos segundos mas.

—¡No puedo averiguar nada!—dijo para sí el conde.—En vano esperaré...

Y despechado, ardiendo en rabiosa ira, fué retrocediendo poco á poco hasta verse libre de la dura mano del barbero, alejándose con cuanta ligereza le permitia la oscuridad.

Fígaro permaneció allí algunos momentos mas y luego salió, dirigiéndose al dormitorio del paje, acercándose á la puerta, mirando por el ojo de la cerradura y escuchando.

Ni vió luz ni oyó mas que la respiracion agitada de Querubin, que probaba su profundo sueño.

—¿Qué quiere decir esto?—se preguntó Fígaro con sorpresa.—Duerme... sí... ese sueño es verdadero. ¿Y para qué habia de fingirlo? Sin embargo, quiero convencerme.

Empujó la puerta, que cedió porque el paje no se cuidaba nunca de echar la llave, asomó la cabeza, volvió á escuchar y dijo en voz alta:

—Señor Querubin..... ¿No me oís?... Soy yo, Fígaro, necesito hablaros.

Pero el paje no respondió.

—¡No era él!... ¡Oh!... No era él porque no podia estar ya dormido... ¡Por el infierno!...

Fígaro apretó los puños y rechinó los dientes porque todo lo comprendió.

—¡Oh!—murmuró con voz sorda y reconcentrada.—¡He podido desahogarme rompiéndole las narices con la escusa de que no lo habia conocido, y no lo he hecho!...

Los celos atormentaron horriblemente á Fígaro; pero como le

convenia disimular para poder vengarse á su gusto, volvió á cerrar la puerta y se alejó silenciosamente.

Entre tanto el conde se paseaba en su habitacion, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, intentando adivinar quién era el de la locura y olvido de sus deberes, y cuál de las dos mujeres el objeto de la intriga.

Á fuerza de cavilar concluyó por sospechar de Querubin.

¿Quién habia en la casa que á tanto se atreviera?

Solo aquel niño singular.

—Ahora,—dijo el conde,—me convenzo de que hay razon para sospechar de Querubin. Ya dí con la causa de sus distracciones, de su estraña conducta. Yo estoy encaprichado con Soledad y Francisca á la vez, y es posible que el miserable rapaz tenga igual capricho por ambas, porque lo que á uno sucede puede sucederle á otro. ¿Con que estoy condenado á encontrarlo siempre en mi camino? ¡Vive el cielo!... Y lo peor es que se me adelanta, y cuando creo llegar demasiado temprano me encuentro que he llegado tarde.

Volvió el conde á meditar y añadió:

—Sin embargo, si se tratara de Soledad no hubiera mostrado Fígaro tanta calma, ó se hubiera esplicado de distinto modo, porque los celos inspiran otras palabras. Tambien aquello de «os prometí saliros al encuentro en cualquiera parte y á cualquier hora» prueba que nada se intentaba contra la doncella, porque no es el barbero hombre de tantos aguantes que se contentase con hacer una advertencia en vez de castigar al atrevido qne lo ofendia. Pero entonces, no queda mas que la condesa... ¡Oh!... ¿Es posible que ese miserable rapaz se haya atrevido á pensar en mi esposa? Deberes... locura... ¡Vive Dios!... Estas palabras son muy significativas, y parecia que Fígaro defendiese mas bien la honra

ajena que la propia... No puedo creerlo... Pero... ¡Oh!... ¡Es horrible esta duda!

El conde apretó los puños con la fuerza de la desesperacion y se dejó caer en un sofá.

—¡Ah!—murmuró.—¡Debo sospechar y no sé de qué!...

CAPÍTULO XVII.

De cómo el conde creyó haber aclarado sus dudas y el sacristan dado á Querubin un terrible golpe, y Fígaro les probó que se habian equivocado.

Al dia siguiente se levantó el conde muy temprano y salió á pasear solo para meditar sobre lo sucedido la noche anterior, ó mas bien para atormentarse con dolorosas ideas, con sospechas bien horribles.

En su rostro estaban pintados sus sufrimientos, que en vano intentó disimular.

Habia pasado casi todo el resto de la noche pensando en Querubin, recordando hasta las mas insignificantes circunstancias de la conducta del infeliz mancebo hasta concluir por el vino que se habia derramado y las copas que se rompieron.

Lo que debió padecer puede comprenderse, teniendo en cuenta su carácter desconfiado y receloso y su propension á cavilar y sospechar aun de lo mas sencillo.

El barbero tambien madrugó; pero no salió á tomar el fresco,

sino que aprovechó la ausencia del conde para hablar muy despacio con Soledad, ponerla al corriente de todo y convenir en la conducta que debian observar, en vista del aspecto que el asunto iba tomando.

Rosa y Querubin se levantaron bastante tarde: ó habian fingido dormir para que no los interrumpiese nadie y entregarse tranquilamente á sus amorosos pensamientos, ó realmente habian dormido mas que de costumbre por efecto del quebranto consiguiente á lo que el dia anterior habian sufrido.

Soledad vistió á su señora y solamente se cruzaron entre ellas las siguientes palabras:

—¿Y el conde?

—Salió muy temprano.

—Habrá ido á saber si la molinera se repuso del susto,—dijo Rosa con amarga ironía.—¡Oh!... pregunta si ha vuelto.

La doncella salió para cumplir la órden y se dirigió á las habitaciones de Almaviva; pero se detuvo antes de llegar porque encontró á Querubin, que iba en direccion opuesta.

—Buenos dias, hermosa Soledad,—dijo el paje, acercándose á la sirviente.—Me alegro encontraros...

—Yo tambien, porque me escusareis el trabajo de andar mas.

—¿Á dónde íbais?

—Á preguntar si habia vuelto el señor conde...

—No, y me alegro.

—¿Por qué?

—¿Lo ignorais? Es mi rival y...

—Silencio,—interrumpió la doncella, poniendo una mano en la boca al paje.

Este cogió la mano y repuso:

—¿Y la condesa?

—Acaba de vestirse.

—¿Acabais de vestirla?

—¿Pues quién habia de hacerlo?

—¡Ah!—exclamó Querubin con arrebato.—Esta mano ha tocado las suyas, su talle...

—¿Estais loco?—replicó Soledad, intentando desasirse.

—Sí, loco estoy,—repuso el enamorado mancebo, besando la mano de la doncella;—loco de amor...

—Apartad, apartad...

—No...

—¡Señor Querubin!—exclamó Soledad, consiguiendo verse libre y retrocediendo.—Sois demasiado atrevido.

—¡Ah!—murmuró tristemente el paje.—Compadecedme, ya sabeis...

—Sé que vuestras imprudencias os perderán... ¡Si alguien nos hubiese visto!

No era infundado el temor de la sirviente. La cortina de una de las puertas se habia levantado un poco desde que empezaron á hablar, y por la estrecha abertura que habia dejado, unos ojuelos relucientes miraban lo que sucedia, revelando en su espresion una alegría diabólica, sin duda por el importante secreto que acababan de sorprender.

Aquellos ojos eran los de don Basilio.

El lector comprenderá fácilmente la alegría, porque acababa de descubrir un verdadero tesoro en el secreto.

Jamás hubiera sospechado el amor del paje á la condesa.

No cabia en sí de gozo el organista.

Se habia hecho dueño de un arma terrible, si se decidia á guardar el secreto para hacerse temer, y era un medio seguro de alcanzar cuanto quisiese del conde si se lo descubria.

Algunos segundos no mas reflexionó.

—El conde,—dijo para sí,—no creerá sin ver y oir, y como puede suceder que llegue tarde, quedaria yo en mala posicion habiendo acusado y sin poder probar. Para evitar este peligro, lo traeré, escuchará y mirará como yo, y si nada oye referente á su esposa, verá que el paje pugna por acercarse y besar á Soledad. De una ó de otra manera tendrá celos y á mí me deberá el descubrimiento de la traicion de Querubin.

Decidido á esto, el sacristan se alejó apresuradamente para buscar al conde, teniendo la fortuna de encontrarlo porque en aquellos momentos entraba en su cámara.

Ni el paje ni Soledad se habian apercibido del movimiento de la cortina.

El primero estaba enteramente entregado á sus pensamientos de amor, y en su exaltacion no veia mas que á la persona á quien podia comunicarlos, de quien podia recibir noticias de la condesa.

La segunda no se ocupaba mas que de librarse de ser objeto de las demostraciones de un amor que ella no inspiraba, y retrocediendo habia llegado hasta uno de los rincones de la habitacion, sin pensar que se cortaba la retirada.

—¡Ah!—exclamó el mancebo, cuya exaltacion crecia.—Ahora no os escapareis, y como tengo mas fuerza que vos, seré dueño de vuestras manos y...

—Señor Querubin,—interrumpió la doncella, queriendo aparentar un enojo que estaba muy lejos de sentir,—no os acerqueis, dejadme en paz...

—Escuchadme un momento...

—No, que vuestras palabras son peligrosas, no decís mas que locúras.

—Bien, callaré; pero habladme vos, habladme de ella...

—Os comprometeis y me estais comprometiendo.

—¿Por qué?

—Si nos escuchan...

—¡Ah!... Os conozco, Soledad; sois buena, sensible, generosa...

—Por mi desgracia,—respondió la sirviente, halagada por las palabras del doncel.

—Ya sé,—repuso este,—que es imposible compraros, pero muy fácil conmoveros, y por eso estoy seguro de que escucharéis mis súplicas.

En aquel momento volvió á levantarse la cortina y se vieron otros ojos mas relucientes aun que los del sacristan, pero cuya espresion revelaba, en vez de alegría, furor.

—Sí,—añadió el paje con acento de profunda ternura,—escucharéis mis súplicas porque sabeis cuánto sufro, porque conoceis la intensidad de mi pasion y tendreis lástima de mí...

—Callad...

—No callaré ni os dejaré salir sin saber lo que deseo con tanto afan... ¡Oh!... Esta situacion no puede prolongarse; la incertidumbre es un tormento horrible cuando se ama como yo; abrigar esperanzas y ver que se desvanecen y otras nacen, y estar así un dia y otro dia, es una angustia insoportable. La vida ó la muerte de una vez, no mas dudas, no mas alternativas que van desgarrándome el alma.

—¡Señor Querubin!—exclamó Soledad asustada y enternecida.

—Dejadme vuestra mano, escuchadme y decidme...

El acalorado discurso del paje fué interrumpido por una estrepitosa carcajada al mismo tiempo que el conde se disponia á entrar

porque ya no le quedaba duda de que allí, como en el molino, Querubin era su rival.

Pero así como el mancebo al oir la carcajada quedó mudo de sorpresa, Soledad quedó inmóvil de miedo y el conde se detuvo porque la escena que iba á tener lugar podia interesarle tanto ó mas que la anterior.

La carcajada burlona habia sido del barbero, que se presentó, entrando por una puerta que estaba frente á la en que se ocultaban el conde y el organista.

El rostro de Fígaro espresaba una alegría completa, mejor demostrada con la risa que fingia querer y no poder sujetar.

Querubin y Soledad lo contemplaron sin acertar á comprender el motivo de aquel arranque de hilaridad que parecia tan verdadero; pero no les quedó duda de que algun motivo poderoso tendria Fígaro para obrar así, pues sabian que no era hombre que en balde hiciese nunca las cosas.

Afortunadamente los tres que se habian reunido no necesitaban mas que una ligera insinuacion para entenderse, de manera que fué bastante el que Fígaro, vuelto de espaldas á donde estaba Almaviva, hiciese un espresivo gesto para que el paje y la doncella comprendiesen que los observaban y que era preciso engañar al observador.

—Bien,—dijo el barbero alegremente y despues de contener la risa;—así me gusta, así es como yo os decia; nunca lo habeis hecho como ahora. ¡Vive Dios! que vais á ser un maestro consumado, y que para comediante no teneis precio. Verdad es que ha contribuido mucho la dama, aunque ha exagerado su papel, segun juzgo por esperiencia y con respecto á ella misma.

—¿Qué significa esto?—se preguntó el conde en estremo sorprendido.

—Por consiguiente, añadió el barbero,—si esperais mi licencia para empezar á conquistar corazones, la teneis, porque es seguro que esplicándoos así y con el sistema de arrinconar para que no tenga escape la víctima designada, vuestra amorosa carrera será una série de triunfos. Eso es lo que se llama poner entre la espada y la pared. Muy bien, repito; proseguid en vuestro ensayo, que quiero ver cómo dais fin á la escena.

Ni Querubin ni Soledad dudaron ya sobre lo que debian hacer.

—No quiero seguir,—dijo el paje,—porque ya no lo haré tan bien.

—Yo tampoco,—añadió Soledad,—porque me has asustado. Á nadie le ocurre entrar tan de repente...

—¿Qué temias para asustarte?—preguntó Fígaro.—No es la primera vez que tenemos esta broma, y aun soy el director...

—Pero como no sabia que eras tú... y otro cualquiera pudo haber creido que el señor Querubin me enamoraba de veras, me turbé y...

—Nadie hubiera sospechado semejante locura, porque todos saben que el señor Querubin tiene los ojos puestos en Francisca...

—Para ella,—dijo tristemente el paje,—no me servirán ya estas lecciones, porque el señor conde me ha prohibido volver al molino...

—Os servirá para otra... Continuad.

—Ya no me quedaba mas que hincarme de rodillas como los galanes de comedia,—dijo Querubin.

—Veamos cómo lo haceis.

—Si Soledad quiere seguir...

—Con una condicion,—replicó la doncella.

—¿Cuál?

—Que diga el señor Querubin á quién piensa enamorar cuando esté bien ensayado. Soy curiosa y quiero saberlo.

—Ayer,—respondió el paje,—pensaba en Francisca; pero ya no puede ser y tendré que buscar otra; por consiguiente, hasta que la encuentre...

—Nos engañais.

—Os juro...

—No os creo.

Iba Fígaro á decidir la cuestion, pero se detuvo porque se oyó el repetido tin tin de una campanilla.

—¡Ah!—exclamó Soledad.—La señora condesa llama... Avisad cuando vuelva el señor conde.

Y salió corriendo de la habitacion.

—Se suspende el ensayo,—dijo Fígaro.

—Se suspende,—repuso Querubin,—y voy á almorzar porque el amor me ha abierto el apetito.

El conde, apretando con rabia los puños y mordiéndose los labios se volvió á su aposento, seguido del organista, que no sentia menos coraje por el chasco que acababa de llevar, aunque bien habia comprendido que todo habia sido una farsa inventada por el barbero, y que la verdad era que el paje amaba á Rosa.

—Ya lo veis,—dijo ásperamente el conde al organista cuando estuvo en su aposento y dejándose caer en un sillon.—Os ha sucedido lo que siempre.

—Señor...—balbuceó, temblando, el sacristan.

—Vivís de ilusiones, veis lo que no existe, y lo que es un enano se os figura un gigante.

—Perdonad, pero...

—Ha faltado muy poco para que me hagais representar el mas ridículo papel. ¿Qué hubiera sucedido si me adelanto á en-

trar? ¡Oh!... Se hubiera burlado de mí ese niño loco; Soledad me hubiera mirado con lástima, con desprecio.

—¿Y no puede haber sucedido,—replicó el organista,—que el barbero haya visto que estábais tras la cortina y haya armado esa farsa para desorientaros?

—No, no es posible que Fígaro, por salvar á Querubin, tome á broma ni mire con calma que enamoren á la que es poco menos que su mujer.

Para defenderse hubiera descubierto de buena gana don Basilio la verdad; pero pensó que arriesgaba mucho, porque no lo hubiera creido el conde, y no lo hizo por no quedar en peor situacion.

Sin embargo, se equivocaba: Almaviva hubiera aclarado el misterio de la noche anterior á decirle lo que tenia relacion con Rosa, puesto que lo uno estaba tan en armonía con lo otro; pero como don Basilio ignoraba la escena que á oscuras habia tenido lugar, no pudo aprovechar tan buena ocasion de dar el mas terrible golpe á sus enemigos y hacerse dueño de la voluntad del conde.

—Señor,—repuso el organista,—imposible parece que no conozcais al barbero, que es capaz de todo, al paje que es aun peor, y...

—Vuelvo á deciros que veis fantasmas,—replicó Almaviva, cuyo mal humor parecia ir en aumento.

Don Basilio no se atrevió á contestar.

—Prudente es,—dijo para sí,—dejar que pase la tormenta.

—¿Teneis,—preguntó el conde,—alguna noticia que darme sin haceros nuevas ilusiones?

—Acabo de llegar y aun no he podido...

—Bien.

—Pero yo aplacaré vuestro justo enojo, conquistaré mi perdon haciendo tales cosas...

—Así os conviene, porque mi paciencia ha concluido. Ya estoy cansado de disimular, y ofende mi dignidad que una muchachuela, una mísera criada me desdeñe una y otra vez para que le suplique, y aun tal vez con intento de reirse de mí cuando yo mismo le manifieste mi deseo.

—Eso es imposible.

—Por si acaso...

—¿No quereis acercaros á ella, segun ayer convinimos?

—No,—dijo resueltamente el conde, acordándose de la desgraciada tentativa de la noche anterior.

—¡Oh!—murmuró el organista, haciendo un gesto de disgusto.

—Cumplid lo que me habeis prometido.

—Lo cumpliré, señor, y mas aun,—respondió el organista con una intencion que no pudo comprender el conde.

Y salió resuelto á no perdonar medio alguno para hacer á Fígaro y á Querubin cuanto mal pudiese, aunque para ello tuviera que hacerlo tambien á Rosa.

El conde habia aparentado creer que su paje y Soledad bromeaban de acuerdo con Fígaro; pero la verdad era que nunca las dudas y sospechas le atormentaron tanto, y mas que nunca porque habia empezado á quedar en ridículo á los ojos del sacristan, que no ocultaba su desconfianza.

Mil ideas, á cual mas desagradable, acudieron á la mente del celoso marido: trazó mil proyectos para poner en claro la misteriosa conducta de los que le rodeaban, y todos los hubo de desechar, porque con todos tenia que esponerse á quedar en una situacion falsa si no se confirmaban sus sospechas.

No podia dudarse que Fígaro estaba haciendo un doble papel, ni que el paje enamoraba muy de veras á Rosa ó á Soledad.

¿Pero qué fin se proponia el barbero?

¿Cuál de las dos mujeres era el objeto de la pasion de Querubin?

Siendo la doncella y estando Fígaro en el secreto, como parecia, era incomprensible que tomara con tanta calma un asunto de tanta gravedad para él.

Esta reflexion obligaba al conde á pensar en su esposa, intentando esplicarse con la oculta y criminal pasion la tristeza, las distracciones y la conducta, en fin, estraña de la condesa, tan parecida á la de Querubin hacia algunos meses.

Sin embargo, el altivo conde no comprendia cómo una dama de elevada clase podia descender á amar á un criado, por mas que este hubiera recibido una esmerada educacion, estuviera adornado de mas ó menos belleza ni tuviera un raro entendimiento y un gran corazon.

Verdad es que él habia descendido á enamorar á una criada; pero esto no era del caso; no hubiera aceptado la comparacion por aquella razon de tanto peso de que un hombre no es lo mismo que una mujer.

Sin acertar con el medio de resolver sus dudas, ni siquiera encontrar un motivo que aparentemente justificase su enojo contra Querubin ni menos contra el barbero, tuvo al fin que conformarse con dejar á la casualidad lo que no podia lograr de intento, si es que antes no le faltaba la paciencia.

En estremo fatigado, trastornado por la ira y por los celos, aburrido y desesperado, levantóse el conde para ir al aposento de su esposa, sin mas objeto que ver si en el rostro y las palabras de esta adivinaba lo que sentia.

En aquel momento se presentó un criado, diciéndole que la señora condesa preguntaba por él.

—Bien,—respondió.

Y haciendo un supremo esfuerzo para aparecer tranquilo, salió con una amarga sonrisa en los labios y el alma llena de mas amarga hiel.

CAPÍTULO XVIII.

Esplicaciones.

Rosa estaba aquel dia bellísima.

Sus negros y rasgados ojos parecian mas espresivos que nunca, y sus luminosos rayos se escapaban á través de sus largas pestañas como abrasadoras centellas.

El bajo escote de su vestido de seda azul, adornado con encajes negros de Bruselas, permitia ver gran parte de su nacarado y mórbido pecho, que se levantaba acompasadamente á impulsos de su respiracion.

No necesitaban sus labios el artificial carmin, porque lo tenian propio, trasparente y que no robaba la natural frescura de la piel, ni para tener mas gracia habia menester su rostro los postizos lunares negros que entonces tenian las damas costumbre de ponerse para hacer mas provocativa su belleza.

Ricos zapatos, tambien de seda azul y bordados con lentejuelas de plata encerraban sus diminutos piés, carnosos y bien formados como los de todas las mujeres de aquella tierra.

Si el paje la hubiera visto en aquellos momentos, recostada indolentemente en un sofá, abriendo y cerrando con aire de distraccion un abanico de nácar, si la hubiera visto, decimos, enloqueciéndolo la pasion, encendiéndose su pecho y olvidándose de todo habria caido á sus piés para demandarle su amor ó la muerte.

Parecia que la condesa se habia propuesto aquel dia agradar, hechizar, porque, á pesar de sus ocultos pesares, una dulce sonrisa vagaba en sus rojos labios y dilataba su rostro.

¿Queria hacer la última prueba del amor de su esposo?

Tal vez.

Rosa buscaba en todo pretestos para tranquilizar su conciencia, como si la falta cometida por su marido pudiera escusar la suya.

Empero estaba ciegamente enamorada y era consiguiente el estravío de su razon.

En mal dia quiso hacer la prueba.

El conde estaba demasiado preocupado para cuidarse de la belleza de su esposa: sufria demasiado para que nada le impresionase de modo que hiciese cambiar el curso de sus negras ideas, de sus sombríos temores.

Rosa pensaba recibirlo con toda la cariñosa confianza de otro tiempo.

Almaviva entró.

—Dios os guarde, condesa,—dijo con afectada dulzura y fijando en su esposa una vaga mirada.

Este ceremonioso saludo hizo comprender á Rosa que nada debia esperar de la entrevista; pero queriendo apurar todos los medios, disimuló y dijo con acento cariñoso:

—Buenos dias, Fadrique..... Aquí tienes sitio..... siéntate á mi lado.

Sentóse el conde al otro estremo del sofá con el mismo aire de indiferencia.

Ella se incorporó, acercándose á él con provocativa coquetería, y repuso:

—¡Te vas tan lejos!...

—Por no arrugaros el vestido,—respondió el conde, que parecia no haberse apercibido del tesoro de gracias y belleza que tan cerca tenia.

Y permaneció inmóvil.

Rosa sintió profundamente herida su vanidad de mujer y su dignidad de esposa, y no queriendo recibir un nuevo desaire, llamó en su auxilio todo su orgullo, y dando á su rostro una espresion fria y severa, dijo:

—¿Estais indispuesto, conde?

—No.

—Teneis un aire tan... distraido...

—Es posible,—replicó el conde, fijando en su esposa una escudriñadora mirada;—¿quién sabe si me habeis contagiado?

—¡Yo!—exclamó sorprendida Rosa.

—Ó tal vez mi paje...

—Siempre,—replicó la condesa, abriendo y cerrando el abanico para disimular un ligero temblor que recorrió sus miembros,—siempre ha sido lo mismo Querubin, y nunca os ha contagiado.

—Lo que no sucede en un año sucede en un dia; así lo asegura un refran.

—Y es verdad,—dijo Rosa, sonriendo con ironía;—en todo un año no os ví triste un solo minuto, y en un dia os pusísteis de repente melancólico.

—No os comprendo.

—Si no me equivoco, os he oido decir que os cansaba la vida del campo...

—Sí, es monótona: para una temporada, bien; pero luego fastidia...

—Venís á darme la razon, á esplicar lo que no comprendíais. Ya lo veis, lo que no os cansó en un año os fastidió en un dia.

—Alguno habia de ser el primero.

—Pudo haber sido tambien el último.

—¿Cómo?

—Muy fácilmente, volviéndonos á Sevilla.

—Creí que os agradaba la soledad...

—Tambien me fastidio, como vos.

—¿Os gusta cambiar, variar?...

—Segun... Lo mismo que á vos.

—Peréceme, condesa,—dijo Almaviva, cuya frente se contrajo ligeramente,—que vuestras palabras encierran una intencion...

—Os equivocais.

—Y si es así, fuera mejor para ambos que os esplicáseis claramente.

—Si es que vos teneis algo que decirme, os escucho, conde.

—Nada... pero...

—Esplicaos y nos entenderemos... Á vos os conviene así y á mí tambien.

—Pues bien, señora,—repuso el conde, que por momentos iba olvidándose de disimular lo que sentia,—quisiera saber si sois feliz.

—¿Cuándo me he quejado de mi suerte, para que sospecheis que no me considero la mujer mas dichosa del mundo?

—No es menester quejarse para darlo á entender: bastante

dice vuestra melancolía y ese aire de indiferencia con que todo lo mirais, probando que nada os interesa.

—No os habeis equivocado; estoy triste, todo me es indiferente menos una cosa. ¿Quereis saber la causa?

—Cuando os la pregunto...

—¡Ah!—murmuró con amargura Rosa.—No á mí, sino á vos, debiérais preguntar...

—¡Condesa!...

—El contagio, conde,—interrumpió Rosa, sonriendo con punzante ironía,—así como á vos, á mí me ha contagiado vuestra contínua tristeza, vuestra frialdad, ese aire de fastidio, de hastío, de...

—Señora,—interrumpió vivamente el conde,—estamos hablando seriamente.

—Sério es lo que os digo, porque hablo de mis dolores, de mi desgracia.

—Pensadlo bien y decidme si os he dado algun motivo de disgusto en que podais fundar vuestras quejas.

—No me he quejado.

—¿Qué estais haciendo?

—Respondo á vuestras preguntas.

—¡Oh!...

—Y vuestras quejas, ¿cuáles son?

—Ninguna he manifestado.

—Decidlo de una vez, conde,—repuso Rosa, oprimiéndose el pecho,—yo no he conseguido haceros feliz; os equivocásteis al unir vuestra suerte á la mia, y habeis conocido tarde vuestro error.

—¿Qué decís?—replicó Almaviva, palideciendo.—¿Sospechais acaso que yo esté arrepentido de haberos entregado mi corazon?

—¿Quién sabe, conde, si echais de ménos vuestra antigua libertad?

—¡Mi antigua libertad!... Estaba cansado de ella. Además, soy tan libre como antes, porque vos nada me prohibís.

—Os encadena mi proceder.

—Condesa, lo que há turbado mi alegría, lo que ha empezado á robarme la felicidad, es vuestra tristeza, vuestro retraimiento...

—Ya os he dado á conocer la causa.

—Pero os habeis equivocado, porque eso que advertís en mí y que calificais de fastidio, no es mas que la muestra del dolor que me causa vuestra falta de alegría.

—Y la indiferencia, la tristeza de que me acusais, ¿es en mí otra cosa que el pesar de vuestro desvío?

—No nos entenderemos,—dijo el conde, variando de postura.

—Nos entenderemos, conde, si confesais que vos habeis perdido antes que yo la alegría, siendo así causa de mi tristeza.

—¡Oh!...

—Y entonces solo faltará que espliqueis el motivo de vuestro descontento.

—Jamás, condesa, jamás convendré en que yo haya sido el primero...

—Ni yo tampoco.

—Hace mucho tiempo que vos...

—Mas tiempo hace,—interrumpió Rosa,—que vos...

—Ya os lo he dicho,—interrumpió á su vez el conde,—no nos entenderemos.

—Un medio hay.

—No lo veo,—repuso Almaviva, levantándose.

—¿Os vais?

—No... Proseguid.

—Olvidemos lo pasado, conde, porque, como decís, jamás convendremos en quién de nosotros fué el primero en variar de conducta.

—Sí, olvidemos lo pasado,—dijo el conde, volviendo á fijar otra mirada escudriñadora en el rostro de Rosa;—pero ¿y lo presente?

—Lo presente...

—Sí, es lo mas interesante.

—Lo presente,—repuso la condesa, mirando el abanico, que revolvia en sus manos,—lo presente es un error, puesto que de un error hemos partido ambos.

El conde no se atrevió á responder, ni tampoco era fácil que lo hiciese sin colocarse en una mala situacion. Ninguna ventaja habia obtenido hasta aquel momento: su esposa podia quejarse de lo mismo que él, y el convencerse de quién habia sido el primero en variar de conducta, no merecia la pena de sostener una discusion amarga.

No podia el conde hablar claramente de sus sospechas, porque como no tenia razones en que apoyarlas, no hubiera conseguido mas que proporcionar un triunfo á su esposa y dar á esta ocasion de mostrarse ofendida, sin averiguar al fin lo mas interesante.

El terreno en que se habia colocado Rosa era el mas ventajoso.

Fingia no comprender la intencion de las palabras de su esposo.

Ella queria una acusacion clara y terminante para pedir pruebas, que no le podian dar, y hacerse entonces la víctima.

La táctica no era mala.

El conde la comprendió; pero no consiguió mas que tener

una sospecha mas, otra duda, y por consiguiente otro tormento.

¿Cómo nombrar siquiera á Querubin sin comprometerse?

¿Cómo hablar de las copas que se rompieron sin ponerse en ridículo?

Era, pues, preciso cortar la discusion.

Así lo pensó Almaviva despues de algunos momentos de silencio, durante los cuales Rosa habia dado mas de cien vueltas á su abanico, mirándolo como si contase las lentejuelas que lo adornaban.

—Preciso es,—dijo el conde,—poner remedio á la situacion violenta en que nos encontramos. Vos no podeis quejaros de mí...

—Vos de mí tampoco,—replicó la condesa.

—Pero sufro...

—Y yo tambien.

—Por consiguiente no somos felices.

—¿Y cuál es el motivo de nuestra desgracia, conde?

—Ninguno.

—Pues olvidemos que hemos sufrido, volvamos á nuestra antigua vida, estad alegre, yo tambien lo estaré, y como nada hay que turbe nuestra dicha, acabarán nuestros imaginarios tormentos.

—El plan...

—¿Os parece bueno?

—Sí...

—Pues bien,—repuso la condesa, desplegando una encantadora sonrisa,—yo te daré el ejemplo, Fadrique.

Y fijó una fascinadora mirada en el conde.

Este, preocupado y atormentado por los celos, no comprendió toda la importancia que en aquel momento tenia el aparentar contento y tranquilidad, como estaba haciendo su esposa. Tampoco

le era posible dominarse repentinamente sin que el rostro desmintiera las palabras; de manera que solamente llevó su disimulo hasta sonreir con espresion mas bien irónica que dulce.

—Gracias, condesa,—dijo sin tener en cuenta el tratamiento cariñoso de Rosa,—me devolveis la felicidad.

El rostro de la jóven se tiñó de púrpura como si fuese á brotar la sangre, y luego palideció; una sombría nube oscureció su frente, y sus miembros, al contraerse, se agitaron con un ligero temblor convulsivo.

Nunca habia sentido su amor propio tan dolorosamente herido; nunca su orgullo de mujer y su dignidad de esposa habian sufrido tanto.

Ni remotamente pudo sospechar el conde el mal que acababa de hacerse.

Mucho tenia que agradecerle Querubin, si es que este debia considerar como fortuna el logro de sus amorosos deseos.

El dia anterior habia roto el conde con una humillacion los lazos de gratitud que sujetaban al paje, y con una herida al amor propio acababa de romper el freno de los deberes que contenian á Rosa.

Con poco que hiciera Querubin era seguro su triunfo.

Casi puede asegurarse que no faltaba mas que la ocasion, por mas que la condesa, engañándose á sí misma, creyese que no habia de dejarse arrastrar por su criminal pasion.

Hubo algunos momentos de silencio.

—Vos tambien, conde,—dijo al fin Rosa,—me habeis tranquilizado... me habeis devuelto la felicidad... Gracias por haber provocado esta esplicacion...

—Así... nos hemos entendido...

—Sí... sí...

El conde volvió á buscar palabras para terminar aquella escena; pero no encontrándolas, se acercó á su esposa, le dió en la frente un ceremonioso beso y dijo:

—Adios, condesa.

Y salió sin esperar contestacion.

Iba pálido, su respiracion era agitada y sus pupilas, relucientes como dos carbunclos, despedian centellas de ira.

En uno de los aposentos que atravesó encontró á Querubin.

—Paso,—gritó el conde, aunque no se lo estorbaba el hermoso paje.

Y este se apartó á un lado, inclinándose respetuosamente y diciendo para sí:

—Mucho me equivoco ó su señoría favorece mas que nadie mis amorosas pretensiones. Eso será lo que tendré que agradecerle.

Tales fueron las esplicaciones.

Almaviva no habia aclarado ninguna de sus dudas.

La condesa habia quedado convencida de que ya no la amaba su esposo.

CAPÍTULO XIX.

La condesa empieza á tomar parte en las intrigas de Fígaro y Soledad.

Pocos minutos despues de haber salido el conde, Soledad entró en el aposento de Rosa.

Esta se hallaba todavía bajo la mala impresion de las palabras del conde, y horriblemente atormentada por las heridas que habia recibido.

Y como si aquel fuese un dia de borrasca y señalado para resolver el problemático porvenir de Rosa ó preparar los graves sucesos que habian de tener lugar mas tarde; el rostro ligeramente contraido de la doncella anunció que estaba preocupada por alguna idea desagradable.

Efectivamente, ella y Fígaro, en la entrevista de aquella mañana, habian convenido en que era forzoso apresurar el desenlace de la estraña comedia que estaban representando, porque la intriga iba tomando unas proporciones temibles.

La aventura de la noche anterior habia demostrado que el

conde estaba resuelto á no perdonar medio alguno, por reprobado que fuese, para satisfacer su amoroso capricho.

Aunque Fígaro tenia la mas ciega confianza en la virtud de su futura mujer, no estaba completamente tranquilo porque se acordaba de ciertos refranes y decia:

—¿Quién sabe? El diablo las carga.

Y luego añadia:

—Al fin el conde es atrevido, tiene talento, le sobra hermosura y... El fuego junto á la estopa...

Acabando de alarmarle lo de «donde menos se piensa salta la liebre.»

La sorpresa y una mala tentacion, de que nadie está libre, podian dar al traste con la virtud de Soledad y con diez virtudes mas que tuviese.

Por todas estas consideraciones y porque deseaba casarse, el barbero determinó dar el último golpe con la ayuda de la condesa, á quien era ya forzoso participarle lo que ocurria, y con ánimo de hacerlo así entró en el aposento la doncella.

Decirle á una mujer que su marido enamora á otra, no es cosa tan sencilla, sobre todo cuando la esposa tiene muchas ilusiones y poca esperiencia.

Rosa comprendió al primer golpe de vista que su doncella estaba preocupada; pero no pudo adivinar el motivo.

—¿Me habeis llamado?—preguntó la sirviente, que no sabia cómo empezar la conversacion.

—No, ni has entrado creyendo equivocadamente que te llamaba.

—¡Señorita!—exclamó sorprendida la doncella.

—¿Buscas un pretesto para hablarme?

—¡Un pretesto!...

—Comienza, que ya te escucho.

—Pero...

—Algo desagradable tienes que decirme...

—¡Oh!...

—Nada temas, Soledad,—repuso la condesa, sonriendo con amargura;—despues de lo que acabo de ver y oir; despues de haberme convencido de una cosa muy horrible, puedo escucharlo todo sin peligro de que se hagan mas dolorosos mis tormentos.

—Perdonadme,—dijo turbada la doncella, porque comprendió su inocente inoportunidad,—perdonadme si en estos momentos en que sufrís mucho...

—Son los mejores...

—Hablaremos despues...

—Ahora.

—Señorita...

—Te lo mando.

Soledad quedó inmóvil y silenciosa.

Era aquella la primera vez que le habia faltado el valor.

Hasta aquel crítico instante no habia comprendido todo el mal que sus revelaciones debian hacer á la desdichada Rosa.

—Aguardo tus palabras,—dijo esta;—ten presente que la mas ligera duda es casi siempre peor que la mas triste realidad.

—Os advierto,—replicó Soledad,—que la cosa no tiene la importancia que á primera vista parece; no se trata mas que de una ligereza, solo una ligereza sin intencion, una de esas locuras que se hacen sin darles valor, como le sucedió á Fígaro cuando tomó el dinero de la señora Anastasia. Aun así, si os lo digo es por hacer un bien, evitando un mal, y no para haceros un mal que no hubiera de reportar ningun bien.

—Ello es una mala noticia ¿no es verdad?

—No es buena.

—Comprendo, Soledad; se trata de mi esposo y...

—¡Oh!...

—¿Por qué te turbas?

—Vuestra sospecha...

—¿Me he equivocado?

Soledad calló.

—Esplícate,—repuso la condesa, esforzándose para dominar el coraje de los celos que empezaba á sentir.—Ya ves que no me sorprendes...

—Pero os atormento.

—¿Qué importa?..... Habla, te digo,—replicó Rosa con ansiedad.

La sirviente vaciló todavía algunos momentos; pero como ya no podia retroceder, resolvióse á hablar y dijo:

—Ya sabeis que mi casamiento con Fígaro es cosa convenida y que solo falta que el señor conde señale el dia...

—Sí, sí...

—Pues bien, el señor conde busca cada dia un pretesto para dilatar nuestra boda.

—No es la primera vez que te quejas de eso, y ya sabes la causa...

—Sí, desgraciadamente la sé,—repuso la doncella, que iba cobrando alientos;—pero vos la ignorais...

—¡Soledad!—exclamó Rosa, oprimiéndose el pecho y fijando en la sirviente una mirada afanosa.

—Se me impone una condicion...

—¡Ah!...

—Ya comprendeis...

—¿Por qué no me lo has dicho antes, siquiera hace una

hora?—replicó la condesa, cuyo rostro se desfiguró.—¿Por qué, dí, para que yo hubiera podido confundirlo, anonadarlo?..... ¡Oh!... ¡Y vino para acusarme!...

—Tranquilizaos... os esplicaré...

—¿Qué puedes decirme que no comprenda yo? ¿Piensas que mi indignacion ha de calmarse con la seguridad que me des de que has rechazado y estás dispuesta á rechazar semejantes proposiciones? Ya lo sé, te conozco...

—Os juro...

—Basta, Soledad: la conducta del conde es infame...

—Repito que eso no es mas que una locura, una ligereza...

—Sí,—replicó Rosa con ironía,—le escusa su inocencia.

—No; pero á veces...

—¡Y no lo he sabido una hora antes!... ¡Oh!...

—Y no lo hubiérais sabido jamás si no me hubieran amenazado con la señora Anastasia para estorbar mi casamiento, dándome á elegir entre perder á Fígaro ó perder...

—¡Dios mio!—exclamó la condesa, ocultando el rostro entre las manos.

Y lloró, no de pesar, sino de rabia.

No necesitaba saber mas.

Soledad habia hablado poco; pero se habia esplicado bien.

El primer impulso de Rosa fué salir en defensa de sus derechos, acusar á su marido, pedirle estrecha cuenta de su conducta y decirle que desde aquel momento quedaban rotos sus lazos; pero Soledad, que no estaba celosa, y por consiguiente no habia perdido la razon, le hizo comprender que su plan era una locura y que sus resultados serian fatales, no consiguiendo castigar al conde, sino hacerse un mal á sí misma.

—En fin,—dijo la sirviente para acabar de convencer á su

señora,—nadie está libre de una mala tentacion. Vos misma...

—Amo á Querubin, es verdad,—replicó la condesa;—pero la conducta de mi esposo ha dado lugar á esta pasion.

—Si amais al paje...

—Estoy resuelta á morir antes que faltar á mis deberes.

—Acordaos de la mañana de ayer,—se atrevió á decir la sirviente.

Rosa dejó caer la cabeza sobre el pecho y no respondió ni miró á su doncella.

Su conciencia la acusaba y le quitó el valor para pedir, como antes intentaba, estrecha cuenta al conde de su proceder.

Sin embargo, no se convenció enteramente de que ella y su esposo estuviesen en iguales circunstancias, ni se templaron sus celos; solamente su exaltacion calmó lo suficiente para poder escuchar á Soledad y entrar en contestaciones sobre lo que deberia hacerse en aquel caso.

Entonces la sirviente, mas animada, descubrió el plan concebido por Fígaro y que debia dar por resultado el casamiento y el castigo del conde.

Rosa escuchó atentamente, tranquilizándose á medida que iba convenciéndose de que haria pagar á su esposo con usura lo que pocos momentos antes le habia hecho sufrir.

Soledad concluyó su relato.

Al fin la condesa sonrió como si anticipadamente se gozase en su triunfo.

Empero despues de algunos momentos de reflexion, ¿quién lo hubiera creido? tuvo miedo.

—¡Oh!—dijo.—No me atrevo á tanto...

—¿Por qué?—preguntó la sirviente, que habia recobrado su sangre fria.

—Su amor propio va á sufrir horriblemente...

—Eso y mucho mas merece. ¿Os parece poco su delito? Poner á una mujer en el triste caso de que renuncie á casarse... No tiene perdon.

—La falta es grave, sí; pero el castigo es tambien muy duro.

—Pero habeis de pensar que solo así quedaré yo para siempre libre de las persecuciones del señor conde, porque avergonzado no se atreverá á mirarme siquiera, además de que su vanidad herida acabará con el pícaro capricho que le ha dado de quererme.

Rosa volvió á meditar.

En último caso el conde, por mas que se sintiese herido y con deseos de castigar la ridícula humillacion que debia sufrir, tendria que disimular su enojo porque seria el único delincuente que apareceria.

—Bien,—dijo la condesa,—contad con mi ayuda...

—Y vos con la nuestra.

—Dices que Querubin...

—Está dispuesto á todo, aunque no sea mas que por el placer de martirizar al señor conde...

—¡Pobre niño!...

—¿Teneis lástima de él?

—Sí, porque ayer fuí injusta,—repuso la condesa;—me dejé llevar de un arrebato de celos, y el desdichado debió sufrir horriblemente. Ahora comprendo el interés que mi esposo mostraba por la molinera.

—Así son los hombres.

—¡Oh!...

—Pero no le quedarán ganas de meterse en otro enredo igual.

Rosa dejó escapar aun algunas amargas frases, y despues de convenir con su doncella en que tendrian otra entrevista para arreglar los últimos detalles, dieron por terminada aquella conferencia, cuyos resultados no debian hacerse esperar.

Habia llegado la hora del almuerzo y Rosa y el conde pasaron al comedor, esforzándose para disimular lo que sentian.

CAPÍTULO XX.

Empeora la situacion.

No consiguió el organista hablar aquel dia á solas con la doncella; siempre que lo intentaba, Fígaro ó Querubin se aparecian sin saber cómo, interrumpiendo la conversacion apenas comenzada.

Don Basilio llegó á sospechar que aquello fuese un plan combinado entre los otros tres para ganar tiempo, y empezó á temer que se desvaneciesen sus esperanzas de conseguir para el conde lo que á él debia sacarlo de penas.

Triste y pensativo, tuvo al fin el pobre sacristan que volverse á Sevilla, con propósito de vengarse, por último consuelo, si otra cosa no podia lograr, y para estar á todo preparado, visitó á la señora Anastasia y le dijo que estuviese dispuesta para el primer aviso, porque segun se presentaban las cosas el conde acabaria por abandonar á Fígaro á su suerte.

El entusiasmo del ama de gobierno rayó en locura, y obsequió

á don Basilio, dándole de cenar un trozo de cabrito asado que guardaba para ella, y jurándole que seria eterna su gratitud.

—Bien pensado,—decia para sí el organista mientras devoraba ansiosamente el cabrito,—no puedo quejarme, puesto que hasta el presente he sacado una mula que mal vendida vale ciento cincuenta ducados, almuerzo todos los dias como un príncipe, y esta noche, que pensaba verla pasar en claro como otras muchas, me encuentro con esta cena, que si no se parece á los almuerzos, no deja tampoco nada que desear á quien, como yo, tiene buen apetito, y sobre todo no tiene otra cosa.

Don Basilio tenia la felicidad de consolarse fácilmente de todas sus desgracias y de hacerse nuevas ilusiones apenas otras se habian desvanecido.

—¿Os gusta?—le preguntaba el ama de gobierno.

—¡Que si me gusta!... ¡Oh!—exclamaba el organista sin dejar de tragar.—No lo come mejor el señor conde de Almaviva. Sois una gran cocinera...

—No me doy mala maña á guisar...

—¡Feliz el mortal que de tales mañas vuestras disfrute!...

—Pues ya veis cómo me desprecia ese tunante de Fígaro.

—¡Oh!... No se comprende que haya un hombre tan estúpido que desprecie á una mujer que sabe guisar como vos.

Tras el cabrito presentó la señora Anastasia un vaso de vino, que escusamos decir fué apurado por el organista sin respirar y despues de haber brindado por la salud y hermosura de la que tan generosa y espléndidamente lo obsequiaba.

—Bien,—dijo,—no envidio á nadie en este momento. Voy á pasar una buena noche, y mañana me levantaré animoso y decidido á dar uno de esos golpes terribles que me son peculiares, acabando de una vez con vuestros enemigos, que son los mios.

—Fio en vos para vengar las ofensas que el otro dia recibí,—dijo la señora Anastasia,—porque si Soledad no me pagara lo mucho que me debe, os juro que me costaria la vida.

—Descuidad, señora Anastasia; os vengareis y de una manera terrible.

—Sí, sí.

—Vereis humillada á esa muchacha, que ciega por un ridículo orgullo, intentó herir vuestra dignidad.

—Eso es,—replicó el ama de gobierno, apretando los puños,—humillada.

—Tengo un plan,—repuso don Basilio con tono misterioso,—tengo un plan... ¡Oh!... Ya vereis...

—Esplicaos.

—Ahora no puede ser.

—Pero...

—Es largo de contar; don Bartolo no tardará en venir y...

—Teneis razon,—dijo la vieja, apresurándose á ocultar cuanto pudiese descubrir lo de la cena.—Ya conoceis el genio de don Bartolo... ¡Si supiera que os he obsequiado!...

—Por eso no quiero detenerme.

—Pero siquiera una indicacion...

—Básteos saber que en casa del señor conde suceden grandes cosas, cosas gravísimas, que se preparan acontecimientos... ¡horribles!...

—¡Ah!...

—Y yo tengo el hilo de todas las intrigas, la clave de todos los planes...

—¡Don Basilio!...

—Silencio..... Hablaremos otro dia y os convencereis de lo que valgo y puedo,—repuso el sacristan, levantándose.

—¿Os vais ya?

—Falta poco á las nueve, y don Bartolo estará aquí antes de cinco minutos. Además, he de estar en la parroquia para el toque de ánimas y un bautismo de lujo que me valdrá un buen percance.

—¿Volvereis mañana?

—Sí.

—Traedme una buena noticia, que yo os tendré preparadas unas chuletas.

—Si os empeñais, aceptaré, porque de vuestra mano...

—Dejad las lisonjas.

—¡Ay!...

—Con que...

—Hasta mañana á la misma hora de hoy, que es la mas oportuna.

El organista salió muy consolado del disgusto que habia tenido aquella mañana, y decidido á no dejar perder el negocio, pasó gran parte de la noche meditando, hasta que al fin se convenció de que era preciso obrar sin consideraciones de ninguna especie, porque sus enemigos no las tendrian con él. Despues del importante secreto que habia descubierto, no dudó que Fígaro, enterado de todo por Soledad, estaba haciendo un doble papel, ó ya que así no fuese, tomaba una parte muy activa en cuanto hacia relacion al amor del paje.

Cuán temible era el barbero, lo sabia por esperiencia don Basilio, y para evitar que le sucediese lo que cuando el casamiento del conde, no debia vacilar en dar un golpe decisivo antes de recibir el que le amenazaba.

Posible era que Fígaro perdiese la paciencia, y acordándose de que tenia buenos puños y algunas antiguas deudas que liqui-

dar, rompiese una costilla al sacristan; pero como este se encontraba ya comprometido y era tarde para que retrocediese, no le quedó mas recurso que herir mortalmente á su enemigo para inutilizarlo.

La carne, el vino y una esperanza risueña, dieron al organista un sueño profundo, cuya tranquilidad no fué alterada por los remordimientos del inícuo plan que habia trazado.

¿Qué le importaba que Rosa se perdiese?

En toda historia un poco interesante debe haber una víctima. En aquel drama le tocaba á la condesa pagar por todos: la culpa era de la fatalidad, de la índole de los sucesos.

Así lo pensó el organista, concluyendo por decir, cuando se cerraban sus despestañados ojos:

—Entre mi antigua discípula y yo, no puedo ni debo vacilar. Antes que todo y que todos es lo que va dentro de mi sotana.

Y sonrió tan dulcemente como una casta niña cuando abriga el primer pensamiento de amor y sonrie al dormirse para soñar con el objeto amado.

Á la mañana siguiente, apenas concluyó de hacer lo mas indispensable en la parroquia, fué en busca de la mula y tomó apresuradamente el camino de la quinta, decidido á llevar á cabo su diabólico plan.

Cuando llegó y preguntó por el conde, le dijeron los criados que, no solamente habia madrugado su señoría, sino que habia salido á pasear y no habia vuelto.

—¿Y Fígaro?—preguntó entonces.

—Ahora,—respondió un sirviente,—lo dejo en la sala de los retratos, hablando con el señor Querubin.

—No faltará Soledad por allí cerca,—repuso maliciosamente el sacristan.

—Pues os equivocais, porque ha salido por flores que le ha mandado buscar la señora condesa.

Esta última noticia fué la de mas importancia para don Basilio.

—Bien,—dijo para sí.—La ocasion la pintan calva. Debo ir tambien á pasear. Si encuentro al conde lo prepararé, y si la suerte me depara á Soledad terminaré el negocio, porque ahora poseo un arma ante la cual no tendrá mas remedio que rendirse.

Y sin detenerse ni aun para almorzar, dirigióse hácia el sitio en que creyó estaria la doncella.

Entre tanto el conde paseaba, ó mas bien vagaba, atormentado por sus celos como el dia anterior, intentando aclarar sus dudas y encontrar solucion á las graves cuestiones que se presentaban.

De nadie podia valerse para que le ayudase, porque hubiera tenido que confesar sus sospechas, lo cual era comprometer su honra, cuando tal vez á nadie le habia ocurrido sospechar de la condesa ni habria motivos para ello.

Fígaro era la única persona que debia saber la verdad; pero cuando habia callado y disimulaba, seria en vano preguntarle.

Además, el conde no queria rebajar su dignidad á los ojos del barbero.

Con la frente contraida y la mirada sombría, la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados, absorto en sus negros pensamientos y con desigual y tardo paso, llegó el conde á uno de los sitios mas deliciosos del jardin.

Era una anchurosa esplanada, de forma circular, rodeada por un muro, puede decirse, de adelfas, acacias, rosales frondosos de Alejandría y arrayanes tan espesos que hubiera sido imposible salir de allí por otra parte que por el único punto en que estaba á

propósito cortada la cerca, presentando una abertura por donde solo una persona podia pasar.

En medio de la esplanada se levantaba una fuente de mármol blanco con saltador, que lanzaba á bastante altura el agua cristalina y fresca que, despues de caer, una tras otra, en las dos tazas de la fuente, corria por entre el musgo, formando tortuoso arroyo hasta perderse entre los espesos troncos de los arrayanes.

Á dos opuestos lados de la fuente y bastante separados, habia dos pabellones, cuyas paredes estaban cubiertas de enredaderas y jazmines. Entrábase en ellos por una pequeña puerta que tenia cada uno, y subiendo tres escalones de mármol, y en su interior se encontraba una mesa, un divan y algunas sillas. No tenian ventanas y recibian la luz por la puerta y algunas claraboyas con cristales de colores que habia practicadas en el techo que formaba cúpula.

El agua de la fuente y la sombra que proyectaba la verde cerca, daban á aquel sitio una frescura la mas agradable. Respirábase allí un ambiente embalsamado, y los jilgueros y ruiseñores cantaban sin cesar mientras las tórtolas y palomas arrullaban ó bebian en la corriente del cristalino arroyo.

Cuando llegó el conde á la entrada de aquel delicioso recinto, se detuvo.

Estaba cansado y tenia calor.

¿Dónde mejor hubiera podido descansar y aun meditar?

La verde y florida espesura le ofrecia su sombra.

La fuente le brindaba sus aguas puras y frescas.

Los pabellones lo convidaban con su silencio, su aislamiento y sus discretas paredes.

El conde levantó la cabeza y aspiró con avidez aquella atmósfera embalsamada.

Luego entró en la esplanada con intento de descansar en uno de los pabellones.

Pero á los pocos pasos se detuvo, cambió de espresion su rostro y brillaron sus pupilas.

Acababa de ver á Soledad, que bebia agua en la fuente.

Las ideas de Almaviva cambiaron repentinamente como su semblante.

Se olvidó de sus celos, y tan arrebatado como momentos antes por estos, se sintió entonces por la mirada ardiente y espresiva de la doncella.

Esta se limpió los labios, miró á su alrededor como si buscase ayuda, luego al único sitio por donde podia escapar y que estaba interceptado por su señor, y quedó inmóvil.

Ninguna ocasion como aquella para dar el golpe decisivo aconsejado por el sacristan.

Era una cobardía, una necedad, una torpeza el no aprovechar momentos tan preciosos.

Así lo pensó el conde.

Además, nunca como entonces podria convencerse de si el organista lo engañaba ó se hacia ilusiones en cuanto á las buenas disposiciones de Soledad.

Pero ¿y si esta lo despreciaba?

El paso era, pues, muy peligroso.

¿Y si la doncella esperaba una declaracion?

Se burlaria de la timidez del conde.

Este dudó algunos momentos y al fin se acercó á la sirviente.

—Bendita mi estrella,—dijo,—porque en tan buena ocasion me trae aquí.

—Señor.....—murmuró Soledad, bajando los ojos y poniéndose colorada como una cereza.

—¿Por qué te turbas? ¿Me habré equivocado al creer que me ha conducido aquí la fortuna?

—Dejadme, señor...

—¿Es posible que te deje?—repuso el conde con dulcísimo acento.—¿Te desagrada tanto mi compañía?...

—¡Ah!—interrumpió la sirviente.—Si alguien llegara y os viese conmigo...

—Nada temas, encantadora Soledad: acabo de recorrer todo eso y no hay nadie...

—Os suplico...

—Yo á tí que me escuches algunos momentos, no mas que algunos momentos que necesito para esplicarte lo que otro no ha podido decirte porque no lo siente como yo.

—Señor conde, me comprometeis...

—Tranquilízate,—replicó Almaviva, queriendo coger una de las manos de la doncella.

—Alejaos,—dijo esta, retrocediendo algunos pasos, aunque sin mostrar enojo.

—Se defiende por fórmula,—pensó Almaviva:—su boca dice que no y su rostro que sí.

Y cobrando alientos, contando como seguro su triunfo, adelantó algunos pasos; pero se detuvo nuevamente y exclamó con despecho:

—¡Oh!...

—¡Estoy perdida!... ¡Idos!—dijo Soledad con espanto.—¿No oís?... Se acercan... ¡Y es don Basilio, ese intrigante á cuya lengua murmuradora temo mas que á la muerte!... Por Dios, señor conde, alejaos...

Efectivamente, se oia la sonora voz del sacristan, que con toda la fuerza de sus pulmones y sin duda en un arranque de mi-

sico entusiasmo, cantaba un aria. Parecia dirigirse allí porque el sonido de su voz se acercaba gradualmente.

Aunque no eran para el organista un secreto las amorosas pretensiones del conde, sin embargo á este le desagradó que en tales momentos lo interrumpieran; pero ya que así habia sucedido y era forzoso dejar para otra vez la comenzada obra, ocurrióle al infiel marido ocultarse en uno de los pabellones y escuchar con el fin de ver de qué manera lo servia el intrigante sacristan.

—¡Por Dios!... ¡Idos!—repitió Soledad con acento suplicante.

—Ya es tarde,—respondió Almaviva, mirando á todos lados;—no hay mas que esa salida y nos encontraremos...

—¡Oh!...

—Me ocultaré... aquí...

—Puede darle la tentacion de entrar... Ya llega...

—Procura alejarlo cuanto antes,—dijo el conde.

Y entró ligeramente en uno de los pabellones.

Á tiempo se ocultó, porque el organista, sin dejar de cantar, presentóse en aquel instante.

No podemos asegurar, porque el manuscrito de donde sacamos estas noticias no lo espresa, si don Basilio vió esconderse al conde y disimuló, ó si creyó que Soledad estaba sola; pero sí sabemos que al presentarse suspendió el canto y sonrió con espresion diabólica, lo cual nos induce á creer que no se le habia ocultado el juego.

De una manera ó de otra, es lo cierto que fijó en Soledad una mirada escudriñadora, arqueó las cejas, estendió los brazos y

—¡Ah!—exclamó con acento tan atronador y prolongado que los pájaros que estaban en la espesura volaron espantados.

—¡Ah!—exclamó tambien la doncella.

—¿Te has asustado?

—Me sorprendí porque... creí que era un rebuzno...

—Siempre lo mismo, burlona, epigramática... Me alegro, porque eso prueba mucho ingenio, una imaginacion ardiente y fecunda...

—Ya sabeis que vuestras lisonjas me enfadan. Por consiguiente, dejadme, no quiero que esteis á mi lado, os lo tengo dicho, y no debiérais buscarme.

—Ahora te has equivocado, —replicó el organista, acercándose á la sirviente.—Buscaba al señor conde para tener la honra de saludarlo. ¿Lo has visto? Me han dicho que paseaba en el jardin...

—¿Por qué he de haberlo visto?

—Hermosa Soledad, si no me escucharas con tanta prevencion, si no me aborrecieras, nada de particular habrias encontrado en mi pregunta. Pero dejando esto, y ya que mi ventura me ha traido, hablaremos del importante asunto que tenemos pendiente...

—¿Y quereis que no os aborrezca cuando estais conspirando contra el hombre que ha de ser mi marido?

—Lógica, Soledad, mas lógica. Yo te ofrezco la fortuna, y desear el bien á una mujer no es querer el mal de su marido.

—Segun vuestros principios no es malo, y por eso os habeis hecho agente de la corrupcion. ¡Oh!... No sé cómo tengo paciencia para escucharos...

—¿Te pido para el señor conde algo que no vayas á prodigar para otro?—replicó el organista con acento del mas frio cinismo.—Gracias á la dulce ceremonia, lo que hoy te prohiben te lo impondrán mañana como un deber...

—¡Miserable!...

—Cálmate, Soledad,—repuso don Basilio sonriendo.—Este mundo es una farsa ridícula. De todas las cosas sérias, el casamiento es la mas divertida, y por consiguiente...

—¡Qué horror!—exclamó Soledad.

—¿No te tranquilizas?... Será al fin lo que quieras, y siento mucho que te hayas vuelto hipócrita, lo cual es una vulgaridad, porque no hay mujer que deje de serlo. Yo sé á qué atenerme, y estoy convencido de que no es Fígaro el mayor obstáculo que tendré que vencer: ese maldito paje...

—¡Querubin!—exclamó Soledad con espanto, porque pensó en que el conde estaba oyéndolo todo.

—Sí,—repuso don Basilio con calma,—*Cherubino di amore*, ese querubin terrenal, que á pesar del nombre debe haber sido engendrado por Lucifer... ¡Oh!... Estabas colorada como un tomate y ahora te pones pálida como la cera... Parece que he tocado la cuerda sensible, la verdadera tecla, el resorte poderoso...

—¡Oh!—murmuró Soledad, que efectivamente habia palidecido.

—¿Crees que ignoro lo que pasa? ¿Has podido cometer la torpeza de pensar que ayer me engañó Fígaro con aquella farsa del ensayo amoroso del paje? Te equivocas: escuché toda la conversacion desde el principio ¿lo entiendes?

—¿Qué estais diciendo?

—Que á mí no se me da gato por liebre como al señor conde...

—Callad...

—No.

—Idos ó me iré.

—Si te dejo...

—¿Os atrevereis á estorbarme el paso?

—Sí, y tú no te atreverás á pedir socorro, porque entonces cantaria yo muy claro, y como tengo buena voz...

—Sois un infame...

—¿Porque digo la verdad? ¡Oh!... Pues lo que me has oido es nada para lo que callo. Vuelvo á aconsejarte que me escuches con calma porque te interesa hacerlo así.

La frente de Soledad estaba inundada de sudor y su respiracion era agitada. Si era verdad, como parecia, que don Basilio habia escuchado el dia anterior toda la conversacion de ella y Querubin, no habia para este salvacion y Rosa estaba perdida.

¿Qué hacer en aquella situacion?

El organista era capaz de todo lo malo y esto lo sabia la sirviente.

Seguia escuchando el conde sin perder una sola palabra. Iban á aclararse sus dudas; pero en un sentido que le espantaba, segun las indicaciones del sacristan.

—Soledad,—repuso este despues de algunos momentos,—ya sabes que estoy muy interesado en servir al señor conde, que en ello va mi fortuna, y que por consiguiente he de hacer cuanto pueda para conseguir sus deseos. Yo hubiera querido no hacer mal á nadie, y emprendí el camino de la persecucion; pero como por este no adelanto nada, sino que al contrario, me espongo á recibir un golpe mortal de mis enemigos, tengo que apelar al terror, amenazar y en último caso herir, porque hacer un bien á otro, haciéndose uno mal, es una estupidez, y yo seré cuanto quieras menos estúpido.

—Si como otras veces, pensais recurrir á la calumnia, diciendo que me ama Querubin...

—No diré semejante cosa, ó por lo menos lo pondré en duda; ya sé que el paje pica mas alto, tiene otras aspiraciones...

—¡Don Basilio!...

—No te asustes: ahora nadie nos escucha.

—¡Ah!... ¿Tendreis valor para perder á esa infeliz criatura, porque ha caido en desgracia del señor conde?... Sois un villano...

—Cuanto quieras; pero entre tanto, tú favoreces á Querubin, ó por lo menos, callando alientas sus locas pretensiones.

—Callad,—replicó la doncella fuera de sí;—callad...

—No, porque antes quiero que sepas lo que sucederá si no complaces á su señoría.

—Pues bien,—dijo resueltamente la sirviente,—no accederé á lo que me proponeis.

—Vendrá la señora Anastasia.

—Que venga.

—Y el señor conde sabrá que su paje...

—El señor conde,—interrumpió la doncella,—os conoce ya; sabe por esperiencia que cuando no teneis otro medio, apelais á la calumnia... .

—Soledad...

—No y cien veces no.

—¿Decididamente?

—Antes me dejaré matar y veria morir á cuantas personas quiero, sin esceptuar á Fígaro. Hemos concluido: alejaos ó dejadme salir, y si me estorbais el paso... ¡Oh!... Me sobran alientos para arrancaros la lengua.

Soledad rechinó los dientes y sus ojos despidieron dos centellas.

—Escandalizad ahora si quereis,—añadió,—abusad de vuestras fuerzas; pero antes de una hora dareis cuenta de vuestro proceder á Fígaro.

—Me iré,—dijo el sacristan palideciendo;—pero no por

miedo, sino porque nada tengo que hacer aquí... Adios, Soledad: mañana vendrá la señora Anastasia para reclamar sus justos derechos, y el señor conde sabrá á qué atenerse. Renuncia á casarte; pero no culpes mas que á tu ligereza, á tu torpeza, á tu capricho, y cuando te arrepientas será tarde.

Don Basilio hizo un gesto de terrible amenaza, remangóse la sotana y desapareció.

La doncella quedó inmóvil por algunos instantes.

No sabia si alejarse tambien para evitar las esplicaciones que esperaba le pidiese el conde de las palabras del sacristan, aunque este se habia esplicado tan claramente que no dejaba duda, ó si permanecer para defender á la condesa.

Con lo primero nada adelantaba, porque la huida revelaba miedo y este suponia delito.

Lo segundo era muy difícil.

Como era consiguiente, Soledad prefirió arrostrar cualquier peligro, trabajar para vencer cualquiera dificultad, á abandonar á Rosa en aquella apurada situacion.

La lucha era desigual; los medios de defensa eran muy pocos, quizás no habia ningunos mas que el pedir pruebas de las acusaciones, negando estas, lo cual no era bastante satisfactorio.

La doncella necesitaba todo su valor, toda su sangre fria y el claro ingenio de que tantas pruebas habia dado en otras ocasiones.

Entre tanto Almaviva, que habia dado á las palabras del sacristan el significado que les correspondia, dudaba tambien entre seguir oculto ó presentarse á Soledad.

Su situacion era tambien en estremo difícil.

¿Le permitia su dignidad entrar en esplicaciones sobre la conducta de su esposa y el paje?

¿Y qué papel iba á hacer callando y disimulando?

El celoso marido se sintió trastornado. Difícilmente podia contener la ira; pero haciendo un esfuerzo sobrehumano, consiguió dominarse y reflexionar, pensando que si bien se examinaban las palabras terribles de don Basilio, no acusaban mas que á Querubin, no trataban mas que de las aspiraciones de este, pero de ningun modo de los pensamientos ni mucho menos faltas de la condesa.

Estaba en claro una parte de las dudas del conde: el paje no galanteaba á Soledad, estaba enamorado de Rosa.

Pero ¿cuáles eran las intenciones de esta, cuál su conducta?

Esto era lo mas importante; pero tambien lo mas difícil de averiguar.

Algo mas tranquilo, aunque horriblemente atormentado, decidió el conde salir de su escondite y hablar á la doncella.

—Tambien es posible,—pensó,—que todo ello sea una calumnia del organista. ¿No apeló al mismo medio infame contra mí para acabar con el amor de Rosa? ¿No le dió entonces tal colorido de verdad que solo la astucia de Fígaro pudo salvarme?

Esta última reflexion acabó de dar al conde, si no una completa tranquilidad, al menos la suficiente para presentarse á Soledad con alguna calma, y salió del pabellon, acercándose á la sirviente y fijando en ella una mirada penetrante.

Hubo algunos momentos de silencio embarazoso para ambos.

—Señor,—dijo al fin la doncella con una severidad, con una acritud que no hubiera podido tolerarse á un criado sino en semejantes circunstancias,—ya lo habeis oido.

—¡Oh!—exclamó el conde con voz de reconcentrada ira.—No he perdido una palabra ni tampoco un gesto; pero lo que acabo de oir necesita esplicaciones.

—¡Esplicaciones!—repitió Soledad con fingida sorpresa.—Cuando se niega lo que no hay obligacion de conceder, las esplicaciones están demas. Creo que mi respuesta ha sido terminante...

—No me comprendes,—interrumpió el conde,—ó no quieres comprenderme. ¿Qué significan las acusaciones de don Basilio?... ¡Oh!..... Contesta, Soledad, contesta, y líbrete Dios de mentir, porque todo el cariño que te tengo se convertiria en odio si me engañases. ¿Á qué amores se refiere el sacristan al hablar de mi paje?

—Calumnias, señor, y creí que así lo hubiérais pensado. ¿No conoceis el sistema de ese hombre? ¿Qué hizo en otro tiempo para favorecer á don Bartolo?

—Ahora no tendria objeto la calumnia.

—El pícaro sacristan aborrece al señor Querubin.

—¡Siempre Querubin!—murmuró el conde con despecho.—No será mucho tiempo mi sombra..... Tú conoces ese amor del paje, sabes cuáles son sus misteriosas aspiraciones y es preciso que me lo digas.

—¿Qué me importan los amores de ese niño? Lo quiero, sí; me agrada su conversacion, como les sucede á todos; pero no me ocupo en averiguar sus pensamientos.

—Basta de fingimiento,—replicó ásperamente el conde.

—Señor,—dijo Soledad, dando algunos pasos para alejarse de Almaviva,—yo no soy espía ni delator como el sacristan; soy una mujer pobre, pero honrada, y no debo escucharos, porque ya sé el fin con que me buscais... Siento disgustaros, os suplico que no os enojeis; pero... me perseguís en vano, jamás conseguireis que falte á mi deber, ya que vos faltais al vuestro y pagais tan mal al pobre Fígaro.

Estas palabras, dichas con acento de altivo desden y la mas

firme resolucion, ofendieron al conde, cuyas mejillas enrojecieron para palidecer despues.

—¡Oh!—exclamó, acercándose á la doncella.—¿Sabes lo que has dicho? ¿Piensas con quién hablas, desdichada? Soy tu señor, estás obligada á obedecerme...

—Si no me pedís la honra...

—Te mando que me digas de quién está enamorado el paje...

—Pues bien,—replicó Soledad como impulsada por la desesperacion,—he callado por evitaros un disgusto; pero ya que me obligais os lo dire. Vuestro paje está enamorado de una mujer á quien no se acercará so pena de ser vuestro rival...

—¡Mi rival!—exclamó Almaviva, cuya frente se inundó de sudor.

—Una mujer que labraria su desgracia escuchando á ese niño, cuyo amor es una locura, un crímen...

—¡El nombre de esa mujer!—gritó el conde, asiendo fuertemente de un brazo á la doncella.—¡Su nombre, vive Dios!..... ¡Pronto!...

—Su nombre,—replicó Soledad como si el arrebato de su coraje le hubiese trastornado la razon,—su nombre es el de una víctima vuestra...

—¡Por el infierno!... Acaba...

—Francisca la molinera.

—¡Oh!..... ¡Mientes!—exclamó el conde fuera de sí.—Mientes...

Y sus ojos despidieron dos centellas.

—Me lastimais el brazo... dejadme...

—Esa mujer es...

—Si miento, don Basilio os dirá la verdad,—replicó la sirviente.

Y corrió hasta la puerta del otro pabellon, añadiendo:

—No me sigais, señor, porque me encerraré.

Empero el conde, ciego de ira, no se detuvo y alcanzó á la doncella á tiempo que esta abria la puerta para entrar.

Resuelto estaba Almaviva á dejar en claro sus dudas; pero se le presentó un inconveniente que no esperaba, y al poner el pié en el interior del pabellon, quedó inmóvil y mudo como si hubiera encontrado un abismo que le impidiera seguir y le llenara de espanto.

Su rostro enrojeció como si fuera á brotar la sangre, y la ira hizo temblar convulsivamente sus miembros, en tanto que sus ojos, relucientes como dos ascuas, fijaban una mirada penetrante y aterradora en el objeto de su desesperacion.

Querubin estaba en el pabellon: Querubin, que debia haberlo escuchado todo.

¿Podia ser mas comprometida la situacion del conde en aquellos momentos?

¿Podia ser mas ridícula su posicion delante del paje?

Razon habia para que sus ojos se inyectaran en sangre y la ira le hiciera temblar.

¿Y cómo desahogar su enojo?

Querubin no habia cometido ninguna falta con estar en el pabellon, porque aquel no era un lugar que le estuviese vedado.

Además, el conde no podia echarle en cara amorosos desmanes, no justificados, cuando él acababa de cometer uno que era á la vez un abuso de su elevada posicion, una ingratitud y una traicion.

Habia, pues, perdido la fuerza moral y no podia hacer uso de la material sin esponerse á que su víctima se vengase, publicando el secreto que acababa de sorprender.

Soledad, porque así le convenia, acudió en socorro de su señor.

—Dejadme,—dijo sonriendo:—la señora condesa me aguarda... ¡Oh!... Cuando estais de buen humor y os empeñais en darme bromas, no me dejais hacer nada.

Claro es que de esto habia de reirse Querubin, á quien no era posible engañar; pero daba al conde ocasion para decir algunas palabras y alejarse, lo cual era difícil hacer de otra manera.

—Válgate,—dijo Almaviva con mal fingida calma,—que me ha interrumpido ese muchacho.

—Y yo,—dijo el paje,—que me habia quedado dormido, he despertado... asustado...

—¿Con que dormias?—repuso el conde.

—Sí, señor: he andado mucho, estaba muy cansado, me recosté en ese divan...

—Habrás soñado...

—Sí... pero... lo que sueño se me olvida al despertar.

El conde se alejó sin pronunciar una palabra mas: le hubiera sido imposible contener la ira que lo trastornaba.

—¡Gracias!—exclamó el paje, estrechando cariñosamente las manos de Soledad.—¡Cuánto os debo!...

—Señor Querubin,—dijo la doncella,—teneis mas entendimiento que yo y podeis conocer que nunca habeis corrido tanto peligro como ahora.

—Lo sé; pero no me importa si se salva la condesa.

Soledad movió la cabeza con aire de duda y repuso:

—No sé lo que va á suceder: quiera Dios que no acabemos de manera que á todos nos pese. Este enredo empezó casi por una broma, y ya veis cómo se va poniendo. El señor conde no os perdonará.

—Como yo tampoco lo perdono: acabo de herirle en la misma fibra que él me hirió: yo me ví humillado y sin poder defenderme, y él ha tenido que volver la espalda avergonzado y sin poder vengarse.

—Pues bien, señor Querubin, puesto que conoceis los peligros de la situacion y estais convencido de que siguiendo así ha de sobrevenir una desgracia para todos, evitadla, siquiera por doña Rosa á quien tanto amais.

—¡Rosa!—exclamó el paje, cuyos ojos brillaron con el fuego de la fiebre.—La amo y la amaré: será mia porque mi constancia vencerá todos los obstáculos, y la incalificable conducta de su marido tranquilizará su conciencia, acabará con los escrúpulos de su virtud; pero si así no sucediese,—añadió Querubin con exaltacion,—si algun dia se desvaneciese mi esperanza, á los piés de Rosa, pronunciando su nombre, me quitaria yo mismo la vida para que el último suspiro de mi amor se confundiera con los de sus dolores y juntos se perdiesen en el espacio.

—¡Oh!... Me asustais...

—Soledad,—interrumpió el desgraciado niño, oprimiéndose el pecho y sonriendo con horrible amargura,—tranquilizaos y... Dejadme... ¿Sabeis á dónde va el conde ahora? Á ver á la condesa para hablarle de mí... Mucho nos importa saber lo que dicen, y aprovechareis mejor el tiempo escuchando que aconsejándome.

De esta verdad estaba convencida la sirviente, así que, sin replicar se alejó triste y meditabunda mientras el paje se dejaba caer en el divan para entregarse á sus dolorosos pensamientos.

CAPÍTULO XXI.

De cómo se aumentaron las sospechas del conde.

Querubin no se habia equivocado.

El conde se dirigió á las habitaciones de su esposa con intento de esplorar el ánimo de esta con respecto al paje. Decidido á no confiar á nadie el secreto horrible de sus sospechas, tenia que hacer por sí mismo, venciendo muchas dificultades, lo que tal vez otro hubiera podido hacer fácilmente; pero su dignidad no le permitia manifestar que conocia la ofensa sin haberla castigado con el rigor que debia exigir su honra.

Bien ajena Rosa de la tormenta que la amenazaba, estaba sola en una de sus habitaciones y acababa de cerrar un libro en cuya lectura habia buscado inútilmente distraccion á sus sombríos pensamientos, cuando el conde, sin anunciarse ni pedir licencia, entró.

Creyó la condesa que su esposo, conociendo el error que habia cometido el dia anterior, iba á remediarlo con muestras de cariño

y ternura, siquiera fuesen fingidas; pero comprendió que se habia equivocado al ver el rostro pálido y contraido del conde, que en vano intentaba disimular lo que sentia.

Rosa, pues, aunque sin adivinar lo que debia suceder, se preparó á todo y compuso su semblante de manera que no revelase tristeza ni alegría, que no dejase traslucir ni la mas leve desconfianza. Su situacion era mas ventajosa que la del conde.

Este debia encontrar mil obstáculos, siendo el primero la manera como habia de principiar la conversacion, que sin descubrir su propósito, le permitiera tocar el punto que le convenia para lograr su deseo.

—Buenos dias, condesa,—dijo sin saber aun cómo habia de seguir hablando.

Pero Rosa lo sacó del apuro, bien porque creyó que así le convenia, ó impulsada á su pesar por su impaciente curiosidad de mujer, y respondió:

—El cielo os guarde, conde... ¿Estais enfermo?

—No...

—Por lo menos triste...

—De mal humor,—repuso Almaviva, sentándose distraidamente.

—¿Pues qué os ha sucedido?—preguntó la condesa con dulzura.

—Si bien se mira,—dijo el conde despues de algunos momentos de vacilacion,—nada que valga la pena, no solo de disgustarme, pero ni aun de ocuparme de ello, y sin embargo, me mortifica, como veis, porque las cosas, por insignificantes que sean, pueden servir de fundamento para otras muy graves, y aunque no, llegan á enojar cuando se repiten con mucha frecuencia.

—Pero ¿qué es ello?—volvió á preguntar Rosa con mues-

tras de la mas viva curiosidad.—¿Quién se atreve á daros enojos? Conde, vuestra alegría es la mia, es la misma nuestra felicidad, y suponiendo que podeis evitar esos disgustos, castigando á quien osa disgustaros, os ruego que lo hagais así.

—En mi mano está el evitarlo; pero me detienen consideraciones que quizás no debiera tener, escrúpulos exagerados y... nécios pudiera decir.

—No adivino...—repuso la condesa, cuyas mejillas palidecieron ligeramente.—Consideraciones... escrúpulos... Si no os esplicais...

—Me refiero,—dijo el conde, fijando en su esposa una escudriñadora mirada,—á ese niño audaz, que abusando del cariño con que le honro, de la libertad que le he permitido, comete cada dia nuevos y mayores desmanes, como si nada hubiese respetable para él ó se hubiese propuesto poner á prueba mi paciencia.

—Sin duda,—dijo la condesa, esforzándose para disimular su turbacion,—quereis hablar de...

—Querubin,—repuso Almaviva, que sin apartar la mirada del rostro pálido de Rosa parecia querer leer en él lo que esta sentia.

—¡Ah!...

—¿Os sorprende?

—Me sorprende...—replicó la condesa con insegura voz,—que os haya dado motivos de enojo... lo cual es estraño en su buen entendimiento...

—Su buen entendimiento lo emplea mal, muy mal. Es ingrato...

—Sin embargo, os quiere...

—¿Lo creeis así?

—Me habeis dicho, si mal no me acuerdo, que dos veces os

ha salvado la vida con riesgo de la suya, y esto no se hace por cualquiera.

—Pero puede hacerse, no solo por cariño, sino por vanidad, por falta de reflexion...

—Mi querido conde,—replicó la condesa con cuanta dulzura le fué posible,—creo que en este instante vos sois el ingrato.

—¡Señora!...

—Al fin le debeis la vida... ¡y por dos veces!...

—¿Con que defendeis contra mí la conducta de ese atrevido rapaz?—dijo el conde, cuyo rostro se contrajo mas de lo que estaba.

—He dicho lo que se me ocurre; pero no lo defiendo. ¿Olvidais que he sido la primera en aconsejaros que no tengais mas tiempo á vuestro servicio á Querubin? Segun vuestra misma opinion, si de algo he pecado ha sido de esceso de rigor.

—Sí, pero...

—Creo que teneis razon: no era justo castigar tan severamente una locura de niño, cuando la perdonaríamos á un hombre.

—Pronto habeis cambiado de opinion,—replicó Almaviva con amargura.

—He seguido la vuestra, imito vuestra generosidad, vuestra clemencia... Pero en fin, ¿qué otra calaverada ha hecho vuestro paje? ¿Ha vuelto al molino? No me habeis dicho aun la causa de vuestro enojo. Esplicaos, conde.

—No sabré deciros lo que es,—respondió el conde, que efectivamente no sabia qué acusacion inventar:—la conducta de Querubin da lugar á murmuraciones; se cuentan de él mil cosas de que no he querido pedir esplicaciones ni apenas he escuchado; pero sean sus faltas leves ó graves, el resultado es el mismo, que se murmura de él por lo que hace y de mí porque lo tolero.

—Eso es muy vago,—repuso Rosa con forzada indiferencia;—decir que se murmura, y nada mas, es casi como no decir nada: si no se concreta la acusacion, si no hay mas que aquello de, es malo porque lo es, me parece bien poco para juzgar y mucho menos para castigar.

—Pues bien,—replicó Almaviva, que apenas podia contener su enojo, cada vez mas creciente,—sabed que el paje está enamorado de Soledad y la galantea, la persigue sin recato. ¿Os parece poco? ¿No merece nada la honra de esa muchacha ni la de Fígaro?

—¡Ah!—exclamó Rosa con calma.—Yo ignoraba eso; pero estoy tranquila, porque conozco á Soledad.

—¿Es bastante que ella sepa guardar su honor, si los demas lo ponen en duda?

—¿Pero de cuántas mujeres está enamorado vuestro paje? Ayer era la molinera, hoy Soledad...

—Tal vez á ninguna ama; pero escandaliza.

—Lo que advierto,—repuso con ironía la condesa,—es que os habeis declarado protector de todas las mujeres.

—¡Señora!—exclamó el conde, que no esperaba la acusacion que tan disimuladamente acababa de lanzarle su esposa.—¿Quereis esplicar esas palabras?

—Antes deseo que me espliques el objeto de esta conversacion.

—Me habeis preguntado la causa de mi disgusto y os lo he dicho. ¿Qué estrañais, pues?

—Pues bien, lo siento; pero si nada mas teneis que noticiarme, hablemos de otra cosa porque veo que mis palabras aumentan vuestro enojo en vez de calmarlo.

El conde se puso de pié, porque la agitacion de su espíritu,

los esfuerzos que hacia para dominarse no le permitian estarse quieto.

La conversacion empezaba á tomar un giro desagradable y desfavorable para él; pero ¿cómo cortarla? Y aun no prosiguiéndola, ¿cómo averiguar lo que deseaba?

—Condesa,—dijo Almaviva despues de algunos instantes,—no es que se aumente mi enojo, sino que os ha enojado el asunto. Advierto una mudanza en vos, y confieso mi torpeza, no acierto á esplicármela. Ayer todo os parecia poco para castigar á ese atrevido niño...

—Y hoy,—replicó Rosa, llevando la cuestion otra vez al terreno que le convenia,—no escuso las faltas de Querubin, pero encuentro exagerado el vivo interés que os tomais por nuestras criadas.

El conde palideció.

—Bueno es,—añadió la condesa,—que mireis por la honra de los que os sirven; pero convertiros en su guardian como una dueña, en su defensor como un padre, es demasiado y pudiera dar un resultado opuesto al apetecido.

—Es mi deber,—replicó Almaviva,—y me sorprende que lo desconozcais.

—Cumplid, pues, con él.

—Lo cumpliré, sí,—repuso el conde con sequedad,—y Querubin saldrá de mi casa. ¿Lo entendeis?

—¿Acaso me opongo?

—No; pero os ha disgustado...

—Vuestro mal humor,—interrumpió Rosa con energía.—Si para desahogar vuestro enojo buscais un pretesto y una víctima...

—¡Señora!...

—Decid claramente que yo soy el motivo de vuestro disgus-

to; decidlo, conde, porque no podeis negar que habeis venido, no á quejaros de vuestro paje, sino de mí.

—¿Por qué? ¿Acaso me habeis faltado? ¿Cómo es que temeis si está tranquila vuestra conciencia?

Y dejándose llevar el conde de su arrebato, prosiguió diciendo:

—Hé ahí la esplicacion de vuestra estraña conducta. No me equivoqué... ¡Oh!..... Habreis de esplicaros, señora; habreis de decirme por qué temíais que me quejase de vos, cuando ningun motivo de queja me habíais dado.

—¡Ah!—murmuró Rosa con voz ahogada y como si trabajosamente contuviera el llanto.—Conozco vuestro carácter; muchas veces me habeis atormentado con vuestras locuras...

—¿Qué estais diciendo?

—Que vuestra única debilidad...

—¡Mi debilidad!—exclamó Almaviva, mirando con sorpresa á su esposa.—¿Cuál es mi debilidad? Señora, nuestra situacion es muy violenta y debemos esplicarnos.

Rosa contempló á su marido por espacio de algunos segundos, y luego, como quien se decide á arrostrarlo todo, dijo:

—Conde, lo que vos teneis...

—¿Qué es?... Acabad...

—Celos,—repuso la condesa con acento breve.

—¡Celos!—repitió Almaviva con reconcentrada voz.

Y enrojeció su rostro como si fuese á brotar la sangre, y fijó en Rosa una mirada de sin igual sorpresa.

—¡Celos!—volvió á decir despues de algunos instantes.—¿De quién?

—De nadie,—replicó la condesa;—de un fantasma sin nombre ni forma que os persigue y os espanta y contra el cual no os atreveis á luchar ni podeis vencer. ¿Es la primera vez que me

atormentais por la misma causa? ¿Y habeis podido nunca decir quién ni qué alimentaba vuestras dudas? Vuestros celos han nacido siempre de la sola idea de que yo podia ser débil como otras lo son.

—¡Un fantasma!—murmuró el conde con sorda voz.—¿Abrigaria yo dudas si tocara la realidad? No.

—Señor conde,—replicó Rosa con severa dignidad,—si para vos mi virtud no es una realidad que os tranquilice...

—Condesa,—interrumpió Almaviva, viéndose ya perdido en la cuestion,—no sé qué tengan que ver mis celos con mi paje: de este os hablo y me respondeis por los otros, y natural es que me sorprenda el giro que dais á la conversacion. Vine, me preguntásteis la causa del disgusto que revelaba mi semblante, os dije lo que sucedia con intencion de pediros consejo, y vos, en vez de contestarme, en vez de mostraros interesada en favor mio, empezásteis por defender á Querubin y acabásteis por acusarme sin fundamento.

—Es,—replicó la condesa,—que nunca os habeis cuidado tanto de la honra ajena, lo cual, si he de hablaros francamente, no me es grato.

—No os comprendo...

—Ni es menester por ahora.

—Condesa...

—En cuanto á lo que llamais defensa de vuestro paje,—repuso Rosa con visible agitacion,—no es mas que la reparacion de una injusticia.

—Tampoco os entiendo...

—Cuando acusásteis á ese pobre niño porque habia estado en el molino, me dejé arrebatar y lo herí en el alma con palabras humillantes que debieron hacerle sufrir horriblemente. Despues

pensé que el haber galanteado á la molinera no era falta que mereciese tan duro castigo, y me arrepentí de mi exagerada severidad. Ahora lo acusais otra vez sin mas fundamento que el de una vaga murmuracion, hija probablemente de la envidia, y no queriendo incurrir en la injusticia de antes, intento haceros comprender que no hay motivo para que os incomodeis. ¿Es eso lo que llamais defensa? ¿Os sorprende que me interese por ese desgraciado niño, á quien vos mismo me habeis enseñado á querer? ¡Ah!..... Confesad, conde, que no habeis meditado vuestras palabras, que os habeis dejado arrebatar por una mala impresion cualquiera y yo he pagado ajenas culpas. Hace algun tiempo que mirais con prevencion á vuestro paje, que es digno de compasion por sus desgracias, por su mismo carácter y aun su entendimiento, que lo emplea para atormentarse: miro con pena que el cariño que teníais á esa infeliz criatura se haya convertido en odio, ó por lo menos en indiferencia; pero no es mi pesar una razon para que me acuseis. ¿Os estorba Querubin? Despedidlo, haced lo que os plazca; pero no me hableis de él, dejadme en paz, porque al fin es asunto que no me atañe.

—Terminemos esta enojosa conversacion,—dijo el conde, que no sabia qué responder ni qué pensar de cuanto acababa de oir.—Os hablé del asunto porque se trataba de Soledad, á quien distinguís con tan especial cariño, y á quien tanto debemos.

—No somos menos deudores á Fígaro.

Almaviva miró con estrañeza á su esposa.

—Si tanto agradeceis,—añadió esta,—los servicios que nos prestaron en tiempo mas dichoso, pagadlos, que fácil os será.

—¿Pueden acaso quejarse de mí?

—Hace mucho tiempo que Fígaro y Soledad desean casarse...

—Se casarán; pero yo, por hacerles mayor beneficio...

—Como enamorados se contentan con ver satisfecha su pasion: no pasa dia sin que así me lo rueguen y...

—Hablaremos de eso,—interrumpió el conde, disponiéndose á salir:—no estoy muy satisfecho de la conducta de Fígaro, pero... se casarán bien pronto... Condesa, perdonadme si os he disgustado: mi intencion...

—Ya sé que me amais...

—Os lo juro,—repuso el conde, estampando un beso en la frente de su esposa.

Y salió mientras ella apretaba los puños y murmuraba con sorda voz:

—¡Falso!... ¡Ah!... ¿Tiene derecho á pedirme sinceridad?... No: su proceder me enseña, su infidelidad autoriza la mia: no estoy obligada á dar lo que me niegan, á hacer por otro lo que no hacen por mí.

Y animada por esta falsa y criminal doctrina, se entregó á sus amorosos pensamientos, dejando que volara su fantasía.

CAPÍTULO XXII.

De cómo el diablo proporcionó al sacristan una buena ocasion para atizar el fuego de la discordia.

Sin haber adelantado nada en la aclaracion de sus atormentadoras dudas, en mas crítica situacion con Rosa, y amenazado de nuevas exigencias de esta con respecto al casamiento de Fígaro, puede figurarse el lector cómo estaria el conde cuando se retiró á su aposento.

Trastornado por la ira y despechado por el éxito de sus amorosas pretensiones, necesitaba, ya que se frustraban todos sus planes, desahogar al menos su rabioso coraje, sentir el loco, estúpido consuelo de ver sufrir á los demas, siquiera fuese á los que, sin duda alguna, intrigaban tan de oculto y hábilmente.

Fígaro y Querubin, y por consecuencia Soledad, debian ser las víctimas inmoladas al terrible enojo del noble conde, sin que este se arredrase ante tan poderosos enemigos ni mirase la falsa posicion en que estaba colocado.

—Soy en mi casa señor absoluto,—habia dicho,—y en último caso nadie, ni aun mi esposa, se atreveria á resistirme abiertamente.

Pero como Fígaro habia pensado en esto y buscado el punto vulnerable que tenia el señor á pesar de su absoluta potestad, el resultado de la lucha era muy dudoso y podia quedar vergonzosamente vencido el que esperaba vencer.

No habia, pues, tiempo que perder: unos y otros comprendieron la urgente necesidad de obrar sin vacilaciones, de dar el golpe decisivo y terminar aquella situacion que por lo violenta no podia prolongarse.

—Corred,—dijo el conde al organista;—avisad á la señora Anastasia y que mañana venga, contando con mi proteccion.

—Pero, señor,—replicó don Basilio,—aun no sabeis...

—Lo sé todo,—interrumpió vivamente Almaviva,—sé tanto y mas que vos... No hay esperanza, y por consiguiente quiero hacer que cuanto antes sientan el peso de mi cólera los que han intentado burlarse de mí.

El sacristan hizo un gesto de sorpresa, que tal vez era fingida, estendió los brazos, miró al conde y exclamó:

—¡Señor!

—He tomado vuestro acertado consejo,—repuso el conde con acento irónico,—he hablado á Soledad para halagar su amor propio de mujer y...

Detúvose Almaviva, la espresion de su rostro se hizo mas sombría, y añadió:

—Os perdono, don Basilio.

Este se estremeció.

—Señor conde,—dijo, bajando la cabeza,—no es mia la culpa...

—Basta: haced lo que os mando y dejad las escusas para mejor ocasion. Que venga la señora Anastasia, que reclame y estorbe el casamiento de Fígaro y yo apoyaré sus pretensiones.

—Bien, señor, vendrá; pero eso no es bastante: hay otros enemigos...

—Querubin saldrá muy pronto de mi casa,—interrumpió el conde, adivinando lo que el organista iba á decir.

—¡Oh!... Yo os juro á fé de mi nombre que os dejaré vengado...

—Partid, no perdais tiempo.

Don Basilio salió sin detenerse.

Para él no era tan mala la situacion, porque contaba con el dote del ama de gobierno si Fígaro devolvia los cuatrocientos ducados, ó con la recompensa del conde si no se efectuaba el casamiento.

Por de pronto habia ganado la mula, que mal vendida recompensaba sobradamente su trabajo, y aunque fuese poco esperaba sacar algo mas.

—Si Querubin fuera rico,—decia mientras se alejaba de la quinta,—podria yo hacerle pagar caro mi silencio, amenazándole con descubrir el secreto de su amor; pero no puede ofrecerme mas que una amenaza. Sin embargo, la condesa, que no debe ser indiferente á la pasion del paje, pagará, aunque este no es negocio realizable ahora. Ya debe sospechar algo el conde, puesto que ha determinado despedir á ese diabólico muchacho, y no le sorprenderia la revelacion. ¡Oh! El golpe de hoy ha sido maestro, ha ido derecho al corazon del pobre marido, que no habrá perdido una de mis palabras. Pero duda, lucha y se desespera, y como nadie mas que yo puede decirle la verdad, pondré esta á buen precio, y el que mas pague... ¡Gran negocio!

Mientras así calculaba el sacristan sin que le remordiese la conciencia por el criminal comercio de honras con que pensaba enriquecerse, los habitantes de la quinta estaban entregados á sérias meditaciones.

Fígaro, Soledad y Querubin, iban, venian y conferenciaban sin cesar.

El conde pasó casi todo el dia encerrado en su aposento, y Rosa no salió del suyo sino para comer, ni recibió á nadie mas que á su doncella, única persona con quien habló.

La noche estendió sus tinieblas.

Dieron las diez y cada cual se encerró en su dormitorio.

Rosa se acostó; pero mientras contemplaba distraidamente la ténue luz de la lamparilla, pensaba en Querubin, dejando ver en su hechicero rostro las dulces emociones que sentia, sin temor de que nadie adivinase el terrible secreto de su pasion.

El conde probó á distraerse leyendo; pero bien pronto hubo de dejar el libro, porque su pensamiento se rebelaba á fijarse en otra cosa que sus dudas y sus proyectos de venganza.

Por lo que pudiera ocurrir, Fígaro habia ido á vigilar cerca de las habitaciones de Rosa, y desvelada tambien Soledad, cavilaba y decia:

—No se prepara mala broma. ¿Tendré al fin que cumplir lo prometido, sacando los ojos á la señora Anastasia? Mañana vendrá... Dios me tenga de su mano.

Querubin no se habia acostado: habia empezado por pasear en su dormitorio, pensando en la condesa, y acabó por sentarse, tomar la pluma y escribir en verso, porque así suelen esplicarse con mas facilidad los enamorados. Aunque estaba demasiado despierto, dió á sus versos el título de *Sueños de amor*, y sin interrumpirse hizo estrofa tras estrofa, espresándose con tal ternura,

con tal pasion, que no era posible leerlas sin sentirse profundamente conmovidos y olvidarse de buscar los defectos de arte que tenian.

Así pasó el hermoso niño hasta las cuatro de la mañana, hora en que se durmió, recitando sus versos.

La noche acabó.

Empezó el sol á esparcir sus rayos y á revivir la naturaleza con toda la belleza y la poesía de los perfumados dias de abril y mayo.

Antes que despertase el conde estaban ya reunidos en el jardin Fígaro, Soledad y el paje.

Conferenciaron largamente sobre la intriga que tenian preparada; pero Querubin acabó por hablar solamente de su amor, y el barbero y la doncella por aconsejarle y amenazarle.

—Escuchad,—dijo el desgraciado niño, sacando un papel;—en esto he ocupado la noche; aquí vereis lo que siento y os convencereis de que me es imposible retroceder.

Y leyó los versos que habia escrito y que hicieron palpitar con violencia el corazon de Soledad.

—Ningun título,—dijo Fígaro,—hubiérais podido darle á vuestra obra mejor que el que le habeis dado, porque verdaderamente eso es soñar. Guardad cuidadosamente ese papel, ó mas bien rompedlo, porque si cae en manos del conde acabará de comprender lo que ya sospecha.

—No digo quién es el objeto de mi amor,—replicó el mancebo,—y como no es la condesa la única mujer que hay en el mundo, nada podrá deducir de aquí.

—Á pesar de eso...

—¡Romper este papel donde está retratado mi corazon!... ¡Jamás!

Las prudentes razones de Fígaro nada consiguieron, y el paje guardó su obra.

Separáronse despues de recomendarse el disimulo.

Querubin se dirigió á un bosquecillo.

El barbero fué á ver si habia despertado el conde.

Soledad se encaminó al aposento de su señora para vestirla si queria madrugar como otras mañanas.

¿De qué hablarian la condesa y su sirviente?

Fácil es adivinarlo.

La mujer, si no es siempre débil, está mas espuesta á serlo que el hombre, porque es mas impresionable que este.

Por esta razon la doncella llegó á conmoverse hasta tal punto al escuchar á Rosa, que tuvo la debilidad de decirle que el paje habia escrito unos versos titulados *Sueños de amor*, que podian enternecer al corazon mas duro.

En un segundo se triplicó el amor de la condesa, lo cual no pudo prever Soledad porque, si bien tenia un entendimiento muy claro, desconocia completamente el corazon humano.

¿Cómo habia de creer la doncella que una cosa tan sencilla podia hacer tan grave mal?

Hablaron mucho de la intriga que tenian preparada, y Rosa mostró el deseo de conferenciar con el paje para asegurarse de que este se hallaba resuelto á representar el importante y peligroso papel que le habian destinado.

No encontró bien Soledad la proposicion, porque era en estremo y por muchas razones peligrosa la entrevista; pero tal empeño mostró la condesa, que hubieron de convenir en que se efectuase despues del almuerzo y mientras el conde daba su paseo de costumbre.

Dieron las nueve y todos estrañaron que aun no hubiese lle-

gado el sacristan; pero Almaviva comprendió el motivo de la tardanza, que no podia ser otro que el de haberse detenido el organista para acompañar al ama de gobierno.

Almorzaron silenciosamente, y el conde salió á pasear ó mas bien á meditar sobre su crítica situacion, sus dudas y sus planes de castigo y venganza.

—Ven y aprovechemos estos preciosos momentos,—dijo la condesa á Soledad.

Y entraron en el dormitorio de Rosa, como sitio mas apartado y donde podia hablarse con mas reserva.

Para que el lector pueda comprender la escena que vamos á referir, tenemos que hacer una ligera descripcion del dormitorio de Rosa.

Era este un aposento cuadrado de bastante estension, que recibia la luz por dos grandes ventanas que daban á la parte mas frondosa del jardin. Frente á estas ventanas estaba la puerta que comunicaba con el tocador y demas habitaciones, y en las otras dos paredes habia otras dos puertas, una del cuarto donde estaba el baño y la otra, junto á la cual estaba la cama, que comunicaba con un pasillo por donde se iba al dormitorio de Soledad y á otros aposentos.

No hay que decir que todos los muebles y adornos de aquella estancia eran del mas esquisito gusto y del mayor valor. Allí todo era bello, deslumbrante, encantador, y hasta la atmósfera se aspiraba con el mas dulce placer porque estaba embalsamada con el aroma de las flores del jardin.

Con razon temia Soledad graves peligros de la entrevista de Rosa con el paje, pues los encantos del lugar junto á los del objeto amado son un incentivo de las pasiones, un verdadero narcótico de la razon y la voluntad.

La sirviente hizo el último esfuerzo para convencer á su señora de que intentaba una locura; pero esta, aunque temblando porque tambien tenia miedo de su misma pasion, insistió en su propósito con mil pretestos y acabó por mandar lo que antes proponia y suplicaba.

¿Cuáles eran los intentos de Rosa?

Solamente hablar á Querubin, escuchar de los labios de este alguna palabra dulce y renunciar para siempre á él porque presumia que la permanencia del desgraciado niño en la casa debia ser corta.

Nada mas deseaba la condesa y contaba con su firme resolucion de no faltar á sus deberes aunque tuviera que mortificarse horriblemente.

Soledad tuvo que obedecer, si bien estaba decidida á entrar y salir con frecuencia en la habitacion para evitar que los enamorados se olvidasen de sus deberes.

Rosa se sentó cerca de la ventana y esperó con tanto miedo como afan.

En aquel momento llegaba don Basilio á la puerta de la casa y se apeaba de la torda mula.

—¡Ah!—exclamó, limpiándose el sudor que bañaba su escuálido rostro y sacudiendo el polvo que cubria su ropa.—Si no los dejo me da un tabardillo... ¡Qué mujer!

Luego preguntó por el conde, y como le dijeron que habia salido, pensó almorzar antes de buscarlo, y entró, subiendo mientras hacia gestos y exclamaciones y renegaba de don Bartolo y la señora Anastasia, á quienes habia acompañado mas de la mitad del camino y dejado despues con pretesto de preparar al conde y de evitar que Fígaro sospechase si los veia llegar juntos.

Empero quiso la casualidad que al levantar la cortina de la

puerta de una de las habitaciones que tenia que atravesar, viese á Querubin y á la doncella, tan embebidos en animada conversacion, que no sintieron sus pasos.

Don Basilio volvió á dejar caer la cortina, quedó inmóvil, y mirando por una rendija, escuchó con afan.

—Las conversaciones de estos,—dijo para sí,—son siempre interesantes.

Soledad y el paje hablaron algunos momentos mas; pero en voz tan baja que nada pudo el organista oir, y luego, despues de mirar á todos lados como temerosos de que los espiasen, desaparecieron.

—¡Ah!—murmuró don Basilio.—Por esa puerta solo se va á las habitaciones de la condesa... Los seguiré... Y al paje le brillan los ojos como á un gato, y Soledad gesticula muy espresivamente.

Haciéndolo como lo decia, el sacristan se adelantó y con silenciosos pasos siguió al mancebo y la sirviente, los cuales no se detuvieron hasta entrar en el dormitorio de Rosa.

—Aquí teneis al señor Querubin,—dijo la doncella al entrar;—os suplico que no lo detengais mucho tiempo, porque si volviese el señor conde, y como otros dias le diese la tentacion de entrar á veros...

Esto lo oyó perfectamente el organista, así como no perdió una palabra de Rosa, que contestó:

—Gracias por tus cuidados, Soledad. Te ruego que vigiles, pues aunque de nada malo se trata...

—Pensad,—interrumpió la doncella,—que no solo al señor conde debemos temer.

—Pues bien, cierra la puerta y echa la llave; entra por el vestido en tu cuarto mientras hablo á Querubin, y así acabaremos pronto.

—¡Encerrados!—dijo el sacristan para sí.—¡Y Soledad se irá á su aposento!... ¿Qué mas necesito?

Y sin detenerse un segundo salió en tanto que la doncella obedecia la órden de su señora y Querubin permanecia silencioso.

—¿Cómo lo haré, cómo lo haré?—se preguntaba don Basilio, deteniéndose.

Pero despues de algunos instantes de reflexion, brillaron alegremente sus ojuelos y se dilató su boca descomunal con una sonrisa horrible.

—¡Feliz idea!—exclamó.—Así daré el golpe sin descubrirme hasta que me convenga. Aquí tengo lo que necesito,—añadió acercándose á una mesa.

Y tomando papel y pluma escribió con la mano izquierda lo siguiente:

«Ahora está la condesa encerrada en su dormitorio. Si quereis saber quién la acompaña, corred.»

—Bien,—dijo,—no parece mi letra.

Lo que el organista llamaba idea feliz era lo de una accion la mas villana.

No meditó un segundo mas sobre la ejecucion de su inícuo proyecto y corrió al jardin en busca del conde.

Rosa y Querubin estaban perdidos si prolongaban la entrevista.

La casualidad favorecia á don Basilio aquel dia, porque al preguntar le dijeron que el conde habia ido hácia la glorieta de los pabellones.

Aquel lugar parecia destinado á escenas de la mayor importancia y no podia ser mas á propósito para el diabólico plan del organista.

Este llegó en pocos instantes, se detuvo sin entrar, escuchó y oyó un leve ruido, que era el de los pasos de Almaviva.

Púsose sobre las puntas de los piés el rapa-velas, miró por cima de los arrayanes y vió al conde que paseaba en el interior de la glorieta con aire pensativo y triste.

—Esta es la ocasion,—dijo el maestro de música mientras cogia una piedrecita y la envolvia en el papel que habia escrito.—No puede verme ahora...

Y arrojó la piedra al conde, con tan buen acierto, que le dió en la espalda, haciéndole exhalar un grito, mas que de dolor, de sorpresa.

Volvióse rápidamente Almaviva; pero con mas velocidad huyó el organista, ocultándose fácilmente entre la espesura.

Á nadie, pues, vió el conde; pero movido por una curiosidad instintiva, miró al suelo como para convencerse de que habia sido una piedra lo que le habian tirado, y se apercibió del papel.

—¿Qué es esto?—dijo sin sospechar que allí estaba lo que buscaba tan afanosamente.

Y tomando el pequeño envoltorio, quitó la piedra y leyó el lacónico escrito.

Sus mejillas se enrojecieron como si fuese á brotar la sangre; sus ojos brillaron como dos carbones encendidos, y se contrajeron sus miembros, estremeciéndose convulsivamente.

Ni acertó á moverse ni á articular una sílaba.

Su mirada, que espresaba á la vez el espanto, la ira y la desesperacion, permanecia fija en las mal trazadas letras que terminantemente acusaban á Rosa.

Pero ¿á quién habia recibido la condesa en su aposento mas reservado?

No podia ser mas que al paje.

Así lo pensó el conde, teniéndolo por cosa cierta, aunque le mortificaba que el delator hubiese ocultado el nombre del que le

robaba la honra, como si conociendo sus dudas hubiera querido atormentarlo mas.

—¡Oh!—exclamó al fin Almaviva, estrujando entre sus manos el papel.—¡Me dicen que corra y no me muevo!...

Y como si repentinamente se sintiera libre de una mano que antes lo sujetase, se lanzó como un loco fuera de la glorieta y corrió á la casa.

No pensó cuán conveniente le era el disimulo, siquiera porque no murmurasen é hiciesen comentarios los criados al verlo correr: lo habian trastornado los celos sin dejar lugar á la reflexion.

Llegó á la casa, entró, subió de cuatro brincos la escalera y se dirigió á las habitaciones de su esposa.

¿Qué iba á ser de la infeliz Rosa, del desdichado Querubin?

Las apariencias los condenaban, y sin embargo, nunca habia estado la condesa tan decidida á defender su honor y el de su esposo, nunca se habia sentido Querubin tan tímido para hablar de su amor.

¡Infelices!

Todavía estaba el paje en el dormitorio y la puerta permanecia cerrada cuando el conde llegó.

El celoso marido, jadeante de fatiga y medio ahogado por el rabioso coraje que en su pecho hervia, se detuvo á la puerta de la alcoba, escuchó y...

Empero antes de proseguir, retrocederemos algunos minutos y penetraremos en el dormitorio para presenciar la escena que tenia lugar y la que se preparaba.

CAPÍTULO XXIII.

Lo que sucedió en el dormitorio de la condesa.

Como antes hemos dicho, nunca habia estado Rosa tan decidida á cumplir sus deberes ni Querubin se habia sentido con tan poco valor para faltar á los suyos.

Cuando el paje entró en el dormitorio, como si le hubiese trastornado la atmósfera que allí se respiraba, como deslumbrado por la belleza de Rosa, quedó inmóvil y mudo.

Ya sabemos las primeras palabras que se cruzaron.

Soledad, despues de haber cerrado la puerta, se fué á su aposento para cumplir la órden de su señora, y esta, despues de algunos segundos de vacilacion dijo con insegura voz:

—Acercaos, Querubin... ¿En qué pensais?

El paje se estremeció como si le hubiese herido en el corazon la dulce voz de Rosa, y respondió con turbacion marcada:

—Pienso... No pienso en nada...

Y se acercó á su señora.

—Creí, —repuso esta, — cuyas pálidas mejillas se pusieron repentinamente rojas como el carmin,—creí que meditábais sobre nuestro plan...

—Ya lo tengo meditado.

—¿Y estais decidido?...

—Á todo... ¿No os lo ha dicho Soledad?

—Sí; pero como puede suceder que la broma tome un carácter sério...

—¿Qué me importa si nadie padece mas que yo?—dijo Querubin, encogiéndose de hombros y haciendo un leve gesto de desden.

—¡Oh!... Siempre esa indiferencia...

—¡Indiferencia!—murmuró el paje, fijando en la condesa una atrevida mirada, como si hubiese desaparecido repentinamente su timidez.

—¿Es otra cosa?—replicó la condesa, que no pudo sostener la ardiente mirada del mancebo.

—Así suele creerse, señora,—repuso Querubin con amargura.—Cuando el hombre reconcentra todos sus sentimientos en uno que el mundo no ve ni comprende, y sufre en silencio, y el llanto no sale á los ojos, sino que envenena su corazon, y lucha sin descanso sin conseguir vencer la negra fatalidad que lo persigue, entonces comprende que la existencia es una carga insufrible, y la desprecia, la aborrece y acaba por odiarlo todo menos la única flor que encontró en el espinoso camino de la vida y no pudo tocar; nada siente mas que aquello que es causa de su tormento; piensa, medita, comprende una verdad horrible, y á la estúpida ó nécia curiosidad del mundo contesta con una sonrisa, cuyo valor nadie puede apreciar.

Rosa se estremeció; pero esforzándose para disimular lo que

sentia y aparentando que ella tampoco habia acertado á dar á las palabras del paje el valor que tenian, dijo:

—En boca de un hombre cansado de gozar y de sufrir, de un viejo cansado de la vida y aleccionado por los desengaños, ese discurso sentaria muy bien; pero en vos, que no habeis dado en ese penoso camino de la vida mas que el primer paso, y no habeis, por consiguiente, podido encontrar los abrojos, sino aspirar el grato aroma de las lozanas flores que nos rodean en la infancia; vos, que aun conservais las primeras ilusiones, sin que los desengaños hayan abierto en vuestro corazon esas heridas que jamás se cicatrizan...

—Yo,—interrumpió Querubin como si continuase el discurso de la condesa,—yo debo ser feliz, bendecir la existencia y el mundo que tanta felicidad me proporciona, y no puedo tener en mi corazon una sola llaga... ¡Oh!—añadió sonriendo con una amargura que hizo estremecer á Rosa.—Y sin embargo, cambiaria toda esa dicha celestial por las desdichas del último miserable á quien compadecereis.

La condesa inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó silenciosa.

Su corazon palpitaba con violencia.

—Señora,—repuso el paje, cuyo rostro cambió en sombría la espresion irónicamente risueña,—si yo pudiera dejar salir de mis labios una palabra cuyo significado es mi tormento, y escuchar lo que desea mi corazon, seria feliz, pero...

—¡Ah!—murmuró Rosa sin saber qué decir, pero queriendo evitar que entrase el paje en mas esplicaciones.—Como la esperanza... y sobre todo... á vuestra edad...

—¿Acaso puedo tenerla?—preguntó vivamente el enamorado niño.

Y brillaron sus azules pupilas con todo el fuego de su pasion.

La timidez de que al entrar se habia sentido dominado, desapareció.

Rosa empezaba á olvidar el firme propósito de cumplir sus deberes: la conciencia no se levantaba ya ante su criminal amor sino como un fantasma informe, vago y pronto á desvanecerse como el humo, al primer soplo del huracan de la pasion.

—¡Oh!— exclamó Querubin.—¡Esperanza!... Decidme si puedo tenerla...

No pudo proseguir porque Soledad se presentó, llevando en las manos un vestido.

—Me ha salvado,—murmuró Rosa.

Empero Querubin, pasando repentinamente de la exaltacion á una enervacion completa, cruzó los brazos y dejó caer la cabeza sobre el pecho como si no le quedasen fuerzas ni para enojarse contra quien le habia estorbado que alcanzase lo que él llamaba su felicidad.

—Aquí está el vestido,—dijo la doncella:—no se quejará el señor Querubin: todavía no lo he estrenado... ¡como que lo guardaba para el dia de mi boda!...

Ni Rosa ni el paje acertaron á pronunciar una palabra, ni se atrevieron á mirar á Soledad.

—Soy de opinion,—añadió esta,—que se lo ponga para ensayarse á moverse y andar, no sea que luego no acierte á dar un paso. Lo que menos importa es que le esté ancho ni estrecho, porque no han de mirarlo con luz, y además el manto lo tapará.

—Sí, el manto,—dijo distraidamente Rosa,—¿por qué no lo has traido?

—Conveniente será que me ensaye tambien,—añadió Querubin, que no sabia qué decir.—Traed el manto, Soledad...

—¿No será mas prudente,—replicó la doncella,—que os ensayeis en vuestro aposento? Yo iré allí, os llevaré la ropa y aleccionaré sin peligro de que nos sorprendan.

—Entonces,—repuso la condesa, cada vez mas turbada,—ahora...

—Quedemos conformes y vos convencida de que el señor Querubin está resuelto á cumplir lo ofrecido, que es lo que ahora importa.

—De todas maneras,—dijo Rosa,—trae el manto...

—Sí, sí,—añadió el paje, que no queria perder aquella ocasion, quizás la última que se le presentaria:—traedlo...

—Tengo que sacar toda la ropa del cofre porque está debajo...

—No importa.

Soledad dejó el vestido para obedecer de muy mala gana; pero antes de salir miró á su señora tan espresivamente, que esta, palideciendo, inclinó la cabeza y se estremeció.

Volvieron á quedar solos la condesa y Querubin.

Ambos guardaron silencio por algunos instantes.

Pero sus corazones latieron con tal violencia como si hubiesen de romperse ó romper el pecho que los abrigaba.

El rostro de Rosa estaba encendido como la púrpura.

Las pupilas del mancebo, fijas y dilatadas, relucian como carbunclos, y sus facciones estaban descompuestas.

Ella temblaba como si tuviese miedo de escuchar lo que él habia de decir.

Y él, aunque con la boca entreabierta, no hablaba como si temiese decir lo que sentia.

—¡Ah!—exclamó al fin el paje, dando otro paso hácia la condesa.

Empero esta, como poseida del mayor espanto, lo interrumpió, diciendo:

—Callad.

—¡Que calle!—murmuró el pobre niño con voz ahogada, y oprimiéndose el pecho con ambas manos y fuerza convulsiva.—Ya es imposible, señora; preciso es que se pronuncie mi sentencia, porque prefiero la muerte de un golpe al horrible tormento de una eterna agonía, de una lucha desgarradora...

Rosa exhaló un grito ahogado, y el paje hubo de interrumpirse nuevamente.

Acababan de sonar dos ó tres golpes en la puerta que por precaucion habian cerrado.

Los rostros de ambos palidecieron, y quedaron inmóviles como estátuas.

Repitiéronse los golpes, dados con mas fuerza.

—¿Quién es?—preguntó Rosa, temblando.

—Abrid,—respondió desde afuera el conde.

—¡Dios mio!—murmuró la infeliz condesa.—Mi esposo... ¡Ah!...

—¿No abrís?—volvió á decir Almaviva.

Querubin miró á todos lados como buscando salida, y como no la encontrase ni en su turbacion le ocurriese cómo huir, se dirigió hácia la cama para meterse debajo; pero Rosa, que estaba mas turbada que él le señaló el cuarto del baño, y cuando el mancebo desapareció en su interior, ella cerró la puerta y echó la llave, quitándola y guardándola en un bolsillo, y abriendo luego despues la otra para que entrase el conde.

Este apareció con el rostro pálido y contraido. Aun llevaba en una mano el misterioso papel, que estrujaba con toda la fuerza de su rabiosa ira.

—¿Por qué os encerrais?—dijo.—Nunca lo habeis hecho y... ¿Quién estaba aquí?

—Aquí,—respondió la condesa, que no podia disimular su turbacion,—estaba... Soledad... y...

—Soledad,—repitió Almaviva, mirando á todos lados como si buscase la prueba de la delacion.

—Sí, ha ido... á su cuarto...

Pero como la desgracia se habia propuesto perseguir á Rosa aquel dia, en la habitacion del baño se oyó ruido, producido sin duda por haber tropezado Querubin con algun mueble.

—¿Qué ruido es ese?—preguntó vivamente el conde.

—¿Ruido?...

—Sí...

—No sé,—balbuceó Rosa, cuya turbacion crecia por instantes:—nada he oido...

—Preciso es, señora, que esteis muy preocupada...

—¡Preocupada!... ¿De qué?

—Alguien hay en esa habitacion...

—¿Quién ha de haber?

—Vos lo sabreis...

—¡Ah!—exclamó la condesa, creyendo haberse salvado.—Es Soledad...

—¿No dijísteis que habia ido á su aposento?

—No sé..... como salió..... mientras yo abria para que entráseis...

—¿Y por qué os turbais?—repuso el conde, mas agitado por el coraje cada vez.

—¡Turbarme... por mi doncella!...

—No sé si por ella, señora; pero es lo cierto que estais turbada.

—Lo cierto es, señor conde,—replicó Rosa, esforzándose para sostenerse, y queriendo dar otro giro á la conversacion,—lo cierto es que Soledad os turba mas que á mí, os preocupa...

—Teneis razon,—dijo Almaviva con amargura;—tanto me preocupa, tanto me intereso por ella, que... quiero verla ahora mismo.

Y se acercó á la puerta de la habitacion donde estaba Querubin.

—¡Oh!—exclamó la condesa, acercándose á su esposo.—Me ofendeis...

—¿Por qué?

—Sospechais...

—Mis sospechas pueden fácilmente desvanecerse,—repuso el conde.

Y levantando la voz y golpeando con la mano la puerta, añadió:

—Soledad, salid.

—¿Qué haceis?... ¡Oh!... Está medio desnuda... iba á probarse aquel vestido... miradlo...

—Que responda al menos... Soledad, contestadme...

—Te lo prohibo, Soledad,—gritó Rosa;—no hables... ¡Oh!... Semejante tiranía, tamaña ofensa, señor conde...

—Vestida ó desnuda la veré,—replicó Almaviva, cuyos celos se aumentaban con la obstinada resistencia de su esposa.

En aquel momento apareció Soledad en la puerta por donde habia salido, y con el silencio de una sombra se deslizó sin separarse de la pared hasta llegar á la cama y ocultarse tras sus anchas cortinas.

Ni el conde ni Rosa pudieron verla porque tenian fija la atencion y la mirada en el lado opuesto.

—Abrid ó hablad,—gritó Almaviva en el colmo de su arrebato.—Abrid ó haré romper la puerta...

—¡Señor conde!...

—Basta, señora.

—Respetadme...

—Obedecedme.

—Me lo prohibe mi dignidad...

—Sobre vuestra dignidad está mi derecho.

—¡Oh!...

—¿No me obedeceis?

—No.

—Romperán la puerta y entraré,—replicó el conde, dirigiéndose hácia el cordon de la campanillla para llamar.

—¿Qué intentais?... ¡Ah!... ¡Un escándalo!...

—Es verdad..... No temais ser la fábula de nuestros criados,—repuso el conde, dando un paso como para salir.—Yo mismo romperé la cerradura...

Pero retrocediendo, añadió:

—Señora, preciso es que lo sepais, desconfio de todo en este momento, y no quedará mi sospecha desvanecida sin pruebas evidentes.

—¿No vais á romper la cerradura?

—Pero como para hacerlo necesito un instrumento cualquiera, y mientras voy á buscarlo...

—¿Temeis que huya la persona que está encerrada?

—Sí.

—Señor conde...

—Señora, acompañadme. ¿Qué os importa si nada teneis que temer?

—Vamos,—dijo Rosa, que apenas podia sostenerse de pié.

Almaviva cerró la puerta por donde se iba á la habitacion de Soledad, y guardó la llave, haciendo lo mismo con la otra puerta despues de salir del dormitorio.

La doncella no perdió un instante.

Pálida y temblando salió de su escondite, y acercándose al cuarto del baño, dijo:

—Señor Querubin, abrid.

Como la puerta era de dos hojas que giraban hácia el interior de la habitacion, pudo abrir el mancebo sin necesidad de llave, y salió sin detenerse.

Su rostro estaba desfigurado.

Sus miembros temblaban.

El atrevido niño no conocia el miedo; pero le espantaba el peligro que Rosa corria, porque era inevitable la perdicion de la infeliz.

¿Qué hacer en tan crítica situacion?

Si sacrificando la vida hubiera podido salvar á la condesa, no habria vacilado un segundo el desdichado paje.

Empero no habia medio de evitar la perdicion de ambos.

—Escondeos debajo de la cama,—dijo la sirviente,—y yo me pondré en vuestro lugar...

—Puede encontrarme,—replicó Querubin mientras miraba á todos lados con mortal ansiedad.—Es preciso que yo salga de aquí...

—Imposible...

—¡Oh!—exclamó el hermoso niño, cuyo rostro se dilató mientras sus azules pupilas relumbraban con el fuego de la mas viva alegría.

Y acercándose á la ventana, añadió:

—Adios, Soledad... Si muero, dí á la mujer á quien adoro

que mi última palabra ha sido su nombre, mi último suspiro para ella...

—¡Dios mio!—exclamó la doncella con espanto.—¿Qué intentais?

Pero Querubin, veloz como una centella saltó por la ventana sin que pudiera detenerlo Soledad.

Esta no pudo contener un grito de horror, y en algunos instantes no se atrevió á mirar lo que habia sucedido al mancebo; pero asomándose al fin á la ventana y mirando con medroso afan, exhaló un agudo grito de alegría, diciendo:

—¡Se ha salvado!

Los momentos eran preciosos.

Soledad entró en el cuarto del baño y cerró, tan á tiempo que un minuto despues volvieron el conde y Rosa.

Esta se dejó caer en una silla.

—Bien,—dijo Almaviva, que llevaba un cuchillo de monte, con el cual le era fácil hacer saltar sin mucho ruido la endeble cerradura.—Todo está como yo lo dejé...

—Señor conde,—repuso Rosa con trémula y débil voz,—por última vez...

—Por última vez os pido la llave...

—No.

—Vos lo quereis...

—Deteneos,—dijo la condesa, volviendo á levantarse trabajosamente y acercándose á su esposo.

—Será en vano que intenteis hacerme desistir de mi propósito.

—¡Ah!... ¿Me creeis capaz de faltar á mis deberes?

—Nada creo, señora; pero quiero ver quién hay encerrado ahí...

Era horrible la situacion en que se encontraba la condesa.

¿Qué pruebas alegaria en su favor?

Ningunas.

Las apariencias la condenaban, y no solo su marido, sino el mas indiferente y desinteresado la hubiera declarado culpable.

Si la entrevista de Rosa con Querubin no hubiese tenido un fin criminal, ¿para qué encerrarse?

Si eran puras las intenciones del mancebo, ¿por qué huia y se ocultaba del conde?

Estos argumentos no tenian réplica, y como estaban al alcance de Rosa, la desdichada sufria horriblemente, siendo doble su tormento porque conocia el carácter violento de su marido y temia que en el primer arrebato de su cólera hiciese pagar con la vida á Querubin su traicion.

No habia, pues, medio de salvarse.

Así lo comprendió la condesa, y resignándose á sufrir el castigo de una falta que no habia cometido, á espiar un crímen imaginario, no trató ya de otra cosa que de atenuar los efectos del justo enojo de su marido, evitando que en aquellos momentos de exaltacion atentase contra la vida del infeliz mancebo, mas digno de lástima que de castigo.

La desdichada hizo un esfuerzo sobrehumano, y procurando dar á su acento una firmeza que estaba muy lejos de sentir, dijo:

—Pues bien, vereis á la persona que está en ese aposento; pero antes escuchadme tranquilamente...

—¿No es Soledad?—replicó vivamente el conde.

—Al menos, no es nadie de quien debais temer nada, os lo juro...

—¡Jurais!

—Sí, os juro que no hemos tenido intencion de ofenderos ni él ni yo...

—¡Ni él ni vos!—repuso Almaviva, apretando los puños con toda la fuerza de su rabiosa ira.—¡Es un hombre!...

—Es un niño...

—¡Un niño!... ¡Oh!... ¡Esplicaos!

—Señor conde... calmaos y escuchadme...

—El nombre de ese niño... pronto...

—¡Ah!...

—¡Nécio de mí que os pregunto y espero cuando puedo saberlo ahora mismo... ¡Oh!...

—Es... Querubin,—dijo la condesa como si sus palabras se llevasen tras sí el alma.

—¡Querubin!—gritó Almaviva con el acento de un loco.

Y sus ojos, inyectados en sangre, se abrieron como si fuesen á saltar de sus órbitas, fijando en la pobre Rosa una mirada terrible.

—¡Abrid, miserable, ladron de mi honra!—añadió, disponiéndose á romper la cerradura.

—¡Por compasion siquiera!—exclamó Rosa con acento suplicante, é intentando detener á su esposo.—Escuchadme...

—Apartad... Sois indigna hasta de mi compasion...

—¡En nombre de Dios!—repuso la condesa, dejándose caer de rodillas.—¡En nombre de Dios os juro que ese niño es inocente!...

—Basta,—interrumpió Almaviva, rechazando bruscamente á su esposa.

—¡Oh!—murmuró esta, oprimiéndose el pecho.—Sí, basta de humillacion, de ultrajes...

Y sin duda ayudada por la mentida fuerza de la fiebre, se

puso de pié como impulsada por un resorte, sacó la llave y añadió:

—Tomad... abrid...

Aquella falsa energía pasó como una centella y la infeliz se dejó caer pesadamente en un divan, cubriéndose el rostro con las manos y murmurando con voz débil:

—¡Dios mio!...

El conde no se detuvo un segundo; abrió la puerta, y cuando iba á lanzarse furioso en el interior del aposento, apretando con la fuerza convulsiva de su desesperacion el mango del cuchillo, Soledad se presentó, sonriendo con toda la gracia que tenia y diciendo con tono burlon:

—Cuidado, señor conde, que el corazon de las mujeres debe herirse con los ojos y no con un puñal.

El conde exhaló un grito de profunda sorpresa; el cuchillo se escapó de su mano, y avergonzado, aturdido, sin acertar á darse cuenta de lo que estaba viendo, bajó la cabeza y por algunos instantes quedó inmóvil y mudo.

No fué menor la sorpresa de Rosa, y entonces mas que antes estuvo muy cerca de perder el sentido: ella, menos que su esposo, comprendia lo que sucedia.

Pasado el primer aturdimiento de Almaviva, pensó que Soledad podia no estar sola, y para convencerse entró en el cuarto del baño.

La doncella aprovechó aquellos instantes para acercarse á su señora y decirle en voz baja:

—Se ha salvado... Por esa ventana...

Rosa se estremeció.

—No hay nadie,—dijo el conde, saliendo.

Y dirigiéndose á su esposa, añadió:

—Señora... ¿quereis esplicarme?...

—Una broma, conde...

—¡Oh!—murmuró Almaviva, mordiéndose los labios.—Preciso es reconocer que sois una cómica consumada... Pero ¿cuál ha sido vuestro fin? La chanza es un poco pesada...

—¿No merecen castigo vuestros infundados celos, vuestras locuras?

—¡Locuras llamais á lo que toca al honor!...

—Caballero,—replicó severamente Rosa,—me veo olvidada, abandonada de vos, y á la vez me haceis sufrir con vuestros celos.

—Duro ha sido el castigo...

—Os he atormentado en broma mientras que vos me habeis ultrajado de veras.

—Olvidemos lo pasado,—dijo el conde con cuanta dulzura pudo en el estado de agitacion en que todavía se encontraba.—Confieso mi pecado, me humillo... Rosa mia, espero ansioso tu perdon...

—No lo mereceis...

—Mi arrepentimiento...

—Seré generosa por última vez,—dijo la condesa, alargando la diestra al conde, que la besó.

—Buen ejemplo dais, señora,—se atrevió á decir Soledad.—¡Qué debilidad!... Así no habrá quien crea en la firmeza ni menos en el enojo de las mujeres.

La conversacion iba á tomar un giro de fingida alegría con que el conde pensaba disimular su despecho y Rosa su dolor; pero los interrumpió Fígaro, que se presentó con unos papeles, diciendo:

—Señor conde, acaban de traer estas cartas de Sevilla.

Y tras el barbero, un hombre de aspecto rústico y lleno de polvo, llegó tambien con otro papel.

El peligro no se habia conjurado mas que momentáneamente.

La condesa y Querubin iban á verse mas amenazados que nunca.

¿Saldrian del segundo apuro tan bien como del primero?

La situacion que se preparaba debia ser mas crítica que la anterior.

El campesino que entró sin licencia de nadie fué un personaje de mucha importancia en lo que vamos á referir en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXIV.

De cómo se presentó un nuevo y mayor peligro.

Lo primero que hizo Querubin al verse libre fué buscar al barbero y decirle lo que pasaba.

Fígaro entonces, como hombre prevenido porque era esperimentado, creyó conveniente presentarse en el lugar de la escena por si era necesaria su ayuda, y tomando por pretesto las cartas que habian llevado mientras el conde paseaba, llegó, como hemos dicho, al dormitorio de Rosa.

Su primer cuidado fué examinar los rostros, tranquilizándose al conocer en ellos que la tormenta habia pasado.

No estaba el conde para ocuparse en leer cartas en aquellos momentos, y ordenó á Fígaro que las dejase en la mesa y se retirase; pero antes de que este hubiera tenido tiempo de obedecer, el campesino de que hemos hablado acabó de entrar en el aposento sin aguardar para ello licencia, y quitándose el sombrero de anchas alas con que se cubria y que empezó á revolver entre sus manos, dijo sin atreverse á mirar al de Almaviva:

—Señor conde, habrá de perdonarme usía; pero ya sabe que me he quejado muchas veces... y hoy con mas razon, porque usía conoce...

—¿Qué quieres?—interrumpió ásperamente el conde.

—Digo, señor,—repuso el rústico, que continuaba dando vueltas á su sombrero y con la mirada fija en el suelo,—que uno se mata trabajando y se desvive... y todito el invierno he estado encima de las camelias, que por eso he podido sacarlas adelante, que si no se hubieran perdido... y á mi señora la condesa gustan á mas no poder... y no tiene gracia que despues de tanto trabajo lo echen todo á perder.

—¿Acabarás de decir lo que quieres?—replicó el conde con impaciencia.

—Lo decia, señor, porque las mejores camelias están debajo de esa ventana...

Fígaro adivinó lo que el campesino iba á decir, y para evitarlo, lo interrumpió.

—Antonio,—dijo sonriendo,—veo que no tienes la cabeza muy firme, lo cual no estraño porque es conocida tu aficion á levantar el codo; pero debieras irte á dormir y no venir á importunar al señor conde con necedades.

—No hablo con vos, señor Fígaro...

—Estás faltando al respeto...

—¿Y por qué me han estropeado todas las camelias?—replicó Antonio, cobrando alientos y levantando la cabeza.—No ha quedado una... Otros dias no hacen mas que sacudir la ropa...

—Ya me hablarás despues de tus camelias,—interrumpió el conde, sentándose;—ahora déjame... estás muy pesado...

—Pues mas pesado estaba el que se tiró por esa ventana,—repuso el jardinero;—y si le cojo...

Como si hubiese tenido una aguja la silla en que se habia sentado el cónde, levantóse este de un brinco, y fijando en Antonio una mirada escudriñadora le preguntó:

—¿De qué hombre hablas?

—Señor,—dijo Fígaro,—no lo escucheis, está borracho...

—Calla tú,—replicó vivamente Almaviva, acercándose al jardinero.—Vamos, Antonio, esplícate...

—Antes de todo quiero que usía se convenza de que no estoy borracho, y se convencerá, porque verá que no ha quedado una camelia, que dá compasion mirarlas...

—Bien, bien; pero ese hombre...

—No lo conocí, porque yo estaba lejos.

Rosa y Soledad estaban pálidas como cadáveres y temblaban convulsivamente.

—Quiero saber lo que ha sucedido,—repuso el conde con marcada impaciencia.

—Ha sucedido que... conforme yo miraba aquí, tras, se tiró un hombre por esa ventana y luego echó á correr como un diablo, y no pude cogerlo, que si lo cojo...

—¿Pero cuándo?

—Ahora... lo que yo he tardado en ver el destrozo que ha hecho y venir...

—¿Y escuchais á ese hombre?—se atrevió á decir la condesa.—¿No conoceis que está fuera de razon?

—¿Pero esas flores aplastadas?...

—Algun perro que ha saltado, y como sus sentidos están trastornados...

—Un perro ¿eh?—replicó Antonio, sonriendo.—Nunca he visto perros iguales, ni tampoco sé que corran en dos patas, ni... que lleven papeles en el bolsillo.

El rostro del conde se contrajo y miró á su esposa y á Soledad como si les pidiese esplicaciones.

Ni una ni otra acertaron á decir una palabra.

Fígaro lanzó al jardinero una mirada terrible, y tambien hubo de callar hasta que pudiese con mas datos adoptar una determinacion.

—Mire usía,—repuso Antonio, entregando al conde el papel que tenia en la mano y hasta entonces habia ocultado con el sombrero.—Eso se le ha caido al que saltó.

Almaviva tomó el papel, desdoblándolo y empezando á leer lo que tenia escrito.

Hubo algunos momentos de silencio angustioso, de horrible tormento para la desdichada Rosa, que se creyó perdida, y si no hubiera estado colocada detrás de su esposo, su agitacion y palidez cadavérica habrian escusado esplicaciones.

La situacion no podia ser mas peligrosa ni difícil.

Soledad, que estaba al lado de su señora, miró á Fígaro, colocado enfrente y junto al jardinero, como si le reconviniese porque ya no habia acudido al auxilio de su señora.

¿Empero qué habia de hacer el travieso barbero?

Su frente se contrajo, brillaron sus negras pupilas, y recurriendo á un medio de verdadera desesperacion, dijo:

—Señor, perdonadme... Todo os lo diré... El hombre que se ha tirado por esa ventana...

—¿Quién es?—preguntó vivamente el conde.

—Yo,—respondió Fígaro con acento firme.

Almaviva desplegó una sonrisa de triunfo, contempló algunos instantes al barbero y dijo:

—¿Quieres esplicarme por qué te has arrojado por la ventana?

—La esplicacion es muy sencilla, señor. Sabeis que estoy deseando casarme, y como parece que no esteis muy conforme en ello, y hasta os disguste que os hablen de semejante asunto, creí conveniente pedir á la señora condesa que me ayudase, empleando su influencia. Con este fin vinimos aquí Soledad y yo reservadamente, y para que nadie nos interrumpiese tomé la precaucion de cerrar la puerta. Llegásteis, quise huir, y en mi aturdimiento me descolgué por la ventana, porque preferia romperme una pierna á que me encontráseis aquí, tratando de lo que creí me habíais prohibido nombrar.

Mientras esto decia Fígaro, Rosa se habia levantado y acercado á su esposo, mirando por encima del hombro de este el malhadado papel.

—Bien,—dijo el conde despues de algunos instantes, y sonriendo nuevamente como si se gozase en el terrible golpe que iba á dar.—La esplicacion es digna de tí: no desmientes tu ingenio...

—¿Os habeis convencido, señor?

Almaviva volvió á examinar detenidamente el papel, y entonces Rosa pudo, aunque trabajosamente, leer los primeros renglones que tenia escritos.

La infeliz tembló mas horrorizada que nunca, y retrocediendo con el mismo cuidado y silencio que se habia acercado, se sentó otra vez.

—¿Es decir,—repuso el conde,—que este papel te se ha caido?

—Eso dice Antonio, pero...

—Se le salió del bolsillo al echar á correr,—dijo el jardinero.—Pero mire usía, señor conde, que ó yo tenia telarañas en los ojos, ó no era el señor Fígaro, sino otro así... menos alto...

y la ropa... juraria que llevaba un casacon de esos como el de usía y que se levantaban los faldones al correr.

—Responde, Fígaro,—repuso el conde.

—Repito, señor,—dijo el barbero, que á pesar de que no sabia cómo salir del apuro, aparentaba una serenidad admirable,—repito que fuí yo.

—¿Y el papel?

—Es mio.

—Entonces, dime lo que contiene.

Llegó el mayor apuro de Fígaro.

¿Cómo adivinar el contenido del papel?

—Señor,—dijo,—llevo muchos en el bolsillo...

—Pues míralos y dí el que te falta.

El travieso barbero no habia ideado ninguna traza para salir de aquel aprieto; pero tampoco se turbó, y sin responder, sacó de un bolsillo muchos papeles y empezó á desdoblarlos y examinarlos con calma.

Todas las miradas se fijaron en él, único que hablaba mientras repasaba los papeles.

Rosa se sentia medio ahogada.

Su corazon palpitaba con desigual violencia, latian sus sienes como si fuesen á romperse las arterias, y aumentaba el temblor convulsivo de sus miembros.

Para sostenerse tenia que hacer esfuerzos sobrehumanos que agotaban por instantes sus ya menguadas fuerzas.

Soledad tambien temblaba; pero no sabemos si de coraje ó de miedo.

—Este,—decia Fígaro á medida que iba mirando,—es el recibo del herrero... Una nota de... lo que ha de traerse mañana de Sevilla... ¡Llevo tantos papeles!... Cuenta de... Es casi imposi-

ble recordar... ¡Ah!... Hé aquí una carta de la señora Anastasia, amenazándome..... es del..... quince de enero y todavía no la he contestado... ¡Cuándo me veré libre de esa pícara vieja!... Ella es la causa de todo, señor,—añadió el barbero, interrumpiendo el exámen.

Y por casualidad, al levantar la cabeza para hablar al conde, vió que Rosa lo miraba como queriendo darle á entender algo.

El apuro era demasiado grande para no buscar en todo el remedio; así que, por lo que pudiera convenir, Fígaro siguió mirando á la condesa mientras añadia algunas palabras.

Ella aprovechó la ocasion; cerró los ojos é inclinó sobre un hombro la cabeza como si durmiese, y luego se puso las manos sobre el corazon.

—Eso es un aviso,—dijo el barbero para sí, volviendo á repasar los papeles para ganar tiempo.—¿Qué habrá querido significar?... ¡Oh!... Dormir... Corazon... Pecho... Sueño... ¡Torpe de mí!... No adivino... Duerme el corazon... Sueño... ¡Ah!... ¡Sueños de amor!... ¡Los malditos versos!...

Sus ojos brillaron como dos centellas.

—Pues señor,—dijo,—no caigo... Tengo los mismos papeles que ayer, y hoy no he guardado ninguno... ¡Ah!—añadió, dándose una palmada en la frente.—¿Cómo habia de pensar?... Ni siquiera me acordaba... Sí, sí, creo que es...

—¿Qué?—preguntó vivamente el conde.

—Unos versos que me dió ese loco de Querubin para que se los corrigiera: es lo único que echo de menos... ¿Me equivoco?

El conde por toda respuesta arrojó al suelo el papel con marcado despecho.

La condesa respiró como si se sintiese libre de una mano de hierro que le oprimiera la garganta.

Soledad sonrió con toda la satisfaccion consiguiente al triunfo que Fígaro acababa de alcanzar.

—Véte,—dijo el conde al jardinero con tanta aspereza, que este no se atrevió á replicar y salió.

Hubo algunos momentos de silencio que ninguno acertó á romper.

Las dudas de Almaviva no se habian desvanecido, sino al contrario. Lo que acababa de suceder le probaba que Fígaro y Soledad intrigaban para favorecer á su esposa; pero no tenia en qué fundar sus acusaciones, y para no caer en un nuevo ridículo, para no verse otra vez vencido vergonzosamente en todos los terrenos, tenia que disimular hasta que con mejores pruebas pudiese dar el golpe certero.

—Señor conde,—dijo al fin Rosa con acento de amarga reconvencion,—os habeis empeñado en ponerme en ridículo, en ofenderme...

—Perdóname, Rosa,—replicó Almaviva, esforzándose para sonreir,—mi intencion...

—Sois incorregible.

—Pero las lecciones que recibo...

—¿De qué os sirven? Habeis abusado de mi generosidad...

—No hablemos de eso, perdonadme...

—Con una condicion.

—Si puedo aceptarla...

—Nada os cuesta.

—Decid cuál es.

—El casamiento de Fígaro y Soledad ha motivado este enredo, y para evitar nuevas intrigas y disgustos, dadles vuestro permiso para unir su suerte y que sean felices.

Este nuevo golpe fué terrible para Almaviva: en vez de ven-

garse tenia que premiar á sus enemigos sin que para dejar de hacerlo hubiese una escusa honrosa.

Algunos instantes vaciló, y al fin iba á otorgar lo que se le pedia, aunque con el propósito de no cumplirlo, cuando fué interrumpido por el ruido de voces que sonaron en la habitacion inmediata.

—¿Quién grita?—preguntó asomándose á la puerta.

Y repentinamente se dilató su rostro con espresion de la mas viva alegría.

—Entrad,—añadió.—Para el médico están todas las puertas abiertas.

Don Bartolo y la señora Anastasia, cubiertos de polvo y de sudor y jadeantes de fatiga, entraron.

Ambos se quejaron del mal recibimiento que les hacian los criados é hicieron algunos cumplimientos que la condesa recibió con frialdad y el conde cariñosamente.

Fígaro permaneció indiferente, y Soledad, despues de lanzar una terrible mirada al ama de gobierno, le volvió la espalda.

—¿Á qué debemos el placer de esta inesperada visita?—preguntó Almaviva al doctor.

—¡Oh!—respondió este, dejándose caer en una silla y limpiándose el sudor que corria por su amoratado rostro.—La señora Anastasia se ha empeñado en venir para no sé qué asunto urgente, y he tenido que acompañarla.

—Sí,—dijo el ama de gobierno, sentándose tambien y abanicándose con fuerza y descompasados movimientos;—un asunto muy grave ¡ya lo creo! como que se trata de mi fortuna y de mi tranquilidad. Hasta hoy he callado porque soy muy prudente; pero esto es ya un abuso y no quiero que nadie se burle de mí.

—Llegais en buena ocasion,—dijo el conde,—porque en es-

tos momentos iba á empezar á otorgar gracias en celebridad de un buen suceso. Vuestra llegada me ha interrumpido cuando iba á señalar el dia en que Fígaro y Soledad deben casarse...

—¡Casarse Fígaro y Soledad!—exclamó la vieja fuera de sí.

Y se puso de pié, empuñando el abanico y blandiéndolo con aire de amenaza mientras decia:

—Se guardarán muy bien. ¿Y mis derechos?

—Aquí no se grita,—interrumpió Soledad.

—Se trata de cuatrocientos ducados en oro,—repuso el ama de gobierno,—y de un marido, y esto merece la pena de gritar y de que me escuchen.

—Moderaos, señora Anastasia,—dijo el doctor, levantándose tambien.—Callad, yo espondré vuestra querella y todo se arreglará.

—Y tanto como se arreglará: como que no me moveré de aquí sin llevarme mi dinero ó marido.

—Señor conde,—repuso don Bartolo,—creo que sabeis que ese embustero de Fígaro recibió cuatrocientos ducados...

—Sí, lo sé... pero... creia que ya se los habia devuelto...

—No, señor, y como en poder de la señora Anastasia obra un documento...

—Estoy enterado,—interrumpió el conde.

Y dirigiéndose al barbero, añadió:

—Fígaro, por mi parte no hay inconveniente en que te cases con Soledad; pero es cosa tuya arreglar las cuentas pendientes con la señora Anastasia. Devuélvele su dinero, como es justo, y cuenta despues con mi proteccion.

El barbero miró al conde con un si es no es de irónica burla; luego contempló á la señora Anastasia, y dijo con una tranquilidad que nadie hubiera esperado en aquellos momentos:

—Todo mi caudal no llega á veinte reales.

—Pues os casareis conmigo...

—No.

—¿Y el documento?...

—Es un papel.

—Pero un papel,—replicó el doctor,—que vale bastante para estorbar que os caseis con esa muchacha.

—Estorbadlo,—repuso Fígaro sin alterarse.

—Ireis á la cárcel...

—Iré.

—Basta,—dijo Rosa, que no habia querido hasta entonces tomar parte en la cuestion.—Unos y otros pensad lo que os conviene hacer y mañana quedará decidido. Ahora dejadme, quiero estar sola...

—Señora condesa...

—Don Bartolo y la señora Anastasia no volverán hoy á Sevilla. Entre tanto, tened calma, que no habeis de arreglar el asunto con gritos ni disputas.

Todos se sometieron á lo dispuesto por la condesa, y despues de algunas palabras fueron retirándose para meditar y descansar.

—¡Oh!—murmuró la condesa cuando estuvo sola.—He sufrido horriblemente y ese noble niño que tanto me ama no ha vacilado un instante en esponer su vida por mí; pero él y yo quedaremos vengados esta noche.

CAPÍTULO XXV.

Fígaro y Soledad principian á poner en ejecucion sus planes.

Todos pasaron aquel dia tristes y meditabundos.

Consultaron varias veces unos con otros los de cada bando.

Fígaro creyó conveniente hacer algunas variaciones en el plan que tenian trazado, y Rosa, Querubin y Soledad se conformaron con la opinion del barbero.

El sacristan, con pretesto de acompañar al dia siguiente á don Bartolo y al ama de gobierno, determinó pasar allí la noche.

Cuando el sol tocaba á su ocaso, la doncella, con su habilísimo disimulo, se encontró con el sacristan en uno de los sitios mas frondosos del jardin.

Contempláronse algunos segundos, hizo la sirviente un gesto de disgusto y el sacristan desplegó una sonrisa, exclamando:

—¡Ah!... Bien puede el señor conde decir lo que el rey de España, que en sus dominios no se pone nunca el sol. Ahora se oculta tras aquella montaña y vos salís á reemplazarle...

—Si tuviérais vergüenza, que no la habeis conocido, no os atreveríais á hablarme,—replicó Soledad.

—¿Por qué?

—Abusar de una pobre mujer como vos habeis abusado, poniéndola en la horrible alternativa de perder su honra ó su casamiento, es la mayor infamia que puede imaginarse... ¡Oh!...

Y la sirviente, como ahogada por el dolor y atormentada por una rabia impotente, se cubrió el rostro con un pañuelo y lloró ó fingió llorar, pero con el llanto del coraje y la desesperacion.

—Ahora se rinde,—dijo don Basilio para sí.

Y luego añadió en voz alta:

—¿Por qué verteis esas lágrimas, tan dolorosas como cristalinas?... ¡Ah!... Me acusais cuando os he puesto delante la fortuna y la habeis despreciado... Además, sabeis que no he sido mas que el fiel cumplidor de órdenes de otro...

—El ruin consejero.

—No necesita el señor conde mas consejos que su ardiente pasion.

—Entre uno y otro habeis labrado mi desgracia; soy vuestra víctima...

—Tiempo es aun de remediar el mal,—replicó el organista:—el señor conde os adora, y aunque está herido en su dignidad, creo que se ablandaria á la primera indicacion, porque el que ama no tiene mas voluntad que los tiránicos impulsos de su corazon. No os aconsejo, haced lo que os plazca, que de nada quiero ser responsable; pero os advierto...

—Dejadme; vuestras palabras son una mala tentacion.

—Sí, os dejo; pero con la pena de que mañana á estas horas la mano inexorable de la justicia habrá caido sobre Fígaro, separándolo para siempre de vos.

—¡Dios mio!—exclamó Soledad como poseida del mayor espanto.

—Y todo ¿por qué?—repuso don Basilio muy satisfecho.—Por una tontería.

—¡Tontería llamais á engañar á Fígaro, que tan confiadamente depositaba en mí su honor!...

—No quiero decirte una cosa,—replicó el organista, acercándose á la doncella con el aire de confianza que siempre habia usado:—las mujeres teneis muy raros caprichos...

—Pero...

—No, no te lo digo.

—Me veis en este apuro,—dijo la sirviente como llevada de una viva curiosidad,—y os negais á decirme lo que tal vez pudiera mejorar mi situacion.

—Pues bien, creo que para contentar al conde no tenias necesidad de haber hecho á Fígaro el engaño que tanto te horroriza: todo estaba remediado con haber dado oidos al primero antes de casarte, y ser fiel al segundo despues de casada.

—Pero no se contentaba con eso el señor conde...

—Se hubiera contentado á la fuerza.

Soledad quedó pensativa como si dudase.

—Tiempo es todavía,—añadió don Basilio.

La doncella permaneció silenciosa é inmóvil.

—Da una cita al señor conde para esta noche...

—No,—balbuceó la sirviente.

—Escucha por algunos momentos sus tiernas palabras de amor, y cuando os separeis estoy seguro de que te habrá regalado mas de lo que necesitas para que Fígaro pague á la señora Anastasia.

—Eso no lo dudo; pero...

—Vuelvo á decirte lo que antes: no te aconsejo, á nada quiero obligarte, estás en plena libertad de accion, porque quiero tener mi conciencia tranquila si de lo que determinas te arrepientes.

Soledad meditó nuevamente, hizo algunas observaciones en distintos tonos, aparentó dudar, tener miedo, y al fin, como el que á toda costa quiere salvarse, dijo:

—Don Basilio, las mujeres no tenemos mas porvenir ni mas fortuna que casarnos.

—Por eso,—repuso el sacristan,—os ha dado la naturaleza hermosura y todos los medios de seducir, para que podais engañar á los hombres y crearos una posicion. La mujer soltera es la yedra sin árbol ni pared, el pájaro sin alas, la flor sin rocío, el arroyo sin cauce, el barco sin timon...

—Ya lo sé...

—Y si esta ocasion la pierdes...

—Sea, pues,—dijo Soledad, cubriéndose el rostro con las manos;—pero á condicion de que el señor conde me dejará ser una esposa fiel.

—Eso puedes hacerlo sin necesidad de decirlo.

—¡Oh!...

—¿Con que esta noche?...

—Sí...

—¿Te parece bien á las doce?

—Sí...

—¿En qué sitio?

—Lejos de la casa.

—En la glorieta...

—Bien.

—Junto al pabellon de la derecha de la fuente...

—Sí, sí,—dijo Soledad, huyendo como avergonzada.

—¡Oh!—exclamó el organista con toda la satisfaccion de su triunfo.—¡Mujeres, mujeres, cómo os conozco!... No hay mas que dos medios que os hagan ceder: el terror, porque sois cobardes, ó una exagerada ternura, porque los halagos satisfacen vuestra vanidad.

Y entusiasmado, se dirigió apresuradamente en busca del conde para darle la feliz nueva.

Pocos minutos despues la doncella encontró al doctor, que tambien paseaba, y Fígaro al ama de gobierno, que sentada en un banco de piedra, meditaba sobre su situacion.

Dos diálogos bastante animados se entablaron á la vez.

Á la claridad de los crepúsculos pudo verse al doctor hacer gestos de sorpresa y al ama de gobierno sonreir.

De ambas conversaciones diremos solamente el final, porque es lo único que nos interesa.

—¡Oh!—exclamó don Bartolo.—¿Dudas de mi buen deseo de serte útil? Ya sabes que siempre te he distinguido con mi aprecio, y por consiguiente nada puedo negarte, y menos lo que me pides ahora, que no me compromete, pues solo se trata de ver y oir para atestiguar y que resplandezca la justicia. ¡Y yo que creí que estabas ciegamente enamorada de Fígaro!

—Lo quise en otro tiempo, es verdad; pero con tales desengaños...

—Es un mala cabeza.

—Por supuesto,—dijo Soledad, fingiendo turbarse,—que confio en vos y... espero que... no abusareis de mi debilidad... porque... á media noche y solos, y sin poder gritar porque me comprometeria...

—Soledad,—replicó don Bartolo, cuyos ojuelos se animaron

con un destello lúbrico,—haré cuanto pueda para contener mis ímpetus.

Y el recuerdo de las observaciones que en otro tiempo habia hecho por la gatera, hizo afluir la sangre á su rostro, que se puso amoratado, y palpitar con violencia su corazon.

La doncella, aparentando cada vez mas rubor, dió las gracias al médico, le encareció la puntualidad á la hora convenida y desapareció.

Entre tanto, Fígaro y la señora Anastasia terminaban tambien su conversacion.

—Entonces,—decia Fígaro con acento apasionado,—en el misterioso silencio de la noche, al resplandor de la argentada luna y aspirando el aroma embriagador de las azucenas, os esplicareis lo que ha sido para vos un enigma y me hareis la justicia que merezco.

Por toda contestacion exhaló el ama de gobierno un tiernísimo suspiro.

—Adios,—añadió el barbero;—dentro de pocas horas seremos felices.

Y se alejó, esforzándose para contener una estrepitosa y burlona carcajada.

El conde recibió la noticia de la determinacion de Soledad con la alegría que puede imaginarse el lector. Su triunfo iba á ser completo. La satisfaccion de su capricho era para él ya una cuestion de amor propio mas que de amor por la doncella, porque realmente no estaba apasionado.

Como hombre galante decidió Almaviva acudir á la cita lo menos un cuarto de hora antes de la convenida, ordenando á don Basilio que se dispusiese para acompañarlo con una linterna sorda, por si necesitaba de él en cualquiera circunstancia imprevista.

Querubin no hizo mas que esperar. No estaba tan alegre como sus compañeros de intriga. El desdichado niño nada iba á ganar, sino al contrario, á perder, como siempre le sucedia. El conde no le perdonaria jamás la burla.

Así quedó preparada la escena que vamos á referir en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXVI.

Equivocaciones.

La noche esparció sus tinieblas.

La atmósfera se perfumó con el aroma de las blancas azucenas.

Entre el verde follaje los ruiseñores gorgearon alegremente.

La nacarada faz de la luna apareció en la azulada bóveda, ya salpicada de estrellas, y esparció sus resplandores argentados, coronando las montañas y los bosques, retratándose en las fuentes y estanques y reflejando en los bulliciosos arroyos.

Bosques y montañas, al levantarse como fantasmas silenciosos, proyectaban grandes sombras que oscurecian los prados y valles, en cuyo fondo retozaban los tímidos conejos, despuntando la menuda yerva que les servia de alfombra.

La noche no podia ser mas apacible, mas á propósito para entregarse á las delicias del amor bajo aquel cielo trasparente, sobre un mullido suelo de flores, junto á las juguetonas aguas de una

fuente y escuchando, al par que dulcísimas palabras de amor, los variados y armoniosos trinos del rey de los pájaros cantores.

Una hora antes de la convenida para las estrañas citas que debian producir no poca confusion y muchas sorpresas, Querubin salió de la casa y empezó á vagar por los jardines, pensando en Rosa y acariciando sus amorosas ilusiones y esperanzas.

Su mirada, como sus pasos, vagó distraidamente sin fijarse en ningun objeto, hasta que, cansado ó sin saber lo que hacia, se dejó caer sobre el blando musgo, y como embriagado por el perfumado ambiente, dormido al arrullo del gorgeo de los ruiseñores y del murmurio de los arroyos, levantó al cielo azul sus ojos de un azul no menos puro, y pareció estasiado en la contemplacion de las estrellas y el dulce resplandor de la luna.

Algunas pardas y ligeras nubecillas mancharon el trasparente horizonte, recorriendo el espacio lentamente y velando, ora la luna, ya las fúlgidas estrellas, que á los pocos momentos volvian á aparecer con mayor brillo.

Querubin seguia con la mirada el silencioso y pausado movimiento de las nubes, que cambiando de forma, dividiéndose ó agrupándose iban desapareciendo en tanto que otras se levantaban tras las cumbres y bosques.

En muy largo rato no cambió de espresion el hermoso rostro del paje; pero luego se dilató, sonrióse y se tiñó de púrpura como si los reflejos de la luna que lo bañaban fuesen rojos, y al fin se contrajo, estremeciéronse todos sus miembros, tornóse su mirada sombría como si la oscureciesen las nubes y se oprimió el pecho, exhalando un suspiro doloroso.

¿Quién hubiera podido adivinar lo que en aquellos momentos pasaba en el espíritu tierno y sensible de aquel desdichado niño? ¿Sostenia alguna de las horribles luchas que hacian de su exis-

tencia un espantoso tormento, una agonía lenta y sin un solo instante de descanso? ¿Se habia entregado á las halagüeñas ilusiones de su ardiente pasion, y despues de uno de sus frecuentes arrebatos habia acudido á su imaginacion el recuerdo de su rival? ¿Meditaba sobre su crítica situacion y sentia desvanecerse sus esperanzas?

Ni era posible adivinarlo, ni adivinándolo hubiera sido posible comprender la intensidad de su dolor ó la dulzura de sus imaginarios goces.

De una ó de otra manera puede asegurarse que si algun momento habia tenido de soñados placeres, los demas habian sido de mortal sufrimiento.

El desdichado niño no se equivocaba; sobre su existencia pesaba una horrible fatalidad; la fria mano del inexorable destino le habia marcado una senda cubierta de aceradas espinas; parecia un ser designado por el Omnipotente en sus misteriosas providencias á espiar las faltas de los que atraviesan el camino de esta vida en medio de una mentida felicidad.

La vibrante campana del reloj interrumpió el misterioso silencio de aquella apacible noche.

Faltaba media hora para lo que tantos con tanta ansiedad y temor esperaban.

Otra vez se estremeció Querubin, que murmuró algunas irónicas palabras mientras vagaba en sus labios una amarga sonrisa, y levantándose se perdió entre la verde espesura.

Entre tanto Rosa y Soledad se preparaban tambien para acudir á la cita.

Habíase puesto la condesa un vestido de los que con mas frecuencia usaba la sirviente y que dejaba ver su diminuto pié y una buena parte de su redonda pierna. Cubríase la cabeza con un re-

bocillo encarnado que le permitia taparse el rostro lo bastante para no ser conocida si la luna seguia esparciendo sus delatoras luces, pero que no ocultaba su gracioso talle.

Soledad, por el contrario, llevaba un riquísimo vestido de seda azul, que crujia al menor movimiento y cubria su cabeza y talle con un ancho manto negro de tafetan.

Rosa estaba pálida y agitada.

—¿Qué hora es?—preguntó.

—Ya sabeis,—respondió la doncella,—que las once y media dieron hace mucho rato.

—Tiemblo, Soledad.

—Yo tambien.

—¿Temes que el plan no dé buen resultado?

—Temo,—replicó la sirviente,—que os falte el valor, y además no me deja vivir la impaciencia.

—Quizás,—murmuró Rosa temblando,—va á decidirse mi suerte; quizás dentro de algunas horas...

—Señorita,—interrumpió vivamente Soledad,—no perdamos el tiempo en querer adivinar lo que ha de suceder cuando hemos de verlo muy pronto. Soy de opinion que salgamos ya; tenemos que andar un buen trecho y es preciso que á las doce en punto nos encontremos en la glorieta.

Aun vaciló Rosa algunos instantes; pero al fin, haciendo un esfuerzo para dominar sus temores, dijo:

—Vamos.

Y ambas salieron despues de escuchar y convencerse de que nadie habia en las habitaciones que tenian que atravesar.

Pocos minutos despues se encontraban fuera de la casa y tomaban silenciosamente el camino que conducia al lugar de la cita, separándose poco antes de llegar á él sin decirse mas que,

—No olvides lo que tienes que hacer.

—No lo olvideis vos, turbada por el miedo.

—¡Oh!... ruega á Dios por mi felicidad...

—Rogadle vos para que me dé calma y no se me vaya la lengua diciendo cuatro verdades.

Algunos minutos antes, como una procesion de silenciosos fantasmas, habian atravesado aquel mismo sendero otras cinco personas: primero Fígaro; luego la señora Anastasia; despues el conde y el organista, y últimamente el barrigudo médico, que no podia desechar el recuerdo de las observaciones que en otro tiempo habia hecho por la gatera.

Sin embargo, al anunciar el reloj las doce, en la glorieta no se veia mas que el bulto de un hombre que estaba sentado en un banco.

Dábale de lleno el resplandor de la luna y fácilmente podia reconocerse al conde.

—¡Oh!—murmuró despues de algunos instantes.—No viene... ¿Habrá querido burlarse de mí?... No lo creo... Eso seria demasiado...

Interrumpióse Almaviva y brillaron sus ojos.

Rosa acababa de entrar en la glorieta, y el vestido corto, y sobre todo el rebocillo, hizo creer al conde que era Soledad.

Á los pocos pasos que dió se detuvo como si tuviese miedo ó escuchase.

En aquel momento un grupo de nubes ocultó la luna y Rosa quedó envuelta en la oscuridad.

El conde se habia levantado y dirigido hácia su esposa.

—Soledad,—dijo en voz baja y estendiendo los brazos.—Aquí estoy...

—Chist,—respondió ella para imponerle silencio.

Pero él dió algunos pasos mas, y cogiendo afanosamente las manos de la condesa, exclamó:

—¡Oh!... ¡Deseada felicidad!...

—Silencio... ¿Qué haceis?...

—Nadie nos oye ni nos ve,—replicó Almaviva arrebatadamente.

Y despues de besar las manos de su esposa, añadió:

—¡Qué belleza! ¡Qué morbidez!...

—Os burlais,—replicó Rosa con voz apenas perceptible y que no era posible reconocer;—vos que estais acostumbrado á manos tan finas, tan suaves, tan bonitas como las de vuestra esposa...

—Nada,—interrumpió vivamente el conde,—tienes que envidiar á la condesa: al contrario, tu brazo es mas torneado, tu mano mas carnosa, y el cutis mas fino, á pesar de que no lo cuidas con el esmero que ella.

—¿Pero es posible que ya no la ameis?...

—¡El amor!...—repuso Almaviva, apretando con entusiasmo las manos de su esposa.—El amor es la poesía, la novela del corazon...

—¿Pero no amais ya á la condesa?

—Sí, la amo mucho... pero... año y medio de union hace tan grave, tan respetable el matrimonio...

—¿Qué echais de menos?—preguntó Rosa con mal disimulado afan.

—Lo que encuentro en tí...

—Pero...

—Quiero menos monotonía, maneras mas picantes... un no sé qué encantador, que arrebata... y... algun otro desden... ¡Oh!... nuestras mujeres creen que lo han hecho todo con amar-

nos, y cuando así lo han dicho la primera vez lo dicen siempre, nos aman sin cesar, en todas ocasiones y á todas horas, siempre están cariñosas y complacientes, y cuando despues de algun tiempo buscamos y creemos encontrar un momento de dicha, de goces, quedamos sorprendidos al hallar solamente el cansancio, la saciedad.

—¡Qué leccion!—dijo para sí la condesa.

—La verdad es,—prosiguió Almaviva,—que no estudian bastante el arte de sostener nuestros gustos, de renovar el amor, de reanimar el encanto de su posesion por la variedad.

—¡Oh!—murmuró Rosa casi olvidándose de fingir la voz, y picada como nunca.—¿Es decir que todo debe hacerlo la mujer? ¿Qué dejais para el hombre?

—Querida Soledad, no intentemos cambiar las leyes de la naturaleza: á nosotros nos toca pedir y obtener; pero luego á vuestro cargo queda retener, y esto lo olvidais fácil y frecuentemente.

—No lo olvidaré yo.

—Ni yo tampoco lo que valen estos momentos que inútilmente me hacen perder tus observaciones. Toma, Soledad,—repuso el conde, colocando en un dedo de su esposa una sortija que se quitó:—esto es un recuerdo mio, y esto,—añadió, sacando un bolsillo y entregándolo tambien á la condesa,—es para que compres el maldito papel que guarda la señora Anastasia y que impide tu casamiento con Fígaro.

—Señor...

Oyóse en aquel momento algun ruido como si se moviese el espeso ramaje del arrayan, y el conde dijo:

—Ven, Soledad; no creo que estemos bien aquí... entremos en ese pabellon...

—¡Á oscuras!...

—¿Acaso tenemos algo que leer?... Sígueme.

Y el conde se dirigió al pabellon de la derecha, entrando en él sin detenerse.

Empero Rosa, en vez de hacer lo mismo siguió hasta quedar oculta tras uno de los ángulos salientes del pabellon.

Del otro salió en aquel momento Querubin, deteniéndose junto á la fuente, y Soledad, cubierta con el manto entró en la glorieta y llegó á donde estaba el mancebo.

Las nubes se habian alejado y el resplandor de la luna iluminó nuevamente aquel lugar.

El travieso paje y la doncella entablaron un animado diálogo, él requiriéndola tiernamente de amores con acento de fingido arrebato, y ella defendiéndose con no menos bien fingido susto y turbacion.

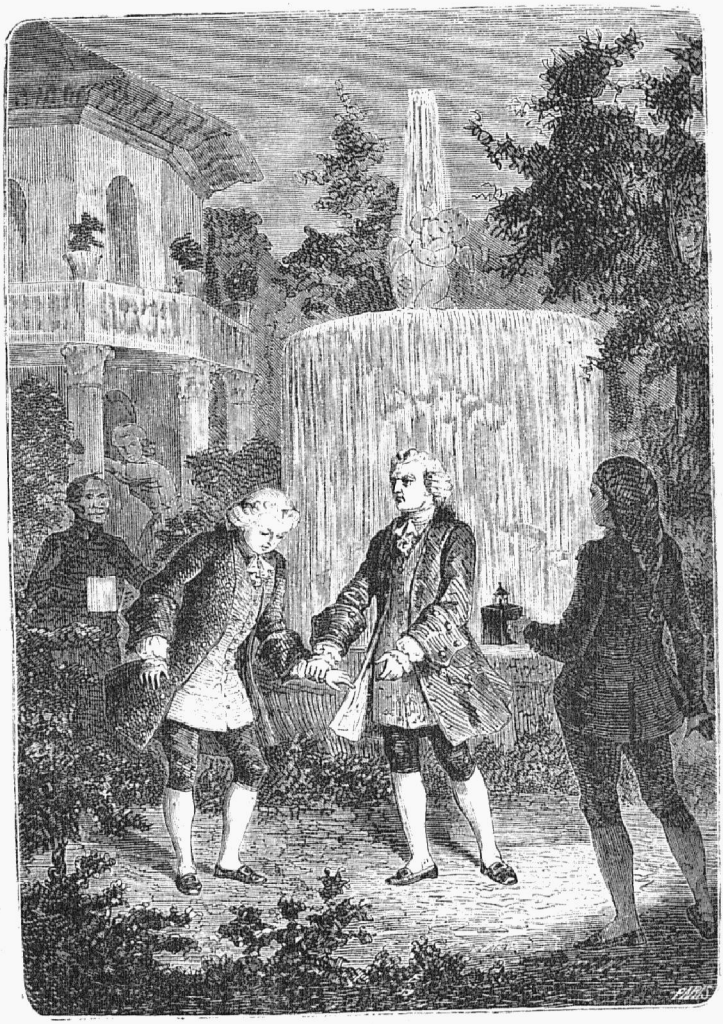
El conde volvió á salir del pabellon en busca de la que tenia por Soledad, y Rosa se le presentó nuevamente, diciéndole:

—Nos espian... mirad...

Y señaló al doncel y la sirviente, entrando en el pabellon como asustada y con intento de ocultarse.

La vista del grupo, iluminado por la luna, hizo olvidar al conde su amoroso capricho, y horriblemente atormentado por los celos, sintiendo afluir á su cabeza toda su sangre, quedó inmóvil y mudo como si su rabiosa ira le encadenase sus miembros ó como si quisiera convencerse de que no se habia equivocado.

Queria dar el golpe con toda seguridad, de manera que los criminales que le robaban la honra no tuviesen defensa ni escusa que atenuase su crímen, y para conseguirlo así, aunque atormentándose mas hizo su voluntad un incomparable esfuerzo, ahogó el coraje que en su pecho hervia, y con silenciosos pasos, y pro-



LAMINA 14. — ..... Levantaos y miradme frente á frente.

curando ocultarse con la fuente, adelantó hácia Querubin y Soledad hasta llegar muy cerca de ellos.

—¡Ah!—exclamó en aquel momento Querubin.—No retardemos mas nuestra dicha. Venid antes que, como esta mañana, un accidente imprevisto nos prive...

No pudo el mancebo proseguir, porque la fingida condesa exhaló un grito de espanto y huyó velozmente, ocultándose en el pabellon de la izquierda mientras decia:

—¡Mi esposo!... ¡Dios mio!...

El conde lanzó un espantable rugido de rabia y cayó sobre Querubin, asiéndolo fuertemente por el cuello y gritando con destemplada voz:

—¡Miserable!..... ¡Luz, don Basilio!..... ¡Pronto, por el infierno!...

El paje cayó de rodillas como agobiado por el terror.

Instantáneamente, y levantando la linterna, acudió el sacristan; pero tras él entró tambien en la glorieta el barbero provisto de otra luz, y algunos segundos despues, la señora Anastasia y don Bartolo llegaron jadeantes de fatiga y revelando en sus semblantes la sorpresa y el miedo.

El conde no aguardaba que acudiese mas que el organista, y miró con estrañeza á los demas; pero como no era la ocasion oportuna para entrar en esplicaciones, dejándose dominar mas y mas por la ira, dijo:

—Me alegro; os envia Dios: así será mas público el castigo como ha sido la falta... Acercaos... Miradlo, este es el criminal miserable, el ladron de mi honra, la venenosa serpiente que ha crecido con el calor de mi pecho y me muerde el corazon... ¡Oh!... Pero yo la aplastaré... Levantaos, venenoso reptil,—añadió soltando al mancebo,—levantaos y miradme frente á fren-

te, tened siquiera el valor de vuestro crímen ya que abrigais la cobardía del traidor.

Querubin se puso de pié, cruzó los brazos, levantó el labio superior con espresion desdeñosa y altiva y fijó en el conde una mirada tranquila que casi era una provocacion.

—Ya os miro, señor conde,—dijo con pausado tono.—No he caido bajo el peso de mi crímen ni aturdido por el miedo, sino á impulso del rudo golpe que me habeis dado y no pude resistir, porque no lo esperaba.

Menos Fígaro, los demas contemplaban alternativamente al conde y al paje sin acertar á esplicarse lo que sucedia ni á pronunciar una palabra.

—¡Oh!—exclamó Almaviva, clavando en el mancebo su ardiente mirada.—Respondedme á lo que voy á preguntaros, respondedme...

—¿Cómo he de negarme á ello? Sois el señor y yo el criado; teneis quien os ayude, porque en todos los presentes mandais... ¡menos en vos mismo!...

—¡Menos en mí!...

—De vos dispone vuestra cólera...

—Que encendeis, niño loco,—interrumpió el de Almaviva,—con esa afectada calma, con esa cínica tranquilidad que agrava vuestro crímen...

—Señor,—replicó el atrevido mancebo,—no soy un soldado que mata y se hace matar por intereses que desconoce: quiero saber por qué me enfado, porque de otro modo seria estúpido mi enojo.

—¡Vive el cielo!—gritó el conde fuera de sí.

—¿De qué me acusais, señor?

—¿Quién ha entrado en ese pabellon?

—¿En aquel?—preguntó el paje, señalando al de la derecha.

—No, en el otro,—replicó vivamente el conde.

—Eso es diferente,—repuso con la misma calma Querubin.—En ese pabellon se ha ocultado una mujer que me honra con sus particulares distinciones, y...

—¿Esa mujer?...

—Ocupa el pensamiento de un gran señor,—dijo el atrevido paje;—pero ella me ha preferido esta noche, lo mismo que otras veces...

—¡Horror, horror!—exclamó el sacristan con voz de trueno.

—La gatita muerta,—dijo la señora Anastasia.

—¡Siglo de perdicion!—murmuró don Bartolo.—¡De buena me libré!...

—Oyéndolo estais,—dijo el conde con voz ahogada por la ira, cuyos ímpetus arrebatadores apenas trabajosamente podia contener.—Oyéndolo estais... ¡Oh!..... Público será el castigo y tan terrible como mi manchada honra lo demanda..... Don Bartolo,—añadió dirigiéndose al atribulado médico,—vos que la habeis educado, vos que habeis ocupado el lugar de su padre, vos que como virtuosa me la entregásteis, entrad en ese pabellon, ahí la teneis, sacadla y veamos si como su cómplice se atreve tambien á mirar mi frente por ella manchada, á levantar la suya con el borron de su crímen.

—Señor conde,—balbuceó don Bartolo,—yo... no soy responsable...

—¡Entrad, por el infierno!

El pobre doctor no se atrevió á replicar, y entró en el pabellon, saliendo á los pocos momentos con Soledad, que ocultaba enteramente el rostro con el manto.

La doncella, como poseida del mayor terror cayó de rodillas á los piés del conde, sin pronunciar una palabra.

Don Basilio se estremeció.

La señora Anastasia sonrió con un si es no es de satisfaccion diabólica.

Querubin permaneció impasible.

Y aprovechando los instantes de silencio que presagiaban el último trueno de la tormenta, Fígaro, que hasta entonces no habia pronunciado una palabra, dijo:

—Perdonad, señor: la justicia ha de ser para todos: en ese pabellon se escondió vuestra esposa, huyendo de vos, y en el otro se escondió Soledad, huyendo de mí: salga tambien y que ambas reciban á la vez el castigo.

Y dió un paso hácia el pabellon de la derecha.

Empero el conde, á pesar del aturdimiento de su coraje, adivinó fácilmente que habia sido espiado por el barbero, y para evitar el grave compromiso en que sin duda intentaba este ponerlo, detúvolo, asiéndolo de la chupa y la chorrera de la camisa, mientras decia con imperioso tono:

—Quieto.

Fígaro, como hombre resuelto á arrostrarlo todo, no obedeció, y dejando entre los dedos del conde un pedazo de la chorrera y la camisa, púsose en cuatro brincos en el interior del pabellon donde estaba Rosa.

Almaviva dejó escapar un rugido de cólera.

—Sí, sí,—gritó la señora Anastasia;—que salga tambien esa bribonzuela.

Y cuatro segundos despues, la condesa, recatando el rostro con el rebocillo, salió conducida por el barbero, que decia:

—Venid, venid, que hay ajuste general de cuentas y teneis

que dar la que os toca. Yo no me enfado como su señoría; pero haré mas que él con menos ruido.

Rosa cayó tambien de hinojos delante del conde.

—Sentenciad,—añadió Fígaro.

—Eso me toca á mí,—dijo la condesa, echando atrás el rebocillo y poniéndose de pié.

—Y á mí,—añadió Soledad, descubriéndose el rostro y levantándose mientras soltaba una carcajada burlona.

Resonó una exclamacion unánime de sorpresa.

Al organista se le escapó la linterna de la mano.

El conde, corrido de vergüenza y trastornado de despecho, inclinó la cabeza sin atreverse á mirar á ninguno de los presentes y mucho menos á su esposa.

Trascurrieron algunos instantes de un silencio profundo, de una absoluta inmovilidad.

Cada semblante espresaba un sentimiento distinto.

El sacristan habia comprendido que el fruto de su doble intriga no podia ser ya el dinero, sino el desprecio, ya que no el odio de los personajes de aquella estraña comedia.

La señora Anastasia acababa de convencerse de que su casamiento era negocio perdido, y fijó en el barbero una mirada penetrante y terrible.

La casualidad favoreció al conde, cambiando repentinamente su embarazosa situacion.

Al desgarrarse la camisa de Fígaro habia salido de debajo de ella un relicario de plata que con un cordon de seda llevaba pendiente del cuello el barbero, y del cual hicimos mencion en la primera parte de esta historia.

Apenas el ama de gobierno vió el relicario, donde reflejaba la luz de la linterna, exhaló un agudo grito, su rostro cambió de es-

presion, tembló convulsivamente, acercóse á Fígaro, y cogiendo y revolviendo entre sus agitadas manos la argentina prenda, dijo con acento de angustioso afan:

—¿Quién os ha dado esto?... Mira, Bartolo, mira...

El médico se acercó, miró y dejó escapar una exclamacion prolongada.

—¿Quién os ha dado esto?—repitió la señora Anastasia.—¡Por Dios, hablad!...

—Lo tengo,—respondió Fígaro,—toda mi vida, y lo guardo porque espero que me sirva para que me reconozcan mis padres, si llego á encontrarlos.

—Es verdad,—dijo don Bartolo,—que tú no has conocido á tus padres... ¿Quién te ha criado? ¿Dónde pasastes tu niñez?

—La pasé en el campo hasta que se apoderaron de mí unos gitanos. Me cuidaba una mujer que se llamaba María...

—¡Ah!—exclamó la señora Anastasia.—Esplicaos mas.

—¿No recuerdas,—preguntó afanosamente el doctor,—algunas circunstancias de aquella época, algunas señas de la casa ó sus alrededores?

—Perfectamente,—respondió el barbero, tan sorprendido como los demas que presenciaban aquella estraña escena.—Era una casa pequeña; sobre la puerta habia un emparrado; y á poca distancia un árbol muy grueso que tenia hueco el tronco, en cuyo interior solia yo esconderme.

—¡Es nuestro hijo Antonio!—gritó el ama de gobierno con voz que parecia arrancada del alma, y arrojándose al cuello de Fígaro, en tanto que por sus mejillas corrian abundantes lágrimas.

—¡Nuestro hijo!—repitió el médico con acento entrecortado por los sollozos.—Sí... nuestro... hijo...

—¡Su hijo!—exclamaron los demas.

Y reinó un profundo silencio, interrumpido solamente por los suspiros de don Bartolo y la señora Anastasia, que á porfía estrechaban entre sus brazos á Fígaro.

Este, tan tiernamente conmovido como antes sorprendido, no pronunciaba una palabra.

Al fin se cruzaron algunas esplicaciones que disiparon todas las dudas, y aprovechando el conde tan propicia ocasion, dijo á su esposa:

—Este acontecimiento merece un perdon general.

—Por segunda vez,—contestó Rosa,—os lo concedo hoy; pero advertid que será el último.

—La última vez será tambien que yo os ofenda con mis locos celos.

La condesa se quitó la sortija que le habia dado su esposo, y con el bolsillo la entregó á Soledad, diciéndole:

—Toma, este es el regalo de boda que te hace tu padrino el señor conde de Almaviva; el de tu madrina, que lo seré yo, lo encontrarás en el bolsillo de ese vestido, consistente en mil ducados en monedas de oro.

Soledad y Fígaro cayeron á los piés de su bienhechora.

Puede figurarse el lector la escena que tuvo lugar y en la que representaron el primer papel las lágrimss de ternura, las palabras de gratitud y las promesas de cariño.

La señora Anastasia reclamó al doctor su mano y el reconocimiento de su hijo.

Ambas peticiones fueron otorgadas.

Fígaro era casi feliz: iba á casarse con la mujer á quien tanto amaba y habia encontrado á sus padres; pero turbaba su felicidad la no descabellada sospecha de que aun era aquel el prin-

cipio de la tristísima historia en que el desdichado Querubin representaba el mas importante papel.

El hermoso niño, que habia permanecido callado, se acercó al barbero, y estrechándole las manos con efusion, le dijo:

—Soy casi dichoso con vuestra dicha.

—No me la turbeis,—respondió Fígaro, acercando los labios al oido del paje y con una intencion que este comprendió fácilmente.

El conde parecia estar entusiasmado; pero en su sonrisa habia un no sé qué de amargo que se adivinaba fácilmente. ¿Se habian disipado por completo sus atormentadoras dudas? ¿Podia olvidar que el paje lo habia puesto en ridículo? Las heridas en el amor propio no se cierran fácilmente, y mucho menos cuando el grande las recibe del pequeño, y el superior de su inferior.

Ya iban á retirarse de aquel sitio, cuando el sacristan, estendiendo los brazos y con acento lastimero exclamó:

—¡Todos se olvidan de mí!

—Por esta vez,—dijo el conde,—contentaos con la multa torda y dad gracias al fausto acontecimiento de esta noche, que no quiero amargar imponiéndoos el castigo que mereceis.

Media hora despues don Basilio, ayudado por los vapores de una botella de Jerez, y don Bartolo y la señora Anastasia, fatigados y embriagados con su inesperada felicidad, dormian profundamente.

Los demas no cerraron al sueño sus ojos hasta que el alba esparcia sus primeras sonrisas.

Mas temprano que de costumbre llegaron de Sevilla las cartas que diariamente solia recibir el conde. Entre ellas habia una bastante abultada y que contenia el despacho de alferez de Querubin.

El pobre niño partió aquella misma mañana despues de haberse despedido de Rosa en presencia del conde, sin poder decirle mas que algunas palabras de ceremoniosa gratitud; pero con una mirada espresó todo lo que sentia, y como un sello de fuego inestinguible dejó en la mano que le alargó la infeliz jóven un recuerdo que mas adelante debia realizar el vaticinio de la rosa.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

UNA HORA DE LOCURA.

CAPÍTULO I.

Cómo se encontraban los personajes de esta historia.

Dos meses despues de la partida de Querubin, el conde recibió el nombramiento de virey de Méjico, y arreglando sus negocios mas urgentes, se separó de su esposa, embarcándose en Sevilla.

Quedó Rosa autorizada para permanecer en la quinta el tiempo que quisiese, yéndose luego á Sevilla ó á Madrid.

El barbero se ofreció á acompañar al conde; pero este prefirió dejarlo al lado de su esposa por ser la persona en quien mas seguramente podia depositar su confianza.

Almaviva habia llegado á convencerse de que Fígaro le era tan adicto y leal como el mejor de los amigos, y que nadie como

este guardaria su honra, vigilando noche y dia, y serviria á la condesa en cualquier situacion apurada que se viese.

Fígaro, para inspirar mas confianza á su señor, le habia jurado con aparente indiferencia, pero con marcada intencion, que no olvidaria sus deberes ni su gratitud, añadiendo que se marchase tan descuidado como si solo se fuese su sombra quedándose él.

Comprendió el conde la verdadera intencion de las palabras de su fiel servidor, y estrechándole entre sus brazos, aceptó el ofrecimiento y le dió las gracias con palabras cariñosas.

Desde aquel dia se vió á la condesa triste y meditabunda, revelando en su semblante la existencia de uno de esos lentos dolores que pueden compararse á una agonía porque su término es siempre la muerte.

El mundo creia que aquella tristeza, aquel callado dolor era producido por la ausencia, que debia ser muy larga, del conde, y esto se esplicaba fácilmente tratándose de una mujer que se habia casado enamorada y se veia separada de su esposo antes de dos años de union. Empero Fígaro y Soledad que conocian el secreto que en lo mas recóndito de su alma guardaba como una espina la desdichada Rosa, juzgaban de distinto modo y temian que tarde ó temprano diera su resultado tristísimo la fatal pasion de Querubin.

Este no habia vuelto á ver á la condesa. Se encontraba con su regimiento en Cataluña, y desde su partida no habia habido de él mas noticias que una carta que habia escrito al conde, participándole su feliz llegada al punto de su destino, y reiterándole las gracias por los favores y beneficios que le debia.

El sacristan seguia yendo á la quinta casi diariamente, y aunque nadie le hacia caso ni el conde le habia devuelto su con-

fianza, como lo dejaban como cosa perdida sacaba de sus visitas el no escaso provecho de comer y beber como tenia por costumbre.

Fígaro, pues, lo mismo que Soledad, observaba y vigilaba sin descanso, y la condesa, sin salir de sus habitaciones, unas veces leyendo, otras espresando con los vibrantes sonidos del clavicordio en lánguidas armonías su amor y sus tormentos, ó ya entregándose á pensamientos que acrecentaban sus males, pasaba el dia, y solo de noche, á hora bastante avanzada, cuando la luna esparcia sus argentados reflejos, y murmuraban las aguas bulliciosas de las fuentes y arroyos, y el céfiro blando agitaba suavemente el verde follaje y acariciaba con silenciosos besos las pálidas hojas de las azucenas, robándoles el perfume de sus dorados estambres, la enamorada jóven, dejando su encierro, recorria los jardines y las praderas y se perdia entre la espesura de los bosques sombríos con pasos tan silenciosos como la misma noche testigo de su pesar. Muchas veces, fatigado su cuerpo, harto dolorido su espíritu se dejaba caer sobre el blando musgo á orillas de un arroyo ó de una fuente, y como arrullada por el sordo murmurio de los líquidos cristales, embriagada por la perfumada atmósfera, quedábase aletargada ó dormida hasta que Fígaro ó Soledad le advertian lo avanzado de la hora y lo peligroso de aspirar el aire húmedo y frio de la madrugada.

Tal era la situacion de los habitantes de la quinta.

Desde la partida del conde habia trascurrido un mes, y el de julio tocaba á su fin.

El calor en aquellos dias era sofocante, y la atmósfera estaba constantemente tan cargada de electricidad como si se preparase una de esas tormentas de estío secas y tan pasajeras como terribles.

Estamos en una de esas noches de completa calma en que las frescas brisas nos niegan el consuelo de sus soplos, y en vano se busca en el campo ni en las calles una leve corriente de aire que mitigue el calor que nos ahoga.

Eran las diez.

El sacristan, como casi todos los habitantes de la poética Sevilla, habia salido de su estrecha morada á buscar en las calles algun fresco que reanimara sus miembros enervados por el calor.

Con pasos lentos y desiguales, y haciendo de su sombrero el uso de un abanico, caminaba sin fija direccion, pensando que la tranquila vida que llevaba no era la que á sus intereses convenia, y que le era preciso poner nuevamente en juego los recursos de su travesura, emprendiendo alguna intriga que diera pasto á su inquieto magin, y plata á su bolsillo vacío.

Á tales reflexiones iba entregado, cuando sintió que le tocaban á un hombro, y volviéndose encontróse frente á frente con un mancebo hermoso y de apostura tan marcial como convenia al brillante uniforme de alferez que vestia.

Mirólo algunos instantes con aire de duda, calóse despues el sombrero, se restregó los ojos, que abrió desmesuradamente, y dejando luego escapar una prolongada exclamacion con todo el lleno de su voz grave y profunda, dijo:

—¡Señor Querubin!

—El mismo,—respondió el mancebo, estrechando con la suya la huesosa diestra del organista.—Aquí me teneis dispuesto á serviros como antiguo amigo, aunque no siempre me hayais mostrado la mejor voluntad. Pero aquello pasó, con el tiempo han cambiado las circunstancias, y os llamo amigo porque estoy seguro de que no teneis inconveniente en serlo tan leal y decidido

como lo fuísteis siempre de los que os ofrecieron su amistad y proteccion en cambio de vuestros servicios.

—¡Oh!—exclamó el sacristan, sorprendido por el estraño é inesperado discurso del doncel.—Eso, como decís la gente de guerra, es lo que se llama una descarga á quema-ropa.

Y luego añadió para sí:

—Negocio tenemos y ¡por quien soy! que no ha de sucederme lo que otras veces. Bien se me alcanza lo que este mozo busca, y como sé hasta qué punto puedo serle útil, haré valer mis servicios de tal manera que con creces queden compensadas mis desgracias anteriores.

—Dos meses hace,—dijo Querubin,—que dejé esta tierra, y como en ese tiempo pueden haber sucedido muchas cosas y estas ser de importancia, deseo saber cuanto haya ocurrido para satisfacer, no mi curiosidad, sino los deseos de mi corazon, porque aquí quedaron todas mis afecciones y de aquí me llevé mis recuerdos mas queridos.

—Comprendo,—repuso don Basilio, sonriendo maliciosamente.—No os equivocais al creer que han tenido lugar sucesos de importancia, cuyo relato estoy dispuesto á haceros, no solamente por dejaros complacido, sino porque siempre es grato hablar con un buen amigo, sobre todo despues de una larga ausencia.

—¿Teneis algo que hacer ahora?—preguntó el mancebo.

—Serviros,—respondió el sacristan, llevando instintivamente las manos al estómago y relamiéndose solo al pensar que la consecuencia inmediata de la pregunta de Querubin era una opípara cena.

—Pues si os parece bien, celebraremos mi vuelta cenando juntos, y así podremos hablar despacio y sin que nadie nos interrumpa.

—Perfectamente, —se apresuró á decir el sacristan: —yo nunca abandono á mis amigos en ocasiones semejantes: cenaremos, pues, y así repondremos las fuerzas á medida que las gastemos. Por supuesto que iremos á cualquier hostería menos á la de los *Dos Amigos*, porque sabeis que de ella conservo un recuerdo muy desagradable.

—Iremos á la en que me alojo, que si he de juzgar por la muestra, es decir, por la comida que hoy me han dado, el hostelero no tiene conciencia de tal, sobre todo para el vino, de cuya pureza respondo.

—¡Magnífico! —exclamó entusiasmado el organista. —Vamos, pues, y veremos si en vuestra nueva vida habeis aprendido á vaciar tan bien una botella como á esgrimir la espada.

Nada mas se dijeron, y á buen paso tomaron juntos calle arriba, y en pocos minutos llegaron al término de su viaje.

Como el mancebo se hospedaba en la hostería, dispuso que en su mismo aposento, que era su dormitorio, les sirviesen la cena, que debia comenzar con una abundante racion de lengua estofada y dos botellas de Valdepeñas legítimo.

Sobre la cama echó Querubin su espada y su sombrero, y haciendo lo mismo con el suyo y su raida capa el organista, sentáronse á la mesa, donde el humeante contenido de una gran fuente los llamaba con su agradable olor.

La luz de un enorme velon de cobre esparcia sus resplandores rojizos sobre la mesa y daba de lleno en el rostro del antiguo paje, cuya belleza formaba el mas estraño contraste con la horrible figura del sacristan.

Antes que el pan y los cuchillos, se empuñaron las botellas, y por consiguiente, antes que los dientes sonasen al mascar, sonaron los vasos al chocarse despues de llenos para brindar.

—Á vuestra salud,—dijo Querubin.

—Por el logro de vuestros deseos,—respondió el organista.

Y ambos empinaron garbosamente como buenos bebedores.

—No os habeis equivocado,—dijo don Basilio despues de castañetear la lengua y relamerse para que nada se desperdiciase.—Bien podeis responder de la pureza de este mosto, que solo en las bodegas del señor conde de Almaviva puede encontrarse igual.

—Lo que decís prueba,—repuso el mancebo,—que, como antes, seguís bebiéndolo allí.

—Sí,—dijo el sacristan;—aunque la situacion no es la misma y todo ha cambiado de faz en aquella casa, no he interrumpido mis cuotidianas visitas y aun suelo pasar allí alguna noche.

Querubin meditó algunos instantes; examinó con su penetrante mirada el rostro de don Basilio, y despues de invitarlo á brindar otra vez y de apurar un segundo vaso, dijo:

—Ya sabeis, amigo mio, que la familia del señor conde es mi primera afeccion, y por consiguiente no estrañeis que de ella os pida noticias ante todo. Además, antes de participarles mi vuelta me parece prudente conocer en todos sus detalles la situacion para deducir el grado de cariño que me conservan y poder trazarme una conveniente línea de conducta.

—Es muy justo,—respondió el organista, que habia empezado á hacer uso de sus fuertes mandíbulas.—Antes de dar un paso debe mirarse el terreno donde ha de ponerse el pié.

—Pues bien,—dijo Querubin, que mas que de comer se cuidaba de examinar atentamente el rostro de don Basilio,—si quereis, empezad por referirme cuanto haya sucedido durante mi ausencia en casa del conde. Ya sé que él partió para Méjico, que

doña Rosa sigue viviendo en la quinta, y que allí se encuentran tambien, ya casados, Fígaro y Soledad.

—Entonces,—replicó don Basilio, haciendo un esfuerzo para tragar de una vez cuanto tenia en la boca,—nada ignorais, y por consiguiente nada nuevo puedo contaros.

—Don Basilio, ó no me entendeis, ó no habeis querido entenderme. Deseo conocer la vida que hace la condesa, y si alguna vez se ha ocupado de mí y en qué sentido, porque así podré yo calcular la conducta que me conviene seguir.

El organista tomó una botella, llenó su vaso, y mientras sonreia maliciosamente dijo al mancebo:

—Imitadme, bebamos para que no se seque el paladar y hablemos con la franqueza de antiguos amigos. Creo que no dudareis de mi deseo de serviros, así como yo no dudo de que vos sabreis corresponderme. ¿Me esplico claramente?

—Mi descarga á quema-ropa,—dijo Querubin, llenando tambien su vaso y disponiéndose á beber,—ha sido valientemente contestada. Remojemos, pues, la boca y hablemos con la franqueza que deseais.

Vaciáronse los vasos en un abrir y cerrar de ojos, y haciendo el sacristan uno de los estraños gestos que lo caracterizaban, estiró los brazos, tomó otro pedazo de carne y repuso:

—Señor Querubin, antes de deciros lo que deseais saber voy á daros un consejo.

—Os escucho,—respondió el mancebo, dejando de comer para fijar toda su atencion en las palabras del sacristan.

—Soy de opinion,—repuso este,—que no os presenteis en la quinta, y el gusto que tengais en ver á la condesa lo aplaceis para una ocasion oportuna y que no podré deciros ahora cuál será.

—Don Basilio, vamos entendiéndonos.

—Hace mucho tiempo que nos hemos entendido. Cuando serviais al conde os observé, os espié...

—¡Ah!—exclamó el antiguo paje, cuyo rostro enrojeció.

—En nada ha variado la condesa: durante el dia los libros y la música son su ocupacion, y emplea gran parte de la noche en pasear en el jardin, contemplando la luna y hablando con los arroyos y las flores. Triste está á todas horas como si la melancolía fuera el alimento de su alma, y en sus mejillas suelen verse las señales del llanto como si este fuera el único desahogo de su corazon.

Estas palabras fueron para la pasion del paje lo que el fuego para la pólvora.

No pudo contenerse el enamorado mancebo; relumbraron sus azules pupilas como si fuesen á despedir centellas y exclamó:

—¡Oh!... basta de nécio fingimiento; conoceis mi pasion...

—Basta de esplicaciones,—interrumpió don Basilio.—Acabemos con estas botellas, vengan otras y algunas magras de jamon, y entremos de lleno á tratar del negocio, que es lo que nos importa.

—Antes,—repuso el doncel, cuya frente se contrajo,—debo advertiros...

—No es menester, señor Querubin: ya sé que este secreto, mal guardado, seria mi muerte...

—Eso es.

—No hablemos, pues, de eso.

—Entonces, como habeis dicho, entremos á tratar desde luego del negocio. Seré breve y claro para lo que tengo que deciros: contestadme vos terminante y concisamente, y así ganaremos un tiempo que es para mí muy precioso.

—Os escucharé con toda la atencion que el caso requiere.

—Don Basilio,—repuso el antiguo paje despues de meditar algunos segundos,—necesito ver secretamente á la condesa, y esto no podré conseguirlo si no hay quien me advierta cuando se presente una ocasion oportuna. Nadie mejor que vos puede prestarme este servicio en cambio de la recompensa que estipulemos...

—¡Ah!—exclamó el organista, sonriendo con toda la satisfaccion del placer que sentia.—Teneis razon, yo y nadie mas que yo puede ayudaros en vuestra empresa, y el medio es para mí tan fácil, tan sencillo, que con mi cabeza me atrevo á responderos del éxito.

—Esplicaos.

Don Basilio estiró los brazos, arqueó las cejas, y con la misma entonacion que si pronunciase un sentido discurso de amor puesto á los piés de la mujer amada, dijo:

—La soledad, el misterioso silencio de la noche, el melancólico resplandor de la luna, el blando céfiro que refresca la encendida frente en las noches del sofocante estío, el dulce susurro de los mansos arroyos y el aroma embriagador de las flores, conmueve, embriaga, arroba, estasía, y á las almas sensibles las eleva, las sublima, haciéndolas olvidarse de las miserias de este mundo, y trasportándolas á otro desconocido...

—Vuestro plan,—interrumpió Querubin con muestras de viva impaciencia:—no os he pedido un discurso que pruebe vuestra reconocida elocuencia, sino un medio que me permita ver y hablar á doña Rosa.

—Pues bien,—dijo el sacristan, variando de tono,—segun mi opinion, en el jardin, en medio de la noche, turbada por la sorpresa y arrebatada por su pasion, la condesa no podria resistiros.

—Quiero creerlo así.

—Por consiguiente, si todas las noches vais á la quinta y esperais al pié de la tapia sin perder la paciencia hasta que yo os avise que doña Rosa pasea lejos de la casa, y os diga el sitio en que se encuentra, conseguireis lo que tanto deseais, sin mas sacrificios que el de algunos viajes en balde y lo que me deis como pago de mi servicio.

—Bien,—dijo Querubin, cuyos ojos brillaron como dos luciérnagas:—la idea es felicísima y desde luego merece mi aprobacion. No necesito mas que eso y... ¡Quizás me engaña mi deseo! ¡Tal vez una nécia vanidad!... Pero el tiempo se encargará de desengañarme. Don Basilio, estoy dispuesto: todas las noches á las diez me tendreis al pié de la tapia, aguardando que me lleveis la felicidad, la vida...

—Pero entendiéndose,—replicó el sacristan,—que no respondo del resultado, ni de cualquiera desgracia, como puede ser la de que os vean al entrar ó al atravesar por cualquier lado.

—Eso es cuenta mia.

—Porque habeis de saber que ese tunante de Fígaro, aunque cree que estais en Cataluña, por aquello de que toda precaucion es poco, tratándose de mujeres en asuntos de amor, suele rondar de noche alrededor de la casa, y muy particularmente cuando pasea doña Rosa.

—¡Oh!... Fígaro es mi mejor amigo y mi mayor enemigo.

—Es verdad: aquí os daria un abrazo; pero en la quinta...

—Una puñalada,—dijo Querubin con acento sombrío.—Pero eso, repito, es cuenta mia.

—Entonces...

—Falta solo que digais cuánto vale lo que me ofreceis.

—¡Oh!—exclamó el organista despues de apurar otro va-

so.—Dejo á vuestra conciencia, á vuestro juicio, á vuestra generosidad...

—No,—interrumpió Querubin.—Si yo fuera rico, os daria el oro á manos llenas, porque para mí no tiene precio el amor de doña Rosa; pero soy pobre, ya lo sabeis; no puedo disponer mas que de algunos ahorros, y aunque cuento con algunos recursos y os ofreceria para en adelante mayor recompensa, no alcanza todo para llenar mi deseo, ni quizás sea bastante para satisfacer vuestra ambicion. Grande es mi voluntad, don Basilio; pero como con ella no habeis de llenar el bolsillo, debemos hablar con entera franqueza, y así jamás tendremos motivo para quejarnos el uno del otro.

El sacristan temió pedir menos de lo que el mancebo poseia, y tener que contentarse con poco cuando pudiera tomar mucho. Para evitar este peligro buscó un medio que le pareció habia de darle buen resultado, y dijo con tono de afectada indiferencia:

—¿Á cuánto ascienden vuestros ahorros?

—Todo lo mas,—respondió Querubin, que habia conocido la intencion del organista,—todo lo mas á cien ducados.

Y metiendo la diestra en uno de los bolsillos de sus calzones, sacó y echó sobre la mesa un puñado de monedas de oro, cuyo brillo y sonido encendió los ojuelos del rapa-velas, temblando bajo la raida sotana sus tabículos miembros.

—Voy á decíroslo con seguridad,—añadió el mancebo.—Cuatro... doce... veinte, treinta y seis... cuarenta, cuarenta y ocho... cincuenta y... cincuenta y cuatro duros... Hé aquí todo mi caudal. Me reservaré ochenta reales, y el resto será para vos en el momento en que me digais que puedo saltar las tapias del jardin.

—Acepto,—respondió vivamente don Basilio.—Mil reales

me contentan viniendo de vos, por aquello de que una flor en un pobre es un diamante.

El trato estaba hecho.

Querubin guardó las monedas.

El sacristan exhaló un suspiro, y con un nuevo trago ahogó la pena de haber visto desaparecer el dinero sin que le quedase mas que la esperanza de que muy en breve seria dueño de él.

Tras el estofado fué el jamon y otras dos botellas que pronto quedaron vacías.

Terminó alegremente la cena.

El gozo de Querubin se comprende fácilmente.

La alegría del sacristan está esplicada con su codicia.

Despues de algunos apretones de manos y de jurarse cumplir fielmente lo prometido se separaron, teniendo el doncel su triunfo por seguro, y contando el organista por suyos los cincuenta pesos.

Como se ve, la pasion de Querubin no se habia entibiado con la ausencia, ni don Basilio, con la última derrota, que pudiéramos llamar dura leccion, habia dejado de ser intrigante y hombre decidido á comerciar con la honra ajena, que tenia en tan poca estima como la suya propia.

—Fígaro,—murmuró Soledad estremeciéndose,—me espantan tus palabras.

Por toda contestacion se iluminaron las negras pupilas del barbero y su frente se anubló por un instante.

—¿Y la señora condesa?—preguntó como si el asunto de que se trataba no mereciese mas palabras que las pocas que se habian cruzado.

—En su dormitorio. Allí ha pasado toda la tarde junto á la ventana que le recuerda el arrojo de Querubin. Se puso á leer; pero bien pronto el libro quedó en la falda y ella mirando al cielo, y esta es la hora en que no se ha movido.

—Sueña despierta.

—¡Sufre tanto!... ¡Ah!... El ser virtuosa le costará la vida. Y mientras el señor conde quizás se divierta con otra...

Fígaro se levantó, encogiéndose de hombros, y se dirigió á las habitaciones de Rosa para participarle que sus órdenes quedaban cumplidas.

Al dia siguiente, apenas amaneció, el barbero partió para Sevilla, y á las ocho llegó el organista caballero en la mula torda, que aun conservaba porque seguian dándole de comer en la caballeriza del conde.

Apenas se apeó don Basilio preguntó por la condesa; le contestaron que habia salido muy temprano á pasear, y sonriendo alegremente, tuvo valor bastante para dominar su voraz apetito, y en vez de encaminarse á la cocina, segun costumbre, se dirigió hácia donde creia encontrar á Rosa.

La ocasion no podia ser mas oportuna para poner en práctica un plan concebido la noche anterior por el maestro de música, y que consistia en un doble negocio, haciendo pagar á la condesa la noticia de la vuelta de Querubin.

Esta, como ya hemos visto, era la manía de don Basilio: urdia sus intrigas de manera que le prometiesen una doble ganancia, cuyo sistema, en el terreno de la práctica, le dió constantemente los peores resultados, y aunque entonces no habia tanto peligro porque no se trataba de intereses encontrados, podia sin embargo suceder, que la falta de prudencia diese al traste con todo.

Afortunado fué el sacristan.

Poco se alejó de la casa cuando encontró á Rosa, que volvia de su paseo.

El rostro pálido de la infeliz jóven revelaba su sufrimiento; en sus ojos estaba pintada su tristeza.

Sus pasos eran lentos y desiguales, todos sus movimientos lánguidos, y su aire distraido.

Saludóla el sacristan con una profunda reverencia y algunas rebuscadas frases de exagerado respeto, y ella se detuvo, no porque le agradase la conversacion que se le ofrecia, sino porque ni siquiera pensaba en lo que hacia.

—¿Os sentís indispuesta?—preguntó el organista.—Estais pálida, ojerosa... Sin duda habeis pasado mala noche...

—Sí,—contestó distraidamente Rosa.

—Yo tambien,—dijo el sacristan, acentuando cada una de sus palabras:—apenas he dormido... Pero no debe estrañarse, la sorpresa..... la importancia, la gravedad del acontecimiento... ¡Oh!

—¿De qué acontecimiento hablais?—preguntó Rosa con estrañeza.—¿Qué os ha sucedido?

—Á mí... nada... mas bien... vos... Me refiero á... Ya lo ví... nos encontramos y... Lo mismo, no ha variado.

La condesa miró sorprendida á don Basilio, y despues de algunos instantes dijo:

—No os comprendo.

—¡Que no me comprendeis!

—No.

—¡Señora condesa!

—Vuestras palabras son para mí como sonidos que nada significan.

—¿Acaso ignorais?...

—Nada sé de nuevo, absolutamente nada,—repuso la jóven con la mayor naturalidad.

—¡Oh!—exclamó don Basilio con todo el lleno de su voz hueca y profunda y dándose una palmada en la frente.—¡Torpe de mí!... Perdonadme, señora; he pecado por ignorancia, y el hablaros de esa persona os he hecho inocentemente un mal, creyendo haceros un bien.

Estas palabras escitaron vivamente la curiosidad de la condesa y aun le inspiraron algun cuidado por las varias interpretaciones que tenian. Toda su atencion se fijó entonces en aquella conversacion que habia principiado tan indiferentemente por su parte, y queriendo salir de dudas, replicó:

—Don Basilio, lo que decís me pone en mayor confusion cada vez: ni me habeis hecho bien ni mal con vuestras oscuras indicaciones. ¿Quereis esplicaros?

—Señora,—balbuceó el sacristan como si intentara escusarse,—no es nada...

—Segun habeis dicho,—replicó Rosa, que empezaba á impacientarse,—tiene relacion conmigo el suceso que anoche os desveló. Habeis hablado de sorpresas, de acontecimientos graves, de una persona, cuyo nombre habeis callado, y luego me pedis perdon no sé de qué mal ú ofensa. ¿Qué significan vuestras palabras? ¿Qué misterio encierran? Esplicaos, os lo ruego, porque

me habeis hecho concebir dudas que principiaron por hacerme cavilar y acabarán por atormentarme.

—Puesto que lo quereis, me lo mandais y yo tengo obligacion de obedeceros,—dijo don Basilio, haciendo un gesto de triste resignacion,—me esplicaré.

Y mirando á uno y otro lado como para cerciorarse de si alguien los observaba ó escuchaba, añadió:

—Poco tengo que deciros: mi sorpresa de ayer fué producida por el encuentro de una persona que estaba ausente y cuya vuelta nadie esperaba.

Rosa palideció mas de lo que estaba, sus negros ojos brillaron como dos carbunclos, fijando en el sacristan una afanosa y penetrante mirada, y sus miembros se estremecieron convulsivamente.

—¡Ah!—murmuró con voz ahogada y oprimiéndose el pecho con ambas manos.

—Señora...

—¿Esa persona?...

—Es... un amigo...

—Su nombre...

—Perdonadme...

—¡Oh!—exclamó la condesa, haciendo un doloroso esfuerzo.—Acabad...

Don Basilio volvió á mirar á su alrededor, hizo un horrible gesto, se acercó mas á Rosa, y bajando la voz, dijo:

—El señor Querubin.

La condesa no acertó á articular una sílaba.

Quiso exhalar un grito y no pudo.

Su corazon dejó de latir por algunos instantes y le faltó la respiracion.

Su cuerpo vaciló, y hubiera caido sin conocimiento á no sentarse en un banco que cerca de ella habia.

La sostuvo un segundo y supremo esfuerzo.

—¡Señora condesa!—exclamó el sacristan, acudiendo á sostenerla.—¿Qué teneis?

—No es nada,—dijo al fin Rosa con débil voz.

Y la vergüenza cambió el color de su rostro, que se enrojeció.

Ya era tarde para fingir.

Rosa estaba convencida de que su pasion no era un secreto para don Basilio; pero manifestarlo tan claramente, confesarlo, arrostrando la mirada de aquel hombre para quien nada respetable existia, era un tormento espantoso para la desdichada jóven.

No le quedaba, pues, mas que aceptar francamente su situacion y pedir al sacristan reserva, ó mas bien pagarle para que guardase el secreto de la vuelta de Querubin.

Pasados algunos minutos y pidiendo fuerzas á la necesidad, la condesa se pasó las manos por la frente, exhaló un penoso suspiro, y volviendo su rostro á tomar el blanco mate que antes tenia, dijo con insegura voz:

—Don Basilio, habeis sido mi maestro, os debo lo que sé en el arte sublime de la música, y deseo que, así como yo tengo de vos el recuerdo de lo que con tan cariñoso cuidado me enseñásteis, tengais vos de mí otro recuerdo, que aunque de poco valor, sea la espresion de mi agradecimiento.

Y quitándose una sortija de diamantes que llevaba en el dedo anular de su mano derecha, la presentó temblando al organista.

Los ojuelos de este relumbraron mas vivamente que las preciosas piedras de la joya, y sin vacilar un segundo apoderóse con todo el afan de su codicia de la prenda que con apariencia

cias de recuerdo pagaba sobradamente su reserva y discrecion.

—Señora,—dijo guardando en un bolsillo la sortija,—vuestra fineza tiene para mí un valor inestimable; pero no estrañeis no verme puesta esta joya, porque mi clase no me permite usar ciertas prendas de puro lujo.

—Mi deseo es que guardeis mi recuerdo y...

—Si no estuviera convencido de que sois enemiga de fórmulas...

—Sí, dejad los cumplimientos y decidme...

—Hablé con el señor Querubin,—repuso el sacristan, adivinando fácilmente lo que iba á preguntarle la condesa,—y para vuestra satisfaccion, sabed que es el mismo de antes, sin mas diferencia que la de haberse arraigado mas en su corazon las afecciones que en él llevaba al abandonar estos lugares.

Volvió á enrojecer el rostro de la condesa, y sus miembros se estremecieron convulsivamente.

—Ahora,—añadió el sacristan,—voy á daros un consejo: guardaos bien de que Fígaro y Soledad sepan que teneis noticias de la vuelta de vuestro antiguo paje: él comprende vuestra delicada situacion y no cometerá la imprudencia de venir á visitaros. En cuanto á mi reserva podeis estar completamente tranquila.

—Gracias,—respondió la condesa.

—Señora, disponed de mí.

—Os ruego, don Basilio, que si hablais otra vez con Querubin le hagais comprender el peligro en que puede ponerme la menor ligereza de su parte, y rogadle en mi nombre que continúe siendo tan noble y generoso como siempre y antes que todo salve mi honra.

—Así lo haré; pero no respondo del éxito.

—¡Ah!...

—Tranquilizaos,—repuso el organista,—y mañana hablaremos mas despacio, porque no conviene que ahora permanezca yo mas tiempo aquí.

—No,—replicó Rosa, haciendo un doloroso esfuerzo,—no me hableis jamás de Querubin, os lo prohibo terminantemente.

—Señora...

—Estoy dispuesta á morir antes que faltar á mis deberes,—repuso la jóven con una energía falsa que no debia durar muchos minutos.

Y levantándose se alejó sin escuchar ni mirar á don Basilio.

Este quedó inmóvil hasta que desapareció Rosa, y encogiéndose entonces de hombros volvió á sacar la sortija, la contempló con ojos relucientes, y dijo á la vez que sonreia con espresion de diabólico gozo:

—¿Qué me importa? Me alegro que me prohiba hablarle del mancebo, porque así me evitará ese trabajo: el negocio está ya hecho; esta alhaja vale mas de quinientos ducados, y me es indiferente que él consiga ó no lo que desea y ella tenga ó no valor para resistir.

El codicioso organista dió mil vueltas á la relumbrante joya, examinó detenidamente el labrado de las destelleantes piedras y el esquisito trabajo de su engaste, y tanto se entusiasmó, tan embebido quedó en las halagüeñas ideas que surgian en su fantástica mente, que sin ver ni oir lo que á su alrededor pasaba, como aquel que de todo se ha olvidado, no advirtió que por entre el espeso ramaje de unos rosales de Alejandría, se escapaba una mirada ardiente que lo observaba.

La mirada era de los negros ojos de Soledad, que estaba oculta tras los rosales y que tal vez habia escuchado la conversacion.

Despues de algunos minutos guardó don Basilio la sortija y se dirigió á la casa para almorzar.

La sirviente salió de su escondite, arrugó el entrecejo, reflexionó y luego se perdió en la espesura, murmurando:

—Este bribon se ha empeñado en que Fígaro lo mate.

CAPÍTULO III.

De cómo Fígaro, á pesar de su astucia, ayudó á don Basilio y á Querubin.

Á las cuatro de la tarde, cubierto de polvo y de sudor, mas triste y meditabundo que el dia anterior, volvió Fígaro de Sevilla.

Su mujer salió á recibirlo, y sin preguntarle ni darle tiempo para hablar, se lo llevó á lo mas solitario y espeso de un bosquecillo, y despues de cerciorarse de que nadie los observaba, dijo:

—¡Estamos perdidos!

—¿Me lo has conocido en la cara?—preguntó el barbero, cuyos ojos despidieron dos centellas.

—No.

—¿Entonces?...

—Antes de esplicarme,—repuso Soledad,—dime si has averiguado algo.

—Sí,—respondió Fígaro con acento de mal reprimida ira.—Ya sé que el paje está en Sevilla, pero no he podido averiguar

todavía dónde para, y por consiguiente no lo he visto. Mañana seguiré mis averiguaciones...

—Puedes evitarte ese trabajo,—replicó Soledad.

El barbero miró con sorpresa á su mujer.

—¿Pues qué sucede?—preguntó.

Soledad refirió entonces lo que habia visto y escuchado, sin omitir el mas insignificante detalle.

Puede figurarse el lector el efecto que produciria en Fígaro el relato que acababa de oir. Si en aquel momento se hubiera encontrado don Basilio allí, de seguro hubiera pagado con creces y de una vez cuanto debia; pero hubo de contentarse el barbero con desahogar por entonces su rabioso coraje con imprecaciones y amenazas, tanto mas terribles cuanto eran mas impotentes.

Sabedora la condesa de la vuelta de Querubin; ella enamorada como nunca, y él tan decidido como siempre á satisfacer á toda costa su deseo, el peligro de una desgracia era inminente y casi imposible el evitarla.

Fígaro y Soledad tenian sobrado entendimiento para dejar de comprenderlo así: no se les ocultaba la gravedad de la situacion y temian un funesto desenlace.

Pero ¿qué hacer?

El mal debia suceder quizás muy pronto, porque el paje tendria la impaciencia de todo enamorado, y no dejaria trascurrir mucho tiempo, ni tal vez muchas horas, sin intentar alguna locura.

Segun la conversacion de Rosa y el organista, ella ignoraba la vuelta de Querubin, y este, segun parecia, esperaba la respuesta del sacristan para obrar.

Lo que convenia, pues, era ganar tiempo, evitando que don Basilio alentase al doncel con la nueva de la buena acogida que habia encontrado en la condesa.

Así lo pensó Fígaro, sin dar con otro medio de buscar la salvacion, y para conseguirlo ideó la traza de detener al sacristan con cualquier pretesto y que no fuese aquella noche á Sevilla.

La ejecucion de este plan era muy fácil: el organista no podria resistir á la invitacion de una cena en que se ofreciese dar, además de suculentos manjares, algunas botellas de esquisito vino.

—Así,—pensó el barbero,—se quedará y tal vez, cuando el jugo de la uva le haya calentado la mollera, hable mas de lo que le convenga, descubriéndome algo de lo que proyecte el paje.

Nada pudo hacer Fígaro mas conveniente á los planes del sacristan: este encontraba así la ocasion de quedarse en la quinta sin infundir la mas leve sospecha, y aceptó el convite con doble contento.

Para estar con mas libertad y evitar que nadie los interrumpiese, propuso el barbero que se dejase la cena para cuando durmiesen todos, que la sirviese Soledad y que se brindase por última vez al esparcir los primeros resplandores la aurora.

Don Basilio se restregó las manos alegremente y bostezó como si la sola idea de una cena opípara le hubiese abierto el apetito.

El sol se ocultó.

Como si se evaporasen, desaparecieron los dorados resplandores del crepúsculo que habian coronado las cumbres de occidente.

Fueron estinguiéndose todos los ruidos.

Los ruiseñores dejaron oir, mas alegres que nunca, sus trinos variados.

Estendiéronse las impalpables tinieblas de la noche, y una hora despues la luna se enseñoreaba entre millares de estrellas.

Fígaro no se habia cuidado mas del organista: todo el tiempo que le dejaron libre sus ocupaciones, lo habia empleado en ha-

blar con su mujer de la difícil situacion en que se encontraban, y en combinar los medios de conjurar el peligro que tan cercano tenian.

La fiel sirviente se dispuso á vigilar con mas cuidado que nunca á su señora, y á las diez, hora en que esta solia emprender sus nocturnos paseos, fué á buscarla; pero ya no la encontró en sus habitaciones, se habia anticipado á salir.

Entonces advirtieron la falta de don Basilio, que segun dijeron algunos criados, paseaba tambien desde que empezó á anochecer.

Era posible que la condesa hubiese encontrado al sacristan, y temiéndolo así, Fígaro y Soledad, por distintos lados, encamináronse á la casualidad para buscar á su señora.

Don Basilio se habia anticipado á trabajar en favor de Querubin, y oculto cerca de la casa habia visto salir á la condesa pocos minutos antes de las diez, y la habia seguido.

Si embebida en sus amorosos pensamientos estaba Rosa otras noches, mas estaba aquella, y por consiguiente, ni pudo observar que la espiaban, ni siquiera pensar en ello.

Con pasos lentos y desiguales, inclinada la frente como si las ideas le pesasen y no pudiera sostenerlas, tomó al acaso por un sendero que nunca, por lo desigual en su descuidado piso y oscuro por la demasiada espesura, acostumbraba á seguir, lo cual fué causa de que Fígaro ni Soledad emprendiesen su esploracion por aquel lado.

La blancura del ancho traje que descuidadamente vestia Rosa, se destacaba del negro fondo de la umbría espesura que cerraba por ambos lados el estrecho y tortuoso camino: la mullida y húmeda yerba ahogaba el ruido de sus leves pasos, y si alguna vez los espinosos zarzales ó las flexibles ramas de abeto no se hubiesen

enganchado en su ropa, haciéndola crujir, hubiera podido creerse que era un fantasma. Un campesino supersticioso la habria tomado por el alma de alguna vírgen, muerta de amor, y que vagaba por aquellos solitarios lugares donde quizás en vida habia escuchado falsos juramentos ó recibido el desengaño que acabara con su existencia.

El blando céfiro agitaba levemente el verde follaje, acariciaba la ardorosa frente de la jóven y se llevaba algun tierno ó doloroso suspiro que esta exhalaba.

Puede decirse que Rosa, aunque despierta, dormia y soñaba: al observarla de cerca y ver sus movimientos de autómata, que indicaban una violenta tension en sus músculos, sus ojos cerrados y su rostro ligeramente contraido, hubiérase asegurado que era una sonámbula.

El sitio era medroso por lo oscuro, lo estraviado y lo solitario, y si la condesa avanzaba con aquella aparente tranquilidad, con tan sorprendente seguridad, era porque no sabia dónde se encontraba, sin que á sacarla de su distraccion fuesen bastante las negras sombras que debian haberle espantado, ni los agudos espinos que solian herir sus brazos y su cuello.

Todos sus sentimientos se habian concentrado en uno; una sola idea ocupaba su imaginacion, y á un solo fin se habian reunido todas sus fuerzas.

¿Cómo habia de encontrarse la desdichada jóven?

Su vida era en aquellos momentos la fiebre, su razon el delirio, y la lucha de su pasion y sus deberes no era otra cosa que la desesperacion que desgarra al alma para buscar la esperanza que se perdió.

Segura estaba Rosa de que el atrevido paje se dejaria llevar de los impulsos de su fatal pasion, y como la infeliz empezaba á

dudar de su firmeza para resistir, lo cual no le habia sucedido nunca, sufria horriblemente.

Si todo hubiera estado reducido á sacrificar la vida para salvar el honor, Rosa habria entregado su penosa existencia sin vacilar; pero vivia, tenia que vivir á su pesar, y toda la fuerza de su voluntad, todo el heróico valor de su virtud eran impotentes para contrarestar la fuerza que la arrastraba al abismo de su perdicion.

¿Cómo salvarse?

Puesto un pié sobre el fondo de la negra sima, el otro en su resbaladizo borde, impelida por la fuerza de un gigante á la vez que sus fuerzas se agotaban, que cegaban sus ojos y se estraviaba su razon, la desdichada debia sucumbir.

Hay tormentos que solo se comprenden cuando se sufren, y no es por eso fácil que hagamos comprender lo que aquella noche sufria Rosa.

Seguida por el sacristan, que se ocultaba en la espesura, anduvo la infeliz cerca de media hora, saliendo á un valle cubierto de verdura, rodeado de una espesa arboleda y surcado por un cristalino arroyo que tomaba sus aguas de una fuente.

Allí llegaban sin dificultad los resplandores de la luna.

Entonces Rosa volvió de su distraccion, levantó la cabeza, miró á su alrededor, luego al cielo, exhaló un profundo suspiro y exclamó:

—¡Dios mio, cuánto sufro!

Su cuerpo estaba tan fatigado como su espíritu.

Sintió la necesidad de descansar para poder volver á su habitacion.

—¿Dónde estoy?—dijo.

Y se estremeció al reconocer el apartado lugar en que se en-

contraba; la aterró el profundo silencio no interrumpido mas que por el murmurio sordo de la cristalina corriente.

Sin detenerse un instante hubiérase vuelto; pero no le quedaban fuerzas para andar otra media hora sin haber reposado, y se dejó caer en un banco rústico que encontró á pocos pasos, recostándose con toda la languidez de su enervacion, con todo el abandono de la confianza que tenia en que nadie la observaba.

Dábale de lleno el clarísimo resplandor de la luna, que aumentaba la palidez mate de su bellísimo rostro.

Por algunos instantes contempló el cielo como si contase las estrellas ó quisiese descubrir algun arcano en la apacible faz del astro de la noche.

Exhaló otro suspiro, se estremeció convulsivamente y volvió á mirar á todos lados; pero no vió mas que la espinosa maleza, los copudos y seculares castaños y las sombras que estos proyectaban sobre la verde alfombra de yerba.

Sin embargo, los nervios de Rosa se crisparon un momento.

Su pavor aumentaba.

Sentia la frente abrasada y su corazon palpitaba con desigual violencia.

—¡Oh!—murmuró con voz ahogada.—Si ahora se me presentase *él*, mi perdicion era cierta: no tengo voluntad ni fuerzas para resistir, la lucha seria breve y su término... ¡Dios mio!...

La infeliz tembló.

Empero tras sus temores, el recuerdo de Querubin y las ilusiones de su amor ocuparon su mente calenturienta.

Disminuyó el terror; pero entonces comenzó el verdadero peligro.

Los castaños y sus sombras dejaron de parecerle fantasmas; el murmurio del arroyo halagó sus oidos; el resplandor de la

luna encantó sus ojos, y la soledad le fué grata porque era la libertad.

Fué dilatándose su rostro.

Se tiñeron de púrpura sus mejillas.

Sus pupilas destellaron el fuego de su pasion.

Sus rojos labios, húmedos y titilantes, se entreabrieron como para sonreir dulcemente.

Su pecho se levantó á impulsos de una respiracion agitada.

Un minuto despues se cerraron sus negros ojos como para dormir ó reconcentrar mas fácilmente sus amorosos pensamientos.

Quedó inmóvil.

Belleza igual no hubiera podido soñarla un poeta, no hubiera podido reproducirla el mágico cincel del arte pagano.

¿Dormia?

Tal vez se habia dejado dominar por un sueño reparador de las perdidas fuerzas.

La lucha que habia sostenido habia sido desgarradora; la habia dejado en un estado de completo abatimiento, de dolorosa enervacion.

La energía que de vez en cuando revelaban sus palabras y sus movimientos, era falsa y tan fugaz como la aparente vida de un cadáver galvanizado, era el resultado de la fiebre que se habia apoderado lo mismo de su cuerpo que de su razon.

Sin duda soñaba ó mas bien deliraba con el recuerdo de Querubin.

Trascurrieron algunos minutos.

Como un negro espectro se levantó entre la maleza la figura del sacristan.

Sus ojuelos, que relumbraban como dos luces fosfóricas, fijaron una afanosa mirada en la condesa.

Esta no hizo el mas leve movimiento.

—No hay duda,—murmuró don Basilio,—duerme.

Y saliendo de entre la espesura, se acercó á Rosa y la observó atentamente.

—Mios son los mil reales..... Cada minuto es un tesoro..... ¡Oh!... Querubin, á pesar de su nombre, debe estar protegido por Satanás.

Don Basilio se remangó hasta la cintura la sotana y se alejó rápidamente en direccion del sitio donde debia encontrar al paje.

No se cuidó de buscar sendero alguno, sino de seguir línea recta para llegar mas pronto.

Sus larguísimas piernas salvaban todos los inconvenientes que le oponian la desigualdad del terreno y las malezas.

En pocos minutos llegó á una tapia.

El terreno era allí mas alto.

—Todo me favorece esta noche,—dijo don Basilio.

Y de un brinco se puso sobre la pared, miró al otro lado y añadió:

—Subid pronto.

Dos segundos despues, Querubin, haciendo escalera de su caballo, se encontró junto al sacristan.

—Sola y dormida la teneis,—dijo este,—y bastante lejos de la casa. ¿Quereis mas?

—¿Dónde?—preguntó el mancebo, cuyas pupilas despidieron dos centellas.

Y como don Basilio no le contestase en seguida, sacó un bolsillo y se lo dió, añadiendo:

—Tomad... lo convenido... ¿Dónde está?

Por el inequívoco sonido de oro y el peso, se convenció el or-

ganista de que la bolsa encerraba los cincuenta duros, y dijo, señalando hácia su izquierda:

—Por allí hay una pradera inculta...

—¿Rodeada de grandes castaños y zarzales?—interrumpió vivamente el doncel.

—Sí.

—¿Hay una fuente?...

—Sí, y un arroyo que corre serpenteando por entre la yerba...

—Abunda la aliaga, no hay una flor...

—Eso es...

—Basta.

—En un banco...

—Donde yo he dormido tambien y soñado con ella muchas veces... ¡Oh!...

Querubin se puso de un brinco en el suelo y desapareció.

El sacristan hizo lo mismo; pero por el lado opuesto.

CAPÍTULO IV.

Empieza á cumplirse el vaticinio de la rosa.

Al paje no le ayudaba una descomunal longitud de sus piernas; pero era ágil, su pasion le daba fuerzas y alientos, y como don Basilio, sin cuidarse de buscar un sendero, siguió en línea recta hácia el lugar donde se encontraba Rosa.

Esta seguia durmiendo, soñando, sonriendo y articulando alguna palabra.

Aun enrojecia su frente la púrpura de su volcánica pasion.

Permanecia en la misma postura lánguida, voluptuosa, descuidada y provocativa.

En medio de aquel profundo silencio hubieran podido contarse las violentas y acompasadas palpitaciones de su corazon.

Su blanca figura, por la luna iluminada, destacábase sobre el fondo verde oscuro de la espesa enramada.

Querubin llegó y su mirada afanosa, ávida, ardiente, febril, se fijó en la condesa.

LAMINA 15. — La sangre circuló por sus venas como una corriente de fuego.

Quedó inmóvil.

Una exclamacion, un grito de alegría, de admiracion, de entusiasmo, de delirio iba á salir de su pecho como arrancado del alma; pero quedó ahogado antes de escaparse de su boca.

La respiracion le faltó por algunos segundos.

Luego su corazon palpitó con desigual violencia.

Un brillo fosforescente, estraño, aterrador, iluminó sus pupilas.

Su rostro se desfiguró.

Su sangre circuló por las venas como una corriente de fuego.

Latieron sus sienes como si fueran á romperse las arterias.

Sintió la cabeza trastornada como si hubiese pasado una noche de insomnio y orgía.

Se contrajeron sus miembros dolorosamente.

Todos los objetos aparecieron á sus ojos con formas confusas, con fantástico y estraño colorido.

El sordo murmurio de las aguas llegó á sus oidos como un acento lastimero, lúgubre y aterrador.

La turbacion, el trastorno de su ser era completo.

Poco á poco aquel febril arrebato fué calmándose; pero su razon era presa del delirio.

Allí estaba Rosa, el objeto de su pasion.

Allí estaba, en medio de la soledad, sin que nadie pudiera defenderla, ni aun su virtud, porque su virtud habia sucumbido en la horrible lucha sostenida tanto tiempo con su pasion.

¿Qué mas podia desear el enamorado mancebo?

Loco estaba él y nada respetaria en su frenético arrebato.

Loca estaba ella y no recobraria su imperio la razon sino cuando ya fuese tarde para evitar el mal.

Querubin exhaló un suspiro.

Sus ojos adquirieron mayor brillo.

Se acercó á Rosa.

Volvió á contemplarla algunos instantes.

Hizo ademan de coger una mano de ella, pero las suyas temblaban.

Su trastorno era completo.

—¡Oh!—exclamó.—Será mia, y despues... venga la muerte... ¿Qué me importa?

Como respondiendo al doncel, Rosa suspiró tierna y dulcemente, y sus labios se entreabrieron, y su frente se enrojeció mas de lo que estaba.

Querubin apoyó una rodilla en tierra, estendió los brazos como si fuese á adorar á un ángel, aunque sus sentimientos nada tenian de celestial, y contempló á Rosa como estasiado, como embriagado.

Luego cogió entre sus ardientes y temblorosas manos una de las no menos ardientes de la condesa, y la besó con todo el frenesí de su pasion fatal.

La desdichada abrió los ojos, fijó una mirada de sorpresa y espanto en el doncel, exhaló un ronco grito de terror y exclamó:

—¡Ah!... ¡Por compasion, por compasion!...

El eco de su voz se perdió entre el espeso ramaje.

—¡Por compasion!—dijo á su vez Querubin.

—¡Dios mio!... ¡Fuerzas!... ¡Fuerzas para huir!... Mi razon se ha trastornado... ¡Estoy loca!... ¡Tened lástima de mí!...

—¡Rosa!... ¡Rosa!...

—Dejadme... Vais á condenarme á un tormento cien veces peor que la muerte; cien veces peor que la agonía, mayor que el que desgarra mi alma desde que os conocí...

—Escuchadme...

—Yo sacrificaré por vos mi vida; sacrificad vos por mí vuestro amor y respetad mi honra...

—Sacrificad vos por mí un escrúpulo vano; yo sacrificaré por vos mi vida, pero mi amor...

Rosa hizo un esfuerzo supremo, el último quizás de su virtud, de su desesperacion; se contrajeron sus músculos por un instante, y sacudiendo rudamente su brazo, logró ver libre la mano que estaba presa entre las del mancebo.

Esta contrariedad encendió mas el criminal deseo de Querubin, y sus ojos despidieron dos centellas y sus dientes rechinaron.

En el rostro descompuesto de la condesa, en su mirada vaga, en sus ademanes inciertos, se revelaba su doloroso estado mental, de completo estravío.

Sin embargo, habia hecho el último esfuerzo y estaba dispuesta á luchar hasta morir.

Querubin no estaba dispuesto á retroceder, porque tambien deliraba, y en lo que hacia no veia mas que la satisfaccion justa de un deseo ardiente y devorador; lo demas no era para él sino un vano escrúpulo, como acababa de decir. El conde se presentaba á su mente como un recuerdo odioso, el recuerdo de un rival.

La lucha habia empezado.

¿Cómo terminaria?

El arroyo seguia murmurando tristemente.

Avanzaba majestuosamente la luna, siendo testigo impasible y mudo de aquella escena.

El céfiro intentaba en vano templar el febril ardor que enardecia la imaginacion de aquellas infelices criaturas.

Y entre tanto, por un lado Soledad y por otro Fígaro, corrian desalentados en busca de su señora, hasta que despues de dar mil vueltas se encontraron.

—¿No la has visto?—preguntó el barbero á su mujer.

—No.

—¿Ni al sacristan?

—Tampoco, aunque sé que está en casa porque me lo ha dicho Andrés.

—Pero ella...

—Como si la tierra se la hubiera tragado.

—¡Vive Dios!—exclamó el barbero, apretando con rabia los puños.

—No sé esplicármelo,—dijo Soledad, haciendo un gesto de disgusto;—pero lo que pasa me da mala espina.

—Sí, sí, creo que corremos en balde.

—¡Ay, Fígaro!... Por esta vez nos ha ganado la partida el pícaro sacrismoche. ¿Y aun lo perdonarás?

—Si la desgracia ha sucedido, te juro que será la última intriga en que se meta.

—Ya debias haberle roto una costilla...

—Soledad, no perdamos tiempo: todo puede llevárselo el diablo por un minuto...

—Pero ¿qué hemos de hacer?

—Seguir buscando.

—¿Por dónde? Todo lo hemos corrido...

—¿Has estado en el castañar?

—He llegado á él.

—¿Quién sabe si está allí?

—No se habrá atrevido, en aquella soledad...

—Si la esperaban...

—No me quedan fuerzas para volver...

—Siéntate y descansa, Soledad,—repuso el barbero:—yo iré, espérame aquí.

La sirviente se sentó en un banco de piedra, y Fígaro tomó apresuradamente por una calle de acacias.

Su mirada penetrante iba registrándolo todo.

De vez en cuando se detenia un momento para escuchar.

Empero aunque lo favorecian la luna y el silencio, nada veia mas que los árboles y sus sombras, nada oia mas que el susurro de las fuentes y los arroyos ó los trinos de algun ruiseñor.

Fígaro tenia buenos sentimientos, ya lo hemos dicho; era agradecido y leal, y en aquellos momentos en que creia en peligro la honra del conde, sufria mucho.

Su angustioso afan crecia á medida que avanzaba sin encontrar á Rosa, y que pasaba perdido un tiempo que tal vez aprovechaba Querubin para consumar su infame traicion, abusando de la debilidad, de la ceguedad de una infeliz mujer, y condenándola á una vida de remordimientos que le harian espiar con tormentos horribles una hora de locura.

Fígaro llegó á un bosque de castaños.

La campana del reloj interrumpió el silencio de la noche, repitiendo once veces su vibrante sonido.

El barbero se internó en la espesura, avanzó, detúvose, escuchó, sus ojos relumbraron como dos luciérnagas y sus dientes rechinaron.

Luego adelantó mas; pero cuidando de hacer el menor ruido posible.

Volvió á pararse junto á unas zarzas, precisamente donde antes habia estado el sacristan, muy cerca de donde se encontraban Rosa y Querubin, cuya conversacion podia escucharse sin perder una palabra, y observarse hasta sus mas leves movimientos.

Poco tuvo que oir Fígaro para comprender lo que habia pasado.

Ya era tarde.

Se habia cumplido la primera parte del vaticinio de la rosa.

Fígaro tuvo que hacer un sobrehumano esfuerzo para no arrojarse sobre Querubin y vengar allí mismo la honra del conde.

Sin renunciar al castigo del mancebo, era conveniente esperar.

Rosa quedaria bien castigada con sus remordimientos, y hubiera sido crueldad aumentar sus dolores.

La desdichada era digna de compasion como todo criminal que espia su crímen.

Fígaro se oprimió las sienes porque sintió aturdida su cabeza, y luego tuvo que apoyarse en el tronco de un árbol.

Algunos minutos tardó en empezar á recobrarse de su trastorno, y sintiendo al fin renacer su valor y su calma, pensó en la conducta que era conveniente observar en aquellos momentos.

No tenia calma para permitir que se prolongase aquella escena, y como tampoco era prudente interrumpirla, dejándose ver, porque tal vez habria esto costado la vida á Rosa, que empezaba á recobrar la razon y á sentir remordimientos, Fígaro optó por el término medio de hacer algun ruido para ahuyentar á Querubin, dejando para otro dia el buscarlo y pedirle cuentas de su proceder.

Hízolo así, dando con un pié en el tronco de un árbol.

La condesa exhaló un grito de miedo.

Querubin llevó la diestra á la empuñadura de su espada y escuchó mientras su frente se contraia.

—No es nada,—dijo despues de algunos instantes.

—¡Huye!—murmuró Rosa con voz ahogada.—Huye, te lo suplico...

—Pero...

Fígaro hizo ruido otra vez.

—¡Por compasion, déjame!...

El mancebo comprendió que el mayor beneficio que podia hacer á la condesa era dejarla para evitar que la sorprendiesen á su lado; así que, lanzando una iracunda mirada hácia el bosque, como si quisiese con ella aniquilar á la persona que habia turbado su dicha, se alejó, murmurando un tierno adios y la promesa de volver á la siguiente noche.

Rosa se dejó caer otra vez en el banco.

—Jamás,—dijo,—jamás volverá á verme... Recobro la razon y... ¡Dios mio!—exclamó con desgarrador acento.

No pronunció una palabra mas; pero se cubrió el rostro con las manos y de sus ojos se escapó un raudal de lágrimas.

Eran las primeras de un tardío arrepentimiento.

El céfiro llevó sus dolorosos suspiros.

Sus tristes sollozos se confundieron con el sordo murmurio de la corriente.

Una hora pasó.

Rosa no habia dejado de llorar ni se habia movido.

¿Quién podria esplicar ni comprender lo que sentia?

Los mas intensos dolores físicos no pueden compararse al tormento moral que sufria la desdichada.

Fígaro sufria tambien, porque no podia ser indiferente á los dolores de la condesa.

Esta secó al fin sus ojos, exhaló un penoso suspiro y se levantó.

Dieron las doce.

Rosa se estremeció convulsivamente.

—Hace dos horas,—murmuró,—era yo feliz con mi desgracia, feliz con mis dolores... ¡Dios mio, quitadme la vida!

Con pasos vacilantes se alejó la condesa de aquel lugar.

El barbero la siguió silenciosamente, y cuando la vió entrar en la casa, fué en busca de Soledad, que empezaba á impacientarse.

—¿No la has visto?—preguntó afanosamente la antigua doncella.

—¡Todo se ha perdido!

Soledad dejó escapar un grito de rabia y sorpresa.

—¡Por Satanás!—exclamó el barbero.—Corre, la condesa está ya en su habitacion...

—Pero...

—No pierdas tiempo, Soledad: yo voy á buscar á don Basilio y despues hablaremos.

La sirviente, apretando los puños y dejando escapar miradas centellantes, se alejó.

¿Qué habia sido del sacristan?

¿En qué se ocupaba mientras tenia lugar el triste suceso que acabamos de referir?

CAPÍTULO V.

De cómo don Basilio encontró en el pecado la penitencia.

Para aguardar la hora de la prometida cena, entróse el organista en la habitacion de Fígaro; pero haciéndosele largo y pesado el tiempo, quiso distraerse de alguna manera, y despues de contemplar dos botellas que sobre una mesa habia, dijo:

—No sé lo que tienen; pero suponiendo que están llenas de algun líquido que contenga alcohol, podré saborearlo y así, mientras juzgo de su bondad, mataré el fastidio que ha de producirme el esperar mas de dos horas.

Dicho y hecho: don Basilio destapó una de las botellas, olió, brillaron alegremente sus ojuelos, y por via de catadura bebió un buen trago.

—¡Bien!—exclamó despues de relamerse.—Riquísimo aguardiente, legítimo de cañas y no baja de treinta y tres grados. Ese tunante de Fígaro es hombre que lo entiende... ¡Oh!... Quiero saborear otra vez este esquisito licor.

El sacristan volvió á colocar la boca de la botella entre sus labios, empinándola y quedando como estasiado lo menos por diez segundos.

El espirituoso líquido mermó en una tercera parte.

—Cómo entona, cómo anima, cuánta alegría infunde y... ¡cómo despabila el entendimiento!... El alcohol me produce efectos contrarios que á los demas: á todos les da sueño y les trastorna la razon; á mí me despierta y hace brotar en mi imaginacion ideas sublimes: nunca he podido concebir planes tan bien combinados como despues de apurar una botella. Está visto, tengo una organizacion especial, soy un hombre estraordinario, no pertenezco al vulgo... ¡Oh!... Fígaro no se enfadará porque me distraiga bebiendo: me ha convidado á cenar, y lo mismo debe importarle una botella mas que menos, sobre todo cuando él no las paga.

Don Basilio cambió la silla en que estaba sentado por un ancho sillon, acomodóse en él, y volviendo á llevar la botella á la boca, la dejó casi vacía.

—Buen negocio,—añadió, sacando el bolsillo que le habia dado Querubin, contando las monedas y examinándolas una por una.—Además la sortija, que si no vale seis mil reales, valdrá poco menos... ¡Y aun me obsequiará Fígaro con una abundante cena!... Está visto, la fortuna se ha empeñado en favorecerme. El dia que se descubra lo que pasa con el alferez, habrá la de Dios es Cristo, porque el barbero tomará el cielo con las manos; pero nadie sospechará que todo es obra mia, porque nadie parece que debe ser mas estraño al asunto, y yo me reiré de verlos enredados.

El sacristan guardó el bolsillo, apuró el aguardiente que quedaba en la botella y sonrió.

Su rostro iba tomando esa espresion inequívoca de la embriaguez, que principia divirtiendo y concluye repugnando.

Una botella de aguardiente tan graduado como el que saboreaba el organista, es bastante para trastornar la cabeza mas firme; y sin embargo, los ojuelos despestañados de don Basilio, al revolverse con la vaguedad de los primeros síntomas de su trastorno, fijaron en la otra botella una mirada que no dejaba duda de su intencion de seguir bebiendo.

—Querubin,—dijo,—habrá vencido ya las pocas dificultades que se le presentaban: tenia casi todo el camino andado, la brecha estaba abierta, y como soldado valiente habrá dado el asalto sin detenerse siquiera á intimar la rendicion. Un triunfo mas del venturoso Cupido; una derrota mas de la desventurada virtud,—añadió el organista, soltando una carcajada burlona.—¡Oh!..... ¿Quién comprenderia los misteriosos fines de la creacion? Nada necesitaba mas defensa que la virtud, que habia de verse constantemente amenazada, y sin embargo, su guarda se confió á la mujer, que es el ser mas débil. ¡Cuántas consideraciones se me ocurren sobre este punto! ¿Pero qué me importa el mundo ni su ridícula farsa? Por lo menos una cosa hay positiva y buena,—dijo don Basilio, destapando la otra botella y disponiéndose á beber;—una cosa que la tengo aquí... Veamos si es del mismo; siquiera un trago mas... Fígaro no ha de enfadarse, porque es generoso, y además, cuando á uno se le convida no es para escasearle la bebida.

La segunda botella perdió una cuarta parte de su contenido.

Don Basilio se restregó los ojos.

Empezaba á sentir los efectos de la embriaguez; pero no por eso desistió de apurar el aguardiente.

—Todos,—dijo despues de algunos instantes,—me habian

ofendido; pero me he vengado cumplidamente y con la circunstancia de que á la vez he llenado el bolsillo. Tarde ó temprano morirá Querubin á manos de Fígaro, y este sufrirá las consecuencias, porque el matar á un hombre no puede perdonarse por mas razon que se haya tenido para hacerlo: de mucho le servirá la proteccion del conde; pero no para quedar enteramente libre. La condesa no podrá ser feliz y recibirá el castigo que merece, y su marido sufrirá lo que en tales casos sufre un hombre, sobre todo tan orgulloso como él. Terrible venganza; pero justa. ¿No me despreciaban? Pues ahora verán lo que valgo. De un solo golpe, uno nada mas, los he aniquilado á todos sin que ninguno de ellos pueda acusarme, sin que puedan ni aun sospechar la mano que los ha herido. ¡Con cuánta satisfaccion contemplaré mi obra, y como el águila que se cierne junto á las nubes, miraré abatidos para siempre á los que me miraron con desden, con ofensiva compasion! ¡Que me tengan ahora por un *pobre diablo*, como antes me llamaban! Desgraciadamente habrán de convencerse de que el pobre diablo es un temible satanás, ya que la envidia y el despecho no les deje ver en mí un Júpiter, cuyos rayos destruyen en un segundo la obra de muchos años y de todos mis enemigos.

Don Basilio empinó otra vez la botella.

—¡Ah!—exclamó lleno de gozo.—De esto á la gloria no hay mas que un paso. En este momento no envidio mas que la ventura de Querubin, pero por un minuto. La condesa es buen bocado,—añadió, enseñando sus dientes asquerosos al sonreir con lúbrica espresion.—Nada ha perdido con casarse, al contrario, ahora es mas incitante su belleza. Esta noche, dormida en aquel banco, estaba como nunca: es verdad que nunca he tenido ocasion de ver tan bien algunos de sus hechizos. ¡Qué cutis! ¡Qué morbidez! ¡Qué formas tan artísticas! Sobre todo el pié, aquel pié de niña,

que hace envidiar la fortuna del zapato que lo calza. No se encontraria modelo igual para una Venus. Las horas pasarán como minutos para ese pillete de los ojos azules, mas breves aun que para mí, á pesar de estas botellas... Bebamos y meditemos, que empiezo á concebir un plan para que Soledad, de grado ó por fuerza, no me niegue sus favores. La condesa es encantadora; pero no le va en zaga su antigua doncella: no tiene esta que envidiarle nada en cuanto á pié, mucho menos en garbo, y en cuanto á los ojos... ¡oh!... los ojos de Soledad son dos estrellas, ó mas bien dos chispas del infierno.

El sacristan sentia la cabeza pesada.

Sus ideas empezaban á estraviarse.

Sus ojuelos se revolvian en sus órbitas, dirigiendo á uno y otro lado miradas inciertas que no se fijaban en ningun punto.

Parecióle que habia dos luces sobre la mesa y que esta se movia.

Al cabo de algunos minutos, la aberracion de sus ojos llegó á ser completa.

Las paredes giraban en torno del organista, oscilaba el sillon en que estaba sentado y bailaban las demas sillas y muebles.

—Bien,—dijo con voz entrecortada y sonriendo como un idiota.—Así me... gusta... que se alegre... cuanto me rodea y... Hasta las paredes... Pero yo soy un hombre... estraordinario y... bebiendo me... me des... despabilo... Venga... venga otro... trago, que... me alegra... ¡Ay, Soledad!... ¡Pero qué pié!... ¡Qué ojos y qué!... Y además... mil reales... y la sortija... ¡Fuera... fuera... penas!...

Bebió como un sediento y la botella vacía se escapó de sus manos, fué á chocar con la otra y ambas cayeron al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

El ruido debió llamar la atencion de los que estaban en las habitaciones inmediatas, porque la puerta se abrió y entró un criado, diciendo:

—¿Qué sucede aquí?

Pero se detuvo sorprendido al ver al organista.

Este se levantó, y mientras hacia grandes esfuerzos para guardar el equilibrio, gritó:

—Adelante... mi... mi buen amigo... Andrés... Me alegro... que vengas... porque... porque... me fastidio solo y... aun encontraremos... en esa alhacena... para seguir refrescando...

—¡Don Basilio!

—¿Dudas que soy yo?... Esta noche... hemos de celebrar... Ven... Fígaro paga...

Andrés soltó una estrepitosa carcajada.

—Parece,—dijo,—que os pesa la cabeza mas que el cuerpo.

—¡La cabeza!... ¡Oh!... Estoy... inspirado... ahora... me atreveria á componer... unos villancicos... porque á mí nadie me... nadie... me... ¿Qué haces con... esa cara de bobo?...

El sirviente pensó que la ocasion era pintada para divertirse, y saliendo, volvió á los pocos minutos con ocho ó diez compañeros que rodearon al pobre sacristan, aturdiéndolo con gritos y risotadas.

Don Basilio aceptó alegremente la broma, y balanceándose y dando traspiés, volvíase á todos lados, contestaba á los unos, preguntaba á los otros y decia desatino tras desatino, ya con lenguaje chocarrero, ya con palabras cultas.

Con tanto hablar y moverse exaltábase cada vez mas y aumentaba la diversion de aquella gente, que parecia dispuesta á no dejarlo mientras le quedasen al desdichado fuerzas para decir una palabra ó hacer un gesto.

Así trascurrió muy cerca de una hora.

—¡Oh!—exclamó al fin el organista, por cuyo rostro parecia que iba á brotar la sangre.—Aquí hace... un calor infernal... y como estoy... enamorado... la llama... de... de mi pasion... me quema el pecho... y el estómago... Vamos... al jardin... pero... cuidado... sin hacer ruido...

Aplaudieron todos, y aquí tropezando y allá cayendo, salió el rapa-velas acompañado de la alegre turba, que unas veces le ayudaba á levantarse y otras le hacia caer.

Al salir de la casa los encontró Fígaro, y preguntando la causa del alboroto y enterado de lo que era, acercóse al sacristan, asiólo de un brazo, lo sacudió rudamente y le dijo:

—No escandaliceis ¡vive Dios!... Dormid, que tenemos mucho que hablar.

Don Basilio cayó pesadamente al suelo, y como si contestase á una acusacion, replicó:

—Una prueba... son ahorros mios... y... como fuí su maestro... un recuerdo...

—¡Callad!—interrumpió vivamente el barbero.—Ya hablaremos mucho y despacio.

El organista murmuró algunas palabras ininteligibles y quedó profundamente dormido.

Su respiracion era trabajosa y desigual.

—Retiraos,—dijo Fígaro á los criados.

Y estos obedecieron sin replicar, aunque con sentimiento de que la diversion no hubiese durado mas tiempo.

Cuando el barbero vió que nadie lo observaba, se inclinó sobre el sacristan, le registro los bolsillos, y sacando la sortija de la condesa, exclamó:

—¡La he rescatado!... ¡Ah!... Esto podria comprometerla...

Guardó la joya y entró en la casa.

Pocos minutos despues hablaba con Soledad.

—Está escribiendo,—decia esta,—y no me ha dejado hablar ni una palabra. No sé lo que me pasa, Fígaro; tengo tanta pena como coraje.

—La infeliz es digna de compasion...

—En la cara se le conoce lo que ha sufrido.

—Vigila, Soledad, y cuando se acueste y se duerma, que será muy tarde, entra en la alcoba, coge el papel que haya escrito y dámelo para leerlo, porque en él veremos lo que siente y lo que piensa, y esto nos importa mucho saberlo.

—¿Y si despierta?

—No te faltará una escusa: puedes decirle que te pareció que se quejaba...

—¿Qué va á suceder, Fígaro?

—No lo sé; pero desde luego te aseguro que no será nada bueno.

—Tiemblo...

—Soledad, no pierdas el valor: nunca has sido cobarde...

—Temo por tí...

—Dios me ayudará.

—Por ella...

—Su desgracia es irremediable.

Rosa estuvo levantada hasta el amanecer, y cuando á que se durmiese esperaban con afan el barbero y su mujer, otro suceso los distrajo de su importante ocupacion.

El primer criado que, cuando iba á dejarse ver el sol, salió de la casa y miró al organista, que no se habia movido del sitio donde cayó, entróse nuevamente y corrió espantado hasta encontrar á Fígaro.

—¿Qué te sucede, Juan?—le preguntó el barbero apenas lo vió pálido y sin poder apenas respirar.

—Venid, señor Fígaro,—respondió el sirviente con voz alterada por el miedo.

—¿Á dónde y para qué?

—Yo no sé si es verdad lo que he visto...

—Pero ¿qué es ello?

—Señor Fígaro... francamente... no lo sé... pero casi os aseguro que no me equivoco...

—Me harás perder la paciencia...

—Estoy asustado, lo confieso...

—¡Vive Dios!...

—No sé si como acabo de levantarme tengo la vista turbada... pero si lo hubiéseis visto como yo...

—Juan;—replicó ásperamente el barbero,—esplícate pronto ó véte.

—Disimuladme...

—¿Qué has visto?

—Al sacristan...

—Que dormirá todavía como en un colchon de plumas...

—¡Dormir!...

—La borrachera que tomó necesita quince horas de sueño.

—Es que... no parece que sea él... ni sé lo que parece... he creido ver como un carbon...

El barbero miró con estrañeza á Juan y dijo:

—No es posible entenderte.

—Por eso quiero que vengais... Yo no acierto á esplicar lo que he visto... En lugar de don Basilio hay una cosa que me ha horrorizado, y ahora mismo me atreveria á jurar que está muerto, achicharrado.

Fígaro y Soledad palidecieron.

—Por Dios, venid,—añadió Juan.

Este no se habia equivocado.

En lugar del organista encontró el barbero una cosa que le horrorizó hasta el punto de que en algunos momentos no acertó á pronunciar una palabra.

Don Basilio estaba muerto; pero muerto de una manera horrible; no quedaba de él sino un carbon, un monton de pavesas.

—¡Á caballo, Juan!—gritó Fígaro.—Á caballo y á Sevilla á escape... Espera... Mejor será que vayas en el coche y mudes el tiro en Sevilla, porque mi padre no puede montar y correr dos leguas... ¡Revienta las mulas!

Juan obedeció maquinalmente y con tanta exactitud, que antes de dos horas llegó don Bartolo á la quinta.

El buen doctor examinó atentamente los restos del organista y luego dijo:

—Segun me ha contado Juan, este infeliz se emborrachó anoche...

—Sí,—respondió Fígaro,—se bebió dos botellas de aguardiente de treinta y cuatro grados...

—¡Qué horror!...

—Ya sabeis,—repuso el barbero,—que el aguardiente era su bebida favorita.

—Aparte la desgracia, que lamento,—dijo don Bartolo despues de meditar algunos instantes,—me alegro encontrar un caso de estos, no solo para estudiarlo, sino para sostener con seguridad mi opinion sobre uno de los puntos mas debatidos de la ciencia.

—Pero ¿qué género de muerte es esta?

—Una combustion espontánea, producida por el alcohol.

La noticia cundió con rapidez por toda la quinta.

El maestro de música, que tan importante papel habia hecho en la historia que vamos relatando, fué víctima del vicio que mas lo dominaba.

Dejémoslo y veamos lo que hacia Soledad á pesar de su turbacion y espanto.

CAPÍTULO VI.

Donde se dirá lo que habia hecho Rosa antes de acostarse y lo que hizo despues de levantarse.

Escusaremos pintar nuevamente lo que sufrió la condesa cuando, pasada la hora fatal de su locura, examinó su conciencia y pudo apreciar su desgracia en todo su valor.

El arrepentimiento de lo que no puede remediarse es un tormento horrible porque el horizonte de lo porvenir es negro como el caos sin que en él brille un solo átomo de la consoladora luz de la esperanza. Entonces, para que la desesperacion no trastorne el juicio se necesita toda la resignacion heróica del verdadero cristiano, la resignacion, que es la inapreciable fuerza del alma, por mas que un novelista francés, célebre por su atrevimiento en mentir, sobre todo cuando se hace él mismo héroe de aventuras que solo ha soñado, diga en una de sus mas conocidas novelas que la resignacion es la fuerza de la debilidad. Si la debilidad tuviera fuerza, ¿seria debilidad? Cosa es para reventar de risa el ver con

cuánta formalidad y sentencioso tono dice un hombre grave y que se tiene por sesudo que la debilidad tiene mucha fuerza. Lo mismo fuera decir que el valor del soldado es la cobardía de la temeridad, ó la blancura del color negro.

Rosa habria dado su vida porque hubiera sido un sueño lo sucedido aquel dia; pero como era una realidad, cuyas consecuencias tenia que sufrir mientras viviese, decidió hacer el sacrificio de renunciar para siempre á Querubin, evitando así agravar su falta al cometerla nuevamente, lo cual no hubiera podido perdonarse como un momento de estravío digno de compasion.

En honor de la verdad y de los sentimientos de virtud de Rosa, debemos decir que la violencia tuvo gran parte en el triunfo de Querubin, que á no abusar de la superioridad de su fuerza física, tal vez no hubiera conseguido su deseo, por mas que su víctima se encontraba en un momento de verdadera enajenacion mental.

Este antecedente favorable á la honradez de la condesa, y la severa conducta que pensaba seguir, deberian, si no acallar los gritos acusadores de su conciencia, templar los dolores de sus remordimientos.

Despues de meditar largo rato sobre su tristísima situacion, tomó la pluma, é interrumpiéndose á cada una de las primeras palabras, escribió á Querubin lo siguiente:

«Se ha cumplido nuestro destino. Me habeis robado hasta la esperanza de ser algun dia menos infeliz. ¡Ah!... Sois un desdichado insensato, así quiero creerlo para poder como cristiana perdonaros. Vuestra traidora sorpresa, la violencia de que habeis usado, vuestro crímen, en fin, vuestro crímen... el mio recibirán un terrible y justo castigo. Me habeis condenado á una vida de horribles tormentos: tal vez podrá salvarse mi honor; pero ¿y mi

virtud? Mis lágrimas no borrarán mi crímen... No volvereis á verme, os lo juro. Huid de mí: esta es la última y firme voluntad, la órden irrevocable de la miserabble Rosa.»

Nada como este escrito estraño hubiera dado cabal idea del doloroso estado en que se encontraba el espíritu de la condesa.

Veinte veces lo leyó, y otras tantas estuvo para romperlo, no porque se arrepintiera de su determinacion, que efectivamente era irrevocable, sino porque le pareció poco espresivo para hacer comprender á Querubin que seria en vano que intentase una nueva sorpresa; pero al fin, no encontrando palabras mas enérgicas, dejó el escrito como estaba y volvió á sus reflexiones, dando libre vuelo á su calenturienta imaginacion, hasta que, como ya dijimos, cuando la aurora anunció un nuevo dia, llamó á Soledad y se acostó.

La inesperada muerte de don Basilio no permitió á Soledad ejecutar las órdenes de Fígaro en la primera ocasion; pero cuando llegó el médico y todos se ocuparon en lo concerniente á la desgracia que habia tenido lugar, la antigua doncella entró en el dormitorio de su señora y se apoderó de la carta.

Fígaro tenia sobrado entendimiento para no comprender lo que revelaban las frases dolorosas de aquel escrito. Su lectura le convenció de que Rosa era digna de lástima, que jamás hubiera faltado á sus deberes sin las circunstancias especiales en que se encontró, y que por consiguiente debia protegérsela para salvar su honor, que era el del conde, ya que, como ella decia, se habia perdido su virtud.

No renunció el barbero á su venganza, mucho menos cuando por la carta de Rosa vió que el paje habia recurrido á la violencia.

Ya eran las diez de la mañana cuando la condesa despertó, y al saber lo sucedido al sacristan, sorprendióse, atormentóla un

nuevo dolor, porque no podia mirar con indiferencia la desgracia, y se encontró en un nuevo apuro porque no sabia de quién podria valerse para enviar la carta á Querubin.

Aquel mismo dia, con pretesto de acompañar á su padre, fué el barbero á Sevilla; pero tampoco pudo averiguar la vivienda de Querubin, y hubo de volverse medio desesperado.

—Es preciso,—dijo á Soledad,—que la condesa se esplique.

—Quizás ignore como nosotros dónde para Querubin.

—Probemos.

—¿Y cómo?

—Esta noche pondrás la sortija que regaló al sacristan en un sitio donde la encuentre mañana.

—Comprendo tu plan.

—Entonces nada tengo que decirte.

—Descuida.

Al dia siguiente, despues que Rosa se vistió, y siguiendo su costumbre, tomó las sortijas que la noche anterior habia dejado en la mesa, y encontró la que contaba por perdida.

—¿Qué es esto?—dijo con una sorpresa que no pudo disimular, y revolviendo la alhaja entre sus dedos.

Soledad se acercó, y encogiéndose de hombros como si no comprendiese la estrañeza de su señora, respondió:

—Eso es... la sortija que usais...

—¿Cómo ha venido aquí?

—Como las otras dos. ¿No la dejásteis sobre esa mesa anoche?

La condesa no respondió: inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó pensativa.

No habia duda que la sortija se habia puesto allí intencionadamente por Fígaro ó su mujer, únicos que podian hacerlo.

¿Pero con qué fin?

¿Cómo habia ido á sus manos?

¿La habia vendido el sacristan con el secreto que juró guardar el dia anterior?

De una ó de otra manera, Soledad no debia ignorar lo sucedido.

—¿Qué debo hacer?—se preguntó entonces la condesa.—Si callo, mi reserva, que parecerá desconfianza, ofenderá á Soledad y á Fígaro, únicas personas que me han sido fieles y me han dado tantas pruebas de lealtad y cariño. Además, necesito que alguien me ayude, y ellos son los únicos que pueden poner á cubierto mi honor. ¡Oh!... Preciso es confesarles mi falta... ¡Dios mio!...

Para la condesa era una dolorosa humillacion confesar su falta á Soledad; pero tenia que sufrirla: el secreto habia sido descubierto, y la reserva de nada le serviria.

Decidida á entrar en esplicaciones, hizo un esfuerzo, levantó la cabeza, miró á Soledad, y en tanto que su frente se teñia con el carmin de la vergüenza, oprimióse el dolorido pecho, exhaló un penoso suspiro y se sentó.

Pasaron algunos momentos sin que acertase á pronunciar una palabra.

¿Cómo empezar aquella conversacion?

—Quiere hablar y no se atreve,—dijo la sirviente para sí.—Le abriré el camino... ¡Oh!... Debe sufrir mucho.

Y luego añadió en voz alta:

—¿Estais indispuesta?

—No,—respondió Rosa sin levantar los ojos.

—Pues se os conoce que sufrís y no lo estraño.

—¿Por qué?

—Ayer perdísteis esa sortija, y no por su valor, sino por el

disgusto que debió causaros el pensar si habria ladrones cerca de vos...

—Soledad...

—Pero yo estaba tranquila porque ví quién la tomó...

—¡Que lo vistes!—replicó la condesa, palideciendo y estremeciéndose.

—Sí,—repuso la sirviente sin alterarse,—yo estaba escondida...

—¡Ah!...

—Señorita,—dijo Soledad con acento de tierna y cariñosa reconvencion,—he perdido vuestra confianza...

—¡Dios mio!—exclamó Rosa, ocultando el rostro entre las manos.

Y luego, levantándose con los ojos llenos de lágrimas y sin poder apenas respirar, se arrojó en los brazos de su fiel sirviente, estrechándola contra su agitado pecho.

Ambas lloraron.

Pero no articularon una sílaba.

¿Qué habian de decirse?

Soledad hubiera cometido un abuso pidiendo esplicaciones.

Rosa, al darlas, se hubiera atormentado.

Por otra parte, toda esplicacion era innecesaria.

En aquel momento no habia diferencia de clases entre aquellas dos mujeres.

Eran dos almas nobles y generosas, dos criaturas que se amaban sinceramente y que sufrian ó gozaban cada una con los dolores ó la felicidad de la otra.

Al fin Soledad rompió el silencio, diciendo:

—Fígaro va á Sevilla todos los dias... ¿Quereis que lleve alguna carta?

—¿Con qué podré pagarte?

—Señorita, no estamos ahora para cumplimientos, respondedme...

—Sí, —contestó Rosa, comprendiendo que su carta habia sido leida, —quiero, es preciso que ese desdichado sepa mi última resolucion; pero temo...

—Con razon temeis, porque Fígaro ha jurado vengar la ofensa; pero yo quisiera evitar una nueva desgracia, porque la muerte de esa criatura infeliz no remediaria el mal. Además, Fígaro no es un asesino, herirá, poniendo su pecho para que lo hieran: el contrario es valiente, sereno, diestro y... ¿quién sabe de parte de quién se pondria la fortuna?

—¡Sangre!—murmuró Rosa con profundo terror.—¡Sangre por mí!...

—No por vos, sino por quien ha obrado villanamente.

—¡Oh!... Es menester que Fígaro desista de su loco intento: suplícale en mi nombre...

—Lo haré.

—Que piense que la muerte de Querubin seria un remordimiento mas para mi alma, otro tormento tras tantos y tan horribles como sufro.

—Si ese niño loco obedeciese vuestra órden...

—La obedecerá ¿qué ha de hacer?

—Entonces...

—Fígaro se apiadará de mí...

—Sí, renunciará á su venganza, así lo espero.

—Con esa condicion, —repuso la condesa despues de algunos instantes, —puedes darle la carta.

—Fiad en mí.

Rosa sacó de un armario el papel que habia escrito la noche

anterior y que ya tenia cerrado y lacrado, y lo entregó á Soledad.

—Ahora,—repuso esta,—falta que me digais dónde puede encontrarse al señor Querubin...

—No lo sé.

—Fígaro lo averiguará... Voy á verlo.

—Soledad, no olvides...

—Dejadme...

—¡Dios te inspire!...

—¡Dios os consuele!

—¡Consuelo!—dijo la condesa, que quedó sola.—No puede haberlo para mí.

Y el llanto volvió á salir de sus ojos, y los mas sombríos pensamientos ocuparon su mente.

Soledad no perdió un instante en referir á Fígaro cuanto habia pasado, y este, despues de muchas reflexiones, convino en renunciar á su proyecto de venganza si Querubin, obediente á la voluntad de la condesa, se alejaba inmediatamente de Sevilla.

La razon de mas fuerza para el barbero fué la de que nada se remediaria con la muerte del paje, sino al contrario, se agravaria la situacion de Rosa, aumentando sus dolores con un remordimiento mas.

Cinco minutos despues, Fígaro montaba á caballo y partia para Sevilla.

—Por Dios,—le dijo Soledad al despedirlo,—acuérdate de lo que has prometido.

—Procuraré no olvidarlo.

—Piensa en doña Rosa, que sufre mucho y es digna de lástima.

—Cumpliré lo ofrecido.

—Si quisieras tomar mi consejo...

—¿Cuál es?

—No hables al paje, no lo veas...

—¿Entonces?...

—Averigua dónde vive y déjale en su casa la carta.

Fígaro partió, diciendo para sí:

—¡Oh!... Las mujeres suelen tener ideas muy felices. Quizás me convenga tomar el consejo. Así no tendré que violentarme y evitaré que ese niño en uno de sus momentos de locura me diga alguna palabra que me obligue á faltar á lo prometido.

CAPÍTULO VII.

Donde se da á conocer á un personaje que empieza representando el último papel y acabará haciendo el primero.

En tanto que Rosa sufria y lloraba, y Soledad le prodigaba sus cariñosos, pero vanos consuelos, Fígaro llegó á Sevilla y empezó sus averiguaciones con mas ardor que los otros dias.

No fué aquel tan poco afortunado.

Á las dos horas de correr de un lado para otro, logró saber por un soldado dónde vivia Querubin, y se encaminó á la hostería conocida ya de nuestros lectores.

—¿Qué haré?—se preguntó.—¿Tomo el consejo de Soledad?

Y no acertando á decidirse, acabó por abandonarse á la casualidad.

Llegó á la hostería, preguntó por Querubin, y le indicaron su habitacion, porque no lo habian visto salir.

En lugar del paje encontró Fígaro en la habitacion á otro hombre, que lo aguardaba, sentado descuidadamente y entrete-

nido en ver cómo subia en espirales el humo que arrojaba á bocanadas despues de haberlo aspirado de una pipa de barro holandés.

El uniforme que vestia revelaba su profesion de soldado y su graduacion de capitan. Debia ser, además de compañero, amigo de Querubin.

Á pesar de que no representaba mas de veinticuatro años, su rostro enjuto tenia una espresion grave y severa en estremo. Sus ojos eran de un azul claro con pupila negra, reluciente y que se contraia ó dilataba con facilidad, advirtiéndose en sus miradas un no sé qué de estraño, de fascinador, que impresionaba vivamente y de una manera desagradable, como si infundiese terror.

Sin embargo, aquel hombre infundia miedo ó desconfianza la primera vez que se le veia; pero la segunda, con raras escepciones, se le respetaba sin temerle y acababa por amársele.

Los que lo conocian habian formado de él un juicio el mas favorable: hombre de espíritu fuerte, noble, amigo leal como ninguno y dispuesto siempre á dar pruebas de una abnegacion sin límites. Su rectitud era exagerada; no tenian igual su prudencia y discrecion y fácilmente se conocia su claro y privilegiado entendimiento.

En lo demas nada tenia que llamase la atencion; sus facciones eran vulgares, su estatura elevada y sus formas enjutas, puramente musculares.

Por último, en sus ademanes, en sus gestos y en sus palabras se revelaba una tranquilidad de espíritu inalterable, que á veces parecia rayar en indiferencia ó frio desden.

Tal era la opinion que de él se tenia; pero nosotros que lo conocemos mejor y sabemos su historia, diremos que nada habia mas ruin, mas perverso, mas depravado que aquel hombre. Era

irlandés y llamábase Begearss. Sus antecedentes los irán conociendo nuestros lectores con los sucesos que hemos de referir.

Fígaro lo miró, y como á todos sucedia, sintió una impresion desagradable que no pudo dominar.

—Caballero,—dijo, mirando á uno y otro lado en busca del paje.

—¿Qué quereis?—preguntó el capitan con voz gutural.

—Perdonad... sin duda me he equivocado...

—¿Á quién buscais?

—Á un alferez...

—¿Don Querubin?

—Sí, señor.

—Este es su aposento; pero ha salido y no volverá quizás hasta la noche.

—Entonces...

—Si quereis dejarle algun recado, yo he de verlo precisamente, porque me hospedo en el cuarto de enfrente.

—Tengo que entregarle una carta...

—¿Quereis que yo se la dé?

—La dejaré aquí, y si tuviéseis la bondad de advertírselo...

—Con mucho gusto,—repuso el capitan con indiferencia, mientras seguia mirando el humo del tabaco.

Fígaro dejó la carta sobre la mesa y dijo:

—Os doy las gracias por vuestra fineza.

—¿Nada mas quereis?—preguntó Begearss, encogiéndose de hombros.

—No... ¡Ah!... Podeis decirle que ayer murió don Basilio.

El capitan sacó su libro de memorias y apuntó en él el nombre del organista.

—Así lo recordaré,—dijo.

—Tambien podeis añadirle, para que su curiosidad quede satisfecha, que don Basilio murió á consecuencia de haberse bebido dos botellas de aguardiente de cañas muy fuerte que lo abrasó. Y en cuanto á esa carta...

—¿Volvereis por la contestacion?

—Sí, volveré dentro de tres dias para saber lo que ha determinado el señor Querubin.

—Bien.

—Ved en qué puedo serviros...

—Mandad.

—Que el cielo os guarde.

Fígaro salió, dudando si habia hecho bien en dejar la carta; pero tranquilizóse al pensar que nadie podia adivinar que aquel papel encerraba un importantísimo secreto, mas cuando lo habia dejado sin recomendar siquiera que no se estraviase y en poder del primer desconocido que habia querido encargarse de él.

Así sucedió: el irlandés, á pesar de su astucia, no dió importancia ninguna á la carta y siguió fumando tranquilamente.

Sin descansar tomó el barbero el camino de la quinta, y Soledad, que lo esperaba con impaciencia, le preguntó:

—¿Qué has hecho?

—Lo mismo que me aconsejastes.

—Me tranquilizo.

—Yo estoy ahora con mayor cuidado por si se pierde la carta.

—¿Á quién se la has dado?

—Á un capitan que estaba en el aposento del paje y vive en la misma hostería.

—¿No le dijistes?...

—Nada que le diera á entender que el papel era interesante.

—Bien, muy bien.

—Sí, pero no sé por qué se me ha metido en la cabeza que vamos á tener disgustos mas sérios todavía.

—¿En qué te fundas?

—Te he dicho que no lo sé.

—Entonces...

—Una aprension, una tontería; pero me atormenta y no estaré tranquilo.

—Fígaro,—repuso la doncella,—no eres hombre que te dejes llevar de tonterías.

—Español, y sobre todo andaluz, y no ser supersticioso, es imposible. No creo en brujas ni duendes, ni tampoco en esas mil necedades que otros tienen por ciertas; pero á veces...

—Acaba de esplicarte,—replicó Soledad con impaciencia.

—El capitan que se ha encargado de dar la carta á Querubin me ha parecido un mal anuncio porque... No acierto á darme la razon.

—No te conozco, Fígaro.

—Yo tampoco me reconocí al sentir como un escalofrio cuando me miró aquel hombre.

—¿Tuvistes miedo?

—No; pero aquella mirada me hacia daño. Con decirte que no acerté de qué color tenia los ojos, que le relucian como los de un gato...

—¡Bah!...

—Además, es estranjero, segun conocí por su acento desagradable, y ya sabes que tengo un odio profundo á cuantos no son españoles. Es posible que esta circunstancia contribuyese al disgusto que sentí.

—Si es franchute,—dijo Soledad, cuya frente se contrajo,—empiezo á tener miedo.

—Y á decir verdad, estuvo muy atento conmigo...

—Yo no le hubiera dejado la carta mas que á un español neto... ¡Oh!... Desconfio de los que no hablan en cristiano, como yo, porque son unos intrigantes, falsos, que si no la pegan á la entrada la pegan á la salida.

—Cuidado con decir á doña Rosa...

—Ni una palabra: estoy segura que tendria mas miedo que nosotros y soñaria con los ojos de gato de ese estranjis.

—Bastante tiene para sufrir.

—¡Pobrecita!... Todo el dia está llorando... Con la vida no paga el señor Querubin el daño que ha hecho.

—Ella tambien...

—Es víctima de un abuso de fuerza...

—Desengáñate, Soledad, que cuando una mujer no quiere...

—Ya pareció aquello, —replicó la sirviente. —Dejarias de ser hombre y marido...

—Estoy cansado, —interrumpió el barbero: —bueno será que digas á la señora condesa que están sus órdenes cumplidas.

—¿Ahora te acuerdas de eso?—repuso con ironía Soledad.

—Es que...

—Empieza á disgustarte la conversacion.

—Empieza á mortificarme el hambre y quiero tomar un bocado.

—Bien, almuerza y luego hablaremos, porque he pensado en otra cosa que puede suceder...

—Adivino tu pensamiento.

—¡Oh!...

—Tomaré las precauciones debidas, aunque no es probable que tal suceda.

—Veo que me has comprendido.

El barbero se fué á descansar y almorzar, y la sirviente á ver á la condesa.

Volvamos á Sevilla para saber lo que hizo Querubin al recibir la carta, y empezar á conocer el papel importante que estaba reservado al capitan.

CAPÍTULO VIII.

Del resultado que dió la carta de Rosa.

El capitan Begearss siguió aspirando y arrojando humo por espacio de dos horas sin hacer mas movimiento que el de cruzar la pierna derecha sobre la izquierda y retorcerse una vez el rubio bigote, que se le habia descompuesto y le incomodaba para fumar. Su calma no tenia, pues, igual, y probablemente habria pasado otras dos horas sin moverse á no llegar Querubin.

El rostro de este indicaba una viva inquietud, un profundo disgusto, pues aunque habia conseguido cuanto deseaba, dábale que pensar y turbaba su dicha el no haber encontrado á Rosa la noche siguiente á la de su triunfo, que habia recorrido la quinta en todas direcciones, y el no tener por el sacristan noticia alguna de lo que pudiera haber sucedido.

Cuando entró en su aposento arrojó sobre la cama el sombrero y la espada, é iba á dejarse caer en una silla, cuando su amigo, señalando la carta de Rosa, le dijo:

—Para vos.

Querubin tomó el papel, y conociendo la letra, exhaló un grito que lo mismo podia tomarse por de sorpresa, que de espanto ó de alegría.

Su frente palideció y se humedeció con un sudor copioso y frio, y sus convulsas manos volvieron de un lado para otro la carta sin acertar á abrirla.

¿Por qué tan violenta conmocion y tales muestras de infundado miedo cuando tan vivo era su afan por tener noticias de Rosa?

Ni él mismo hubiera sabido esplicárselo: una voz secreta le anunciaba que aquel papel encerraba lo que el loco mancebo hubiera llamado su sentencia de muerte, porque de otra manera la condesa no le habria escrito, siquiera por un sentimiento de decoro que fácilmente se comprende.

Tambien podia suceder que Rosa se encontrase en algun apuro y para salir de él recurriese, como era natural, á la persona que no podia negarle ningun sacrificio.

Á pesar de esta consideracion, Querubin, antes de romper el sello de lacre que cerraba la carta, meditó algunos instantes y luego preguntó á su amigo:

—¿Quién ha traido esto?

—Un hombre,—respondió Begearss.

—¿Alto, flaco y vestido medio seglar medio religiosamente?—repuso el mancebo, pensando en el organista.

—No, sino un hombre como del pueblo, pero bien vestido; moreno, de ojos negros y mirada penetrante...

—¡Fígaro!—exclamó el doncel.

Y se estremeció, palideciendo mas de lo que estaba ya.

—El portador,—repuso el capitan,—me ha encargado deci-

ros que don Basilio murió ayer por haberse bebido dos botellas de aguardiente de cañas muy fuerte.

Querubin sonrió con amargura, porque comprendió la intencion de Fígaro al advertir la causa de la muerte del sacristan.

Luego, haciendo un esfuerzo como si fuese á abrir el libro de su destino, desdobló la carta y fijó una mirada ardiente en su contenido.

Cuando acabó la lectura escapóse de sus manos el papel, la luz huyó de sus ojos por un instante, y tuvo que sentarse porque le era imposible sostenerse.

—¿Qué os sucede?—le preguntó su compañero con calma y moviéndose como si fuese á levantarse.

Querubin cogió la diestra del capitan, la estrechó fuertemente y dijo con un acento de horrible amargura:

—Ha llegado mi hora.

—No os comprendo,—replicó Begearss sin alterarse.

El mancebo hizo un esfuerzo sobrenatural, y con una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir repuso:

—Lo que os he dicho significa en nuestro idioma que ha llegado el momento de dejar este mundo.

El capitan llenó de tabaco su pipa, la encendió con su inalterable calma, y despues de arrojar una bocanada de humo dijo:

—Esa carta debe ser de la mujer á quien amais y á quien, ignorando su nombre, conozco perfectamente por lo que de ella me habeis hablado. Antes de anoche me dijísteis: «Adios, capitan: tal vez dentro de dos horas seré el hombre mas feliz del mundo,» y yo os contesté: «Vivís atormentado, pero con la esperanza de ser feliz, y vais á perder esa esperanza y á buscar la muerte.»

—No os equivocásteis,—contestó tristemente Querubin.

—Esa mujer os prohibirá volver á verla: la conozco y estoy seguro de que no puede hacer otra cosa.

—Pues bien,—repuso el mancebo, que parecia haber recobrado en un instante todas sus fuerzas,—cúmplase mi destino. Capitan, sois mi mejor, mi único amigo y no me negareis el último favor que tengo que pediros.

—Mis consejos, mi bolsa y mi vida están á vuestra disposicion,—repuso friamente Begearss.

Querubin, como animado por el ardor de la fiebre, se acercó á la mesa, tomó una pluma y papel y escribió con mal trazados caractéres la siguiente carta:

«Puesto que no he de veros mas, la vida me es odiosa, y mañana mismo saldré de Sevilla para buscar la muerte, con la alegría de mi desesperacion, donde no tengo el deber de ir.

»Tened ciega confianza en el noble amigo que os entregará la presente y podrá pintaros mi dolor, si es que puede esplicarse lo que siento.

»Si la muerte de un desgraciado os inspira un resto de piedad, acordaos alguna vez del huérfano Querubin, que espirará adorándoos y pronunciando vuestro nombre.»

Estas palabras, como arrancadas del alma, no tuvo que meditarlas el infeliz mancebo y las escribió con prodigiosa rapidez. No pensó en devolver á Rosa sus acusaciones, porque comprendió que estas no eran otra cosa que ayes de la desesperacion.

El aspecto de Querubin inspiraba compasion en aquellos momentos; su rostro estaba cadavéricamente pálido y desfigurado, y sus ojos encendidos con el fuego de su febril escitacion.

—Mi querido amigo,—dijo el capitan,—conoceis lo mismo que yo la historia de mis amores, y como antes habeis dicho, conoceis tambien el alma de la mujer á quien debo la única hora

de felicidad que he tenido en mi vida. Solo os falta saber el nombre de esa mujer, y voy á confiaros este secreto.

—Un secreto bien guardado,—replicó el capitan,—es un peligro constante y la carga mas pesada. Os suplico...

—No me negueis este último favor,—interrumpió Querubin.—¿Á quién sino á vos puedo fiar la entrega de esta carta? Mañana mismo partiré de Sevilla, ya presumireis á dónde...

—Sí, la vida os enoja. Es posible que se empeñe vuestra desgracia en daros triunfos y gloria y no la muerte; pero apruebo vuestro plan; por de pronto debeis alejaros de esa mujer.

—Pues bien, despues de mi partida, montad á caballo, preguntad, que cualquiera os dará razon, por el camino de la casa de campo del conde de Almaviva...

—¡Ah!—exclamó Begearss, cuya calma pareció alterarse por primera vez.—¡La condesa de Almaviva!...

—¿La conoceis?

—No; pero al conde sí lo conozco bastante... Basta, mi buen amigo: nada mas teneis que decirme...

—¿Cuento con vos?

—Os lo prometí...

—Gracias...

—¿Es cierto que esa condesa era una huérfana que estaba bajo la tutela de un médico?...

—Sí.

—Se habló mucho de ese casamiento y sé cuanto sucedió, y casi estoy seguro de que cierto barbero que dicen tuvo gran parte en el asunto de la boda...

—Es el que ha traido esta carta, Fígaro.

—No me equivoqué... Bien, mañana me dareis esa carta. Ahora, tranquilizaos...

—Estoy tranquilo,—dijo Querubin, sonriendo amargamente.

—Mientras llega la hora de comer, salgamos á pasear y el aire libre refrescará vuestra cabeza.

El paje se encogió de hombros, tomó su espada y su sombrero y salió con su amigo.

Este, que tenia un clarísimo entendimiento y, aunque jóven, habia hecho un especial estudio del corazon humano, consiguió endulzar cuanto era posible aquellos momentos de mortal dolor de Querubin.

Apoyado el uno en el brazo del otro y sin fija direccion, iban de calle en calle, cuando al pasar por una de las muchas muy estrechas de aquella poblacion, encontráronse frente á frente con un caballero, que aunque flaco, no podia seguir sin que se apartase uno de nuestros conocidos, ni estos pasar á la vez sin que el otro se metiese en el hueco de una puerta.

Lo primero era mas natural, y el desconocido, aunque sin pretensiones de ninguna preferencia, creyó que así sucederia y no retrocedió ni se detuvo.

En el estado en que se encontraba Querubin, la mas leve cosa era bastante para conmoverlo violentamente y exaltarlo; así que, sin darse cuenta de lo que hacia, al sentir aquel estorbo á su paso, empujó rudamente al desconocido sin ningun género de consideracion.

—Poco á poco,—dijo con calma el maltratado, deteniéndose como decidido á no ceder.

Querubin lo miró, y sin dar lugar á que su compañero hablase, replicó ásperamente:

—Apartaos.

—No,—repuso el otro con firmeza.

—Apartaos ú os apartaré...

—Sois muy niño para tanto.

El paje, que ya estaba trastornado por la desesperacion, acabó de perder el juicio, y sin hablar una palabra mas, levantó la diestra y dió una bofetada al desconocido.

Begearss se colocó entre ambos.

—¡Oh!—exclamó el ofendido, apretando los puños y esforzándose para dominar su justo coraje.

Y mirando á Querubin, añadió:

—Lo siento... sois muy jóven... casi un niño... pero ya es imposible retroceder.

Entre tanto el capitan, que habia examinado atentamente el rostro de aquel hombre, decia para sí:

—El alferez no hará su viaje.

El lance terminó como podia terminar entre dos hombres valientes, ofendido el uno y deseando el otro encontrar un pretesto para desahogar su ira.

Sin mas testigos que el capitan, graves y silenciosos salieron de la ciudad, y cuando se encontraron en un sitio solitario y á propósito para sus fines, el desconocido preguntó:

—¿Seguís en vuestro loco empeño?

Una mirada de desden fué la contestacion del paje.

No se cruzó una palabra mas; pero se cruzaron las espadas.

Begearss se cruzó de brazos y quedó inmóvil como una estátua.

Aquella fué la primera ocasion en que se vió á Querubin perder la sangre fria en el peligro; pero no era el miedo la causa de su arrebato, pues decidido estaba á morir, y aun lo deseaba.

Ambos combatientes rivalizaron en valor y destreza; sin embargo, el desconocido tenia la ventaja de no haber perdido la serenidad.

Al ver la oportunidad con que se asestaban los golpes y la maestría con que los paraban, hubiérase creido que acabarian por caer rendidos de fatiga y sin herirse.

Diez minutos pasaron.

Sus frentes estaban bañadas en sudor; pero no se advertia cansancio en sus músculos.

El rostro del capitan habia conservado su espresion fria; no habia hecho un solo gesto que indicase el temor ni la alegría.

No siempre la fortuna proteje á la justicia, y por eso en los antiguos *juicios de Dios* solian verse á los inocentes condenados y á los criminales absueltos.

Sin embargo, los juicios de Dios no los ha abolido la civilizacion moderna. Ha variado la forma y el nombre y con eso nos contentamos y tenemos bastante para llenarnos la boca de hombres civilizados, ilustrados.

¿Para qué queremos mas?

Basta con el lustre de la levita, aunque la camisa esté muy sucia.

El acero de Querubin tocó al cuello de su contrario, cuya sangre corrió, aunque no en abundancia.

El herido no exhaló una queja ni perdió terreno.

Begéarss echó de menos su pipa porque, á pesar de su calma, empezaba á aburrirse; pero metió la mano en uno de sus bolsillos, sacó algunos trozos de hojas de tabaco y empezó á mascarlos tranquilamente.

Pocos segundos despues la espada del desconocido atravesó el pecho de Querubin.

Este tampoco exhaló ni un ay.

Escapósele de las manos el acero, vaciló y cayó pesadamente en tierra.

Acudieron á socorrerle el capitan y el desconocido, y este, desabrochando al mancebo y reconociendo la herida, dijo:

—Morirá; pero no hoy... Sin embargo, no debe perderse tiempo...

Sacó una bolsa de tafilete que contenia varios instrumentos quirúrgicos y un puñado de hilas, y poniendo estas sobre la herida, despues de haberla reconocido segunda vez con los instrumentos, añadió, dirigiéndose á Begearss:

—Colocad aquí la mano con el pañuelo... Antes de media hora tendreis aquí un coche y un cirujano... ¿Me he conducido como caballero?

—Sí,—respondió el capitan sorprendido de encontrar un hombre que se le parecia en muchas cosas.

—Dios haga un milagro y dé salud á vuestro amigo.

El médico, porque tal debia ser, recogió su espada, limpióse la poca sangre que emanaba de su herida y desapareció.

Querubin fijó en su amigo una mirada de ternura y dijo con débil voz:

—No sabe ese hombre cuánto le debo.

Antes de veinte minutos llegó un coche tirado por dos mulas; salió de él un hombre vestido de negro, y mientras decia á Begearss,

—Vamos,

Le ayudó á levantar al herido y á llevarlo al coche, donde tambien entraron ellos.

El vehículo se dirigió á la ciudad.

El lance no habia podido ser mas triste ni mas estraño.

Acababa de cumplirse el vaticinio de la Rosa.

CAPÍTULO IX.

Sigue haciendo el capitan un importante papel.

Á la desdichada Rosa le estaban reservados los mas crueles dolores. Habia creido que su desgracia no podia ser mayor cuando aun debia sufrir golpes por lo menos tan terribles como el primero.

Querubin habia espirado al amanecer del dia siguiente.

Sus últimas palabras fueron,

—Rosa... ¡Dios mio, perdon!

Y sus azules ojos, con el último destello de la vida, fijaron en el sacerdote una mirada tierna y suplicante.

Su belleza incomparable pudo admirarse aun por un segundo.

El sacerdote pronunció con voz grave y solemne las consoladoras palabras de perdon.

Entreabriéronse dulcemente y como para sonreir los labios del infeliz mancebo... empero el último aliento, el último se escapó con su espíritu.

Sin duda el Omnipotente habia tenido misericordia de aquel desgraciado niño.

Antes de sufrir la primera cura habia pedido una pluma, y mojándola en la sangre que brotaba de su herida, escribió lo siguiente en la carta dirigida á Rosa:

«Estoy herido de muerte y os escribo con mi sangre el último adios. El sol empieza á ocultarse... ¡no volverá á alumbrar para mí!... Amad á vuestro esposo como lo amásteis, como quizás no habeis dejado de amarlo... Lloro por primera vez en mi vida, y aquí van mis lágrimas con mi sangre... ¡Es tan triste, tan doloroso el último adios, el adios eterno!... La luz huye de mis ojos para siempre... Acordaos de mí...»

Este precioso documento, con la carta de la condesa, lo habia guardado Begearss.

El mismo dia que murió Querubin, á las cinco de la tarde, un ginete con uniforme y las insignias de capitan entró en la quinta, llegó á la casa, se detuvo y preguntó por la condesa.

—Creo,—le contestó un criado,—que está indispuesta y no podrá recibiros.

—Si es así,—repuso el soldado,—avisad al señor Fígaro.

—Antes se le preguntará á su señoría... ¿Quereis decirme vuestro nombre?

—No me conoce la señora condesa; pero podeis anunciarle al capitan Begearss.

Pocos momentos despues salió el barbero y reconoció al capitan apenas lo vió.

—No vendrá á nada bueno,—dijo para sí.—¡Oh!... Es ave de mal agüero...

Y luego añadió en voz alta y acercándose al caballero:

—¿Qué teníais que mandarme?

—¿Me conoceis?—preguntó el capitan, examinando con mucha atencion el rostro ligeramente contraido del barbero.

—Sí,—respondió este.—Ayer tuvísteis la bondad de encargaros...

—Bien, pues deseo ver á la señora condesa.

—Perdonad; pero es imposible.

—Perdonad,—repuso con su calma el soldado,—perdonad; pero es preciso.

—Tal vez mañana...

—Hoy, ahora.

Fígaro arrugó el entrecejo, fijó una penetrante mirada en el capitan y le preguntó:

—¿Y el señor Querubin?

Por toda contestacion, Begearss señaló al cielo con el índice de su diestra.

—¡Ah!—exclamó el barbero, cuyo rostro palideció.—Esplicaos, caballero...

—Ayer tuvo un duelo y esta mañana al amanecer...

—Basta...

—Al espirar me hizo un encargo y tengo que cumplirlo: la voluntad de un moribundo es muy respetable, mucho mas cuando se trata del mejor, del único amigo.

—¿Pero vos sabeis?...

—Lo que nadie mas que vos, vuestra esposa y la señora condesa pueden saber.

—¡La señora condesa!... ¿Sabeis lo que sufre?

—Por eso necesita consuelos, y aunque tiene á su lado dos corazones amigos, no le sobrará otro, el que al palpitar dolorido oprimió y sintió las últimas palpitaciones del que era todo amor para ella.

—¡Oh!...

—Vosotros habeis enjugado cariñosamente las primeras lá-

grimas de la condesa y yo he recogido el último suspiro de Querubin.

Fígaro, á pesar de su espíritu privilegiado y rebelde para dejarse dominar ni alucinarse por nadie ni con nada, empezó á sentir la poderosa influencia de la mirada y palabras de aquel hombre; pero recordando sus tristes presentimientos, y no queriendo ceder sino despues de convencerse que así debia hacerlo sin peligro de Rosa, replicó:

—Cuanto decís, caballero, prueba mucho en vuestro favor y es bastante para que se os abran las puertas de esta casa; pero pensad que vais á matar á la condesa.

—No.

—En el estado en que se encuentra, la noticia de la muerte de Querubin será un golpe que acabará con su débil existencia.

—Os he llamado,—repuso el caballero,—porque sé que no sois un hombre vulgar y podreis apreciar la situacion con todas sus consecuencias.

—Por lo mismo...

—Escuchadme.

—Dejad el caballo, entrad...

—No: estoy bien...

—Pero...

—Tengo poco que deciros porque á vos os basta una indicacion.

—Gracias...

—La ausencia,—repuso Begearss con la misma calma que antes,—la ausencia, como era natural, encendió mas el corazon de la condesa, y su pasion habrá empezado á crecer otra vez con una nueva separacion.

—Ella la ha pedido...

—Es verdad: ha tenido el valor heróico de la virtud, y ella misma se ha sentenciado á morir atormentada horriblemente. ¿No sois de mi opinion?

Fígaro calló.

—De otro modo,—añadió el capitan,—negando lo que yo afirmo, tendríais que confesar que el amor de la condesa era una mentira, y por consiguiente su debilidad deberia mirarse, no como una desgracia, no como el resultado de un momento de fatal locura de que ella no es responsable mas que por la imprevision, sino como repugnante vicio.

—No, no: su pasion, por desgracia, es una horrible verdad.

—Pues las verdaderas pasiones...

—Lo sé, se exaltan con la ausencia...

—Menos cuando la muerte separa los corazones que se aman, porque entonces, como la esperanza concluye...

—Adivino á dónde vais á parar.

—Entonces...

—Soy de opinion que esperemos algunos dias, y cuando se hayan repuesto algo las fuerzas de la condesa...

—Peor, sufrirá mas: ahora está su sensibilidad medio embotada y...

—Desconfio.

—Al escribir la condesa á Querubin, prohibiéndole que la viese, habrá temido que él haga alguna locura porque estaba cansado de vivir y solo por ella conservaba la existencia. Si dejamos pasar algunos dias, creerá que al fin el pobre niño pudo dominar su dolor, que vive y vivirá, y el desengaño será horrible. Además, la condesa no es una mujer pobre de espíritu, y estoy seguro de su valor en situaciones como la presente.

Begearss decia la verdad, y Fígaro, aunque sin vencer la re-

pugnancia que le inspiraba aquel hombre singular, comprendió que era preciso obrar de acuerdo con él.

—Bien,—dijo;—pero siquiera dos ó tres dias...

—¿Le respondereis vos cuando acuse á los que le han ocultado lo que es para ella tan interesante?

—Responderá mi buen deseo.

—Si os oponeis á que yo hable á la condesa, no la veré porque aquí disponeis ahora como señor; pero ya he cumplido mi deber y está mi conciencia tranquila. Os daré la carta de la condesa, que me comprometí á devolverle, y otra escrita por Querubin, á cuyo final dice que está espirando. De ambas hareis el uso que juzgueis conveniente y cuando mejor os parezca, y yo quedaré descuidado porque os conozco y sé que nadie con mas interés que vos ha de mirar por el honor de esa infeliz mujer.

—No, no quiero esas cartas: vos...

—He hecho lo que he podido; no me dejais hacer mas...

—¡Oh!... Vereis á la condesa.

Fígaro llamó á un criado para que tuviese el caballo del capitan y entró en la casa seguido de este, que iba diciendo para sí:

—Mucho vale este hombre: me guardaré de él, porque es un enemigo temible... Ya no me sorprende lo que de él se cuenta.

Subieron, atravesaron algunas habitaciones y se detuvieron.

—Sentaos,—dijo el barbero:—voy á decir á la señora condesa que estais aquí.

Rosa hablaba con Soledad cuando Fígaro se presentó, diciendo:

—Señora, perdonadme si no he encargado á Soledad el asunto que me trae.

—¿Qué sucede?—preguntó la condesa, estremeciéndose porque siempre estaba temiendo una nueva desgracia.—¿Por qué he de perdonarte, Fígaro?

—Porque no os será grato que yo os hable de...

—¡Ah!...

—Ya sabeis,—repuso el barbero,—que no entregué vuestra carta al mismo Querubin...

—¿Y se ha perdido?

—Llegó á sus manos.

—Respiro...

—Os habrá dicho Soledad que se encargó de dársela un capitan amigo suyo...

—Sí.

—Pues bien, ese capitan conoce el secreto...

—¡Dios mio!—exclamó Rosa.

—Ya sabria el señor Querubin por qué se lo confiaba...

—¡Publicar mi deshonra!...

—Hay circunstancias...

—¿Tú lo apruebas?

—Sí,—respondió el barbero despues de dudar algunos instantes.

Soledad comprendió que habia sucedido otra desgracia; su frente se contrajo y permaneció silenciosa.

—Esplícate,—repuso la condesa con angustioso afan.

—Digo que... hay circunstancias en que es preciso... En fin, ello es que el señor Querubin tuvo que confiar á su fiel amigo el secreto que tanto guardaba.

—Pero ¿qué pudo obligarle?

—Vuestra carta.

—No comprendo...

—Es muy sencillo: le escribísteis, tenia que contestaros, y alguien habia de ser el portador de su respuesta.

—Tú quedastes en volver...

—El señor Querubin pensaba salir hoy mismo de Sevilla.

—¡Ha escuchado mi consejo!

—Vuestra órden.

—¡Cuánto debe sufrir!...

—¡Sufrir!—murmuró Fígaro con visible turbacion.—Casi estoy por decir que..... En fin, eso no es del caso..... Ahora se trata...

—¡Fígaro!—exclamó la condesa, examinando atentamente el rostro del barbero.—Algo me ocultas...

—Señora...

—Me lo dice tu turbacion...

—Os oculto mi pesar, es decir, quiero ocultarlo para no aumentar el vuestro y...

—No es eso, Fígaro... ¡Ah!... El corazon me dice que ha sucedido una nueva desgracia, y mi corazon nunca me ha engañado.

—Pero ¿qué puede haber sucedido?

—¿Y Querubin?

—Os ha escrito...

—Bien; pero...

—Acaba de llegar su amigo el capitan, que os trae la carta y quiere hablaros...

—No,—replicó vivamente la condesa.

—Es preciso, señora,—repuso el barbero,—y ahí teneis esplicada mi turbacion.

—¡Esplicada!... Estás incomprensible...

—Temo que os falte el valor al escuchar á ese hombre, porque como no viene á deciros nada agradable...

—¡Oh!...

—Y yo os suplico que no olvideis quién sois...

—Fígaro, me atormentas con esas palabras misteriosas..... Acaba de una vez, tengo valor para todo... ¡Ojalá me faltase y concluyera mi triste vida!...

—Señora...

—Acaba...

—Voy á decir al capitan que entre,—repuso Fígaro.

Y al salir sin escuchar á Rosa, añadió:

—No espereis nada bueno.

La condesa exhaló un grito y dijo á Soledad:

—No te vayas.

Y luego hizo un doloroso esfuerzo para dominar su arrebato.

Soledad, contra su costumbre, no pronunció una palabra y siguió inmóvil colocada de pié junto al respaldo del sillon donde estaba sentada su señora.

Pocos momentos despues entró el capitan.

—Señora condesa,—dijo,—perdonadme la molestia de mi visita. Me han dicho que vuestra salud estaba quebrantada y siento haber sido, aunque inocentemente, inoportuno.

—Caballero,—respondió Rosa con cuanta tranquilidad pudo y sin atreverse á sostener la ardiente y fascinadora mirada de Begearss,—yo siento no poder recibiros como mereceis ni prolongar esta entrevista, porque el estado de mi salud no me lo permite.

—Poco tiempo os incomodaré, señora...

—Sentaos y hablad como si yo estuviera sola.

Comprendió el capitan que la mujer que acompañaba á la condesa era la esposa de Fígaro, y repuso:

—Mi desgraciado amigo...

—Caballero,—interrumpió vivamente Rosa,—me atormenta una duda horrible: decidme ante todo...

—En la situacion en que se encontraba don Querubin...

—Pero ¿qué ha sido de él?

—Señora...

—¿Sabeis,—replicó la condesa, fijando al fin su mirada en el capitan,—sabeis hasta dónde alcanza el valor de una mujer?

Begearss se puso de pié; su semblante tomó una espresion de imponente gravedad que dominó á Rosa, y con acento solemne dijo:

—¿Y sabeis vos el respeto que se debe á los juicios de Dios?

—¡Ah!—exclamó la condesa, oprimiéndose el pecho y sin poder apenas respirar.

—¿Sabeis que la desesperacion es la rebeldía contra la justicia divina?

—Acabad... acabad...—dijo la condesa con voz ahogada.—Acabad... porque... no quiero creer... tengo miedo de creer...

—Creedlo, señora...

—¡Dios mio!—exclamó Rosa con acento desgarrador.

Y cayó de rodillas, cruzó las manos y levantó al cielo los ojos preñados de lágrimas.

—Así,—repuso el capitan, cuyas pupilas centellaban;—así, alabad al Omnipotente, reconoced su justicia, porque el desgraciado Querubin espiró con la sonrisa en los labios despues de haber recibido la bendicion del sacerdote.

Un raudal de lágrimas brotó tambien de los ojos de Soledad, que se arrodilló cristianamente.

Begearss se cruzó de brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

Reinó un silencio profundo.

El cuadro era imponente.

Su dignidad, y mas que todo su religiosa fé, dieron á Rosa

fuerzas para sostenerse ó no entregarse á la mas loca desesperacion.

Empero estas fuerzas no debian durar mucho, y cuando sus ojos, como cansados de llorar, dejaron de verter consoladoras lágrimas, sintió la frente abrasada y empezó á faltarle la luz, como si se ocultase el sol, y el aire para respirar, como si se oprimiesen su garganta y su pecho.

No exhaló una queja, no pidió auxilio al sentirse desfallecer; pero el capitan, como si hubiese adivinado lo que la infeliz sentia, acercóse á ella y la ayudó á levantar y á sentarse.

Aquella escena no podia prolongarse un momento mas.

Rosa no hubiera podido resistir otra emocion sin reponer antes sus fuerzas.

Begearss sacó las cartas, y entregándolas á Soledad, le dijo:

—Estos papeles no se los dareis á vuestra señora hasta mañana.

La condesa miró con espresion de gratitud á aquel hombre que habia sabido comprenderla.

—Señora,—añadió el capitan,—cuando necesiteis un hombre que desinteresadamente sacrifique por vos hasta la vida, llamadme.

Y sin esperar á recibir contestacion, desapareció.

Fígaro le salió al encuentro en la habitacion inmediata.

—Caballero,—le dijo,—como sospechareis...

—¿Habeis escuchado?

—Sí.

—Me alegro.

—Habeis hecho cuanto puede hacerse...

—Lo que era mi deber.

El barbero no entró en mas contestaciones porque al ver á

Begearss empezó á arrepentirse de haberle dado aquella justa satisfaccion.

—¡Vive Dios!—dijo para sí cuando estuvo solo.—No puedo vencer esta repugnancia. Solamente oyéndolo, pase; pero cuando se me pone delante y veo sus ojos, esos endemoniados ojos, cuyo color no he podido aun acertar, entonces pierdo lo adelantado. Y á decir verdad, ha estado muy prudente, ha probado tener mucho entendimiento, buen corazon y ser buen cristiano. Pero moriré con mi manía. ¡Si no tuviera esos ojos!... En fin, el tiempo, juez que nunca se equivoca, dirá si tengo razon. Á doña Rosa la ha conquistado; pero en cuanto á Soledad no lo creo.

CAPÍTULO X.

Consecuencias.

La condesa no leyó la carta hasta el dia siguiente, guardándola con la suya como el único recuerdo que podia conservar del desdichado que habia muerto por ella.

Ni Fígaro ni Soledad aprobaron semejante determinacion, pues temian que aquellos papeles cayeran algun dia en manos del conde, y porque opinaban que no hay recuerdos mas imperecederos que los que se graban en el alma con el buril del dolor.

Algunos dias despues, el barbero visitó al capitan, se enteró de las circunstancias de la muerte de Querubin y se las comunicó á Rosa, lo cual, en vez de aumentar su dolor, lo templó, porque en aquella desgracia tan imprevista, tan casual, con circunstancias tan estrañas, vió la mano del Omnipotente y respetó la justicia divina.

Ya sabemos que una de las cosas que daban á Fígaro mas ventajas para luchar en las situaciones de apuro, era su oportu-

nidad en prepararse á la defensa, en prevenir ciertos males que, cayendo de improviso, no hubieran tenido remedio.

Así sucedió entonces: el astuto barbero previó todas las consecuencias de lo que habia sucedido, y fijándose en una, la peor de todas las desgracias que podian sobrevenir, dijo:

—¿Quién sabe? Todo es posible. La condesa no ha tenido hijos; pero bien puede suceder que Dios le dé ahora uno como castigo. Tampoco hubiera sospechado nadie que Querubin moriria como ha muerto, y sin embargo ha sucedido.

Pocos dias despues escribió al conde, dándole cuenta de varios asuntos, y concluyó la carta de esta manera:

«Creo, señor, que Dios va á colmar vuestra dicha dándoos un heredero. Así lo deduzco de lo que me ha dicho Soledad; pero hasta ahora no es mas que una sospecha tan poco fundada que supongo no se atreverá á manifestároslo mi señora la condesa. Yo, sin embargo, he creido oportuno decíroslo porque, si me equivoco, nada se pierde, y si acierto, tendreis antes esta satisfaccion sin esperar á dentro de mes y medio ó dos meses que quizás tarde en salir otro correo.»

Rosa aprobó lo hecho por Fígaro, porque abrigaba los mismos temores, y la carta fué á Méjico.

Poco tiempo despues no quedó duda de que el Omnipotente habia dispuesto que Rosa tuviese un recuerdo vivo de su falta, espiándola así con un constante remordimiento.

En tal estado hubo necesidad de hacer á otra persona partícipe del secreto: la precaucion tomada por Fígaro escribiendo al conde no allanaba mas que una de las muchas dificultades que debian encontrarse para dejar á cubierto la honra de la condesa, y fué, pues, preciso revelarlo todo á don Bartolo, cuya sorpresa y espanto no tuvieron igual.

Los ruegos de un hijo y las lágrimas de una mujer desgraciada pudieron únicamente vencer los escrúpulos del viejo doctor, decidiéndolo á mentir para encubrir la debilidad de su antigua pupila.

La salud de esta parecia quebrantarse mas cada dia, y siete meses despues de la partida del conde, declaró don Bartolo que no respondia de la curacion de la condesa si no cambiaba de aires y de sistema de vida, pues si bien por razon de su estado no le era muy conveniente el viajar, otras razones mas poderosas lo aconsejaban así.

—Hay que elegir entre dos peligros,—decia el buen doctor,—y el menos grave es el que á los ojos de todos parece el peor. Lo mas temible es esa debilidad, cuyos caractéres me prueban que amenaza una lesion orgánica, contra la cual es impotente la ciencia. Lo que hoy es falta de fuerzas y melancolía, que nadie cree síntomas mortales, serán mañana los síntomas inequívocos de una afeccion hepática que la llevaria al sepulcro en pocos meses.

Nadie dudó y el viaje se dispuso, decidiendo á don Bartolo á que acompañase á la condesa en su escursion.

El punto elegido fué Granada y los pueblos inmediatos por la parte de la Alpujarra.

Como Rosa no debia estar muchos dias en un mismo pueblo, no llevó mas servidumbre que Fígaro y Soledad ni se pensó en preparar alojamiento fijo.

Entonces, como nunca, demostró Fígaro su incansable actividad y hasta dónde alcanzaba su fecundo ingenio.

Dos dias despues de estar en Granada, ya tenia el buen barbero una casita situada en la márgen izquierda del aurífero Dauro.

Nada podia faltar allí á Rosa, ni ninguna vivienda podia serle

mas conveniente. Tenia un estenso jardin, ó mas bien uno de esos huertos, pequeños paraisos llamados allí *carmenes*, donde podia pasear sin temor de que nadie la viese.

Allí debia pasar tres ó cuatro meses sin mas testigos que Fígaro, Soledad y don Bartolo.

La infeliz encontró en su desgracia el consuelo del sincero cariño de las tres únicas personas que la rodeaban, y la nueva vida alivió sus padecimientos físicos.

Empero Fígaro no estaba aun satisfecho de su obra.

Todas las mañanas salia muy temprano y al anochecer volvia triste y meditabundo, respondiendo á una pregunta que le hacia Soledad:

—Nada.

Y esta palabra iba luego á sonar en los oidos de Rosa, que exhalaba un doloroso suspiro, lloraba y oraba fervientemente.

Pasaron dos meses.

Como de costumbre, el barbero salió una mañana; pero volvió tres horas despues con el rostro radiante de alegría.

—¿Qué hay?—le preguntó su mujer.

—Creo,—respondió,—que la desgracia se ha cansado de perseguirme.

Esta noticia hizo tambien llorar á la condesa, que rezó con mas fervor que nunca.

Á la una de la tarde, Fígaro metió en un bolsillo quinientos duros en oro, lo guardó y salió despues de santiguarse, atravesando el rio, siguiendo su curso y entrándose luego por una estrecha calle, tortuosa y pendiente que encontró á su derecha.

Á los pocos pasos se detuvo frente á una casa miserable que solo tenia un piso, meditó algunos instantes, y dijo,

—¡Dios me proteja!

Y llamó á la puertecilla de la humilde morada.

Abrieron un instante despues y el barbero se encontró con un hombre de cuarenta años, vestido miserable y suciamente, y que revelaba en su rostro falto de espresion ser no menos pobre de entendimiento que de caudal.

—¿Qué quereis?—preguntó.

—¿No os llamais,—dijo Fígaro,—Juan Pereda?

—Sí.

—¿Y estais casado?...

—Hace diez años,—repuso Juan,—con Antonia Pacheco, que ayer me dió un hijo despues de otros seis que el cielo ha querido enviarme.

—Tengo que hablar con vos y con vuestra mujer de un asunto que os interesa.

—Entrad y la vereis: ella se esplica mejor que yo..... Lo mismo da.

Juan Pereda sonrió estúpidamente, se encogió de hombros y llevó á Fígaro á un aposento lóbrego.

Allí, en una cama miserable habia una mujer, cuyo rostro pálido y lánguida mirada revelaban su estado.

Abrigaba con su pecho á un niño, nacido la noche anterior, y al ver al barbero, incorporóse, haciendo un gesto de sorpresa.

—Mira, Antonia,—dijo Juan,—este señor quiere hablarte de un asunto.

La pobre mujer no acertó á contestar. Examinó atentamente el rostro del recien llegado y esperó á ser interrogada.

Fígaro se acercó al lecho, miró con dulzura al niño y dijo:

—¡Hermosa criatura!

Estas dos palabras conquistaron el corazon de la madre, que sonrió con orgullo.

—Teneis siete hijos,—añadió el barbero,—y os falta pan que darles.

—Es verdad,—dijo Antonia.—¡Hijos de mis entrañas!

—Pues bien, vuestro deber es no perdonar medio alguno para criar á vuestros hijos, aunque sin olvidar la honradez.

—¿Y cómo?—replicó la pobre madre, exhalando un suspiro.—Juan trabaja todo el dia y yo hago lo mismo; pero apenas ganamos para pan, y como queremos morirnos antes que dejar de ser honrados...

—Sí, antes la muerte que la deshonra; pero sin esta podeis salir de la miseria en que os veis, si aceptais lo que voy á proponeros.

Juan y Antonia, mas sorprendidos cada vez, miraron á Fígaro sin pronunciar una palabra.

El barbero comprendió que la discusion no convenia con aquella pobre gente, y que las razones de mas fuerza eran el dinero; así que, sacando el bolsillo y haciendo sonar el oro que contenia, dijo:

—Aquí hay quinientos duros.

—¡Quinientos duros!—repitieron Juan y Antonia.

—Sí, quinientos duros ó sean diez mil reales, lo cual es para vosotros una riqueza fabulosa.

—¡Ah!...

—¿Los quereis?—repuso Fígaro, levantando el brazo y haciendo otra vez sonar las monedas.

Juan sonreia sin contestar.

—¿Y en pago de qué nos dareis eso?—preguntó al fin Antonia.

—En pago de una cosa muy sencilla: que vuestro hijo se bautice con el nombre de Angel...

LAMINA 16.—Aquí hay quinientos duros.

—¿Nada mas?

—Y que sea su padrino la persona que yo designe.

Ofrecer tanto dinero por cosa tan sencilla, hubiera sido sospechoso para cualquiera; pero para aquella sencilla gente fué incomprensible.

Antonia pensó que Fígaro era algun chusco que se habia propuesto divertirse á costa de ellos.

Juan no pensó nada.

Todos callaron hasta que el barbero, para acabar de decidirlos, añadió:

—Os esplicaré punto por punto lo que ha de hacerse. Al anochecer vendré con el padrino y un coche. Nos llevaremos al niño...

—¡Mi hijo!—exclamó vivamente Antonia, oprimiendo á la criatura contra su pecho y mirando con desconfianza á Fígaro.

—Sí,—repuso este,—vuestro hijo; pero vendrá tambien su padre, lo llevará en sus brazos, no lo abandonará un momento...

—¡Ah!...

—Iremos á la iglesia, que cerca la tenemos, se le bautizará y...

—¿Y despues?

—Nada, absolutamente nada. La persona que da este dinero no se ocupa mas que de hacer obras de caridad; pero es un señor caprichoso, raro, estravagante, y no le gusta dar sin algun motivo. Conoce vuestra pobreza y vuestra honradez, sabe que habeis tenido este hijo, y el pretesto que ha buscado para socorreros es ser padrino; pero de una manera estraña, porque este es el placer que encuentra en ello, además de la satisfaccion de hacer bien. Nunca da limosna á los pobres que le piden en la calle, y saca de la miseria á muchas familias, porque dice que la verda-

dera necesidad no está en los sitios públicos, implorando la caridad, sino escondida, sufriendo con resignacion.

Antonia exhaló un suspiro.

—Ese señor debe ser un santo,—dijo el bueno de Juan.

—Ahí teneis, pues,—repuso Fígaro, vaciando el bolsillo sobre la cama.—¿Vuelvo á la noche?

Una lágrima brotó de los ojos de la madre, que no habia tomado aquel dia ningun alimento.

—¡Bah!—dijo el padre.—¡No faltaba mas!... ¿Habíamos de despreciar la fortuna que viene á buscarnos? ¿Qué diria ese caritativo señor? Venid, sí, aunque sea antes de la noche: mi pobre Antonia necesita tomar siquiera un caldo...

—Guardad el dinero...

—Despues que hayamos cumplido...

—Cumplireis, porque sois honrados... Lo que sí haré será aconsejaros que á nadie hableis de esto, porque la fortuna tiene envidiosos, y además, mi señor se disgusta de que se publiquen sus buenas acciones.

Juan y Antonia prometieron guardar el secreto, y Fígaro salió, dejándolos aturdidos.

Estaban vencidas todas las dificultades, porque era sencillísimo lo que quedaba que hacer.

Aquella noche Fígaro y don Bartolo fueron en busca de Juan Pereda y su hijo, los llevaron á la iglesia, donde ya tenian avisado que se bautizaria un niño que habia dado á luz la condesa de Almaviva, accidentalmente en aquella ciudad, y como el barbero llevaba una nota espresiva del nombre que debia ponerse al recien nacido, del de los padres, padrino y demas circunstancias, con entregarla al cura para que estendiesen en el libro la partida, no hubo necesidad de esplicaciones delante de Juan.

Este vió bautizar á su hijo, oyó que el sacerdote le ponia el nombre de Angel y quedó satisfecho, acabando de tranquilizarse cuando se encontró de vuelta en su casa, sano y salvo.

—Algo,—le dijo su mujer,—hay en todo esto que ignoramos.

—¿Qué nos importa?—le replicó Juan.—Nuestro hijo es cristiano, y se llama Angel: de esto no tengo duda, porque he visto bautizarlo y conozco al señor cura: somos ricos...

—Pero á nadie se lo diremos, por lo que pueda suceder, y nos iremos á vivir al barrio de las Angustias, donde nadie nos conoce.

Desde aquel dia Fígaro espió á todas horas á Juan; pero este no pensó en volver á la parroquia, siquiera para averiguar por el libro de bautismos el nombre del misterioso padrino y protector.

—¿Y si en vez de un hijo tiene la señora una hija?—preguntaba Soledad á su marido.

—Entonces,—respondió este,—probaré al cura que se equivocó al leer mi nota, se pondrá un rabito á la última letra de la palabra niño y se añadirá una *a* al nombre, resultando así llamarse Angela: y si el cura dudase, una certificacion del médico lo convenceria.

—¿Y el hijo de la señora?

—Se bautizará con el mismo nombre y como hijo de Juan Pereda y Antonia Pacheco.

Un mes despues, la condesa dió á luz un hermoso niño, que se bautizó sin ninguna dificultad.

Desde entonces Fígaro dejó de espiar á Juan.

Al mes siguiente la condesa volvió á Sevilla.

Se habia salvado el honor.

Una tarde Soledad entró en el gabinete de su señora, diciéndole:

—Adivinad quién ha venido y quiere hablaros.

—¿Quién?—preguntó Rosa con indiferencia.

—Aquel capitan...

—¡Begearss!—exclamó la condesa, palideciendo.

—El mismo.

—¡Ah!...

—¿No quereis recibirlo?

—Sí, Soledad; ese hombre era el mejor amigo del desdichado Querubin, tiene un corazon sensible y noble, y aunque solo una vez lo he visto, me une á él una amistad, cuyo principio conoces como yo.

—Dice que viene á despedirse...

—Que entre; le daré un adios cariñoso y le espresaré mi gratitud... ¡Quién sabe si volveremos á vernos!

—Á pesar de todo,—dijo Soledad para sí,—no es santo de mi devocion el tal capitan.

Pero obedeció, y este fué introducido en el gabinete y recibido por la condesa con palabras cariñosas.

—Señora,—dijo,—no os hubiera molestado á no creer que quizás podria seros útil en mi largo viaje.

—¿Á dónde vais, caballero?—preguntó Rosa.

—Á Méjico.

—¡Méjico!

—Sí, señora; es proyecto antiguo y no mio. El desgraciado Querubin, en su desesperacion, tuvo esa idea, y yo me ofrecí á acompañarlo.

—Allí... está...

—El señor conde, lo sé, y por eso os he dicho que tal vez podria serviros...

—¿Y Querubin proyectó?...

—El viaje á América; pero yo lo he modificado en cuanto al punto elegido, que era la isla de Cuba, porque en Méjico tengo un pariente que en muchas ocasiones me ha invitado á ir á su casa.

Rosa meditó algunos instantes.

—¿Cuál es vuestra opinion?—dijo.—¿Debe saber mi esposo que me conoceis?

—¿Por qué no?

—¿Y en qué fundaremos nuestra amistad? Yo quiero que mi esposo sepa que os debo siquiera alguna consideracion, porque si algun dia volvemos á vernos, no tendré que violentarme para trataros con indiferencia.

—Señora, como nada me debeis...

—¡Oh!... mucho, señor Begearss...

—Permitidme,—interrumpió este,—que me niegue á recordar lo que no puede seros grato.

—Esos recuerdos,—dijo Rosa con acento de tierna conmocion,—son mi tormento, y sin embargo, sin ellos no podria vivir.

—Preciso es, señora, que vuestra voluntad haga un esfuerzo...

—Están grabados en el alma.

—Y ahora,—repuso el capitan con su acostumbrada indiferencia,—ahora que de recuerdos hablamos, pienso en aquellas cartas...

—Las conservo con el cariño, con el respeto que se merece la memoria de la desgraciada criatura que murió por mí.

Un relámpago de alegría brilló en los azules ojos del capitan, cuyas negras pupilas se dilataron por un segundo.

—¿Me permitís,—dijo,—que os dé un consejo?

—Tendré que agradeceros un servicio mas.

—Quemad las cartas...

—No,—replicó vivamente la condesa.

—¿No pensais que esos papeles pueden ser vuestra perdicion?

—Jamás,—dijo resueltamente Rosa.

Begearss se encogió de hombros con su calma habitual, y volviendo al motivo que debia suponerse como el de su amistad con la condesa, convinieron en suponer que ella se habia visto en gran peligro un dia que volcó su coche y él la salvó.

Largo rato hablaron aun, y despidiéndose al fin el capitan, salió con una alegría que nadie hubiera podido adivinar en su semblante.

Rosa quedó entregada á sus tristes recuerdos, y dando gracias á Dios de que en medio de sus horribles desgracias no le faltasen amigos tan cariñosos y leales como Fígaro, Soledad y el capitan.

No sospechaba la infeliz que este debia ser su mayor enemigo.

Tales fueron las primeras consecuencias de la hora de locura de la condesa de Almaviva. Nos resta conocerla como madre.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

CUARTA PARTE.

LA MADRE CULPABLE.

CAPÍTULO I.

Diez y ocho años despues.

Haremos una ligera reseña de los sucesos que habian tenido lugar en los diez y ocho años trascurridos desde el nacimiento del hijo de Querubin.

El conde de Almaviva habia permanecido diez años en Méjico, gracias á la poderosa influencia de que gozaba, y mientras su esposa, en una hora de fatal locura olvidaba sus deberes, él, en muchos dias de debilidad no se cuidó tampoco de los suyos, dejándose seducir por los azules ojos de una mujer, cuya belleza arrebatadora hubiera podido compararse solamente con la de Querubin.

No fué un cariño tierno y profundo lo que el conde sintió por

aquella mujer, sino una pasion violenta, arrebatadora, en que el espíritu habia tomado muy poca parte porque el sentimiento de la materia habia sido su principal ó tal vez su única causa. El cansancio, la indiferencia y aun el hastío debian suceder á semejante arrebato; pero, quizás por fortuna de ambos, la muerte robó al conde el objeto de su pasion cuando, despues de dos años, empezaba á sentir los primeros síntomas de la inevitable reaccion.

Una hermosa niña, vivo retrato de su madre, fué el resultado de aquel estravío, y el conde, noble y generoso como siempre, obediente á la voz de su conciencia, que no dejó de escuchar ni en los dias borrascosos de su loca juventud, amparó á la inocente huérfana, educándola con el cariño de un padre.

Cuando el conde volvió á su casa, la niña tenia ocho años, y Rosa, creyendo de buena fé que era una desgraciada huérfana protegida por su esposo, la recibió con cariño, con alegría, hasta con entusiasmo, y acabó por amarla como á una hija.

No tuvo de qué arrepentirse: la hermosa niña, que se llamaba Consuelo, justificó su nombre, y sus inocentes caricias, su dulce carácter, sus nobles instintos y la angelical ternura de su sensible corazon, fueron un bálsamo para la profunda herida que hacia un tormento de la vida de Rosa.

Consuelo estaba constantemente al lado de la condesa, llamábala madre, á pesar de que al conde no le daba sino el nombre de padrino, y amaba al hijo de aquella como á un hermano.

No sucedia lo mismo con respecto al conde.

Desde su vuelta de América se habia hecho mas sombrío su carácter, mostrábase á todo indiferente, reservado y frio en el trato con su esposa, y mas frio con el heredero de su nombre, para quien tuvo muy pocas caricias y mucha dureza. Solo para Consuelo tenia dulzura, palabras de cariño y hasta sonrisas.

Y sin embargo, Angel era una criatura á quien no podia tratársele sin quererlo y reconocerle las mas bellísimas prendas morales. Desde muy niño mostró tener un alma noble, ardiente y sensible y un entendimiento privilegiado. Era además un hijo obediente, respetuoso y no perdonaba ocasion de complacer á su padre sin que el frio desden de este debilitase su constancia en ser cariñoso.

¿Por qué la inesplicable conducta del conde?

Angel, que tenia los ojos negros y rasgados, como su madre, y todas las facciones de esta, tenia los cabellos rubios, y esta circunstancia, que Fígaro llamaba un capricho de la naturaleza, era para el conde otra clase de capricho, el motivo de una sospecha horrible, la causa de su desvío, del injusto trato que daba á su heredero.

Este sufria horriblemente; pero no se quejaba: solo alguna vez preguntó á su madre en qué habia podido faltar para ser tratado así; pero la desdichada no pudo responderle nunca mas que con amargo llanto.

Á pesar de todo, Angel se consideraba feliz. Habia crecido al par que Consuelo, con ella habia participado las alegrías y los goces infantiles, riendo ó llorando á la vez, porque todo lo hacian comun, y habian concluido por amarse con la pasion mas intensa apenas sus corazones cambiaron con la edad la condicion.

¿Quién hubiera previsto semejante pasion?

Nadie.

Ellos mismos no se apercibieron de su principio: comprendieron un dia que se amaban; pero no acertaron á decir desde cuándo.

El secreto de su amor lo guardaron en el fondo de sus almas como el avariento su tesoro, con desconfianza, con miedo.

Ambos temian, no sin razon, que el conde se opusiese á sus deseos.

Empero el secreto fué adivinado por algunos y ellos al fin no pudieron ocultarlo.

Tal era el estado en que los condes de Almaviva y sus hijos se encontraban cuando principiaron los sucesos que vamos á referir.

Nos resta hablar de los demas personajes conocidos de nuestros lectores.

El capitan Begearss habia ido, como sabemos, á Méjico, y allí, á título de amigo y salvador de la vida de la condesa, habia entrado en relaciones con el conde, consiguiendo á los pocos meses que lo tomase á su servicio en calidad de secretario particular.

Al conde le sucedió lo mismo que á cuantos trataban al astuto irlandés: lo miró primero con desconfianza, luego con respeto y acabó por entregarse á él ciegamente, de manera que en poco tiempo, el capitan llegó á ser, mas bien que el secretario, el amigo de confianza, el consejero íntimo del conde.

Este volvió á España, y Begearss, que habia dejado el servicio de las armas, cedió á sus ruegos, lo acompañó y siguió como antes, siendo el depositario de los mas recónditos secretos de su señor y amigo.

Escusado es decir que el capitan sabia que Consuelo era fruto de los amores de Almaviva, así como tampoco tendremos que advertir que Rosa, engañada como su esposo, tuvo á gran dicha el encontrar nuevamente al antiguo amigo de Querubin.

Fígaro y Soledad fueron los únicos que no pudieron vencer su instintiva repugnancia, y desconfiaron siempre de aquel hombre, cuya vida anterior era un misterio impenetrable; pero no podian hacer participar de su opinion á los demas, porque no tenian de qué acusarlo. La conducta de Begearss era intachable: practicaba

los mas sanos principios con una rectitud, con tal severidad, que parecia dispuesto á castigarse á sí propio por la mas leve falta con mayor dureza que á los demas.

Semejante conducta, seguida un año y otro año, probaba mas que las sospechas instintivas del barbero, que bien examinadas podian quizás no reconocer mas que una causa física.

Así lo comprendia Fígaro, y como no queria ser derrotado en la lucha, calló sus sospechas, disimuló sus temores y esperó á mejor ocasion para dar el golpe decisivo.

Este sistema era antiguo en el barbero, y siempre le dió los mejores resultados.

Soledad, que pensaba lo mismo que su esposo, encontró bueno el plan de este y ambos trabajaban de acuerdo.

La situacion habia llegado á ser para todos muy grave cuando damos principio á esta parte de la peregrina historia que vamos refiriendo.

La indiferencia con que el conde miraba á su esposa y á su hijo, habia empezado á tomar el carácter de repugnancia invencible, y amenazaba convertirse en odio irreconciliable.

Las sospechas de Almaviva se aumentaban, y todo su afan lo ponia en buscar una prueba de la presumida falta de su esposa, una prueba mas convincente que los rubios cabellos de Angel.

Begearss aparentaba querer disipar tan infundadas sospechas; pero lo hacia de modo que las arraigaba mas.

Como una consecuencia inmediata, Fígaro y Soledad, por ser tan adictos á la condesa y por haberla acompañado en su viaje á Granada, fueron mirados tambien con recelo por su señor.

Este, desesperado de no poder averiguar lo que tan ardientemente deseaba saber, resolvió salir de aquella situacion aunque tuviese que acudir á medios estremos.

Ya que no podia desheredar á Angel, pensó vender todos los bienes libres que nada tenian de comun con los que formaban el mayorazgo de la familia, y con su producto, que no bajaria de cien mil pesos fuertes, dotar á su hija y casarla, pues aunque habia sospechado el amor de esta, ni le dió la importancia de una verdadera pasion, ni estaba dispuesto á respetarlo.

Angel debia salir de España con el pretesto de viajar y completar su educacion, y en cuanto á la condesa, cansada de desdenes, acabaria por cortar toda comunicacion con su marido.

Faltaba elegir un esposo para Consuelo, buscar un hombre honrado, aunque fuese pobre, de talento y esperiencia, que hiciese feliz á aquella inocente niña como podia hacerla un padre mas bien que con las pasajeras ilusiones del amor.

Empero ¿dónde encontrar ese hombre?

El conde lo buscó muchos dias y aun meses y acabó por convencerse de que no habia otro mas que Begearss, por mas que tuviese cuarenta y cinco años con apariencias de cincuenta.

La eleccion no debe estrañar: Almaviva estaba subyugado por el irlandés, y este escuchó la lisonjera proposicion, fingiendo una sorpresa que estaba muy lejos de sentir, y negándose á aceptar por razones de delicadeza.

Rogó entonces Almaviva con mas empeño, y aunque Begearss puso el inconveniente de los amores de Consuelo y Angel, hubo al fin de ceder como para dar una prueba de su amistad.

En cuanto á Rosa, quiso su esposo hacer la última prueba, tendiéndole un lazo que nada de noble tenia.

Se opuso el capitan, hablando con el mayor respeto de la condesa y defendiendo su virtud; pero el conde le dijo:

—Sobre este punto no os pido consejo, sino ayuda. ¿Me la negais?

Begearss se inclinó como si no se atreviese á replicar, prometió la ayuda que se le pedia, y desde aquel momento se dedicó á buscar la ocasion oportuna para poner en ejecucion los planes de su amigo.

Tal era la situacion.

Para terminar este capítulo, solo diremos ya que desde su vuelta á España el conde residia en Madrid.

Las señas de su casa, con otras cosas que podrán interesarte, las sabrás, lector, si quieres volver la hoja.

CAPÍTULO II.

La prueba.

Todavía existe en la calle Ancha de San Bernardo y esquina á la de la Garduña uno de esos caserones que levantaban nuestros abuelos cuando no se conocian las leyes de ornato público ni al edificar se tenia en cuenta otra cosa que la comodidad, abriendo ventanas donde hacia falta luz, dando elevacion á los techos donde convenia, adornando las habitaciones y no cuidándose de la fachada del edificio mas que en cuanto al pórtico, á un balcon, que podria llamarse *oficial* y era mayor que los otros, y á lo que podia dar idea de la calidad del dueño de la casa, es decir, el escudo de armas esculpido en piedra berroqueña y que coronaba la puerta principal ó el balcon, ó entre dos de estos ocupaba un gran trozo de pared.

La casa á que nos referimos no ha sufrido en su esterior modificacion alguna, salvo el haberse mal pintado sus paredes, y bien se comprende que al hacerla no se pensó, como ya hemos

dicho, mas que en la comodidad interior, pues el segundo piso, que debió estar destinado para la servidumbre, es tan bajo de techos que apenas permite levantar la cabeza á un hombre de mediana estatura con sombrero puesto. Conserva su anchuroso portal y destartalada escalera, cuya antigüedad han pretendido encubrir con el moderno papel pintado, que no alcanza á disimular las fealdades de su mala construccion.

Despues de subir la escalera, y en la época á que se refiere esta historia, todo cambiaba de aspecto, por donde quiera no se veian mas que riquísimos tapices, dorados muebles, bellísimas pinturas, y en fin, cuanto el lujo y el gusto mas esquisito pueden inventar. Nadie hubiera sospechado que aquellas paredes desconchadas y de color pardo encerraban tanta riqueza, tal suntuosidad, podemos decir.

Á las diez de la mañana de un domingo de noviembre, encontrábase en uno de aquellos aposentos el conde de Almaviva.

En su rostro se advertia la alteracion consiguiente á los diez y ocho años que habian trascurrido, si bien su hermosura, aunque mas severa, mas grave, tenia poco que envidiar á la de su juventud.

Levantábase, paseaba, volvia á sentarse y miraba á la puerta y al reloj, dejando ver la mas viva impaciencia.

Sonó en la calle el sordo ruido de un coche que pareció detenerse á la puerta de la casa.

El conde tocó una campanilla y se presentó un criado.

—¿Y la señora?

—Ha pedido el coche para ir á misa y ya lo tiene dispuesto.

—¿Y Fígaro?

—Arriba en su habitacion.

—¿Y Soledad?

—Creo que acompañará á la señora condesa.

Almaviva hizo una señal con la mano y el sirviente desapareció.

—¡Oh!—murmuró el impaciente caballero, levantándose otra vez.—Ha llegado el momento y no viene... ¡Si al menos supiera yo cómo se abre esa caja!... Pero no saldrá de su paso, es el único defecto de ese hombre, la calma.

Volvió á llamar y acudió otra vez el criado.

—¿No ha vuelto mi hijo?

—No, señor.

—¿Y mi ahijada?

—Creo que se dispone para ir tambien á misa con la señora condesa.

—Cuando venga el señor Begearss, que entre inmediatamente y que nadie, absolutamente nadie pase despues.

El criado salió.

—Si esta ocasion se pierde,—dijo el conde,—no se presentará otra.

Pasaron cinco minutos y se oyó nuevamente el ruido del coche que se alejaba hácia la plazuela de santo Domingo.

—Se van... ¡Y él no viene!...

Tres minutos mas trascurrieron.

Levantóse la cortina de terciopelo azul que cubria la puerta, y entró un hombre como de cincuenta años, alto, flaco, todo vestido de negro, menos la chupa que era de seda blanca.

Sus ojos azules con pupila negra y reluciente como la de un tigre, fijaron en Almaviva una mirada penetrante y escudriñadora.

—¡Señor Begearss!—exclamó el conde, cuyo rostro se dilató con muestras de la mas viva alegría.

—El cielo os guarde, señor conde,—respondió el capitan, que ó tenia mas años de los que aparentaba cuando lo conocimos, ó desde entonces habia envejecido mas de lo que debia.

—¡Gracias á Dios que habeis llegado!... Me habeis hecho sufrir mucho, porque temí que no viniéseis.

—Hace mas de media hora que aguardo,—repuso Begearss con la calma que ya le conocemos.

—¡Media hora!...

—Sí; pero no he querido entrar hasta que ha salido la señora condesa.

—¿Por qué?

—Muchas veces os lo he dicho, señor conde: Fígaro y Soledad desconfian de mí, me observan, me espian á todas horas, y si ella me hubiese visto llegar, ya estaria él avisado y nada podríamos hacer.

—¡Oh!... Al fin me cansaré. Fígaro, á pesar de su lealtad, me ha dado muchos disgustos solo por su aficion á intrigar, á mezclarse en todo, y desde que se casó, ayudado por su mujer, está peor. Los sufro porque hace veinte años que me sirven...

—Y son buenos criados, os quieren mucho y no podrian vivir fuera de esta casa; pero tienen la manía de aborrecerme. Yo los perdono, y lo siento no mas que por la injusticia.

—Sois generoso; pero con gente ruin...

—No hablemos de eso,—interrumpió Begearss.—Si os parece...

—Es verdad, los momentos son preciosos.

—¿Persistís en vuestra idea?

—Sí.

—Lo siento.

—Aquí teneis,—repuso el conde, sacando de un bolsillo de

la casaca un brazalete de oro y diamantes con un retrato en miniatura.—El recuerdo que al morir os dejó vuestro compañero de armas, va á servirme de mucho.

—Siento, señor conde, haberos dicho que el desgraciado Querubin me habia dado ese retrato, porque suponiendo lo que es imposible, que sea culpable la señora condesa, el descubrimiento de su falta se deberia precisamente á la noble accion de aquel pobre niño al darme en sus últimos momentos una prueba de amistad. Perdonadme; pero eso no es noble, y si mi conciencia no me remuerde es porque el retrato os lo dí sin saber que íbais á hacer de él semejante uso.

—De vos nada me ofende porque conozco la rectitud de vuestras intenciones...

—Pues si algo valen para vos mis ruegos...

—No retrocederé,—replicó vivamente el conde.—Necesito pruebas: si mi esposa es inocente, quiero devolverle mi amor, toda la ternura que merece, no atormentarla..... y si es culpable...

—Vuestro tormento no tendrá igual.

—La duda es el peor de los tormentos.

—No, señor conde; el peor de todos es el desengaño; mientras hay un rayo de esperanza, hay algunas horas de ilusion y tranquilidad...

—Pero entre tanto no puedo vencer mis temores y tal vez injustamente haga sufrir á mi esposa y á mi hijo.

—¿Y qué podreis averiguar por el medio que habeis adoptado?

—¿Dudais del éxito?

—Sí.

—¡Oh!...

CAPÍTULO III.

Lo que determinó el conde.

Cuando el conde llegó á su habitacion, dejóse caer en una silla, apoyó los codos en la mesa, y sus manos convulsas, á la vez que estrujaban los malhadados papeles, oprimieron su cabeza como si quisiese ahogar el fuego que parecia contener y abrasarla ó evitar que sus sienes estallasen á impulso de los violentos latidos de sus arterias.

Su desigual y trabajosa respiracion y las contracciones nerviosas que estremecian convulsivamente sus miembros, daban clara muestra de su lastimoso estado.

Tanto afan por una prueba, tantas horas de sueño perdidas para combinar los medios de encontrarla, y sin embargo, como si hubiese agotado sus fuerzas sin quedarle ni las pocas que necesitaba para desdoblar aquellos papeles, permanecia inmóvil.

Hay verdades que se buscan afanosamente; pero que al descubrirlas espantan y hacen retroceder y vacilar como si se bus-

case una prueba contra aquella realidad tan horrible y poco antes tan deseada, siquiera una duda que le hiciese perder algun valor.

Largo rato permaneció el conde en la misma postura, como si hubiese quedado petrificado por el dolor.

La sangre parecia haberse encendido en sus venas y abrasar lentamente su corazon, que mas que palpitar, agitábase como el convulso que lucha consigo mismo.

Las ideas se sucedian rápidamente en su imaginacion como un torbellino de fantasmas y como si las potencias de su exaltado espíritu se hubiesen puesto en abierta lucha para destruirse.

Semejante estado no podia durar mucho.

Era consiguiente y necesaria la reaccion.

¿Cuál seria su resultado?

No cabia término medio.

La ira mas reconcentrada ó el mas intenso dolor debian suceder al completo trastorno que en aquellos momentos no daba lugar ni al dolor ni á la ira, porque el desdichado conde no habia podido aun darse cuenta de lo que sentia, ni esplicarse su crítica situacion, ni apreciar, por consiguiente, los hechos para hacer deducciones sobre lo pasado, lo presente y lo porvenir.

Tampoco era posible adivinar la línea de conducta que en aquellas difíciles circunstancias se trazaria, porque su resolucion dependia de uno de los opuestos estremos en que tocase al terminar la crisis que agitaba su espíritu.

Luchaba el devorador deseo de venganza con el recuerdo de iguales faltas, evocado por la conciencia.

Luchaba la fria crueldad con la noble compasion, el odio con la generosidad de un amor no estinguido y la ternura de dulces y santos recuerdos, y el amor propio herido, engendrando celos desgarradores é implacables, luchaba con el orgullo, que para no

reconocer la deshonra, la ofensa que lo humillaba, renunciaba á toda reparacion, aceptando el disimulo y la impunidad.

Al fin el desgraciado esposo se pasó las manos por la frente, pálida y bañada en sudor, su torva mirada se fijó en los papeles, y despues de dudar algunos instantes, se decidió á leerlos.

El primero fué la carta de Rosa.

Á medida que recorria los mal trazados renglones, se calmaba su exaltacion y se dilataba su contraido rostro.

—¡Oh!—exclamó, levantando al cielo una mirada mas dolorosa que iracunda.—¡Rosa, Rosa!..... ¿Qué ha sido de tí?..... ¡Dios mio!... La que así escribe no es una mujer ruin y corrompida, es una desgraciada, que jamás hubiera faltado á sus deberes sin la traicion y la violencia de un miserable.

Exhaló un penoso suspiro, desdobló la carta de Querubin y fijó en ella una mirada ardiente.

Su lectura le produjo el mismo efecto que la anterior, y esto se comprende, teniendo en cuenta que habian trascurrido diez y ocho años desde que se consumó la falta, que estaban mas apagadas las pasiones, que entre el ofensor y el ofendido estaba el sepulcro, y que una criatura inocente, el noble Angel, estaba pagando la ajena culpa.

—¡Sangre!—murmuró el conde con sorda voz.—¡Sangre y lágrimas!... ¡Oh!... No, no escribió esto un miserable, sino una infeliz criatura estraviada... ¡Dios mio!... ¡Cuánto sufro!...

Y dejó caer la cabeza entre las manos.

La lucha era cada vez mas tenaz; pero tocaba á su término.

Los sentimientos generosos empezaban á triunfar.

El tercer escrito decidió la victoria.

En él esplicaba Rosa algunas de las circunstancias mas importantes de su desgracia, y con la espontaneidad del que escribe

para desahogar su pena, no para comunicarla á otro, pintaba sus sufrimientos, mostraba su corazon tal cual era y hablaba de su hijo.

No se hubiera encontrado juez mas severo que ella misma.

No se quejaba, y aunque comprendia todo lo duro de la espiacion que le aguardaba, aceptaba el castigo con resignacion y bendecia la justicia del Omnipotente.

¿Qué podia hacer el conde?

No se sentia con fuerzas para castigar duramente la falta, ni el castigo hubiera hecho mas que agravar la situacion con el escándalo, y por otra parte no le permitia su orgullo reconocer su deshonra, rebajándose así á los ojos de la persona que lo habia ofendido.

Faltábale en aquellos momentos abnegacion para perdonar; pero era preciso renunciar á la reparacion que su enojo pedia, y dar á su orgullo, á su dignidad, lo que reclamaba para no verse obligado á reconocer otro superior.

Diez y ocho años antes no hubieran bastado estas consideraciones para que Almaviva renunciase á la venganza, porque le hubiera sido imposible dejar que se gozase Querubin en su triunfo; pero el rival no existia.

El infeliz esposo debia devorar en silencio la mas dolorosa amargura; su tormento no tendria igual cada vez que lo mirasen Fígaro ó Soledad, para quienes no debia ser un secreto la debilidad de la condesa.

Á reflexiones tan tristes hubiera estado el conde entregado muchas horas sin acertar á moverse de aquel sitio ni á variar de postura; pero la cortina de terciopelo se agitó, levantóse y asomó la cabeza de Begearss, que con acento de temor dijo:

—¿Señor conde?...

Este se estremeció como si la voz del irlandés hubiera sido una saeta disparada á su corazon, y levantándose y abriendo los brazos exclamó:

—¡Amigo mio!

Begearss aceptó la prueba de ternura, y abrazó al conde, diciendo con la entonacion grave y solemne que tan bien sabia dar á su voz:

—¡Valor, señor conde, valor!... ¡Mostraos digno de vuestro nombre, no desmintais vuestra grandeza de alma!...

—¡Valor!—murmuró Almaviva, volviendo á sentarse.—Me sobra para todo menos para soportar la vergüenza de mi deshonra.

—La deshonra es del que delinque...

—Pero el mundo,—repuso el conde con amargura,—el mundo, en su profunda sabiduría, en su juicio, que tiene por infalible, hace caer la deshonra sobre el esposo engañado, lo mira con lástima humillante y...

—Señor conde, os atormentais sin fundamento. La falta de vuestra esposa es un secreto para esa sociedad que os espanta y que en ese infalible criterio ¡pobre sociedad! ve en la condesa una víctima, un mártir, la esposa olvidada, despreciada por el esposo inconsecuente y perjuro.

—No para todos es un secreto: Fígaro y Soledad...

—Os aman, son leales...

—No, mi buen amigo, yo no debo, no puedo permanecer entre los que conocen mi deshonra.

—¿Acaso intentais?...

—Callar.

—Eso aconseja la razon,—dijo Begearss, de cuyos ojos brotó la fugaz centella que era en él señal de la mas viva alegría.—

Acusar á vuestra esposa, presentándole esas pruebas, es menguar á sus ojos vuestra dignidad, y si hoy os mira con miedo, porque os ha ofendido, con mas amor que nunca, porque está arrepentida, con gratitud, porque habeis tenido fé en su virtud, entonces os mirará como el reo á su juez ó con la compasion humillante de quien ha engañado por ser mas astuto ó mas atrevido.

—Sufriré en silencio,—repuso el conde, á quien parecia calmar el acento dulce y tranquilo del irlandés.—Pero como el hombre no es siempre dueño de su razon, sobre todo cuando el ultraje pide venganza, para evitar que en un momento de trastorno mis labios digan lo que mi altivez quiere callar, me separaré de la condesa, y para ello, buscaré un pretesto cualquiera.

—Un pretesto...

—Sí, amigo mio. Nada me importa ya mas que la suerte de mi cándida hija, y esa quedará asegurada con vuestro casamiento.

—Señor conde...

—¿Aun os escusareis con vuestros vanos escrúpulos de una delicadeza mal entendida?

—Me he sometido á vuestra voluntad...

—Pues, verificado vuestro casamiento, pediré otro empleo para fuera de España ó emprenderé largos viajes, ampliando los poderes que os tengo dados para que administreis mis bienes.

—Perdonadme, pero...

—Es mi voluntad.

—¡Otra prueba de honroso cariño!...

—¿Cómo he de pagaros lo que os debo? ¿Qué seria de mi en esta horrible situacion sin la luz de vuestros sabios consejos, sin el bálsamo de vuestra amistad?

—¡Pluguiera al cielo que hubiérais tomado todos mis consejos!

—He desoido el mas prudente, y ciego he buscado mi perdicion... Empero en medio de mi desgracia tengo el consuelo, si es que alguno puede haber para mi dolor, de que la prueba de la debilidad de mi esposa lo es tambien de que no es una mujer corrompida.

—Tal es mi opinion.

—Debe sufrir mucho...

—Mas que vos, señor conde.

—¡Oh!...

—La conciencia es el mas cruel de los tormentos.

—Pero no por eso dejo de sentir el odio á la vez que la compasion, y ese recuerdo vivo de mi deshonra, ese hijo...

—Es inocente, señor.

—Es el fruto de un crímen.

—No suyo.

—Y tengo que darle mi nombre al que lo ha manchado con venir al mundo, tengo que llamar hijo al que lo es del miserable, que alevosamente me hirió en la honra, en el alma...

—Calmaos...

—¡Oh!... No en vano se ha dado tanta importancia á las faltas de la mujer: las nuestras no pueden quitarles al menos la seguridad de que son madres de sus hijos, mientras que nosotros, al acariciarlos...

—Basta, señor conde...

—Ella lo comprende así... pero tarde... Leed esos papeles...

—Permitidme...

—Leed.

Begearss, haciendo un gesto de resignacion, tomó los papeles y leyó lo que sabia de memoria, fingiendo conmoverse.

—No me equivoqué,—dijo.—¡Desgraciada!...

—Y ese amigo de entera confianza en quien el seductor depositó el secreto...

—Ignoro quién fuese.

—¿Pero no sospechais?...

—Solo de uno, el único que tenia Querubin...

—¿Sabeis lo que ha sido de él?

—Murió hace siete años.

La conversacion fué interrumpida por una voz clara y dulcísima que desde afuera preguntó:

—¿Puedo entrar?

—¡Mi hija!—exclamó el conde.

Y guardando en un bolsillo los papeles, añadió, respondiendo á la persona que habia preguntado:

—Sí, sí...

CAPÍTULO IV.

Consuelo.

Levantóse la cortina y apareció una jóven, que apenas contaria diez y siete años, y era un tipo de tan original belleza, que no admitia comparacion. La espresion de sus grandes ojos de un azul puro y los contornos de sus facciones, presentaban esa mezcla de belleza y hermosura, de delicadeza y gracia de los pueblos del norte y del mediodia de Europa, cuyas razas tienen tan distintos caractéres.

Sus ojos, azules como hemos dicho, de mirada tierna y dulcísima, estaban sombreados por negras pestañas y coronados por arqueadas y espesas cejas del mismo color y relucientes como el azabache, contrastando con la blancura nacarada de su cutis. Ni sus labios, rojos y de admirable frescura, ni su nariz recta y delgada, ni su levantado pecho, ni su talle esbelto y flexible, ni en fin, ninguna de sus formas hubiera dejado nada que desear al artista mas exigente y escrupuloso.

Su sonrisa, aunque cándida, no era fria como la de una flamenca, y lo mismo que todos sus movimientos, tenia algo de picante, aunque sin intencion.

Tal era Consuelo.

Menos los cabellos, habia heredado la belleza de su madre, que era inglesa; pero su sangre era española y de tal eran sus instintos y debian ser sus pasiones, y como tal sentia.

Por eso su rostro, que retratado hubiera sido de una belleza admirable, pero severa, fria, tenia una espresion ardiente, arrebatadora, ajena al tipo, á la raza á que pertenecia en todos sus detalles menos en el color de los cabellos.

Al entrar la jóven, el conde hizo un esfuerzo para disimular lo que sentia, la abrazó y besó tiernamente y se sintió aliviado.

Nada calma los dolores de un padre como las caricias de un hijo.

Consuelo dió los buenos dias á Begearss, y luego, fijando en el conde una mirada cariñosa, dijo con su dulce voz:

—Estais pálido, mi querido padrino..... ¿Os sentís indispuesto?

—No... no es nada,—respondió Almaviva;—la cabeza me duele...

—He venido á incomodaros...

—No, hija mia; ya sabes que te amo como... un padre...

—¡Sois tan bueno!...

—Y precisamente cuando has llegado me ocupaba de tí.

—Nunca me olvidais...

—Es mi deber.

—¡Vuestro deber!—murmuró Consuelo, mirando á su padre con espresion de gratitud.—¡Y llamais deber á vuestra generosidad!...

—Tu padre era muy descuidado para sus negocios y su fortuna sufrió varios descalabros, hasta el punto de que nada pudo dejarte cuando murió. Poco tiempo despues,—añadió el conde con visible conmocion,—tu buena madre dejó tambien de existir, y en los momentos supremos de su agonía te encomendó á mi cuidado. Yo le juré ampararte y quererte como á una hija, y como hasta hoy, en adelante estoy obligado á cumplir mi juramento.

Dos lágrimas rodaron por las tersas mejillas de la jóven.

Un profundo suspiro se escapó de su pecho y besó respetuosa y cariñosamente la diestra de su padre.

—Siéntate,—repuso este,—y enjuga ese llanto, muestra de la sensibilidad de tu alma noble.

—Mi querido protector...

—Llámame... padre...

—¡Ah!...

—Yo te doy el nombre de hija...

—¡Cuánta bondad!...

—No tienes otro padre mas que yo, y puede suceder que jamás sepas quién fué el tuyo.

—Pero ese misterio...

—Tiene sencilla esplicacion.

—Decidme...

—Cuando yo conocí á tu madre era ya viuda y tú habias nacido, no sé si en Méjico ó en Inglaterra. Ella me habló muchas veces de su marido; pero sin decir su nombre, y si alguna vez lo dijo, no lo guardé en la memoria. La enfermedad que llevó al sepulcro á la infeliz, fué de pocos dias, y en ellos solo pensó en su hija, no cuidándose en su agonía, que fué repentina y breve, mas que de pedirme apoyo para tí, de manera que no supe el nombre que te pertenecia.

—Pero sus criados...

—Uno solo tenia, que entró á su servicio despues de la muerte de tu padre, ocurrida durante un viaje por mar.

—¡Dios mio!...

—Pero si no existe el padre que te dió el ser, tienes al que te ama.

—Pero mi nombre...

—¿Lo compensa mi cariño?

—Sobradamente...

—Pues olvida esa historia, que un nombre, por ilustre que sea, no es la felicidad. Te he criado, hija mia, con todo el amor que mi alma puede sentir; ningun desvelo he perdonado para hacerte dichosa, y como la muerte no respeta la edad y puede sorprenderme antes de mi vejez, quiero asegurar tu porvenir.

—¡Mi porvenir!... No puede ser mas risueño si me conservais á vuestro lado,—dijo la jóven;—soy huérfana, me falta un nombre; pero encontré nuevos padres y un hermano, que jamás me abandonarán. ¿Qué he de pedir á la fortuna? Nada tengo que desear.

—Sin embargo, ¿quién sabe lo que puede suceder? Prudente es ponerte á cubierto de todos los azares de la vida, y evitar que llegue un dia en que te encuentres sola y sin afecciones, lo cual, para tí, seria la mayor desgracia. Quiero, pues, que cuando te falten padres tengas esposo, hijos á quienes amar.

Consuelo inclinó la cabeza sin acertar á responder.

—Este amigo que tanto nos ama,—añadió el conde, señalando á Begearss,—conoce mis sentimientos...

—Padre mio...

—Mira en torno tuyo y elige un esposo... ¿No encuentras cerca de tí un hombre que sea digno de poseer tu corazon?

—Es todo vuestro, señor.

—Bien; pero...

—Si me consultais os diré que mi dicha consiste en no cambiar de estado.

El conde miró sorprendido á Consuelo.

Esta queria averiguar el verdadero significado de las palabras de su padre, de una manera mas concreta. Amaba ciegamente á Angel, y lo mismo podia ser este que otro el esposo que se le destinaba.

Sin embargo, el conde le habia dicho «á tu alrededor, cerca de tí,» y cerca de ella no veia la jóven mas que al hijo de Rosa, porque no comprendia que nadie, al tratar de su casamiento, pensase en Begearss, viejo, feo, taciturno, estravagante y pobre, por mas que estuviese dotado de raro talento y fuese muy virtuoso.

Para aclarar el misterio ideó la jóven nombrar á Angel, y dijo:

—Vuestro hijo se casará, se separará de vos... Permitidme que ocupe su lugar para cuidaros en vuestra vejez... Es un deber, padre mio; un deber que cumpliré con alegría.

—Consuelo, intentas engañarte...

—¿Dudais?...

—No dudo de tu cariño ni de tus nobles sentimientos.

—Entonces...

—No estaré tranquilo hasta que te vea casada. Tengo mas esperiencia que tú y debes escuchar mis consejos.

—Si esa es vuestra voluntad,—balbuceó Consuelo,—yo...

—Piensa en ello, hija mia,—repuso el conde cariñosamente.—Otro dia hablaremos, sabrás quién es el esposo que te destino y que de seguro llenará los deseos de tu corazon.

—Siempre,—dijo la jóven, cuya natural curiosidad no estaba satisfecha,—siempre habeis adivinado mis gustos y mis deseos, y en esta ocasion...

—¿Me he equivocado?

—Creo que tambien acertareis.

—Adios, hija mia...

—Adios, mi buen padre,—repuso Consuelo, besando al conde y saliendo muy pensativa.

—¿Qué os parece?—preguntó Almaviva á Begearss.

—Señor, temo que el *ángel* sea el demonio de la discordia.

—Esos amores nada significan.

—Es el primero y...

—¿No os atreveis á luchar?

—Sí,—dijo el irlandés, que ya tenia trazado un proyecto diabólico,—me atrevo á luchar y aun espero vencer; pero me costará algunos dias y necesito vuestra ayuda.

—Antes de vuestro casamiento saldrá Angel de Madrid, y cuando ella esté sola no tendrá valor para negarse.

—Perfectamente.

—Además, creo que mi hija no está verdaderamente enamorada, como quizás cree en su inocencia, porque de otro modo, no la violentaria para hacerla infeliz cuando tanto deseo su dicha.

—Así opino yo, señor conde, y por eso me decido á luchar. En mi concepto no es el amor de ella el inconveniente, sino la oposicion de él, que por amor, por capricho ó por contrariarme...

—De ese niño respondo.

—Ya sabeis que le sucede lo que á Fígaro, no me tiene mucho afecto...

—Es digno discípulo de tal maestro; pero ambos sentirán el peso de mi enojo.

Algunas palabras mas se cruzaron referentes al asunto, y Begearss, para que el conde acabara de tranquilizarse, le propuso salir á pasear.

—Así,—dijo,—viendo nuevos objetos y con distinta conversacion, vuestro espíritu recobrará la calma.

—Vamos, amigo mio.

—Jamás me perdonaré haber sido la causa inocente...

—Al contrario: si yo hubiera seguido vuestro prudente consejo...

—Dejemos ese punto, señor.

—Sí, respiremos el aire libre..... ¡Ah!..... Parece que me ahogo.

El conde agitó la campanilla, se presentó un criado y pidió su sombrero, su espada y su capa.

Pocos momentos despues y acompañado de Begearss, salió del aposento.

Su rostro estaba pálido aun y contraido, y su mirada era sombría y amenazadora.

Los criados que encontraba á su paso se inclinaban con mas respeto que de costumbre porque tenian miedo.

Bajaron la escalera.

En el portal estaba Fígaro, que no se inclinó ni se quitó el sombrero, porque el conde pasó sin mirarlo, aunque ya lo habia visto.

Se preparaba otra escena no menos interesante que la anterior.

CAPÍTULO V.

La mendiga.

Fígaro siguió con la mirada al conde y á Begearss.

Á un lado de la puerta, acurrucada junto á la pared y envuelta en miserables harapos, habia una mujer que no debia tener cuarenta años y parecia aguardar allí la salida del conde para pedirle limosna, como hacian diariamente muchos mendigos.

Aquella mujer, algunos años antes, debia haber sido hermosísima, y aun entonces habria llamado la atencion su belleza á no estar desfigurada por una demacracion y palidez mate, verdadera decoloracion que indicaba largos padecimientos físicos y una estrema debilidad. Pero bien examinado su rostro de finísimo cutis, ligeramente moreno, se encontraban unas facciones de correctos y atrevidos perfiles y unos ojos grandes y negros, que si entonces tenian una mirada melancólica, tristísima, debieron haber brillado antes con el fuego de grandes pasiones y haber sido intérpretes de los mas tiernos sentimientos.

En su rostro no se pintaba la abyeccion de esas criaturas desdichadas que, primero por necesidad, y luego por falta de todo sentimiento de noble dignidad, se entregan á una vergonzosa vida de abandono y especulan con la caridad de sus semejantes en nombre de Dios y á título de su desgracia: no, el rostro de aquella mujer revelaba solamente uno de esos dolores profundos, no interrumpidos y que, como una penosa y lenta agonía, acaban con la existencia.

Al salir el conde y el irlandés, la mendiga se incorporó y estendió sus descarnados brazos como para pedir una limosna.

Empero no pronunció una palabra, sino que se estremeció convulsivamente, y sus ojos, al brillar como dos centellas, fijaron en Begearss una mirada penetrante, ardiente, de indecible afan.

El irlandés palideció, vaciló algunos instantes como si no acertara á moverse, su rostro se contrajo hasta desfigurarse, se iluminaron sus negras pupilas y contestó á la mirada afanosa de la pordiosera con una mirada medrosa, sombría, bajando en seguida los ojos y adelentándose para alejarse.

El conde estaba demasiado preocupado para observar todo esto, y sin pensar en lo que hacia, en fuerza de la costumbre, sacó una moneda, que no advirtió ser de oro, y la puso en una de las manos de aquella estraña mujer.

Pero Fígaro, que no estaba tan preocupado como su señor, no perdió ni el mas leve gesto de la interesante y muda escena que acababa de tener lugar.

Almaviva y su traidor amigo se alejaron.

Como si quisiese detenerlos porque le faltasen fuerzas para seguirlos, la mendiga quedó con los brazos estendidos y la mirada fija, sin cuidarse de la moneda, que se escapó de su mano.

Cuando ya no pudo verlos cayó pesadamente en tierra, se oprimió el pecho y exhaló un penoso suspiro.

—¿Qué teneis, hermana?—le preguntó Fígaro, acercándose y tomándole el pulso.

Ella no respondió.

—¡Oh!... Estais muy débil, pero...

—Tendrá hambre,—dijo el portero, acercándose tambien y mirándola con fria curiosidad.—Pero lo estraño es que tire el dinero...

—Sí, tiene hambre,—repuso Fígaro;—pero ahora le hace falta agua... Traedla, Antonio.

El portero llevó un jarro con agua y la mendiga bebió maquinalmente.

—Tomad,—dijo el barbero, recogiendo y dándole la moneda,—comprad alimento... son cuatro duros... Mas os dará el señor conde cuando yo le cuente lo sucedido, porque no se ocupa mas que en hacer bien.

—¡Comerá mi pobre hijo!—exclamó al fin la mujer, levantándose como si repentinamente hubiese recobrado las fuerzas.

Y en tanto que de sus ojos brotaba un raudal de lágrimas, se alejó rápidamente.

—¡Vive el cielo!—dijo Fígaro para sí.—Mucho me equivoco ó esa mujer me la envia Dios para ayudarme á descubrir las maldades del pícaro irlandés. La seguiré, le hablaré... ¿Quién sabe?

La mendiga entró en una tienda, compró un pan, tomó la calle de la Flor alta, llegó á la de la Justa y se metió en una casa miserable, subiendo una estrecha y oscura escalera sin advertir que la seguia el barbero.

Cuando estuvo en el último piso, empujó la negra puerta de una buhardilla y desapareció en su interior, cerrando tras sí.

Fígaro se detuvo, escuchó y oyó lo siguiente:

—¡Hijo mio!... Toma, come...

—¡Madre mia!...

—Come...

—¿Y vos?

—Tambien... mira...

—Pero...

—Dios se apiada de mí... No te he traido otra cosa por no detenerme, y como desde ayer mañana no has comido... Pero despues iremos por carne... ¡Hace tanto tiempo que no la pruebas!... Y compraremos carbon... ¡Estás helado!... Toma mi pañuelo... yo no tengo frio porque he venido corriendo..... Mira..... cuatro duros y...

—¿Quién os ha dado eso?

—Un caballero caritativo... ¡No faltan buenos corazones!...

—¡Limosna!...

—Tú la darás algun dia para pagar lo que ahora recibes...

—Pero entre tanto...

—Despues hablarás, hijo mio... Come.

Nada mas se oyó.

Tal era la necesidad de alimentarse, que acalló la curiosidad del hijo y el deseo que tenia la madre de decirle otras cosas de mucha importancia.

—¿Me habré equivocado?—se preguntó Fígaro.—Pero el hambre es mal acreedor, y hasta que esté satisfecha... Esperaré.

Aguardó el barbero algunos minutos, y como en la buhardilla continuase el mismo silencio, determinó llamar.

—¿Quién es?—preguntó la mendiga.

—Abrid que tengo que hablaros, buena mujer.

La puerta se abrió y Fígaro entró en un aposento entera-

mente desnudo de muebles, porque casi no puede darse este nombre al armazon de madera tosca y apolillada de una cama sin colchones.

El hijo de la mendiga era un hermoso niño de doce años, con cabellos rubios y ojos azules, pero estenuado y pálido como su madre.

—¿Qué quereis?—preguntó esta al barbero.—Vos... ¡Ah!... Sois el que estaba allí...

—Sí, me envia el señor conde.

—¡El señor conde!—repitió el niño, mirando al barbero con sorpresa y curiosidad.

—Sí, el señor conde de Almaviva, noble y generoso caballero, que no se ocupa mas que en hacer bien. ¿No sabíais, buena mujer, á quién debíais el beneficio que habeis recibido y los que os esperan?

—¿Los que me esperan?—replicó la mendiga, examinando con su febril mirada el rostro de Fígaro.—Sé que aquella es la casa del señor conde de Almaviva; pero nada mas.

—Pues bien, como conozco su corazon, corrí á participarle lo que habia sucedido y me ordenó venir.

—¿Y cómo habeis podido encontrarme?

—El portero me dijo que os habíais entrado por la calle de la Flor, y preguntándole al carpintero de la esquina si os habia visto pasar, me dió las señas de esta casa. Pero todo esto no es del caso; lo que importa es vuestra miseria, que segun veo no puede ser mayor. Teneis un hijo, y así lo dije al señor conde...

—¿Delante del hombre que lo acompañaba?

—No.

—¡Ah!...

—¿Acaso conoceis al señor Begearss?

—¡Begearss!—exclamó el niño.—¡Mi padre!..... ¡Oh!..... ¿Con que lo habeis encontrado, madre mia?

La mendiga no acertó á responder; tembló convulsivamente y tuvo necesidad de sentarse para no caer al suelo sin sentido.

Fígaro no necesitó mas esplicaciones.

Todo lo habia comprendido.

Aquella infeliz mujer era una víctima del malvado Begearss, probablemente su esposa abandonada.

Mucho esperó el barbero que le valiese el encuentro de la mendiga; pero no tanto. El secreto que acababa de descubrir era un arma terrible que de un solo golpe acabaria con su enemigo.

—Señora,—dijo despues de meditar algunos instantes y con tono respetuoso,—observé vuestra turbacion, vuestras miradas á Begearss, y sospeché que algo de comun habia entre vosotros. Luego, al ver á este niño, vivo retrato de su padre, adiviné lo que él ha dicho inocentemente.

—¡Inocentemente!—repitió el niño, mirando á su madre y al barbero con una firmeza impropia de su edad.—Porque mi padre me tenga abandonado; porque sea rico y no me dé pan, no he de ocultar que es mi padre. Sí, caballero, lo diré á todo el mundo y haré lo que nadie espere de mí. ¡Oh! Mi madre sufre y se morirá muy pronto, y á pesar de eso hace lo posible para que yo no comprenda que mi padre es la causa de nuestra desgracia; pero es inútil, conozco bien nuestra situacion. Nunca os he visto, caballero; pero ¿qué me importa? Si sois un amigo y un espía de mi padre, mejor, así le direis lo que pienso y sabrá que muy pronto seré un hombre y estoy dispuesto á pedir justicia para mi madre y á defenderla.

El barbero quedó sorprendido al oir el estraño discurso de aquella criatura.

—¡Vive el cielo!—exclamó.—No os equivocais al creer que os falta muy poco para ser un hombre. Ya lo veis, señora, toda reserva es inútil. Decidme los derechos que podeis alegar en vuestro favor...

—Los de esposa y madre,—respondió ella.

—¿Y por qué os tiene abandonados vuestro marido? Hablad-me con franqueza, nada temais, que yo os juro en nombre del conde de Almaviva que se os hará justicia.

—Sí, todo os lo diré,—repuso la infeliz madre,—todo, y por primera vez oirá mi hijo referir la historia de mis desgracias. Hace diez y nueve años que conocí al que hoy es mi esposo. Entonces era capitan y se encontraba en Sevilla, donde nací. Cerca de un año me persiguió con una insistencia incansable, y no pudiendo conseguir correspondencia mia de la manera que la solicitó, sin duda en un momento de ceguedad, para satisfacer un capricho que debió dominarlo mas que una verdadera pasion, pidió mi mano. Su trato me sedujo, creí en su amor y en hora fatal uní mi suerte á la suya. Mi dicha fué incomparable; pero duró muy poco. El amor de mi esposo, vehemente hasta rayar en locura, fué una centella. Antes de acabar el primer año, mi esposo desapareció, y despues de algunos meses pude averiguar que se habia ido á Méjico. Escuso pintaros mi dolor, mi desesperacion. Yo llevaba en mis entrañas un hijo, que murió antes de nacer... ¡Dios mio!... Solo el consuelo de mi anciano padre me dió fuerzas para vivir.

Fígaro apretó los puños y rechinó los dientes.

El niño elevó al cielo una mirada dolorosa.

—Mi buen padre,—prosiguió la infeliz mujer con creciente agitacion,—murió á los dos años, y yo, con los ahorros que me dejó, emprendí el viaje á América, sin mas compañía que mi do-

lor y mis lágrimas. La casualidad me favoreció: al entrar en Méjico encontré á mi esposo en una calle...

—El infame os rechazaria...

—Al contrario, me recibió con el mas tierno cariño, confesó su falta, me pidió humildemente perdon y derramó lágrimas por la pérdida de nuestro hijo.

—¡Miserable!...

—Al dia siguiente nos fuimos á un pueblo cercano, donde nos establecimos. Mi esposo hacia frecuentes viajes á la capital; pero fingia amarme como nunca, y yó empecé á ser feliz otra vez. Diez meses despues nos envió Dios á este niño, y entonces olvidé completamente mis antiguas desgracias. Pasaron seis meses; mi marido se ausentó un dia, y el que debia volver, despues de anochecido, llamaron á nuestra puerta... ¡Noche horrible!—exclamó la desdichada madre, estremeciéndose.—Creí que era mi esposo y corrí á recibirlo; pero en su lugar encontré á un oficial con seis soldados que llevaban órden del virey para conducirme á Veracruz, donde debia embarcarme en un navío real y volver á España...

Detúvose la desgraciada esposa porque le faltaba el aliento, y luego prosiguió:

—Dije quién era mi marido y el oficial se sonrió maliciosamente; pedí esplicaciones y ninguna me dieron; apelé á las súplicas, al llanto... Todo fué en vano: una hora despues, con mi ropa y mi hijo salí del pueblo en un carro y escoltada como el último criminal.

—¿Y despues?—preguntó afanosamente el barbero.

—Vine á la corte, porque hay mas recursos para vivir, y he trabajado sin cesar para alimentar á mi hijo; pero mi salud se ha quebrantado, he perdido las fuerzas y hace dos meses que vivi-

mos de la caridad pública. Ayer ví á mi esposo y lo reconocí; me acerqué á él y tambien me reconoció; pero huyó de mí... lo seguí... pero lo perdí de vista en la calle Ancha, y dando sus señas al primero que pasó, me dijo que lo habia visto entrar en casa del señor conde... ¡Ah!... Esperé cerca de medio dia, no salió... y hoy...

La desdichada no pudo proseguir.

El niño apretaba los puños con desesperacion y miraba al cielo como si pidiera justicia.

—Tranquilizaos,—dijo el barbero;—cada cual tendrá lo que merece.

—Renuncio todos mis derechos; no quiero vengarme; no pido ninguna reparacion...

—En cuanto á eso...

—¡Yo no quiero mas que pan para mi hijo!—exclamó la desdichada, estendiendo los brazos en ademan suplicante.

—Ya lo teneis para hoy; no os faltará, porque de eso cuidará el señor conde...

—Pero ¿no es amigo ó protector de mi esposo?

—Es una víctima como vos; cree que Begearss es el mas virtuoso de los hombres...

—¡Dios mio!...

—Pero el dia del desengaño...

—No, no quiero que se le haga mal.

—Eso no depende del señor conde. Dios no deja nunca sin castigo á los malvados. ¿Quién me ha traido aquí sino la mano del Omnipotente para evitar que vuestro marido cometa el último y mas horrible de los crímenes?

—¿Qué decís?

—No quiero aumentar vuestros dolores; básteos saber que

LAMINA 19.—¡Mi hermano!

muy pronto debia consumar vuestro esposo la infamia mas repugnante...

—Pero...

—Vuelvo á deciros que os tranquiliceis.

—En vos confio...

—Comed, comprad ropa con que abrigaros y seguid mis consejos. Volveré mas tarde, os traeré mas dinero para que nada economiceis...

—¿Es esto un sueño?

—Es una realidad... bien triste...

—¡Hijo mio!—exclamó la infeliz madre, llorando y abrazando á su hijo.—¡Dios se ha apiadado de mí!... Ya no tendrás hambre, ni frio...

Y el niño tambien lloraba y besaba con ternura las pálidas mejillas de su madre, y la estrechaba contra su pecho.

Fígaro no pudo permanecer impasible ante aquella escena, y sus ojos se humedecieron.

—¡Vive Dios!—exclamó.—Acabarán por hacerme llorar... Basta, basta; eso os hace daño, y yo... me... acabad, que os hace falta comer.

La madre se desprendió de los brazos de su hijo para echarse á los piés del barbero.

Pero mientras este decia,

—¿Qué haceis?

Abrazaba al hermoso niño, añadiendo:

—Si os falta un padre, yo lo seré: hace diez y ocho años que me casé: mi buena Soledad no ha tenido por conveniente ser madre y yo rabio porque me digan padre... No soy noble ni rico; pero... tengo corazon, y á vos, mancebo, os sobra tambien. Sereis soldado, alferez, porque yo se lo pediré al señor conde...

—¿Con qué os pagaremos?

—Nada me debeis.

—¡Ah!...

—La felicidad que se os ha entrado por la puerta, os la envia el señor conde...

—Todo es obra vuestra...

—No soy mas que el portador de la dicha, el mensajero, el intermediario... ¡Voto á tal!... Veinte años hacia que no era yo tan feliz... desde que encontré á mis padres, que ya están en el cielo... Sosegaos, que aun tenemos que hablar...

—¿Necesitais mas esplicaciones?

—Aun no me habeis dicho cómo os llamais.

—María Montalvo...

—¡Calla!... Pues no conocia yo otra cosa de sobra... Pero estais tan delgada y... los años que han pasado... Vuestro padre era un honrado corredor... el señor Juan Montalvo...

—El mismo.

—¡Torpe de mí!...

—Pero vos...

—No me conocereis por mi nombre verdadero, que es Antonio Sanson, sino por mi apodo. Yo soy aquel Fígaro, afamado barbero...

—¡Ah!...

—No hubo en Sevilla quien no me conociese...

—Y ahora...

—Dejé de ser barbero y mala cabeza... ¿Y cómo se llama este rapaz?

—Raimundo...

—Me gusta el nombre... Estoy aturdido... ¿Quién habia de decir que érais aquella María tan hermosa, que iba por la calle

pisando corazones? Entonces teníais unos ojos que con mirar encendian la yesca.

El barbero siguió hablando largo rato y consiguió tranquilizar á aquellas dos desgraciadas criaturas, despidiéndose al fin despues de prometerles nuevamente volver y de recomendarles el secreto y la prudencia.

Muchos años hacia que los negros ojos de Fígaro no habian brillado tan alegremete.

CAPÍTULO VI.

Donde se da á conocer al hijo de la condesa.

Cuando Consuelo dejó á su padre, atravesó lentamente algunas habitaciones con intencion de ir á ver á la condesa, referirle lo que acababa de suceder y consultarle; pero se detuvo en una lujosa antecámara, brillaron sus azules ojos con espresion de indecible alegría, y exhaló una exclamacion de júbilo.

Á su mirada respondió otra no menos ardiente, lanzada por un mancebo de estraordinaria belleza, de grandes y rasgados ojos negros, rodeados de largas pestañas rubias como el oro, que parecian iluminadas por los rayos de las pupilas á que daban sombra.

El rostro de aquel jóven, blanco, aguileño, de facciones perfectas y varoniles, presentaba un tipo nada comun, revelaba una inteligencia superior, una energía, una fuerza de voluntad que en ocasiones dadas debia convertirse en ruda dureza, y á la vez una dulzura, una ternura de alma que podria tomarse en ciertas ocasiones por debilidad.

Si aquel semblante no mentia; si, como parecia, aquella frente encerraba una idea constante, engendrada desde la niñez, acariciada, alentada y solo contenida por la fuerza de circunstancias especiales y de mera oportunidad; si aquellos ojos no eran falsos intérpretes de un alma tiernísima, el contraste de instintos, de ideas, el consorcio de cualidades morales y físicas tan opuestas no podia ser mas estraño.

Y sin embargo, el hermoso jóven, que como nuestros lectores habrán adivinado, era el hijo de la condesa, no se conducia como un hombre estravagante ni estremado en nada.

Tenia de su padre el sistema de sufrir y callar; raras veces comunicaba sus sentimientos, y cuando lo hacia no era para quejarse ó desahogar sus penas, sino para pedir esplicaciones ó consejos, y aun así, solo dos personas tenian el privilegio de merecer su rara confianza, la condesa y Fígaro, pudiendo asegurarse tambien que estos eran los únicos que conocian á fondo el alma de aquel desgraciado niño.

Á pesar de que su conducta, siempre igual como el movimiento de una máquina, y arreglada á los mas severos principios, parecia que no debia dar lugar á dudas sobre sus sentimientos y su carácter, cada una de las personas que lo rodeaban habian formado de él distinto concepto.

El conde le concedia buena inteligencia; pero mal empleada porque era débil de espíritu y de inclinaciones vulgares.

Begearss le negaba el talento y no le concedia mas que astucia y malicia, y en vez de debilidad y vulgares instintos, suponia en Angel mucho valor, aunque mal empleado, y un exagerado orgullo.

La ternura de que el mancebo daba pruebas era para el conde falta de dignidad, y para el irlandés una refinada hipocresía.

Ambos se equivocaban.

Angel era todo nobleza, generosidad, ternura, pureza.

No abrigaba su alma generosa un sentimiento ruin, una idea mezquina.

Empero sufria mucho.

Su madre era desgraciada y él no podia ser feliz.

Su padre lo trataba con dureza, con frio desden, y echaba de menos el cariño de padre.

Vivia en una atmósfera estraña, sombría, nebulosa, impenetrable á los rayos consoladores de la luz de las esperanzas, de las ilusiones, de la alegría, y en vano observaba, examinaba, buscaba, intentaba penetrar á través de aquellas tinieblas, esplicarse el arcano de la incomprensible vida de sus padres, que sufrian horriblemente mientras decian que eran felices, que se mostraban para él, la una tan exageradamente tierna, el otro tan injustificablemente duro.

Angel habia tenido, pues, necesidad de concentrar sus ideas para meditar, para estudiar; de reunir sus fuerzas para sufrir; de callar y trazarse una marcha constantemente igual y prudente para no caer en uno de los muchos abismos que le rodeaban.

Por lo mismo que sufria, que luchaba, que buscaba sin encontrar, que pedia sin obtener, que deseaba sin esperar, que era, en fin, muy desgraciado, amó con mas intensidad á Consuelo, y contrariar su amor hubiera sido quitarle la vida.

Una sola estrella habia visto en el horizonte negro de su triste vida.

Esa estrella era Consuelo.

Perderla era perderlo todo.

Al verse latieron con violencia los corazones de Angel y Consuelo.

—¡Consuelo!—exclamó él.

—¡Angel!—exclamó ella.

—¿De dónde vienes?—preguntó Angel.

—¿Á dónde vas?—preguntó Consuelo.

Y como se interrogaron á la vez y sus respuestas iban á confundirse, callaron por algunos instantes.

—Iba á buscarte,—dijo al fin el mancebo.

—Vengo de ver á tu padre,—repuso la hermosa jóven.

—¿Qué te ha dicho?

Consuelo inclinó la cabeza.

Su frente se tiñó de carmin.

Luego palideció.

—¿No me respondes?

—Tu padre... me ama mucho...

—¡Consuelo!... ¡Ah!... Tu rostro me dice que algo ha sucedido que te atormenta...

—No.

—Te turbas...

—Es que... quiero adivinar...

—Esplica tus temores,—repuso afanosamente Angel.

—¡Temores!... Tal vez deba estar muy contenta; pero no me atrevo á dar crédito á mis sospechas, hijas sin duda de mi deseo...

—Pero...

—Angel, tu padre, el que parece mio segun me ama, acaba de participarme su resolucion de... darme un esposo...

—¡Ah!—exclamó el doncel como si le hubiesen desgarrado el alma.—¡Quieren robarme mi única felicidad!...

—No te atormentes sin motivo,—dijo Consuelo con dulcísima voz y acento cariñoso:—aun no sé quién es el esposo que me

destinan, y casi puedo decir que lo dejan á mi eleccion... «Mira, me ha dicho tu padre, mira en torno tuyo y díme si encuentras algun hombre digno de poseer tu corazon...»

—¿Y qué le respondistes?

—Intenté averiguar sus intenciones; pero fué en vano.

—¡Oh!... La eleccion debe estar hecha...

—¿Y por qué no has de ser tú? Yo soy pobre, es verdad; de oscuro linaje... pero tu padre me ama, habrá comprendido que solo contigo puedo ser feliz...

—No, no...

—¿Quién, entonces, hay cerca de mí que pueda ser mi esposo?

—Consuelo,—replicó vivamente Angel,—ya sabes que nuestro amor...

—No puede estinguirse.

—Es nuestra vida...

—Sí, sí...

—¿Tendrás valor para decírselo así á mi padre?

—Sí.

—¿Tendrás valor para resistir si quieren entregarte á otro hombre?

—Desobedecer á quien tanto debo...

—¿No está tu amor sobre todo?

—Sí, pero...

—¿No te atreves á luchar?—repuso el mancebo, cuya mirada ardiente no se apartaba un instante del pálido rostro de Consuelo.

Esta vaciló algunos segundos; pero al fin, con el acento de una firme resolucion, dijo:

—Sí, todo por nuestro amor, todo por tí, todo...

—¡Ah!...

—Lucharé sin que nada me acobarde, sin que nada venza mi constancia; lucharé á todas horas y contra todo y no cederé aunque tenga que salir de esta casa bajo el peso de una acusacion horrible, la acusacion de ingrata...

—Dios y el mundo te harán justicia, y... yo te amaré como nunca...

—Angel...

—Gracias, Consuelo; me devuelves la vida... Yo tambien lucharé aun contra el enojo y la autoridad de mi padre... ¡hasta con los ruegos y las lágrimas de mi desgraciada madre!

—Tu buena madre nos protegerá.

—Si puede...

—Conoce nuestro amor y lo aprueba.

—Consúltale, Consuelo; tal vez acierte á comprender el significado de las misteriosas palabras de mi padre... ¡Oh!... No estoy tranquilo...

—Voy á verla...

—Sí, y entre tanto, acudiré yo al que me saca de todos mis apuros, al buen Fígaro, que tanto me ama. Por de pronto, no tengo por buena señal la reserva de mi padre: nada me ha dicho...

—Habrá querido antes conocer mis deseos, convencerse de que te amo.

—¿Y por qué no te lo ha preguntado francamente?

—Yo tambien abrigo temores; pero ¿cómo se comprende que quiera hacerme desgraciada cuando constantemente se ha desvelado por mi felicidad?

—¡Siempre misterios!...

—Cálmate; esperemos...

—Adios, Consuelo: iré á verte despues de hablar con Fígaro.

Estrecháronse las manos con toda la efusion de su tierno cariño, y se despidieron con una mirada que espresó lo que no hubiera podido decir la lengua.

Consuelo entró en las habitaciones de Rosa.

Angel, sin perder un momento, se fué en busca de Fígaro.

CAPÍTULO VII.

Precauciones de Begearss.

Aunque Fígaro, porque habia escuchado algunas conversaciones del conde con Begearss, sabia que este era el esposo elegido para Consuelo, á nadie lo habia dicho, temeroso de que desbaratasen sus planes con alguna indiscrecion involuntaria en cualquier momento de arrebato.

Firme en su propósito ocultó tambien el secreto al doncel cuando fué á consultarle, y se contentó con aconsejarle prudencia y calma, recomendándole muy especialmente que no diese crédito á nada de lo que viese y oyese, pues se intrigaba con mucho disimulo y habilidad y todo era mentira.

—Pero si mi padre,—replicó el doncel,—ordena á Consuelo que me olvide y se case con otro, habré de creer en ello, mal que me pese, porque en eso no puede haber ficcion.

—Tambien,—dijo el barbero.

—Fígaro, cualquiera diria que te burlas de mí.

—En cambio yo digo que estais loco.

—Pero ¿qué he de hacer cuando llegue ese caso?

—Nada mas que oir, ver y callar. Yo trabajo por vos y os prometo que si no os casais con doña Consuelo, tampoco la obligará el conde á casarse con otro.

—¡Mas misterios!...

—Si todo estuviera claro, nada tendríamos que cavilar y muy poco que hacer.

—Fígaro, esa reserva me ofende...

—Y á mí vuestra desconfianza. Dejadme tranquilo. El enredo toca á su fin, y antes de una semana vereis el desenlace.

Angel no pudo conseguir mas esplicaciones.

Lo mismo sucedió á Consuelo.

La condesa, que por Begearss conocia el secreto del nacimiento de la jóven, no creyó que el irlandés fuese el hombre designado, porque, si bien lo tenia en el mejor concepto, comprendia que era imposible que interesase el corazon de ninguna mujer. Así debia comprenderlo tambien el conde; Consuelo era su hija, y un padre no sacrifica fácilmente la felicidad de un hijo.

Rosa no hizo, pues, mas que prometer su ayuda á Consuelo y aconsejarle prudencia y que tuviese valor y resignacion si llegaban dias de prueba y sufrimientos.

Entre tanto Begearss andaba muy caviloso.

La aparicion de su esposa le habia puesto en gran cuidado, haciéndole temer que se desbaratasen sus planes y se perdiese el productivo negocio de su casamiento.

—¿Observaria Fígaro aquella mirada tan significativa y mi turbacion?—se preguntó.—Mucho lo temo; ese hombre es el enemigo mas temible, vale tanto como yo, quizás mas; es el único á quien no he podido engañar. Preciso es poner remedio sin

perder un solo dia. Lo primero que he de hacer es averiguar dónde se oculta esa mujer, de quien debí deshacerme sin escrúpulos, y saber si el maldito barbero se apercibió de lo sucedido y se ha puesto en relaciones con ella, lo cual es muy fácil. Desde ahora espiaré á Fígaro, siguiéndolo á todas partes, y cuando ella se me presente, que no tardará, haré lo demas que me conviene. Debo acabar de una vez: he cometido una necedad en ser generoso. Siempre he profesado el principio de que cuando una cosa estorba debe quitarse de en medio, de manera que no pueda volver á estorbar. Con mi mujer he faltado á ese principio, y ya estoy sufriendo las consecuencias.

Begearss encendió su pipa, se recostó en un sillon, y mientras contemplaba distraidamente las bocanadas de humo que se elevaban y deshacian, forjaba nuevos y horribles planes.

El barbero creia haber encontrado un arma terrible para acabar de un solo golpe con el infame irlandés; pero este, que era tan astuto como aquel y que encontraba buenos todos los medios con tal de llegar al fin deseado, estaba decidido, no á parar el terrible golpe, sino á inutilizar el brazo que habia de asestarlo.

La defensa hubiera sido la lucha, y aceptar esta con todos sus azares era esponerse á ser vencido.

—¿Por qué,—decia Begearss,—he de arriesgar el éxito, teniéndolo seguro por medios fáciles de poner en ejecucion? Supongamos que Fígaro está en relaciones con mi mujer. Acabar con esta solamente no es hacer nada, porque él quedará para decir que soy casado. ¡Oh!... Preciso es acabar con los dos, y aun antes con él, que es de ambos el mas peligroso.

El antiguo capitan se ocupó en seguida de los detalles, combinando su plan con tan admirable órden, que era casi imposible no diese el mejor resultado.

La sentencia de Fígaro y María Montalvo estaba pronunciada.

Faltaba solamente hacer que Angel y Consuelo renunciasen á su union, y que el conde, provocado por su esposa, rompiese el silencio.

Ambas cosas eran las mas fáciles de conseguir.

Para la primera tenia Begearss un medio seguro, infalible.

En cuanto á la segunda, el fuego estaba puesto á la leña, y un soplo bastaba para producir la combustion.

Las negras pupilas del irlandés se dilataron y relumbraron como las de una pantera.

Acabó de fumar, dejó la pipa y salió de su casa, situada en la calle de Preciados, encaminándose á la del conde.

Atravesó la plazuela de Santo Domingo, entró en la calle Ancha de San Bernardo, y pocos pasos antes de llegar á la de la Justa, se detuvo, fijó su penetrante mirada y murmuró:

—Es él.

El barbero acababa de salir de casa del señor conde y atravesaba la calle como para tomar la de la Flor alta.

—Empiezo desde ahora,—añadió Begearss.

Y adelantándose, ocultóse tras una de las esquinas de la calle de la Justa, diciendo:

—Si va hácia la plazuela de Santo Domingo, me meteré en la travesía de Altamira y lo dejaré pasar, siguiéndolo despues, y si, como parece, entra en la calle de la Flor, vendrá á salir á esta y con volverme quedaré detrás de él y á regular distancia.

El segundo plan fué el que tuvo que poner en ejecucion el irlandés, porque Fígaro iba á ver á María Montalvo, segun le habia prometido.

Sin separarse de la pared que tenia á su izquierda, Begearss anduvo hasta llegar al recodo que forma la calle frente á la del

Perro, y parándose allí, inclinóse, miró y vió al barbero, que en aquel instante entraba en un portal.

—Bien,—dijo.

Y se adelantó hasta la puerta de la casa donde habia entrado Fígaro.

Los pasos de este sonaban en la estrecha escalera.

Begearss pudo fácilmente conocer que Fígaro subió hasta el último piso, y entonces él subió tambien algunos escalones, oyó llamar á una puerta y abrirse esta á los pocos instantes.

El demonio se habia declarado decididamente protector del irlandés.

Sus ojos relumbraron.

Meditó algunos instantes.

Luego subió sin hacer el mas leve ruido.

Llegó á la puerta de la buhardilla, detúvose, inclinóse, miró por el agujero de la cerradura y escuchó.

Su corazon latia con violencia y á impulso de la emocion de diabólica alegría de que estaba poseido.

La sonrisa de Satanás cuando hace la conquista de un alma hubiera podido compararse á la del irlandés.

Ya no dudaba de su triunfo.

Acababa de oir decir al barbero, además de otras cosas muy interesantes, lo siguiente:

—Todas las noches vendré.

Begearss no creyó prudente permanecer allí mas tiempo: su enemigo podia salir repentinamente y sorprenderle.

Con el mismo silencio volvió á bajar y apresuradamente se dirigió á casa del conde.

Quizás por primera vez en su vida se alteró su frio rostro: tal era el júbilo de que estaba poseido.

La suerte lo favorecia mas de lo que esperaba, mas aun de lo que habia deseado.

Conocia, en su parte mas importante, el plan de Fígaro y tenia tiempo sobrado para anticiparse á dar el golpe, puesto que el barbero nada podria hacer en algunos dias.

—Hasta la noche,—dijo,—no podré ocuparme del barbero ni mi mujer, porque antes no puedo ver á los que han de ayudarme. Hoy tampoco debo hablar á Consuelo, es preciso que esté mas preparada; pero como no he de perder el dia, concluiré con la parte que toca á la condesa.

Esta se encontraba en su gabinete sentada cerca de la chimenea, triste y pensativa como de costumbre, quizás mas triste porque temia que el anunciado casamiento de Consuelo fuese motivo de nuevas desgracias para Angel.

Han trascurrido diez y ocho años desde que dejamos á Rosa, y en este tiempo habia perdido bastante de su antigua belleza, no precisamente por efecto de la edad, sino de los sufrimientos, que iban acabando con su existencia como la corriente que lame y destruye lentamente los cimientos de un muro.

Habia enflaquecido, su rostro estaba pálido constantemente, y sus negros ojos, que eran mucho tiempo hacia manantiales de lágrimas, habian perdido el brillo y la espresion arrebatadora que completaban su antigua belleza.

Cerca de diez y nueve años habian pasado desde que en un momento de locura olvidó sus deberes, y el recuerdo de su falta estaba tan vivo como el primer dia, la conciencia no se habia cansado de atormentarla.

Puede asegurarse que la vida de la condesa se conservaba en fuerza de su deseo de cuidar á su hijo.

Begearss entró, saludándola con su acostumbrada dulzura.

—Sentaos, mi buen amigo,—le dijo Rosa:—deseaba veros y habeis venido en ocasion la mas oportuna.

—¿Puedo serviros en algo?—preguntó el irlandés, sentándose frente á la condesa.

—Creo que sí...

—Estais agitada...

—No es estraño: mis dolores los sufro con resignacion; pero cuando veo sufrir á mi hijo...

—¿Pues qué sucede?—interrumpió Begearss con fingida sorpresa.

—¿Acaso lo ignorais?

—Sé que el señor conde lo trata con desvío, y aunque eso es doloroso, no es nuevo.

—Á otra desgracia me refiero.

—No adivino...

—Me ha dicho Consuelo que delante de vos...

—Hoy no he visto á vuestro hijo, y por consiguiente...

—Se trata, amigo mio, del casamiento de esa pobre niña...

—¡Ah!... Es cierto, señora; su padre quiere ponerla á cubierto de las eventualidades de la vida y ha determinado casarla.

—Pero ¿con quién? En eso consiste la felicidad ó la desgracia de mi hijo.

—Señora condesa,—repuso con calma Begearss,—no habeis meditado bien sobre el caso. Muchas veces os he dado un consejo...

—No lo he olvidado.

—Pero tampoco lo habeis seguido.

—¡Se aman tanto esas infelices criaturas!...

—Pues eso precisamente es lo que debiérais haber evitado que llegara á suceder.

—Imposible, señor Begearss.

—¿Os parece mas fácil conseguir que el señor conde apruebe el casamiento de vuestros hijos?

—¡Oh!...

—Señora, vuestro esposo cree que Angel y Consuelo son hermanos.

—¡Dios mio!

—Bien lo sabeis...

—Sí, sí...

—Y para sacar de su error al señor conde, seria preciso decirle que vuestro hijo no es suyo.

—No, jamás,—replicó la condesa con espanto.—Ese horrible secreto...

—Debe morir con vos, á menos que una casualidad no ponga ciertos papeles en manos del señor conde...

—¿Qué decís?

—Lo que puede suceder,—dijo friamente Begearss.

—Hoy estais terrible.

—Prudente.

—No me anunciais mas que males...

—Quiero evitarlos.

—¿Cómo? Vuestro consejo es prudente...

—No es la primera vez que os lo doy, señora: cien veces os he dicho que quemeis esos papeles...

—¡Quemarlos!—murmuró tristemente Rosa.—¡El único recuerdo!...

—De vuestra desgracia.

—¡Ah!... Me faltaria el valor...

—Señora, vuestro esposo duda, sospecha....

—Lo sé.

—Pero ignorais que hace algunos dias...

—Está mas taciturno, ya lo he advertido.

—¿Y sabeis tambien,—repuso Begearss, mirando á su alrededor como para convencerse de que nadie lo escuchaba,—sabeis lo que me ha dicho tres ó cuatro veces?

—¿Qué?—preguntó afanosamente la condesa.

—Me ha dicho,—repuso el irlandés, bajando la voz,—«Mi querido amigo, estoy muy cerca de aclarar una duda que me atormenta, y muy pronto seré el mas feliz ó el mas desgraciado de los hombres.»

Rosa abrió estremadamente los ojos y fijó en Begearss una mirada de terror.

—De manera,—prosiguió con calma el irlandés,—que hoy, en nombre de la felicidad de vuestro hijo, de vuestra honra, y con la autoridad de amigo fiel, he venido resuelto á no salir de aquí sin que esos papeles hayan quedado reducidos á ceniza. Ya no es un consejo lo que os doy, es que os hago una severa intimacion, y vos me escucharéis porque no se trata solo de vos, sino de otras dos personas, que bien merecen un sacrificio vuestro.

Rosa no pudo responder: ocultó el rostro entre las manos y quedó inmóvil.

—¿Los guardais,—añadió Begearss,—como recuerdo de vuestra desgracia, que os atormente y os sirva de castigo?

—Sí...

—Para eso basta vuestra conciencia.

—¿Y ningun respeto merece la memoria del desgraciado que murió por mí?

—Rendidle culto en vuestro corazon y dareis mayor prueba de respeto.

—¡Ah!—exclamó Rosa, oprimiéndose el pecho.—No... no

puedo... En uno de esos papeles están las últimas gotas de sangre de aquel infeliz y sus primeras lágrimas...

—Lágrimas y sangre,—replicó severamente Begearss,—que perderán á vuestro hijo y harán pública vuestra debilidad y la deshonra de vuestro esposo; lágrimas que harán verter otras muchas á séres inocentes; sangre que puede ser causa de que se derrame otra mas querida para vós.

—¡Dios mio!...

—Señora, quemad esos papeles, os lo aconseja la prudencia, os lo manda el deber.

El sacrificio que á Rosa se le pedia era muy doloroso, y como su razon estaba de acuerdo con la opinion de Begearss, luchaba la infeliz, aumentando su tormento.

—Mañana,—prosiguió el irlandés,—quizás será tarde, y entonces os acusareis de esta debilidad como de la otra, os acusareis de no haber sacrificado vuestros sentimientos de mujer á los de esposa y madre, y una tristísima esperiencia os ha enseñado lo que es arrepentirse de lo que no tiene remedio.

—Callad... ¡Oh!... Callad...

—No,—replicó Begearss con firmeza,—no callaré, repetiré lo que os he dicho, porque la amistad me lo ordena así, la amistad, que es un título vano si no se cumplen sus austeros deberes.

La condesa elevó al cielo una mirada de profundo dolor, y con voz ahogada dijo:

—Me desgarrais el alma... ¡Oh!... Sois mi mejor amigo, un hermano, un padre y debo obedeceros; pero me falta el valor...

—No lo necesitais,—repuso el irlandés, levantándose y saliendo del gabinete.

Y pocos momentos despues volvió con la preciosa caja que ya conocemos y la puso sobre la chimenea.

—Yo,—añadió,—quemaré estos peligrosos testimonios... No es menester que los toqueis siquiera...

—¡Dios mio!...

—Valor, señora,—dijo Begearss, abriendo la caja y sacando los papeles.

—¡Ah!—exclamó Rosa, estendiendo los brazos con suplicante ademan.—Dejadme que los lea otra vez...

—No...

—Siquiera su carta...

—No...

—Su adios postrero, el adios escrito con sangre y regado con lágrimas... Esa noble sangre que me da ejemplo del valor que tanto necesito ahora...

—Señora, ofreced al cielo el sacrificio por completo, heróico, voluntariamente, exento de las debilidades humanas... ¡En nombre de vuestro hijo!—exclamó el irlandés con acento solemne.

Y arrojó los papeles al fuego.

Rosa exhaló un grito.

Su cabeza cayó pesadamente sobre el respaldo del sillon y quedó inmóvil, con la mirada fija en las oscilantes llamas como si con los papeles consumiesen su vida.

El infame irlandés iba llevando á cabo su plan felizmente.

La condesa deberia quedar tranquila en cuanto á que pudiera descubrirse ni menos probarse su falta, y esta seguridad le infundiria valor para luchar con el conde en defensa de su hijo.

Pasó largo rato sin que la desdichada madre diese mas señales de vida que su agitada respiracion, desigual y trabajosa, y sus lágrimas, que silenciosamente corrian por su pálido y desfigurado rostro.

Begearss callaba como respetando aquel justo dolor para el

que no habia mas templanza que la del tiempo ni mas desahogo que el llanto y los suspiros.

—Señora,—dijo al fin, poniéndose de pié,—reflexionad, pensad en vuestro hijo, que tan bien ha sabido justificar su nombre, y sosegaos.

—¿Me dejais?

—Voy á ver al señor conde; le habrán dicho que estoy aquí, y no quiero que le llame la atencion mi tardanza.

—Adios,—respondió Rosa, alargando su temblorosa diestra al falso amigo,—mi gratitud no tiene límites...

—He cumplido con mi deber... ¡Si me fuera posible tambien haceros feliz, borrando lo pasado!...

La condesa exhaló un suspiro.

Begearss salió.

CAPÍTULO VIII.

Sigue Begearss haciendo preparativos.

Á las nueve de la noche bajaba el irlandés la calle de Leganitos.

Iba embozado hasta los ojos, mas que para resguardarse del frio, para ocultarse á cualquier mirada curiosa.

Cuando llegó á la primera esquina de la calle del Rio, se detuvo junto á una puerta por donde salia el rojizo resplandor de una luz y un desagradable olor de aceite quemado que se percibia á buena distancia.

Para asegurarse de que nadie lo observaba, miró Begearss á su alrededor, luego al aposento de donde salia la luz y que no era sino una sucia buñolería, y dijo para sí:

—La calle está desierta. Allí me parece que está Anton; no come ni bebe, lo cual prueba que no tiene dinero... Ninguna ocasion como esta.

Y entró, atravesando la primera pieza, donde se hacian los

buñuelos por una mujer obesa que tomaba la masa y la echaba en la sarten, y un hombre flaco que con una varita de hierro perfeccionaba la obra.

Las paredes, de un color amarillento sucio, presentaban el color rojo subido que les daba el fuego de la hornilla, alimentado con astillas de pino.

En un vasar de madera de indefinible color, habia tres ó cuatro frascos de vidrio verdoso, que debian contener aguardiente, algunos vasos de la misma materia, un jarro de cobre y algunos platos de estaño.

Comian buñuelos, bebian aguardiente, hablaban y reian como quien es enteramente feliz, tres hombres y dos mujeres jóvenes, pero asquerosas porque llevaban en el rostro el sello de todos los vicios, de la última degradacion moral, sentados en banquillos de madera delante de una mesa estrecha y larga.

Begearss pasó, cuidando de recatar el rostro, pero no sin que su sombrero de tres picos dejase de llamar la atencion de aquella gente, y entrando en la habitacion inmediata, se sentó delante de una mesa pequeña donde un hombre de muy mal aspecto tenia los brazos apoyados.

—¿Anton?—dijo el irlandés, descubriéndose parte del rostro.

—¡Ah!... Bien venido,—respondió el interpelado.

Y varió de postura.

—¿Qué haces?—repuso Begearss.

—Ya lo veis, nada.

—Pues el olor de los buñuelos convida.

—Pero el señor Pedro me despide porque le debo tres duros, y no quiere fiarme un real mas.

—Creí que tenias mas crédito en esta casa.

—Siempre lo he tenido; pero las cosas están peor cada dia,

y como hace tiempo que no cae ningun negocio, no quiere el señor Pedro abrir mucho la mano, porque teme perder lo que dé. Si seguimos así, no sé á dónde iremos á parar; podeis creerme, no hay medio de buscarse la vida.

—No hay que desanimarse, Anton. Pide buñuelos y aguardiente cuanto quieras, y escúchame.

—¿Vais á darme que hacer?

—Sí, veremos si es verdad que tienes tantas ganas de hacer algo ó vales para hacerlo.

Anton sonrió con el aire de satisfaccion del que está convencido de lo mucho que vale.

—Ya sabeis,—dijo,—que lo que yo no haga no lo hace otro, porque me sobra corazon y...

—Basta con eso; pero creo que necesitarás la ayuda de algun compañero tan valiente como tú.

—No faltará.

Anton pidió buñuelos y aguardiente, que le sirvió el señor Pedro á pesar de los tres duros de deuda, porque comprendió que pagaria el del sombrero de tres picos y bucles empolvados.

—Me vuelvo todo oidos,—dijo el asesino, empezando á comer.

—Se trata de un hombre que tiene tanto valor ó mas que tú.

—Mejor, porque será mas descuidado.

—Es tan sereno como yo...

—Malo...

—Tiene un brazo de hierro y una destreza sin igual...

—En no dejándole hacer uso de ella...

—Está acostumbrado á verse en lances muy sérios, y muchas veces ha dado que hacer á tres ó cuatro hombres de tanto corazon como tú.

—¡Oh!...

—¿Te conviene el negocio?

—¿Qué hay que hacer?

—Ese hombre va todas las noches á una casa, entra en el portal, alumbrado por un farolillo, sube la escalera, que está á oscuras, y llega á la buhardilla.

—¿Se le deja subir?

—Sí, para convencerse de que es él y no otro; pero no debe bajar.

—Uno arriba que espere, y otro abajo que lo siga...

—Perfectamente.

—¿Dónde está la casa?

—Te lo diré si nos arreglamos.

—Lo haré por lo que ninguno lo haria, porque ya os he dicho que me hace falta dinero.

—¿Cuánto vale el negocio?

—Dos onzas, que es lo mismo que decir que trabajo de balde y por ganas de serviros.

—Es caro.

—Tengo que pagar al compañero.

—Bien,—dijo Begearss,—quiero ser generoso.

—Y como es costumbre...

—Lo sé, mitad ahora y la otra mitad despues...

—Y pagar el gasto que he hecho.

—¿Tambien?

—Eso no es menester advertirlo, es un obsequio...

—Toma,—repuso el irlandés, poniendo sobre la mesa una onza de oro y un duro.

Anton guardó las monedas.

—Señas de la casa,—dijo.

—Calle de la Justa, frente á la de la Flor...

—Sé cuál es...

—No tiene mas que el piso bajo, el principal con un balcon y la buhardilla.

—Basta.

—¿Necesitas mas?

—La hora...

—Desde el anochecer no la tiene fija el que habeis de esperar.

—Entonces, quizás esta noche...

—Ya es tarde: ha entrado y salido antes de venir yo aquí.

Pocas palabras mas hablaron.

Begearss salió, cuidando como antes de ocultar la cara con el embozo.

Anton se inclinó sobre la mesa, miró á uno de los que estaban con las dos mujeres en la otra habitacion, y gritó:

—Lagarto.

El de mas estatura, moreno rostro, de abultadas faeciones y desfigurado por una larga cicatriz que tenia en la mejilla izquierda, se levantó y acercándose á Anton, le dijo:

—¿Qué quieres? Ya he visto el pájaro que te ha pagado la cena...

—¿Tienes mucho que hacer?

—Lo que caiga.

—Te ganarás media onza.

—No viene mal... ¿Qué ha de hacerse?

—Poca cosa: no vale la pena...

—Bien, pero bueno es saberlo antes de ajustar.

—Esperar tú en una escalera oscura y yo en la calle, y cuando suba un hombre, subir yo tras él y sin darle las buenas noches...

—Entiendo.

—Ya ves que no hay que tomarse otro trabajo que el de esperar con cachaza...

—Y el de huir.

—Eso depende de nuestros piés.

—Y del otro el gritar y que salgan los vecinos, y de la casualidad el que pase gente ó una ronda por la calle...

—Lagarto, nunca has tenido miedo.

—Ni ahora tampoco; pero no me gusta hacer el primo, y quiero que sepas que conozco el terreno y sé que no es poco menos que nada lo que he de hacer.

—Esto, camarada, no es ninguna obra maestra, es un chapuz...

—Que puede concluir en la horca.

—¿Pues dónde esperas acabar tus dias?

—Lo sé, pero...

—Entonces, tanto da un poco antes como un poco despues.

—¿Y por qué no vas solo si es cosa tan fácil?

—Porque eres buen amigo, ya sabes que siempre te doy parte...

—Gracias, Anton; pero no me conviene el negocio.

—Lo he ajustado en una onza...

—Ya sabes que no me chupo el dedo...

—Cómo estas son cruces de Dios,—replicó Anton, cruzando las manos y besándolas.—Que cuarto me vuelva si me dan un cuarto mas.

Lagarto soltó una carcajada burlona y dijo:

—¿Me pagas á maravedí cada juramento falso? Empiezo á contar...

—Acabemos.

—Sí, que en otra parte hago falta.

—¿Cuánto quieres?

—Una onza...

—Adios, Lagarto: no hablemos mas,—dijo resueltamente Anton.—Estás loco...

—Ofrece...

—¿Quieres que te lo diga de una vez?

—Sí.

—Diez duros...

—¿Ha de hacerse hoy?

—Mañana ó pasado...

—Vengan esos cinco...

Estrecháronse la diestra, convinieron en la hora, en el sitio, en la forma del pago y se separaron, volviéndose Lagarto con los que antes estaba, y llamando Anton al buñolero para ajustar cuentas y quedar en paz.

Fígaro estaba sentenciado á morir á manos de aquellos asesinos, sin que le sirviese de nada su valor, su serenidad ni su destreza, porque el golpe era inevitable.

Aunque por distintos medios, la misma suerte esperaba á la infeliz María Montalvo, y en cuanto al hermoso Raimundo, no sabemos lo que determinaria su padre.

Tales eran las precauciones de Begearss, y tal esposo preparaba el conde á su hija.

CAPÍTULO IX.

De cómo el conde empezó á poner en ejecucion su plan.

Al dia siguiente, apenas se vistió el conde, hizo llamar á Angel.

Este obedeció, entrando sin detenerse en las habitaciones de su padre, aunque temeroso de algun mal suceso, porque solo para reprenderle acostumbraba Almaviva á llamar á su hijo.

Ni la voluntad, ni el orgullo, ni los consejos de Begearss habian conseguido tranquilizar al conde, avenirlo con la conveniencia de callar el horrible secreto y renunciar al castigo que, como justa reparacion, pedia el reconcentrado enojo de sus atormentadores celos y su mànchada honra. Si habia de llevar á cabo su proyecto de no descubrir lo que sabia ni sentia, debíale costar gran trabajo, supremos y dolorosísimos esfuerzos que no en todas ocasiones pueden hacerse.

Su rostro estaba pálido, contraido y tenia todas las señales del penoso insomnio de la noche anterior.

La lucha que el desdichado esposo habia sostenido y debia sostener era desgarradora.

Habíase convencido de que le seria muy difícil, ya que no imposible, disimular, siendo, por consiguiente, mas acertado apresurar la ejecucion de sus planes haciendo partir inmediatamente al hijo de la condesa, casando á su hija y alejándose él para siempre de aquella casa.

Lejos estaba Angel de sospechar la nueva desgracia que le amenazaba, la peor de todas para él, porque como ya hemos dicho, contrariar su amor era herirlo de muerte.

Cuando entró en el gabinete del conde, el semblante del mancebo revelaba el temor y la duda; pero no el dolor que debia sentir cuando conociese su verdadera situacion.

El conde lo recibió con mas frialdad que nunca, sin dirigirle una sola mirada, sin responder al cariñoso saludo del infeliz jóven, cuyo dolor no tenia igual.

Hubo algunos momentos de silencio embarazoso para ambos.

Almaviva no podia dominar la repugnancia que, rayando en odio, sentia al ver al mancebo, vivo testimonio de su deshonra, aunque inocente víctima espiatoria de ajenas culpas y digno de mejor suerte.

—Preparaos,—dijo al fin el conde mientras hojeaba algunos papeles para disimular su turbacion,—preparaos para emprender vuestro viaje.

—¡Mi viaje!—murmuró sorprendido el doncel, que ninguna noticia tenia de semejante determinacion.

—Sí.

—Ignoro...

—¿Pues no estoy diciéndoos que debeis partir?

—Padre mio...

—¿Necesitais mas esplicaciones?—replicó ásperamente Almaviva.—Ireis á Francia, luego á... Inglaterra... Es preciso que completeis vuestra descuidada educacion.

Angel palideció cadavéricamente y todos sus miembros temblaban como si tuviese una convulsion.

No acertó á responder y permaneció inmóvil, con la mirada fija en el que tenia por su padre, como el reo en el juez que debe pronunciar su sentencia.

—Nada mas tengo que deciros,—añadió el conde, que tan atormentado como Angel, deseaba terminar aquella enojosa entrevista.

—Bien, señor,—dijo el hermoso mancebo,—me prepararé; pero... como no sé cuándo he de partir...

—Muy pronto... dentro de pocos dias...

—¡Pocos dias!—repitió Angel, dejando caer la cabeza sobre el pecho.

—Sí, tres ó cuatro... pasado mañana...

—¡Oh!...

—Mañana tal vez.

—¡Mañana!

—Estais perdiendo un tiempo precioso...

—Pero tan pronto... es imposible...

—¡Imposible cuando yo lo mando!...

—Padre mio...

—Basta...

—Perdonadme si os he ofendido involuntariamente, y creed que el separarme de vos es uno de los motivos de mi pesar...

—Es preciso,—interrumpió el conde,—que tengais mas... valor...

—Pero no menos cariño para mis padres,—repuso el doncel.

—Bien, dejadme ahora...

—Si me permitiéseis besar... siquiera vuestra mano...

Almaviva se estremeció convulsivamente y tuvo que hacer un supremo esfuerzo para ahogar un grito de horror.

—Esas demostraciones de ternura,—dijo,—cuadran bien á las mujeres. Vuestra madre os ha dado una educacion inconveniente á vuestro sexo, y ese es uno de los motivos que tengo para haceros viajar, porque separada de ella aprendereis á ser hombre en todo.

Angel no pudo contestar.

El dolor y el coraje lo ahogaban.

Á la vez que sus ojos se humedecieron con dos lágrimas, dejaron escapar dos centellas de la mas reconcentrada ira.

Habia recibido una herida en el alma.

Sin pronunciar una palabra mas salió del gabinete, apretando los puños y corriendo con el aturdimiento de su desesperacion.

Instintivamente se dirigió hácia las habitaciones de su madre; pero antes de llegar se detuvo porque encontró al irlandés, que mirándolo con fingida sorpresa, le dijo:

—¿Qué os sucede?

—¡Oh!—exclamó Angel.—Estoy loco, no sé si por el dolor ó por el coraje...

—¿Habeis visto al señor conde?

—¿Quién sino mi padre pudiera haberme puesto así?... Sois su mejor amigo, para vos no tiene secretos... ¡Ah!... Decidme por qué me trata tan injustamente: su frialdad empieza á convertirse en dureza... ¿En qué he podido ofenderle?

—Pero ¿qué os ha dicho?

—No contento con su rigor, quiere alejarme de su lado, separarme de mi madre...

—¡Ah!—exclamó con su calma el irlandés.—Sin duda os ha hablado de vuestro viaje...

—¿Acaso sabíais?...

—Hace mucho tiempo que debiérais haber salido de Madrid; pero como sé que no habíais de ir contento, he empleado toda mi influencia para que dilatase vuestro padre el dia de vuestra partida, ya que no pude hacerle desistir de su idea.

—¡Mucho tiempo hace!...

—Sí, y en honor de la verdad, el señor conde tiene razones poderosas para obrar así.

Angel, mas sorprendido que nunca, fijó en Begearss una mirada de estrañeza.

—Yo estoy seguro,—prosiguió el irlandés,—que vuestra madre no es de la misma opinion, y para evitarle un sério disgusto que tal vez quebrantaria mas de lo que está su salud, me teneis dispuesto á emprender de nuevo la lucha con vuestro padre, y casi estoy seguro de convencerlo...

—¡Ah!...

—Me he reservado para el último apuro cierto resorte...

—Señor Begearss, os deberé mas que la vida si conseguís que mi padre revoque la terrible órden...

—Nada me debereis...

—¡Cuán bueno sois!...

—Lo hago por vuestra madre, que no es feliz, y así cumplo una obligacion que me impone la amistad.

—Mi gratitud...

—Estaré sobradamente pagado con la satisfaccion de ver que sois un hijo obediente.

—¿Dudais?...

—El tiempo me lo probará.

—Pero...

—Permitidme que os deje: no seais ambicioso: contentaos por ahora con lo que os he dicho...

—Adios, mi mejor amigo...

—Adios.

Begearss salió.

Angel empezó á reflexionar sobre todo lo sucedido, y acabó por dudar mas que antes de escuchar las esplicaciones del irlandés.

El mancebo pensó entonces consultar á Fígaro antes de participar á su madre lo que sucedia.

Con tal intento y algo mas tranquilo, aunque no sin sufrir menos, fuése en busca del barbero, á quien encontró sentado y entretenido en mover de un lado para otro las ascuas de un brasero que tenia delante.

Lo mismo que Begearss, Fígaro conoció en el rostro del mancebo que este se encontraba en el mas lastimoso estado de dolorosa exaltacion.

—Mi buen Fígaro,—dijo Angel, dejándose caer en una silla,—hoy no me iré como ayer sin mas esplicaciones que palabras vagas que aumentan mis dudas; no me moveré de aquí, mi amigo, sin que me contesteis...

—Preguntad,—interrumpió el barbero,—que yo os responderé como siempre, pues nunca he dejado de hacerlo.

—Pero ha de ser clara y terminantemente...

—Venís de mal humor, no podeis negarlo, y lo siento, porque de seguro me hareis perder un tiempo precioso.

—Hoy tengo razon para estar desesperado: mi padre...

—Como siempre, os habrá recibido mal...

—¡Si solo fuera eso!...

—Os habrá dicho algo que os haga sospechar...

—¡Sospechas!... ¡Ojalá!...

—¿Acabareis de esplicaros?

—Fígaro, mi padre ha determinado hacerme viajar...

—¡Ah!—exclamó el barbero.—Creí que se trataba de otra cosa... Eso ya es antiguo...

—¿Tú tambien lo sabias?

—Sí.

—No me ha engañado Begearss.

—¿Le habeis consultado?... Bien; sois incorregible y acabareis, no solo por perderos, sino por comprometerme.

—¡Fígaro!

—Lo dicho, os perdereis. No puedo convenceros de que ese hombre es malo, muy malo.

—¡Oh!—exclamó Angel, apretando los puños con ira.—¿Qué he de hacer? Estoy rodeado de misterios, te pido esplicaciones y callas; acudo á mi madre y su respuesta es el llanto... ¡Vive el cielo!... No lo estrañes, Fígaro; en mi desesperacion recurro á cualquiera, dispuesto á darle mi vida porque aclare mis dudas.

—Eso consiste,—repuso el barbero con aparente calma y sin dejar de menear los carbones,—eso consiste en que no teneis fé en mis palabras, y prueba que obro con mucho acierto en ser reservado.

—Injusto debieras decir...

—Acusadme, nada me importa.

—Fígaro...

—¿Os ha sacado de dudas el señor Begearss?

—No; pero á pesar de ser tan malo me ha prometido hablar á mi padre y...

—¿Conseguirá que se suspenda vuestro viaje?

—Así lo espera.

—¿Y á qué precio?—preguntó Fígaro, sonriendo maliciosamente.

Angel fijó en el barbero una mirada de estrañeza.

—No te comprendo,—respondió.

—Quiero decir, que en cambio de qué os ha hecho esa promesa; sin duda en cambio de otra...

—En esta ocasion,—replicó el doncel,—la malicia te ha hecho cometer una injusticia. ¿Sabes lo que me dijo Begearss cuando le hablé de mi gratitud?

—Repetid sus palabras para confundirme,—repuso el barbero.

—Pues bien, me dijo: «Me consideraré sobradamente pagado con la satisfaccion de que seais un hijo obediente.»

Fígaro desplegó otra sonrisa burlona.

—Efectivamente,—dijo,—sed en todo, absolutamente en todo obediente á vuestro padre, pero con una obediencia ciega, como la de una máquina, y el señor Begearss quedará pagado tan sobradamente, que tendrá mucho que agradeceros. Pero afortunadamente yo represento un papel en la comedia, y no saldrá todo á gusto de ese miserable. ¡Oh! No se le puede negar mucho talento, pero no tanto que baste para engañarme.

Angel miraba á Fígaro sin acertar á comprender lo que oia.

—¿No me entendeis?—añadió el barbero.—Mejor, así tendreis un disgusto menos y yo una seguridad mas de que obraré libremente.

—Fígaro,—dijo el mancebo,—ahora sí que te pido esplicaciones, y sin obtenerlas no saldré de aquí.

—Muy pronto lo sabreis todo; pero ahora...

—Lo que has dicho...

—Es lo mismo de siempre: que Begearss es un bribon.

—¡Desconfias de mí!...

—Desconfio de vuestros pocos años: no cometereis una indiscrecion; pero en un momento de arrebato podeis cometer una torpeza. No os quejeis de mí, que soy el que debiera quejarme de vos. ¿Quereis poner en mis manos vuestra felicidad?

—¿Acaso no la he puesto?

—Pues bien, dejadme, que quizás mañana mismo podré arrancar la máscara á ese hipócrita y castigarlo como merece. Si permanezco en esta casa es para cumplir un deber sagrado, para evitar una desgracia horrible. Á no ser así, ya os habria abandonado. ¿No veis la conducta que vuestro padre observa conmigo? Si no me dice que le estorbo es porque no se atreve, porque sabe que puedo echarle en cara su ingratitud, su debilidad por haberse dejado dominar por ese hombre que ha venido á traer el llanto y la desgracia á esta familia. ¡Ay, don Angel!—añadió el barbero con amargura.—Decís que vuestro tormento es insoportable; pero no sabeis ni podeis saber lo que yo sufro.

—Fígaro,—murmuró el jóven con ternura,—nunca he dudado...

—Dejemos eso y escuchad por última vez mi consejo. Á mi cuidado queda evitar vuestro viaje...

—Pero Consuelo...

—No se casará con el hombre que le destina vuestro padre.

—¿Y conmigo?

—De eso no puedo responder.

Angel exhaló un suspiro y quedó silencioso.

Las palabras de Fígaro le habian inspirado confianza; pero no habian calmado su dolor, no habian aclarado sus dudas, que eran su tormento.

—Si en algo estimais la tranquilidad de vuestra desgraciada madre,—añadió el barbero,—si no quereis haceros infeliz para siempre, no intenteis averiguar lo que yo os oculte, no deis crédito á nada que yo no os diga.

—¿Es decir,—replicó el doncel,—que un horrible misterio?...

—Una desgracia es causa de la vuestra,—interrumpió Fígaro.—Jamás conocereis los sufrimientos de vuestra madre ni os esplicareis la conducta de vuestro padre: figuraos que ambos son raros, caprichosos, y vos la víctima de sus caprichos; pero no vayais mas allá.

Convencióse Angel de que serian inútiles todos sus esfuerzos, y fiando su suerte á la lealtad de Fígaro, salió del aposento, no para buscar á su madre como otras veces, sino para entregarse á solas á sus sombríos pensamientos y exhalar en suspiros y quejas su amargo dolor.

Fígaro y Begearss, aunque con fines distintos y contando con diversos medios, habian prometido hacer de manera que no se efectuase el viaje, y el mancebo determinó callar y no decir lo que ocurria ni á su madre ni á Consuelo, porque era atormentarlas con el anuncio de una desgracia que no habia de suceder.

Entre tanto el conde y el irlandés conferenciaban sobre el proyectado matrimonio, que debia verificarse en pocos dias.

La condesa consultaba á Soledad, que siguiendo las instrucciones terminantes de su marido, respondia á su señora con palabras vagas.

Y Consuelo, la niña inocente y cándida, verdadero ángel consolador de aquella familia, buscaba en un hermoso ramo de flores la rosa mas fresca para ofrecerla como recuerdo de amor á su querido Angel.

La encantadora jóven no sospechaba que ella, tan buena y

tan pura, fuese la manzana de la discordia, el blanco de la ambicion de Begearss, y por consiguiente la causa inocente de la desgracia que amenazaba á aquella familia, de las lágrimas que en aquellos momentos se derramaban.

No lo sospechaba, no lo hubiera creido si se lo dijesen: ella no tenia mas que cariño y gratitud para cuantos la rodeaban, y en su inocencia no podia comprender lo que solo una amarga esperiencia enseña con desengaños y tristes realidades.

Poco, muy poco debia durar la tranquila dicha de la cándida niña.

La serpiente que se habia introducido en aquella casa, debia muy en breve envenenar el tierno corazon de Consuelo, dejándole abierta una herida que no podrian cicatrizar ni el tiempo ni la resignacion.

CAPÍTULO X.

La revelacion.

Media hora despues de la escena que hemos referido, Angel recibia de manos de Consuelo la rosa que esta habia buscado para él.

—¡Ah!—exclamó el mancebo, olvidándose en aquel instante de todas sus desgracias.—Testigo sea esta flor del juramento que hago de amarte eternamente...

—Como prenda de mi amor, eterno tambien, te la doy,—respondió la jóven.

Y cruzaron una mirada ardiente, dulcísima y tierna, fiel espresion de lo que sus enamoradas almas sentian.

—Consuelo,—dijo el doncel despues de besar con frenético entusiasmo la rosa,—si algun dia se entibiase tu amor, disimula la fatal mudanza, quítame la vida y me habrás hecho feliz.

—¡Entibiarse mi amor!—murmuró la niña con voz ahogada por la emocion.—No, Angel, es imposible, porque nuestro amor

nació con nosotros y con nosotros creció, tiene en el alma sus raices y seria menester arrancar el alma para sacarlo de nuestros pechos. No temas que te olvide, que yo no sospecho que tu cariño pueda menguar. Cuanto mas crece mi amor, mas confianza tengo en el tuyo...

—Tampoco á mí me atormenta la duda, Consuelo mio: cuando pienso en tí, creo que de mí te acuerdas; si pronuncio tu dulce nombre, me parece escuchar tu voz que me llama... ¡Ah!... ¿Por qué me quejo algunas veces de mi desdicha, siendo tan dichoso? ¡Soy un insensato!..... ¿Hay felicidad como la mia? ¿Hay goce como el nuestro cuando, sin importunos testigos que no pueden comprender nuestra pasion, se cambian nuestras miradas y podemos decir lo que sienten nuestros corazones?

Consuelo exhaló un suspiro.

El fuego de su pasion, convertido en púrpura, asomó á sus frescas mejillas y á su tersa frente.

Largo rato permanecieron inmóviles y mudos.

¿Cómo espresar lo que sentian?

Hablaban sus ojos, únicos que podian dar muestras del ardor de sus enamorados corazones.

Al fin se cruzaron nuevas palabras de amor y ternura.

Un cuarto de hora despues, repitiendo sus juramentos, se separaban.

Angel era feliz porque Consuelo lo amaba, y su misterioso rival no triunfaria.

Consuelo era mas feliz aun porque en su inocencia nada temia.

Sonriendo salió él, y con una sonrisa encantadora lo despidió ella.

Mas como el diablo está detrás de la cruz, despues del ángel se presentó el demonio.

Antes que saliese Consuelo de la habitacion entró Begearss.

—Estais hoy,—dijo el irlandés,—radiante de belleza, de alegría.

—¿No tengo motivos para estar contenta?—respondió la jóven.—Soy feliz, enteramente feliz...

—Ciertamente; nada podeis desear.

—¿Habeis visto á mi padrino?

—Acabo de dejarlo: hemos hablado mucho... de vos...

—¡Ah!—murmuró Consuelo, bajando los ojos, porque comprendió la intencion de las palabras del irlandés.

—Hoy,—repuso este con su imperturbable tranquilidad,—creo que el señor conde, vuestro padre, segun quiere que le llameis, os preguntará si habeis hecho la eleccion del hombre á quien debeis unir vuestra suerte. Creo que el señor conde habrá acertado, ó que vos habreis adivinado su pensamiento.

—Señor Begearss,—dijo la niña, cada vez mas turbada,—sentiré disgustar á quien todo lo debo... ¡Ah!... Vuestra ayuda puede servirme de mucho... estais en el secreto...

—Conoceis mi amistad y sabeis que á todo estoy dispuesto por vuestro bien.

—Decidme quién es el hombre elegido por mi padre...

—Perdonad, doña Consuelo; eso seria hacer traicion al señor conde: lo mismo que mi amistad sincera, conoceis mi severidad.

—Entonces...

—Decidme vos quién es el elegido por vuestro corazon, y si os equivocais...

—No me atrevo...

—¿Por qué?... ¿No teneis bastante confianza en mí? ¿Qué importa que os equivoqueis? Hablad con entera franqueza, con la

mas completa libertad,—dijo el irlandés con toda la dulzura que sabia dar á su acento.—Figuraos que estais sola y que pensais, hablando con vos misma. El secreto ha de quedar entre nosotros: al señor conde direis luego lo que mas convenga ó lo que mejor os parezca.

Consuelo temblaba.

Por sus mejillas parecia que iba á brotar sangre.

Tenia la cabeza inclinada sobre el pecho y no se atrevia á mirar al falso amigo.

Pero la voz melíflua de este habia seducido á la inocente niña, que de nadie desconfiaba.

—Vamos, esplicaos, desechad ese vano temor; no os avergonceis mas que de lo malo. ¿Por qué temblais? Sois demasiado inocente para tener un pensamiento que no esté conforme con los mas sanos principios; teneis un alma demasiado noble para abrigar sentimientos ruines...

—Mi buen amigo...

—Ya os escucho.

—Pues bien,—dijo Consuelo, esforzándose para hablar,—sabreis lo que pienso, lo que siento. He creido ver en mi padrino una prueba mas del esceso de su bondadoso cariño. «Mira á tu alrededor» me dijo.

—Eso es.

—¿Quién hay cerca de mí que pueda interesarme?

—Varias personas: el señor conde...

—Ha adivinado lo que siento...

—Tal vez.

—Pero no sé si debo abusar... Soy huérfana... pobre... sin nombre...

—Teneis un gran corazon, un alma que es un tesoro...

LÁMINA 18. — ¡Yo no quiero más que para para mi hijo!

—Pues bien, solamente Angel...

—¡Angel!—exclamó Begearss, fijando una mirada de espanto en la jóven.—¡Angel habeis dicho!

—Sí...

—¿Acaso no habeis comprendido?...

—¿Qué?—preguntó Consuelo con angustioso afan.

—¡Angel!... ¡Su hijo!... ¡Vuestro hermano!...

La desdichada niña exhaló un grito desgarrador.

—¿Qué habeis dicho?... ¡Ah!... ¿Qué habeis dicho?—preguntó despues de algunos instantes.

Y sus manos, agitadas por un temblor convulsivo, asieron fuertemente un brazo de Begearss, sacudiéndole mientras añadia con voz ahogada:

—Hablad... Esplicaos... ¡Por compasion!...

—¿Con que no habíais comprendido? ¡Pobre niña!...

—¡Dios mio!...

—¿No os dijo el señor conde que le llamáseis padre?... Sois su hija...

Consuelo no pudo articular una palabra.

Oprimióse el pecho con fuerza convulsiva.

La luz huyó de sus ojos por algunos instantes.

Su mirada, con el estravío de la fiebre, se fijó un segundo en Begearss.

Luego vaciló su cuerpo y cayó pesadamente sobre el sofá en que antes habia estado sentada, pronunciando y escuchando juramentos de amor.

—¡Valor!—dijo el irlandés, acercándose á la desdichada niña.—Perdeis un amante; pero encontrais un hermano...

—¡Mi hermano!—murmuró Consuelo mientras que de sus ojos brotaba un raudal de lágrimas.

—Vuestro hermano, sí...

—¡Secreto horrible!...

—Que es preciso que guardeis en el fondo de vuestra alma, porque descubrirlo seria aumentar los amargos pesares de la noble mujer que os quiere como una madre, atormentar á vuestro padre, harto desgraciado, que se ruborizaria delante de vos, y despertar en vuestro hermano una idea peligrosa con la certidumbre de la debilidad de su padre...

—No... no... Este secreto morirá conmigo... ¡Dios mio!...

—Dominad vuestro dolor; es preciso que nadie, absolutamente nadie sospeche...

—¡Ni aun el desahogo del llanto me deja mi desgracia!

Consuelo ocultó el rostro entre las manos.

No podia contener sus lágrimas.

¡Cuánto sufria!

El inesperado golpe que acababa de recibir, habia sido para ella tanto mas rudo cuanto mayor era su inocencia.

Todas sus esperanzas, todas sus ilusiones, arrancadas de una vez, en un instante.

Su dolorido corazon, mortalmente herido, palpitaba con desigual violencia.

Su cabeza se ardia, sus ideas estaban trastornadas.

¡Pobre niña!

—Preciso era,—dijo Begearss,—que despertáseis de ese sueño fatal que debia conduciros á un precipicio horrible. ¡Pasion funesta!...

—¡Dios mio!...

—Sí, Dios os consolará, porque sois buena, y el tiempo curará esa herida.

Begearss añadió algunas palabras de consuelo, y salió antes

que la jóven se tranquilizase y pidiese esplicaciones sobre su proyectada boda.

Reinó un silencio profundo.

Consuelo no pensó ó no pudo enjugar su llanto, único desahogo de su intenso dolor.

Pocos momentos despues se levantó la cortina de una puerta y asomó Angel, que al ver á la jóven, dejó escapar una exclamacion de alegría.

Consuelo exhaló un grito, limpióse los ojos apresuradamente y se puso de pié.

—¡Otra vez!—dijo el mancebo, adelantándose.—¡Otra vez tengo la dicha de verte!...

Pero calló al reparar en las inequívocas señales de dolor que presentaba el pálido rostro de la niña, y añadió con acento de profunda sorpresa:

—¿Qué sucede?... ¡Ah!... Tú has llorado, Consuelo... Estás pálida...

—No,—murmuró la jóven, intentando sonreir,—estoy..... contenta...

—Me engañas..... Tus ojos..... Habla, algo ha sucedido... ¿Quién ha estado aquí?

—Nadie...

—¡Oh!... Yo lo sabré...

—Nadie mas que... Begearss, nuestro buen amigo...

—Pero ¿qué ha pasado?... Hace pocos minutos que te dejé alegre, feliz...

—Y ahora... tambien lo soy...

—Consuelo, en nombre de nuestro amor...

—¡Ah!—exclamó la jóven, estremeciéndose.—Calla... Nuestro amor... ¡Ha sido un sueño!

Angel fijó en la jóven una mirada de sorpresa y espanto y no pudo contener un grito de rabiosa ira, de desesperacion.

Desfiguróse su rostro, contrajéronse sus miembros y quedó como petrificado, sin acertar á moverse ni á pronunciar una palabra.

Lo que acababa de oir era para él mas horrible que una sentencia de muerte.

¿Qué podia haber sucedido en tan pocos minutos?

¿Por qué tan repentina mudanza en la mujer que momentos antes juraba amor eterno?

El mancebo sintió afluir á su cabeza toda su sangre, y apretando los puños con toda la fuerza de su desesperacion, dijo:

—Necesito esplicaciones; pero claras, que ninguna duda me dejen, y tú estás obligada á dármelas. Hay entre nosotros lazos que no se rompen con facilidad; nos obliga un juramento, Dios es testigo...

—Angel,—interrumpió vivamente la jóven,—me atormentas, ten compasion de mí, siquiera por compasion..... ¡Huye de mi lado!...

—¡Que huya!...

—Sí, yo no puedo amarte, no te amo mas que como una hermana...

—¡Oh!... ¡Como una hermana!... ¿Pues qué se han hecho?...

—Calla... ¡Dios mio!...

—Mira,—dijo Angel,—esta rosa, mírala...

Consuelo exhaló un grito de horror, acercóse al doncel, arrebatóle la flor, y deshojándola velozmente y arrojándola lejos de sí, exclamó:

—¡Ah!... No... ya no quedan mas que las espinas... sus hojas marchitas... se las llevará el viento... el huracan... y... An-

gel, no me atormentes, soy muy desgraciada... En un momento de estravío... me equivoqué... ¡Ah!... No me preguntes, porque no te contestaré... Olvida á la pobre huérfana... Déjame llorar... ¡Necesito llorar!...

La infeliz niña se dejó caer otra vez en el sofá, ocultando, como antes, el rostro entre las manos, y dando libre curso á sus lágrimas.

Angel dejó escapar un rugido de cólera.

Sus negros ojos, inyectados en sangre, parecian querer salir de sus órbitas y fijaban en Consuelo una mirada afanosa, de mortal ansiedad, de desesperacion.

En su trastorno iba á suplicar á la jóven, á amenazarla, á consolarla, á acusarla, á hacerlo todo, en fin, probablemente para adelantar menos y atormentarse mas; pero se detuvo porque entró el barbero, que al ver tan doloroso cuadro, dijo con sorpresa:

—¿Qué sucede?

—¡Fígaro!—exclamó el infeliz doncel.—Sin duda el cielo te envia...

—Pero...

—Consuelo no me ama...

—¡Que no os ama!... ¿Lo dice ella?

—Sí...

—Entonces...

—Hace un cuarto de hora, en ese mismo sitio, me juraba eterno amor. La dejé, y cuando he vuelto...

—¿Quién ha estado aquí?—preguntó Fígaro.

—Lo ignoro; pero sospecho que mi padre...

—No ha salido aun de su gabinete.

—Entonces...

—Por aquí andaba el señor Begearss...

—¡Oh!... Ese miserable...

—Todo es obra suya.

—¡Vive Dios!...

—Angel,—interrumpió vivamente Consuelo,—Begearss es nuestro mejor amigo...

—¡Nuestro amigo!...

—Sí, te lo aseguro... tengo una prueba inequívoca de su amistad... una prueba...

—Sí,—replicó el barbero,—es un buen amigo, leal, desinteresado... pero á fé de Fígaro os juro que no será vuestro esposo.

—¡Su esposo!—exclamó Angel.

—Es el elegido por vuestro padre...

—¡Ahora lo comprendo todo!..... ¡Y nada me has dicho!..... ¡Oh!...

El mancebo apretó los puños, rechinó los dientes y se precipitó fuera de la estancia, diciendo:

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

Fígaro corrió tras él.

—Deteneos,—le dijo:—calma...

—¡Calma me pides!...

—¿Quereis absolutamente ver á ese infame?

—Sí.

—Pero yo he de acompañaros...

—¿Para qué?

—Para evitar una traicion...

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—Vamos si no has de estorbarme que le pida cuentas de su villano proceder.

—En su casa lo encontraremos, haciendo cálculos sobre el dote de su prometida, que no bajará, por de pronto, de doscientos mil duros.

Pocos momentos despues, Angel y el barbero se encaminaban apresuradamente á la calle de Preciados.

CAPÍTULO XI.

Esplicaciones.

El aire frio que soplaba aquel dia y las palabras de Fígaro, refrescaron un poco la ardiente cabeza de Angel y calmaron la exaltacion de su espíritu, al menos lo bastante para poder discurrir sobre su crítica situacion.

No se habia equivocado el barbero.

Begearss estaba en su casa, fumando tranquilamente y calculando sobre el dote de Consuelo. Al dia siguiente debia firmar el conde dos documentos de mucha importancia: la escritura de venta de algunas fincas, cuyo valor ascendia á dos millones de reales, y el contrato matrimonial de su hija.

El irlandés pensaba en esto, deleitándose además con la idea de que aquella noche tal vez Anton tendria ocasion de cumplir lo prometido en la buñolería.

Todo se presentaba risueño para Begearss. No podia quejarse de su buena estrella.

La llegada de Angel y el barbero no le sorprendió, casi la esperaba, porque era el resultado natural del habilísimo golpe que habia dado.

—¿Á qué debo esta honra?—dijo, levantándose y ofreciendo una silla al doncel.

Este, sin devolver el cortés saludo, clavó una mirada altanera en su rival y dijo:

—Señor Begearss, escuchadme y respondedme.

De los labios del irlandés desapareció la dulce sonrisa, dió á su rostro una espresion severa, y despues de mirar á Fígaro, que permanecia de pié en el umbral de la puerta, repuso con grave acento:

—Dispuesto me teneis á escucharos; pero os ruego no olvideis que ningun derecho teneis á mandarme, porque no soy vuestro criado ni en vuestra casa represento otro papel que el de un antiguo amigo.

—En mi casa,—replicó el mancebo,—representais un papel infame...

—Caballero,—interrumpió el irlandés, cuya frente se contrajo por un instante,—si habeis venido para insultarme, sabed que basta con una ofensa para que mi prudente sufrimiento se apure, y por consiguiente...

—He venido á pediros cuenta de vuestro proceder...

—¡Cuentas!... ¿Quién sois vos para tanto?... Ya os lo he dicho, tened presente que no soy vuestro criado...

—Sois mi rival.

—¡Ah!—exclamó tranquilamente el irlandés.

—Pero no el rival noble que se presenta frente á frente á luchar para vencer ó morir.

—Es verdad, en algo habíais de tener razon; no soy el rival

que se presenta frente á frente, porque soy el rival por fuerza, y si he luchado ha sido para no rivalizar, para dejaros el campo libre. Supongo que os referís á doña Consuelo...

—No es menester decíroslo.

—Pues bien, vuestro padre se ha empeñado en que yo sea el esposo de esa niña sin nombre, me lo ha exigido como una prueba de amistad, y yo he hecho el sacrificio...

—Basta.

—Basta, pues,—dijo con calma Begearss.—¿Quereis otra cosa?

—Quiero que renuncieis á vuestras locas y ridículas pretensiones.

—Eso pedídselo á vuestro padre, y si lo conseguís me hareis un favor.

—¡Á mi padre!...

—Y á doña Consuelo, que tambien se niega á daros su mano.

—¡Ella!... ¡Mentís!...

—Preguntádselo.

—Ya me lo ha dicho; pero despues que vos le habeis hablado: eso es obra vuestra...

—Ha examinado su corazon y se ha convencido de que estaba equivocada: habia confundido el amor con su cariño, puramente amistoso, fraternal... No es mia la culpa.

—¡Oh!... Algo mas hay que ignoro y no adivino...

—Nada.

—Quiero mas esplicaciones.

—Si las pedís con un tono menos absoluto... tal vez...

—Las quiero, y si me las negais,—replicó el doncel, llevando la diestra á la espada,—si me las negais...

—Las tendreis, niño inesperto, y si despues quereis, nues-

tros aceros se cruzarán. Para ese caso necesitaremos testigos; pero ahora están demas.

—Fígaro, déjanos.

El barbero desplegó una maliciosa sonrisa y salió.

—Ya estamos solos,—dijo Angel.

—No he querido esplicarme delante de un criado insolente y que os ha hecho el objeto de sus intrigas y será la causa de vuestra perdicion.

—Bien, caballero, bien...

—Os pesará haber ido tan lejos...

—Lo veremos,—replicó Angel con impaciencia.—Si buscais escusas...

—Escuchadme.

—Sí, acabad.

—Amais á Consuelo...

—La adoro.

—Vuestra pasion no ha sido un secreto para mí, y como buen amigo, vuestro amigo mas sincero, me interesé en vuestro favor. Consuelo es huérfana, pobre, y... ni nombre tiene; pero es un ángel, está dotada de un corazon noble y generoso, de un entendimiento no comun, y estas prendas, en mi concepto, compensan sobradamente la oscuridad de su linaje, que al fin es pura vanidad, y su pobreza. Ninguna esposa podíais haber elegido mejor: la virtud de esa sensible niña debia haceros feliz. Así lo dije á vuestro padre...

—¡Vos,—interrumpió el mancebo sorprendido,—intercedisteis!...

—En vuestro favor.

—Una prueba.

—Os la daré, aunque os pese.

—Sí, sí.

—Intercedí... hice mas, luché porque vuestro padre mostró una resistencia tenaz, invencible, desoyendo por vez primera mis consejos. No desalenté porque tenia la conviccion de que defendia lo bueno, y nunca desaliento cuando lucho en favor de la razon y la justicia. Proseguí mi obra con ardor, con la misma tenacidad que se me oponia la resistencia, y al fin mi constancia... ¡Oh!... Perdonad, voy á herir de muerte vuestro corazon... Preparad todas vuestras fuerzas porque las necesitais...

—Acabad,—murmuró Angel, que iba palideciendo gradualmente.

El rostro del irlandés tomó una espresion sombría.

—Vuestro padre rompió al fin el silencio y me confió un secreto horrible...

—¡Un secreto horrible!—repitió el mancebo, estremeciéndose.

—¿Quereis que os repita sus mismas palabras?

—Sí.

—«Conozco, me dijo, ese amor desdichado que abriga el corazon de mi hijo; pero ¿cómo darle á Consuelo por esposa? Esa pobre niña es... mi hija... ¡su hermana!...»

—¡Mi hermana!—exclamó Angel con el acento desgarrador que habia pronunciado Consuelo las mismas palabras.

Y sin fuerzas para sostenerse, se dejó caer en una silla.

Apenas podia respirar.

Su rostro se desfiguró, cubriéndose de mortal palidez.

—Hé ahí,—repuso Begearss,—el terrible secreto que he debido descubriros: mi silencio hubiera podido perderos para siempre...

—¡Dios mio!...

—Ahora estoy dispuesto á batirme con vos...

—¡Mi fiel amigo!—exclamó el desdichado mancebo, levantándose.—Perdonadme; he sospechado de vos, os he ofendido...

—Estábais loco por el dolor... Venid á mis brazos.

Angel se precipitó en los brazos del irlandés, permaneciendo largo rato sin pronunciar una palabra.

Entonces la ternura arrancó dos lágrimas al infeliz, dos lágrimas que los ojos habian negado á su intenso dolor.

—Este secreto,—dijo al fin Begearss,—debeis guardarlo...

—Morirá conmigo.

—Descubrir la vergüenza de un padre es un crímen horrible.

—No, no...

—Herir el corazon de una desgraciada esposa en su fibra mas delicada...

—Jamás... ¡Pobre madre mia!

—Ahora vos determinareis sobre vuestro viaje, porque vuestro padre no tendrá inconveniente en que os quedeis cuando sepa que desistís de vuestras amorosas pretensiones.

—Sí, me quedaré, solo por mi madre: no quiero abandonarla; su dolor no tendria igual si me separase de ella.

—Bien, amigo mio; toda mi influencia, como os prometí, la emplearé para que vuestro padre os permita quedaros.

—¡Cuánto os debo!...

—Nada, porque no hago mas que cumplir mis deberes.

Muy poco mas hablaron.

Angel abrazó otra vez al traidor amigo, y salió de la casa con vacilantes pasos.

Fígaro lo esperaba á la puerta.

—Supongo,—dijo el barbero,—que no ha conseguido engañaros...

—No me ha engañado, no,—respondió el doncel.

—¡Ah!... Estais mas pálido que antes... y temblais como un azogado... ¡Vive el cielo!... ¿Qué ha sucedido?

—Nada.

—Esplicaos...

—Imposible... Solo puedo decirte que Begearss es mi mejor amigo...

—¡Vuestro amigo!...

—Sí, te habias equivocado... tengo pruebas,—repuso Angel, acelerando el paso.

—Pero doña Consuelo...

—Me he convencido de que no la amo..... me equivoqué lo mismo que ella.

La sorpresa de Fígaro llegó á su último grado.

—¡Por cien mil legiones de condenados!—exclamó.—¿Qué estais diciendo?

—Basta...

—¿Habeis perdido el juicio?

—Déjame,—replicó Angel.

Y redobló el paso como si quisiese huir.

—Os dejo, sí,—dijo el barbero, deteniéndose.

El doncel continuó rápidamente hácia su casa.

Fígaro, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados, meditó.

—¿Qué puede haber sucedido?—se preguntaba.—No lo adivino, ni es fácil... ¡Cambiar tan repentinamente de parecer!... ¡Renunciar á lo que le es mas querido que la vida!... ¡Por quien soy! que esto parece cosa de brujería...

Largo rato dió el barbero tormento á su caletre, y ya empezaba á llamarse torpe, cuando le ocurrió una idea y exclamó:

—¡Ah!... Eso es... Por eso él, lo mismo que ella, dicen que

no se aman á la vez que el separarse les desespera... La trama no puede ser mas horrible; pero todo debe esperarse de ese infame... Bien, callaré, disimularé... Afortunadamente es seguro el golpe que tengo preparado... Creo que mañana se firmará el contrato matrimonial... Voy á saberlo con certeza... ¡Aun soy Fígaro el barbero!...

Sus ojos brillaron como dos luciérnagas, y sin esperar mas, tomó la cuesta abajo de Santo Domingo.

CAPÍTULO XII.

Sigue el barbero preparando su golpe.

Fígaro no quiso aguardar á la noche para ver á María Montalvo, por si algun nuevo suceso se lo estorbaba, y porque no creyó prudente perder de vista á Begearss en todo aquel dia.

Esta determinacion fué la salvacion del barbero, porque á la noche debian esperarle dos puñales en la casa de la calle de la Justa, y hubiera sido imposible que se librara de la muerte, segun estaba preparado el alevoso golpe.

Á pesar de que el frio era intenso aquel dia, Fígaro sudaba.

En menos de una hora habia ido á la calle de las Tabernillas, averiguado lo que deseaba saber y vuelto á la plazuela de Santo Domingo, llegando pocos minutos despues á la miserable vivienda de María Montalvo.

El anticipar Fígaro su visita no podia ser sino por algun suceso estraordinario. Así lo comprendió la desgraciada esposa del irlandés, y con el mayor afan preguntó:

—¿Qué venís á decirme?... ¡Ah!... Estais pálido y agitado, señor Fígaro...: ¿Teneis que anunciarme alguna desgracia?

—Donde esté vuestro marido no faltarán á cada hora; pero no quiero entrar en detalles de sus infamias, ni siquiera hacer mencion de ellas, porque aumentaria vuestros dolores y heriria el corazon de este pobre niño, que no se parece á su padre mas que en el rostro. Solo, porque es preciso, os hablaré de lo que es indispensable que sepais.

Un sentimiento instintivo de respeto filial hizo á Raimundo bajar la cabeza, fijar la mirada en un brasero que habia en la habitacion, y aparentar que no oia lo que hablaban como si toda su atencion estuviese en los encendidos carbones.

El barbero se sentó, volviendo la espalda al inocente niño, cuyo noble sentimiento comprendió.

—No os equivocais,—dijo María Montalvo,—mucho me ha hecho sufrir mi esposo, quizás su proceder sea causa de mi temprana muerte y la desgracia de mi hijo; pero al fin soy su esposa ante Dios y el mundo, llevo su nombre y me siento herida al oir que se le acusa, atormentándome el no poder defenderlo. Sin embargo, es preciso que yo conozca mi situacion y debo hacer un sacrificio mas por mi hijo. Hablad, pues, que aunque débil, tengo valor para todo. ¡Estoy tan acostumbrada á sufrir!

—Vuestro esposo,—dijo el barbero,—va á consumar un crímen horrible sin que le espante el abusar de la confianza del hombre generoso á quien todo lo debe, ni el engañar á un padre, ni el desgarrar el alma á una madre que es tan desgraciada como vos, ni el herir de muerte el corazon de dos criaturas inocentes, ni echar sobre una niña cándida el mas triste de los infortunios.

—¡Dios mio!—murmuró María Montalvo con voz ahogada y estremeciéndose.

Raimundo palideció como un cadáver y apretó los puños con fuerza convulsiva; pero no varió de postura ni levantó los ojos.

—Nada,—repuso Fígaro,—nada ha respetado, ante nada se detiene, y mañana... ¡Tened valor!...

—Proseguid.

—Mañana ¡vive Dios! el miserable firmará un contrato de matrimonio...

—¡Ah!—exclamó María Montalvo con desgarrador acento.

Y se cubrió el rostro con las manos.

El niño no pudo contenerse.

Como impulsado por un resorte se puso de pié mientras se iluminaban sus negras pupilas; pero dominándose instantáneamente con una energía incomprensible en su edad, dejóse caer otra vez en la silla y fijó su ardiente mirada en el fuego.

—Señora,—repuso el barbero,—no se trata solo de la felicidad de vuestro hijo y de vuestros sagrados derechos, sino de la vida y la honra de una niña inocente, del reposo, de la dicha de toda una familia.

—Tanta maldad,—dijo la dolorida esposa, por cuyas mejillas corria el llanto,—tanta maldad es inconcebible. Comprendo que me haya abandonado cuando dejó de amarme; que abandone á su hijo, porque no lo ha criado y no lo quiere; que huya de mí; que me aborrezca porque le estorbo; pero atentar así contra la inocencia, contra la virtud, contra los sentimientos mas nobles y respetables, contra los derechos mas santos...

—Hay mas, señora; su crímen no puede escusarlo siquiera con la ceguedad de una pasion dueña de su voluntad, porque no está enamorado de la infeliz criatura á quien sacrifica cruelmente: solo una ambicion bastarda, el vil interés de un crecido dote...

—Basta... ¡Oh!... Basta...

—¿Estais convencida de que es preciso á toda costa evitar ese crímen?

—Sí, sí, es preciso evitarlo, salvar á esa criatura, á esa familia...

—La salvaremos.

—Decidme lo que debo hacer.

—Mañana, despues de anochecido vendré por vosotros, os llevaré á casa del señor conde de Almaviva, os ocultaré en mi aposento, y en el momento en que se vaya á firmar el contrato, saldreis.

—Tiemblo...

—Pensad en que vais á hacer una buena obra, acordaos de vuestro hijo...

—Yo,—dijo Raimundo, tomando al fin parte en la conversacion,—pensaré en las desgracias de mi madre, y si á ella le falta el valor, á mí me sobrará para decir quién es mi padre.

—Vos, animoso niño, habeis comprendido perfectamente vuestra situacion: teneis que elegir entre vuestro padre y vuestra madre...

—Antes que todo es mi madre, á quien tanto debo: ella despues de Dios; en el mundo nada antes que ella.

—¡Hijo mio!—exclamó María Montalvo con el acento que solo una madre puede dar á estas palabras.

—¡Madre mia!—exclamó el niño.

Y se abrazaron tan estrechamente, que en aquel momento no hubiera habido fuerzas para separarlos.

Ambos lloraron.

Fígaro guardó silencio hasta que, viéndolos mas tranquilos con el desahogo de las lágrimas, reanudó la conversacion, diciendo:

—Señora, no quiero perder de vista á vuestro esposo, porque en estos momentos críticos, el menor descuido nos perderia. Por eso no volveré hasta mañana á la hora convenida: estad preparados y esperadme.

—Dispuestos nos encontrareis.

—¿Os hace falta dinero?

—Nos sobra, gracias á vuestra generosidad. Ya lo veis, tenemos fuego, buena cama, ropa...

—Nada me debeis. El dinero que os doy es del señor conde, que aprobará mis cuentas cuando conozca la inversion dada á los gastos.

—Dios escucha mis ruegos...

—Á cada cual da su merecido tarde ó temprano. Ya lo veis, buen Raimundo; una triste esperiencia os probará muy pronto que el triunfo de los malvados es poco duradero y sus goces intranquilos, mientras que el virtuoso es feliz aun en medio de la desgracia.

Despidióse el barbero, y saliendo de aquella mansion de dolores, encaminóse á la suya, pensando que ya era tiempo de poner á Soledad al corriente de todo para quedar de acuerdo y asegurar mas el golpe que debia acabar con el enemigo de aquella familia.

Con tal propósito buscó Fígaro á su mujer, y diciéndole que lo siguiese, la llevó á un aposento donde podian hablar con toda libertad y sin miedo de ser escuchados.

La antigua doncella, que nada habia perdido de su viveza, ingenio y travesura, comprendió por el gesto de su marido que se trataba de un asunto grave, y sin aguardar esplicaciones, dijo:

—Gracias á Dios que ha llegado la hora de que digas algo; pero será porque te veas en algun apuro...

—Soledad,—interrumpió el barbero,—te quejas sin razon.

—Eso me dices siempre.

—Si he callado no ha sido por desconfianza, pues ya sabes que no tengo secretos para tí; pero te conmueven los pesares de la condesa tanto ó mas que los tuyos, y pudiera haber sucedido que en un momento de arrebato...

—¿Crees que soy alguna chiquilla loca?

—No, pero eres una mujer demasiado sensible y buena.

—Además, no comprendo por qué habia de guardarse tanto secreto para doña Rosa, cuando nadie está mas interesada que ella en la felicidad de su hijo y en la suya.

—Pues bien, á pesar de todo ese interés, dile que Begearss es un bribon, un infame y no te creerá sin que le presentes pruebas tan claras como la luz del dia.

—Tienes razon, no hay quien le haga dudar del cariño de ese hombre. Alguna vez que me he arriesgado á indicar ligeramente mis sospechas, se ha disgustado y me ha reconvenido porque no quiero al amigo leal á quien tanto debe ella.

—Seguro estoy,—repuso el barbero,—que si hubieras ido mas allá en tus indicaciones, habrias acabado por perder la confianza de doña Rosa como me ha sucedido á mí con el conde, que apenas me habla.

—Estoy convencida, y por consiguiente nada tienes que decirme sobre ese punto. Esplícate en cuanto á lo demas, nada calles, porque francamente, la curiosidad me quita el sueño, y me atormenta mucho el temor de que ese tunante se burle de tí.

—No sucederá.

—Creo que me moriria de coraje.

—Yo temo reventar de gozo.

—Hasta ahora Begearss lleva la mejor parte.

—Así lo cree; pero se engaña.

—Bien mirado, no hace cosa que no sea en favor de la condesa.

—El miserable le prepara su perdicion...

—La quema de aquellas pícaras cartas...

—Fué un engaño.

—Fué evitar el peligro de que cayesen en manos del conde...

—Begearss quemó los papeles para que doña Rosa no echase de menos los mas interesantes, que desde el dia anterior estaban en poder de su marido...

—¡Ah!—exclamó Soledad con espanto.—¿Qué dices?... ¿El conde?...

—Ya lo sabe todo...

—¡Dios mio!...

—Y le hace callar su orgullo: no quiere confesar su deshonra...

—¿Qué va á suceder, Fígaro?

—Te lo diré en cuatro palabras.

—Esta es la segunda vez en mi vida que tengo miedo.

—El señor conde ha determinado vender todos los bienes libres, que son muchos, y con su importe dotar á su ahijada.

—Y el pobre Angel...

—Lo desheredaria si pudiera.

—¡Oh!...

—Y para recompensar los servicios y lealtad de ese hipócrita bribon, el conde le da por esposa á Consuelo.

—¿Con que ese era el marido?...

—Ese.

—Angel no cederá: está perdidamente enamorado y será capaz de hacer una locura.

—Ya la ha hecho: ha cedido el campo á su rival.

—¿Es posible?—dijo Soledad en el colmo de la sorpresa.—Figaro...

—Así ha sucedido.

—Pero Consuelo se negará...

—No.

—Acabaré por confundirme...

—Menester es que sepas que Consuelo es hija del conde... Aguarda para hacer aspavientos, que aun has de saber cosas mas estrañas.

—¡Si tal llegara á entender doña Rosa!...

—Se lo ha dicho Begearss.

—¡Oh!... Me lo ha ocultado...

—Porque ha conocido que no quieres á ese bribon. ¿Te convences de que los tiene á todos embobados?

—Prosigue,—repuso afanosamente Soledad.

—Begearss ha dicho á Consuelo que el conde es su padre; ha descubierto tambien el mismo secreto á Angel, y ellos, creyéndose hermanos...

—¡Oh!—exclamó Soledad, apretando los puños.—Me falta la paciencia para escuchar tanta infamia. ¿Cómo has podido callar tanto tiempo?

—Con la esperanza de hablarlo todo de una vez y sin que nadie pueda replicarme.

—Bien has hecho en ser tan reservado conmigo.

—Acabarás por darme la razon.

—Pero no acabaré de comprender cómo es posible desenredar tan infernal enredo, probando la maldad de ese hombre.

—Aun ignoras lo mejor.

—¡Fígaro!

—Begearss es casado...

—¡Casado!

—Y con un hijo.

—¡Qué horror!...

—Conozco á su pobre mujer... y tú debes tambien conocerla, es sevillana, hija del señor Juan Montalvo...

—¡María!...

—La misma.

—Serví en su casa... ¡Qué hermosa era!

—Ahora no la conocerias...

—¿Dónde está?

—En Madrid.

—¿Y á qué aguardas para confundir á ese bribon?

—Á que llegue el momento de firmar el contrato de matrimonio, que será mañana á la noche. María estará oculta aquí...

—Comprendo,—dijo Soledad, restregándose alegremente las manos.—¡Cómo se va á quedar cuando vea á su mujer!... Pero ¿y Angel y Consuelo?

—Si el conde quiere casarlos, ningun lazo de sangre los une: son hijos de distintos padres y madres...

—Bien, pero creen que son hermanos...

—Se les dirá que Begearss los engañó.

—¿Y seguirá callando el conde?

—Lo dudo.

—Me tranquiliza el que al acusar á su esposa, ella puede acusarlo de la misma falta.

—Queda la cuestion de los hijos... Soledad, aun tendremos que hacer mucho, todavía se derramarán bastantes lágrimas; pero conseguiremos lo principal, que es quitar la máscara á ese hipócrita infame.

—Si, sí.

—Mañana se decidirá la suerte de todos. Entre tanto mucha reserva, mucha prudencia, escucha todas las conversaciones, obsérvalo todo por si una circunstancia imprevista hace preciso que el plan se varíe.

—Descuida, Fígaro. No es la primera vez que trabajamos de acuerdo.

Algunas esplicaciones mas tuvo que dar el barbero para dejar satisfecha la curiosidad de su mujer, y se separaron dispuestos á hacer el último esfuerzo para derrotar al enemigo comun.

No contaba Fígaro con los puñales de Anton y su compañero, que si no podian dar el golpe aquella noche, lo darian á la siguiente.

CAPÍTULO XIII.

Empiezan á tocarse las tristes consecuencias de la intriga de Begearss.

Soledad cumplió fielmente lo convenido, espiando hasta los mas insignificantes movimientos de su señora; pero nada vió ni oyó mas que lágrimas y quejas, lo cual no era nuevo muchos años hacia.

No pudo adivinar la condesa el motivo de la estraña determinacion de Consuelo de renunciar al amor de Angel y casarse con Begearss, á menos que el conde le permitiese encerrarse en un convento para llorar y pedir á Dios que estinguiese la pasion que no habia logrado entibiar la falsa idea de que el mancebo era su hermano. Pero cuando llegó á su último grado la sorpresa de Rosa, fué cuando vió que su hijo, respetando la voluntad de Almaviva, seguia la conducta de Consuelo y hablaba de su rival, no solamente sin odio, sino con respeto y hasta con gratitud.

¿Qué podia haber sucedido?

¿Cómo llevaban aquellas infelices criaturas la obediencia hasta

el punto de sacrificar un amor tan intenso que estimaban en mas que su vida?

Para la condesa era impenetrable aquel misterio, porque tenia á Begearss por el mejor de los amigos, por el hombre mas virtuoso, y era imposible que sospechase lo que habia hecho.

Todos los esfuerzos de la dolorida madre fueron inútiles: no obtuvo de Consuelo mas respuesta que el llanto, ni de Angel mas que amargas frases sobre la mundana felicidad y acusaciones contra su negro destino.

Soledad fingió no comprender nada de lo que sucedia.

Fígaro se mostró hasta indiferente.

Begearss aparentó gran pesadumbre y prometió hacer cuanto pudiese en obsequio de aquellas criaturas, cuyo mal no tenia remedio.

Era preciso, pues, dejar al tiempo la esplicacion de cuanto sucedia.

Entre tanto, el irlandés preparaba el ánimo del conde, diciéndole:

—Creo que vuestra hija os obedecerá: mis consejos no se han perdido. Lo mismo ha sucedido con el pobre Angel; produjeron efecto mis amonestaciones, y está dispuesto á respetar vuestra voluntad. No podeis tener queja de él: hace un sacrificio muy doloroso, y eso prueba sus buenos sentimientos.

—No pongo en duda su bondad,—respondió Almaviva;—reconozco la nobleza de su alma, y muchas veces me he acusado porque mis duros tratamientos le hacen víctima de una falta que no cometió; pero no he podido vencer mi repugnancia, es el hijo de mi deshonra...

—Se comprende eso fácilmente, señor conde; pero una vez que estais decidido á alejaros de vuestra casa, ¿qué os importa que

se quede aquí ese pobre niño? Nadie mas interesado que yo en separarlo de la mujer que va á ser mi esposa, y sin embargo...

—Señor Begearss, juzgais por vos mismo á los otros, y cometeis una imprudencia que puede costaros cara. No me importaria que se quedase Angel, puesto que yo me iré; pero ama á Consuelo, y si hoy se resigna y respeta mi voluntad, mas adelante, cuando tenga el atrevimiento que han de darle los años y el verse libre de mi autoridad, podrá suceder que su pasion no respete nada, como no respetó la de su padre. Toda nuestra desgracia es hija de un momento, no mas que de un momento de estravío: ¿me respondeis de que no llegue ese fatal momento para esas dos criaturas?

—Señor conde...

—Muy dolorosa es nuestra esperiencia; pero puede ser para vos muy provechosa. Pensad en lo pasado y sabréis precaveros para lo porvenir, evitando una horrible desgracia.

—Es Angel tan noble...

—No lo era menos su padre y cometió la traicion mas negra.

—Pero la virtud de Consuelo...

—No es mas que la de mi desgraciada esposa, y ya sabeis que llegó un momento en que olvidó sus deberes.

—Sin embargo, os suplico...

—No.

—El pobre niño...

—Es preciso que se aleje.

No deseaba otra cosa Begearss, porque la negativa del conde le daba un medio casi seguro de provocar una esplicacion entre este y su esposa, cuyos resultados serian indudablemente un rompimiento ostensible entre ambos.

Esperando los unos y temiendo los otros, pero todos inquietos,

pasaron aquella noche sin que ninguno pudiera conciliar el sueño hasta la madrugada.

Cuando Begearss despertó al otro dia, antes de levantarse encendió su pipa y se entregó á reflexiones que acabaron por inspirarle algun recelo.

—¿Por qué,—se preguntó,—no fué anoche Fígaro á ver á María? Lo encontré cien veces en unas y otras habitaciones, como si no quisiese perderme de vista. No hay duda que me prepara un golpe terrible; pero ¿cuándo piensa darlo? ¿Qué espera? Sin duda mi mujer no tendrá los documentos necesarios para acreditar nuestro casamiento y los habrán pedido á Sevilla: de otra manera no tenian para qué aguardar. La conversacion que escuché no me dió bastante luz para conocer el plan del barbero; pero algun inconveniente encuentra, puesto que dijo: «Es preciso tener paciencia algunos dias: no es bastante mi ardiente deseo de ayudaros y castigar á vuestro criminal esposo.» Sin embargo, no me tranquilizo, y si esta noche sucede lo mismo que la pasada, variaré mi plan, haré que me quiten ese estorbo á cualquier hora y en cualquier sitio, que todo será pagarlo mas caro: y en cuanto á mi mujer... ¡oh!... me será muy fácil deshacerme de ella. No pido mas que un dia, un solo dia y mi triunfo es seguro.

Begearss no se equivocaba.

Fígaro no podia anticipar aquel dia su visita á María Montalvo, tenia que ir despues de anochecido, y los asesinos esperarian.

El conde, lo mismo que el irlandés y los demas aquella mañana, al despertar se ocupó de examinar su situacion. Los sucesos que se preparaban merecian que meditase mucho sobre sus determinaciones.

Empezó el ofendido esposo por lo que era su horrible pesadilla, la falta de su mujer, y acabó por la suerte de su hija.

—Begearss,—dijo,—no puede satisfacer el corazon de Consuelo en cuanto á las ilusiones del amor: pero conseguirá hacerla feliz, porque tiene sobrado talento y virtudes para ello. Esta noche se firmará el contrato, y ya debo participar á mi hija quién es su futuro esposo.

Almaviva se vistió, preguntó por Consuelo, le dijeron que ya se habia levantado y ordenó que la llamasen.

La condesa y Angel dormian aun, ó se creia que durmiesen, pues no habian pedido su ropa ni el desayuno, y sus criados tenian órden de dejarlos hasta que avisasen.

Despues de algunos minutos, Consuelo se presentó en el gabinete de su padre, que le esperaba con tanta impaciencia como temor.

La jóven estaba pálida como la cera.

En su rostro se veian las inequívocas señales del insomnio y el llanto.

Sus labios estaban secos y blanquecinos: la fiebre les habia hecho perder en pocas horas su color y frescura.

Sus fuerzas debian haber menguado mucho, porque sus movimientos eran lánguidos, penosos.

Como la flor que se marchita cuando rompen su tallo, al herir el corazon de Consuelo empezó á marchitarse su belleza, á menguar notable y rápidamente su salud.

La pobre niña no debia vivir mucho tiempo despues del rudo golpe que habia recibido.

Su primer desengaño habia sido demasiado horrible.

Alimentábase su espíritu con sus risueñas ilusiones, y para sus ilusiones vivia. Habíanselas arrancado de una vez y debia sucumbir.

Tras el desengaño principió la lucha.

Á pesar de creer que Angel era su hermano, lo amaba como antes, quizás mas que nunca.

Para ella, su pasion era un crímen que la horrorizaba y pugnaba por ahogar aquel sentimiento que debia tener por incestuoso.

Empero no podia.

Parecia que sus esfuerzos encendian mas su corazon.

¡Niña infeliz!

Á su edad semejante lucha era la muerte, y por eso hemos dicho que la desdichada sucumbiria á su dolor en poco tiempo.

No tenia el consuelo de desahogar su acerba pena, confiándola á un pecho amigo, porque á nadie podia revelar el secreto de su nacimiento.

¿Y quién la fortaleceria con sus consejos?

Nadie.

Era preciso morir, devorando en silencio el mas horrible de los dolores, morir luchando, morir desesperada.

Almaviva besó tiernamente á su hija, la sentó á su lado, y despues de contemplarla algunos instantes, le dijo:

—Consuelo, hija mia, estás pálida, parece que sufres...

—No,—respondió la jóven, estremeciéndose ligeramente.—He dormido poco, porque... estuve leyendo hasta muy tarde, y... Me siento bien... Vos, sí, estais...

—Sigue atormentándome la cabeza como ayer; pero eso no vale nada, es que empiezan los achaques propios de los muchos años..... pronto seré un viejo..... y además, tengo que pensar en tantas cosas á la vez, todas tan graves...

—Primero es vuestra salud.

—No, Consuelo: el hombre tiene muchos deberes mas sagrados que el de mirar por su vida. Ahora no puedes comprender esto; pero te lo enseñará la esperiencia. La vida es bien poca cosa.

Cuando hay otros seres, cuya felicidad depende de uno, no se vive para sí, se vive para ellos. Solo así puede el hombre cumplir su mision: el que no lo hace es un cobarde, un egoista, un miserable que debe ser espulsado de la sociedad porque pesa sobre ella como un estorbo, porque recibe de ella sin darle nada, es decir, la roba, se burla de ella y escarnece la condicion humana. Sin embargo, la sociedad tolera, consiente, no ha pensado aun en castigar mas que los atentados violentos, los que inmediatamente producen un mal palpable, no ha comprendido que el padre que no educa bien á sus hijos es mas criminal que el que los mata. Empero despues de la tolerancia del mundo está el juicio de Dios y el que ha empleado su vida con distinto fin de aquel para que fué criado, recibe el castigo.

La jóven comprendió el significado de las palabras de su padre, que le daba ejemplo de abnegacion y sufrimiento, obligándola así á imitarlo.

—El tiempo,—añadió el conde,—te enseñará todo eso: ahora desconoces el mundo real, no has salido del de tus ilusiones; pero es preciso que empieces á dejar tu feliz ignorancia, y por eso te hablo así.

Dos lágrimas corrieron por las mejillas de Consuelo.

—Lloras de ternura,—dijo Almaviva, que muy trabajosamente disimulaba su emocion.

—Sí, padre mio,—murmuró la jóven.

—Hija mia,—repuso el conde, despues de algunos instantes,—te hablé hace dos dias de tu porvenir, recomendándote que meditaras sobre mis deseos de que entrases en una nueva vida.

—No lo he olvidado,—respondió Consuelo, cuyos miembros se agitaban convulsivamente.

—¿Y has examinado tu corazon?

—Padre mio...

—Díme lo que te haya contestado...

—¡Ah!... Mi corazon... padre mio,—dijo la pobre niña, cuya turbacion iba en aumento,—mi corazon..... no se inclina..... á nadie...

—¡Á nadie!...

—No...

—¿Dices la verdad?

—Tal vez... en alguna ocasion... me haya engañado... pero ahora... Perdonadme...

—Háblame con franqueza, como se habla á... un padre.

—Pues bien,—dijo Consuelo sin atreverse á mirar al conde,—me espanta el mundo...

—Todo lo que no se conoce infunde miedo.

—Yo creí que todas las criaturas eran buenas; ignoraba que existia el engaño, la traicion, los dolores y las luchas que desgarran el alma...

—Hemos nacido para luchar y sufrir, para llorar...

—Dispuesta estoy, padre mio, á sufrir y llorar; no pido el privilegio de ser feliz entre los desgraciados, de sonreir cuando todos derraman lágrimas, de que se resbale tranquilamente mi existencia mientras todos luchan; pero quiero llorar y sufrir sola, lejos del mundo, en el retiro de una celda...

—¡Consuelo!—exclamó sorprendido el conde.

—Señor, os digo la verdad.

—¡Consumir tu juventud y tu belleza en un claustro!... No, hija mia: no sabes lo que pides; te arrepentirias cuando ya fuese tarde.

—Conozco mis inclinaciones...

—Intentas engañarte.

—Ese es mi deseo: os lo he manifestado con la sinceridad de... una hija... Ahora, vuestra voluntad...

—Es otra, porque estoy convencido de que en el claustro no serias feliz como puedes serlo con el hombre que te destino.

Consuelo no pudo contestar.

Hacia grandes esfuerzos para sostenerse.

—No pasará mucho tiempo,—añadió el conde,—sin que conozcas tu error, y entonces me agradecerás que no te haya permitido seguir lo que tú tienes por inclinaciones y no es otra cosa que la natural desconfianza en tus propias fuerzas cuando llega el momento de comenzar á emplearlas.

La jóven continuó silenciosa.

Su corazon palpitaba con violencia.

La fiebre aumentaba, abrasando su cabeza.

—Supongo,—dijo Almaviva,—que estás dispuesta á obedecerme...

—Sí,—murmuró la infeliz niña con voz ahogada.

—¿No has adivinado quién es el hombre que ha de hacerte feliz?

—No... porque... si no me permitís ser monja... cualquiera... con tal...

—¿Con tal que sea virtuoso?

—Sí...

—Sus virtudes las admiras y respetas tú lo mismo que yo...

—Begearss,—dijo Consuelo con voz apagada.

—¿Á quién sino á él habia yo de confiar tu suerte?

La jóven quiso decir algunas palabras para manifestar á su padre que le agradecia el interés que por ella se tomaba; pero no pudo.

Almaviva comprendia el sufrimiento de su hija, y sabia que

en aquellos momentos de prueba, la desdichada tenia necesidad de estar sola, así que, despues de anunciarle que aquella noche se firmaria el contrato matrimonial, la despidió con un tierno beso y algunas frases cariñosas.

Consuelo salió del gabinete con pasos vacilantes, se fué á su habitacion, y dejándose caer de rodillas sobre el almohadon de terciopelo morado que habia delante de un reclinatorio, exclamó:

—¡Dios mio!

Elevó al cielo una mirada de dolorosa súplica; un raudal de lágrimas corrió por sus mejillas, y su frente, abrasada por la calentura, cayó sobre sus manos cruzadas, que descansaban en el reclinatorio.

Así quedó, sin dar de vida otras señales que su respiracion agitada y desigual, que se percibia clara y distintamente en medio del silencio profundo que allí reinaba.

CAPÍTULO XIV.

De cómo Angel hizo sufrir al conde mas que este habia hecho sufrir á su hija.

El conde hizo que le sirvieran el almuerzo en su gabinete, de donde no salió.

Begearss lo acompañó.

Consuelo tambien estuvo algunas horas en su habitacion.

Fígaro y Soledad se encontraban en todas partes, observando y escuchando.

Sin ningun antecedente hubiera comprendido cualquiera que en aquella casa se preparaba algun grave acontecimiento.

—¿Qué sucede?—preguntaba la condesa á Soledad.—Todos presentan hoy un aspecto estraño, están tristes, pensativos, han alterado sus costumbres...

—Señorita,—le respondió la antigua doncella,—creo que todos los diablos del infierno se han venido á esta casa. El señor conde no quiere ver á nadie mas que á su amigo el señor Begearss; doña Consuelo llora y parece que va á morirse; don An-

gel rabia como un desesperado, parece que ha perdido el juicio; el señor Begearss sonrie y habla cariñosamente á Fígaro, lo cual es cosa muy estraña, y yo misma voy de un lado para otro sin saber por qué ni para qué.

—Algo pasa que no comprendo; algo mas de lo que sé...

—Pues la causa no debe ser otra que el feliz acontecimiento que se prepara, el casamiento de doña Consuelo...

—¡Acontecimiento feliz!—repuso con amargura la condesa.

—Y mucho para el novio.

—Begearss cede á las exigencias de mi esposo.

—Cuando á un hombre le exigen que se case con una mujer jóven, bonita, virtuosa y que lleva un dote de cuatro millones...

—Soledad...

—Perdonadme: ya sabeis que el señor Begears no es santo de mi devocion. En fin, hablemos de otra cosa...

—Es preciso que averigües la causa de lo que está sucediendo: nunca ha habido imposibles para tu ingenio...

—Porque me ayudaba Fígaro.

—¿Y ahora?...

—Me tiene prohibido que le hable de ningun enredo: dice que está cansado de intrigas, que quiere vivir tranquilamente, y evitar así tener mas desengaños.

—No dice lo que siente.

—Entonces es que desconfia de mí.

—Tampoco.

—¿Y cómo esplicareis su conducta?

—Si yo pudiera esplicar la conducta de Fígaro, tambien me esplicaria cuanto veo y me sorprende.

—Pues á mí no me sorprende.

—¡Oh!...

—Encuentro muy natural que llore doña Consuelo porque la casan con un viejo feo y raro: yo tambien lloraria.

—¿Y su repentino cambio en cuanto á los amores de mi hijo?

—Esa es la prueba de lo que dicen los hombres y repetia á todas horas el pobre don Basilio, que en gloria esté, que las mujeres somos inconstantes por naturaleza.

—No, Consuelo no es inconstante, ni su amor de los que se olvidan en una hora.

—Es mujer, es niña, y si no por inconstancia, lo hará por miedo...

—¿Y Angel? Es consecuente, le sobra el valor...

—Pero tambien es orgulloso y no querrá hacer el papel de amante despreciado.

Rosa movió la cabeza con aire de duda y quedó pensativa.

Soledad aprovechó la ocasion para salir del aposento y evitar nuevas preguntas.

Á las cuatro de la tarde se fué Begearss, y el conde mandó que dispusiesen su coche para dar un paseo, y que entre tanto llamasen á Angel.

La conferencia que iba á tener lugar entre Almaviva y el mancebo, debia ser muy desagradable, muy dolorosa; pero presentaria distinto carácter del que pocas horas antes habia tenido la del padre y la hija.

Ángel, ya lo hemos dicho, era hombre de accion, de lucha, y en vez de entregarse al dolor, se habia declarado en rebelion contra su desgracia.

No abrigaba esperanzas con respecto á su amor, pero tampoco se habia ocupado en combatirlo.

Despues de reflexionar la noche anterior, habia concluido por acusar al conde como autor de todas sus desdichas.

—Mi padre,—habia dicho,—conocia desde su principio nuestro amor, y lo ha dejado crecer, no haciendo nada para estorbarlo sino cuando nuestra separacion debia ser nuestra muerte. ¿Por qué no me hizo viajar entonces ó sacó de esta casa á Consuelo?

Con la mirada sombría, pálido el rostro, contraida la frente y agitado el pecho por la ira, entró el mancebo en el gabinete del conde.

Nunca el hijo habia mirado al padre tan de frente, con tanta firmeza.

Tenia la conciencia tranquila, infundíale valor el que nada podian echarle en cara.

Habia llevado la obediencia filial hasta el sacrificio de su mas tierna afeccion.

El conde lo recibió con la misma serenidad que siempre; pero no con tanto desden: lo miró y contestó á su saludo, aunque friamente.

¿En qué consistia semejante variacion?

Almaviva habia gastado sus fuerzas aquella mañana.

Además, habia comprendido el dolor de su hija, se acusó á sí mismo de lo que Angel lo acusaba.

Si antes hubiera separado á aquellas infelices criaturas, hubiera evitado á Consuelo el cruel sacrificio que habia tenido que hacer.

Angel era el hijo de su deshonra; pero era inocente, debia sufrir como la jóven.

Otra idea le ocurrió al conde, que acabó de predisponerlo en favor del doncel.

—Si mi esposa,—dijo á Begearss,—tratase con dureza á Consuelo, haciéndole sufrir el castigo de mi falta, yo no le perdonaria su injusticia.

Esta reflexion hizo que el irlandés se mordiese los labios y respondiese:

—La señora condesa es generosa; sin embargo, como ignora que Consuelo es vuestra hija...

—Es verdad;—repuso el conde;—para juzgar seria preciso descubrirle el secreto.

Á pesar de la mal intencionada observacion del falso amigo, Almaviva no ahogó completamente aquel noble impulso.

Procuró olvidar la idea y nada mas.

Si Angel se hubiese presentado aquella tarde respetuoso, sumiso, cariñoso como otros dias, quizás hubiese acabado la obra principiada por un instintivo sentimiento de nobleza.

Empero el mancebo, ya lo hemos dicho, estaba trastornado por la ira, desesperado y resuelto á luchar.

Algunos instantes se miraron sin pronunciar una palabra.

—¿Qué teníais que mandarme?—preguntó al fin el jóven, no con la cariñosa sumision de siempre, sino con ceremonioso respeto.

Era la primera vez que Angel, al hablar al conde, no principiaba llamándole padre con toda la ternura del mejor hijo.

—Nada tengo que mandaros,—respondió Almaviva;—quiero solamente advertiros que ha llegado la hora de cumplir lo que dispuse con respecto á vuestro viaje.

—¿Que ha llegado la hora?—repitió el mancebo, cuya frente se contrajo mas de lo que estaba.

—¿Os sorprende?

—No, señor.

—Ya os lo anuncié.

—Esperaba, señor, que cambiáseis de parecer.

—¿Y por qué,—replicó el conde con aspereza;—esperábais

semejante cambio? ¿Quién ha podido haceros concebir esa estraña idea?

—Nadie mas que mi razon, el convencimiento que tengo de vuestro deseo de evitar dolores á cuantos os rodean.

Las palabras de Angel eran demasiado atrevidas.

Almaviva las oyó con visible disgusto, las tomó por una acusacion mal disimulada de su conducta con respecto á su madre, y su autoridad y orgullo sintiéronse ofendidos.

—Mis órdenes,—dijo con áspero tono, y clavando en el doncel una dura mirada,—mis órdenes se respetan y se cumplen sin examinarlas.

—Señor...

—Tenedlo entendido y así escusareis otra vez provocar mi enojo.

El rostro de Angel se tiñó de púrpura, y bajó los ojos, no porque se turbase, sino para no dirigir á su padre la mirada ardiente, iracunda que se escapó de sus negras pupilas.

—Cumpliré vuestras órdenes,—dijo;—nunca he pensado desobedecerlas; pero he esperado que me escucháseis, porque no soy tan criminal, tan despreciable, que no merezca algunos momentos de atencion.

—Hablad si es que no habeis de faltarme al respeto; pero sed breve.

—Nunca os he faltado, y en esta ocasion mas que en otras, procuraré encerrarme en los límites que me señalan mis deberes de hijo; pero tambien cumpliré con la obligacion que como hijo tengo de hablar en favor de mi madre.

—En favor de vuestros padres, debeis decir,—replicó Almaviva.

—Como la desgracia y la felicidad de ambos son comunes, pro-

curando el bien del uno conseguiré el del otro. ¿Podeis acaso gozar si mi madre sufre? ¿No sereis dichoso con su dicha?

El conde palideció.

Estremecióse ligeramente y no acertó á decir mas que,

—Bien, bien... Os he recomendado la brevedad porque tengo que salir...

—Poco tengo que deciros, no mas que algunas palabras, pues si no consigo con pocas lo que deseo, en vano será que me esfuerce.

—Ya os escucho,—repuso el conde, apoyando los codos en la mesa y descansando la cabeza en las manos, sin duda con el fin de ocultar el rostro, que podia revelar lo que sentia.

En cualquiera otra ocasion Almaviva hubiera mandado callar y salir al doncel; pero entonces, sin acertar á darse cuenta de la causa, le faltó energía para hacerlo y se resignó á oir lo que indudablemente debia hacerle sufrir mucho.

—Señor,—dijo Angel con una gravedad que nadie hubiera esperado en sus pocos años,—los hijos son el verdadero lazo indisoluble de los esposos, y si han de llenar sus deberes, cuando entran en la edad de la razon, tienen que hacer algo mas que respetar y obedecer á sus padres.

—¿Y ese algo?...

—Consiste en emplear toda su influencia, que es mucha, para completar la felicidad de los que les dieron el ser. Cuando el lazo que une á los esposos amenaza desatarse, los hijos deben acudir á añadirle nuevos nudos...

—¿Acaso,—interrumpió vivamente el conde,—el lazo que me une á vuestra madre está para romperse?

—Afortunadamente no.

—Entonces...

—Los hijos deben hacer mas, evitar que llegue ese triste caso, lo cual puede suceder cuando uno de los padres sufre por causa del otro, porque así empieza la tibieza entre ambos, la lucha, y por consiguiente la separacion, como dos fuerzas distintas y opuestas.

—¿Y quién,—preguntó Almaviva con una intencion que el jóven no pudo comprender,—quién es aquí el que sufre, vuestra madre ó yo?

—Mi madre sufrirá con mi ausencia.

El conde levantó la cabeza, fijó una penetrante mirada en el doncel, y replicó:

—Tambien tienen los hijos otro deber que vos olvidais.

—¿Cuál, señor?

—Obedecer sin pedir esplicaciones.

—No las pido de la razon que os mueve á disponer mi partida; solamente os advierto las consecuencias de mi viaje.

—He pensado en ellas y son las mas naturales. Llega un dia en que los hijos tienen forzosamente que separarse de sus padres, y aunque esto es doloroso, no es una desgracia y mucho menos un motivo para que peligre la buena armonía matrimonial.

—Pero como yo puedo completar mi educacion aquí; como no tengo necesidad de ir á buscar el sustento fuera de mi casa, mi madre no ha podido esperar esa separacion, que será para ella un golpe mortal.

—¡Un golpe mortal!... Exagerais...

—Señor, mi madre es desgraciada...

—¿Por qué?

—Lo ignoro; pero veo que sufre, me lo dice su contínua tristeza, su llanto...

—Preguntadle la causa;—replicó el conde con amargura.

—Si hubiese querido descubrírmela, tal vez yo habria conseguido remediar su mal.

—¡Qué vanidosa es la ignorancia!

—No es vanidad de lo que valgo,—dijo con firmeza el doncel,—es ardiente deseo, fuerza de voluntad, para no omitir ningun sacrificio por la felicidad de la que me llevó en sus entrañas, me abrigó con su pecho, enjugó mi llanto... ¡Oh!... Tengo una deuda de gratitud que estoy obligado á pagar. Mi madre no ha tenido para mí mas que sonrisas, dulzura, consuelos... sí, ¡consuelos cuando ella los necesitaba mas que nadie!...

El conde se levantó.

Su rostro estaba desfigurado.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por su frente.

No podia escuchar la voz de aquel hijo noble y tierno sin sentirse horriblemente atormentado por ideas y sentimientos opuestos.

Como si quisiese disimular su agitacion, ó como si á ello le obligase su intranquilidad, empezó á recorrer de un estremo á otro el gabinete con precipitados pasos.

—Señor,—añadió el jóven,—en mis palabras no puede haber ofensa; soy vuestro hijo...

—¡Mi hijo!—murmuró Almaviva con sorda voz.

—Corre por mis venas vuestra sangre...

—¡Mi sangre, mi noble sangre!... ¡Oh!...

—Padre mio...

—Basta... basta,—interrumpió el conde.

—Permitidme algunas palabras mas...

—No... Ya os dije que fuéseis breve.

—Hablo en nombre de mi madre...

—Nada conseguireis. Dejadme ó me iré.

Contrajéronse los músculos del doncel; sus ojos relumbraron

como dos ascuas, y con una firmeza y un atrevimiento que nadie hubiera sospechado en él, replicó:

—Señor conde, no se dirá que me falta el valor y retrocedo cuando lucho por mi madre: no me iré...

—¡Desdichado!—gritó el conde fuera de sí.

—Es verdad...

—¿No temblais?...

—¡Temblar!—dijo el mancebo con amargura.—No me conoceis, padre mio...

—No me deis ese nombre...

—Matadme y me hareis feliz.

—¡Oh!—murmuró el conde en voz baja.—Lo mismo que su padre... ¡No lo he conocido hasta hoy!...

—Está mi conciencia tranquila,—repuso Angel,—y nada temo...

—Salid... ¡Vive Dios!—exclamó Almaviva con acento de terrible amenaza.

—No...

—¡Oh!...

—Señor conde...

—Estais provocando mi cólera, obligándome á que olvide quien soy y lo que debo á mi decoro...

—¿Qué mas podreis hacer despues de haberme prohibido que os llame padre?

—Pero ¿qué quereis?... ¡Oh! ¿Qué quereis?

—Que mi viaje quede aplazado para otro año...

—No.

—Que no se le prive á mi madre de lo único que endulza sus dolores...

—No.

—Que...

—Mañana saldreis de Madrid,—interrumpió el conde.—Partireis al amanecer y almorzareis en Hortaleza.

—¡Por última vez!...

—Sí, por última vez me veis,—repuso Almaviva.

Y se lanzó fuera del aposento.

Angel apretó los puños con fuerza convulsiva y exclamó:

—¡Oh!... ¡Es mi padre!...

Y corrió tambien, desesperado, loco de ira.

Begearss le salió al encuentro en la habitacion inmediata.

—¿Á dónde vais?—preguntó.—¿Qué os sucede?

—¡Amigo mio!—exclamó el doncel.—En nombre de mi desgraciada madre, prestadme vuestra ayuda...

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Mi padre me ha tratado mas duramente que nunca y me ha mandado terminantemente salir de Madrid mañana al amanecer.

—Esta mañana,—respondió el irlandés con su calma habitual,—hablé de vos á vuestro padre, y contra mis esperanzas, nada conseguí. Solo un recurso os queda...

—¿Cuál?—preguntó vivamente el jóven.

—Que vuestra madre interceda.

—¡Oh!...

—Á ella tendrá que escucharla.

—Lo dudo...

—Nadie es sordo á la voz de una madre dolorida que ruega por su hijo.

—Esponerla al amargo disgusto de una negativa, no es prudente. Sabeis que mi madre sufre, y un nuevo dolor...

—Lo que ha de atormentarla es vuestra ausencia: la negativa

nada significa. ¿Quién sino ella puede llamar á vuestro padre á la razon?

Angel quedó pensativo.

—Se lo rogaré,—dijo despues de algunos instantes.

—Esa es mi opinion,—repuso Begearss;—sin embargo, meditadlo bien, porque si me equivoco...

—No puede adivinarse el resultado. Vuestra intencion es la mejor... Ahora mismo voy á verla.

—Por vos acaba de preguntarme: hemos hablado mucho y ya sabe lo que ha determinado el señor conde.

—¿Volvereis temprano?

—Sí.

—Os diré el resultado...

—Lo espero con ansia.

—¡Oh!...

—En todo caso, prudencia: no olvideis el respeto que debeis á vuestro padre, como quizás lo habeis olvidado hace algunos minutos.

—No lo sé, estoy trastornado...

—El hombre no debe dejarse nunca dominar por la desesperacion.

—Adios, amigo mio...

—El cielo os consuele.

Begearss salió, y Angel se dirigió á las habitaciones de la condesa.

CAPÍTULO XV.

La madre y el hijo.

Ya hemos dicho que la condesa estaba aquel dia mas triste y meditabunda que de costumbre.

Cuando Begearss le anunció el viaje del mancebo, la infeliz madre creyó no poder resistir tan terrible golpe: separarla de la única afeccion que la ligaba al mundo era darle la muerte.

Sin embargo, se esforzó una vez mas y consiguió aparecer, si no tranquila, al menos con ánimo bastante para sufrir sus desgracias con resignacion.

Á pesar de que el irlandés era su mejor amigo, el depositario de todos sus secretos y el Mentor que la guiaba y fortalecia en sus mas críticas situaciones, Rosa deseó quedarse sola para llorar y orar, únicos desahogos que solian templar sus dolores.

Lo que en pocos momentos sufrió la desdichada no puede hacerse comprender.

Iban á separarla de su hijo, á quien no volveria á ver.

—Por corta que sea su ausencia, —decia, —mi vida será mas corta. ¡Ah!... Le daré el último beso, el beso de eterna despedida... ¡Dios mio!...

Y luego, para aumentar su dolor, pensaba que aquel hijo querido no tendria ni el consuelo de las caricias de un padre, y que ella era la causa de tantas desdichas, ella por su liviandad.

Una madre cariñosa y sensible, que sabe que es la causa de las desgracias de su hijo, sufre un tormento que á nada es comparable, el tormento de la conciencia, que es el peor de todos.

Bien espiaba su falta la infeliz condesa: sobradamente vengado estaba el ofendido esposo.

Pocos minutos pudo entregarse libremente á su dolor.

Interrumpióla su hijo para hablarle de lo que tanto le hacia padecer, para pintarle con vivos colores su desgracia cuando tanto necesitaba que se la hiciesen olvidar.

Bien compredia esto el irlandés; pero así le convenia para llevar á cabo su infame obra, y por eso aconsejó al doncel que acudiera á su madre y que la obligara con sus ruegos á provocar una esplicacion, cuyos resultados debian ser fatales para todos, menos para el falso y traidor amigo.

La condesa, al ver á su hijo, enjugó apresuradamente sus lágrimas y sonrió levemente; pero su sonrisa fué tan triste, espresaba tanto dolor, que Angel, profundamente conmovido, no pudo decir mas que,

—¡Madre mia!

Y arrojarse en los brazos trémulos que la desdichada abrió.

Volvieron á correr las lágrimas.

El mancebo lloró tambien de ternura, de dolor, de ira.

Palpitaron sus corazones con violencia, como si fuesen á romperse.

Sus hondos suspiros parecian querer arrancar aquellas almas transidas de dolor.

—¡Hijo mio!—dijo al fin la condesa.—¿Por qué lloras?

—¡Ah!—exclamó el jóven, desprendiéndose de los brazos de su madre, en tanto que sus ojos relumbraban como solian relumbrar en otro tiempo los de Querúbin.—¡Me preguntais por qué lloro!... Mis lágrimas, madre mia, son veneno que brota del corazon, el veneno de una rabia impotente...

—Cálmate,—repuso con dulzura Rosa;—cálmate y dime el motivo de tu pesar.

—¿Acaso lo ignorais? Mi padre es injusto, es... cruel conmigo...

—Es tu padre,—replicó la condesa.

—¿Y su autoridad le da derecho para contrariarme en todo, para tratarme con dureza, para atormentarme cuando no le doy el mas leve motivo de queja?

—Un padre tiene derecho para todo...

—En vano intentareis tranquilizarme,—replicó vivamente el jóven:—he dudado mucho tiempo, he luchado para engañarme á mí mismo; pero al fin he tenido que convencerme de que mi padre no me ama, de que le soy indiferente... ¡quizás de que me odia!...

—¿Qué dices?...

—Esquiva mi conversacion y procura no verme sino cuando le es absolutamente preciso. Si le hablo con dulzura, me responde con aspereza, me dice que la ternura cuadra mal á los hombres, que soy débil y cobarde; si le trato con seriedad, me acusa de falta de respeto, me recuerda los deberes de hijo sumiso... ¡oh!... y ha llegado el caso de que me prohiba llamarle padre, como si tan dulce nombre le causara enojo, repugnancia...

—¡Dios mio!—exclamó Rosa, elevando al cielo una mirada de dolor.

—¿Qué he hecho, madre mia, qué he hecho para que mi padre me trate así, para que no me ame?

Puede comprenderse lo que Rosa sufriria al escuchar á su hijo, sabiendo que ella era la causa de la conducta del conde, la causa de la desgracia horrible del infeliz mancebo.

Ella y nadie mas que ella por su liviandad habia labrado la desdicha de aquella criatura inocente y noble; su criminal falta habia traido al mundo á aquella criatura para que arrastrase una existencia penosa, insoportable, aborrecible.

Y aquella criatura era su hijo, su único hijo.

Y la falta no podia remediarse, el hecho consumado no podia deshacerse ni aun sacrificando la vida.

¡Cuánto debia sufrir aquella madre!

¿Qué podia decir á su hijo?

¿Con qué palabras consolarlo?

¿Con qué razones desvanecer las horribles dudas sobre el cariño de su padre?

¿Cómo borrar las huellas que en el alma de aquel hijo dejaba la frialdad, la indiferencia y el proceder injusto del hombre que le habia dado el ser?

¿Cómo llenar el vacío de su corazon, sanar sus llagas?

Rosa no podia responder.

Su tormento era incomparable cada vez que su hijo le preguntaba con angustioso afan:

—¿Qué he hecho, madre mia? ¿Cuál es mi falta? ¿En qué he podido ofender á mi padre? Sufriré resignado, contento, el mas duro de los castigos; pero que sepa yo por qué se me impone, como lo sabe el último y mas despreciable criminal; que se me

diga para que yo pueda reconocer la justicia de mi padre, para arrepentirme, para enmendarme.

Angel no sabia que los ayes de su dolor eran una acusacion terrible contra su madre.

La desdichada tuvo necesidad de recurrir á todas las fuerzas de su espíritu para no sucumbir.

—Hijo mio,—dijo,—un padre representa en la tierra á Dios, y es un crímen pedirle cuentas de su conducta. Respeta las decisiones del tuyo; ten fé en su cariño, aunque te parezca que no te ama; cree en su rectitud, aunque no la comprendas.

—Pero mi padre es al fin un hombre y puede equivocarse, porque no es infalible como Dios; su intencion será buena, querrá hacerme un bien, pero me hace un mal, y es preciso sacarlo de su error, hacerle comprender que el camino que sigue lo conduce al fin opuesto del que se propone.

—Conocerá su error con el tiempo...

—Pero entre tanto sucumbireis, porque mi ausencia será vuestra muerte. Respeto á mi padre, respeto sus decisiones; pero vos tambien sois mi madre, teneis los mismos derechos, y yo el deber de defender vuestra vida, vuestra tranquilidad contra cualquiera que la amenace. Aunque desconozco el motivo de vuestros sufrimientos, sé que sois muy desgraciada, que no teneis mas dicha ni mas consuelo que vuestro hijo... ¿Qué será de vos sin mí?

—Sufriré con resignacion, es mi deber.

—¡Ah!—exclamó el desesperado jóven con amargura.—Esa es la causa de todo, vuestra resignacion.

—¡Dios mio!...

—Vos sois la única persona autorizada para pedir cuentas de su conducta á mi padre: sois esposa y madre, y una madre tiene derecho para defender á su hijo...

—¡Angel!... ¡Angel!...

—Vuestro silencio es una aprobacion tácita...

—No,—interrumpió la condesa, haciendo un esfuerzo,—no dirás que he dejado de hacer ningun sacrificio por tí; no dirás que me ha faltado el valor para defenderte...

—Sí, sí, hacedlo por vuestro hijo que tanto os ama y que por vos daria la vida; pero es menester que le hableis enérgicamente á mi padre, que le hagais comprender vuestra firme resolucion de luchar sin retroceder.

—Lo haré...

—No os arredre su dureza.

—Tú lo verás.

—No creo prudente que le hableis delante de mí...

—Angel, no espero adelantar nada, sino al contrario, hacer mas crítica la situacion, y para que ninguna duda te quede de que he luchado con todas mis fuerzas, con el valor de una madre, quiero que seas testigo...

—¡Oh!...

—Te lo exijo...

—Pero...

—Aquí hablaré á tu padre y tú escucharás oculto tras la cortina de mi dormitorio.

—Tengo completa confianza en vos...

—No importa.

—Obedeceré.

—¡Quiera el cielo que el sacrificio que voy á hacer no sea estéril!...

—No, madre mia. Dará buen resultado, así lo creo, porque mi padre es bueno y su corazon se ablandará á vuestros ruegos.

—Te engaña tu inocencia, tu deseo...

—¿Teneis confianza en el talento y esperiencia de nuestro buen amigo Begearss?

—Sí.

—Entonces...

—Desaprobaria mi intento.

—Obro por consejo suyo...

—¡Ah!... Me tranquilizas,—repuso la condesa, creyendo que ningun peligro corria cuando el irlandés opinaba que diera aquel paso.—Begearss conoce mejor que nosotros nuestra situacion, y al aconsejarte eso estará seguro de su buen resultado.

—Así lo cree.

—Me quiere demasiado para comprometerme en una lucha desventajosa... Basta, hijo mio; ya no vacilo...

—Gracias...

—Ahora mismo enviaré recado á tu padre, rogándole que venga...

—Ha salido.

—Bien, apenas vuelva lo llamaré... Así tendré tiempo para sosegarme y pedirle á Dios que me dé acierto...

—Sí, Dios escuchará vuestras súplicas...

—Déjame, hijo mio.

—Adios, madre mia... ¡Si yo pudiera comprar vuestra dicha con mi existencia!...

Abrazáronse otra vez aquellas dos criaturas desgraciadas.

Angel salió mas tranquilo, mas aliviado.

La condesa quedó mas intranquila, mas atormentada.

Apenas estuvo sola se dejó caer de rodillas, cruzó las manos, y elevando al cielo una mirada suplicante, exclamó:

—¡Ah!... Se acerca el momento, para mí tan terrrible como el del juicio final... ¿Qué va á suceder?... ¡Oh!... Siento como...

si se helase mi sangre... ¡Dios mio, dadme fuerzas, iluminad mi entendimiento para que mis súplicas conmuevan el corazon de mi esposo!... Vos solo, Dios mio, sabeis por qué he sufrido y callado sin levantar la voz en defensa de mi hijo: mi conciencia ha sellado mis labios... Si solo se tratase de mí, no me atreveria á pronunciar una palabra; moriria, devorando en silencio mis amargos dolores; pero se trata de mi hijo, que me acusa, echándome en cara mi debilidad, de mi hijo, que es inocente y está espiando mi falta y que pide justicia. ¡Dios omnipotente y misericordioso, si mi criminal debilidad, llorada por espacio de tantos años, ha merecido vuestro santo perdon, dadme fuerzas!... Y si vuestra divina justicia no está satisfecha, si la falta merece mayor castigo, mas larga espiacion, descargad sobre mí todo el peso de vuestro santo enojo, no tengais misericordia para enviarme dolores; pero tenedla para mi hijo, que es inocente.

La infeliz no pudo mas.

Oprimióse el pecho como si quisiera contener las violentas palpitaciones de su corazon.

Exhaló un suspiro penoso.

Inclinó sobre el pecho la cabeza, y el llanto volvió á correr en abundancia por sus mejillas.

El irlandés habia conseguido un nuevo triunfo.

Poco le faltaba ya para acabar felizmente su infame obra.

CAPÍTULO XVI.

Llega el momento.

Soledad habia escuchado las dos conversaciones que hemos referido, y corrió en busca del barbero, que esperaba junto á la escalera para ver cuando entrase Begearss y seguir espiándolo.

—Ven, Fígaro,—dijo la antigua doncella á su marido.

—No,—respondió este;—aguardo al irlandés, que no tardará en venir.

—Tengo que hablarte...

—¿Es urgente?

—Mucho.

—Estás agitada...

—No me llega la camisa al cuerpo...

—Esplícate.

—Aquí no: pueden oirnos...

—Pero...

—Fígaro, hay que tomar una determinacion...

—¡Vive el cielo!...

—Doña Rosa está perdida...

—Calla...

—Y el pobre Angel...

—Calla, Soledad,—interrumpió el barbero, mirando recelosamente á todos lados.

—Pues ven...

—Sí, vamos..... por aquí..... No quiero alejarme porque..... ¡Vive Dios!...

—¡Ay, Fígaro de mi alma!...

—¿Tienes miedo?...

—Sí, tengo miedo y coraje... ¡Oh!... Voy á reventar como el lagarto de Jaen.

—Antes pagará lo que debe ese miserable que es causa de todo.

Fígaro y Soledad llegaron á un aposento solitario.

—Aquí estamos bien...

—Sí.

—Esplícate ahora.

—Escucha y tiembla...

—Sepamos.

—El señor conde, por lo que despues he sabido, ha dispuesto que mañana al amanecer salga don Angel de Madrid.

—No me sorprende la noticia: eso era de esperar.

—Tampoco te sorprenderá que el alma bendita de don Angel haya ido á llorar sus penas á Begearss y á pedirle ayuda para que el señor conde revoque su mandato.

—¿Y qué le ha dicho Begearss?

—Que él nada habia conseguido ni podia ya conseguir; pero que si doña Rosa intercediese...

—¡Oh!...

—Y la pobre criatura, corazon de buen alma, lo ha tomado al pié de la letra y ha ido corriendo á ver á su madre.

—Prosigue,—dijo afanosamente el barbero.

—No quisiera acordarme de lo que ha sucedido. ¡Pobre doña Rosa!... Su hijo se quejaba, le preguntaba la causa del mal tratamiento de su padre, y ella sufria lo que no es decible.

—¡Nada respeta ese infame traidor! ¡Ni los dolores de una madre!...

—No sé cómo ella ha podido resistir, porque cada palabra de Angel, dicha con la mayor inocencia, iba á clavarse en el alma de la infeliz.

—¿Y al fin?...

—El pobre muchacho acabó por decir á su madre, que si ella no fuera débil y se atreviera á defenderlo, su padre no lo trataria así.

—La muerte es poco para castigar los crímenes de ese hombre... ¡Oh!...

—Te confieso, Fígaro, que yo no hubiera tenido la paciencia que tú: ya has podido acabar este maldito enredo...

—Calma, mujer, calma...

—Sobrada tengo desde ayer: ya ves que he sido prudente y no he hecho mas que lo que me has dicho.

—De otra manera todo se habria echado á perder.

—Pero si esto durase un dia mas...

—¿Perderias la paciencia?

—Sí.

—Acabará hoy, antes de dos horas, te lo aseguro.

—Dios lo quiera.

—Dime en qué han quedado la madre y el hijo.

—¿En qué habian de quedar?

—Lo presumo.

—Ella...

—Sí, habrá prometido hablar enérgicamente al conde, pedir justicia para su hijo...

—Ni mas ni menos.

—Como desde que el pícaro Begearss quemó los papeles, no teme que su marido pueda probar nada... ¡Oh!... La intriga está bien combinada...

—Ese bribon tiene talento que le sobra...

—Tanto como mala intencion.

—¿Y qué sucederá?

—Es muy sencillo: el conde, al verse acusado por la misma persona que lo ha ofendido, perderá la cabeza, dirá todo lo que siente y sacará las cartas.

—¡Dios mio!

—Es muy natural.

—Pues hay otra cosa peor.

—¿Qué?

—Don Angel, escondido detrás de la cortina del dormitorio de doña Rosa, escuchará la conversacion.

—¡Vive el cielo!...

—De manera que se enterará...

—Eso es horrible.

—Hay que evitarlo...

—Evitarlo..... No, Soledad,—repuso el barbero despues de algunos instantes de reflexion,—ya que estalla la tormenta, que todo quede en claro y sepa cada cual á qué atenerse. Al fin ha de llegar ese caso, porque las situaciones violentas no pueden sostenerse mucho tiempo.

—Un hijo no debe saber que su madre es culpable...

—Todos tenemos derecho á que se nos diga quién es nuestro padre...

—¡Oh!...

—Además, el conde se separará de su esposa y será imposible ocultar el motivo del rompimiento.

—Tienes razon...

—Dejémos venir los sucesos como están preparados: el mal es irremediable, solo podemos evitar otros peores y castigar á ese infame irlandés: intentar otra cosa seria una imprudencia, nos encontraríamos mas enredados, no conseguiríamos mas que prolongar algunos dias esta lucha que es una agonía para todos, y abreviar la agonía es hacer un bien al enfermo que ha de morir.

—Bien, Fígaro, estamos conformes.

—Vuelvo á mi puesto...

—Antes dime lo que he de hacer...

—Lo mismo que antes: observar, escuchar...

—Descuida.

—No pierdas de vista un instante á doña Rosa.

—No me separaré de su lado ó de la habitacion inmediata.

—Yo me encargo de Begearss...

—Y cuando llegue el momento...

—Allí estaremos tú y yo.

—¿Desde dónde escucharemos?

—Desde la puerta que da al pasillo.

—Bien pensado: allí nadie nos verá y podremos acudir instantáneamente.

—¿Y doña Consuelo?

—En su dormitorio.

—¡Pobrecita!

—Todo el dia lo ha pasado llorando y rezando.

—No son sus fuerzas,—repuso el barbero,—para resistir el golpe que ha llevado, y de seguro no viviria tres meses si se casara con Begearss.

—Y cuando supiera que su marido tenia otra mujer...

—¡Oh!... ¡Cuántos horrores vamos á evitar!

—Dios nos saque con bien.

—Así lo espero...

—Fígaro, adios.

—Si algo ocurre, ya sabes dónde estoy.

—Cuando el señor conde vuelva...

—Iré á buscarte.

Soledad se dirigió nuevamente á las habitaciones de su señora, y Fígaro al sitio en que antes se encontraba, esperando al irlandés.

El momento terrible se acercaba.

El barbero estaba seguro de que el conde no podria contenerse; pero ¿qué determinaria?

¿Perdonaria á su esposa?

Era muy dudoso.

¿Se vengaria, aunque tuviese que promover un escándalo?

Era muy probable.

No podian preverse las consecuencias de la entrevista de los dos esposos.

Lo que sí tenia Fígaro por seguro era que Begearss no quedaria sin el castigo que merecian sus crímenes.

Reinó en toda la casa un silencio profundo, porque los criados, aunque ignorantes de lo que sucedia, habian comprendido que se preparaba algun grave acontecimiento y no se atrevian á hablar mas que lo puramente indispensable y á media voz, sentian un

miedo, que si bien no se lo esplicaban, no podian tampoco dominarlo, y si alguno de ellos preguntaba á otro,

—¿Por qué callas? ¿Por qué no ries, cantas y gritas como siempre?

El interpelado respondia:

—Porque la señora condesa y doña Consuelo están indispuestas.

No era menester mas que entrar en aquella casa y mirar los rostros de los criados para comprender que se atravesaba una situacion de esas que forman época en las familias.

Pasó mas de una hora.

El conde no volvia ni Begearss tampoco.

Fígaro y Soledad empezaban á impacientarse.

Para la condesa trascurria velozmente el tiempo: como temia que llegase el momento en que debia decidirse de la suerte de su hijo, las horas le parecian minutos.

Tocaba el sol á su ocaso.

Llegó un instante en que nada, absolutamente nada se oyó en el interior de la casa.

Hubiérase dicho que todos dormian para reparar sus fuerzas, preparándose á la lucha.

Á medida que iban ocultándose los rayos del sol, se aumentaba el miedo de Rosa.

Cuando el horizonte estuvo iluminado solamente por los resplandores del crepúsculo, la condesa llamó á Soledad y pidió luz.

La sirviente obedeció.

—¿No ha vuelto mi esposo?—preguntó Rosa.

—No, señora, y por eso no ha podido dársele el recado vuestro: Fígaro me avisará.

—Bien, déjame.

La condesa volvió á quedar sola y á entregarse á sus tristes pensamientos.

Por fin llegó el conde.

Su rostro estaba pálido y contraido, aunque no tanto como antes.

Cuando Soledad oyó el ruido del coche, que se detuvo á la puerta de la casa, comprendió que era Almaviva y corrió en busca de Fígaro.

En muchas ocasiones habia dado Soledad pruebas de valor; pero en aquella temblaba sin poder disimular el miedo.

—¡Ay, Fígaro!—exclamó.

—Ya ha vuelto el señor conde.

—Lo sé...

—¿Has avisado á don Angel?

—Todavía no; pero...

—No pierdas tiempo, tu tardanza puede llamar la atencion á doña Rosa; y además, conviene que se espliquen antes que vuelva el irlandés.

—Ahora mismo...

—Mientras,—repuso el barbero,—iré yo por la pobre María Montalvo y su hijo.

—No, Fígaro, no te vayas...

—Vuelvo en seguida.

—Por pronto que sea puede suceder...

—Nada, Soledad.

—Te advierto,—replicó la sirviente,—que no respondo de mí, y por conguiente...

—¿No sabes que me espera María?

—Despues irás por ella, lo mismo tiene para el caso.

Fígaro dudó algunos instantes.

—Bien,—dijo,—iré despues.

—Te lo agradezco...

—Avisa á don Angel...

—En el pasillo nos encontraremos.

Soledad desapareció.

CAPÍTULO XVII.

Del resultado que dió la entrevista del conde y su esposa.

No pudo el conde adivinar para qué lo llamaba su esposa, porque no era creible que esta provocase una cuestion que tanto le convenia evitar.

Aunque de mala gana, Almaviva se dirigió al gabinete de Rosa, porque le era imposible negarse á ello, y entró con el aire de disgusto que era consiguiente á su estado.

Al ver la condesa á su esposo se estremeció convulsivamente y tuvo un instante de arrepentimiento por el imprudente paso que daba; pero acordándose de su hijo, pensando en que este, no solo la escuchaba, sino que la observaba, recobró el aliento que habia empezado á faltarle.

—Señora,—dijo el conde al entrar,—me han dicho que me llamábais...

—Sí, conde,—respondió Rosa con insegura voz;—he dicho que viniéseis porque he creido que aquí podríamos hablar con mas libertad que en vuestro gabinete.

—Pues aquí me teneis...

—Sentaos... os lo ruego... y escuchadme con atencion...

—Gracias, condesa: estoy mejor de pié, porque... me muevo y... ¿Qué teníais que decirme?

—Se trata de... mi hijo...

—¡De vuestro hijo!—replicó vivamente Almaviva.

—¿Qué os sorprende, señor conde?

—Nada; pero... no comprendo...

—Me esplicaré...

—Bien... como gusteis...

—Ningun otro motivo seria bastante para vencer mi temor de hablaros.

—¡Temor!...

—Me esplico mal... quiero decir repugnancia, la misma que vos mostrais.

—Condesa, no os entiendo.

—Hace una hora,—repuso Rosa, que cada momento se sentia con menos valor,—hace una hora que ví á mi pobre hijo en el mas lastimoso estado...

—¿Qué le ha sucedido?

—Vuestra determinacion de hacerle partir inmediatamente...

—Así lo he dispuesto.

—Y el tono de dureza con que le habeis dado esa órden de... destierro...

—¡Señora!

—Sí,—repuso la condesa, haciendo un doloroso esfuerzo,—su educacion es un pretesto... ¡Ah!... Escuchadme, señor conde, y no os impacienteis; procuraré molestaros poco, pero es preciso que á mi hijo se le haga la justicia que merece.

Almaviva fijó en su esposa una ardiente mirada, y luego em-

pezó á pasearse lentamente por el aposento, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Rosa no pudo resistir aquella mirada y tambien inclinó la cabeza, diciendo despues de algunos instantes:

—¿Ha faltado mi hijo á sus deberes?... ¡Ah!... Nunca, señor conde, nunca ha merecido la mas ligera reconvencion, ha sabido conquistarse la estimacion de cuantos lo conocen, y solamente su... su protector natural, mi esposo, parece desconocer esas virtudes.

El conde no respondió: siguió paseando.

Rosa, alentada por el silencio de su marido, interpretado equivocadamente, prosiguió hablando con mas firmeza, levantando gradualmente la voz.

—Señor conde,—dijo,—pensadlo bien y os convencereis de que vuestro proceder es injusto. Tratais con dureza á ese hijo respetuoso y bueno; lo alejais de vuestro lado como si os fuese odioso... ¡Oh!... Permitidme que os diga que semejante conducta no tiene escusa á los ojos de la razon y es incomprensible, increible á los de la naturaleza.

—¡Oh!—murmuró Almaviva con voz ahogada.

—¿Qué ha hecho esa infeliz criatura?

—¡Qué ha hecho!—repitió el conde, parándose y lanzando á su esposa una terrible mirada.

La infeliz madre volvió á perder el valor.

—¡Ah!—exclamó.—No es mi ánimo ofenderos...

El conde se sintió trastornado, loco por la ira mas reconcentrada.

Sus negros ojos relumbraron como dos carbunclos, y su rostro, descompuesto, tomó una espresion terrible.

En aquellos momentos se olvidó de cuantas consideraciones le

habian hecho guardar silencio, y no pudiendo contenerse, dió un paso hácia Rosa y dijo:

—¿Y sois vos quien me preguntais lo que ha hecho ese niño infeliz? ¿Sois vos la que me acusais de su desgracia? ¿Sois vos la que reclamais para él mi cariño de padre, sus derechos de hijo?

La condesa exhaló un grito de terror.

—¡Oh!—prosiguió Almaviva con creciente arrebato.—Generosas consideraciones que vos comprendeis mejor que yo, me han hecho callar, han contenido mi terrible y justa cólera; pero ya que tan imprudentemente la provocais, ya que hasta tal punto habeis llevado vuestra audacia, vuestro cinismo, ya que...

—No,—interrumpió la infeliz Rosa con espanto,—no..... Callad...

—Vais á oir vuestra sentencia y la de vuestro hijo...

—Basta... basta...

—¡Me preguntais lo que ha hecho esa criatura!...

—Nada os pregunto...

—Vais á saberlo.

—¡Ah!—exclamó la condesa, estendiendo los brazos y con acento de desgarradora súplica.—¡Por compasion!...

—No me pregunteis lo que ha hecho vuestro hijo... Acordaos de lo que habeis hecho vos...

—Dejadme,—interrumpió Rosa desesperada y poniéndose de pié para huir.

Pero su esposo la asió de un brazo, y con toda la fuerza de su rabiosa ira la dejó caer nuevamente en el sillon.

—Ya es tarde, señora.

—¡Dios mio!...

—Sí, invocad á Dios, que bien necesitais su misericordia por vuestra liviandad... ¿Ignorábais que tengo pruebas de vuestro

crímen, pruebas de que esa criatura cuyos derechos reclamais es el hijo de vuestra debilidad y mi deshonra?... ¡Oh!... Mirad,—añadió el conde en el último grado de estravío y sacando las cartas de su esposa y Querubin,—mirad... ¿Conoceis vuestra letra y la del miserable que manchó mi limpio honor? ¿Conoceis esta sangre, última que derramó el traidor infame, y que es la misma que corre por las venas de vuestro hijo?

Rosa ocultó el rostro entre las manos; apenas podia respirar y se sentia desfallecer.

—Escuchad,—prosiguió el conde,—escuchad lo que entonces decíais, lo que entonces sucedió, mientras yo estaba en América, tranquilo porque habia fiado mi honra á vuestra virtud.

La condesa, horrorizada, exhaló un grito de mortal terror, se pasó las manos por la frente, abrasada por la calentura, fijó en su esposo un momento su mirada estraviada y luego levantó al cielo los ojos, exclamando con desgarrador acento:

—¡Señor, dadme la muerte!

—No, es preciso que vivais para que espieis vuestro crímen...

—¡Dios mio, la muerte, la muerte!...

—Mirad, mirad estos papeles...

—¡Oh!... ¡Apartad!... ¡Por compasion!...

Almaviva, dominado por un vértigo terrible, leyó el contenido de aquellos fatales papeles, interrumpiéndose á cada instante para lanzar á su esposa furiosas miradas, y dirigirle amenazas espantosas que no se hubiera atrevido á cumplir por ardiente que fuese su deseo de venganza.

Era imposible que la infeliz madre resistiese mas.

—Preguntadme ahora,—repuso el conde,—por qué trato con dureza á vuestro hijo... ¡Perfida!... ¡Y aun me acusais porque no acaricio al fruto de vuestra liviandad, porque quiero apartar de

mí la prueba de mi deshonra!... Os parece poco haberme ofendido y quereis escarnecerme... ¡Oh!...

—No puedo mas,—murmuró la condesa con voz desfallecida, y levantándose.

Empero volvió á caer pesadamente en un sofá, diciendo:

—Dios mio... ¡perdonadme... me muero... perdon, esposo mio... mi hijo... mi hijo...

No pudo mas.

Sus ojos se cerraron, desfiguróse horriblemente su rostro y quedó inmóvil.

El conde retrocedió espantado.

Sus ojos, estremadamente abiertos, fijaron en la condesa una mirada de terror.

No acertó á articular una sílaba.

Hubo algunos instantes de silencio profundo, espantable, pavoroso.

La cortina de una de las puertas del gabinete se entreabrió y se vieron al otro lado como dos luces fosfóricas.

Eran dos ojos relucientes, destellantes como los de una pantera.

Los ojos del irlandés.

Otras dos cortinas, de distintas puertas, se movieron tambien; pero sin que se viese nada.

Almaviva se oprimió las sienes y con voz sorda, ahogada, murmuró:

—La he matado...

Luego se acercó á la condesa, la contempló un instante, y como si despertase de un sueño pesado, como si desechase una horrible pesadilla, gritó:

—¡Socorro!... ¡Socorro!...

LAMINA 20. — ¡Madre mia

Angel apareció en el estado de agitacion que era consiguiente, cadavéricamente pálido y desfigurado, y se arrojó como un loco sobre el cuerpo inmóvil de Rosa, exclamando con voz que parecia llevarse tras sí el alma:

—¡Madre mia!

Luego levantó al cielo sus encendidos ojos, dejando escapar una mirada de dolor profundo, de súplica desgarradora, de loca desesperacion.

—¡Su hijo!—exclamó el conde, cuyo semblante habia cambiado de espresion en pocos momentos, revelando tanto terror como antes odio.

—¡Está muerta!—repuso el jóven con el acento del delirio.—¡Muerta!...

—¡Muerta!—repitió el conde.—¡Oh!..... ¿No hay quien acuda?

Soledad entró corriendo.

—¿Qué sucede?—preguntó.—¡Ah!... Mi querida señora...

Y tomando un pomo que habia sobre la mesa, lo acercó á la nariz de Rosa.

—¡Madre desdichada!...

—Un médico, Soledad... Corre...

—Silencio,—interrumpió Fígaro, entrando en el gabinete.

—¡Muerta!...

—¿Quién?... Callad, vuestros gritos pueden hacerle daño... Dejadme... El pulso... ¡Ah!... Está viva; pero será preciso sangrarla si no recobra pronto el conocimiento... ¡Vive Dios!... Afortunadamente no he olvidado mi antiguo oficio..... Esperad y calmaos... Mucho silencio...

—Sálvala, Fígaro,—dijo el conde;—sálvala y te daré cuanto poseo.

El barbero desapareció.

Angel, arrodillado, hacia que su madre aspirase esencias.

De vez en cuando se agitaba levemente la cortina á través de la cual se habian visto antes relucir los ojos del irlandés.

Soledad lloraba mientras sostenia cariñosamente la cabeza de su señora.

Esta exhaló un penoso suspiro.

Luego abrió los ojos, miró á su alrededor y con voz debilitada dijo:

—¡Ah!... Estoy entre mis jueces...

—¡Madre mia!...

—¡Cielos!..... Mi esposo y mi hijo..... soy criminal para los dos... ¡Ah!... Triste es morir, pero... no importa... Vengaos el uno y el otro...

—Yo soy la causa de todo,—replicó vivamente Angel.

—No,—dijo el conde,—no...

—¡Ah!—repuso la condesa.—No merezco vuestro perdon... ¡Madre culpable!... ¡Esposa indigna!... Un instante de debilidad, de locura nos ha perdido á todos... He traido la desgracia á mi familia, he sembrado la discordia entre el padre y los hijos... ¡Dios omnipotente!... Tu justicia no podia dejar sin castigo tan horrendo crímen...

Fígaro volvió provisto de sus lancetas y se acercó á Rosa.

—Ya ha recobrado el conocimiento... ¡Ah!...

—No pierdas un instante,—dijo el conde.

—Esperad,—repuso el barbero;—calmaos... El pulso..... Bien..... Ya no hay prisa..... Se restablece la circulacion... Me asusté sin fundamento... Señora, tened ánimo.

Rosa se oprimió el pecho, exhaló otro suspiro, y levantando al cielo los ojos, exclamó:

—¡Dios mio!... ¡Quitadme la vida!...

—No,—dijo el conde, acercándose al fin á la desdichada y tomándole una mano,—no morireis... Tranquilizaos... ¡Vuestro dolor ha desgarrado mi alma!...

Angel se pasó las manos por la frente, oprimióse el pecho, su semblante tomó una espresion de noble dignidad que estaba muy lejos de parecerse á un vano orgullo; y dirigiéndose al conde, dijo:

—Señor, perdonadme porque inocentemente os he dado un nombre que era un ultraje... ¡Ah!... Renuncio á un apellido que no me pertenece, á unos bienes que no deben ser mios; lejos de vos me iré para que mi presencia no os recuerde vuestra desgracia; pero, siquiera por piedad, que no se haga público el deshonor de la infeliz mujer que ha sido vuestra esposa. Un error espiado por veinte años de lágrimas, ¿es aun un crímen que merezca castigo?... Mi madre y yo saldremos de vuestra casa...

—¡Jamás!—interrumpió Almaviva.

—Un convento,—repuso Angel,—será el retiro de mi madre, y yo, sin nombre y como simple soldado, iré á defender la independencia de mi patria, que no tardará en verse amenazada por ese gigante que ha vomitado la revolucion del pueblo francés. Desconocido, moriré por nuestra santa independencia, y si me respeta el plomo enemigo, la serviré como buen español.

Fígaro contemplaba con orgullo, con entusiasmo al noble mancebo, que parecia engrandecerse con la desgracia.

El conde lo miraba tambien con afan, como si quisiese adivinar en el hermoso rostro de aquella criatura lo que pasaba en su alma.

—¡Angel!—exclamó Rosa, que pareció reanimarse.—¡Hijo mio!... Tu valor me infunde aliento... ya puedo soportar la vida, que antes me era odiosa, puedo soportarla porque tienes la vir-

tud de no acusarme, de no aborrecerme... ¡Ah!... En medio de la desgracia será tu patrimonio ese noble orgullo... Sí, hijo mio, tú servirás á la patria, yo trabajaré para sostener mi débil existencia...

—¡No, Rosa, no!—exclamó Almaviva conmovido tiernamente.—Yo soy el verdadero culpable... No quiero privarme de vuestras virtudes en mi vejez..... Rosa mia..... Angel..... ¡hijo mio!...

—¡Ah!... Señor conde,—repuso el mancebo,—no os dejeis llevar por un noble impulso de generosidad de que mas tarde podeis arrepentiros... No quedais solo...

—Teneis á Consuelo,—dijo la condesa,—dadle vuestro ilustre nombre, vuestros títulos, vuestros bienes, los merece, es... ¡vuestra hija!...

—¡Cómo!—exclamó sorprendido el conde.—Mi hija..... ¿Quién os ha dicho?...

—Hace mucho tiempo que lo sé...

—¡Y á pesar de eso la amais tanto!... ¡Oh!... Estoy avergonzado... ¡Cuán poco valgo á tu lado, Rosa mia!... Angel... hijo mio... llámame padre y... ¡ven á mis brazos!...

El conde y Angel se abrazaron.

De los negros ojos de Fígaro se escaparon dos lágrimas.

—¡Vive Dios!—exclamó.—Ahora os reconozco, señor conde... Bien, todo se acabó: lo mismo podeis echaros en cara el uno que el otro... Una locura de jóvenes. ¡Oh!... Á nuestra edad se ven las cosas de distinto modo que á los veinte años... Todos somos débiles y no puede pedírsenos mas de lo que es susceptible de dar nuestra débil naturaleza. Por eso Dios lo perdona todo, absolutamente todo cuando hay verdadero arrepentimiento.

La cortina se movió otra vez.

—¿Y qué dirá de todo esto el señor Begearss?—añadió Fígaro.

—¡Oh!..... Tendrá un dia de satisfaccion,—respondió el conde.

—No tan grande,—repuso el barbero,—como la que tuvo cuando os entregó esas pícaras cartas.

—Esas cartas cayeron en mi poder por casualidad...

—¿Cómo?—preguntó afanosamente Rosa.—Yo las creia quemadas...

—Al abrir una caja donde guardais algunas joyas, Begearss puso casualmente las manos en un resorte, se abrió una segunda tapa, y con sorpresa suya y mia...

—¡Sorpresa!—interrumpió Fígaro.—¡Sorpresa suya cuando conocia el secreto!..... Ese miserable hizo traer la caja de Londres...

—¿Qué dices?

—La verdad,—repuso la condesa.

—¿Cómo quiso evitar que me apoderase de los papeles y se resistió á leerlos?

—Porque sabe de memoria lo que dicen; porque él fué el portador de esa carta escrita con sangre...

—¡Ah!—exclamó el conde, apretando los puños con reconcentrada ira.—¡Todo lo comprendo!...

—Y él ha sido,—repuso el barbero,—quien ha descubierto á la señora condesa el secreto del nacimiento de doña Consuelo...

—¡Eso mas!...

—Y á nosotros,—dijo Angel,—nos lo reveló tambien, y creyéndonos hermanos, llenos de horror...

—¿Con que esa inocente niña?...

—Sabe que sois su padre.

—¡Nada ha respetado ese mónstruo!...

—Nada, señor...

—¡Y yo iba á entregarle mi hija!...

—Todavía le sobrarán razones para justificar su conducta: es demasiado astuto y atrevido...

—No quiero verlo,—replicó vivamente el conde:—Fígaro, ordena de mi parte que cuando venga ese infame hombre no se le deje entrar, y que le aconsejen que procure no encontrarse conmigo.

—Al contrario, señor; es preciso echarle mano y que no quede sin castigo.

—Harto castigado está con sus crímenes...

—Pero hay que cerrarle la boca para que no publique los secretos que tan imprudentemente le habeis confiado.

—¡Nuestra honra á merced de ese miserable!...

—Además, os falta saber lo mejor...

—¿Mas aun?...

—Begearss es casado...

—¡Fígaro!...

—Tiene abandonada á su pobre mujer...

—¡Gran Dios!...

—Y á un hijo...

—¡Imposible!...

—Los conozco... Pronto tendreis aquí á la madre y al hijo, que se albergan en una buhardilla en la calle de la Justa y viven de la caridad pública... ¡Oh!... Esta es historia larga de contar...

Rosa, el conde y Angel miraban sorprendidos al barbero.

—¿Estás seguro de lo que dices?—preguntó Almaviva.

—Como de que Soledad es mi mujer.

—Pero...

—Hace algunos dias que visito á la esposa de ese infame y que la socorro en vuestro nombre.

—Pueden haberte engañado...

—He visto la fé de casamiento y visto tambien á Begearss turbarse, aterrorizarse ante esa mujer...

—¡Oh!...

—Mucho tiempo hace, señor, que busco las pruebas que al fin encontré.

—¡De qué desgracia tan horrible nos has librado!—dijo el conde.

Y como si ya no le quedasen fuerzas, se dejó caer en el sofá, al lado de su esposa, y añadió:

—Estoy cansado... Mi buen Fígaro, perdona si en mi alucinacion...

—Señor conde, he cumplido con mi deber.

—¡Ah!... Mi gratitud...

—No olvidemos lo que mas importa.

—¿Qué hemos de hacer?

—Apoderarnos de Begearss, y despues determinar lo que mas convenga. Por de pronto es preciso evitar que publique este secreto.

—Muy difícil es...

—Buscaremos un medio, señor; todo se consigue con buena voluntad y constancia.

—Bien, Fígaro; ya que has empezado la buena obra...

—La acabaré.

—Hemos de esperar á que venga ese traidor,—dijo la condesa,—y entre tanto...

—¿Qué quieres?

—Abrazar á Consuelo...

—¡Rosa mia!...

—La pobre niña sufre horriblemente; su tormento aumenta cada minuto que pasa, porque se acerca la hora de firmar el contrato de matrimonio, que era su sentencia de muerte. ¿Por qué hemos de dejarla mas tiempo en su agonía?

—Soledad, corre, llama á mi hija...

—¡Gracias, madre mia!...

Soledad no se detuvo un instante y salió corriendo del gabinete para obedecer.

—Ahora,—dijo el conde,—ocultemos á Consuelo la causa de este cambio tan repentino en nuestras relaciones: es preciso respetar su juventud y su candidez: basta decirle que las intrigas de ese miserable nos tenian divididos, y que han abusado de su credulidad al decirle que es hermana de Angel.

—Sí, sí.

Convinieron en no revelar á la inocente niña el secreto del nacimiento de Angel; pero nada hablaron de los amores que eran la única dicha de ambos, y el mancebo no se atrevió á tocar este punto por no parecer egoista.

Consuelo no tardó en llegar, y acercándose á Rosa y contemplándola algunos momentos, le dijo:

—¡Madre mia!... ¿Qué teneis?... Soledad me ha dicho que os sentíais indispuesta... y estais pálida...

—Nunca he sido tan feliz como ahora... Abrázame, hija mia... Así...

—¡Ah!...

—Vas á recibir una nueva que te devolverá la perdida alegría... Tu buen padre te la comunicará.

—Consuelo, hija mia,—dijo el conde,—has corrido un gran peligro; pero gracias á Dios, que vela por los buenos y premia

la virtud, ha sido descubierta la intencion del criminal. Ese falso amigo á quien debias unir tu suerte...

—¡Begearss!...

—Sí,—dijo el doncel, que no pudo contener su impaciencia:—no somos hermanos...

—¡Dios mio!—exclamó la jóven, cuyos azules ojos brillaron con el fuego de la mas viva alegría.—¡No eres mi hermano!...

—No,—repuso el conde.—Begearss nos engañaba, y tú eras el precio de sus horribles perfidias.

—Vuelvo á quedar sin padre...

—Pero encuentras un esposo...

Angel y Consuelo exhalaron un grito de júbilo.

—Basta,—dijo el barbero:—la señora condesa no está repuesta del todo: necesita descanso y silencio. Mañana hablareis despacio y celebrareis vuestra dicha: yo seré el primero que bailaré y alborotaré. Ahora os dejo, porque Begearss tarda y quiero ir á buscarlo. Ya debia estar aquí... ¡Oh!... No debemos descuidarnos. Don Angel, os prometí estorbar el casamiento de doña Consuelo con Begearss...

—Has cumplido tu palabra.

—¿Y á dónde vas á buscar á ese infame?

—No lo sé; pero ello es que hay que buscarlo. ¿Quién sabe si ha previsto la tormenta? Es muy astuto y puede suceder que á estas horas haya puesto ó esté para poner tierra de por medio.

—Cuidado, Fígaro, que no te permito hacer mas que buscarlo y traerlo...

—Descuidad, señor. Le haré venir sin tocarle á un cabello.

Fígaro salió del gabinete, diciendo para sí:

—Es sospechosa la tardanza de ese miserable: hace una hora que debia estar aquí.

Y tomó su capa y sombrero y bajó precipitadamente la escalera.

—¿Qué diablos sucede?—le preguntó el portero.—Todos entran hoy despacio y tristes y salen corriendo.

—¿Pues quién ha salido?—replicó el barbero, deteniéndose.

—El señor Begearss...

—¡Begearss!...

—Sí, el mismo, que iba como alma que lleva el diablo...

—¡Vive Dios!—exclamó Fígaro, apretando los puños.—¡Se ha escapado!... ¡Oh!...

—¿Escapado?...

—¿Habeis visto el camino que ha tomado?

—Sí... por allí... parecia dirigirse á la calle de la Flor alta; pero no lo aseguro, porque con la oscuridad...

—¿Hace mucho tiempo?

—Todo lo mas un cuarto de hora...

Fígaro dejó escapar un rugido de rabia y salió corriendo mientras decia:

—Habrá estado escuchando y lo sabe todo... ¡Ya es tarde!... ¡Oh!... ¿Dónde lo encontraré? Por la calle de la Flor puede haber ido á su casa; pero no es tan torpe... ¿Sabrá dónde vive su mujer?... ¡Ah!... ¿Quién sabe si el descubrimiento de sus crímenes le ha sugerido la idea de cometer otro?... ¡Por Satanás!... Si se me escapa ese infame, creo que me matará la rabia. ¡Oh!... Lo buscaré y... lo encontraré, sí, lo encontraré aunque tenga que sacarlo de las entrañas de la tierrra... Ya no podré cumplir mi promesa de no tocarle á un cabello, porque se resistirá á seguirme... Bien, le dejaré el pelo y le tocaré al corazon, y así no faltaré á mi palabra.

Fígaro sufrió en aquellos momentos mas que nunca: la idea de

que se le escapase el traidor lo atormentaba horriblemente, ya porque no podia mirar con calma que tanto crímen quedase sin castigo, ya porque el secreto de que dependia la honra de Rosa era un arma terrible de que no dejaria de hacer uso el infame que nada respetaba.

Nunca habia mostrado el barbero tanta agilidad: corriendo con cuanta velocidad podia, y en tanto que sus negros ojos centellaban en medio de la oscuridad de la noche, atravesó la calle y pocos segundos despues llegó á la de la Flor alta.

CAPÍTULO XVIII.

Justicia divina.

Tenemos que retroceder veinte minutos para buscar á Begearss antes que saliese de la casa del conde, porque así esplicaremos mejor los importantes sucesos que tuvieron lugar aquella noche.

Como ya hemos indicado, el irlandés, oculto tras una cortina, habia escuchado la conversacion de los esposos, regocijándose por el resultado que empezaba á dar su intriga; pero cuando vió que los nobles sentimientos de Almaviva empezaban á responder á los dolores de su desdichada esposa, temió que fracasase su plan, dándole opuesto resultado al que buscaba.

Así sucedió, y del peligro que corria, no solo el éxito de su intriga, sino su persona, se convenció el irlandés cuando Fígaro tomó parte en la cuestion y empezaron á hacerse aclaraciones.

¿Qué hacer en aquel apuro?

Para todo encontraba escusa, defensa victoriosa la fecunda

imaginacion de Begearss; pero la terrible acusacion de ser casado no podia desvanecerla mientras la justificasen su mujer y su hijo.

Habia, pues, que perder toda esperanza de salvacion ó evitar que hablase María Montalvo.

Así lo comprendió el irlandés, fijándose en tal idea como el único medio de salvacion, y se decidió á poner en práctica un proyecto horrible, concebido en pocos instantes.

—Mi mujer,—dijo,—es de esas criaturas nécias y débiles que el mundo califica de buenas y sensibles. Á pesar de que la he abandonado, la he maltratado y por mí se ve enferma y miserable, si me presento á ella, le digo cuatro frases bien estudiadas, reconozco mis faltas, muestro mi arrepentimiento y me entrego á su generosidad, se entregará ella á mí y no vacilará en seguirme al instante. Una vez lejos del sitio donde Fígaro puede encontrarla, me queda tiempo para lo demas, y despues de justificar mi conducta en cuanto á lo de las cartas, y las revelaciones hechas á Consuelo y Angel, acusaré de calumniadores á los que me han acusado, daré una prueba de dignidad y desinterés renunciando á casarme con esa niña y negándome á volver á una casa donde he recibido ultrajes que no puede perdonar toda mi generosidad. Esto producirá un efecto sorprendente, será un golpe decisivo: hecho con habilidad debe dar por resultado que me rueguen para que no los abandone. Pero esto hay que hacerlo al instante: una hora, media de tardanza me perderia. Mi mujer y mi hijo deben salir de su vivienda antes que el barbero pueda ir á buscarlos. ¡Oh!... Emplead algunos minutos mas en abrazos de reconciliacion y en esplicaciones y triunfaré.

Era cuestion de vida ó muerte, y Begearss, á pesar de su calma, estaba aturdido, tan preocupado con la idea de no perder

un instante, que en nada, absolutamente en nada mas pensó.

Sucedióle al irlandés lo que á todos los criminales por astutos y precavidos que sean: siempre olvidan una circunstancia, insignificante muchas veces, pero que dá por resultado el descubrimiento del crímen ó su castigo.

Por sereno que sea el hombre, por acostumbrado que esté á consumar crímenes, siempre que intenta cometer alguno se ofusca su entendimiento, poco ó mucho, resultando un descuido, una torpeza que es su perdicion.

La esperiencia ha probado esto.

Mientras Fígaro daba las últimas esplicaciones y aconsejaba que se apoderasen del irlandés, este salió corriendo de la casa y se encaminó á la calle de la Justa.

La noche era muy oscura y fria; pero como era temprano transitaba alguna gente por la calle Ancha de San Bernardo y sus alrededores.

Pudiendo apenas respirar, llegó el irlandés á la miserable casa de María Montalvo.

—Creo que tendré tiempo,—murmuró.

Y sin detenerse entró precipitadamente en el estrecho portal, apenas iluminado por la moribunda luz de un farolillo, y empezó á subir la empinada escalera, que estaba enteramente oscura.

Apenas habia subido tres ó cuatro escalones, cuando un hombre que estaba oculto detrás de la puerta salió y lo siguió, sirviéndole la mano izquierda de guia, tentando la pared, y levantando la derecha, armada de un largo puñal, que si no estaba reluciente debia estar bien afilado.

Aquel hombre era Anton, el asesino pagado por Begearss para que diese muerte á Fígaro.

Hé aquí, pues, lo que habia olvidado el traidor amigo: los

que acechaban tenian órden de herir al primero que subiese á la buhardilla despues de anochecido, sin hacer otra distincion.

¿Cómo se libraria el infame irlandés de la muerte que le amenazaba?

Los puñales pagados por él iban á clavarse en su pecho.

Iba á caer en el lazo que su infamia tendió para otro.

¿Estaba allí clara la justicia divina?

No puede dudarse.

Ningun delito quedaria impune aunque la sociedad no lo castigase.

El criminal que por cualquier medio logra sustraerse á la justicia de los hombres, no consigue nada mas que cambiar un castigo por otro, y siempre pierde en el cambio.

Dejad las apariencias, penetrad en la vida privada, secreta de los perversos, y os convencereis de que son los mas desgraciados, los que mas sufren.

Hambre honrada y valerosamentente sufrida es mayor felicidad que riquezas mal adquiridas.

Con la primera hay siquiera el goce de una risueña tranquilidad, la satisfaccion de un noble orgullo, y con las segundas se sufre el tormento de la conciencia, que no se acalla con oro.

El irlandés continuó subiendo con toda la prisa que permitia la oscuridad.

Llegó al último piso.

Estendió los brazos hácia adelante y tomó por el estrecho pasillo donde estaba la buhardilla, sin haberse apercibido del hombre que lo seguia.

Dió un paso y luego otro.

Empero se detuvo porque oyó decir:

—¡Á él!

Instantáneamente comprendió su situacion horrible porque se acordó de los asesinos que esperaban al barbero.

—¡Deteneos!—gritó aterrorizado.—Soy yo...!

No pudo decir mas.

Ahogóse la voz en su garganta.

Oyóse el ruido sordo de una lucha tenaz, desesperada, pero breve.

Luego el de un cuerpo que cayó pesadamente y una imprecacion horrible.

Un segundo despues rodó otro cuerpo, y con el acento desgarrador de la agonía, gritó el caido:

—¡Socorro!... ¡Asesinos!... ¡Socorro!...

Y mientras los gritos se repetian, uno de los hombres empezó á bajar la escalera, no con cuanta prisa el caso requeria, sino con la que permitia la oscuridad.

—Ha costado la vida al pobre Lagarto,—decia el que bajaba,—y yo he salido bien porque estaba detrás... ¡Cómo grita el maldito!... ¡Oh!... No me atrevo á detenerme para acabar con él... ¡Por Satanás!... Ha sonado una puerta... Luz...¡Ira del infierno!

Los gritos de Begearss se oian en toda la casa, y del cuarto principal habia salido una mujer con un candil, preguntando:

—¿Qué sucede?

Encontróse frente al asesino, lo miró muda de espanto, y cuando este iba á lanzarse sobre ella para quitarse el estorbo, recibió un candilazo en la cara que le estorbó el primer movimiento y le hizo perder el tino porque la escalera volvió á quedar á oscuras.

La mujer cerró la puerta, corrió al balcon, y asomándose empezó á pedir socorro con toda la fuerza de sus pulmones.

Nada mas oportuno.

Los gritos de Begearss iban siendo mas débiles.

Por momentos se apagaba su voz, y tardó pocos segundos en callar.

Anton siguió bajando la escalera con cuanta rapidez pudo; pero al llegar al portal se encontró con dos soldados, tres alguaciles y algunos otros hombres que habian acudido á los gritos de la mujer.

La resistencia hubiera sido inútil.

—¡Ese es!—dijeron muchas voces.

—Sí, yo soy,—replicó Anton;—he tenido que luchar solo con dos bribones que querian asesinarme; pero les ha costado caro su atrevimiento...

—Quiere escaparse,—dijeron algunos.

—Aquí estoy: no pienso irme...

—Ya averiguaremos la verdad,—interrumpió uno de los alguaciles.—Te conozco, no es la primera vez que te encierro y estamos en deuda. Mira esta cicatriz que tengo en la cara..... es obra tuya... Creo, Anton, que esta será tu última proeza.

Los alguaciles desarmaron al asesino y lo ataron.

En seguida subieron unos con otra luz que sacó la vecina del candil, y otros fueron á buscar al alcalde.

Junto á la puerta de la buhardilla, que permanecia cerrada, encontraron tendidos en medio de algunos charcos de sangre á Begearss y á Lagarto, ambos heridos de muerte, pero vivos aun.

El cuadro era horrible, repugnante.

La rojiza luz del velon que llevaba uno de los alguaciles, apenas iluminaba el estrecho pasillo de pardas paredes y negro techo, dando al rostro pálido y desfigurado de los moribundos un aspecto mas aterrador.

Los ojos del irlandés se revolvieron en sus órbitas y fijaron en Anton y los corchetes una mirada de desden, vagando por un instante en sus labios una sonrisa feroz, de repugnante cinismo.

Lagarto miró tambien á su compañero y á los alguaciles con la mas fria indiferencia.

—¿Quién os ha herido?—preguntó uno de los corchetes.

—Yo,—respondió Lagarto con débil voz,—estaba aquí..... con ese... con Anton... para... asesinar á un hombre que... debia venir..... y el que vino se defendió y..... yo estaba delante y me... hirió al... darle yo una... puñalada... en el pecho... y... ¡ay!.....

No pudo seguir hablando; hizo un gesto horrible, estremecióse convulsivamente y quedó inmóvil.

Habia dejado de existir.

—Bastante ha dicho,—repuso el alguacil.

—Miente,—replicó Anton.

—Lo veremos...

—Esa es la verdad,—dijo entonces el irlandés, volviendo á sonreir.—¿Qué te importa, Anton?... Has de acabar en la horca y... lo mismo tiene un año antes que despues... ¡Oh!... Me queda poca vida... Yo he pagado á estos dos canallas para que asesinasen á un hombre... hice el trato con Anton... y equivocadamente me han herido... ¡Ay!...

—¿Con que vos tambien?...

—Sí,—repuso Begearss con horrible cinismo,—tambien merezco que me aprieten la garganta; pero... no tendreis ese gusto, porque yo no soy hombre que me deje matar como un pobre diablo... en una horca... despues que me hubiese aturdido á gritos un cura... Á mí se me mata; pero no se me asusta, ni se me hace servir de diversion al populacho...

—Bien, bien,—interrumpió un alguacil.

—Dejadme hablar... estoy en mi derecho, y si no quereis escucharme, idos, que para morirme no me haceis falta.

Los corchetes miraban sorprendidos á aquel hombre, que en los momentos de su agonía mostraba tanta serenidad de espíritu, hablando de aquella manera, y alternando los gestos dolorosos con sonrisas de altivo desden y de amarga ironía.

Anton callaba, porque todo lo que hubiera podido decir en su defensa habria hecho reir despues de lo declarado por su compañero y por el irlandés.

Entre tanto iba aumentándose el número de personas delante de la casa, porque se paraban cuantas pasaban por allí, y los soldados contenian trabajosamente á los curiosos que querian invadir la casa.

No habia ventana ó balcon cerrado: por todos asomaban cabezas, se hacian repetidas preguntas y se referia el suceso por cien bocas á la vez, abultándolo y desfigurándolo cada vez mas, hasta llegar á decirse que habian degollado á toda una familia.

Poco tardaron en llegar mas corchetes, un alcalde, un cirujano y un escribano, los cuales subieron á la buhardilla para desempeñar sus respectivas funciones.

—Bien, Anton,—dijo Begearss,—lo que has hecho no era lo tratado; pero... la culpa no es tuya, sino mia; has herido al primero que llegó aquí... y declaro que has cumplido y estás en el caso de que yo te pague lo estipulado; pero ya ves como estoy... no viviré media hora... y si quieres cobrarme has de venir á buscarme al otro mundo... ó perderás lo que te debo... Yo pago en mi domicilio..... Con que, déjate ahorcar, que el viaje al infierno no es perdido...

Anton se encogió de hombros.

—Bien,—dijo,—allá nos veremos. Dos veces me han sentenciado á morir como una gallina: la primera me indultaron; la segunda logré escaparme del calabozo; la tercera... ¡oh!... de la tercera no saldré con bien. Adelante: muchos se alegrarán, porque muchos somos los del oficio y no hay trabajo para tantos.

La llegada del alcalde interrumpió la conversacion.

Á este punto llegaban cuando Fígaro entró en la calle de la Justa, y encontrándose obstruido el paso, preguntó:

—¿Qué sucede?

—Dicen,—respondió uno de los curiosos,—que en una buhardilla de esa casa han entrado siete ladrones y han asesinado á cinco ó seis personas...

—¿En esa casa?

—Sí...

—¡Vive el cielo!—exclamó el barbero.—En la habitacion de María Montalvo... ¡Oh!...

Y abriéndose paso á fuerza de codazos y empujones, sin escuchar las quejas de los unos ni las amenazas de los otros, llegó á la puerta de la casa, donde los soldados y alguaciles le hicieron detenerse.

—No se puede entrar,—le dijeron.

—Vengo á mi casa; quiero saber lo que ha sucedido... ¡Oh!... Dejadme ó ¡vive Dios! que ha de pesaros.

Dudaron los corchetes; pero conociendo que el barbero no era un simple curioso, le permitieron entrar.

Pocos segundos tardó Fígaro en subir la escalera, y es fácil comprender cuál seria su sorpresa al reconocer á Begearss.

—Ese,—dijo el irlandés apenas vió al barbero,—ese era el destinado á morir á manos de Anton.

—¡Begearss!—exclamó Fígaro.

Pronunciar el nombre del estranjero, sonar un grito agudo en el interior de la buhardilla, rechinar una llave y abrirse la puerta, fué cosa de un segundo.

María Montalvo y su hijo aparecieron.

—¡Mi esposo!

—¡Mi padre!

Ambos cayeron de rodillas junto al herido.

Este iba debilitándose por momentos; pero aun tuvo valor y fuerzas para sonreir, diciendo:

—Mi mujer... mi hijo... ¡Habeis llegado tarde!... Pensábais darme que hacer; pero no lo habeis conseguido.

Los ojos de Raimundo se llenaron de lágrimas.

—¡Padre mio!—exclamó con voz ahogada.

Y estampó en la frente pálida de su padre un beso de inmensa ternura, de dolor profundo.

El rostro de Begearss cambió repentinamente de espresion.

Su mirada dejó de ser irónica.

Desapareció de sus labios la sonrisa.

—¿Acaso,—dijo,—quieres á tu padre, lo respetas?... ¡Oh!... Lloras... y tú tambien, María... ¿Es verdad que hay Dios y que tenemos un alma que es un soplo divino?... Dame otro beso... ¡Ah!... ¡El beso de un hijo!... Y tú, María... ¡Estoy regenerado!... ¡Dios mio!... ¡María, hijo mio!... ¿Llegaria vuestra generosidad hasta perdonarme?... ¡Oh!... Voy á morir cuando creo en Dios, cuando comprendo la virtud, cuando soy feliz. Hijo mio... María... si Dios se apiada de mí... lo deberé á vosotros... Acabad vuestra santa obra... traedme un sacerdote... Pero perdonadme, bendecidme, besadme... ¡Soy feliz!... Hijo mio... sírvate de ejemplo mi desgracia... la justicia divina es inexorable... sin la virtud no hay reposo ni felicidad posible... Fígaro... perdonadme... pe-

did en mi nombre... perdon... á la desgraciada familia que tanto... ha sufrido por mí... y rogadle... al señor conde... que mire... por mi pobre esposa... por mi hijo... ¡Ah!... Un sacerdote...

—Vuestro hijo,—respondió el barbero,—lo será mio desde ahora, y vuestra mujer, hermana de Soledad. Además, ni el conde, ni la condesa, ni sus hijos mirarán con indiferencia la suerte de estos desgraciados.

Puede figurarse el lector la escena triste y desgarradora que siguió.

Algunos minutos despues llegó un sacerdote.

El herido fué colocado en la pobre cama de su esposa.

Allí lo llevó la mano justiciera del Omnipotente.

Begearss esperaba dormir aquella noche sobre mullidas plumas, y fué á morir sobre el lecho miserable y duro de una de sus víctimas.

El suntuoso lecho nupcial con que le brindaba un padre engañado, iba á trocarse por una oscura sepultura.

El cirujano declaró que el herido viviria pocos minutos y que por consiguiente debian aprovecharse para la salvacion de su alma ya que no habia remedio para la del cuerpo.

Esto sirvió de pretesto á Fígaro para sacar de la buhardilla á María y á su hijo y llevarlos á casa del conde.

Un cuarto de hora despues espiró Begearss.

Anton fué conducido á un calabozo para ser ahorcado á los pocos dias.

Casi toda aquella triste noche la pasaron rezando fervorosamente los condes, sus hijos, el barbero, Soledad, María y Raimundo.

Estos no volvieron á salir de la casa de Almaviva.

Un año despues se casaron Angel y Consuelo.

Á la edad de diez y seis años obtuvo Raimundo un empleo de alferez, debido al conde.

Por si te quedan ganas de saber mas, lector, te diré que Angel y Consuelo no tuvieron hijos y acabó en ellos la ilustre casa de los condes de Almaviva.

Estos se murieron de viejos.

Lo mismo sucedió á Fígaro, Soledad y María Montalvo.

Raimundo fué un hombre virtuoso y un soldado valiente y afortunado.

Escribí esta historia para enseñar algo bueno: si no lo he conseguido, estoy seguro que al menos no puede enseñar nada malo.

FIN DE LA CUARTA Y ÚLTIMA PARTE.

ÍNDICE.

Páginas.

SEGUNDA PARTE. Querubin.—Capítulo I. Cómo habia pasado la luna de miel y empezado la de hiel. . 3

Capítulo II. De cómo Fígaro y Soledad convinieron en que no debian tener mas paciencia. 25

— III. De cómo Fígaro no dejó escusa al conde. . 54

— IV. Se prepara la intriga contra Fígaro. . . . 43

— V. De cómo la condesa confesó á Soledad lo que no se habia atrevido á confesarse á sí misma. . 51

— VI. Ataque y defensa. 65

— VII. Donde se verá que el organista no habia perdido nada de su habilidad para la intriga. . 79

— VIII. Cómo tomó el barbero la honra y proteccion que le dispensaba el conde. 88

— IX. Don Basilio empieza á soplar la tea de la discordia. 101

— X. Vaticinios de una rosa. 117

— XI. Siguen las intrigas. 131

— XII. Lo que puede suceder por olvidar el sombrero. 146

Páginas.

Capítulo XIII. Lo que puede hacer un marido en favor de su rival. 161
— XIV. Fígaro empieza á tomar una parte activa en el asunto de los amores de Rosa y Querubin. 173
— XV. De cómo el conde se convenció de que debia sospechar sin saber de qué. 192
— XVI. El conde tiene una prueba de que habia razon para sospechar algo. 207
— XVII. De cómo el conde creyó haber aclarado sus dudas y el sacristan dado á Querubin un terrible golpe, y Fígaro les probó que se habian equivocado. 220
— XVIII. Esplicaciones. 232
— XIX. La condesa empieza á tomar parte en las intrigas de Fígaro y Soledad. 242
— XX. Empeora la situacion. 250
— XXI. De cómo se aumentaron las sospechas del conde. 271
— XXII. De cómo el diablo proporcionó al sacristan una buena ocasion para atizar el fuego de la discordia. 281
— XXIII. Lo que sucedió en el cuarto de la condesa. 295
— XXIV. De cómo se presentó un nuevo y mayor peligro. 309
— XXV. Fígaro y Soledad principian á poner en ejecucion sus planes. 320
— XXVI. Equivocaciones. 327

TERCERA PARTE. Una hora de locura.—Capítulo I. Có-

Páginas.

mo se encontraban los personajes de esta historia. 345
Capítulo II. Fígaro y Soledad tiemblan, y el sacristan, siguiendo su antigua costumbre, intenta hacer un doble negocio. 358
— III. De cómo Fígaro, á pesar de su astucia, ayudó á don Basilio y á Querubin. 368
— IV. Empieza á cumplirse el vaticinio de la rosa. 378
— V. De cómo don Basilio encontró en el pecado la penitencia. 387
— VI. Donde se dirá lo que habia hecho Rosa antes de acostarse y lo que hizo despues de levantarse. 398
— VII. Donde se da á conocer á un personaje que empieza representando el último papel y acabará haciendo el primero. 407
— VIII. Del resultado que dió la carta de Rosa. . 414
— IX. Sigue haciendo el capitan un importante papel. 423
— X. Consecuencias. 435
CUARTA PARTE. La madre culpable.—Capítulo I. Diez y ocho años despues. 447
Capítulo II. La prueba. 454
— III. Lo que determinó el conde. 463
— IV. Consuelo. 471
— V. La mendiga. 478
— VI. Donde se da á conocer al hijo de la condesa. 490
— VII. Precauciones de Begearss. 497
— VIII. Sigue Begearss haciendo preparativos. . 509
— IX. De cómo el conde empezó á poner en ejecucion su plan. 516

Páginas.

Capítulo X. La revelacion. 527
— XI. Esplicaciones. 538
— XII. Sigue el barbero preparando su golpe. . . 546
— XIII. Empiezan á tocarse las tristes consecuencias de la intriga de Begearss. 556
— XIV. De cómo Angel hizo sufrir al conde mas que este habia hecho sufrir á su hija. . . . 566
— XV. La madre y el hijo. 578
— XVI. Llega el momento. 586
— XVII. Del resultado que dió la entrevista del conde y su esposa. 595
— XVIII. Justicia divina. 612

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

		Páginas.
Lámina	11.	77
—	12.	159
—	13.	202
—	14.	335
—	15.	379
—	16.	440
—	17.	460
—	18.	531
—	19.	486
—	20.	601

ADVERTENCIA.

Se ha padecido la equivocacion de cambiar los números y epígrafes de las láminas 18 y 19, y por consiguiente, deben colocarse, no segun dichos números y epígrafes, sino con arreglo á la anterior plantilla, donde se marcan las páginas á que corresponden.